

Trilogía de El Cairo 1: Entre dos palacios Naguib Mahfuz

Trilogía de El Cairo 1: Entre dos palacios

Naguib Mahfuz Nota preliminar

Con la redacción final de la Trilogía de Naguib Mahfuz, en 1952, culmina la etapa de realismo crítico de este autor, tras la cual, en 1957, su producción literaria sufre un giro con la aparición de *Hijos de nuestro barrio*, en la que se abandonan las descripciones minuciosas para inaugurar una nueva forma de realismo, más cercano a la alegoría.

De los tres volúmenes que componen la Trilogía presentamos ahora la traducción del primero, *Entre dos palacios*, que narra la vida de la primera generación de, la familia Abd el-Gawwad entre los años 1917 y 1919. A la publicación de este libro, en 1956, siguió inmediatamente la de los otros dos, en 1957.

En esta primera parte de la Trilogía, la vida familiar tiene como telón de fondo una serie de acontecimientos políticos que marcaron profundamente la historia del Egipto contemporáneo. Esta realidad histórica va cobrando importancia a medida que avanza la ficción novelesca, imbricándose en la biografía de sus personajes y erigiéndose, a partir de aquí, como principal protagonista de las alegrías y desgracias de los miembros de la familia Abd el-Gawwad.

Cuando nos planteamos la posibilidad de traducir *Entre dos palacios*, el problema más importante a resolver fue el de armonizar y coordinar la labor de los miembros del equipo. Dada la unidad y continuidad de la obra, la tarea de traducción ha sido por tanto realizada y revisada por todos sus componentes: Eugenia Gálvez Vázquez, Rodolfo Gil Grimau, M.ª Dolores López Enamorado, Rafael Monclova Fernández y Clara M.ª Thomas de Antonio. Este sistema de trabajo ha multiplicado los esfuerzos, aunque esperamos haber conseguido el objetivo que nos propusimos desde un primer momento: dar una mayor homogeneidad al conjunto de la obra.

En la transcripción de nombres árabes hemos optado, en la medida de lo posible, por aproximar la fonética castellana a la pronunciación original. Asimismo, hemos procurado trasladar todos los conceptos, aunque se ha creído conveniente conservar algunos términos en árabe, que aparecen en cursiva en la traducción, dado que al pasarlos a nuestra lengua perdían parte de su contenido. Este es el motivo de la inclusión de un breve glosario al final del libro.

Finalmente, queremos hacer constar nuestro agradecimiento al profesor Fernando Rodríguez-Izquierdo Gavala, de la Universidad de Sevilla, que con tanto acierto y sensibilidad se ha encargado de la corrección de estilo.

LOS TRADUCTORES 1

Se despertó a medianoche, como solía hacerlo siempre en ese preciso momento, sin necesidad de despertador ni nada parecido, tan sólo influida por el ansia que la obligaba a salir del sueño cada madrugada con puntualidad. Dudó unos instantes de que estuviera despierta, pues se entremezclaban en su interior los sueños y los murmullos de los sentidos, hasta que la sorprendió la inquietud que la embargaba antes de abrir los párpados, por miedo a que el sueño la hubiera traicionado. Sacudió ligeramente la cabeza y abrió los ojos en la oscuridad de la habitación. No había allí el menor indicio que le pudiera aclarar qué hora era, ya que abajo la calle no se adormecía hasta el amanecer, y las voces entrecortadas que le llegaban de las tertulias nocturnas de los cafés y de las tiendas eran las mismas desde el anochecer hasta el alba. Los únicos indicios por los que se podía guiar eran sus propias sensaciones internas, que actuaban como un reloj consciente, y el silencio que envolvía la casa, que demostraba que su marido todavía no había llamado a la puerta ni había golpeado los escalones con la contera de su bastón.

La costumbre que la hacía despertarse a esta hora era muy antigua. La tenía desde jovencita y seguía conservándola en su madurez. Había aprendido pronto, junto con otras muchas obligaciones de la vida

conyugal, que tenía que despertarse a medianoche para esperar a su marido cuando éste regresaba de su velada, y seguir a su servicio hasta que él se durmiera. Se sentó en la cama sin vacilar para que no la dominara la cálida tentación del sueño y, tras rezar la basmala, se deslizó desde debajo del cobertor hasta el suelo. Empezó a tantear el camino guiándose por la columna de la cama y el postigo de la ventana hasta que llegó a la puerta y la abrió. En ese momento se filtró hacia el interior un débil rayo de luz, procedente de la lámpara que había sobre la consola de la sala. Se acercó lentamente, la cogió y regresó con ella a la habitación. Desde el orificio de la tulipa se reflejó en el techo un círculo de luz tembloroso y pálido, rodeado de sombras. Dejó la lámpara sobre una mesita situada frente al sofá. La habitación se iluminó y mostró su suelo cuadrado y amplio, sus altas paredes y su techo de vigas paralelas, además de su espléndido mobiliario, con la alfombra de Shiraz, el gran lecho con cuatro columnas de cobre, el gigantesco armario y el largo sofá cubierto por un tapiz hecho de pequeños retales con diversos estampados y colores. La mujer fue hacia el espejo y echó un vistazo a su imagen. En la cabeza, el pañuelo marrón aparecía arrugado y caído hacia atrás, dejando algunos mechones de su cabello castaño al descubierto y revueltos sobre la frente. Desató el nudo, arregló el pañuelo sobre su cabello y ató los extremos con gran esmero. Se restregó las mejillas con las palmas de las manos como para hacer desaparecer los restos de sueño. Tenía unos cuarenta años y era de estatura media. Parecía delgada pero su cuerpo era prieto y relleno, de compleción y proporciones agradables. Su rostro era más bien alargado, de frente altiva y delicadas facciones, con unos ojos pequeños y bonitos en los que brillaba una soñadora mirada de color de miel, una nariz fina y pequeña que se ensanchaba un poco en los orificios, una boca de labios delgados bajo los cuales surgía un mentón afilado y una tez trigueña y transparente en cuya mejilla destacaba un lunar de intenso color negro. Mientras se envolvía en el velo pareció sentirse apremiada y se dirigió hacia la puerta de la celosía, la abrió y penetró por ella. Luego se detuvo ante la reja cerrada y volvió repetidamente el rostro a derecha e izquierda, lanzando miradas hacia la calle a través de las pequeñas aberturas redondas de los postigos cerrados.

La celosía estaba situada frente a la fuente de Bayn el-Qasrayn, y bajo ella se encontraba la calle de el-Nahhasín, que bajaba hacia el sur, con la de Bayn el-Qasrayn que subía hacia el norte. La calleja de la izquierda era estrecha y sinuosa y estaba envuelta en una oscuridad que se hacía más densa en los lugares más altos, adonde daban las ventanas de las casas dormidas, y se difuminaba en las partes más bajas a causa de las luces procedentes de los faros de los coches y de los rótulos luminosos situados en los cafés y en algunas tiendas que permanecían en vela hasta que despuntaba el alba. A la derecha, la calle estaba envuelta en sombras, ya que en esa zona no se encontraban los cafés sino las grandes tiendas que cerraban temprano sus puertas. Sólo detuvo la mirada ante los minaretes de Qalawún y Barquq, que relucían como fantasmas de gigantes, despiertos bajo la brillante luz de las estrellas. Era un panorama al que sus ojos estaban acostumbrados desde hacía un cuarto de siglo y del que nunca se cansaba —quizá porque a lo largo de su vida, y a pesar de su monotonía, nunca había conocido el aburrimiento—; por el contrario, había encontrado en él al amigo y compañero para sus horas de soledad, del que se había visto privada durante tanto tiempo. Esto fue antes de que sus hijos llegaran al mundo, ya que aquella gran casa, con su patio polvoriento, su pozo profundo, sus pisos y sus amplias habitaciones de techos altos, sólo la había albergado a ella durante la mayor parte del día y de la noche. Cuando se casó era todavía una niña, aún no había cumplido catorce años, pero pronto, tras el fallecimiento de sus suegros, se había visto a sí misma como dueña y señora de la gran casa. La ayudaba entonces en las faenas cotidianas una mujer anciana que la abandonaba a la caída de la noche para irse a dormir a la habitación del horno, situada en el patio, y la dejaba sola en el mundo de las tinieblas, poblado de espíritus y fantasmas. Dormitaba un rato y se despertaba otro, así hasta que su venerado marido regresaba de la larga velada.

Para tranquilizarse, solía recorrer las habitaciones acompañada por su criada, sujetando con la mano la lámpara ante ella y lanzando miradas escrutadoras y asustadas a los rincones. Luego las iba cerrando con cuidado una tras otra, empezando por la planta baja y terminando en el piso alto. Mientras tanto, recitaba las azoras del Corán que se sabía de memoria para expulsar a los demonios. Cuando llegaba a su habitación cerraba la puerta y se echaba en la cama, sin dejar de rezar hasta que la invadía el sueño. Tan grande había sido su miedo a la noche en la primera época pasada en aquella casa, que seguía teniendo la idea, ella que conocía mucho mejor el mundo de los genios que el de los hombres, de que no vivía sola allí y que los demonios no podían extraviarse mucho tiempo por aquellas habitaciones antiguas, amplias y vacías. Quizás ellos se habían refugiado en éstas antes de que ella fuera llevada a la casa e incluso antes de haber visto la luz del día. ¡Cuántas veces los había oído susurrar en sus oídos y había despertado con el fuego de su aliento! El único consuelo era recitar la fátiha y la azora del Eterno o correr velozmente hacia la celosía para echar una

ojeada a través de sus aberturas hacia las luces de los vehículos y de los cafés, afinando el oído para captar una risa o una tos que le hicieran recuperar el aliento.

Después vinieron los hijos, uno tras otro, pero al ser tan pequeños y tiernos no disiparon su terror ni le trajeron la tranquilidad; por el contrario, su miedo se reduplicaba por ese sentimiento de temura que sentía hacia ellos y por la inquietud de que les sobreviniera algún mal. Los estrechaba en sus brazos a la vez que los cubría con grandes muestras de afecto, y los envolvía, tanto en la vigilia como en el sueño, con una coraza de azoras, amuletos, hechizos y talismanes. Pero no saboreaba la verdadera tranquilidad hasta que el ausente regresaba de la velada. No era extraño que, mientras estaba a solas con su hijo pequeño durmiéndolo y acariciándolo, lo estrechara de repente contra su pecho, y después, petrificada de terror e inquietud, elevara la voz, gritando como si se dirigiera a alguien presente: «¡Aléjate de nosotros, éste no es tu sitio! ¡Nosotros somos buenos musulmanes!». E inmediatamente recitaba la azora del Eterno con fervor. Con el paso del tiempo y la prolongada convivencia con los espíritus, sus temores se aligeraron mucho y se fue tranquilizando hasta llegar a bromear con ellos, los cuales, por su parte, jamás le causaron mal. Si oía el ruido de alguno que rondara por allí, decía elevando la voz con valentía: «¿No vas a respetar a los siervos del Señor? Dios está entre tú y nosotros, así que ¡aléjate de aquí de una vez!». De todos modos, ella no conocía la verdadera tranquilidad hasta que regresaba el ausente. Sin duda, la sola presencia de éste en la casa, despierto o dormido, era para ella una garantía de tranquilidad de espíritu, ya estuvieran las puertas abiertas o cerradas y la lámpara encendida o apagada. Una vez, en su primer año de convivencia, se le había ocurrido manifestar una especie de protesta educada ante su continuo trasnochar. Como respuesta él la cogió por las orejas y le dijo elevando la voz en tono tajante: «Yo soy un hombre, el señor absoluto, y no acepto ninguna observación sobre mi conducta. Lo único que tú tienes que hacer es obedecerme, y ten cuidado, no me obligues a corregirte». De esta lección y otras que siguieron ella había aprendido que podía hacer cualquier cosa, incluso frecuentar a los ifrits, salvo encolerizarlo, y que le debía una obediencia incondicional; y así lo cumplió; se dedicó a obedecerle con tal abnegación que llegó a aborrecer hacerle cualquier reproche a su costumbre de trasnochar, incluso en su fuero interno. Se convenció a sí misma de que la verdadera hombría, el despotismo y las veladas prolongadas hasta más de medianoche eran atributos indispensables de una misma esencia. Con el paso de los días ella cambió; se enorgulleció de todo lo que procedía de él, tanto si la alegraba como si la entristecía. Y siguió cumpliendo con todos los requisitos de la esposa amante, sumisa y resignada; ni un solo día se había sentido desgraciada por haber escogido la seguridad y la entrega. Y si en algún momento quería sacar a la luz los recuerdos de su vida, sólo aparecían ante ella el bien y la felicidad, y cuando surgían los miedos y las tristezas eran como siluetas vacías que no merecían más que una sonrisa compasiva. ¿Acaso no había convivido con este esposo y sus defectos durante un cuarto de siglo, y de su relación habían florecido unos hijos que eran la alegría de su vida, un hogar rebosante de bien y bendición, y una existencia fértil y feliz? Por supuesto. Y en cuanto al trastorno que le producían los ifrits, ella sabía salir indemne noche tras noche, ya que ninguno de ellos había extendido su mano con malas intenciones hacia ella ni hacia ninguno de sus hijos, salvo lo que pudiera entenderse como bromas y chistes. No tenía motivos para quejarse, sino para dar gracias a Dios, que con sus palabras tranquilizaba su corazón y con su misericordia dirigía el camino de su vida.

Incluso esa hora de espera, a pesar de que la sacaba de las delicias del sueño y le exigía tanta disponibilidad, ella la consideraba digna de marcar el final del día y la amaba en lo más profundo de su corazón, ya que se había convertido en una parte inseparable de su vida, incluida entre sus numerosos recuerdos. Había sido y seguía siendo el símbolo vivo del afecto a su marido y de su entrega para hacerlo feliz y para hacerle sentir noche tras noche esa entrega y ese afecto. Todo ello la llenó de satisfacción allí, de pie en la celosía, mientras lanzaba su mirada de un lado a otro, a través de los orificios, hacia la fuente de Bayn el-Qasrayn, la desviación de el-Juranfish, el portón del baño del sultán y los minarettes; también la dejó vagar entre las casas reunidas sin orden ni simetría a ambos lados de la calle, como si fueran un batallón del ejército en una parada de descanso para aliviarse de una dura disciplina. Sonrió ante aquel panorama que tanto amaba, aquella calle que permanecía en vela hasta que despuntaba el alba, mientras que las otras calles, barrios y callejuelas dormían. ¡Cuánto la había distraído en su insomnio, la había entretenido en su soledad y había disipado sus temores esa calle que la noche no transformaba hasta que envolvía al vecindario en un silencio profundo, de manera que creaba un ambiente en el que sus voces se elevaran y se hicieran patentes como si fueran sombras que llenaran los rincones del cuadro y dotaran a la imagen de profundidad y nitidez! Por eso, la risa resonaba allí como si anduviera suelta por la habitación; cuando se escuchaba la charla habitual ella distinguía cada una de sus palabras, cuando alguien emitía una tos ruda llegaba hasta ella incluso su último resoplido, que más

bien parecía un gemido, y cuando se elevaba la voz del camarero anunciando «tamira mojada», como si fuera la llamada del almuédano, se decía a sí misma con alegría: «¡Dios..., esta gente, incluso a esta hora, pide más tamiral». Después sus voces le hacían recordar a su marido ausente y decía: «¿Dónde estará mi señor a estas horas...? y ¿qué estará haciendo? ¡Que la paz lo acompañe en todas sus acciones!». Le habían dicho una vez que un hombre como el señor Ahmad Abd el-Gawwad, con su riqueza, su fuerza y su belleza, con sus continuas veladas, no podía carecer de mujeres en su vida. En su día sintió el veneno de los celos y la dominó una inmensa tristeza, pero como no tenía valor para hablar con él de lo que le habían dicho, fue con la pena a su madre. Ésta comenzó a calmar su ánimo con las más dulces palabras que pudo encontrar y luego le dijo: «Él se ha casado contigo tras haber repudiado a su primera esposa, y podía haberla recuperado si hubiera querido, o casarse no sólo contigo sino con dos, tres o cuatro más, ya que su padre se casó varias veces. ¡Agradece a Dios que él te haya conservado como única esposa!». A pesar de que las palabras de su madre no habían conseguido calmar su tristeza cuando ésta era más intensa, con el paso de los días reconoció la gran verdad que había en ellas. Y aunque fuera cierto lo que se decía, quizá formara parte de las cualidades de la hombría, como las veladas y el despotismo; en todo caso, un mal aislado era mejor que muchos males, y no le resultaba fácil permitir que una murmuración estropeará su vida grata y llena de felicidad y bienestar. Después de todo, quizá lo que se decía no fueran más que imaginaciones o mentiras. Ella se dio cuenta de que la única postura que podía adoptar ante los celos, al igual que ante las penalidades que se cruzaban en el camino de su vida, era resignarse, como si se tratara de una sentencia inapelable. No encontró mejor medio de defenderse que hacer acopio de paciencia y pedir ayuda a su capacidad de resistencia personal, su único refugio para tratar de vencer lo que tanto odiaba. De este modo, los celos y lo que los suscitaba, así como los aspectos del carácter de su marido, y la compañía de los ifrits, se convirtieron en algo soportable.

Observó la calle, prestando oído a las tertulias nocturnas, hasta que le pareció oír el ruido de unos cascos. Volvió la cabeza hacia el-Nahhasín y vio un coche de caballos que se acercaba lentamente, con sus luces brillando en la oscuridad. Lanzó un suspiro de alivio y murmuró: «¡Por fin!». Era el coche de uno de los amigos del señor que lo traía a la puerta de su casa tras la juerga, para seguir, como de costumbre, hacia el-Juranfish, llevando a su dueño y a un grupo de amigos que vivían en aquel barrio. El coche se detuvo ante la casa, y se oyó la voz de su marido que decía a gritos, riendo:

—¡Que Dios os proteja!

Escuchó la voz del señor, que se despedía de sus amigos, con amor y asombro. Si no la hubiera oído cada noche a la misma hora no la habría reconocido, ya que ni ella ni sus hijos conocían de él más que la firmeza, la dignidad y la seriedad. ¿De dónde le venía ese tono alegre y risueño que rezumaba afabilidad y delicadeza? Entonces, como si el dueño del coche quisiera hacer una broma al señor, le dijo:

—¿No has oído lo que se ha dicho el caballo cuando has bajado del coche...? Ha dicho que es una pena traer a este hombre cada noche a su casa cuando no se merece más que montar en burro.

Los hombres que estaban allí estallaron en risas. El señor esperó a que se callaran para contestar:

—¿Y tú no has oído lo que él mismo se ha respondido...? Ha dicho: «Si tú no lo hubieras traído, se habría tenido que montar en nuestro amigo el bey».

De nuevo los hombres se echaron a reír ruidosamente: luego el dueño del coche dijo:

—Dejemos el resto hasta la velada de mañana.

El coche se puso en marcha por la calle de Bayn el-Qasrayn y el señor se dirigió a la puerta. La mujer abandonó la celosía para ir a la habitación, cogió la lámpara, pasó a la galería exterior a través de la sala hasta detenerse en lo alto de la escalera. Oyó cerrar la puerta de la calle y echar el cerrojo, y se imaginó a su marido atravesando el patio con su elevada estatura, con su compostura y su dignidad recobradas, mientras se despojaba de ese tono de broma que, de no haberlo oído, lo habría creído totalmente imposible en él. Luego oyó el ruido de la contera del bastón sobre los peldaños de la escalera y levantó la lámpara por encima de la balaustrada para alumbrar el camino del señor.

Cuando el hombre llegó a su altura, ella le precedió alzando la lámpara y él la siguió murmurando:

—¡Buenas noches, Amina!

—¡Buenas noches, señor! —dijo en voz baja, revelando cortesía y sumisión.

A los pocos segundos, la habitación los acogió. Amina se dirigió hacia la mesita para colocar en ella la lámpara, mientras el señor colgaba el bastón del borde de la rejilla de la cama y se quitaba el tarbúsh, que dejó sobre el almohadón que había en medio del sofá. Luego, la mujer se le acercó para quitarle la ropa. Así, de pie, parecía de elevada estatura, ancho de hombros, fornido, con un gran vientre compacto, totalmente cubierto por una yubba y un caftán, de una prestancia y soltura que denotaban magnanimidad y un gran sentido del bienestar. Su cabello negro, planchado a partir de la raya hacia ambos lados de la cabeza, no estaba muy cuidado, pero su solitario, con un gran brillante incrustado, y su gran reloj de oro confirmaban dichas cualidades. Su rostro ovalado, terso y expresivo, de rasgos bien definidos, revelaba, en suma, personalidad y belleza en sus enormes ojos azules; en su nariz grande y altiva que, a pesar de su tamaño, estaba en armonía con la longitud de su rostro; en su boca ancha, de labios carnosos, y en su bigote negro, poblado y de puntas retorcidas con una precisión insuperable. Cuando la mujer se le acercó, extendió los brazos para que le quitara la yubba, que ella dobló cuidadosamente y colocó acto seguido sobre el sofá. Después, le desató la banda del caftán, se lo quitó y se puso a plegarlo con el mismo esmero, para dejarlo sobre la yubba, mientras el señor se ponía la galabiyya y el bonete blanco, se estiraba bostezando y se sentaba en el sofá con las piernas extendidas y la coronilla apoyada contra la pared. La mujer acabó de arreglar la ropa, se sentó a sus pies y empezó a quitarle los zapatos y los calcetines. Cuando su pie derecho quedó al descubierto apareció el primer defecto de aquel cuerpo tan imponente y bello: su dedo meñique, corroído por la acción repetida de la cuchilla sobre un callo recalcitrante. Amina se ausentó de la habitación unos minutos, y volvió luego con un barreño y una jarra. Colocó el barreño junto a los pies del hombre y se detuvo atenta con la jarra en alto, al tiempo que el señor se enderezaba en su asiento y le tendía las manos. Ella dejó caer el agua mientras él se lavaba el rostro, se frotaba la cabeza y se enjuagaba abundantemente. Tomó después la toalla del respaldo del sofá y empezó a secarse la cabeza, el rostro y las manos, mientras la mujer recogía el barreño y se lo llevaba al cuarto de aseo. Éste era el último de los servicios que ella hacía en la gran casa y que desempeñaba desde hacía un cuarto de siglo con un celo jamás menguado por el cansancio; por el contrario, ponía en ello la misma alegría y deleite, el mismo entusiasmo con que realizaba las otras tareas domésticas desde antes de salir el sol hasta que se ponía, y que la habían hecho acreedora al apodo de «la abeja» que le dieron sus vecinas por su perseverancia y actividad incesantes.

Volvió a la habitación y cerró la puerta. Sacó de debajo de la cama un pequeño puf, que colocó delante del sofá, y se sentó en él con las piernas cruzadas como si no hubiera pensado nunca en el derecho de sentarse decorosamente a su lado. El tiempo iba transcurriendo y ella permanecía en silencio hasta que él la invitara a hablar. El señor se apoyó en el respaldo del sofá. Parecía cansado tras su larga velada. Le pesaban los párpados, en cuyos bordes aparecía un desacostumbrado enrojecimiento por efecto de la bebida, y empezó a dar grandes resoplidos cargados de los vapores del alcohol. Aunque se daba al vino cada noche y lo bebía sin tino hasta la embriaguez, no se resolvía a volver a casa hasta que sus huellas habían desaparecido y recuperaba el dominio de sí mismo, celoso como era de su dignidad y de esa apariencia de la que le gustaba hacer gala en ella. Su esposa era la única persona de la familia con quien se encontraba tras la velada, pero no percibía de las huellas de la borrachera otra cosa que su olor, ni observaba en su conducta ninguna anomalía sospechosa, salvo la que había surgido al principio de su matrimonio y que ella había fingido ignorar.

Al contrario de lo que pudiera esperarse, a ella la enloquecía acompañarlo en aquel rato, por su predisposición a charlar y a explayarse sobre sus asuntos, cosa que escasas veces conseguía en los momentos de total sobriedad. A pesar de todo, ella misma recordaba cómo se sobresaltó el día en que se dio cuenta de que volvía bebido de su juerga. El vino trajo a su imaginación la brutalidad, la locura y, lo que aún era más horrible, la transgresión de la religión que aquél llevaba aparejadas. Sintió asco y se apoderó de ella el terror, y cada vez que volvía sufría un dolor insoportable. Conforme fueron pasando los días y las noches fue advirtiendo que el señor, al regresar de su velada, era más amable que en cualquier otro momento, pues se despojaba de su severidad y bajaba su vigilancia, a la vez que daba rienda suelta a la conversación. Y así, ella se mostraba

afable y se sentía segura, sin olvidarse de rogar a Dios que lo guardara de pecar y lo perdonara. ¡Cómo había deseado ver en él esa relativa dulzura cuando gritaba, estando sobrio! ¡Y cómo se asombraba ante ese extravío que lo volvía más agradable, y que hacía que ella se debatiera largo tiempo entre la aversión religiosa heredada que sentía hacia aquello y la paz y la tranquilidad que le proporcionaba! Pero enterró sus pensamientos en lo más profundo de su alma, y los ocultó como quien no se atreve a reconocerlos más que ante sí mismo.

El señor, por su parte, era sumamente celoso de su dignidad y autoridad y sólo mostraba amabilidad de un modo furtivo. Quizá recorría sus labios una amplia sonrisa, mientras estaba sentado, al evocar los recuerdos de su alegre velada, e inmediatamente se contenía y apretaba los labios; miraba de soslayo a su esposa que, como de costumbre, se hallaba ante él con la mirada baja; entonces se tranquilizaba y volvía a sus recuerdos. Lo cierto era que su velada no terminaba al regresar a casa, sino que la prolongaba en dichos recuerdos y en su corazón, pues los dejaba en libertad con la fuerza de una avidez indescriptible hacia las alegrías de la vida. Era como si no se apartara de su vista aquella reunión de contertulios que se adornaba con la flor y nata de sus buenos e incondicionales amigos, agrupados en torno a una de esas guapas mujeres que destacaban a veces en el cielo de su existencia, que alegraban sus oídos con bromas, gentilezas y chistes de los que su ingenio sabía hacer alarde a la perfección cuando la embriaguez y el éxtasis lo invadían. Tal ingenio era una peculiaridad que él sacaba a relucir con gran interés, lo que le colmaba de vanidad y orgullo al recordar el efecto y el inmenso regocijo que producía en los demás y que lo convertía en el preferido de todos. No era de extrañar, ya que a menudo sentía que el papel que desempeñaba durante sus veladas tenía tanta importancia como si fuera la única meta de toda su existencia. Su vida profesional era, en suma, una obligación que cumplía para lograr después unas horas rebosantes de bebida, risas, canciones y pasión, disfrutadas entre sus amigos y compañeros. Entre una cosa y otra canturreaba dulces y agradables melodías de las que se habían repetido en la grata reunión, llevando el ritmo y exclamando entusiasmado: «¡Ah, Dios es grande!». Su grupo no podía prescindir de esas canciones, que le gustaban tanto como beber, reír y estar con los amigos y con bellas mujeres. Para escuchar a el-Hammuli, a Uzmán o a el-Manialawi, no le importaba la gran distancia que tenía que recorrer hasta las afueras de El Cairo, donde estaban sus palacetes. Eso mostraba hasta qué punto se habían alojado las canciones en su generoso espíritu como los ruiseñores en un árbol frondoso. Era un entendido del canto y sus escuelas y una gran autoridad en materia de audición y emoción estética. Le gustaba cantar con el alma y con el cuerpo. Su alma se emocionaba, anegada de generosidad, mientras que en su cuerpo se despertaban los sentidos y sus miembros bailaban, sobre todo la cabeza y las manos. Por eso conservaba unos recuerdos inolvidables, espirituales y materiales, de algunos fragmentos musicales, por ejemplo: «¿Por qué tus sufrimientos y tu ausencia?». «¿Qué sabremos mañana...?, ya veremos...» o «Perdóname y ven, ¿no te lo digo?». Bastaba que una de esas canciones volara hacia él, abrazada a su cortejo de recuerdos, para suscitar la embriaguez de su alma haciendo temblar su cabeza de placer, mientras afloraba a sus labios una sonrisa de deseo, al tiempo que chasqueaba los dedos y comenzaba a canturrear si estaba solo. A pesar de todo, no era el canto, ni mucho menos, una pasión aislada cuyos encantos lo atrajeran en exclusiva. Era, más bien, como las flores de un ramillete que se complementaban entre sí, bienvenido entre el amigo fiel y el compañero incondicional, entre el vino viejo y la historieta chispeante. En cuanto a dedicarse solamente al canto, como el que aprende en su casa a base de fonógrafo, era sin duda bonito y apetecible, pero se hallaba fuera de su ambiente, de su medio y de su círculo. Además, no se contentaba sólo con eso, pues le agradaba intercalar entre cada canción un chiste con el que animarse, tomar otra copa, ver la huella del placer en el rostro del amigo y en la mirada del ser querido, aplaudir juntos y lanzar todos unidos diversos gritos de alabanza exaltando la unicidad y la grandeza de Dios.

Pero la velada no se limitaba a pasar revista a los recuerdos. Tenía también la ventaja de habituarlo al buen modo de vida que ansiaba su obediente y sumisa esposa cuando se hallaba en presencia de un hombre de agradable compañía, que se desinhibía al conversar con ella y que la ponía al corriente de sus proyectos, hasta llegar a considerarla no sólo como una esclava, sino también como la compañera de su vida. Se puso a hablarle de las cosas de la tienda; le contó que había encargado a un comerciante conocido suyo comprar la reserva casera de mantequilla, trigo y queso. Entonces echó pestes contra la subida de los precios y la desaparición de los artículos de primera necesidad a causa de la guerra que asolaba al mundo desde hacía tres años. Tal como era habitual en él siempre que la mencionaba, se apresuraba a maldecir a los australianos que invadían la ciudad como la plaga de la langosta y arrasaban la tierra desolada. Lo cierto es que estaba furioso contra ellos por una causa absolutamente personal porque, con su tiranía, se habían interpuesto entre él y los espectáculos de diversión y esparcimiento de el-Ezbekiyya que había abandonado descorazonado, excepto en

raras ocasiones, pues no tenía capacidad para enfrentarse él solo a las tropas que saqueaban con descaro las propiedades de la gente, se divertían provocando todo tipo de agresiones e insultaban impunemente a todo el mundo.

Después preguntó por «los niños», como él los llamaba, sin hacer distinción entre el mayor de ellos, secretario de la escuela de el-Nahasín, y el más pequeño, alumno de la de Jalil Aga. E inquirió, con un acento lleno de intención:

—¿Y Kamal? ¡Guárdate de ocultarme sus diabluras!

A la mujer se le vino a la memoria su hijo pequeño, al que realmente encubría siempre que el juego inocente no revestía gravedad, aunque el señor no reconocía la inocencia de ningún tipo de juego o distracción.

—El acata la autoridad de su padre —dijo con voz sumisa.

El señor guardó silencio un instante y pareció como abstraído, al evocar de nuevo los recuerdos de su feliz noche. Luego su memoria le devolvió a los sucesos del día que habían ocurrido antes de su velada. Recordó de repente que había sido un día completo y, como no estaba en una situación en la que le complaciera guardar el secreto de lo que pensaba, dijo como hablando consigo mismo:

—¡Qué hombre tan generoso es el príncipe Kamal el-Din Huseyn! ¿Sabes lo que ha hecho? Ha renunciado a ocupar el trono de su difunto padre a la sombra de los ingleses.

Aunque la mujer se había enterado de la muerte del sultán Huseyn Kámil el día anterior, era la primera vez que oía el nombre de su hijo y no supo qué decir. Pero, impulsada por las manifestaciones de deferencia de su interlocutor, temía no hacer un comentario para satisfacerlo a cada palabra que él le dirigía. Así pues, dijo:

—¡Dios se apiade del sultán y honre a su hijo! El señor siguió hablando:

—Ha aceptado el trono —dijo— el príncipe Ahmad Fuad o el sultán Fuad, como se llamará de ahora en adelante. Hoy ha terminado la celebración de su exaltación y ha sido trasladado en cortejo desde su palacio de el-Bustán hasta el de Abdín. ¡Gloria al Eterno!

Amina le escuchó con interés y alegría; ese interés que se despertaba en su alma ante cualquier información que le llegara de un mundo exterior del que apenas conocía nada, y esa alegría que le entraba, siempre que su esposo entablaba una conversación con ella sobre las cosas serias, gesto que la enorgullecía tanto como la cultura incluida en la conversación misma y que le complacía repetir a sus hijos, especialmente a sus hijas, pues, como ella, desconocían totalmente el mundo exterior. Y no encontró nada mejor para pagar la generosidad de su afecto que repetirle una invocación que ya sabía de antemano que le llegaba, como a ella, a lo más profundo:

—¡Quiera Dios devolvernos a nuestro efendi Abbás!

El hombre sacudió la cabeza.

—¿Cuándo? ¿Cuándo? —murmuró—. ¡Dios sabrá! Sólo leemos en los periódicos las victorias de los ingleses. ¿Triunfarán verdaderamente o al final lo harán los alemanes y los turcos? ¡Respóndeme, Dios mío!

Entornó los ojos impotente, bostezó y luego se estiró diciendo:

—Saca la lámpara a la sala.

La mujer se levantó y se dirigió hacia la puerta después de haber cogido la lámpara. Antes de atravesar el umbral, oyó eructar al señor:

—Salud y bienestar —murmuró.

En la paz de la mañana naciente, cuando los resplandores del alba se aferraban aún a los rayos de luz, se elevó el sonido de la masa desde el horno, en el patio, con golpes intermitentes, como el eco del tambor. Amina había dejado el lecho una media hora antes. Tras hacer sus abluciones y rezar, bajó al horno para despertar a Umm Hanafi, una mujer de unos cuarenta años que había entrado muy joven a servir en aquella casa, de la que no se separó sino para casarse, y a la que regresó al divorciarse. Mientras la criada se levantaba para amasar, Amina se dispuso a preparar el desayuno. La casa tenía un amplio patio, en cuyo extremo derecho había un pozo con la boca cerrada por una tapa de madera desde que los niños habían empezado a gatear por el suelo y tras la incorporación de las cañerías del agua; en el extremo izquierdo, cerca de la entrada del harén, había dos habitaciones grandes, en una de las cuales estaba el horno y se utilizaba por consiguiente como cocina, y la otra, preparada como alacena. A pesar de estar aislada, Amina sentía hacia la habitación del horno un gran apego, ya que si se contara el tiempo que había pasado entre sus paredes, sería toda una vida. Esta habitación se inundaba de momentos felices con la llegada de las fiestas, cuando se dirigían a ella los corazones animados por las alegrías de la vida, y las bocas se hacían agua por los platos de apetitosa comida que se ofrecían fiesta tras fiesta, como la compota y los dulces del Ramadán, el bizcocho y los bollos del día de la ruptura del ayuno, y el cordero de la Pascua Grande, que se engordaba y se criaba para luego sacrificarlo en presencia de los niños, sin que faltaran unas lágrimas de tristeza en medio de la alegría general. Allí estaba la abertura arqueada del horno, en cuyo fondo aparecía un fuego ardiente como la brasa de la alegría encendida en los pensamientos secretos, a modo de adorno y presagios de la fiesta. Aun cuando Amina sentía que en la parte más alta de la casa ella era tan sólo señora por delegación, y representante de un poder del que no poseía nada, en aquel lugar, por el contrario, era una reina que no compartía la soberanía con nadie: el horno moría y vivía según sus órdenes, el carbón y la leña, que esperaban en el rincón derecho, tenían su destino sujeto a una palabra suya. El hornillo que ocupaba el rincón de enfrente, bajo las repisas donde estaban las ollas, platos y bandejas de cobre, dormía o crepitaba con lenguas de fuego a un gesto de su mano. Ella era allí la madre, la esposa, la maestra y la artista de la que todos esperaban, con el corazón lleno de confianza, lo que sus manos ofrecieran. Señal de ello era que sólo obtenía el elogio de su señor, si es que él la elogiaba, por algún plato de comida que hubiera elaborado y cocinado con esmero. En este pequeño reino Umm Hanafi era la mano derecha, tanto si Amina se dedicaba a dirigir o a trabajar como si dejaba el lugar a una de sus dos hijas para que pusieran en práctica su destreza bajo su supervisión. Umm Hanafi era una mujer enormemente gruesa. Sus carnes habían tenido un desarrollo generoso, y conservaban su aparatoso volumen, dejando de lado toda consideración a la belleza. Sin embargo, estaba totalmente satisfecha de ello, ya que consideraba que la gordura era en sí misma la culminación de la belleza. Así, no era de extrañar que cualquier trabajo que realizara en la casa se considerara casi secundario en comparación con su misión principal, la de engordar a la familia —o más bien a las mujeres— con las «golosinas» mágicas que preparaba para ellas, y que constituían el misterio y el oculto secreto de la belleza. A pesar de que el efecto de las «golosinas» no era siempre alimenticio, justificaba su valor en más de una ocasión, haciéndose digno de las esperanzas y sueños que se depositaban en él. Con esto, no era de extrañar que Umm Hanafi estuviera gorda, aunque su gordura no disminuía su actividad. En cuanto la despertaba su señora, se levantaba con el alma lista para el trabajo y corría hacia la artesa de amasar. Su sonido, que desempeñaba la función de despertador en aquella casa, se elevaba y llegaba hasta los niños, que dormían en el primer piso. Luego subía hasta el padre, en el piso más alto, avisando a todos que había llegado el momento de despertarse.

El señor Ahmad Abd el-Gawwad se volvió a un lado y a otro, luego abrió los ojos. Inmediatamente frunció el ceño, furioso por el ruido que perturbaba su sueño, pero contuvo su cólera porque sabía que tenía que levantarse. Su primera sensación fue la que tenía habitualmente al despertar: una pesadez de cabeza contra la que luchaba con todas sus fuerzas. Se sentó en la cama, aunque lo dominaba el deseo de volver al sueño, porque sus noches estrepitosas no le hacían olvidar la obligación del día. Él se levantaba a aquella hora temprana, por muy tarde que se hubiera acostado, para poder ir a su tienda antes de las ocho. Después, en la siesta, tendría todo el tiempo para recuperar el sueño perdido y recobrar las energías para la nueva velada. No obstante, el despertar era para él el peor momento del día. Dejaba la cama tambaleándose de debilidad, mareado, y salía al encuentro de una vida desprovista de dulces recuerdos y agradables sensaciones, como si toda ella se redujera, por el contrario, a un martilleo en el cerebro y en los párpados.

Los golpes de la masa resonaron en la cabeza de los que estaban durmiendo en la primera planta y Fahmi se despertó. Tenía un despertar fácil, a pesar de que trasnochaba aplicado sobre los libros de derecho. La primera sensación que lo asaltó en ese momento fue la imagen de un rostro redondo, marfileño y de ojos negros. Murmuró en su interior: «Maryam». Si se hubiera dejado llevar por el poder de la seducción, habría permanecido bajo el cobertor un buen rato, para quedarse a solas con esa visión fugaz que había venido a ofrecerle las delicias del amor. La contemplaría embelesado e, impulsado por el deseo, charlaría con ella y le revelaría secretos y más secretos. Se acercaría a ella con una osadía que sólo era posible en esta ensoñación templada por las primeras luces del día. Pero como de costumbre, aplazó su confidencia hasta el viernes por la mañana y se sentó en la cama. Luego dirigió la mirada hacia su hermano, dormido en la cama de al lado, y lo llamó:

—Yasín, Yasín. ¡Despierta!

El joven dejó de roncar y lanzó un bufido de fastidio:

—¡Estoy despierto...! Me he despertado antes que tú —balbuceó con voz gangosa.

Fahmi esperó sonriendo a que el otro volviera a roncar y le gritó:

—¡Despierta!

Yasín se revolvió en su cama protestando y el cobertor dejó al descubierto una parte de su cuerpo, que se parecía al de su padre en volumen y corpulencia. Después abrió unos ojos enrojecidos en los que brillaba una mirada ausente sobre la cual se dibujaba un ceño fruncido, fruto de la protesta:

—¡Uf!, ¡qué pronto amanece! ¿Por qué no podemos dormir hasta hartarnos...? La disciplina, siempre la disciplina, como si fuéramos soldados.

Se levantó, apoyándose en las manos y las rodillas, y movió la cabeza para sacudirse el sopor. Se volvió hacia la tercera cama, donde Kamal estaba sumergido en un sueño del que nadie lo sacaría antes de media hora, y sintió envidia de él.

—¡Qué muchacho tan feliz!

Cuando se despabiló un poco, se acurrucó sobre la cama con la cabeza apoyada en las manos, deseando jugar con esos deliciosos pensamientos que endulzan las visiones del despertar. Pero, como su padre, se había despertado con un gran peso en la cabeza que le estropeaba su ensoñación. Se imaginó a Zannuba, la tañedora de laúd, sin que le hiciera sentir lo mismo que cuando estaba lúcido, aunque en sus labios brilló una sonrisa.

En la habitación contigua, Jadiga no había necesitado los golpes de la masa para saltar de la cama. Era la que más se parecía a la madre en la vitalidad y el pronto despertar. En cuanto a Aisha, se despertaba normalmente con la sacudida que su hermana imprimía a la cama al levantarse y deslizarse hasta el suelo con intencionada brusquedad, provocando con ello una discusión y una pelea que, a fuerza de repetirse, se había convertido en una especie de juego cruel. Cuando se despertaba del todo y dejaban de chincharse, no se levantaba, sino que se entregaba largo rato a uno de los ensueños del despertar feliz, antes de abandonar la cama.

Después, la vida avanzaba lentamente invadiendo todo el primer piso, se abrieron las ventanas y se precipitó la luz hacia el interior, recibiendo después el aire que llevaba el traqueteo de las ruedas de los suarés, las voces de los obreros y las llamadas del vendedor de balúa. Reinó un vaivén continuo entre los dos dormitorios y el baño, y aparecieron Yasín, con su carne prieta y envuelto en una amplia galabiyya, y Fahmi, alto y delgado, que, exceptuando su delgadez, era el vivo retrato de su padre. Las dos chicas bajaron al patio para reunirse con su madre en el horno; en sus rasgos había tales diferencias como raramente se encuentran en el seno de una misma familia: Jadiga era morena y sus facciones no guardaban armonía; Aisha era rubia, e irradiaba una aureola de belleza.

A pesar de que el señor estaba solo en el piso de arriba, Amina no olvidaba atender a sus necesidades. Así, él encontró sobre la mesita un platillo lleno de al-holva para refrescarse el aliento. Fue hacia el baño y le llegó el aroma perfumado del incienso. Allí encontró sobre una silla la ropa limpia y ordenada con cuidado. Se lavó con agua fría como solía hacer cada mañana, manteniéndose fiel a esta costumbre ya fuera invierno o verano, y regresó a su habitación con vitalidad y actividad renovadas. Tomó la alfombra de la oración, que estaba plegada sobre el respaldo del diván, y la extendió para cumplir el precepto de la mañana. Rezó con un rostro sumiso, diferente de aquel, sonriente y radiante, con el que recibía a sus amigos, y también del otro, enérgico y decidido, con el que se dirigía a su familia. Éste era un rostro apacible, de cuyas facciones, relajadas y suavizadas por la devoción, el afecto y la solicitud de perdón, emanaban la piedad, el amor y la esperanza. Él no rezaba de forma mecánica: recitación, puesta en pie y prosternación, sino que su oración era hecha con gran sentimiento y llevada a cabo con el mismo entusiasmo que lo sacudía al volcarse en todos los demás aspectos de la vida, como el trabajo, sacrificándose por él; la amistad, excediéndose en ella; el amor, derritiéndose de pasión, y la bebida, emborrachándose y ahogándose en ella, fiel y sinceramente en toda ocasión. Así, la plegaria era un pretexto espiritual para conocer a fondo la grandeza del Señor. Cuando terminaba su oración se sentaba con las piernas cruzadas y extendía las manos, rogando a Dios que lo protegiera, lo perdonara y bendijera su descendencia y su negocio.

La madre terminó de hacer el desayuno y dejó que las chicas prepararan la bandeja. Subió a la habitación de los hermanos, donde se encontró con que Kamal aún no se había despertado. Se acercó a él sonriendo y posó la palma de la mano sobre su frente, recitando la fátiha. Empezó a llamarlo y a sacudirlo con dulzura hasta que abrió los ojos, y no lo dejó hasta que salió de la cama. Fahmi entró en la habitación y al verla le sonrió y le dio los buenos días. Ella le devolvió el saludo diciendo mientras destellaba en sus ojos una mirada de amor:

—¡Buenos días, luz de mis ojos!

Y con la misma dulzura dio los buenos días a Yasín, «el hijo de su marido», que le respondió con el amor que le merecía la mujer que ocupaba en su corazón el lugar de una madre digna de este nombre. Cuando Jadiga regresó del horno, Fahmi y Yasín, sobre todo Yasín, la recibieron con las bromas que solían gastarles. El motivo era tanto su físico desagradable como su lengua afilada, a pesar de la influencia que ejercía sobre sus dos hermanos al cuidar de sus asuntos con una excelente habilidad de la que raramente gozaba Aisha, la cual aparecía en el seno de la familia como el símbolo de la belleza, fresca, atractiva y carente de utilidad. Yasín la abordó diciendo:

—Estábamos hablando de ti, Jadiga, y comentábamos que si todas las mujeres se te parecieran, los hombres no padecerían mal de amores.

—Y si los hombres se parecieran a ti —saltó ella —, ninguno tendría quebraderos de cabeza.

En ese momento la madre llamó:

—¡Señores, el desayuno está listo!

4

El comedor estaba en el piso alto, donde se encontraba el dormitorio de los padres. En el mismo piso, además de estas dos habitaciones, se hallaban la sala de estar y una cuarta, vacía, ocupada solamente por los juguetes, en la que Kamal se entretenía en sus ratos libres. El mantel ya estaba dispuesto y se habían alineado los pufs a su alrededor. Llegó el señor y ocupó la presidencia. Siguió los tres hermanos; Yasín se sentó a la derecha de su padre, Fahmi a su izquierda y Kamal enfrente de él. Todos lo hicieron con cortesía y humildad, con la cabeza gacha como si estuvieran en la oración de la comunidad, pues todos eran iguales en ese momento, el secretario de la escuela de el-Nahhasín, el estudiante de derecho y el colegial de la escuela de Jalil Aga. Ninguno de ellos se atrevía a dirigir la mirada al rostro de su padre, evitando además intercambiarla entre sí en su presencia, no fuera que les diera la risa por una causa o por otra y se expusieran a una terrible e implacable reprimenda. Sólo se reunían con su padre en el momento del desayuno, ya que volvían a la casa por la tarde, después de que el señor hubiera salido para ir a su tienda tras almorzar y dormir la siesta, y éste no regresaba hasta pasada la medianoche. Esta reunión, a pesar de ser tan breve, era dura de soportar por la

disciplina militar que tenían que mantener durante la misma, además de que su propio temor, que se redoblaban debido a su sensibilidad, los convertía en blanco de sus errores, por muy pendientes que estuvieran de evitarlos. Por otra parte, el desayuno en sí mismo se desarrollaba en un ambiente que les estropeaba todo su disfrute, pues no era de extrañar que el señor pusiera fin a la breve tregua que precedía a la llegada de la madre con la bandeja de la comida, examinando a sus hijos con ojo crítico hasta que daba con una falta, y si la había en el porte de alguno de ellos, o una mota en su ropa, le echaba una enorme reprimenda. A veces le preguntaba a Ramal con rudeza: «¿Te has lavado las manos?», y cuando éste respondía afirmativamente, le decía en tono tajante: «Enséñamelas». El muchacho extendía las manos tragando saliva asustado, pero en lugar de alentarle por su limpieza, le decía amenazador: «Si te olvidas una sola vez de lavártelas antes de comer, te las cortaré y te aliviaré de ellas». O le preguntaba a Fahmi: «¿Ha repasado sus lecciones el hijo de perra?». Fahmi sabía muy bien a quién se refería, porque el «hijo de perra» era para el señor una alusión a Kamal, y respondía que se había aprendido muy bien sus lecciones. La verdad era que las travesuras del muchacho —que excitaban la cólera de su padre— no le impedían esforzarse y ser aplicado, como su éxito y su talento demostraban. Pero el señor exigía de sus hijos una obediencia ciega, insoportable para un muchacho que prefería el juego a la comida. Por eso el padre interrumpía la respuesta de Fahmi, diciendo con irritación: «La disciplina es antes que el saber». Después se dirigía a Kamal y proseguía en tono cortante: «Escucha, hijo de perra...».

Llegó la madre llevando la gran bandeja de la comida, que colocó sobre el mantel, y retrocedió luego hacia la pared de la habitación, cerca de la mesita que sostenía la jarra, donde se detuvo dispuesta a obedecer cualquier indicación. En el centro de la resplandeciente bandeja de cobre había un gran plato ovalado lleno de habas cocidas con mantequilla y huevos; en uno de sus extremos se amontonaban panes calientes, mientras que en el otro se alineaban unos platillos con queso, limón y pimientos en vinagre, pimentón, sal y pimienta negra. A los hermanos se les hizo la boca agua al ver la comida, pero conservaron su impasibilidad, fingiendo ignorar, inmóviles, el espléndido espectáculo que se ofrecía a sus ojos, hasta que el señor cogió un pan y lo partió por la mitad mientras murmuraba: «Comed». Entonces las manos se tendieron hacia los panes por orden de edad: Yasín, Fahmi y luego Kamal, y se dispusieron a comer sin olvidar por ello su compostura y buenos modales, aunque el señor se zampaba su comida ávidamente, con sus mandíbulas convertidas en una infatigable cizalla, de manera que reunía en un gran bocado parte de los platos ofrecidos —las habas, los huevos, el queso, el pimiento y el limón en vinagre—. Y si bien él los trituraba con energía y apresuramiento, mientras sus dedos preparaban el siguiente bocado, los hermanos comían con parsimonia, a pesar de que la paciencia no iba con su naturaleza vehemente. Pero cada uno de ellos tenía presente la dura observación o la mirada implacable a la que se exponía si se distraía o flaqueaba, descuidando en consecuencia los buenos modos. Era a Kamal al que más duramente se le regañaba, porque era el que más miedo tenía de su padre, pues si a lo más que uno de sus hermanos se exponía era a una reprimenda, él a lo menos que se arriesgaba era a una patada o un puñetazo. Por eso comía con circunspección y angustia, mirando a hurtadillas de vez en cuando el resto de la comida, que disminuía rápidamente; y cada vez que esto ocurría se intensificaba su inquietud, y esperaba con desasosiego que su padre diera muestras de haber acabado de comer y le dejara el campo libre para llenar el estómago. A pesar de la prisa de aquél en tragar, de sus impresionantes bocados y de que se atracaba de los diversos manjares, Kamal sabía por experiencia que la peor amenaza para la comida —y por consiguiente para él— provenía de sus hermanos, porque el señor se apresuraba a comer y a saciarse, pero la verdadera batalla empezaba una vez que éste se había retirado de la mesa; entonces los otros dos no se apartaban de ella hasta vaciar los platos de todo aquello que se pudiera comer. Por eso, apenas el señor se levantaba y abandonaba la habitación, Kamal se ponía manos a la obra y atacaba la bandeja como un loco, con ambas manos; una se dirigía al plato grande, la otra a los pequeños, aunque su diligencia era ciertamente de escaso resultado, tan pronto como renacía el ardor de los dos hermanos. Entonces se refugiaba en la astucia, a la que recurría siempre que su paz se veía amenazada, y estornudaba deliberadamente sobre el plato. Eso fue lo que hizo en esta ocasión. Inmediatamente los hermanos se echaron hacia atrás y lo miraron irritados. Luego, abandonaron la mesa muertos de risa, y se realizó así el sueño matutino de Kamal: encontrarse solo en la plaza.

El señor volvió a su habitación tras haberse lavado las manos, seguido de Amina, que llevaba un vaso en el que había mezclado tres huevos crudos con un poco de leche. Se lo ofreció y él se lo bebió; luego se sentó para tomarse a sorbitos el café de la mañana. Ese vaso sustancioso era el colofón de su desayuno, una de las tantas «recetas» a las que se entregaba tras las comidas o entre horas —como el aceite de pescado, las nueces, las almendras y las avellanas garrapiñadas— para cuidar la salud de su enorme corpachón y resarcirlo de lo

que le consumían las pasiones, mediante el consumo de toda clase de carnes y alimentos reconocidos como reconstituyentes, hasta el punto de considerar las comidas ligeras, más aún las habituales, como un «juego» o un «pasatiempo» impropios de un hombre como él. Le habían recomendado el hachís como estimulante del apetito —entre otras ventajas— y lo probó, pero no se habituó a él y lo dejó sin lamentarlo, pues no le gustó porque producía un aturdimiento considerable que le ocasionaba apatía y lo inclinaba a un mutismo que lo hacía sentirse aislado incluso entre sus mejores amigos. Tomó aversión a aquellos efectos que no encajaban con su naturaleza apasionada por los deseos juveniles de vivir, el éxtasis exultante, las delicias de la unión con otros corazones y las cabriolas de las bromas y de las carcajadas. A fin de no perder su imprescindible prestancia de macho enamorado tomaba, a cambio del hachís, una cara variedad del manzul que le compraba a Muhammad el-Agún, un vendedor de sémola en la cuesta de el-Salihyya, en el barrio de los orfebres. Lo preparaba especialmente para la flor y nata de los clientes que tenía entre los comerciantes y los notables del barrio. El señor no era adicto al manzul, pero lo tomaba de vez en cuando, siempre que se le presentaba un nuevo amor, y especialmente cuando la amada era una mujer experta en hombres.

El señor terminó de sorber su café. Luego se dirigió al espejo y empezó a ponerse la ropa que Amina le presentaba prenda por prenda, mientras él dirigía una mirada escrutadora a su atuendo y se peinaba el negro cabello con raya en medio; luego se atusó el bigote y se lo retorció mientras escudriñaba el aspecto de su rostro, volviéndolo a derecha e izquierda para verse por los dos lados, hasta que quedó satisfecho de sí mismo. Tendió entonces la mano hacia su esposa, que le entregó el frasco de agua de colonia que le había regalado Amm Hasaneyn, el barbero, y se echó en las manos y en la cara, al tiempo que humedecía también la pechera del caftán y el pañuelo. Se colocó entonces el tarbúsh sobre la cabeza, cogió el bastón y salió de la habitación, despidiendo un grato aroma toda su persona. Ese aroma destilado de distintas clases de flores lo conocía toda la gente de la casa, y cuando alguno de ellos lo olía se imaginaba al señor con su rostro grave y enérgico; entonces, revivían en su corazón, junto con el amor, el respeto y el miedo. Pero a esta hora mañanera tal efluvio era el signo de la partida del señor y lo recibían con un alivio innegable y digno de excusa, como el prisionero cuando tintinean sus cadenas al soltarse de sus manos y de sus pies, pues todos sabían que recobrarían en seguida su libertad para hablar, reír, cantar y moverse sin el menor peligro. Yasín y Fahmi ya habían acabado de vestirse, mientras que Kamal corría a la habitación, una vez que había salido su padre, para saciar su deseo de imitar los movimientos que había contemplado a hurtadillas desde el quicio de la puerta entreabierta. Se paró delante del espejo mirando su imagen con atención y calma. Luego dijo, dirigiéndose a su madre con acento imperativo y la voz ronca: «Amina, el frasco de colonia». Sabía que ella no acudiría a esta llamada, pero se puso a hacer como que se friccionaba la chaqueta y el pantalón corto y como si los humedeciera con la colonia. Su madre, aunque estaba a punto de echarse a reír, siguió fingiendo seriedad y compostura mientras él se aplicaba a pasar revista a su propio rostro en el espejo, de derecha a izquierda. Luego se atusó el bigote imaginario y se retorció las guías, se alejó después del espejo y eructó mientras miraba a su madre, y cuando vio que ésta se echaba a reír le dijo en tono de protesta: «¿Por qué no me dices salud y buen provecho?». Y la mujer masculló riendo: «Pues salud y buen provecho». Entonces él dejó la habitación imitando el modo de andar de su padre, moviendo la mano derecha como si se apoyara en su bastón.

La madre y las dos chicas corrieron a la celosía y se detuvieron detrás de la ventana que daba a el-Nahhasín para ver a través de sus orificios a los hombres de la familia por la calle. Apareció el señor caminando con parsimonia y dignidad, rodeado de majestad y belleza, alzando las manos de vez en cuando para saludar. A su paso se iban levantando Amm Hasaneyn, el barbero, el hagg Darwish, el vendedor de habas, el-Fulí, el lechero y Bayumi, el de las bebidas, mientras las tres mujeres lo seguían con los ojos llenos de amor y orgullo. Iba a continuación Fahmi con su marcha apresurada, luego Yasín con su cuerpo de toro y la prestancia del pavo real. Finalmente apareció Kamal, quien apenas dio dos pasos se volvió y levantó la vista a la ventana tras de la cual sabía que su madre y sus dos hermanas estaban ocultas, y sonrió. Luego reanudó la marcha con la cartera debajo del brazo buscando un guijarro para darle una patada...

Esta hora era el momento más feliz de la madre, aunque el temor de que el mal de ojo cayese sobre sus hombres no conocía límite, y no pudo por menos que recitar «Del mal del envidioso, libranos», hasta que desaparecieron de su vista.

La madre abandonó la celosía y Jadiga la siguió. Aisha se quedó atrás hasta que el campo estuvo libre y se fue hacia la parte de la celosía que daba sobre Bayn el-Qasrayn, mirando a través de los orificios de la ventana ansiosa e impaciente. Por el brillo de sus ojos y por el modo de morderse los labios, parecía que estuviera esperando algo. La espera no fue muy larga, ya que salió del callejón de el-Juranfish un joven oficial de la policía que se dirigió tranquilamente hacia la comisaría de el-Gamaliyya. En ese momento la chica salió corriendo desde la celosía al salón, fue hacia la ventana lateral y giró la falleba entreabriendo un poco los postigos. Se quedó detrás mientras el corazón le saltaba violentamente en el pecho con una mezcla de emoción y miedo. Cuando el oficial se acercó a la casa levantó los ojos con precaución, sin alzar la cabeza — pues no había nadie que levantara la cabeza en Egipto entonces —, y sus facciones se iluminaron con la luz de una discreta sonrisa que hizo brotar en el rostro de la chica una aureola sonrosada de rubor. Suspiró y cerró la ventana empujándola con nerviosismo, como si ocultara las huellas de un crimen sangriento. Se alejó de allí y cerró los ojos a causa de la fuerte impresión, se dejó caer en un sofá y, apoyando la cabeza en las manos, viajó en el espacio infinito de sus sentimientos. No había ni felicidad verdadera ni verdadero miedo, como si su corazón estuviera repartido entre una y otro y ambos se lo disputaran sin compasión. Cuando se dejaba llevar por la embriaguez y el hechizo de la alegría, golpeaba su corazón el amenazante y terrible martillo del miedo, sin saber qué le convendría, si abandonar su aventura o seguir los dictados de su corazón, ya que ambos sentimientos, el amor y el miedo, eran intensos. No se sabe el tiempo que estuvo hechizada, pues se acallaron las voces del miedo y la censura. Pasó el tiempo en la agradable embriaguez del sueño y bajo los auspicios de la paz. Recordó, con el mismo placer con que siempre rememoraba, cómo un día que estaba sacudiendo la cortina por la ventana, echó un vistazo hacia la calle a través de aquélla, que tenía una hoja abierta para sacudir el polvo, y se encontró con él que la contemplaba con una mezcla de asombro y admiración. Ella se echó hacia atrás medio asustada, pero antes de irse, él dejó en su imaginación, la huella profunda de su estrella dorada y su galón rojo, una visión que cautivaba su corazón y robaba su imaginación y que siguió viva en sus ojos durante mucho tiempo. A la misma hora del día siguiente, y de los días siguientes, se quedó tras la rendija sin que él la viera, y cada día notaba con una alegría triunfante cómo levantaba sus ojos con interés y ansia hacia la ventana cerrada y cómo después empezaba a distinguir su silueta tras los agujeros de la celosía; entonces se le iluminaban sus facciones con la luz de la alegría. El corazón ardiente de la chica, que se despertaba por primera vez al amor, esperaba este momento con impaciencia, lo saboreaba con felicidad y lo despedía como en un sueño. Hasta que pasó un mes y llegó de nuevo el día de quitar el polvo. Corrió hacia la cortina y la sacudió tras la ventana entreabierta, mientras se aseguraba esta vez de ser vista. Y así día tras día, mes tras mes, hasta que la sed que aumentaba su amor venció al miedo subyacente y dio un paso adelante, una verdadera locura. Abrió los postigos de la ventana y esperó tras ella con el corazón latiendo violentamente de emoción y miedo a la vez, como si así ella le declarara su amor o, aún más, como quien se arroja desde una gran altura para salvarse de un fuego ardiente que lo estuviera asediando.

Los sentimientos de miedo y censura se calmaron y quedó en la agradable embriaguez del sueño y bajo los auspicios de la paz. Luego despertó de su ensoñación y decidió alejar este miedo que turbaba su felicidad. Empezó por decirse a sí misma, procurando tranquilizarse: «¡La tierra no ha temblado y todo ha salido bien, nadie me ha visto y nadie me verá. Después de todo, no he cometido ningún delito!». Se levantó de un salto, y para quitarse el temor canturreó con voz dulce, mientras salía de la habitación: «¡Oh, el de los galones rojos, tú que me tienes prisionera, apiádate de mi desgracia!». Lo repetía una y otra vez cuando llegó desde el comedor la voz de su hermana Jadiga gritándole con ironía:

—¡Esplendorosa y singular señora!, ¡si eres tan amable...!, tu sirvienta ya ha puesto la mesa.

La voz de su hermana, por el alboroto que produjo, la hizo volver completamente en sí, y cayó desde el mundo de la ilusión al mundo de la realidad, asustada de algo por un motivo desconocido, ya que todo había salido bien, como se había dicho a sí misma. Pero precisamente el grito de su hermana había espantado su canto y sus pensamientos, quizá porque Jadiga mantenía ante ella una actitud de reproche. Pero luchó contra esta inquietud repentina y le respondió con una risa breve. Se dirigió al comedor y se encontró con la mesa puesta de verdad y a su madre que llegaba con la bandeja de la comida. Jadiga dijo a su hermana en tono violento:

—¡Tú te quitas de en medio mientras que yo lo tengo que preparar todo sola! ¡Estamos hartos de tus cantos!

A pesar de que la hermana se mostraba agradable al conversar con Jadiga para librarse de su lengua afilada, la insistencia de la otra en provocarla cada vez que se le presentaba la ocasión conseguía de vez en cuando hacerla participar en la pelea:

—¿No estábamos de acuerdo en repartirnos el trabajo de la casa? Tú las tareas y yo las canciones —dijo fingiendo seriedad.

Jadiga miró a su madre y dijo con ironía aludiendo a la otra:

—¿Quizá tenga la intención de ser cantora!

Pero Aisha no se enfadó; al contrario, dijo con un interés también fingido:

—¿Quién sabe? Mi voz es como la del alcaraván.

Aunque las primeras palabras no habían suscitado la cólera de Jadiga porque eran una broma, las últimas sí la habían enfadado, ya que eran una verdad evidente y porque ella envidiaba, además, entre otras muchas cualidades, la hermosa voz de su hermana.

—¡Escúchame, dama y señora! —dijo poniendo mala cara—, ésta es la casa de un hombre honrado que no reprocha a sus hijas el que tengan voz de burro, pero sí les reprocha que sean un objeto sin utilidad ni provecho.

—Si tu voz fuera tan bonita como la mía no dirías eso.

—¡Claro! Tú cantas y yo te contesto. Tú dices: «¡Oh, el de los galones rojos, tú que...!», y yo te responderé: «Me tienes prisionera, ¡apiádate de mi desgracia!», y dejamos que la señora —señalando a su madre— barra, friegue y cocine.

La madre, que estaba acostumbrada a este tipo de peleas, se acababa de sentar y les rogó:

—¡Callaos, por Dios, y sentaos para que podamos desayunar en paz! Las dos se fueron a la mesa y se sentaron.

—Mamá —dijo Jadiga—, tú no sirves para educar a nadie. La madre murmuró con calma:

—¡Que Dios te perdone! Dejaré que seas tú la que te encargues de la educación con la condición de que empieces por ti misma.

Luego, tendiendo la mano hacia la fuente:

—¡En el nombre de Dios, clemente y misericordioso!

Jadiga tenía veinte años y era la mayor de sus hermanos, exceptuando a Yasín, hermano por parte de padre, que se acercaba a los veintiuno. Era fuerte, llenita gracias a Umm Hanafí, y no muy alta. Su rostro recogía los rasgos de sus padres, pero sin respetar la armonía. De su madre había heredado los ojos pequeños y bonitos, y de su padre la enorme nariz, o una versión reducida de aquélla, sin llegar al extremo de pasar inadvertida. Esta nariz, si bien confería dignidad y encajaba en el rostro del padre, jugaba un papel diferente en la cara de la chica.

Aisha tenía dieciséis primaveras y era una imagen de insólita belleza. Era de talle y estatura esbeltos — aunque en el ámbito de su familia esto era considerado como un defecto que Umm Hanafí tenía que remediar — y tenía un rostro de luna llena embellecido por una tez blanca y sonrosada. Sus ojos azules eran la hermosa herencia de su padre y la pequeña nariz, de su madre. Incluso en el cabello dorado se había visto favorecida por las leyes de la herencia, ya que fue la única distinguida por el legado de su abuela paterna. Naturalmente, Jadiga no comprendía el porqué de tantas diferencias entre ella y su hermana. Ni su excelente destreza para

cuidar la casa y para bordar ni su infatigable actividad le servían de nada. Sentía en general una envidia hacia su hermana que no intentaba disimular, lo que llevaba a la guapa a burlarse de ella en la mayoría de las ocasiones. Afortunadamente, esta natural envidia no dejaba rastros de mal humor en su espíritu y se contentaba con aliviar su enfado con la ironía y la mordacidad de su lengua. Con todo, la chica, a pesar de su problema innato, era de carácter maternal por naturaleza y tenía el corazón lleno de ternura hacia la familia, aunque sus miembros no se libraban de la amargura de su sarcasmo. La envidia le sobrevinía en períodos más o menos largos sin que se transformara en odio o rencor, aunque su manía de burlarse de todos, que en la familia se reducía a meras bromas, alcanzaba a los vecinos y conocidos, lo cual hacía de ella una crítica de primer grado. Sus ojos no se detenían sobre las personas, sino sobre sus defectos, como la aguja de la brújula que siempre señala el polo. Y si esos defectos estaban ocultos, ella trataba por todos los medios de descubrirlos y aumentarlos. Después empezaba a dar a su víctima los calificativos más apropiados a esos defectos, calificativos que triunfaban en poco tiempo en el círculo familiar. A la viuda de Sháwkat Aqdam, amiga de sus padres, le puso el mote de «La ametralladora», porque salpicaba de saliva cuando hablaba; a la señora Umm Maryam, la vecina de la casa de al lado, la llamó «¡Por Dios, señoras y señores!», por su forma de pedirles prestados de vez en cuando algunos cacharros de cocina; asimismo, al sheyj de la escuela coránica de Bayn el-Qasrayn, por su puesto y su fealdad, lo apodó «Por el mal que creó», porque repetía muchas veces esta aleya coránica dentro de su azora; al vendedor de habas, «El tiñoso», porque era calvo; al lechero, «El tuerto», por su corta vista, y así hasta unos motes más suaves que aplicaba a su familia. Su madre era «El almuédano» porque se levantaba temprano; Fahmi, «La pata de la cama», por su delgadez; Aisha, «El junco», por el mismo motivo, y Yasín, «Bomba Kashshar», por su corpulencia y su elegancia. La mordacidad de su lengua no revelaba tan sólo burla; la verdad es que no carecía de crueldad hacia cualquiera que no fuera de su familia. Así, su crítica a la gente estaba marcada por la virulencia y alejada de la indulgencia y el perdón. Asimismo, se apoderó de ella día tras día la falta de interés hacia las desgracias de los demás. Esta rudeza se manifestaba en casa en su trato con Umm Hanafí, trato que no recibía de nadie salvo de ella, y aún más en su actitud hacia los animales domésticos, como los gatos, que gozaban de un cariño indescriptible por parte de Aisha. Su actitud hacia Umm Hanafí era motivo de desavenencias entre ella y su madre, ya que ésta trataba al servicio del mismo modo que a la gente de la casa; opinaba que las personas eran ángeles y no comprendía cómo se podía pensar mal de nadie. Por el contrario, y de acuerdo con su disposición a tener mala opinión de la gente en general, Jadiga seguía pensando mal de la mujer y, sin ocultar su temor de que pasara la noche tan cerca de la alacena, decía a su madre: «¿De dónde le viene esta gordura excesiva?, ¿de las recetas que prepara?; todos nosotros las tomamos y no engordamos como ella. Es que se atiborra de manteca y miel sin medida mientras nosotros dormimos».

Pero la madre defendía a Umm Hanafí tanto como estaba en su mano, y cuando se hartó de la insistencia de su hija dijo: «¡Que coma lo que quiera!, hay comida abundante y su estómago tiene un límite que no va a sobrepasar. ¡De cualquier modo, no estamos hambrientos!». Sus palabras no acabaron de gustar a Jadiga y empezó a examinar cada mañana las tabletas de manteca y los tarros de miel. Umm Hanafí observaba esto sonriente ya que, por respeto hacia su buena señora, ella amaba a toda la familia. En contraste con todo esto, estaba el cariño de la chica hacia todos ellos, pues no podía estar tranquila si alguno de ellos sufría un tropiezo. Así, cuando Kamal cayó enfermo con sarampión, se empeñó en compartir la cama con él. E incluso no podía soportar que la propia Aisha sufriera el menor mal. No había un corazón como el suyo, tan frío y tan misericordioso a la vez.

Cuando se sentó a la mesa, fingió olvidar la disputa que se había desencadenado entre su hermana y ella, y se dedicó a las habas y a los huevos con un apetito que ya era proverbial en la familia. Además de su provecho alimenticio, la comida tenía entre ellas una elevada intención estética en su calidad de pilar natural de la grasa, y ellas la tomaban con lentitud y cuidado, y se esforzaban en masticar y masticar. Cuando se saciaban aún no terminaban, sino que repetían hasta estar llenas. Se diferenciaban según sus respectivas capacidades. La madre era la más rápida en acabar, seguida de Aisha. Después, Jadiga era la única en quedarse a la mesa, de la que no se retiraba hasta que los platos estaban rebañados. La delgadez de Aisha no guardaba proporción con su esfuerzo en comer, por no hablar de su poca resistencia ante el hechizo de las golosinas, lo que inducía a Jadiga a burlarse de ella diciendo que eran sus malas artes lo que la convertían en un terreno inadecuado para las buenas semillas que se sembraban en ella. Del mismo modo, le gustaba probar que su delgadez era debida a su poca fe y decía: «Todos nosotros ayunamos en el Ramadán menos tú; tú finges hacerlo y te introduces sigilosamente en la alacena como un ratón, para llenarte la barriga de nueces, almendras y avellanas. Luego rompes con nosotros el ayuno con una voracidad que te envidian hasta los que han ayunado,

pero Dios no te da su bendición». La hora del desayuno era una de las raras ocasiones en que ellas se dedicaban a sí mismas. Era el momento más apropiado para las confidencias y para explorar los pensamientos íntimos sobre aquellos asuntos que invitaban a guardar discreción, teniendo en cuenta el enorme pudor que caracterizaba a las reuniones de familia en presencia de los dos sexos. A pesar de su dedicación total a la comida, Jadiga tenía algo que decir, y habló con una voz tranquila, diferente de aquella con la que gritaba un momento antes:

—Mamá, he tenido un sueño extraño.

—¡Dios quiera que sea para bien, hija mía! —dijo la madre antes de tragar su bocado, en honor a su alarmada hija.

—Me he visto —dijo Jadiga con una preocupación redoblada— como si estuviera caminando sobre el muro de la azotea de nuestra casa o de otra, cuando un individuo desconocido me empujó y caí gritando...

Amina dejó de comer con seria preocupación y la chica guardó silencio un momento para reservarse algo de más envergadura, hasta que la madre balbució:

—¡Dios mío, haz que todo sea para bien!

—¿No sería yo —intervino Aisha, tratando de vencer una sonrisa— la persona desconocida que te ha empujado?

Jadiga, temiendo que se estropeará el ambiente con esta broma, le gritó:

—Se trata de un sueño y no de un juego. ¡Déjate de desvarios!

Luego, dirigiéndose a su madre, dijo:

—Me caí gritando, pero no me estrellé contra el suelo como me esperaba, sino que caí sobre un caballo que me llevó volando...

Amina suspiró tranquilizada como si hubiera comprendido lo que había detrás del sueño. Se calmó y volvió a comer, sonriendo.

—¿Quién sabe, Jadiga? ¡Quizá fuera el novio...! —dijo.

La palabra «novio» no surgía más que en esta reunión, y siempre de pasada. El corazón de la muchacha, al que nada abrumaba tanto como el asunto del matrimonio, se aceleró. Tenía fe en el sueño y su interpretación, y de ahí que encontrara en las palabras de su madre una profunda alegría. Pero quiso disimular su confusión con burlas, como era su costumbre, aunque fueran de sí misma, y dijo:

—¿Tú crees que el caballo es un novio?, ¡mi novio no podrá ser más que un burro!

Aisha se echó a reír hasta espurrear la comida. Luego, temiendo que Jadiga se ofendiera al comprender el sentido de su risa, dijo:

—¡Qué injusta eres contigo misma, Jadiga! No hay en ti nada que se te pueda reprochar.

Jadiga le clavó una mirada llena de desconfianza y duda, al tiempo que la madre le decía:

—Eres una muchacha como pocas. ¿Quién posee la destreza, la actividad, el espíritu vivo y la bonita cara que tienes tú? ¿Qué más quieres?

La chica se tocó la punta de la nariz con el dedo índice y preguntó riendo:

—¿Es que esto no corta el paso a los maridos?

—¡Tonterías! —dijo la madre sonriendo —, todavía eres muy joven, hijita.

Le disgustó la alusión a su corta edad porque ella no se consideraba joven para casarse y, dirigiéndose a su madre, le dijo:

—Mamá, tú te casaste antes de cumplir los catorce años.

—Este asunto no lo adelanta ni lo atrasa más que la voluntad de Dios —dijo la madre, que en realidad no estaba menos inquieta que su hija.

—Nuestro Señor nos dará pronto una alegría contigo, Jadiga —exclamó Aisha con franqueza.

Jadiga la miró de reojo con recelo y recordó cómo una de sus vecinas había pedido para su hijo la mano de su hermana, pero el padre se había opuesto a que se casara la menor antes que la mayor.

—¿De verdad te gustaría que yo me casara o lo que quieres es que te deje libre el camino para que te cases tú? —le preguntó.

—¡Las dos cosas a la vez! —contestó Aisha riendo.

6

Una vez que acabaron de desayunar, dijo la madre:

—Tú, Aisha, te ocupas hoy del lavado; y tú, Jadiga, de la limpieza de la casa. Luego os reuniréis conmigo en el horno.

Acostumbraba Amina a repartir el trabajo entre las dos inmediatamente después del desayuno. A pesar de que ambas estaban satisfechas con su decisión, mientras Aisha lo aceptaba sin discusión, Jadiga se encargaba de dirigir las observaciones por medio de la superioridad o de la disputa; por eso dijo:

—Si te fastidia el lavado te cedo la limpieza, pero si el pleito por el lavado es para quedarte en el baño hasta que se acabe el trabajo en la cocina, me niego de antemano.

La chica fingió ignorar esta observación y se marchó al cuarto de baño canturreando mientras Jadiga decía irónicamente:

—¡Qué suerte! En el baño resuena la voz como en el fonógrafo. ¡Canta y que te oigan los vecinos!

La madre abandonó la habitación para dirigirse a la galería y luego a la escalera, por la cual subió hasta la azotea para hacer por ella su recorrido mañanero antes de bajar al horno. La pelea entre las dos chicas no era nueva; con el paso de los días se había convertido en una costumbre, siempre que el padre no se hallaba presente en la casa o en aquellos momentos en que la tertulia entre los miembros de la familia era grata. Ella trataba de ponerle remedio con ruegos, bromas y considerable tacto; ésta era la única política que seguía ante sus hijos porque tenía una naturaleza que sólo se ajustaba a esa manera de ser. En cuanto a la firmeza que a veces se requería para educar, era una cosa que desconocía; tal vez la deseaba sin poder lograrla y quizás intentaba ponerla en práctica, pero siempre podían más la emoción y la debilidad, ya que no soportaba que entre ella y sus hijos existieran otros vínculos que el cariño y el amor; y así dejaba al padre —o a su personalidad, que controlaba desde lejos— la tarea de enderezarlos y hacerles cumplir todas sus normas.

Por eso la banal disputa no debilitaba toda la admiración y la satisfacción que sentía por sus hijas: Aisha, apasionada por el canto hasta enloquecer y amiga de plantarse ante el espejo, no era menos organizada y experta que Jadiga, a pesar de su indolencia. Esto habría proporcionado a la madre momentos de reposo, si no fuera por sus escrúpulos rayanos en la manía, ya que ella se empeñaba en dominar hasta el más mínimo

detalle de la casa. Cuando las dos chicas acababan sus faenas, ya estaba ella con la escoba en una mano y el plumero en la otra dispuesta a inspeccionar las habitaciones, las salas y los corredores, escudriñando los rincones, las paredes, las cortinas y el resto del mobiliario, por si acaso se había quedado una mota de polvo olvidada, y se sentía complacida y aliviada como si se la hubiera sacado de su propio ojo. Por esos mismos escrúpulos registraba la ropa preparada para lavar, y si daba con una prenda cuya suciedad se salía de lo ordinario, no dejaba de advertir amablemente a su dueño de sus deberes, desde Kamal, que casi contaba diez años, hasta Yasín, que tenía dos gustos contradictorios en cuanto a su aseo personal, que se revelaban, por un lado, en la exagerada elegancia de su apariencia externa en lo que se refería al traje, al tarbúsh, la camisa, la corbata y los zapatos, y por otro lado, en su incalificable dejadez con la ropa interior. Era natural que este cuidado exhaustivo llegara también a la azotea y a sus habitantes, las palomas y las gallinas; es más, el rato que pasaba allí estaba lleno de amor y de alegría, de ganas de trabajar en ella, pues encontraba en hacerlo el placer y la satisfacción de un pasatiempo. Y no era de extrañar, pues la azotea era el mundo nuevo del que carecía la casa grande antes de incorporársela. Ella la había reformado a su antojo, aunque siguió conservando la forma con la que había sido construida en época remota. Esas jaulas colgadas en algunos de sus altos muros, en las cuales, desde que fueron instaladas, zureaban las palomas. Esos gallineros de madera en cuyas tablas cloqueaban las gallinas desde el momento en que se construyeron... ¡Cuánto se alegraba al echar el grano o al poner en el suelo el cacharro con agua para que se precipitaran hacia él las gallinas detrás de su gallo, mientras sus picos se lanzaban sobre el grano con rapidez y regularidad, como las agujas de una máquina de coser, dejando al cabo de un momento en el suelo polvoriento diminutos agujeros como huellas de llovizna! ¡Cuánto se le ensanchaba el pecho cuando miraba y veía que la contemplaban embelesadas con sus minúsculos y límpidos ojos de modo inquisitivo e interrogante, cacareando y cloqueando con un amor recíproco que hacía vibrar su agradecido corazón! Amaba a las gallinas y a las palomas del mismo modo que a todas las criaturas de Dios, y les hablaba en voz baja y suave pensando que ellas la comprendían y se conmovían. Su imaginación otorgaba a los animales, y a veces a los mismos objetos inanimados, la capacidad de sentir y de pensar. Tenía la certeza de que estos seres alababan la gloria de su Señor y se comunicaban coherentemente con el mundo del espíritu puro, su universo, con su tierra y su cielo, sus animales y sus plantas; era un mundo vivo e inteligente, cuyos méritos no se limitaban a la gracia de la vida y se completaban con la adoración. No era extraño, pues, que los gallos se hicieran decrepitos y que las gallinas enfermaran con tal o cual pretexto: ésta porque era prolífica, ésa porque era ponedora y aquél porque despertaba con su canto. Por ella, las habría dejado en paz sin consentir que el cuchillo actuara sobre sus pescuezos, y cuando las circunstancias la obligaban a degollarlas, escogía una gallina o una paloma con una especie de pesadumbre; le daba de beber, rezaba por ella, recitaba la basmala, le pedía perdón y la degollaba con el consuelo de gozar de un derecho otorgado por Dios Todopoderoso y que se extendía a todos sus siervos. Lo más maravilloso que había en la azotea era su mitad sur, orientada hacia el-Nahhasín, donde ella había plantado con sus propias manos, en el transcurso de los años, un maravilloso jardín sin igual en todas las azoteas del barrio, que estaban cubiertas habitualmente de toda clase de excrementos de aves. Había comenzado por unas cuantas macetas de claveles y de rosas que fueron aumentando año tras año hasta formar filas paralelas a los lados del murete, mientras crecían de forma maravillosa. Se le ocurrió entonces colocar encima del jardín un tejadillo y llamó a un carpintero que se lo instaló; luego plantó un jazmín y una hiedra. Enganchó después los tallos en el tejadillo y alrededor de sus postes, de modo que crecieron y se esparcieron hasta que el lugar se transformó en un bosque de enredaderas con un techo verde del que se desbordaba el jazmín, al tiempo que se difundía entre sus paredes un agradable y embriagador aroma. Esta azotea, con sus habitantes, las gallinas y las palomas, y con su bosque de enredaderas, era su precioso y querido universo, y su lugar de distracción preferido en este gran mundo del que no conocía nada. Era como si a esa hora se comprometiera a cuidarlo, y así barría la azotea, regaba sus plantas y daba de comer a las gallinas y a las palomas. Gozaba después largo rato de la vista que la rodeaba con la sonrisa en los labios y los ojos soñadores, para irse más tarde hacia el fondo del jardín y detenerse tras los brotes entrelazados, y allí extendía su mirada a través de los huecos hacia el espacio ilimitado que alcanzaba su vista. ¡Cuánto la asombraban los alminares que se lanzaban hacia el cielo de forma tan sugestiva! A veces, a tan poca distancia como para ver sus lámparas y su media luna con claridad, como los de Qalawún y Barquq; otras, no tan lejos como para que le parecieran un todo indiferenciado, como los de el-Huseyn, el-Guri y el-Azhar; y en un tercer plano más remoto, como fantasmas, los de la Ciudadela y el de Rifai. Volvió el rostro hacia ellos con devoción y agrado, amor y fe, agradecimiento y esperanza, mientras su alma se elevaba por encima de sus cúspides, lo más cerca posible del cielo. Luego, sus ojos se posaron en el alminar de el-Huseyn, el preferido de su corazón — por el amor que profesaba a su patrón —, y clavó sus ojos en él con ternura y anhelo, enturbiados por una tristeza que la dominaba al recordar que le estaba prohibido visitar al nieto del Enviado de Dios, aun cuando estaba a sólo unos minutos de distancia de su

morada. Lanzó un profundo suspiro que la sacó de su ensoñación y volvió en sí; se entretuvo en mirar las azoteas y las calles sin que la abandonaran sus anhelos. Dio luego la espalda al murete, saciada ya de examinar lo desconocido; lo desconocido con relación a la gente en general, que era el mundo invisible, y lo desconocido por lo que a ella se refería, que era El Cairo, más aún, los barrios vecinos cuyos ruidos le llegaban. ¿Qué era este mundo del que sólo conocía los alminares y las azoteas cercanas? Hacía un cuarto de siglo que estaba confinada en esta casa, sin apartarse de ella salvo en raras ocasiones para visitar a su madre en el-Juranfish. En cada visita la acompañaba el señor en coche de caballos, porque no soportaba que ninguna mirada se posara en su mujer, ya estuviese sola o en su compañía. Ella no se enfadaba nunca ni se quejaba, estaba muy lejos de eso. Pero apenas miraba a través de las enredaderas de jazmín y de hiedra al espacio, a los alminares y a las azoteas, afloraba a sus labios delgados una sonrisa de felicidad y ensueño. ¿Dónde caería la Escuela de Leyes en la que estaba sentado Fahmi en este momento? ¿Dónde estaría la escuela de Jalil Aga, de la que Kamal afirmaba que estaba a un minuto de distancia de el-Huseyn?

Antes de dejar la azotea extendió las manos invocando a su Señor: «¡Dios mío —dijo—, te pido que protejas a mi señor, a mis hijos, a mi pobrecita madre, a toda la gente, musulmanes y cristianos, hasta a los ingleses, Señor, hazlos salir de nuestro país en honor de Fahmi, que no los quiere!».

7

Cuando el señor Ahmad Abd el-Gawwad llegó a su tienda, situada frente a la mezquita de Barquq, en el-Nahhasín, su encargado, Gamil el-Hamzawi, acababa de abrirla y de prepararla para la venta. El señor lo saludó amablemente con una radiante sonrisa, y se dirigió a su escritorio. El-Hamzawi tenía unos cincuenta años, de los que había pasado treinta en esta tienda como empleado de su fundador, el hagg Abd el-Gawwad, luego como dependiente del señor tras la muerte del padre de éste, a quien siguió fiel tanto en el trabajo como en el afecto. Lo veneraba y lo amaba como todos los que se relacionaban con él por motivos de trabajo o de amistad. La verdad es que el señor no era terrible y temido más que con su familia. Con el resto de la gente, amigos, conocidos y clientes, era otra persona, que gozaba de una gran parte de veneración y respeto, pero que, ante todo, era una persona querida. Querida por su encanto más que por cualquiera de sus múltiples características elogiadas...Así, la gente no conocía al señor en su casa, ni la familia conocía al señor que vivía entre la gente. La tienda era de medianas dimensiones, con una selección de café, arroz, frutos secos y jabón, apilada en sus estanterías y sus laterales. En la esquina de la izquierda, frente a la entrada, estaba el escritorio del señor, con sus libros de registro, sus papeles y su teléfono. A la derecha de su asiento estaba la caja fuerte verde, empotrada en la pared, con un aspecto que revelaba su dureza y cuyo color recordaba al de los billetes de banco. En el centro de la pared, sobre el escritorio, estaba colgado un marco de ébano en cuyo interior estaba escrita la basmala con letras doradas. La tienda permanecía tranquila hasta bien entrada la mañana. El señor se puso a repasar las cuentas del día anterior con una laboriosidad que había heredado de su padre y que había conservado con su desbordante vitalidad. Mientras tanto, el-Hamzawi estaba de pie a la entrada, con los brazos cruzados sobre su pecho, recitando sin cesar las aleyas del Corán que se le venían a la cabeza con una voz interior, imperceptible, que se adivinaba por el movimiento continuo de sus labios y por un débil bisbiseo que se le escapaba de vez en cuando con las letras sin y sad. No interrumpía su recitación hasta que llegaba un sheyj ciego al que el señor tenía asignada una cantidad por recitar el Corán cada mañana. El-Gawwad levantaba la cabeza del libro de registro muy de tarde en tarde para escucharlo o echar un vistazo hacia la calle, donde no dejaban de pasar peatones, carretillas, carros, suarés que se tambaleaban a causa de su tamaño y su peso, y vendedores que pregonaban los tomates, la mulujiya y la bamia, cada uno a su manera. Este alboroto no interrumpía la concentración de su mente, ya que se había acostumbrado a él durante más de treinta años; incluso le producía tranquilidad y se inquietaba cuando cesaba. Después vino un cliente y el-Hamzawi se ocupó de él. Llegó también un grupo de amigos del señor y de comerciantes vecinos a quienes gustaba pasar un rato agradable con él, aunque sólo fuera un momento, saludarlo y, según ellos mismos decían, «intercambiar sus salivas» con una de sus bromas o chistes. Esto hacía que estuviera orgulloso de sí mismo como conversador magnífico y de gran habilidad. No faltaban en su conversación destellos entresacados de la cultura general que poseía, no a través de la enseñanza, ya que él había dejado de estudiar antes de terminar la primaria, sino por la lectura de los periódicos y su amistad con escogidas personalidades, funcionarios y abogados a los que consideraba dignos de frecuentar de igual a igual debido a su agilidad mental, su cortesía, su encanto y su posición como comerciante bien abastecido. Había modernizado su mentalidad, distinta de la estrecha mentalidad mercantil, y el amor, respeto y honor con que lo agasajaban aquellos notables redoblaban su orgullo. Cuando uno de ellos le dijo una vez con sinceridad y franqueza: «¡Si

se te hubiera presentado la ocasión de estudiar derecho, señor Ahmad, habrías sido un abogado excelente como pocos!»), se hinchó de un orgullo que logró disimular con su encanto, su humildad y su trato agradable. Pero no se entretuvo con ninguno de los que estaban allí sentados, y se fueron uno tras otro. La actividad en la tienda aumentaba progresivamente cuando, de repente, entró un hombre corriendo como si le hubiera empujado una mano muy fuerte. Se detuvo en medio de la tienda y entornó los ojos para aguzar su vista; luego los dirigió hacia el escritorio del señor, pero, a pesar de que no los separaban más de tres metros, estuvo forzando su vista inútilmente y después preguntó a gritos:

—¿Está el señor Ahmad el-Gawwad?

—Bienvenido, sheyj Mitwali Abd el-Samad —dijo el señor, sonriente—. ¡Pasa! ¡Vienes como una bendición!

El hombre inclinó la cabeza al tiempo que el-Hamzawi se aproximaba a él para saludarlo, pero aquél no se dio cuenta de la mano extendida, y estornudó inesperadamente. El-Hamzawi retrocedió sacando su pañuelo y volvió la cara hacia un lado con una sonrisa forzada. Se precipitó el sheyj hacia el escritorio murmurando: «Gloria a Dios, Señor del Universo». Luego levantó el borde de su capa y se enjugó el rostro; después se sentó en la silla que le ofrecía el señor. El sheyj mostraba una salud envidiable, a pesar de rebasar los setenta y cinco años, y, a no ser por sus ojos cansados y de párpados inflamados y su boca ruinoso, no tenía ningún achaque. Se cubría con una capa raída y descolorida a la que se aferraba, aunque hubiera podido sustituirla por otra mejor gracias a la generosidad que le mostraba la gente compasiva, porque, según decía, en sueños había visto que el-Huseyn le bendecía y difundía en ella un bien imperecedero. Era conocido no sólo por sus poderes para leer lo oculto, hacer invocaciones curativas y fabricar amuletos, sino también por su franqueza y su ingenio; en él tenían cabida el chiste y la broma, lo que acrecentaba su valor ante el señor en particular. A pesar de que vivía en el barrio, no agobiaba con sus visitas a ninguno de sus adeptos. Podía estar incluso meses ausente, sin que se supiera dónde se encontraba, pero si hacía alguna visita tras la separación, era recibido con los brazos abiertos y con regalos. El señor había hecho señas a su encargado de que preparara para el sheyj el arroz, el café y el jabón que le solía regalar.

—Nos has tenido tristes, sheyj Mitwali..., desde la fiesta de Ashura no hemos gozado de tu presencia —dijo el señor dándole la bienvenida.

El hombre respondió con llaneza e indiferencia:

—Yo me voy y vuelvo cuando me parece bien, y no me pregunto el porqué. El señor que estaba acostumbrado a su estilo, farfulló: —Aunque tú te ausentes, tu bendición queda con nosotros.

No pareció que el sheyj se hubiera dejado impresionar por el elogio; por el contrario, movió la cabeza pacientemente y dijo con rudeza:

—¿Es que no te he advertido más de una vez que no seas tú quien me dirija la palabra y que guardes silencio hasta que hable yo?

Dijo el señor con ganas de provocarlo:

—Perdón, sheyj Abd el-Samad. Si he olvidado tu advertencia, mi única disculpa es tu larga ausencia.

El sheyj dio una palmada y gritó:

—¡La excusa es peor que la falta! —Luego, amenazando con su dedo índice —: ¡Si te empeñas en contradecirme me negaré a aceptar tu regalo!

El señor cerró la boca y extendió las manos resignándose y guardando esta vez silencio. El sheyj Mitwali esperó un poco para asegurarse de que le obedecería, carraspeó y dijo:

—Voy a empezar a rezar por el querido Señor de la Creación.

—¡Sea sobre Él la oración y la paz! —exclamó el señor desde lo más profundo de su corazón.

—Y haré el elogio de tu padre como él se merece. ¡Que Dios lo tenga en su infinita misericordia y lo acoja en la inmensidad de sus paraísos! Es como si estuviera con él, sentado en tu lugar, sin que haya diferencias entre el padre y el hijo, salvo que el difunto conservaba el turbante y tú lo has sustituido por este tarbush.

—¡Que Dios nos perdone! —murmuró el señor, sonriendo.

El sheyj bostezó hasta que se le saltaron las lágrimas, luego continuó:

—Ruego a Dios que conceda a tus hijos felicidad y devoción, Yasín, Jadiga, Fahmi, Aisha y Kamal, y a su madre. ¡Amén!

Los nombres de Jadiga y Aisha pronunciados por el sheyj produjeron un extraño efecto en los oídos del señor, a pesar de que había sido él mismo quien se los había comunicado mucho tiempo atrás para que les escribiera unos talismanes. No era la primera ni la última vez que el sheyj pronunciaba los dos nombres; pero el de ninguna de sus mujeres había sido repetido fuera de la casa —incluso por el sheyj Mitwali— sin que le produjera, aunque sólo fuera por un momento, un efecto extraño que él mismo desaprobaba; pero murmuró:

—¡Amén, Señor del Universo! El sheyj suspiró y dijo:

—Luego voy a rogar a Dios el Bienhechor que nos devuelva a nuestro efendi Abbás apoyado por uno de esos ejércitos del califa que no se sepa dónde empieza ni dónde acaba.

—Todos lo pediremos, ya que para El nada es demasiado.

El sheyj levantó la voz, diciendo enfadado:

—¡Y que los ingleses y sus esbirros sufran una derrota terrible y no vuelvan a levantar cabeza!

—¡Que Nuestro Señor los castigue a todos!

El sheyj movió la cabeza con tristeza y dijo suspirando:

—Yo estaba ayer paseando por el-Muski cuando dos soldados australianos se atravesaron en mi camino y me pidieron lo que tenía. Lo que hice fue vaciarles mis bolsillos, sacando lo único que llevaba, una mazorca de maíz. Uno de ellos la cogió y le dio una patada como si fuera una pelota, mientras que el otro me arrancó el turbante y me deslió el chal, lo desgarró y me lo tiró a la cara.

El señor lo seguía, tratando de vencer una insistente sonrisa que pronto disimuló tras una exagerada manifestación de disgusto, gritando con repugnancia:

—¡Que Dios los combata y los extermine! El hombre concluyó su relato diciendo:

—Levanté mis manos hacia el cielo y grité: «¡Dios Todopoderoso, desgarrar su nación como ellos han hecho con el chal de mi turbante!».

—¡Que la plegaria sea atendida, si Dios quiere!

El sheyj se inclinó hacia atrás y cerró los ojos para descansar un poco. Se quedó en esta posición mientras el señor escudriñaba su rostro sonriendo. Luego abrió los ojos y le habló con una voz tranquila y de tonos nuevos, que anunciaba un cambio de tema:

—¡Qué respetable y caballeroso eres, Ahmad, hijo de Abd el-Gawwad! El señor sonrió con satisfacción, y dijo con voz sosegada:

—¡Por Dios, no digas eso, sheyj Abd el-Samad!

—¡No vayas tan de prisa! —se apresuró a decir el sheyj—. Mis palabras de elogio sólo son el preámbulo para lo que de verdad tengo que decir. Son para abrir el apetito, hijo de Abd el-Gawwad.

Brilló la preocupación y la desconfianza en los ojos del señor, que murmuró:

—¡Que Nuestro Señor sea clemente con nosotros!

Lo señaló con su índice nudoso y preguntó amenazador:

—¿Qué dices, siendo creyente piadoso, de tu pasión por las mujeres?

El señor estaba acostumbrado a la franqueza del sheyj y no lo inquietó su ataque. Se rió brevemente y respondió:

—¿Qué tengo yo que ver con eso? ¿Acaso no habla el Profeta, que Dios lo bendiga y lo salve, de su amor por el perfume y las mujeres?

El sheyj frunció el ceño y puso mala cara, protestando contra la lógica del señor, que no le agradaba:

—Lo lícito y el pecado son cosas distintas, hijo de Abd el-Gawwad, y el matrimonio no es lo mismo que correr tras las prostitutas.

El señor dejó vagar su mirada en el vacío y repuso con seriedad:

—¡Alabado sea Dios! ¡Yo no he aceptado nunca, ni un solo día, aquello que pudiera atentar contra el honor y el respeto!

El sheyj se golpeó las rodillas con las manos, y dijo con extrañeza y disgusto:

—Una excusa frágil que sólo puede inventar el que es débil. El libertinaje es una maldición, aunque sea con una prostituta. Tu padre, que en paz descanse, era un apasionado de las mujeres y se casó veinte veces, ¿por qué no sigues su ejemplo y te apartas del camino del pecado?

El señor se rió con estruendo:

—¿Eres un santo de Dios o un casamentero oficial? Mi padre era casi estéril y por eso se casó tantas veces y, a pesar de que sólo me tuvo a mí, sus bienes se repartieron entre las cuatro mujeres que le sobrevivieron y yo mismo, sin contar con todo lo que derrochó durante su vida en gastos legales. Por lo que a mí se refiere, soy padre de tres varones y dos hembras y no puedo permitirme el lujo de tener más mujeres, pues dilapidaría los bienes que Dios nos otorgó. Y no olvides, sheyj Mitwali, que las bellas mujeres de hoy son las esclavas de ayer, que Dios permitió que fueran vendidas y compradas, y El, antes y después, es clemente y misericordioso.

Suspiró el sheyj y dijo balanceando el torso:

—Vosotros los seres humanos sois únicos en hacer lo malo bueno. ¡Por Dios, hijo de Abd el-Gawwad!, ¡si no fuera por el amor que te tengo, no me importaría que me hablaras mientras estás montando a una prostituta!

El señor extendió las manos y dijo sonriendo:

—¡Dios mío, responde!

Resopló el sheyj, impaciente, y gritó:

—Si no fuera por tus bromas, serías un hombre perfecto.

—Sólo Dios es perfecto.

El sheyj se volvió hacia él haciendo un gesto con la mano como si le dijera «Vamos a dejar el tema». Luego le preguntó con el tono de un juez que le pusiera la soga al cuello:

—¿Y el vino?, ¿qué dices de esto?

Rápidamente flaqueó el ánimo del señor, y brilló en sus ojos el fastidio; luego, guardó silencio un buen rato. El sheyj vio en su silencio una prueba de rendición y gritó triunfante:

—¿Es que beber vino no es indigno de aquel que ansia obedecer a Dios?

El señor arremetió contra él, diciendo con el entusiasmo de quien rechaza una prueba irrefutable:

—¡Qué grande es mi ansia de obedecer y amar a Dios!

—¿De palabra o de obra?

A pesar de que la respuesta estaba preparada, el señor tardó en reflexionar, antes de hablar. No acostumbraba a que la autorreflexión o la meditación interior lo absorbieran. Su postura ante esto era la de quienes apenas están solos consigo mismos. Su pensamiento no trabajaba hasta que algo externo lo obligaba a hacerlo, ya fuera hombre, mujer, o uno de los asuntos de su vida profesional. Se había entregado a la corriente desbordante de su vida, y se sumergía en ella por completo; por eso, no veía de sí mismo sino su propia imagen reflejada en la superficie de esa corriente. Su impulso vital no se debilitaba con el paso de los años, ya que había alcanzado los cuarenta y cinco, y todavía gozaba plenamente de una vitalidad desbordante y ardorosa que sólo un muchacho joven podía sentir. Por eso su vida encerraba un montón de contradicciones que iban de la devoción al vicio, pero todas obtenían su aprobación a pesar de esa contradicción, que él no intentaba respaldar con el apoyo de una filosofía propia, o de una organización cuyas facetas inventaba la gente hipócrita. Él actuaba según su propio carácter, con buen corazón, intención limpia y sinceridad en todo lo que hacía. Nunca habían soplado en su pecho las tempestades de la duda, y era feliz. Su fe era profunda. Una fe heredada que no le suponía esfuerzo. Por otro lado, la delicadeza de sus sentimientos, la dulzura de sus emociones y su sinceridad lo habían colmado de una sensibilidad fina y elevada, muy alejada de la tradición ciega o de los ritos inspirados sólo por el deseo o el miedo. En resumen, lo más destacado de su fe era el amor fecundo y puro. Por esta fe fecunda y pura se había preocupado de cumplir todos los preceptos de Dios, la oración, el ayuno y la limosna, con amor, afabilidad y alegría, además de tener una conciencia limpia, un corazón lleno de amor por la gente y un alma repleta de buenas cualidades y coraje, lo que hacía de él un amigo querido, una fuente dulce a la que la gente corría para apagar su sed. Con aquella vitalidad desbordante abría su pecho a las alegrías y placeres de la vida, se regocijaba ante un alimento magnífico, se emocionaba por un vino exquisito y se hechizaba ante un rostro hermoso; de todo ello bebía con alegría, júbilo y pasión y sin que pesara en su conciencia ningún sentimiento de pecado o angustia, sino ejerciendo un derecho que la vida le había concedido, como si no hubiera contradicción entre el derecho de la vida sobre su corazón y el derecho de Dios sobre su conciencia. Nunca en su vida se había sentido alejado de Dios o expuesto a su castigo, sino hermanado con Él por la paz. ¿Es que había dos personas distintas en una única personalidad?, ¿o era tal su confianza en el perdón divino que no creía que condenara realmente aquellas alegrías, y que, incluso en el caso de que fueran condenadas, tendrían que ser perdonadas a los culpables, pues que no perjudicaban a nadie? Probablemente abrazaba la vida con su corazón y sus sentimientos, sin que hubiera en ello pensamiento o reflexión. Encontró en sí mismo instintos fuertes; algunos se elevaban a Dios y los amansaba con la devoción, mientras que otros estaban dispuestos para los placeres, y calmaba su sed divirtiéndose. Todos ellos se mezclaban en su interior tranquila y confiadamente, sin que se preocupara de conciliarlos. No se veía forzado a justificarlos en su pensamiento más que bajo la presión de críticas como la que le había dirigido el sheyj Mitwali Abd el-Samad. En esta circunstancia, se encontraba más angustiado por la reflexión que por la acusación misma. No porque no le importara ser acusado ante Dios, sino porque él nunca creyó que pudiera ser acusado, o que Dios se enfadara verdaderamente con él por esa diversión que no

hacía daño a nadie. Reflexionar por una parte lo fatigaba y por otra revelaba el escaso conocimiento que tenía de su religión. Por todo eso, puso mala cara ante la pregunta desafiante que le había lanzado el sheyj, «¿De palabra o de obra?», y le respondió molesto:

—De palabra y de obra a la vez. En la oración, el ayuno, la limosna y la invocación a Dios de pie y postrado. Después de todo, ¿qué se me puede reprochar si me consuelo con algo de diversión que no perjudica a nadie ni descuida el deber religioso?, ¿es que el pecado se va a prohibir a unos más que a otros?

El sheyj levantó las cejas y cerró los ojos en señal de no estar satisfecho:

—¡Ay del que se defiende por medio de la mentira! —murmuró.

El señor, como era su costumbre, pasó repentinamente de la angustia a la alegría, y dijo con generosidad:

—Dios es clemente y compasivo, sheyj Abd el-Samad. Yo me lo imagino exaltado, pero nunca enfadado o adusto. Incluso su venganza lleva oculta la misericordia; yo le ofrezco amor, obediencia y piedad, y una buena acción vale por diez.

—Por lo que se refiere al cálculo de las buenas acciones, tú ganas.

El señor hizo una seña a Gamil el-Hamzawi para que trajera el regalo para el sheyj, y dijo alegremente:

—¡Dios nos lleve la cuenta y bendiga al encargado!

Entonces el encargado le trajo el paquete y el señor lo cogió y se lo tendió al sheyj mientras decía riendo:

—¡A tu salud!

—¡Que Dios te provea ampliamente y te perdone! —dijo el sheyj mientras lo cogía.

El señor murmuró «Amén» y preguntó sonriendo:

—¿Es que tú no fuiste también de éstos, sheyj nuestro señor?

—¡Que Dios te perdone! —rió el sheyj—. Eres un hombre generoso y de buen corazón, y quiero aprovechar para precaverte de ser excesivamente generoso, ya que esto no conviene ni es lo que se exige del buen sentido de un comerciante.

—¿Es que quieres que recupere lo que te he regalado? —preguntó el señor sorprendido.

El hombre se levantó.

—Mi regalo no rebasa el buen sentido, así que ¡sigue así!, hijo de Abd el-Gaw-wad. ¡Que la paz y la misericordia de Dios sean contigo!

El sheyj dejó la tienda apresuradamente y desapareció de la vista. El señor se quedó cavilando sobre la discusión que se había producido entre el sheyj y él. Luego extendió las manos con humildad y murmuró: «¡Dios mío, perdóname los pecados pasados y los futuros, Tú que perdonas y tienes misericordia!».

8

Por la tarde, Kamal abandonó la escuela de Jalil Aga, balanceado por la oleada de alumnos que se dirigían en tropel hacia la calle. Luego fueron dispersándose los unos hacia el-Dirasa, los otros hacia el nuevo callejón y los demás hacia la calle de el-Huseyn, mientras que algunos grupos se agolpaban alrededor de los vendedores ambulantes de pipas, habas, cacahuetes, palmitos y dulces que, con sus cestos, obstruían el paso de las bandadas de alumnos en las bocacalles que partían de la escuela. A esta hora tampoco faltaban en la calle las

peleas, que se producían por doquier, entre unos alumnos que se veían obligados a reprimir sus desavenencias durante el día para evitar los castigos escolares. Kamal raras veces se había visto envuelto en ellas; quizá no pasaran de dos a lo largo de los dos años que llevaba en la escuela, y no porque no fueran frecuentes sus diferencias ni porque le disgustara pelear, ya que la necesidad de evitarlas le causaba una profunda tristeza, sino porque la mayoría de los alumnos lo aventajaba en edad, por lo que él y un pequeño grupo de compañeros eran como extraños en la escuela; con sus pantalones cortos, se les trababa la lengua ante unos condiscípulos que pasaban de los quince años y muchos rondaban los veinte, los cuales se les atravesaban en la calle con jactancia y altanería, pues ya les estaba creciendo el bigote. Alguno de ellos se le cruzaba en el patio de la escuela y, sin el menor motivo, le arrancaba el libro de la mano y lo tiraba lejos como una pelota; otro le quitaba su trozo de pastel, sin consideración, se lo metía en la boca y continuaba hablando como si nada. Nunca le faltaban las ganas de pelea, sino que las reprimía, previendo las consecuencias; acudía sólo cuando uno de sus compañeros pequeños le provocaba. Al atacar encontraba una válvula de escape para sus sentimientos levantiscos y reprimidos y un modo de recobrar la confianza en su fuerza y en sí mismo. Y no sólo se trataba de pelear o no pelear; lo peor del cinismo de los agresores eran todos los insultos y groserías, malintencionados o no, que llegaban a sus oídos; si conocía su significado, se los guardaba para sus adentros, pero otras veces, al ignorarlo, los repetía en la casa con la mejor intención, provocando con ello una tormenta de agitación y terror, cuyos ecos llegaban en forma de queja al supervisor del colegio, que era amigo de su padre. Un día tuvo la mala suerte de que uno de sus contrincantes, en una de las dos únicas peleas en las que se había metido, fuera de la familia de los Fatwat, conocida en el-Dirasa. Al atardecer del día siguiente, el muchacho encontró esperándolo a la puerta del colegio a una pandilla de chicos armados de palos hasta los dientes, con cara de pocos amigos. Cuando su contrincante lo señaló para mostrárselo a los demás, Kamal se apercibió de su gesto, comprendió el peligro que corría y echó a correr hacia la escuela, donde pidió ayuda al tutor, que en vano trató de hacerlos desistir de sus propósitos; pero le trataron groseramente hasta el punto de verse obligado a llamar a un guardia para que condujera al chico a su casa, al tiempo que iba a visitar al señor en su tienda y le ponía al corriente del peligro que amenazaba a su hijo, a la vez que le aconsejaba que tratara el caso con indulgencia y tacto. El señor buscó entonces apoyo en algunos comerciantes de el-Dirasa, conocidos suyos, que fueron a casa de los Fatwat a interceder por él. Tuvo que hacer gala de su conocida diplomacia y mano izquierda para lograr que los Fatwat se ablandasen; éstos dieron muestras de perdonar a Kamal; más aún, se cuidaron de protegerle como a uno de sus hijos, y no acabó la jornada sin que el señor enviara a alguien con uno de sus consabidos regalos. Kamal se libró de los palos de los Fatwat, pero fue como quien busca protección del calor en el fuego, porque el bastón de su padre hizo en sus piernas lo que jamás habrían hecho decenas de bastones.

El chico salió de la escuela y, si bien el sonido del timbre anunciando el final de las clases le causaba una alegría en su interior, sólo igualada en aquellos días por la brisa de libertad que respiraba a pleno pulmón al salir por el portón de la escuela, no se borraron de su espíritu los ecos de la última y querida disciplina, la de religión. El sheyj les había leído aquel día la azora: «Di: me ha sido revelado que un grupo de genios escuchó la palabra de Dios», y la explicó después. El muchacho se había concentrado concienzudamente, levantando el dedo a menudo y preguntando lo que no entendía. Como el maestro sentía simpatía hacia él por el enorme interés con que escuchaba las lecciones, hasta el punto de aprenderse todas las azoras de memoria, su pecho se llenaba de orgullo por sus preguntas, cosa que no lograba hacer ningún otro estudiante. Entonces el sheyj le hablaba de los genios y de sus clases, especialmente de los que eran musulmanes, los cuales obtendrían el paraíso al final, para ejemplo de sus hermanos los mortales. El chico retenía en la memoria cada palabra que el profesor pronunciaba y no dejaba de pensar en ello hasta el momento de cruzar la calle camino de la tienda de basbusa, que estaba al otro lado. Además de su pasión por la clase de religión, sabía que no la recibía sólo para él, sino que al volver a casa tenía que repetir a su madre lo que había aprendido, como hacía siempre desde que estaba en la escuela. Él le transmitía sus conocimientos y ella sacaba a relucir los que tenía de su padre, que fue sheyj de el-Azhar, y ambos los discutían largo rato. Luego, Kamal le hacía aprender las nuevas azoras que ella no sabía aún...

Llegó a la tienda de basbusa, alargó su manita con los milímetros que guardaba desde la mañana y cogió el trozo con una satisfacción total que sólo sentía en ese delicioso momento, pues soñaba a menudo que un día sería dueño de una pastelería, pero para comerse todos los pasteles, no para venderlos. A continuación siguió su camino por la calle de el-Huseyn, mordisqueando el dulce y canturreando alegremente. En aquel momento se olvidó de que estaba prisionero todo el día y que no le permitían moverse, jugar o divertirse; y, aunque algunas veces era blanco del bastón autoritario del maestro sobre su cabeza, no odiaba del todo la escuela,

porque entre sus paredes obtenía demostraciones de estima y ánimo por su valía, cuyo mérito en su mayor parte correspondía a su hermano Fahmi, cosa que no lograba, ni en lo más mínimo, de su padre.

En su camino pasó por delante de la tienda de Matusián, el vendedor de cigarrillos. Se detuvo, como solía hacer cada día a la misma hora, debajo de su letrero y alzó sus ojillos hacia el anuncio coloreado que representaba a una mujer echada en un diván, que sostenía entre sus rojos labios un cigarrillo del que se elevaba un hilo de humo zigzagueante. Ella estaba con el antebrazo apoyado sobre el marco de una ventana, detrás de cuyas cortinas recogidas aparecía un paisaje formado por un campo de palmeras y uno de los canales del Nilo. Él la llamaba para sus adentros «hermanita Aisha», por el parecido que había entre ambas al comparar el cabello dorado y los ojos zarcos. A pesar de que él apenas tenía diez años, su admiración por la chica del cartel superaba toda medida. ¡Cuántas veces se la imaginaba saboreando los aspectos más placenteros de la vida! ¡Cuántas veces se imaginaba a sí mismo compartiendo su opulenta existencia entre una confortable habitación y un paisaje campestre que brindara a ella, y a ambos, su tierra, sus palmeras, su agua y su cielo, o correteando por el verde valle, o atravesando el río en una barca que aparecía desdibujada en el fondo del cartel, o sacudiendo las palmeras de las que caían los dátiles, o sentado delante de la hermosa muchacha alzando la vista hacia sus ojos soñadores...!

Pero él no era guapo como sus hermanos; era quizás en la familia el que más parecido tenía con su hermana Jadiga, pues, como ella, tenía los ojos pequeños de su madre y la enorme nariz de su padre, pero en su totalidad y no en versión reducida como la había heredado aquélla, además de un cabezón cuya frente sobresalía de forma acusada, lo cual hacía que sus ojos parecieran aún más hundidos de lo que en realidad eran. Tuvo la mala suerte de darse cuenta de que era tan raro que causaba burla, cuando uno de sus compañeros lo llamó «El de las dos cabezas»; su cólera y la de su pandilla lo condujeron a una de las dos peleas en las que se había enzarzado, sin que se aplacara su sed de venganza. Ya en su casa, fue a contarle sus penas a su madre, la cual compartió su humillación y lo consoló con la afirmación de que la cabeza grande era símbolo de gran inteligencia, que el Profeta —sobre él la paz— también la tenía grande y que nada era más deseable que ese parecido entre él y el Enviado de Dios.

Cuando dejó de contemplar la figura de la fumadora, se dirigió a la mezquita de el-Huseyn, que su tierna edad había convertido en fuente inagotable de fantasías y afectos. Aunque el lugar que éste ocupaba en su alma, de acuerdo con el que desempeñaba en la de su madre en especial y en la de toda la familia en general, era producto de su parentesco con el Profeta, su conocimiento de este último y de su biografía nada tenía que ver con el que tenía de el-Huseyn, ni con su eterno deseo de recordar esta otra biografía y extraer de ella los relatos más importantes y la fe más profunda, para que lograra hacer de él, con el paso del tiempo, un oyente apasionado y un amante creyente y afligido que se había consolado de su pena sólo cuando le dijeron que la cabeza del mártir, tras la separación de su virtuoso cuerpo, no quiso otra tierra por morada que Egipto, adonde vino, pura y gloriosa, para quedarse allí donde se levantaría su tumba. ¡Cuántas veces se había detenido ante ella soñador y pensativo, deseando que su mirada penetrara hasta las profundidades para contemplar el precioso rostro que, según le aseguraba su madre, había resistido incorrupto gracias a su secreto divino, y conservaba su lozanía y esplendor hasta el punto de iluminar la oscuridad del recinto con la luz de su resplandor! Como no encontraba manera de que se cumplieran sus deseos, se contentaba con hacerle confidencias; se detenía largo rato para expresarle elocuentemente su amor, quejarse de las angustias que pasaba al imaginarse a los ifrits y de su miedo ante la amenaza del padre, y pedirle ayuda para los exámenes que lo perseguían cada trimestre. Solía sellar su confidencia con la súplica de que lo honrase visitándolo mientras dormía. Aunque su costumbre de pasar por la mezquita mañana y tarde aligeraba en parte la intensa emoción que sentía, no fijaba sus ojos en ella sin recitar lafātiha, aunque tuviera que repetirla unas cuantas veces al día, pues la costumbre no pudo arrancar de su pecho el deleite de sus ensoñaciones, y el panorama de los altos muros de la mezquita aún hallaba eco en su corazón, mientras que su elevado alminar lo seguía llamando y él estaba siempre presto a responderle.

Atravesó la calle de el-Huseyn recitando lafātiha, luego torció hacia Jan Gafar y, de allí, a Bayt el-Qadí. Pero, en lugar de ir a casa pasando por el-Nahhasín, atravesó la plaza hacia el callejón de Qírmiz, a pesar de su desolación y del miedo que le daba, para evitar pasar por la tienda de su padre. Temblaba de pánico ante él y no concebía tener más miedo a los ifrits, si se le aparecieran, que a aquél cuando le gritaba irritado. Su tristeza se redoblaba por no estar nunca conforme con las órdenes tajantes con las que lo perseguía para que dejara los juegos y las diversiones, que eran por cierto lo que más le gustaba. Si hubiera obedecido al deseo de su padre

ciegamente, habría pasado todo su tiempo libre sentado con las manos atadas. Por eso, no era capaz de someterse a aquella omnipotente y despótica voluntad, y jugaba a sus espaldas siempre que le parecía, tanto en la casa como en la calle, sin que el hombre se enterara más que cuando le llegaba algún chivatazo de la gente de la casa, si se enojaban por sus extravagancias y diabluras. Por ejemplo, un día trajo una escalera y trepó hasta la enredadera de hiedra y jazmín por encima de las azoteas; cuando su madre lo vio de esa guisa, entre el cielo y la tierra, gritó aterrada y lo obligó a bajar; pudo más su ansiedad ante un juego tan peligroso como aquél que el miedo a la severidad del padre, y le contó al señor lo que había pasado. Inmediatamente, éste lo llamó y le ordenó que alargara los pies, sobre los que dejó caer su bastón sin importarle los gritos que llenaban la casa. El chico salió de la habitación cojeando y fue a encontrarse con sus hermanos en la sala, mientras ellos trataban de contener la risa, menos Jadiga, que le murmuró al oído: «Te lo mereces... ¿Cómo has subido a la hiedra para toparte con el cielo? ¿Te has tomado por un zepelín?». Pero la madre lo encubría, salvo en los juegos peligrosos, y lo dejaba hacer cuanto quisiera si el juego era inofensivo. ¡Qué extraño le resultaba recordar lo simpático y encantador que había sido con él este mismo padre durante su infancia tan cercana! ¡Cómo se divertía con sus bromas! ¡Cómo, de vez en cuando, le traía toda clase de golosinas! ¡Qué paciencia tuvo con él el día de la circuncisión ante su horror! Le llenó la habitación de chocolatinas y bombones, rodeándolo de afecto y cuidado. Luego, ¡qué rápidamente había cambiado todo! Su simpatía se trocó en severidad, su amabilidad en gritos y sus bromas en golpes. Hasta la misma circuncisión la tomó como pretexto para intimidarlo, y esto lo dejó confuso por algún tiempo. Pensó que era realmente posible unir lo que quedaba con lo que se había ido... No era sólo temor lo que sentía hacia su padre, ya que su admiración por él no era menor que su miedo. Le admiraba su aspecto imponente y fuerte, su dignidad que dejaba chica a la gente importante, la elegancia de su ropa y el poder que le atribuía sobre todas las cosas. Posiblemente el modo de hablar de la madre acerca de su señor era lo que le inspiraba temor, pues no imaginaba encontrar en el mundo un hombre que se le equiparase en fuerza, prestancia o riqueza. En cuanto al cariño, todos los de la casa lo querían hasta la adoración. Su amor por él se introducía en su corazoncito con la sugestión del ambiente, pero había permanecido como una perla escondida en un cofre, cerrado por el miedo y el terror.

Fue acercándose al sombrío túnel del callejón de Qírmiz, del que los ifrits se habían apoderado como escenario de sus juegos nocturnos, y que en su fuero interno había preferido como camino antes que pasar por la tienda de su padre. Cuando penetró en el interior se puso a recitar «Di: El es el Dios único», con una voz que hacía eco en la oscuridad, bajo el techo abovedado, y con los ojos puestos en la lejana boca del túnel donde se difundía la luz de la calle. Luego apretó el paso, repitiendo la azora para alejar de su imaginación la aparición de los ifrits, pues éstos no tenían poder contra quien fuera armado con las aleyas de Dios, mientras que la cólera de su padre cuando estallaba no podría alejarla ni recitando todo el Corán. Por el túnel salió al otro lado del callejón, al principio del cual aparecía la fuente de Bayn el-Qasrayn y la entrada del Baño del Sultán. Luego aparecieron ante sus ojos las celosías de su casa, con su color verde oscuro, y la gran puerta, con su llamador de bronce. Afloró a sus labios una sonrisa de gozo por la cantidad de diversiones que atesoraba para él este lugar. En seguida corrieron a su encuentro los chiquillos de todas las casas vecinas y se dirigieron al patio, al que daban varias habitaciones concentradas alrededor del horno; allí había juego, diversión y patatas. En aquel instante vio un suar que cruzaba la calle calmosamente en dirección a Bayn el-Qasrayn. Su corazón dio un brinco, invadido por una maligna alegría y, tan pronto como se metió la cartera bajo el brazo izquierdo, corrió tras el vehículo hasta alcanzarlo, y se lanzó sobre su estribo trasero. Pero el revisor no lo dejó disfrutar por mucho tiempo y fue hacia él para pedirle que pagara el billete, mientras lo miraba desconfiado y desafiante. Él le dijo en tono conciliador que se bajaría en cuanto parase, pues no podía hacerlo en marcha. El hombre le dio la espalda, se dirigió al conductor y le gritó, lleno de indignación, que parara. Entonces, el chico aprovechó la oportunidad de que estaba el otro de espaldas y, empujándose sobre la punta de los pies, le propinó un pescozón. Luego se tiró en marcha, poniendo pies en polvorosa, mientras los insultos del revisor lo perseguían con más fuerza que piedras imantadas...

Su plan no fue premeditado, ni se trataba de su habilidad favorita; simplemente se lo había visto hacer a un chico por la mañana y le había encantado. Luego encontró el momento propicio para hacerlo por sí mismo, y lo hizo.

Toda la familia —salvo el padre— se reunía antes de la puesta del sol en lo que llamaban «la reunión del café»; el lugar elegido era la sala del primer piso rodeada por los dormitorios de los hermanos, el salón de las

visitas y un cuarto pequeño destinado al estudio. Dicha sala estaba cubierta por una alfombra de colores, y junto a las paredes se hallaban los divanes con cojines y almohadones. Del techo colgaba un gran fanal alumbrado por una lámpara de gas del mismo tamaño. La madre se sentaba en el diván central y ante ella había una gran estufa con la kánaka del café metida hasta la mitad en sus brasas recubiertas de ceniza. A su derecha estaba la mesita sobre la que había una bandeja de azófar en la que se alineaban las tazas. Los hijos se sentaban frente a su madre, tanto los que tenían permiso para tomar el café con ella, como Yasín y Fahmi, como los que no lo tenían de acuerdo con la tradición y las buenas maneras y que se contentaban con la charla, como las dos hermanas y Kamal. Ésta era una hora querida por todos y en la que disfrutaban del vínculo familiar, reunidos bajo las alas maternas en un amor límpido y una amistad total; en sus posturas eran evidentes el reposo y el abandono de quien no tiene nada que hacer. Unos estaban sentados con las piernas cruzadas y otros echados, mientras que Jadiga y Aisha instaban a los bebedores a que acabaran para leerles el destino en el poso de sus tazas. Yasín unas veces se ponía a charlar y otras leía el cuento de Las dos huerfanitas, de la colección de «Las veladas del pueblo». El joven acostumbraba a dedicarse a leer cuentos y poemas en sus ratos libres, no por falta de conocimientos, pues la escuela primaria exigía mucho en aquel tiempo, sino por el gusto de entretenerse y por el amor a la poesía y a los estilos elocuentes. Con su cuerpo macizo y su galabiyya amplia como un odre, aparecía enorme, aunque su aspecto no estaba en contradicción, para el gusto de la época, con la belleza de su rostro moreno y lleno, dotado de unos atractivos ojos negros, unas cejas unidas y unos labios sensuales. Todo su ser revelaba —a pesar de su juventud, pues no sobrepasaba los veintiún años— una perfecta virilidad. Kamal se le pegaba como una lapa para escuchar las historias extraordinarias que de vez en cuando le contaba Yasín, sin cesar de pedirle más y más y sin que le importase el fastidio de su hermano ante su insistencia para satisfacer unos deseos que abrasaban su imaginación cada día a la misma hora. Pero inmediatamente Yasín se desentendía de él para charlar o absorberse en la lectura, y sólo condescendía de vez en cuando —a medida que se hacía más fuerte su insistencia— a decirle algunas palabras sueltas que, si bien Kamal encontraba en ellas la respuesta para alguna de sus preguntas, eran más adecuadas para despertar una nueva para la que Yasín no tenía contestación. Entonces el pequeño no dejaba de contemplar a su hermano con ojos de envidia y de tristeza mientras éste reemprendía la lectura que le facilitaba la llave del mundo mágico. ¡Cuánto sentía Kamal no poder leer el cuento por sí mismo! ¡Y cómo le entristecía tenerlo ante sí, intentar hojearlo a su antojo sin poder desentrañar sus enigmas y penetrar a través de él en el mundo de las visiones y de los sueños! Encontraba en esta faceta de Yasín un estímulo para su imaginación, que le proporcionaba todo tipo de alegrías y que era la causa de su sed y de su tormento. ¡Cuántas veces levantaba los ojos hacia su hermano preguntándole ansioso: «¿Qué pasó después?»! Pero el joven resoplaba diciendo: «¡No me agobies con tus preguntas, ni vayas por delante; si no te lo cuento hoy lo haré mañana!»». Nada le entristecía tanto como esperar a mañana, hasta el punto de asociar en su mente esta palabra con el pesar. Y no era raro que se volviera hacia su madre, después de terminar la reunión, con la esperanza de que le contara «lo que pasó después». La mujer desconocía la historia de Las dos huerfanitas y otras que leía Yasín, pero como le resultaba difícil causarle una decepción a Kamal, le contaba las historias de ladrones y demonios que conocía de memoria, y así la imaginación del niño se desviaba hacia ellas lenta y triunfalmente, algo más consolado. En esa reunión del café de la tarde no era de extrañar que se sintiera como perdido y abandonado entre su gente. Apenas le hacían caso y se desentendían de él con sus conversaciones que no tenían fin. Entonces no se privaba de inventar historias para llamar la atención, aunque fuera por un instante; por ello se lanzó al curso de la conversación interrumpiendo su corriente con osadía, y dijo con un acento vehemente e inesperado parecido a la explosión de una bomba, como si de repente se acordase de un asunto importante:

—¡Qué espectáculo inolvidable el que he visto hoy cuando volvía! He visto a un chico que se subía al estribo de un suar; luego le dio un cogotazo al revisor y echó a correr a toda prisa. El hombre no pudo hacer otra cosa que ir detrás de él hasta que lo atrapó y le dio una patada en la barriga con todas sus fuerzas.

Escudriñó los semblantes para ver el impacto de sus palabras, pero no encontró en ellos el menor interés; notó una renuencia ante su estimulante noticia, y la firme resolución de seguir hablando. Es más, vio la mano de Aisha que se tendía hacia la barbilla de su madre, y la desviaba de él cuando iba a prestarle atención, al tiempo que veía la sonrisa de desdén que se dibujaba en los labios de Yasín, el cual no había levantado la cabeza del libro. Se apoderó de él la obstinación y dijo con voz potente:

—El chico cayó retorciéndose y la gente se arremolinó a su alrededor cuando ya todo había acabado para él...

La madre retiró la taza de la boca y exclamó:

—¡Niño! ¿Dices que murió?

Le alegró su interés y concentró su fuerza en ella como lo hiciera el asaltante desesperado en el punto débil de una muralla inaccesible.

—¡Desde luego que ha muerto! —dijo—. He visto brotar su sangre abundantemente con mis propios ojos...

Fahmi clavó en él una mirada burlona como si le dijera: «Ya te contaré yo más de una historia de ese tipo».

—¿Has dicho que el revisor le dio una patada en la barriga? —le preguntó con sorna—. ¿Y de dónde brotaba la sangre?

El fuego de la mirada que relampagueaba en sus ojos desde que se había atraído a su madre, se extinguió para ceder su sitio a los dardos de la confusión y de la rabia; pero vino en su ayuda la imaginación, y volvieron a brillar sus ojillos vivaces.

—Cuando le dio la patada en la barriga —dijo—, cayó de cara y se abrió la cabeza...

Entonces Yasín dijo sin levantar los ojos de Las dos huerfanitas: -O la sangre salió de su boca, porque puede salir por ahí sin necesidad de una herida manifiesta. Hay más de una explicación para tus historias falsas, como de costumbre. Pero no temas...

Kamal protestó ante el mentís de su hermano y se puso a jurar del modo más tajante sobre su veracidad; pero su protesta se perdió en el bullicio de la risa, donde se entremezclaban la gruesa de los hombres y la atiplada de las mujeres en un tono armónico que despertó la naturaleza burlona de Jadiga, que dijo:

—¡Qué cantidad de víctimas! Si es verdad lo que cuentas, no vas a dejar a nadie vivo de la gente de el-Nahhasín... ¿Qué le dirás a Nuestro Señor cuando te tome cuenta de cosas como ésta?

Kamal encontró en Jadiga un atacante que se le equiparaba y, tal como acostumbraba siempre que se enredaba en sus bromas, señaló su nariz diciendo:

—Le diré que la verdad está en las nupias de mi hermana...

—Si tomamos en cuenta los defectos de cada uno, estamos arreglados... —dijo la muchacha riendo.

Y aquí Yasín replicó una vez más:

—¡Acertaste, hermanita...!

Se volvió hacia él presta al asalto, pero Yasín arremetió contra ella diciendo:

—¿Te he irritado...? ¿Por qué? ¿Sólo porque yo me he declarado de acuerdo con tu opinión?

—Haz memoria de tus defectos antes de mostrar los de la gente —le dijo encolerizada.

Él alzó las cejas fingiendo perplejidad; luego balbució:

—¡Por Dios! Si el mayor de los defectos no es nada al lado de esa nariz... Fahmi fingió no estar de acuerdo; luego preguntó en un tono que traicionaba su complicidad con los atacantes:

—¿Qué dices, hermanito? ¿Es una nariz o un crimen?

Fahmi no acostumbraba a mezclarse en tales peleas salvo en raras ocasiones, así que Yasín acogió sus palabras con entusiasmo, y dijo:

—Las dos cosas juntas. Imagina la responsabilidad criminal que recaerá sobre el que presente esta novia a su desgraciado prometido...

Kamal dejó escapar una carcajada entrecortada mientras que la madre, a la que no complacía la situación de su hija en medio de tantos atacantes, intentaba que la conversación volviera a su punto de partida.

—Vuestras tonterías han desviado el tema de la charla —dijo tranquilamente—. Se trataba de si el señorito Kamal era sincero o no; pero pienso que no hay ninguna razón para dudar de que ha dicho la verdad, una vez que ha jurado... Seguro que Kamal no juraría nunca en falso...

La alegría vengativa del chico desapareció como por ensalmo, y aunque sus hermanos volvieron a bromear un rato, él se desentendió de ellos e intercambió con su madre una mirada significativa; luego se encerró en sí mismo reflexionando angustiado y agobiado. Estaba atrapado por la gravedad de un perjurio que suscitaría la ira de Dios y de sus santos; era muy duro para él jurar en falso por el-Huseyn, especialmente por su devoción hacia el mismo, aunque frecuentemente se había encontrado en un dilema —como se encontraba hoy— cuya salida era imposible en su opinión, a no ser jurando en falso y dejándose llevar, sin darse cuenta, por los problemas implicados en no estar ya a salvo de la tristeza ni de la angustia, especialmente cuando recordaba su falta. Le hubiera gustado arrancar de raíz el maldito pasado y empezar una nueva y limpia hoja de su vida. Recordó el-Huseyn y los ratos que se paraba al pie de su alminar, cuya cúspide parecía alcanzar el cielo, y le pidió humildemente que le perdonara su falta, al tiempo que sentía la vergüenza del que se ceba con despiadada maldad en el ser querido. Se sumergió largo rato en sus súplicas y emergió después hacia lo que le rodeaba, de modo que abrió los oídos hacia la conversación que giraba en torno a los temas habituales y a otros nuevos. Poco de lo que escuchaba atrajo su atención, aunque casi nunca dejaba de suscitar recuerdos extraídos del pasado más o menos lejano de la familia, y de los cotilleos sobre las penas y las alegrías de los vecinos. Se detenían en los apuros de los dos hermanos ante el tirano de su padre, con Jadiga dispuesta siempre a que se los repitieran con toda clase de detalles, para hacer bromas y chistes. Así, a partir de esto o de aquello se descubría ante el chico un conocimiento que cristalizaba en su imaginación bajo la forma de una extraña imagen, fuertemente marcada por la contradicción que había entre el espíritu agresivo y puntilloso de Jadiga y el de su madre, tan indulgente y permisiva. Observó finalmente a Fahmi, que mantenía una conversación con Yasín.

—El último ataque de Hindenburg es muy peligroso y no está lejos de ser el ataque decisivo en esta guerra.

Yasín estaba de acuerdo con las expectativas de su hermano, pero con una calma caracterizada por la indiferencia. Esperaba como él que vencieran los alemanes y consecuentemente los turcos, que se devolviera al califato su anterior esplendor y que Abbás y Muhammad Farid regresaran a la patria. Pero tal esperanza sólo ocupaba su corazón en el momento de hablar de ella; así pues, dijo moviendo la cabeza:

—Han pasado cuatro años y seguimos repitiendo estas palabras...

—Toda guerra tiene un final —repuso Fahmi con esperanza y anhelo—. Y ésta no tiene más remedio que acabar. Yo no creo que los alemanes sean derrotados.

—Esto es lo que le pedimos a Dios, que sea un hecho, pero ¿cuál será tu opinión si nos encontramos con que los alemanes son como los describen los ingleses?

Toda contradicción encendía su vehemencia, y así Fahmi alzó la voz diciendo:

—Lo importante es que nos desembaracemos de la pesadilla de los ingleses, que el califato vuelva a su anterior grandeza, y que encontremos nuestro camino allanado...

Jadiga terció en la conversación preguntando:

—¿Por qué queréis a los alemanes si ellos son los que han enviado un zepelín para bombardearnos?

Fahmi —como de costumbre— se dispuso a aseverar que los alemanes habían dirigido sus bombas contra los ingleses, no contra los egipcios, y la conversación se desvió hacia la solidez del zepelín y todo lo que se decía acerca de su tamaño, su rapidez y su peligrosidad, hasta que Yasín se incorporó de su asiento y se dirigió a su habitación para vestirse y marchar a su velada habitual. Volvió al cabo de un rato totalmente acicalado, vestido elegantemente y con un aspecto impecable. Con su fornido cuerpo, su virilidad en sazón y su bigote incipiente, parecía mucho mayor de lo que podía pensarse para su edad. Luego los saludó y se marchó, mientras Kamal lo seguía con una mirada que revelaba la envidia que le producía aquella libertad. No se le ocultaba que a su hermano no se le habían vuelto a pedir cuentas —desde su nombramiento como secretario en la escuela de el-Nahasín— sobre sus idas y venidas, y que pasaría la noche como quisiera, y volvería cuando le pareciera bien. ¡Qué maravilla! ¡Qué felicidad! ¡Qué feliz podía ser la gente cuando iba y venía a su aire prolongando su velada hasta que le apeteciese, limitándose a leer —cuando hubiera adquirido suficiente perfección— novelas y poesías! Luego preguntó súbitamente a su madre:

—Cuando me emplee, ¿podré pasar la noche fuera como Yasín?

La madre sonrió diciendo:

—No es el momento apropiado para que sueñes en pasar la noche fuera.

—Pero mi padre sale de noche —gritó en tono de protesta—. Y Yasín lo mismo... La madre alzó las cejas con embarazo mientras murmuraba:

—Esfuézate primero en hacerte un hombre, y luego un funcionario; entonces Dios proveerá.

Pero Kamal se apresuró a preguntar:

—¿Y por qué no voy a encontrar yo un trabajo en primaria dentro de tres años?

—¿Emplearte sin tener los catorce años? —gritó Jadiga con ironía—. ¿Y qué harás cuando te hagas pipí en el trabajo?

Y antes de que manifestara su rebeldía contra su hermana, Fahmi le dijo con desdén:

—¡Qué burro eres! ¿Por qué no piensas en empezar Derecho como yo? Son causas de fuerza mayor las que han obligado a Yasín a tener su certificado de primaria a los veinte años; si no, hubiera completado sus estudios... ¡No sabes ni lo que quieres, pedazo de vago!

10

Cuando Fahmi y Kamal subieron a la azotea de la casa, el sol estaba próximo a ocultarse y brillaba como un apacible disco blanco, perdida su energía, enfriado su color y apagado su brillo. El jardín de la azotea, techado con jazmín y hiedra, estaba sumergido en una suave oscuridad; pero el joven y el chico fueron a la otra parte, donde ningún velo cubría los jirones de luz. Luego se dirigieron al muro medianero con la azotea contigua, la azotea de los vecinos. Fahmi acostumbraba a subir con Kamal a este lugar todos los días a la puesta de sol con el pretexto de repasarle sus lecciones en un ambiente sereno, a pesar de que el aire de noviembre tendía a refrescar, especialmente a esta hora del día. Detuvo al muchacho de modo que colocara su espalda contra el murete y se plantó frente a él para así poder extender la mirada hacia la azotea de al lado siempre que le pareciera. Y entonces, entre las cuerdas de tender, apareció una muchacha —una joven de unos veinte años más o menos— que se puso a recoger las prendas secas y a apilarlas en una gran canasta. Aunque Kamal empezó a hablar en voz alta, como de costumbre, ella continuó su trabajo como si no se diese cuenta de la aparición de los recién llegados. Era una ilusión que tenía siempre a la misma hora, la de conseguir quizás una mirada suya cuando sus obligaciones la llamaran a la azotea. Pero eso no era fácil, como lo demostraba el rubor de Fahmi, que sentía una inmensa alegría, y el latir ininterrumpido de su corazón con un alborozo insospechado. Se puso a escuchar a su hermano pequeño con la mente perdida mientras miraba a hurtadillas

cómo aparecía y desaparecía o cómo se mostraba una parte de ella para desaparecer la otra, según su posición con respecto a la ropa y a las sábanas tendidas... La muchacha era de mediana estatura, de cutis claro tirando a blanco, ojos negros cuyas pupilas hablaban con una mirada llena de vida, agilidad y calor. Pero ni la belleza de ella, ni el ardiente amor de él, ni sus sentimientos ante el triunfo de contemplarla habían podido borrar la angustia que experimentaba su corazón —débil cuando estaba ella presente, fuerte cuando estaba a solas— por su descaro al mostrarse ante él como si no fuese un hombre delante del cual es necesario que una chica desaparezca, o como si se tratara de una muchacha a la que no le importaba aparecer ante los hombres. A menudo se preguntaba por qué ella no se sobresaltaba como Jadiga o Aisha cuando ambas se encontraban en semejante situación. ¿Qué extraño espíritu la separaba de la tradición establecida y de las sacrosantas buenas maneras? En cambio, cuánto más tranquilo hubiera estado si ella por su parte hubiera dado muestras de esa añorada modestia, incluso a costa de la alegría indescriptible de verla, aunque se esforzaba en inventar disculpas en favor de ella por ser antiguos vecinos, por haberse ella criado en soledad, y quizás también por el amor. Luego no dejaba de dialogar y de discutir con ella en su interior, hasta que se sometía y asentía. Y no siendo audaz como ella, se ponía a mirar furtivamente las azoteas vecinas para asegurarse de que no había observadores, pues no era tolerable que un muchacho de dieciocho años ofendiera el honor de los vecinos, especialmente el de quien era la bondad personificada, el señor Muhammad Redwán. Por eso le causaba siempre angustia el pensar en la gravedad de su acción y el temor de que la noticia llegara hasta su padre y se produjera la catástrofe. Pero el desprecio del amor por los peligros es algo que sorprende desde antiguo, pues ninguno de ellos pudo estropear la embriaguez de Fahmi o apartarlo del ensueño del momento. La estuvo observando mientras ella aparecía o desaparecía, hasta que quedó libre el espacio que mediaba entre ambos y ella apareció frente a él, mientras sus pequeñas manos subían y bajaban, y sus dedos se encogían con calma y parsimonia como si intentara prolongar su trabajo. El corazón de Fahmi intuyó ese intento mientras se debatía entre la duda y el deseo, pero no supo mantenerse en el justo medio, y dio rienda suelta a su alegría hacia los más alejados horizontes, hasta convertirse interiormente en danza y cantos. Aunque la chica no levantó los ojos hacia él en ningún momento, su porte, el rubor de sus mejillas y el modo de eludir su mirada revelaban la intensidad de sus sentimientos frente a él, o el reflejo de su presencia en sus sentimientos. Aparecía tranquila y silenciosa, más circunspecta, como si no fuese la misma que propagaba la alegría y el alborozo en su casa cuando visitaba a sus hermanas, o como si no fuese aquella cuya voz se alzaba por toda la casa cuando se escuchaban sus risas. Entonces él, detrás de la puerta de su habitación, con el libro en la mano para simular que repasaba la lección si alguien llamaba, recibía con el espíritu tenso sus acentos cantarines y risueños, los cuales entresacaba de las voces entremezcladas de los otros, a quienes apenas oía, como un imán que atrae sólo el acero de entre diversos elementos. A veces, la percibía a duras penas cuando cruzaba la sala, y a veces sus ojos se encontraban en una fugaz mirada; pero ésta era suficiente para embriagarlo y hacerlo olvidar, igual que un mensaje cuya importancia le hiciera perder la cabeza. Llenaba sus ojos y su espíritu con las furtivas miradas al rostro de ella y, aun siendo así de rápidas e instantáneas, monopolizaban su alma y sus sentimientos. Lo intenso de su efecto y de su fuerza daban a esta mirada aquello que no podían darle la mirada prolongada y la exploración profunda, como si se tratara de un rayo que brilla un breve instante, y cuya chispa inmensa ilumina y ofusca la vista. El corazón de Fahmi se inundó con la alegría de una extraña embriaguez, pero no exenta —como siempre— de una sombra de tristeza que seguía, como siguen los vientos del jamsín al despertar de la primavera, pues no dejaba de pensar en los cuatro años que le faltaban para terminar sus estudios, y no sabía cuántas manos se tenderían durante los mismos hacia aquel fruto en sazón para cogerlo. Y si el ambiente de la casa hubiera sido distinto de aquel tan asfixiante en el que la mano férrea de su padre le atenazaba el cuello, habría podido procurar la paz de su corazón por el camino más corto. Pero temía siempre que sus esperanzas se esfumaran si las exponía a las severas reprimendas paternas, que las harían volar y desaparecer. Mientras extendía la mirada por encima de su hermano se preguntaba: ¿Qué ideas le pasarían a ella por la cabeza? ¿Verdaderamente creería que sólo estaba ocupado en verla recoger la ropa...? ¿No había presentido aún qué era lo que le llevaba allí tarde tras tarde? ¿Cómo veía ella estos avances tan atrevidos de su parte...? Se imaginaba a sí mismo cruzando el murete de la azotea hacia donde ella estaba en la oscuridad, y se la imaginaba en diversas actitudes, unas veces esperándolo a la hora de la cita, otras sorprendiéndose con su llegada hasta el punto de emprender la fuga. Luego pensaba en lo que ocurriría después, en las confesiones, las quejas y los reproches que se le escaparían. Después, en los besos y abrazos que podían seguir a todo ello. Pero sólo era mera imaginación y fantasía; él conocía mejor que nadie —porque había nacido en el seno de la religión y de las buenas maneras— la inutilidad e imposibilidad de ambas. El lugar estaba en silencio, pero era un silencio electrizante, que casi hablaba sin palabras. Hasta en los ojillos de Kamal apareció una mirada de perplejidad, como si se preguntara interiormente el significado de aquella extraña gravedad que excitaba su curiosidad en vano. Luego se impacientó y alzó la voz diciendo:

—Ya me sé el vocabulario. ¿Me lo tomas?

Fahmi recuperó la voz, le cogió el cuaderno y se puso a preguntarle el significado de las palabras. El otro iba contestando hasta que sus ojos tropezaron con una palabra entrañable que tenía una relación, y qué relación, con la situación en la que se encontraba. Así pues, alzó la voz premeditadamente mientras le preguntaba su significado.

—¿Corazón? —dijo.

El muchacho contestó deletreando mientras Fahmi averiguaba el efecto de la palabra en el rostro de la chica. Luego alzó la voz una vez más preguntando:

—¿Amor...?

Kamal se quedó un poco confuso; después dijo con una voz que indicaba protesta:

—Esa palabra no está en el cuaderno...

—Pero te la he mencionado mil veces —dijo Fahmi sonriendo—. ¡Tenías que habértela aprendido...!

El chico arqueó las cejas como si tensara un arco para cazar la palabra fugitiva, pero su hermano no esperó el resultado de su intento, y continuó su examen con la misma voz estentórea, diciendo:

—Matrimonio...

Le pareció entonces que en los labios de ella brillaba una especie de sonrisa. Los latidos de su corazón se sucedieron rápida y acaloradamente, mientras lo invadían sentimientos de triunfo, porque era posible finalmente que hubiera transmitido a la muchacha una descarga eléctrica que le quemara el corazón, aunque se preguntaba por qué diablos ella no había mostrado su emoción más que cuando se trataba de esta palabra. ¿Porque no conocía la anterior, o porque la última era la primera que sus oídos habían percibido...? No sabía. Por otra parte, Kamal decía a modo de pretexto, incapaz de recordar:

—¡Esas palabras son muy difíciles!

El corazón de Fahmi corroboró las inocentes palabras de su hermano y a su luz recordó su propia situación. La vehemencia de su alegría se apagó casi por completo; intentó hablarle a ella, pero la vio inclinarse sobre el cesto, cogerlo y dirigirse hacia el murete medianero con la azotea de su casa, para colocarlo allí. Entonces comenzó a apretar la colada con las palmas de las manos cerca de donde él estaba parado, a menos de dos pasos. Si ella hubiese querido habría elegido otro lugar del muro, pero era como si intentara abordarlo cara a cara. Ella aparecía tan audaz en su ataque que él se vio dominado por el miedo y la confusión; su corazón volvió a latir apresurada y acaloradamente hasta que sintió que la vida le revelaba un nuevo y encantador aspecto de entre los tesoros que no conocía, lleno de vitalidad y gozo. Pero la proximidad de la joven no fue larga, pues no tardó en levantar el cesto con las manos y volverse, para encaminarse a la puerta de la azotea. La atravesó como una flecha y desapareció de su vista. Fahmi miró la puerta un largo rato sin ocuparse de su hermano, que había vuelto a quejarse de la dificultad de la palabra. Luego sintió deseos de aislarse para gozar de aquella nueva experiencia del amor.

Volvió los ojos al vacío fingiendo asombro, como si advirtiese por vez primera la oscuridad que avanzaba por el horizonte, y murmuró:

—Es hora de volver.

Para no estar lejos de donde se reunían su madre y sus dos hermanas, Kamal repasaba sus lecciones en la sala, y así dejaba todo el cuarto de estudio para Fahmi. Aquella reunión era una prolongación de la del café, pero se restringía a las mujeres y a su conversación, en la que, a pesar de su banalidad, encontraban un placer inigualable. Según su costumbre, se habían sentado apiñadas, como si fueran un solo cuerpo con tres cabezas. Kamal estaba acurrucado en el sofá de enfrente. Unas veces abría el libro en su regazo y leía, otras cerraba los ojos para aprendérselo de memoria, y entre una cosa y otra se entretenía mirándolas y escuchando su conversación. Fahmi aceptaba a regañadientes que estudiara sus lecciones lejos de donde pudiera controlarlo, pero las buenas notas del chiquillo en la escuela le daban derecho a elegir el lugar que quisiera para estudiar. Realmente, la aplicación era su única virtud digna de encomio, y de no haber sido por sus diabluras, habría merecido que su propio padre la alentara. Sin embargo, a pesar de su aplicación y su talento, Kamal se aburría algunos ratos, y el trabajo y el orden lo agobiaban hasta tal punto que envidiaba a su madre y sus hermanas por su indolencia y por el descanso y la paz que les habían tocado en suerte. En su fuero interno quizás deseaba que la suerte de los hombres en la vida fuera similar a la de las mujeres. Pero eran ratos pasajeros, que no podían hacerle olvidar los privilegios de que disfrutaba y que en muchas ocasiones lo inducían a tratarlas, consciente o inconscientemente, con arrogancia y altivez. No era raro que les preguntara, con un tonillo de desafío en la voz: «¿Quién de vosotras sabe cuál es la capital de El Cabo?», o «¿Cómo se dice joven en inglés?». Por parte de Aisha encontraba un silencio encantador, mientras que Jadiga le confesaba su ignorancia, aunque luego se metía con él diciendo: «¡Esos acertijos sólo son para quien tenga un cabezón como el tuyo!». En cambio, su madre le decía con un ingenuo convencimiento: «Si me enseñaras esas cosas como me enseñas las de la religión, sabría tanto como tú», porque, a pesar de su sumisión y su mansedumbre, su madre estaba muy orgullosa de su propia cultura popular, transmitida desde antiguo por las sucesivas generaciones. No creía que necesitara saber más o que hubiera algo nuevo en la ciencia digno de ser añadido a los conocimientos religiosos, históricos o médicos que poseía. Había reforzado su fe en ellos el hecho de haberlos recibido de su padre o de la casa en que había crecido. El padre era un sheyj entre los ulemas, a los que Dios daba preferencia sobre los demás sabios por su memorización del Corán, y no era razonable que ella pusiera la ciencia de aquél al nivel de ninguna otra, incluso cuando no estaba de acuerdo, por su inclinación a mantener la paz. Por eso, muchas veces le parecían mal algunas cosas que les decían a sus hijos en la escuela, y se sentía muy perpleja tanto ante su interpretación como ante el hecho de que se permitiera enseñar aquello a muchachos tan jóvenes. Sin embargo, tampoco encontraba desacuerdos notables entre sus propias creencias y lo que explicaban a su pequeño en la escuela sobre temas religiosos. Como las lecciones escolares apenas pasaban de la lectura y explicación de las azoras y la aclaración de los principios elementales de la religión, ella encontraba campo para contarle aquellas leyendas que sabía y que, en su opinión, no divergían de la verdad y la esencia de la religión. Es más, quizás siempre había visto en ellas la verdad y la esencia de la religión, pues la mayoría giraban en torno a milagros y prodigios acerca del Profeta, sus compañeros o los santones, y sobre diversos amuletos para protegerse de los ifrits, los reptiles y las enfermedades. El muchacho las tenía por ciertas y creía en ellas, por un lado, porque provenían de su madre y, por otro, porque aunque eran temas nuevos no contradecían sus conocimientos religiosos escolares. Además, la mentalidad del profesor de religión, tal como se manifestaba a veces cuando hablaba a sus alumnas, no difería apenas de la de su madre. Dado que sentía por las leyendas una pasión imposible de satisfacer en las áridas lecciones de la escuela, la lección de su madre era una de las horas más felices del día, una de las horas más llenas de placer y fantasía. Salvo en temas de religión, tenían frecuentes discusiones si el terreno era propicio. De ahí que una vez discutieran sobre la Tierra: ¿Giraba sobre sí misma en el espacio o se alzaba sobre la cabeza de un toro? Al toparse con la obstinación del muchacho, ella echó marcha atrás simulando rendirse, pero se deslizó a hurtadillas en la habitación de Fahmi y le preguntó acerca de la autenticidad del toro que sostenía la Tierra, y si seguía sosteniéndola en ese momento. El joven creyó conveniente tratarla con benevolencia y le contestó en el lenguaje que a ella le gustaba, diciéndole que la Tierra estaba suspendida en el cielo por el poder y la sabiduría de Dios. La mujer volvió satisfecha con esa respuesta, que la había alegrado, aunque aquel enorme toro no se le borró de la imaginación.

Con todo, si Kamal prefería esta reunión femenina al estudio, no era por mero deseo de presumir de listo o por amor a la discusión intelectual. Lo cierto era que deseaba de todo corazón no separarse de ellas ni siquiera a la hora de trabajar, porque al mirarlas encontraba una alegría inigualable. A esta madre la amaba más que a nada en el mundo y no podía concebir la existencia sin ella ni un solo instante. Esa Jadiga jugaba en su vida el papel de una segunda madre, a pesar de su mordacidad y sus bromas incisivas. Y aquella Aisha, aunque nunca se entusiasmaba por servir a nadie, le profesaba un gran amor, y él la correspondía hasta tal punto que no bebía un sorbo de la cántara sin invitarla antes a hacerlo, para poner sus labios en el lugar humedecido por su

saliva, en el que ella había puesto los suyos. La reunión acabó, como todas las noches, cerca de las ocho. Las chicas se levantaron, se despidieron de la madre y se fueron a su dormitorio. Entonces el chiquillo se apresuró a leer sus lecciones hasta que las terminó, luego cogió el libro de religión, se pasó al lado de su madre que estaba en el sofá de enfrente, y le dijo para provocarla:

—Hoy hemos escuchado la explicación de una azora importante que te va a gustar muchísimo...

—La palabra de Dios es, toda ella, importante... —dijo la mujer con respeto y consideración mientras se enderezaba en su asiento.

El interés de su madre lo llenó de alegría, y le invadió una sensación de dicha y orgullo que sólo encontraba en el momento de la última lección del día. Claro que en esa lección de religión hallaba más de un motivo de felicidad: durante la primera mitad, al menos, ejercía el papel de maestro, intentando recordar, en la medida que podía, la compostura y los movimientos de su propio maestro, y aquellos sentimientos de superioridad y fuerza en que pudiera parecerse a él; en la otra mitad saboreaba con fruición los recuerdos y leyendas que ella le contaba; y en ambas situaciones se reservaba a su madre para él solo, sin tener que compartirla con nadie. Kamal examinó el libro, con cierto engreimiento, y luego leyó: «En el nombre de Dios, el clemente y el misericordioso. Di: Me ha sido revelado que un grupo de genios escucharon la palabra de Dios y dijeron: "Hemos oído un Corán maravilloso. Conduce a la ortodoxia, por lo que hemos creído en él, y no asociaremos a nadie con nuestro Señor..."», y continuó leyendo hasta el final de la azora, mientras la vacilación y la perplejidad aparecían en los ojos de la madre. Ella, que le advertía que no pronunciara las palabras «ifrit» y «genio» para conjurar unos maleficios de los que le daba algunos ejemplos para asustarlo, mientras evitaba otros por recelo y por una excesiva precaución, no sabía cómo comportarse cuando él leía en una azora sagrada una de las dos palabras fatídicas. Es más, no sabía cómo impedir que Kamal la aprendiera de memoria o qué hacer si la invitaba, como de costumbre, a aprendérsela con él. El muchacho, que leyó en su rostro esa perplejidad, sintió una alegría maliciosa y volvió a repetir la azora desde el principio, cargando el acento cuando salía la fatídica palabra, mientras observaba la confusión de su madre y esperaba que acabara por expresar su aprensión con cualquier tipo de excusa. Pero ella estaba tan confusa que se quedó en silencio. Entonces comenzó a repetirle la explicación tal como la había escuchado:

—Como puedes ver —terminó diciendo el niño —, algunos genios escucharon el Corán y creyeron en él. Quizá los que habitan nuestra casa sean de esos genios musulmanes, pues, si no, no se habrían apiadado de nosotros durante todo este tiempo.

—¿Quizá lo sean... —dijo la mujer angustiada—, pero es posible que entre ellos haya otros distintos, y será mejor que no repitamos sus nombres...!

—No hay nada que temer en la repetición del nombre... Así lo ha dicho nuestro maestro...

—¿El maestro no lo sabe todo! —dijo la mujer, mientras lo asaeteaba con una mirada de reproche.

—¿Aunque el nombre esté dentro de una aleya sagrada?

Ella se sintió vencida ante aquella pregunta y no tuvo más remedio que decir:

—¡La palabra de Nuestro Señor es, toda ella, una bendición!

Kamal se dio por satisfecho con eso y continuó hablando sobre la interpretación:

—¡Y también dice nuestro sheyj que sus cuerpos son de fuego!

La angustia de ella llegó a su punto álgido. Invocó a Dios y recitó la basmala varias veces, pero Kamal prosiguió:

—Le pregunté al sheyj si los genios musulmanes entrarán en el paraíso y me dijo que sí. Le volví a preguntar cómo iban a entrar en él con sus cuerpos de fuego, y me contestó con vehemencia que Dios lo puede todo...

—Alabado sea su poder...

—Y cuando nos los encontremos en el paraíso, ¿no va a quemarnos su fuego? — preguntó él, tras mirarla con atención.

La mujer sonrió y dijo con confianza y convicción:

—Allí no existe ni el daño ni el miedo...

El muchacho dejó vagar sus ojos, como soñando, pero de pronto, cambiando el curso de la conversación, preguntó:

—¿Veremos a Dios en la otra vida con nuestros propios ojos?

—Eso es una verdad de la que no cabe la menor duda... —dijo la mujer con la misma confianza y convicción.

Un destello de anhelo brilló en su mirada soñadora, como si resplandeciera en la noche por efecto de la luz, mientras se preguntaba cuándo vería a Dios y en qué forma se aparecería. Y volviendo a cambiar el curso de la conversación, preguntó de improviso a la madre:

—¿Mi padre teme a Dios?

Amina se quedó pasmada y dijo con un gesto de negación:

—¡Qué pregunta tan extraña...! Tu padre es un hombre creyente, hijo mío, y el creyente teme a su Señor...

El muchacho sacudió la cabeza perplejo, y dijo con una voz muy tenue:

—No puedo imaginarme que mi padre tenga miedo de algo...

—¡Dios te perdone...! ¡Dios te perdone...! —le gritó la mujer con un tono de reproche.

Él se excusó por lo que había dicho, con una encantadora sonrisa. Luego la invitó a aprenderse la nueva azora y ambos se pusieron a recitarla y a repetirla aleya por aleya. Cuando acabaron de estudiarla, el muchacho se levantó para irse al dormitorio. Ella lo siguió hasta que se deslizó bajo el cobertor de su pequeño lecho; entonces le puso la mano sobre la frente, recitó la aleya del Trono, se inclinó sobre él y estampó un beso sobre su mejilla. El le rodeó el cuello con su brazo y le devolvió un largo beso que salía de lo más profundo de su corazoncito. Siempre le costaba desprenderse de él en el momento de la despedida nocturna, pues el niño ponía toda su imaginación para retener a la madre a su lado el mayor rato posible, si no conseguía retenerla hasta quedarse dormido, acurrucado entre sus brazos. Y no encontraba un medio mejor para lograr sus fines que pedirle a ella que recitara sobre su cabeza, cuando acababa la aleya del Trono, una segunda azora, luego una tercera. Pero, si percibía en ella una sonrisa de excusa, le suplicaba que no se fuera, pretextando su miedo de quedarse solo en la habitación, o los sueños inquietantes que ello le causaría y que sólo podría alejar una larga recitación de la azora sagrada. En su terquedad podía llegar hasta el extremo de fingir una enfermedad, sin encontrar el menor reparo en aquella picardía. Mejor dicho, estaba totalmente convencido de que se quedaba corto al ejercer uno de sus derechos sagrados, que le había sido usurpado de la peor manera el día que lo separaron de su madre de una forma totalmente injusta y lo llevaron a aquel lecho solitario en la habitación de sus hermanos. Con cuánto pesar recordaba la época no lejana del pasado en que ambos —madre e hijo— compartían el mismo lecho, la época en que se dormía usando su brazo como almohada, mientras ella vertía en sus oídos, con su suave voz, las historias de los profetas y los santos, la época aquella en que el sueño lo envolvía antes de que su padre regresara de su velada y no lo abandonaba hasta después de que el hombre se hubiera levantado para ir al baño, por lo que no veía a una tercera persona con su madre, y el mundo era sólo para él, sin compartirlo con nadie. Luego, por un decreto ciego, cuya razón desconocía, los separaron. La estuvo espionando para ver el efecto que le había causado su expulsión, y cuál no fue su sorpresa al comprobar que ella lo animaba, lo que sugería que estaba de acuerdo, y lo felicitaba diciendo: «Ahora ya

eres un hombre y tienes derecho a tener una cama especial sólo para ti». ¿Quién había dicho que le alegrara ser un hombre o que aspirara a tener una cama especial para él solo? Aunque humedeció con sus lágrimas su primera almohada especial y advirtió a su madre que jamás la perdonaría, no se atrevió a deslizarse hacia su antigua cama, porque sabía que tras aquel cambio injusto y traicionero se vislumbraba la voluntad irrevocable de su padre. Tan triste se puso, que los posos de la tristeza se depositaron hasta en sus sueños. Cuánto odió a su madre, no sólo porque no podía odiar a su padre, sino porque era la última persona de quien podía esperar que lo traicionara. Pero ella supo cómo aplacarle y devolverle la serenidad poco a poco. Al principio se esforzó por no separarse de él hasta que lo invadía el sueño, mientras le decía: «No estamos separados, como afirmas. ¿No nos ves juntos? Siempre seguiremos juntos y no nos separará más que el sueño, que ya nos separaba cuando estábamos en la misma cama». Ahora ya no emergía a la superficie de su conciencia la pena que subyacía bajo aquel recuerdo, y aceptaba tácitamente su nueva vida, pero no dejaba marchar a su madre hasta haber agotado sus artimañas para retenerla a su lado el mayor tiempo posible. Se aferró a su mano con mucha avidez, como el niño que se aferra a un juguete que otros niños quieren quitarle, y ella se puso a recitar aleyas sobre su cabeza hasta que el sueño lo sorprendió. Entonces la madre se despidió de él con una tierna sonrisa, salió del cuarto y se dirigió hacia la siguiente habitación. Abrió la puerta con suavidad, miró en dirección a una cama cuya silueta se dibujaba en el lado derecho y preguntó con dulzura: «¿Estáis dormidas?». Se oyó la voz de Jadiga que decía:

—¿Cómo voy a dormirme con los ronquidos de la señora Aisha llenando la habitación?!

Luego escuchó la voz de Aisha que decía en tono somnoliento:

—Nadie me ha oído nunca roncar. Es ella la que no me deja dormir charlando sin parar...

—¿Dónde está la consigna que os he dado de que dejéis de charlar a la hora de dormir? —dijo la madre regañándolas.

Cerró la puerta, fue al cuarto de estudio y llamó a la puerta con suavidad, luego la abrió y asomó la cabeza sonriendo.

—¿Necesitas algo, mi pequeño señor?

Fahmi levantó la cabeza del libro y le dio las gracias, con el rostro alumbrado por una afectuosa sonrisa. Ella cerró la puerta y se alejó de allí, invocando la felicidad y la larga vida para su hijo. Luego salió a la galería exterior, a través de la sala, y subió por la escalera hasta el piso superior, donde se encontraba el dormitorio del señor, mientras su voz iba por delante recitando aleyas...

12

Cuando Yasín abandonó la casa, naturalmente sabía hacia dónde se dirigía, como cada noche, pero, por su forma habitual de andar por la calle, parecía que no iba a ninguna parte. Caminaba despacio, con calma y parsimonia, haciendo alarde de orgullo y altanería, como si no perdiera de vista ni un solo instante que era el dueño de aquel cuerpo imponente, de aquel rostro rebosante de vitalidad y hombría, y de aquellos vestidos elegantes que tanto cuidado requerían, así como de un espantamoscas de marfil que no se separaba de su mano ni en verano ni en invierno, y de un alto tarbush, inclinado hacia la derecha hasta casi rozar su ceja. Cuando caminaba también solía levantar la mirada, pero no la cabeza, para figonear por las ventanas por si encontraba algo de interés. Nunca llegaba al final de una calle sin sentir una especie de mareo de tanto mover los ojos de un lado a otro, pues su pasión por devorar a las mujeres con las que se tropezaba era una enfermedad incurable. Las desnudaba con la mirada cuando se acercaban, y cuando pasaban, sus ojos seguían clavados en sus nalgas; entonces quedaba excitado, como un toro en celo, hasta el punto de olvidarse de sí mismo y de ser incapaz de disimular sus intenciones, hecho que, con el tiempo, puso sobre aviso a Amm Hasaneyn, el barbero; al hagg Darwish, el vendedor de habas; a el-Fuli, el lechero; a Bayumi, el vendedor de bebidas; a Abu Sari, el pipero, y a otros. Había quienes se lo tomaban a chacota y quienes lo veían de forma crítica, a pesar de que la vecindad y la posición del señor Ahmad Abd el-Gawwad jugaban a su favor para disculpar su conducta y tolerarla. La vitalidad de Yasín ejercía tal violencia sobre él que dominaba todas sus horas de ocio, sin darle un instante de reposo. Siempre sentía aquellas llamaradas de su instinto que abrasaban

sus sentidos y sus emociones como un ifrit que se hubiera apoderado de él y lo dirigiera a su antojo. Pero era un ifrit que ni le daba miedo ni le angustiaba, y del que no quería desembarazarse; por el contrario, quizá lo que más le gustaba de él eran los excesos que cometía. Al acercarse a la tienda de su padre, aquel ifrit se escondió y se convirtió en un ángel encantador: bajó la vista, rectificó su forma de andar, tomó una apariencia educada y modesta y apretó el paso sin distraerse con nada. Al pasar por la puerta de la tienda, echó una ojeada a su interior y vio mucha gente, pero se topó con los ojos de su padre, que estaba sentado tras su escritorio. Se inclinó respetuosamente ante él y llevó la mano a la cabeza con cortesía; el hombre le devolvió el saludo sonriendo. Entonces el joven siguió su camino contento con aquella sonrisa, como si hubiera obtenido un preciado favor. Lo cierto era que la conocida violencia de su padre, aunque había sufrido un cambio ostensible desde que el chico había ingresado en el cuerpo de funcionarios del Estado, seguía siendo a sus ojos una especie de violencia suavizada por la cortesía. El joven funcionario todavía no se había liberado de aquel miedo antiguo que invadía su corazón cuando aún era colegial, ni de aquella sensación de que él era el hijo y el otro era el padre. A pesar de su corpulencia, seguía sintiéndose débil en su presencia, como si se transformara en un gorrión estremecido ante la caída de un guijarro. Pero, tan pronto como se alejó de la tienda de su padre y se sintió a salvo de sus miradas, recobró su arrogancia y sus ojos volvieron a girar a derecha e izquierda, sin hacer distinciones entre las damas y las vendedoras de palmitos o de naranjas, pues el ifrit que le poseía se apasionaba con cualquier tipo de mujer, ya que colocaba al mismo nivel a la de clase alta y a la plebeya. Las vendedoras de palmitos y naranjas, por poner un ejemplo, aunque tenían un color y una suculencia similar al suelo en el que estaban sentadas, no estaban desprovistas a veces de algunos rasgos de belleza, como unos senos bien formados o unos ojos pintados con kohl. ¿Qué más se podía desear?

Luego se dirigió a el-Saga, y de allí hacia el-Guriyya, donde torció hacia el café de Si Ali que estaba en la esquina con el-Sanadiqiyya. Era una especie de tienda de tamaño mediano, con una puerta que daba a el-Sanadiqiyya, un tragaluz de barrotes que daba a el-Guriyya y unos sofás colocados aquí y allá. Pidió el té tras tomar asiento en un sofá que estaba bajo el tragaluz, su sitio preferido desde hacía semanas. Se sentó donde pudiera dirigir su mirada hacia allí con facilidad y sin levantar sospechas, para desde allí elevarla, siempre que quisiera, hacia la pequeña ventana situada en una casa al otro lado de la calle. Quizá era la única de las ventanas cerradas cuya celosía no había sido encajada con cuidado, lo que nada tenía de extraño, pues pertenecía a la vivienda de Zubayda «la cantora». Pero su ambición no era «la cantora», ya que antes tenía que cubrir, con calma y paciencia, unas cuantas etapas de libertinaje. Se puso a espiar la aparición de Zannuba, la tañedora de laúd, que era hija adoptiva de aquella y estrella rutilante de su orquesta.

La etapa de su inicio como funcionario del Estado era una época llena de recuerdos a la que había llegado tras largos años de forzosa austeridad, soportada con precaución a la terrible sombra de su padre. A partir de entonces, se había arrojado como una catarata hacia los lugares de diversión de el-Ezbekiyya, a pesar de las dificultades creadas por los soldados que el carro de la guerra había arrojado sobre El Cairo. Luego aparecieron los australianos en la plaza y se vio forzado a retirarse de las casas de placer para huir de sus salvajadas. Las cosas se le pusieron difíciles y empezó a dar vueltas como un loco por las callejas de su barrio. Allí el máximo placer al que podía aspirar era una vendedora de naranjas o una de esas gitanas que echaban la buenaventura. Hasta que un día vio a Zannuba, la siguió arrobado hasta su domicilio, y luego se plantó ante ella una y otra vez, sin apenas arrancarle nada que apaciguara su corazón. Era una mujer y, según él, cualquier mujer era un objeto de deseo, pero, además, era bella, y le hizo perder la cabeza. El amor, para él, no era más que aquel apetito ciego o este apetito palpable, la forma más elevada en que lo había conocido.

Se puso a mirar a través de los barrotes hacia la ventana vacía con una ansiedad y una impaciencia tales que lo hicieron olvidarse de sí mismo, de modo que sorbió el té caliente sin darse cuenta de su temperatura hasta después de habérselo tragado. Entonces empezó a dar resoplidos de dolor y, después de devolver el vaso a la bandeja de azófar, miró furtivamente a los contertulios que lo molestaban con sus voces, como si fueran los responsables de que se hubiera quemado, o la causa de que Zannuba no se asomara a la ventana. «¿Dónde se habrá metido la condenada? ¡Ha decidido esconderse! Seguro que sabe que estoy aquí. Quizá me ha visto llegar y, si se ha propuesto coquetear hasta el final, seguro que añade este día de hoy a mis otros días de infierno.» Volvió a mirar furtivamente a los parroquianos, para comprobar si alguno lo estaba observando y, al verlos a todos absortos en sus interminables chácharas, se sintió aliviado y miró de nuevo hacia su importante objetivo. Pero el hilo de sus pensamientos fue interrumpido por los recuerdos de los disgustos que había tenido ese día en la escuela, cuando el inspector había puesto en duda la honradez del proveedor de carne y había realizado una investigación, en la que él había participado en su calidad de secretario de la escuela.

Luego, el inspector le había echado una bronca por su forma algo descuidada de realizar la tarea. Esto había enturbiado su buen humor para el resto de la jornada, pues se puso a pensar que aquél se lo contaría a su padre, ya que ambos eran viejos amigos; por no hablar de su miedo a que éste fuera aún más duro que el inspector. «Quitate de la cabeza esos estúpidos pensamientos, a paseo la escuela y el inspector, ¡maldita sea! Bastante tienes tú ahora con lo que te espera de esa furcia, hija de puta, que así nos escatima una mirada.» Unos sueños crudos se agolparon de repente en su imaginación, unos sueños que se representaban a menudo en el escenario de sus fantasías, cuando miraba embelesado a una mujer o la recordaba, unos sueños creados por un violento sentimiento que desvestía los cuerpos, el suyo incluido, y los mostraba desnudos, tal como Dios los había creado, para continuar libremente con todo tipo de jugueteos. Pero, apenas se entregó a esos ensueños, lo puso en guardia la voz de un cochero que gritaba a su asno: «¡Sooo!» Miró en dirección a la voz y vio un carromato parado ante la casa de la «cantora». ¿Habrá venido para llevar a los miembros de la orquesta a alguna boda?, se preguntó. Llamó al mozo del café y le pagó la cuenta, dispuesto a abandonar el local en cualquier instante si la situación lo requería. Tras un largo rato de esperar al acecho, se abrió la puerta de la casa y apareció una de las mujeres de la orquesta acompañando a un hombre ciego, vestido con una galabiyya, un abrigo y unas gafas negras y con una cítara debajo del brazo. La mujer subió al carromato y cogió la cítara, luego tomó la mano del ciego, mientras el cochero lo ayudaba por el otro lado a que siguiera a la mujer, y ambos se sentaron en la parte delantera. A continuación, aparecieron una segunda mujer con un adufe y una tercera con un paquete bajo el brazo. Iban envueltas en sus grandes melayas, con los rostros desvelados y cubiertos, en lugar de por velos, por unas máscaras de maquillaje de colores chillones que las hacían parecer muñecas del Mawled. Luego, ¿qué es eso? Con la mirada ansiosa y el corazón palpitante vio cómo el laúd, con su estuche rojo, sobresalía por la puerta. Finalmente apareció Zannuba, con el borde de su melaya abierto en lo alto de la cabeza sobre un pañuelo carmesí de flecos bordados, bajo el que brillaban unos risueños ojos negros, de mirada juguetona y maliciosa. Se acercó al carromato y, tras darle el laúd a una de las mujeres, levantó un pie hacia la parte superior del vehículo. Yasín estiró el cuello, tragando saliva, y miró el pliegue de las medias ceñidas por encima de la rodilla sobre la piel transparente y suave que aparecía a través de los flecos de un vestido anaranjado. «¡Ay, ojalá el sofá se hundiera conmigo un metro por debajo del suelo! ¡Oh, Señor, su rostro es moreno, pero sus carnes ocultas son blancas o casi blancas!, ¿cómo serán sus caderas?, ¿y el vientre?, ¡ay, el vientre!» Zannuba se asió con las manos a la plataforma del carromato y, apoyada en ellas, posó las rodillas en el borde y luego empezó a andar a gatas lentamente. «¡Oh, Dios, oh, Dios! ¡Ay, si estuviera en la puerta de la casa, o incluso en la tienda de Muhammad, el vendedor de tarbushes! Mira a ese hijo de perra cómo asedia con los oídos la fortaleza. Desde hoy debería llamarse Muhammad, el conquistador. ¡Oh, Dios, oh, salvador!» La espalda de la mujer comenzó a enderezarse hasta que ésta se puso en pie sobre la plataforma del carromato. Abrió la melaya y, sujetándola por los bordes, se puso a agitarla rítmicamente con las manos, como un pájaro batiendo las alas; luego, la ciñó alrededor de su cuerpo, y resaltaron sus formas, en especial un trasero prieto y esplendoroso. Luego se sentó en la parte posterior del carromato y, bajo la presión, sus nalgas se redondearon a derecha e izquierda como bolas de cristal. ¡Qué excelente almohadón!

Yasín se levantó y abandonó el café, pero se encontró con que el carromato ya se había puesto en marcha. Corrió tras él, jadeando y rechinándole los dientes de emoción. El carromato inició su lenta e indolente marcha bamboleándose, mientras las mujeres se columpiaban sobre su plataforma de un lado para otro. El joven centró la mirada en el «almohadón» de la tañedora de laúd y siguió su vaivén hasta que, al cabo de un rato, se la imaginó bailando. Las sombras habían empezado a cubrir la angosta calleja, y muchas tiendas comenzaron a cerrar sus puertas. La mayoría de los transeúntes era una masa de trabajadores que volvían exhaustos a sus casas. Entre la oscuridad y la masa cansada, Yasín pudo solazar su mirada y soñar con calma y sosiego: «¡Oh, Dios, no dejes que esta calle tenga fin, no dejes que se acabe este movimiento danzarín! ¡ay, grupa de sultana, que reúnes la arrogancia y la gracia de tal forma que un desgraciado como yo puede sentir, a simple vista, su suavidad y su firmeza al mismo tiempo, y esa hendidura maravillosa, que las separa en dos, la melaya que lleva pegada casi podría hablar, y lo que está escondido es sin duda aún más imponente! Ahora me doy cuenta de por qué algunas personas hacen dos genuflexiones al rezar, antes de consumir el matrimonio con la novia. ¿Acaso no es ésta una cúpula? Y aún más, bajo la cúpula hay un sheyj, y yo estoy loco por ese sheyj. ¡Ay de él, ay de mi enemigo!» Mientras el carromato se acercaba a la puerta de el-Mitwali, carraspeó, y Zannuba miró hacia atrás y lo vio. Al volver la mujer la cabeza, él se imaginó haber visto en sus labios el preludio de una sonrisa. El corazón le latió con violencia y lo invadió la embriaguez de una ardiente alegría. El carromato atravesó la puerta de el-Mitwali, dobló a la izquierda y el joven tuvo que detener su persecución, al ver a dos pasos muchos adornos y luces y una multitud jubilosa. Retrocedió un

poco, sin separar los ojos de la tañedora de laúd, y la devoró con los ojos mientras ella descendía lanzándole una mirada juguetona para dirigirse luego a la casa de la novia, hasta que la puerta se cerró tras ella en medio del bullicio de las albórbolas. Tras un ardiente suspiro, se sintió inquieto y presa de una irritante confusión, sin saber adonde dirigirse. «¡Que Dios maldiga a los australianos! ¿Dónde estás, Ezbekiyya, para que te cuente mis preocupaciones y mis penas y me arme contigo de un poco de paciencia?» Luego, al volver sobre sus pasos, murmuró: «Al último consuelo que me queda, a casa de Kostaki». Apenas pronunció el nombre del especiero griego, la nostalgia por el ardor de la bebida cayó como el rocío sobre su cabeza. En su vida, la mujer y el vino eran completamente inseparables, pues se había entregado al vino por primera vez en compañía de una mujer, y luego, con la costumbre, aquél se había convertido en uno de los elementos y resortes de su placer. Pero no siempre le fue posible simultanear ambas cosas, el vino y las mujeres. En muchas de sus noches no hubo mujeres, y no encontró otra salida que ahogar sus penas en la bebida. Con el paso de los días, y a fuerza de costumbre, llegó a apasionarse por el vino en sí mismo. Tras deshacer lo andado, se dirigió a la especiería de Kostaki, en la entrada del callejón nuevo. Era una tienda grande, con unos ultramarinos en la parte de fuera y una taberna en la de dentro, separadas por una puertecilla. Se detuvo a la entrada, mezclado con los clientes, y observó la calle por si su padre andaba por allí; luego se dirigió hacia la puertecilla interior, pero apenas dio un paso, vio en su camino a un hombre, de pie delante de la balanza, y al propio señor Kostaki pesándole un voluminoso paquete. Maquinalmente su mirada se sintió atraída hacia él; de inmediato, su rostro se ensombreció y un violento escalofrío, que le encogió el corazón de miedo y asco, le recorrió el cuerpo. No había nada en el aspecto de aquel hombre que justificara tales sentimientos hostiles. Tenía unos sesenta años, iba vestido con una amplia galabiyya y un turbante, su bigote se había vuelto blanco y emanaba nobleza y dulzura, pero Yasín, nervioso, continuó su camino como queriendo huir antes de que la mirada del hombre cayera sobre él. Empujó la puerta de la taberna con cierta violencia y entró, mientras el suelo temblaba bajo sus pies.

13

Abatido y taciturno, se arrojó sobre el primer asiento que encontró cerca de la puerta, luego llamó al camarero y le pidió una botella de coñac con tono impaciente. La taberna era una especie de habitación, con una gran lámpara colgada del techo, mesas de madera y sillas de bambú alineadas a lo largo de las paredes, en las que estaban sentados grupos de parroquianos, obreros y efendis, y, justo bajo la lámpara, en el centro del local, unas cuantas macetas de claveles. Era extraordinario que no hubiese olvidado a aquel hombre, que lo hubiese reconocido al primer golpe de vista. ¿Cuándo lo había visto por última vez? No podía recordarlo con exactitud, pero lo cierto era que en doce años no se había topado con él más que dos veces, y una de ellas era la que acababa de estremecerlo. Durante ese tiempo, el hombre había cambiado, sin duda, y se había convertido en un anciano tranquilo y respetable. ¡Maldiga Dios el ciego azar que lo había interpuesto en su camino! Sus labios se contrajeron de asco e irritación, y sintió correr la amargura de la vergüenza por su saliva. ¡Qué bochorno tan humillante! Apenas había salido de su antiguo torbellino a base de esfuerzo y terquedad, lo hundía de nuevo en él uno de aquellos recuerdos confusos o una maldita casualidad, como la que se acababa de producir, para convertirlo en un ser despreciable, roto, perdido. Muy a su pesar, sus ojos se fijaron en aquel odioso pasado, con la fuerza de la furia desencadenada en su cabeza y su corazón. Las tinieblas se rasgaron dejando ver unos fantasmas deformes que a menudo le asaltaban como símbolos de tortura y repulsión. Entre ellos distinguió una frutería que se alzaba a la entrada del callejón de Qasr el-Shawq, donde se le apareció una imagen confusa, su propia imagen de niño. Vio a ese niño corriendo, con sus pasos menudos, hacia aquella tienda, donde lo recibió aquel hombre, y luego le dio una cesta llena de naranjas y manzanas; él la cogió contento y se la llevó a la mujer que lo había enviado y lo esperaba. Aquella mujer era su propia madre, ¡qué dolor! El recuerdo se reflejó sobre su ceño fruncido por el rencor y la angustia. Luego, su imaginación le devolvió la estampa de aquel hombre y se preguntó ansioso: ¿Me reconocería si me viera? ¿Reconocería en mí al niño que en aquel entonces había conocido como hijo de aquella mujer? Se estremeció de horror y sintió que su enorme corpachón se achicaba y se encogía hasta convertirse en nada. En ese momento le trajeron la bebida que había pedido; se sirvió un vaso y se lo bebió de un trago, con avidez y nerviosismo, para lograr pronto la suerte de los bebedores: la reanimación y el olvido. Pero de repente surgió de las simas del pasado el rostro de su madre y no pudo evitar escupir. ¿Cuál de las dos cosas maldecía: la suerte que se la había dado como madre o la belleza de ésta, que había abrasado a muchos en la pasión y a él lo había rodeado de calamidades? Lo cierto es que no podía cambiar nada de lo que le estaba destinado, ni hacer otra cosa que someterse al decreto divino que hacía trizas su amor propio. ¿No era injusto que tuviera que expiar después de todo la voluntad de aquel decreto divino, como si él fuera el criminal...? Jamás supo

por qué había merecido aquella maldición. No eran pocos los niños que, como él, habían venido al mundo en el regazo de madres repudiadas, pero, al contrario que la mayoría de ellos, había recibido de su madre un cariño puro, un amor ilimitado, unos mimos abundantes no recortados por la censura de un padre. Había disfrutado de una infancia feliz, basada en el amor, la dulzura y la suavidad. Su memoria aún conservaba muchos de los recuerdos de la antigua casa de Qasr el-Shawq, como la azotea, que dominaba sobre un número infinito de azoteas, desde cuyos cuatro costados veía los alminares y las cúpulas; y su celosía, que daba a el-Gamaliyya, por donde pasaban noche tras noche los cortejos de las bodas, iluminados con antorchas, rodeados de jóvenes calaveras, en los que eran frecuentes las peleas, en las cuales se entrecocaban los bastones y corría la sangre. En aquella casa había amado a su madre en un grado insuperable; en ella se había difundido en su corazón la sombra de una oscura sospecha, y en ella había caído sobre su pecho la primera semilla de un extraño rechazo, el rechazo de un hijo hacia su madre, una semilla que estaba destinada a crecer y desarrollarse, para convertirse con el paso del tiempo en aborrecimiento, en una especie de enfermedad incurable.

Muchas veces se había dicho a sí mismo: una voluntad fuerte quizá pueda brindarnos algo más que un futuro único, pero que, por mucha voluntad que tengamos, sólo tendremos un pasado, del que nadie puede huir ni escapar. ¡Y ahora se preguntaba, como tantas veces lo había hecho antes, cuándo se había dado cuenta de que su madre no era la única persona en su vida! Hacía mucho que estaba seguro de aquello, pero sólo recordaba que fue en algún momento de su infancia cuando sus sentidos rechazaron a una persona que de vez en cuando se presentaba por la casa sin avisar; que quizá él, Yasín, la contemplaba con extrañeza y algo de temor, y que quizá el otro se esforzaba lo que podía por agradarlo y contentarlo. Miraba hacia su pasado con enorme asco y aversión, pero sintió que era inútil resistirse, como si aquel pasado fuera un furúnculo que deseara ignorar a pesar de que su mano no podía evitar tocarlo de vez en cuando. Además, había cosas que no podía olvidar... En algún lugar, en algún momento, entre la luz y la oscuridad, y al pie de una ventana elevada, o junto a una puerta taraceada con triángulos de cristal azul y rojo, en aquel lugar y en unas circunstancias difuminadas por el olvido, recordaba haber visto de repente a esa persona, venida de improviso, que parecía estar devorando a su madre, y recordaba que, sin poder contenerse, él dio un grito que le salió desde los más profundo de su corazón, y aulló, llorando, hasta el punto de que la mujer se le acercó muy nerviosa y empezó a calmarlo y a apaciguar su cólera.

En aquel momento, la fuerza de su irritación cortó la cadena de sus pensamientos; miró taciturno a su alrededor, luego se sirvió de la botella y bebió. Al devolver el vaso a su lugar, observó una mancha de líquido en el borde de su chaqueta y, al creer que era de vino, sacó el pañuelo y se puso a frotarla. Luego lo pensó mejor y examinó el exterior del vaso, en el que vio unas gotas de agua suspendidas en su parte inferior; entonces le pareció más probable que lo que había caído sobre su chaqueta fuera agua, no vino, y recobró la calma. Pero ¡qué calma tan engañosa! Sus ojos se habían vuelto hacia el espejo del odioso pasado. No recordaba cuándo había sucedido aquel incidente ni qué edad tenía entonces, pero recordaba sin ninguna duda que la persona devoradora no había desaparecido de la antigua casa, y que a menudo trataba de ganarse su amistad con todo tipo de frutas deliciosas. Además, tras aquello, lo veía en la frutería de la entrada del callejón, cuando su madre lo llevaba consigo a hacer recados. El niño, con su ingenuidad infantil, lo incitaba a mirar al hombre, pero ella tiraba de él con violencia y le prohibía hacerle señas, hasta que él aprendió a ignorarlo cuando iba en su compañía por la calle. La imagen de esa persona se tornó cada vez más imprecisa y ambigua para él. Además, ella le advirtió que no lo mencionase ante un viejo tío materno, que por aquel entonces aún vivía y los visitaba de vez en cuando, y él siguió la advertencia de su madre, de forma que aumentó así su confusión. Pero su suerte no paraba aquí, porque, cuando el hombre dejaba de ir a la casa unos días, su madre lo enviaba a verlo para invitarlo a que fuera «esa noche». El hombre lo recibía con cariño y afecto y, tras darle un cesto con manzanas y plátanos, le encargaba que transmitiera a su madre su acuerdo o sus excusas, según el caso. La situación llegó a tal extremo que, cuando deseaba darse el gusto de comer fruta, pedía permiso a su madre para ir a ver al hombre e invitarlo a venir «esa noche».

Al recordar aquello, abochornado, su frente se cubrió de sudor, luego resopló con violencia, se sirvió un vaso y lo bebió de un trago. Lentamente el alcohol fluyó por su sangre y empezó a jugar su mágico papel: el de ayudarlo a soportar sus penas. «He dicho mil veces que tengo que dejar el pasado enterrado en su tumba. Es inútil. No tengo madre, me basta con la buena y delicada mujer de mi padre. Todo está bien, salvo un viejo recuerdo que tengo que matar. ¡Me pregunto por qué cedo a su insistencia y lo resucito de su tumba una y otra vez!, ¿por qué? Es sólo la mala suerte la que hoy ha puesto a ese hombre en mi camino, pero su sino es que

muera algún día. Mi deseo es que mueran muchos..., ¡él no ha sido el único hombre!» A pesar de su resistencia teórica, la rebelde imaginación siguió su viaje nocturno por las tinieblas del pasado, aunque él estaba un poco menos tenso. Claro que de aquella historia, en sí misma, sólo quedaba un residuo importante, que quizá sobresalía por la relativa luz que lo iluminaba después de pasar la oscura frontera de la infancia. Aquello había ocurrido en los pocos años anteriores al momento en que pasó a estar bajo la custodia de su padre. ¡Su madre había tenido la osadía de declararle que aquel «frutero» la frecuentaba para pedir su mano, que dudaba en aceptarlo, y que probablemente renunciaría por respeto a él! ¿Se creyó lo que le dijeron? Qué poco seguro estaba de la precisión de sus recuerdos, pero sin lugar a dudas trataba de captar y comprender, mientras sufría una especie de duda oscura que se le revelaba al corazón, no a la inteligencia, y soportaba todo tipo de angustias que hicieron volar de su cabeza la paloma de la paz. En su alma se fue fraguando el terreno propicio para que germinara la simiente del rechazo que se transformó, con el tiempo, en lo que se había convertido.

Más tarde, a los nueve años, quedó bajo la custodia de su padre, al que sólo había visto en contadas ocasiones para evitar fricciones con su madre. Llegó allí en estado salvaje, sin haber recibido ni una palabra sobre los rudimentos del saber, y empezó a sufrir las consecuencias de los mimos con que su madre lo había envuelto. Recibió las enseñanzas con ánimo adverso y floja voluntad y, de no haber sido por el rigor de su padre y la buena atmósfera del nuevo hogar, no habría logrado aprobar la primaria ya cumplidos los diecinueve años. Al crecer en edad y en capacidad de comprender la realidad de las cosas, pasó revista a la vida pasada en casa de su madre en todos sus aspectos y, a partir de su nueva experiencia, arrojó sobre ella unas luces esclarecedoras que le manifestaron la realidad con toda su fealdad y su amargura. Cada vez que avanzaba un paso en la vida, se le aparecía el pasado como un arma envenenada, clavada en el fondo de su alma y de su dignidad. Al principio, el padre se había dedicado a hacerle preguntas sobre su vida en la casa materna, pero él, a pesar de su corta edad, había evitado desenterrar aquellos tristes recuerdos. Su orgullo herido triunfó sobre su deseo de atraer la atención del padre y sobre la pasión por charlar tan propia de los chicos de su edad, y se aferró al silencio hasta que le llegó una sorprendente noticia: la del matrimonio de su madre con un comerciante de carbón de el-Mabyada. El muchacho lloró mucho y la presión de la rabia fue aumentando en su pecho hasta desbordarse. Entonces le habló a su padre del «frutero», ¡cuyo casamiento ella había rechazado, según afirmó un día, por respeto a él...! Desde ese momento, hacía once años, se había roto la relación entre madre e hijo y no volvió a saber nada de ella, salvo lo que su padre le contaba de vez en cuando, como su divorcio del carbonero al cabo de dos años de matrimonio, su boda con un brigada al año siguiente de su divorcio, su nuevo divorcio al cabo de otros dos años, etc. En la larga época de separación, su madre había querido verlo muchas veces, y había enviado a alguien al padre para pedirle que le permitiera ir a visitarla, pero Yasín siempre había rechazado su demanda con inmenso desdén y antipatía, a pesar de que su padre le aconsejaba indulgencia y perdón. Lo cierto es que sentía hacia ella ese resentimiento vehemente que mana del fondo de un corazón herido; le cerró la puerta del perdón y la clemencia, y levantó unas barreras de furia y odio, con la total convicción de que no era injusto con ella, sino que la ponía en el bajo lugar al que sus propias acciones la habían llevado. «Una mujer. Claro, no es más que una mujer..., y toda mujer es maldición y suciedad. Una mujer no sabe lo que es la castidad más que cuando faltan las ocasiones para el adulterio, incluso la buena mujer de mi padre, sólo Dios sabe lo que podría haber sido, si no fuera por él...»

Le arrancó de sus pensamientos la voz de un hombre, que se alzó diciendo: «El vino sólo tiene ventajas, y al que diga lo contrario le corto la cabeza. El hachís, el manzul y el opio tienen muchos inconvenientes, pero el vino no tiene más que ventajas». Su amigo le preguntó: «¿Y cuáles son sus ventajas?». «¿Que cuáles son sus ventajas? —dijo el hombre, extrañado—, ¡qué cosas más raras preguntas! Todo son ventajas, como he dicho, y tú lo sabes y lo crees.» «Pero el hachís, el opio y el manzul también son útiles —dijo el amigo— y tienes que saberlo y creerlo, toda la gente lo dice; ¿es que vas a ir en contra de la opinión de todos?» El hombre aguardó un instante, luego dijo: «Entonces, todos son útiles, todos: el vino, el hachís, el opio, el manzul, y lo que se invente». Su amigo volvió a decir en tono triunfalista: «¡Pero el vino está prohibido!». «¿Es que no hay otros caminos? —respondió el hombre, iracundo—, da limosna, haz la peregrinación, da de comer a los pobres. Las puertas de la expiación son amplias y una buena acción vale por diez.»

Yasín sonrió algo aliviado. Sí, por fin podía sonreír algo más tranquilo poco, aliviado. «Que se vaya al infierno y que se lleve el pasado con ella. No soy responsable de nada. Todo hombre está manchado y si descubre la cortina verá algo insólito. Sólo hay una cosa que me importa mucho, sus bienes inmobiliarios: la tienda de el-Hamzawi, la residencia de el-Guriyya y la antigua casa de Qasr el-Shawq. Prometo ante Dios

que, si un día las heredo todas, rezaré sin pena por ella. ¡Ay, Zannuba, estaba a punto de olvidarte, y sólo el diablo puede hacer que te olvide! Una mujer que me ha atormentado, y una mujer con la que me voy a consolar. ¡Ay, Zannuba, hasta hoy no he sabido que tu vientre tenía ese color tan hermoso!

¡Uf, tengo que borrar la idea de la cabeza! La verdad es que mi madre es como una muela cariada, que no se calma hasta que se arranca.»

14

El señor Ahmad Abd el-Gawwad se sentó tras su escritorio en la tienda y miró al vacío con un semblante que revelaba bienestar y satisfacción, mientras los dedos de su mano derecha jugueteaban con su elegante bigote, como solía hacer cuando lo arrastraba la corriente de sus pensamientos. No cabía la menor duda de que le complacía sentir el amor y la amistad que la gente le profesaba y, si cada día hubiera recibido una prueba de ello, cada día habría sentido la misma alegría radiante, no empañada por la repetición. Aquel día acababa de recibir una nueva prueba, tras haberse visto obligado a faltar la noche anterior a una fiesta íntima a la que uno de sus amigos lo había invitado. Apenas instalarse en la tienda aquella mañana, habían venido a verlo el anfitrión y algunos de los compadres de la fiesta, lo habían llenado de reproches por su ausencia y lo habían hecho responsable por la alegría y el gozo que les había echado a perder. Luego dijeron, entre otras cosas, que no se habían reído con toda su alma como solían hacerlo con él, que no encontraron en la bebida el mismo placer que hallaban en su compañía, y que la reunión había carecido, según sus propias palabras, de su «espíritu». Y ahí estaba él recordando sus palabras con un regocijo y un orgullo que suavizaban en gran medida la severidad que había sentido en sus reproches y el calor que él había puesto en excusarse, pero no se podía librar de la censura de una rígida conciencia, ávida por naturaleza de complacer a los amigos y pronta a beber en las fuentes de la amistad y el amor con sinceridad y altruismo. Su dicha casi se habría enturbiado de no haber sido por el derroche de satisfacción y orgullo que las protestas de los amigos habían difundido en su alma, al poner de relieve su amor. Sí, cuántas veces el amor, que lo arrastraba hacia la gente y arrastraba a la gente hacia él, había sido una fuente donde su corazón se saciaba a voluntad de alegría jubilosa y sano orgullo, como si ante todo, él hubiera sido creado para la amistad.

Otro indicio de este amor, un amor a decir verdad de otra clase, se le reveló la mañana de aquel mismo día, cuando Umm Ali, la casamentera, lo visitó y, tras un rato de charla en la que dio los rodeos que quiso en torno a su objetivo, le dijo: «¿No sabes que Sitt Nafusa, la viuda del hagg Ali el-Dasuqi, tiene siete tiendas en el-Mugarbalin?». El señor sonrió al darse cuenta instintivamente de lo que la mujer pretendía, pues tuvo la corazonada de que no era sólo una casamentera, sino alguien enviado con el encargo de ser discreto. ¿No se había imaginado ya en más de una ocasión que Sitt Nafusa, en sus repetidas visitas a la tienda para comprar lo que necesitaba, estaba a punto de declararle su amor? Pero quiso llevar a la mujer a su terreno poco a poco, aunque sólo fuera por divertirse, y con aparente interés le dijo: «Tienes que elegirle un buen marido, y ¡qué difícil es encontrar a la persona adecuada!». Umm Ali creyó que había llegado a la meta y dijo: «Entre todos los hombres ella te ha elegido a ti, ¿qué dices?». El señor se rió estrepitosamente, traicionando su contento y su confianza en sí mismo, pero contestó en tono cortante: «Ya me he casado dos veces. En la primera fracasé, pero Dios me dio el éxito en la segunda, y no voy a despreciar el favor divino». Lo cierto es que había tenido que superar muchas veces las tentaciones de casarse con una fuerza de voluntad inquebrantable, a pesar de las numerosas ocasiones favorables que se le habían presentado. Era como si no hubiese olvidado el ejemplo de su padre, que se había deslizado, de forma inconsciente, por la pendiente de sucesivos matrimonios. Éstos habían acabado con su fortuna y le habían ocasionado multitud de complicaciones, sin dejarle a él, su único descendiente, más que una ridícula suma de dinero. Luego fue él quien lo ganó y logró un desahogo económico que garantizaba la holgura y el bienestar de su familia y le permitía gastar lo que quisiera en sus placeres y diversiones. ¿Cómo arriesgarse a arruinar esa magnífica y armoniosa situación que le proporcionaba tal dignidad y libertad? Claro está que el señor no había amasado una gran fortuna, no por falta de medios, sino por su natural generosidad. Gastarla y gozar de sus frutos eran el único sentido que le veía a su dinero y en el que creía, lo cual, añadido a una profunda fe en Dios y en sus méritos, llenaba su alma de paz y confianza y lo ponía al abrigo del miedo por la subsistencia y el futuro que a tantos atenazaba. Sin embargo, su resistencia a las tentaciones de casarse no lo privaba de la alegría y el orgullo que sentía cada vez que se le presentaba una buena oportunidad y, por tanto, no podía ignorar que una hermosa señora, como Sitt Nafusa, lo quisiera como marido. Este recuerdo se adueñó de sus pensamientos y se quedó contemplando a su encargado y a los clientes con los ojos ausentes y el semblante risueño y soñador. También recordó sonriendo

lo que le había dicho en broma, esa misma mañana, uno de sus amigos, en alusión a su elegancia y a su perfume: «Cuidate, cuidate, viejo».

¿Viejo? Tenía cuarenta y cinco años, es cierto, pero ¿qué se le podía criticar a aquella fuerza poderosa, a aquella salud rebosante, a aquel cabello liso, negro y brillante? Su sensación de juventud no había menguado ni un ápice, como si su hombría no hubiera hecho más que ganar en fuerza con los días. Además, seguía siendo consciente de sus cualidades, más aún, a pesar de su modestia y generosidad, las vivía intensamente y abrigaba en su fuero interno sentimientos de orgullo y arrogancia. También sentía un inmenso amor por los elogios; era como si con su modestia y gentileza buscara multiplicarlos e incitara a los amigos, con gran habilidad, a que se los hicieran. A pesar de que su confianza en sí mismo lo había llevado hasta el límite de creerse el hombre más fuerte, hermoso, simpático y sagaz de todos, nunca resultaba cargante para nadie, porque su modestia era también natural y espontánea, y surgía de una tendencia innata que destilaba alegría, sinceridad y amor. Lo cierto es que tendía por naturaleza a amar como amaba, sin reprimir su deseo de buscar aún más amor. Por inspiración de su impulso natural, sediento de amor, su carácter se orientaba a la sinceridad, la lealtad, la transparencia y la modestia, virtudes que atraen el amor y la aprobación como las flores a las mariposas. De ahí que pudiera decirse que su modestia se debía a la cortesía o a una disposición natural, aunque era más apropiado afirmar que se debía a una disposición natural en la que la cortesía era instintiva, no voluntaria, y que se ponía de manifiesto en un carácter sencillo, desprovisto de hipocresía y afectación. Por eso, silenciar sus virtudes y enmascarar sus méritos, e incluso bromear sobre sus propios defectos para atraer el afecto y el amor, le gustaba más que divulgarlos y presumir de ellos, actitudes que suelen provocar irritación y envidia. Se trataba de una habilidad acertada que empujaba «a quienes lo amaban a alabar lo que él ocultaba por sabiduría y pudor, lo cual daba a sus cualidades una resonancia que no habría logrado por sí mismo sin sacrificar las facetas más hermosas de su personalidad, el atractivo y el amor sin tacha con que había sido agraciado».

Se dejaba guiar por ese mismo instinto incluso en los aspectos licenciosos de su vida, en sus reuniones íntimas y musicales, en las que, aunque la bebida pareciera dominarlo, no abandonaba ni su elegancia ni su cortesía. Si quisiera, podría arrollar sin dificultad a los tertulios con su simpatía y su ingenio, con la gracia de su humor y su fina ironía. Pero manejaba sus reuniones íntimas con habilidad y largueza, permitía lucirse a cada invitado, y estimulaba con sus risotadas a los que hacían bromas, aunque fueran malas. Además, ponía buen empeño en no herir a nadie con sus chanzas, y si la situación lo forzaba a meterse con uno de ellos, paliaba los efectos de sus pullas animándolo y dándole pruebas de afecto, e incluso mofándose de sí mismo. La reunión no se disolvía sin que cada tertulio hubiera disfrutado de esos maravillosos recuerdos que alegran el alma y cautivan los corazones. Pero los buenos efectos de su cortesía natural o su naturaleza cortés no se limitaban sólo a su vida alegre, sino que se extendían a otros aspectos importantes de su vida social, y se ponían de relieve de forma admirable en su proverbial generosidad, que se manifestaba tanto en los banquetes que celebraba de vez en cuando en su caserón, como en los regalos que hacía a los necesitados que tuvieran alguna relación con su trabajo o con su persona. También se evidenciaba todo ello en su sagacidad, su hombría y su coraje, que lo convertían en una especie de protector — siempre impregnado de amor y lealtad — de sus amigos y conocidos, los cuales se dirigían a él si necesitaban un consejo, una intercesión o un servicio; cuando se les presentaban problemas de trabajo o dinero, o cuestiones personales y familiares, como el noviazgo, el matrimonio y el divorcio. Sí, le satisfacía cumplir esas funciones, que realizaba gratuitamente, sin más contrapartida que el amor, como intermediario, casamentero oficial o árbitro, y sentía siempre, a pesar de los esfuerzos que requerían, una vida llena de alegría y dicha.

Un hombre como éste, adornado de tantas virtudes sociales que disimulaba como si divulgarlas fuera una ofensa —y qué ofensa— un hombre así era natural que, cuando se quedara a solas con sus pensamientos y se despojara del pudor que lo dominaba ante la gente, se recreara en sus cualidades y se dejara llevar por el orgullo y la arrogancia. Por eso se puso a recordar los reproches de sus fervorosos amigos y la petición de Umm Ali, la casamentera, con un placer, una alegría y un regocijo que se fundieron en su corazón en un éxtasis puro, hasta que su soledad se turbó por el agujón de la tristeza y empezó a hablar consigo mismo: «Nafusa hánem es una señora llena de cualidades no desdeñables, muchos la desean, pero ella me quiere a mí. Sin embargo, como no me voy a casar con ella, el asunto se ha acabado. Ella no es mujer que acepte frecuentar a un hombre sin casarse. Así soy yo y así es ella. ¿Cómo vamos a poder encontrarnos? Si se hubiera topado conmigo en otros tiempos, en lugar de ahora que los australianos nos ponen las cosas tan difíciles, habría sido fácil renunciar a ella, ¡pero, qué lastima, se ha presentado cuando más falta me hacía!».

Cortó sus pensamientos la parada de una calesa ante la entrada de la tienda. Miró hacia fuera y vio que el vehículo se inclinaba del lado de la tienda bajo la presión de una imponente mujer que empezaba a bajar con lentitud, en la medida que se lo permitían los pliegues de su carne y de su grasa. Una sirvienta negra, que había bajado antes que ella, le tendía la mano para que se apoyara, mientras la señora se detenía, un rato, como el Mahmal, suspirando como si descansara de la fatiga del descenso, y, también como el Mahmal, se inclinó y bamboleó hacia el lado de la tienda, mientras la voz de la criada se elevaba en un tono casi declamatorio para anunciar a su señora:

—Tú, chaval, y el otro, haced sitio a la señora Zubayda, la reina de las cantoras.

La señora Zubayda dejó escapar una especie de risita arrulladora y se dirigió a la criada con un falso acento de reproche:

—¡Que Dios te perdone, Gulgul, nada menos que la reina de las cantoras! ¿Es que no conoces la virtud de la modestia?

Gamil el-Hamzawi corrió hacia ella y, con una amplia sonrisa, dijo:

—¡Bienvenida!, tendríamos que haber alfombrado el suelo con arena.

El señor se puso en pie, observándola con una mirada que revelaba sorpresa y reflexión, y dijo, para completar el saludo de su encargado:

—Más aún, con alheña y rosas, pero ¿qué podemos hacer cuando la fortuna se presenta sin anunciarse?

Cuando el señor advirtió que el encargado se dirigía a traer una silla, se le adelantó de una zancada, casi de un salto, y el otro se apartó disimulando una sonrisita. El propio señor le ofreció la silla por sí mismo, mientras le daba la bienvenida con un gesto de la mano, como si dijera: «Siéntate, por favor», pero extendió la mano del todo, quizás sin darse cuenta, abriendo los dedos hasta convertirla en una especie de abanico. Al hacerlo, quizás influyó en su imaginación el espectáculo de las enormes nalgas que iban a llenar el asiento y a desparramarse inexorablemente por los bordes. La mujer le dio las gracias con una sonrisa en su rostro resplandeciente de belleza y tomó asiento, mientras sus afeites y sus joyas despedían destellos luminosos. Luego miró a su criada y, con la intención de dirigirse a otra persona, le dijo:

—¿No te he dicho, Gulgul, que no tenemos ningún motivo para ir de un sitio a otro para hacer nuestras compras, cuando tenemos esta magnífica tienda?

La criada asintió a las palabras de su señora:

—Tienes razón, como de costumbre, sultana, ¿por qué tendríamos que ir lejos si tenemos al generoso señor Ahmad Abd el-Gawwad?

La señora echó atrás la cabeza, como horrorizada por lo que Gulgul había declarado, y le lanzó una mirada de desaprobación; luego, dejó vagar sus ojos varias veces entre el señor y la criada para poner a éste por testigo de dicha desaprobación:

—¡Qué bochorno! —dijo disimulando una sonrisa—. ¡Te estaba hablando de la tienda, Gulgul, no del señor Ahmad!

El sagaz corazón del señor captó de inmediato el tono cariñoso que se desprendía de las palabras de la mujer y, entrando en el juego con su penetrante instinto, murmuró sonriente:

—La tienda y el señor Ahmad son una misma cosa, sultana.

Ella alzó las cejas con coquetería y dijo con una gentil obstinación:

—Pero nosotras buscamos la tienda, no al señor Ahmad.

Al parecer, el señor Ahmad no fue la única persona en captar el grato ambiente que creaba la sultana. Por un lado, Gamil el-Hamzawi alternaba el regateo con los clientes y las miradas furtivas a las partes del cuerpo de la cantora que podía ver con facilidad. Por otro lado, los clientes daban vueltas por la tienda mirando las mercancías, para pasar junto a la señora en su ir y venir. Más aún, parecía que la bendita visita había atraído las miradas de algunos que pasaban por la calle, por lo que el señor decidió ponerse junto a la sultana, de espaldas a la puerta y a la gente, para librarla de las miradas de los intrusos. Pero todo aquello no le hizo olvidar el punto de la conversación en el que estaban y, tras retomarlo donde se había interrumpido, dijo:

—Dios ha decretado, alabada sea su sabiduría, que las cosas inertes sean a veces más afortunadas que las personas.

—Creo que exageras —dijo ella con un acento cargado de intención—; las cosas no son más afortunadas que las personas, pero a menudo son mucho más útiles.

El señor la taladró con sus ojos azules y, fingiendo sorpresa, soltó:

—¡Mucho más útiles! —Luego, señalando al suelo —: ¡Esta tienda!

Ella le obsequió con una dulce y breve risa, pero dijo con un tono no exento de premeditada aspereza:

—Quiero azúcar, café y arroz, y para estas cosas, ¿puede ser más útil la persona que la tienda? —Y añadió, con una mezcla de indiferencia y coquetería—: Además, hay más hombres de los que me interesan.

Al señor se le acababan de abrir las puertas del deseo, al sentir que se estaba aproximando a algo más importante que la compra y la venta, por lo que objetó:

—No todos los hombres son iguales, sultana. ¿Quién te ha dicho que la persona no puede ser más útil que el arroz, el azúcar o el café? Es en la persona en quien realmente encontrarás el alimento, la dulzura y el placer.

—¿Es eso un hombre o una cocina? —le preguntó riendo.

—Si lo miras de cerca —dijo el señor en tono de victoria —, hallarás una asombrosa semejanza entre el hombre y la cocina. ¡Ambos animan el vientre!

La mujer bajó la mirada un buen rato. El señor esperaba que volviera a elevarla hacia él bañada en su deslumbrante sonrisa, pero ella lo miró seria. Al punto sintió que la mujer acababa de cambiar de «política» o que quizá no estaba totalmente satisfecha de su patinazo. Ella rectificó, mientras él la escuchaba decir con calma:

—¡Que Dios te colme! Bástenos hoy con el arroz, el café y el azúcar.

El señor se alejó de ella aparentando seriedad y llamó a su empleado, a quien encargó en voz alta el pedido de la señora. Su aspecto externo sugería que también él había dejado de cortejarla y había vuelto al «trabajo», pero no era sino una maniobra, tras la que recobró su agresiva sonrisa. Susurró a la sultana:

—¡La tienda y su dueño están a tus órdenes!

La maniobra dio resultado, ya que la mujer le dijo en broma:

—¡Yo busco la tienda y tú te empeñas en ofrecerte a ti mismo!

—Sin duda soy mejor que mi tienda o que lo que hay en mi tienda.

El rostro de la cantora se iluminó con una sonrisa maliciosa mientras decía:

—¡Eso contradice lo que habíamos oído sobre la excelencia de tus mercancías!

—¿Qué necesidad tienes de azúcar si en tu lengua está toda la dulzura del mundo? —dijo el señor soltando una carcajada.

A esta batalla verbal siguió un momento de silencio en el que ambos parecían satisfechos de sí mismos. Luego la cantora abrió el bolso y después de sacar un espejito con el mango de plata, se contempló en él. El señor se dirigió al escritorio y se quedó de pie, apoyado en el borde, escudriñando su rostro con interés. La verdad es que ya el corazón le había anunciado, en el momento en que sus ojos se habían posado en la mujer, que el honor de su visita no tenía nada que ver con comprar o vender. Después, su conversación, con sus cálidas interpelaciones, había venido a confirmar su suposición. Ahora sólo le quedaba decidir si la enlazaba a su vida o le decía adiós para siempre. No era la primera vez que la veía, pues ya se la había encontrado en las fiestas de algunos amigos. También había oído contar que el señor Jalil, el cafetero, la había tomado como amante durante un tiempo y que hacía poco que se habían separado. ¡Quizás ésta era la razón de que hubiera ido a comprar a una nueva tienda! Su belleza era desbordante, aunque como cantora no pasaba de ser de segunda categoría. Pero la mujer le interesaba más que la cantora, pues era deseable y encantadora, y tenía unas carnes rollizas en las que poder calentarse durante el intenso frío del invierno que estaba a las puertas. El-Hamzawi llegó cargado con tres paquetes, e interrumpió así el hilo de sus pensamientos.

La criada los cogió, mientras la señora hacía ademán de sacar el dinero del bolso, pero el señor la detuvo con un gesto:

—¡Qué ofensa!

—¿Ofensa, señor mío? No hay nada ofensivo en hacer lo que es justo —dijo la mujer aparentando sorpresa.

—Ésta es una afortunada visita que debemos acoger con el honor que se merece, aunque sabemos que es imposible hacerte justicia.

Mientras él hablaba, ella se había levantado sin ofrecer una seria resistencia a su generosidad, aunque dijo:

—Pero esta generosidad tuya me obligará a pensármelo dos veces antes de volver a tu tienda.

—¡No temas —dijo el señor soltando una carcajada—, soy generoso con el cliente en la primera visita, pero luego me resarzo en las siguientes, incluso le robo! ¡Éste es nuestro lema, el de los comerciantes!

—Un hombre generoso como tú no roba; más bien se dejaría robar. ¡Gracias, señor Ahmad! —dijo la señora sonriente, mientras le tendía la mano.

—De nada, sultana —añadió él de todo corazón.

Se quedó de pie mirándola, mientras ella se contoneaba camino de la puerta, hasta que subió al coche y se sentó. Gulgul lo hizo en un pequeño asiento frente a ella, y el coche se puso en marcha con su precioso cargamento hasta que desapareció de su vista. Entonces dijo el-Hamzawi, pasando una hoja del cuaderno de cuentas:

—¿Como puede saldarse esta cuenta?

El señor lanzó una mirada risueña sobre su encargado mientras decía:

—Escribe en el lugar de los números: «¡Mercancías deterioradas por la pasión!». Al volver a su escritorio murmuró: «Dios es hermoso y ama la hermosura».

Cuando el señor cerró la tienda al atardecer y la dejó, tenía un aspecto muy respetable y despedía un grato olor a perfume. Luego tomó la dirección de el-Saga y de allí se encaminó hacia el-Guriyya, al café de Si Ali. Al pasar, observó la casa de la cantora y sus alrededores. Al ver las tiendas alineadas a sus lados aún abiertas y la gran afluencia de peatones, continuó la marcha hacia la casa de uno de sus amigos, donde pasó una hora. Después, tras excusarse, volvió hacia el-Guriyya, ya envuelta en las sombras y casi desierta, y se dispuso a acercarse a la casa, tranquilo y confiado. Llamó a la puerta y esperó mirando atentamente a su alrededor. No había más luz que la que salía del tragaluz del café de Si Ali y de una lámpara de gas que había sobre un carrillo de mano en la revuelta del callejón nuevo. La puerta se abrió, y apareció la silueta de una criada, a la que preguntó con voz fuerte y decidida para inspirar la franqueza y la confianza que deseaba:

—¿Está la señora Zubayda?

La criada levantó la cabeza y le preguntó con la discreción que cabía esperar de las condiciones inherentes a su puesto:

—¿Quién eres tú, señor?

—Una persona que desea llegar a un acuerdo con ella para amenizar una velada —dijo con su fuerte voz.

La criada desapareció por espacio de unos minutos, luego volvió diciendo: «Adelante, por favor». Se hizo a un lado y él entró. El señor subió tras ella por una escalera de estrechos peldaños que acababa en un corredor, y cuando le abrió la puerta que tenía delante, accedió a una habitación oscura, en la que permaneció de pie cerca de la entrada, mientras oía los pasos de la criada que corría y luego volvía con una lámpara. La siguió con la mirada mientras ésta la colocaba sobre una mesita, y luego se ponía de pie sobre una silla en el centro de la habitación para encender la lámpara grande que colgaba del techo; después, tras devolver la silla a su lugar, cogió la lámpara pequeña y abandonó la sala diciendo con cortesía: «Haz el favor de tomar asiento, señor». El señor se dirigió al sofá del fondo de la habitación, y tomó asiento con una confianza y tranquilidad que denotaban su familiaridad con esta situación y otras similares, y su seguridad de salir de ella totalmente satisfecho: se quitó el tarbúsh y lo dejó sobre el cojín que había en el centro del sofá; luego estiró las piernas a sus anchas. Mientras se entretenía mirando una mariposa que revoloteaba nerviosa sobre la lámpara, vio una habitación de tamaño mediano, con sofás y sillones a los lados y el suelo cubierto por una alfombra persa; ante cada uno de los tres grandes sofás había una mesita baja con incrustaciones de nácar; la puerta y las dos ventanas estaban cubiertas por cortinas, y se percibía un aroma de incienso en el ambiente que le gustó. Pasó un rato de espera, durante el cual la criada le sirvió el café, antes de que llegara a sus oídos el melódico sonido de unas chinelas de excitante repiqueteo. Con los nervios en estado de alerta, clavó la vista en la puerta, cuyo hueco se llenó en seguida con el cuerpo bien definido e imponente de la sultana, sensualmente envuelto en un vestido azul. Apenas los ojos de la mujer cayeron sobre él, se detuvo asombrada y exclamó:

—¡En nombre de Dios, clemente y misericordioso! ¡Tú!

El señor deslizó sobre su cuerpo una mirada ávida y apresurada, como el ratón que corre sobre un saco de arroz buscando un boquete, y exclamó asombrado:

—¡Válgame Dios, qué maravilla!

Ella continuó avanzando, tras aquella breve parada, mientras decía con un miedo fingido:

—¡Aparta tus ojos! ¡Dios me asista!

El señor se levantó para tomar la mano que ella le tendía en señal de bienvenida y, aspirando el aroma del incienso con su majestuosa nariz, dijo:

—¿Teniendo este incienso temes el mal de ojo?

Ella liberó su mano de la de él y retrocedió hacia un sofá lateral.

—Mi incienso es un bien, una bendición —dijo sentándose —, se trata de una mezcla de distintas variedades, unas árabes y otras indias, que yo misma combino y que es capaz de echar del cuerpo mil y un ifrits...

El señor volvió a sentarse y, mientras extendía las manos con un gesto de desesperación, dijo:

—¡Menos del mío! En él hay unos ifrits de otro tipo con los que no sirve el incienso. El asunto es más grave y preocupante.

La mujer se golpeó el pecho, erguido como un odre, y exclamó:

—¡Pero yo amenizo fiestas de boda, no de exorcismo!

—¡Veremos si encuentro aquí mi remedio! —dijo el señor con esperanza. Reinó un breve silencio, mientras la sultana lo observaba con aire pensativo, como si quisiera averiguar el secreto de su presencia. ¿Había venido realmente para concertar la animación de una velada, como había dicho a la criada? Dominada por la curiosidad, le preguntó:

—¿Se trata de una boda o de una circuncisión?

—Será lo que tú quieras —dijo el señor sonriendo.

—¿Tienes un circunciso o un novio?

—Yo tengo de todo.

Le lanzó una mirada de advertencia como queriendo decirle: «¡Qué latoso eres!», luego murmuró con sorna:

—En cualquier caso, estamos a tu servicio.

El señor alzó sus manos a lo alto de la cabeza, en señal de agradecimiento, mientras decía con una dignidad que no cuadraba con sus intenciones:

—Que Dios te lo tenga en cuenta; sin embargo, yo sigo empeñado en dejarte a ti la elección.

—Prefiero las bodas, naturalmente —dijo ella con un suspiro de irritación casi jocoso.

—Pero yo soy un hombre casado y no tengo necesidad de un nuevo cortejo nupcial.

—¡Qué hombre tan disparatado! Entonces, que sea una circuncisión.

—Sea...

—¿La de tu hijo? —preguntó desconfiada.

—La mía —dijo con toda sencillez, retorciendo su bigote.

La sultana soltó una risa vaga, y decidió renunciar a la idea de amenizar una velada que había estado acariciando para sus adentros.

—¡Serás golfo! Si mis manos pudieran alcanzarte, te deslomaría...

El señor se levantó y, aproximándose a ella, dijo:

—No seré yo, ni mucho menos, quien te impida realizar tu deseo.

Se sentó a su lado y ella intentó golpearle, pero vaciló, luego se contuvo y él le preguntó fastidiado:

—¿Por qué no me honras con tus golpes?

—Temo invalidar mis abluciones —dijo irónica, agitando la cabeza.

—¿Puedo aspirar a que recemos juntos?

Nada más decir su broma, pidió perdón a Dios en su fuero interno por su dislate, porque, aunque en la embriaguez del libertinaje no se paraba en barras, su corazón no se tranquilizaba ni podía continuar disfrutando hasta que pedía perdón interiormente de forma sincera por lo que su lengua había dicho a la ligera, bromeando. Pero la mujer le preguntó con coquetería burlona:

—¿Te refieres, oh, virtuoso señor, a esa oración que es mejor que la cama?

—Todavía más, a la oración que va junto con la cama...

—¡Qué hombre tan digno y piadoso por fuera y tan vicioso e inmoral por dentro! —contestó ella sin poder contenerse—; estoy empezando a creer que era cierto lo que me dijeron de ti.

—¿Y qué te dijeron? —preguntó el señor preocupado, enderezándose—. ¡Líbrenos Dios de las malas lenguas!

—Me dijeron que eras un faldero y un esclavo de la bebida.

—Me esperaba alguna crítica —dijo dando un sonoro suspiro que revelaba alivio—. ¡Válgame Dios!

—¿No te había dicho que eres un golfo vicioso?

—Ésa es la prueba para mí de que he conseguido aceptación. ¡Dios quiera que sea verdad!

La mujer levantó la cabeza con altanería diciendo:

—Que te lo has creído. No soy como las mujeres que tú conoces. Zubayda es conocida, y no es jactancia, por su amor propio y su meticulosidad al elegir.

El señor se colocó las palmas de las manos sobre el pecho y, mientras la miraba entre desafiante y gentil, dijo con calma:

—En la prueba, el hombre se luce o fracasa.

—¿De dónde sacas esa confianza, si aún no estás circuncidado, según tu propio testimonio?

El señor dijo tras una larga carcajada:

—No lo creas, soy circunciso, aunque lo haya puesto en duda...

Ella le dio un puñetazo en el hombro, antes de que él completara la frase, y él se contuvo. Luego los dos se echaron a reír al unísono. Le alegró ver que ella compartía su risa pues, tras aquello y tras sus mutuas alusiones y manifestaciones, adivinaba una especie de declaración de consentimiento, confirmada, según él, por una coqueta sonrisa que emanaba de sus ojos pintados con kohl. Entonces se dispuso a dar la bienvenida apropiada a aquel escarceo, pero ella le dijo en tono de advertencia:

—No me empujes a acrecentar mi mala opinión de ti.

Sus palabras le recordaron las habladurías que ella le había repetido y le preguntó preocupado:

—¿Quién te habló de mí?

—¡Galila! —dijo con rotundidad, mientras le echaba una mirada acusadora.

El nombre le sorprendió, como si se tratara de un moralista que irrumpiese en su velada íntima, y sonrió con embarazo. Galila..., aquella famosa cantora que él amó apasionadamente en una época, hasta que la saturación los separó, aunque mantuvieron después a distancia una amistad recíproca que aún duraba. Sin embargo, como era experto en mujeres, no tuvo más remedio que decir con tono sincero:

—¡Que Dios maldiga su rostro y su voz al mismo tiempo! —luego se evadió —: pero, dejemos eso y hablemos en serio.

—¿Es que Galila no merece unas palabras más delicadas y gentiles? —preguntó ella con ironía—. ¿O ése es tu modo de recordar a las mujeres con quienes has roto?

El señor sintió cierto embarazo, que pronto se disolvió en la oleada de orgullo producida por el hecho de que una nueva amante hablara de otra anterior, y estuvo largo rato sumido en el dulce éxtasis del triunfo, para acabar diciendo con su habitual cortesía:

—Ante tanta hermosura, no puedo pensar en recuerdos ya cerrados y olvidados.

A pesar de que la sultana conservaba su mirada irónica, pareció responder al elogio levantando las cejas y disimulando una ligera sonrisa que se había posado en sus labios. Sin embargo, le dijo con despecho:

—La lengua de un comerciante destila dulzura hasta que consigue su objetivo.

—Los comerciantes tenemos ganado el paraíso con las críticas de la gente.

Ella agitó sus hombros, desdeñosa; luego preguntó con interés no disimulado:

—¿Cuándo la frecuentaste?

El señor extendió los brazos como queriendo decir: «¡Qué tiempos tan lejanos!»; luego murmuró:

—Hace siglos...

Ella se rió con sorna, y dijo en tono vengativo:

—¡En los días de una juventud que ya pasó...!

—Mi deseo es libar de tu boca el dolor —dijo el señor mirándola quejumbroso. Pero ella continuó hablando en el mismo tono:

—Yo te he recibido entrado en carnes, y te voy a dejar en los huesos. El señor le apuntó con el dedo en señal de advertencia:

—Soy de acero —dijo—, de esos que se casan a los sesenta años.

—¿Por amor o por chochez?

—Mi buena señora, ten piedad, por el amor de Dios, y hablemos de cosas serias —dijo el señor con una carcajada.

—¿De cosas serias? ¿Acaso te refieres al acuerdo para amenizar la velada, que es a lo que viniste?

—¡Me refiero a amenizar toda la vida!

—¿Toda ella o sólo su mitad?

—¡Que el Señor nos depare el mejor destino!

—¡Que el Señor nos depare uno bueno!

Y tras pedir perdón a Dios en su interior por adelantado, preguntó:

—¿Recitamos la fátiha?

Pero ella se levantó bruscamente, fingiendo ignorar su pregunta, y exclamó con simulada inquietud:

—¡Dios mío!, se me ha pasado el tiempo volando, y esta noche tengo un trabajo importante.

El señor se levantó a su vez y, tendiendo la mano, tomó la de ella. Entonces la cantora abrió la palma teñida de alheña, que él miró con deseo y embeleso, decidido a retenerla, a pesar de que ella hizo más de un intento por retirarla, hasta el punto de morderle el dedo y levantar la otra mano hasta su bigote, gritándole amenazadora:

—Suéltame o saldrás de mi casa con una sola parte del bigote.

Cuando el señor vio el antebrazo de ella cerca de su boca, renunció a discutir y acercó sus labios lentamente hasta hundirlos en su blanda carne, mientras aspiraba un perfume de clavel de agradable aroma, y murmuró suspirando:

—¿Hasta mañana?

Esta vez ella se libró de su mano sin que él se resistiese, le lanzó una prolongada mirada y canturreó sonriendo: «Mi pajarillo, ¡ay, madre!, mi pajarillo, para jugar con él y contarle mis secretos».

Y siguió repitiendo: «Mi pajarillo, ¡ay, madre!» varias veces mientras se despedía de él. El señor abandonó la habitación repitiendo también el comienzo de la canción en voz baja, una voz llena de dignidad y resonancia, como si interrogara a las palabras por el significado que entrañaban.

16

En casa de Zubayda, la cantora, había una sala denominada sala de fiestas, una habitación que ocupaba el centro de la vivienda como si fuese el salón; o era como si al salón se le hubiese encontrado de hecho utilidad para otros efectos, quizás el más importante el de servir a Zubayda y a su grupo artístico para los ensayos musicales y el repaso de las nuevas canciones. Ella la había elegido por su alejamiento de la calle principal, de la que la separaban los dormitorios y el recibidor. Además, la amplitud de la habitación la hacía apropiada para la animación de las fiestas particulares, que de ordinario iban desde los bailes de exorcismo al canto, pasando por las especiales, consagradas a sus amigos y al conocimiento íntimo de todos ellos.

El motivo de estas fiestas no era solamente una noble generosidad —puesto que si generosidad había, corría normalmente a cargo de los mismos amigos —, sino otro propósito: aumentar el número de amigos importantes, dispuestos a llamar a la cantora para animar sus fiestas, o para hacerle una útil publicidad en los medios en los que ellos eran bien recibidos. Y, sobre todo, el de elegir entre ellos a un amante tras otro. Le llegó el turno de honrar el alegre salón al señor Ahmad Abd el-Gawwad, rodeado de la flor y nata de sus conocidos. La verdad es que había empezado a dar muestras de una actividad exuberante al término del atrevido encuentro que habían tenido Zubayda y él en su casa; bien pronto sus emisarios llevaron generosos regalos compuestos de aperitivos, dulces y otros obsequios; incluso una estufa que él había mandado hacer, labrar y platear, para que todo ello fuese prenda de su futura amistad. En contrapartida, la sultana lo invitó a una fiesta de mutuo conocimiento consagrada al nuevo amor, y le dejó la elección de invitar a su vez a sus

amigos personales. El salón estaba adornado de forma típica y atrayente; con sus divanes dispuestos unos junto a otros, tapizados de brocado, confortables, que sugerían la libre acción y la licencia y alineados a ambos lados, hasta llegar al fondo, en donde aparecía el sofá de la señora, rodeado de cojines y almohadones para la orquesta. En cuanto al suelo, rectangular, estaba cubierto con una alfombra de colores y dibujos variados; sobre una consola, centrada en el muro de la derecha y convertida en foco de belleza y claridad, ardían las velas embutidas en candelabros. Además, había una lámpara imponente colgando del centro de una linterna, en medio del techo de la habitación, provista de ventanas que daban a la azotea de la casa, abiertas en las noches calurosas y cerradas mediante unos bastidores acristalados en las noches frías.

Zubayda se sentó con las piernas cruzadas sobre el diván, y se colocaron a su derecha su hija adoptiva Zannuba, la tañedora de laúd, y a su izquierda Abdu, el guitarrista ciego; las mujeres de la orquesta se repartieron por igual los asientos, a derecha e izquierda; una sostenía el adufe, otra rozaba la darabukka con la mano, una tercera jugueteaba con los címbalos. La sultana honró al señor Ahmad haciéndole sentar en el primer puesto de la derecha, en tanto que el resto de sus amigos se sentaba sin ceremonia como si fuesen de la casa; lo cual no era de extrañar, pues el ambiente no les era nuevo y a la sultana no la veían por primera vez. El señor Ahmad presentó sus amigos a la cantora empezando por el señor Ali, vendedor de harina, por lo cual Zubayda se rió y dijo:

—El señor Ali no es un extraño, pues animé la boda de su hija mayor el año pasado.

Luego continuó por el comerciante de objetos de cobre y, cuando uno de los invitados lo acusó de ser un admirador de la cantante Bomba, el hombre se apresuró a sonreír diciendo:

—Aquí he venido como un arrepentido, señora mía.

Prosiguieron las presentaciones hasta terminar, y después apareció la criada Gulgul, cargada con las bebidas, y atendió a todos los invitados. Los ánimos se dejaban ganar progresivamente por una vitalidad saturada de efusión y de alegría. El señor Ahmad empezó a ser el novio de la fiesta, sin lugar a dudas; tal título le dieron sus amigos y así se sintió él para sus adentros. Era una situación en la que experimentaba al principio cierto apuro que raramente había sentido antes; y lo soslayó, entre risas y alegría, hasta que se puso a beber y lo apartó sin dificultad. Recuperó entonces su sosiego y se fundió en la música de todo corazón. Conforme aumentaba en él el deseo, porque los deseos se soliviantan en las moradas de la música, se puso a tender su mirada hacia la sultana de la reunión con voracidad, paseando su vista por los pliegues macizos de aquel cuerpo. Se sintió a gusto por el bienestar que la suerte le había deparado, y se felicitó a sí mismo por todas las delicias que le aguardaban esa noche y las noches siguientes. «En la prueba el hombre se luce o fracasa. ¡Esta declaración, con la que la desafíe, tengo que sostenerla con hechos que estén a la altura de mis palabras! ¿Qué clase de mujer es ésta? ¿Hasta dónde puede llegar? Sabré la verdad en el momento adecuado. De todas formas, voy a seguirle la corriente; para asegurarme la victoria sobre mi rival amorosa, debo suponerle un máximo de inmunidad y de coraje. No me apartaré de mi antiguo principio: hacer de mi placer una cuestión secundaria, y del suyo mi objetivo y meta. De esta manera, mi placer alcanzará su plenitud.»

Pese a que el señor Ahmad no conociera de las varias suertes del amor, en sus innumerables aventuras, sino la del amor físico excitado por la carne y la sangre, había ascendido a la más delicada y más pura forma del abrazo. Él no era un puro animal, porque a su animalidad le habían sido otorgadas una agudeza de percepción, una conciencia sutil y una penetrante pasión por el canto y la música. Se había elevado, dentro del deseo, al plano más alto al que se puede ascender en la cuestión carnal. Era por estas motivaciones carnales, sólo por ellas, por lo que se había casado una primera vez y luego una segunda. Ciertamente es que sus sentimientos conyugales habían quedado marcados, con el transcurso del tiempo, por motivaciones nuevas y más tranquilas, tales como el afecto y la amistad, pero continuaban siendo en esencia físicos y carnales. Siendo como era una sensibilidad de este tipo, sobre todo dotada de una fuerza siempre nueva y de una vitalidad desbordante, no podía adormecerse en un solo tipo de amor, y se había lanzado a todas las especies de amor y de pasión, como un toro en celo, respondiendo siempre al instinto con embriaguez y ardor. Él no veía en cualquier mujer sino un cuerpo, pero no entregaba su pasión a ese cuerpo hasta no haberlo encontrado verdaderamente digno de ser mirado, palpado, olido, degustado y escuchado. Un apetito, ciertamente, pero ni salvaje ni ciego, sino educado con esmero, guiado por el arte y tomado como atmósfera y marco de la música, el chiste y el regocijo. Nada se parecía más a su apetito que su cuerpo; ambos eran semejantes en el volumen

y la fuerza, e inspiraban rudeza y ferocidad; pero también ambos abrigaban en su interior gentileza, finura y amor, a pesar de la rigidez y de la firmeza con que se revestía a veces intencionadamente. Por eso la activa imaginación del señor no se centró solamente en el deseo erótico, al devorar a la sultana con los ojos, sino que se dispersó por los múltiples senderos de los sueños de diversión, juego, canto y tertulia. Zubayda sintió el ardor de su mirada y le habló, mientras observaba con orgullo y coquetería las caras de los invitados.

—¡Ya basta, novio!, ¿no te da vergüenza delante de tus compañeros? A lo que el señor contestó asombrado:

—¿Y de qué me sirve la vergüenza delante de varios quintales de carne y de grasa?

La cantora soltó una vibrante carcajada y preguntó en el colmo de la satisfacción:

—¿Qué os parece lo que dice vuestro amigo? A lo que dijeron todos al unísono:

—¡Bueno, tiene disculpa...!

Y aquí intervino el guitarrista ciego, moviendo la cabeza de derecha a izquierda mientras tartajaba, con el labio inferior colgando:

—El que avisa no es traidor.

Aunque su máxima fue muy bien recibida, la señora se volvió hacia él como si estuviese enfadada y le pegó un puñetazo en el pecho exclamando:

—¡Cállate, bocazas!

El ciego recibió el golpe riéndose; luego abrió la boca como si fuese a hablar, pero la cerró de nuevo porque prefirió no exponerse. La mujer, entonces, volvió su cabeza hacia el señor, y exclamó con un deje que parecía amenazador:

—Así premio yo a los que se pasan.

A lo que el señor contestó fingiendo turbación:

—Pero si yo he venido aquí para aprender malos modales. Zubayda se golpeó el pecho con la mano y gritó:

—¡Pero bueno!, ¿habéis oído lo que dice?

A lo que varios de los invitados respondieron al mismo tiempo:

—Es lo mejor que hemos oído hasta ahora. Uno de ellos añadió:

—Es más, no dudes en atizarlo si no se propasa.

Y otro confirmó:

—Síguele la corriente en lo de los malos modales.

La mujer preguntó, levantando las cejas para fingir una estupefacción que su cara no mostraba:

—¿Hasta ese punto os gustan los malos modales? El señor suspiró y dijo:

—Que Dios nos los conserve.

A la cantora no le quedó otro recurso sino coger el adufe diciendo:

—Os voy a hacer escuchar algo mejor que todo esto.

Y se puso a tocar el adufe como si estuviese jugando, pero el sonido se elevó entre el tumulto del ambiente como un aviso para hacerlos callar; acarició amorosamente los oídos de todos y logró que el público transformase su actitud poco a poco, mientras que los componentes de la orquesta se aprestaban a tocar. Los señores vaciaron los vasos y miraron hacia la sultana; entonces se apoderó del lugar un silencio bien elocuente por la intensa disposición de todos hacia el deleite. La cantora hizo señas a la orquesta, que comenzó a tocar el bashraf de Uzmán Bey. Oscilaron las cabezas al ritmo de la música, y el señor se entregó a las resonancias de la cítara que inflamaban su corazón, mientras ardían en él los ecos de las canciones diversas, de los largos ratos festivos de sus noches musicales, como si fuesen gotas de petróleo que cayeran sobre una brasa encubierta. Ciertamente, la cítara era su instrumento preferido, no sólo por la habilidad de el-Aqqad, sino por el misterio inspirado a través de sus cuerdas. Y aun sabiendo que no iba a escuchar a el-Aqqad o a Si Abdu, su corazón enamorado pasó por alto a causa de la pasión las deficiencias del arte. En cuanto la orquesta hubo terminado de tocar el bashraf, la cantora se arrancó con «Tú, que embriagas con la dulzura de tus labios», y la orquesta la siguió con entusiasmo. Lo más bello del canto eran las dos voces que se respondían; una muy bronca, del músico ciego, y la otra delicada, humedecida por el rocío de la juventud, de Zannuba, la tañedora de laúd. Al señor se le henchió el pecho de emoción y, tras lanzarse sobre el vaso que tenía delante, bebió su contenido de un trago y se metió de lleno en la interpretación de la moaxaja. Pero lo traicionaron los tonos de la voz con un enronquecimiento en su garganta, al comenzar la canción, por haberse puesto a cantar antes de haber terminado de tragar la saliva. El resto de los invitados no tardó en animarse y en emularlo, y el salón se convirtió rápidamente en un conjunto que cantaba al unísono. Cuando concluyó la moaxaja, el señor se dispuso a escuchar, por la fuerza de la costumbre, la interpretación de los solos y de los layali, pero la cantora remató la canción con una de sus sonoras carcajadas, destinada a mostrar su contento y su voz. Después felicitó a los improvisados miembros del conjunto en tono festivo, y les preguntó qué «modo» de canción querían escuchar. El señor se turbó, y experimentó un momento de fastidio en el que su amor por el canto sufrió una dura prueba que pasó desapercibida a la mayor parte de quienes lo rodeaban, cuando él había captado al vuelo que Zubayda no era capaz de hacer un solo de layali, como pasaba con todas las cantoras, incluida la propia Bomba Kashshar. Confió en que la mujer eligiese una cancioncilla ligera, como las que cantaba a las señoras en las bodas, lo que era preferible a que intentase cantar un «modo» de maestro, cuyo gorjeo final sería fatalmente incapaz de interpretar como se debía. Se propuso ahorrar molestias a su oído proponiendo una canción ligera, apropiada a la laringe de la señora, y dijo:

—¿Qué os parece «Mi pajarillo, madre?»

Y le clavó una mirada cargada de significado, como si quisiese grabar en su espíritu la inspiración de esa cancioncilla con la que ella había coronado su mutuo conocimiento en la sala de recibir hacía pocos días. Pero del fondo del salón llegó una voz que gritaba burlona:

—¡Primero, pídesela a tu madre!

En un instante se esfumó la propuesta en una explosión de carcajadas, que desbarató el plan del señor. Antes de que pudiese repetir el intento, alguien pidió «Oh, musulmanes, oh, pueblo de Dios», y otros pidieron «Ten cuidado de tí mismo, corazón mío»; pero Zubayda, que quería guardarse de dar satisfacción a un grupo a costa de otro, anunció que les cantarían «Soy el asesino de mi alma», lo cual fue acogido calurosamente. Así, el señor no encontró otro remedio para contentarse que confortarse con la bebida y con los sueños de esta noche prometedor. Brilló en su boca una sonrisa resplandeciente, y logró sin esfuerzo unirse mediante ella al grupo de ebrios. Sintió incluso simpatía por el deseo de la mujer de emular a los maestros para complacer a unos oyentes expertos en el canto, aunque su actitud no dejaba de tener la vanidad propia de las hermosas. Cuando la orquesta empezaba la canción, uno de los amigos del señor se levantó y gritó con entusiasmo:

—¡Dad el adufe al señor Ahmad, que es un experto! Zubayda movió la cabeza con asombro y preguntó:

—¿Es verdad?

El señor movió los dedos con rapidez y elegancia, como si quisiese mostrar un ejemplo de su buen hacer. Zubayda dijo sonriente:

—¡Nada asombroso, siendo tú un alumno de Galila!

Los señores rieron a carcajadas y la risa continuó hasta que se elevó la voz del señor Alfar, que preguntaba a la sultana:

—¿Y tú qué te propones enseñarle? Ella contestó en forma intencionada:

—Le enseñaré a tocar la cítara, ¿no te parece? El señor dijo con gesto tierno:

—Enséñame la danza del vientre, si te parece.

Instaron mucho al señor a que se incorporase al estrado. Tomó el adufe, y ya no tuvo sino que incorporarse y despojarse de la yubba. Se mostró, entonces, en toda su estatura y corpulencia, dentro de un caftán de color comino, como si fuese un corcel levantado sobre las patas traseras, presto a la cabriola. Después se arremangó los antebrazos y fue hacia el diván para tomar asiento al lado de la señora. Ella, con el fin de hacerle sitio, se incorporó a medias apartándose hacia la derecha y, al hacerlo, se le entreabrió el vestido rojo sobre una pierna carnosa y sólida, blanca, arbolada de color rosado por causa del afeitado y de la depilación; el tobillo estaba adornado con una ajorca de oro que apenas podía contenerlo. Uno de los asistentes vio este espectáculo y gritó con voz de trueno:

—¡Viva el califato!

El señor, que había estado palpando con la mirada los senos de la mujer, exclamó a continuación:

—Di mejor; vivan estos pechos excelsos... La cantora levantó la voz advirtiendo:

—Bajad la voz o los ingleses nos harán pasar la noche en la cárcel. El señor, en el que el vino hacía ya sus efectos, dijo a gritos:

—Yo me voy contigo a trabajos forzados de por vida. Varios gritaron:

—¡Mueran los que os dejen ir solos!

Quiso la mujer cortar el jaleo que se había producido por la visión de su pierna y tendió el adufe al señor diciéndole:

—Muéstrame tus habilidades.

El señor tomó el adufe y lo acarició con la palma de la mano mientras sonreía, y sus dedos comenzaron a repiquetear en él con habilidad, en tanto que los instrumentos de la orquesta empezaban a sonar. Luego Zubayda cantó mirando fijamente a los ojos que estaban clavados en ella: «Yo soy el asesino de mi alma, abandonada a la pasión que me domina».

El señor se encontró en una posición asombrosa; le llegaba al vuelo la respiración de la sultana, entre cadencia y cadencia, y ella recibía los efluvios del vino que salían de la nariz del hombre entre trago y trago. No tardaron en disiparse de la conciencia del señor los ecos de el-Hammuli, de Uzmán y de el-Manialawi, y vivió su presente satisfactorio y feliz. Las inflexiones que le llegaban de la voz de la mujer conmovieron las cuerdas de su corazón y se inflamó su celo; eso lo llevó a tocar el adufe de una manera que no podrían igualar los profesionales. En cuanto la mujer llegó, en la canción, al verso que dice «viajero, que marchas hacia el amado, séme leal y bésalo de mi parte en la boca», alcanzó un grado de embriaguez violenta, inspirada, cosquilleante y ardiente. Lo siguieron los amigos o le precedieron, una vez que el vino hubo culminado su obra y se difundieron los deseos, que los dejaron como ramas bailando en el torbellino de una tempestad tumultuosa.

Poco a poco el canto llegó al final, y Zubayda lo cerró con el mismo arranque con que lo había comenzado, o sea, «yo soy el asesino de mi alma»; pero con un aire que llamaba a la calma, al recuerdo, a la despedida y a la terminación. Desaparecieron los cantos como un avión con el amado detrás del horizonte. Y aunque el final fue recibido con una tempestad de júbilo y aplausos, no tardó en señorear el salón un silencio que mostraba el apaciguamiento de los espíritus agotados por el esfuerzo y la excitación; durante un rato no se oyó sino un tos o un carraspeo, el rascar de una cerilla, o una palabra indigna de mención. El lenguaje del momento parecía decir a los invitados: Id en paz; y algunos de ellos comenzaron a mirar las prendas de ropa de las que se habían aligerado en el furor de la música, y que habían colocado detrás, sobre los cojines. Pero los otros, los que tenían suspendido el ánimo en la dulzura de la velada, se negaron a abandonarla hasta no haber apurado los posos del vino, y alguno de ellos gritó:

—No saldremos hasta no haber llevado a la sultana a los brazos del señor Ahmad. La propuesta tuvo buena acogida y buen apoyo, mientras el señor y la cantora reían desafortunadamente sin creérselo. Casi sin darse cuenta, un grupo de amigos los rodeó y los levantó de su asiento; luego hicieron señas a la orquesta para que se pusiese a tocar el himno de bodas.

Se pusieron de pie el uno junto al otro, ella como si fuese el palanquín, y él el camello: dos gigantes suavizados por la belleza. Luego, coquetamente, ella pasó su brazo bajo el de él e hizo señas a los que los rodeaban para que abrieran el camino. Repiqueteó la tañedora en el adufe, y la orquesta comenzó a tocar; muchos de los invitados repitieron el himno de boda «Contempla con tus ojos, oh, belleza», mientras los novios avanzaban a paso lento, contoneándose en el vapor de la música y de la borrachera. Zannuba no pudo contenerse de tocar el laúd ante este espectáculo, mientras lanzaba una albórbola estridente, larga, que, si hubiese tomado cuerpo, se habría constituido en un par de lenguas zigzagueantes de fuego cortando el espacio como un meteorito. Los amigos se adelantaron uno tras otro para presentarles sus felicitaciones:

—Que tengáis concordia y prole.

—Y que ésta sea una hermosa prole de bailarinas y cantoras. Uno de los amigos gritó advirtiendo:

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

La orquesta no dejó de tocar el himno, mientras los amigos movían las manos en señal de despedida, hasta que el señor y la mujer desaparecieron tras la puerta que llevaba al interior de la casa.

17

El señor Ahmad estaba sentado ante su escritorio en la tienda cuando entró Yasín de improviso. No era solamente una visita imprevista, sino ante todo una visita inhabitual, ya que no era natural que el joven visitase a su padre en la tienda, tanto más cuanto que se apartaba de él siempre que podía en la casa. Además, parecía como si estuviese ausente, con la mirada sombría. Se dirigió hacia su padre y se contentó con llevar la mano a la cabeza, en forma mecánica, sin observar el protocolo exagerado y sumiso de educación al que se obligaba habitualmente, como si lo hubiese olvidado. Después, dijo con un acento en el que se veía la intensidad de su emoción:

—Que la paz sea sobre ti, padre. He venido a hablarte de un asunto importante.

El señor levantó hacia él una mirada interrogante, presa de una turbación que se vio obligado a ocultar con un esfuerzo de voluntad. Luego dijo tranquilamente:

—¡Que sea para bien, si Dios quiere!

Gamil el-Hamzawi trajo una silla y le dio la bienvenida al acercársela. El padre le ordenó que se sentara. El joven aproximó la silla donde él estaba y se sentó; durante unos momentos pareció vacilar, luego suspiró luchando contra su vacilación, y dijo con voz trémula y con una concisión patética:

—¡El problema es que mi madre está dispuesta a casarse!

Y aunque el señor esperaba una mala noticia, su imaginación no había alcanzado, en sus rodeos pesimistas, esa región que permanecía en un rincón de su pasado. Por eso la sorpresa lo halló como si fuese una presa desprevenida. Frunció el ceño, como siempre que se le presentaba bruscamente un recuerdo de su primera esposa. Se apoderó de él el fastidio y luego la inquietud por lo que afectaba de pleno al honor de su hijo. Y, al igual que hacen los que plantean preguntas sin pretender saber nada nuevo, sino tratando de encontrar una salida a la realidad que los descorazona, o concertando consigo mismo un aplazamiento para poder reflexionar y dominar los nervios, preguntó:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Su pariente, el sheyj Hamdi. Me visitó hoy en la escuela de el-Nahhasín y me transmitió la noticia; me aseguró que será dentro de un mes...

La noticia era cierta, no había nada sospechoso en ella, y no era la primera de su género en la vida de esa mujer, ni sería la última, si es que se puede tomar el pasado como medida para el porvenir. Pero ¿que culpa había podido cometer este muchacho para merecer este duro castigo cuyo sufrimiento no terminaba nunca? El hombre sintió compasión y ternura por su hijo, y a él, a quien la gente se dirigía en la desgracia, le resultó penoso verlo reaccionar frente a sus dolores con debilidad. Se preguntó a sí mismo cuál sería su propio estado si se viese afligido con una madre así. Sintió que se le oprimía el pecho y que se acrecentaban su compasión y cariño por su hijo, luego un deseo que lo empujaba a preguntar sobre el esperado marido. Pero no se permitió hacerlo, bien porque temiese aumentar en profundidad y anchura la herida de su hijo, bien para negarse a sí mismo solazarse en la curiosidad —poco conveniente en la actual tragedia— sobre la mujer que había sido su esposa. Mientras tanto, Yasín decía excitado frente al hilo de su pensamiento:

—¡Y con quién se casa! ¡Un tipo de treinta años, Yaqub Zinham, dueño de una panadería en el-Dirasa! ¡Un tipo de treinta años!

Aumentó su excitación y le tembló la voz al pronunciar la última frase; como si estuviese expulsando una esquirla de hueso. Su sentimiento de repugnancia y de asco se transmitió a su padre, que se puso a repetir para sí mismo en secreto: «Treinta años. ¡Qué asco! Es la fornicación vestida de matrimonio». El hombre se indignó por la irritación de su hijo, y no menos por cuenta propia, como tenía por costumbre siempre que le llegaban noticias de la vida sin recato de aquella mujer, como si renovase su disgusto al considerar a la que un día había sido su esposa, como si le doliera pensar que ella fuera rebelde a su disciplina y a la docilidad debida, aun después de tantos años.

Recordaba los días de su convivencia con ella, a pesar de su brevedad, igual que recuerda la gente unas calenturas. Quizás exageraba, pero un hombre de su engreimiento no podía dejar de ver, en la desobediencia de ella, un crimen imperdonable y una derrota mortal. Ella era —y seguro que lo seguía siendo— bella, plena de feminidad y seductora. Él había disfrutado con su convivencia varios meses, hasta que ésta manifestó cierta resistencia contra esa voluntad que él imponía como ley a sus allegados. Ella no había visto ningún mal en intentar gozar de libertad, aunque sólo fuese en la medida en que se le permitiese visitar a su propio padre de cuando en cuando. El señor se enfureció e intentó prohibírselo, primero con una regañina, luego con una paliza atroz. Y lo que hizo esa mujer mimada fue escaparse a casa de su padre. La cólera cegó al hombre engreído, y pensó que el mejor camino para corregirla y volverla a su sentido común era repudiarla por un tiempo —sólo por un tiempo, puesto que estaba loco por ella—, y así lo hizo. Fingió despreocuparse de ella durante unos días, unas semanas, mientras aguardaba esperanzado a que fuese a verlo un mediador de la familia de ésta. Cuando nadie fue a llamar a su puerta humilló su arrogancia y envió él mismo a alguien a que tantease un posible arreglo. El enviado regresó diciendo que ellos lo acogerían con gusto, a condición de que no la encerrase ni la golpease más. Pero él había esperado un acuerdo sin restricción ni condiciones, y su furia se desató violentamente; entonces se juró a sí mismo que ningún lazo los uniría nunca más. Así cada uno de ellos fue por su lado, y así fue decretado por el destino que Yasín naciese lejos de su padre y que encontrase en casa de su madre tanta humillación y dolor.

Aunque la mujer se había casado más de una vez, y aunque los casamientos fuesen a ojos de su hijo la más noble de sus faltas, este nuevo y subsiguiente matrimonio le parecía más horrible y doloroso que los

anteriores. De un lado, porque ella había llegado a la cuarentena, de otro porque Yasín era ahora un joven maduro, capaz, si quería, de defender su honor de la ofensa y la vergüenza. Había cambiado su comportamiento anterior, sujeto a su tierna edad, cuando recibía las perturbadoras noticias de su madre con estupefacción, trastorno y llanto, para pasar a una nueva actitud en la que se sentía hombre responsable, que no podía permitirse recibir las ofensas con los brazos cruzados.

Estos pensamientos daban vueltas por la mente del señor. Sopesó su gravedad con inquietud. Pero se propuso dar a la cosa poca importancia, tanto más cuanto que tenía suficiente fuerza de carácter para hacerlo, a fin de alejar a su hijo mayor de estas preocupaciones. Así, encogió sus poderosos hombros, fingiendo despreocupación y diciendo:

—¿No nos habíamos propuesto considerarla como algo inexistente? Yasín contestó, triste y abatido:

—¡Pero, padre, es que existe! Y aunque nos lo hayamos propuesto, no dejará de ser mi madre mientras que Dios quiera, tanto a mis ojos como a los de todo el mundo. No hay remedio ni salvación.

El joven suspiró profundamente y miró con ternura a su padre, con sus bellos ojos negros, heredados de la madre, como pidiendo socorro a gritos: «Tú que eres mi padre, fuerte y poderoso, ¡tíéndeme la mano!». La emoción del señor llegó a su colmo, pero siguió fingiendo tranquilidad e indiferencia a la vez.

—No te reprocho tu dolor —dijo—, pero sí que lo llesves a ese extremo. Por lo mismo me parece bien disculpar tu cólera, pero un poco de razón bastaría para aliviarte. Pregúntate a ti mismo con tranquilidad, ¿qué te importa su matrimonio? Es una mujer que se casa, como se casan las mujeres todos los días y a todas horas. Ella no es una mujer a la que puedas pedir explicaciones por un matrimonio semejante, teniendo en cuenta su conducta pasada. Agradécele, más bien, que lo haga así. Como te he dicho muchas veces, no te quedarás tranquilo hasta que dejes de tenerla en cuenta, como si no existiese. Encomiéndate a Dios y cálmate. Levanta el ánimo, a pesar de lo que digan, pensando que el matrimonio es una unión legítima..., respetable.

Esto lo dijo el señor sólo de boca para afuera, tan en contradicción estaba con su naturaleza puntillosa en lo tocante a las buenas maneras estrictas de su familia; pero sus palabras sonaron sinceras gracias a su experiencia en la diplomacia, que lo había transformado en buen intermediario y juez docto, a quien no costaba trabajo dirimir un conflicto entre la gente. Aunque sus palabras no se las pudiese llevar el viento — cosa imposible, que sus palabras se las llevase el viento en presencia de uno de sus hijos —, el enfado del joven era tan profundo que no podía evaporarse de golpe y tuvieron tanto efecto en él como un vaso de agua fría en un jarro de agua hirviendo. No tardó en dirigirse a su padre diciendo:

—Es verdad, padre, que es una unión legítima, pero a veces parece estar muy alejada de la ley. Yo me pregunto qué empuja a ese nombre a casarse con ella.

Pese a la gravedad del asunto, el señor se dijo a sí mismo con algo de ironía: «Lo primero que debes preguntarte es qué la empuja a ella». Antes de que le hubiera respondido, Yasín continuó:

—¡Es la lujuria, y nada más que eso!

—Puede tener el deseo sincero de casarse con ella.

Pero el joven estalló, gritando con rencor y dolor a la vez.

—¡Es sólo lujuria!

Pese a la gravedad de la situación, no se le ocultó al señor la dureza en la forma de hablar de su hijo, y no dejó de sentirse molesto por tener que repetir sus palabras anteriores, a la vista de su estado y su tristeza. Como Yasín no hacía ademán de continuar, dijo con relativa calma:

—Lo que empuja a ese hombre a casarse con una mujer diez años mayor que él es la codicia por sus riquezas y sus bienes.

El señor encontró en el cambio de conversación una utilidad que no escapaba a su perspicacia. De este modo sacaba al joven de su concentración en los puntos más sensibles y dolorosos, y lo llevaba a considerar no lo que empujaba a su madre al casamiento, sino lo que empujaba al hombre. Por otra parte, se daba cuenta del punto de vista de su hijo respecto al marido. Rápidamente estuvo de acuerdo con él y compartió sus temores. Ciertamente que Haniyya —la madre de Yasín— era suficientemente rica, y que había preservado hasta entonces su patrimonio a pesar de sus sucesivas experiencias matrimoniales y pasionales. Pero, si en el pasado ella había sido una joven hermosa, llena de encanto y de poderío, a la que se temía y no por quien se temía, ahora era poco probable que pudiese ser dueña de sí misma como antes, y mucho menos dominar a los demás. Era previsible que sus bienes se disipasen en la batalla del amor, en la que ella ya no era la lanza; ¡y qué falta tan grave sería si Yasín saliera del infierno de esta tragedia lesionado en su honor y con las manos vacías! El señor dijo entonces a su hijo, como si estuviese dialogando consigo mismo y buscando inspiración:

—Veo que tienes razón, hijo mío, en lo que dices. Una mujer de su edad es una presa fácil que suscita el apetito de los depredadores, pero ¿qué podemos hacer? ¿Es que vamos a buscar un camino hacia ese hombre para hacerlo renunciar a sus aventuras? Obligarlo con amenazas e intimidaciones es una conducta que no satisface a nuestras buenas costumbres, y por la que no somos conocidos entre las gentes. Por lo mismo, tratar de ganármelo con ruegos y persuasión es una vileza que nuestra honra no soportaría. ¡No nos queda otra alternativa sino la mujer misma! No ignoro la brecha que has abierto entre tú y ella, de la que ha sido, y es, merecedora. La verdad es que no me satisface que restablezcas lo que se ha roto entre tú y ella, si no es por las nuevas necesidades imperantes. La necesidad manda. Y por mucho que te pese el retorno, es al fin y al cabo un retorno hacia tu madre. ¡Quién sabe si tu aparición súbita en su horizonte no le hará recobrar algo de juicio!

Yasín estaba ante su padre como el médium ante el hipnotizador en los momentos que preceden a la sugestión. Pasmado, mudo. Su estado explicaba la influencia del señor sobre su ánimo, o mostraba, quizás, que la propuesta no le había sorprendido, ya que formaba parte de lo que pensaba antes de ir a verlo. Pero balbució:

—¿No hay un mejor arreglo?

—Yo lo veo como el mejor de los arreglos —le contestó su padre firme y claramente.

Yasín dijo como si dialogase consigo mismo:

—¿Y cómo vuelvo a ella? ¿Cómo me arrojo a un pasado del que he huido, que quiero amputar de mi vida para siempre? Yo ya no tengo madre. No tengo madre.

Sin embargo, a pesar de lo que aparentaba decir, el señor advirtió que había logrado atraerle a su punto de vista, y dijo con tacto:

—Es verdad, y sin embargo no creo que tu aparición repentina, tras esa prolongada ausencia, vaya a dejar de tener consecuencias. Puede ser que al verte ante ella como un joven maduro, sus sentimientos maternos se conmuevan y se aparte de lo que pueda perjudicar tu honor, y rectifique su conducta. ¿Quién sabe?

Yasín se relajó y se sumió en sus pensamientos, sin dar importancia a la imagen que daba de malestar y de desesperación. Temblaba de miedo ante el escándalo. Esto era posiblemente lo que más lo abrumaba, aunque su temor a perder la fortuna que esperaba heredar un día no fuese menor. ¿Qué podía hacer? Por más vueltas que le diera no encontraría una solución mejor de la que proponía su padre. A pesar de su desasosiego, el hecho de que su padre se la presentase le confería validez, y lo aliviaba de muchas preocupaciones. Sea, se dijo a sí mismo. Luego se dirigió a su padre:

—Como te parezca, padre.

Cuando llegaba a la calle de el-Gamalivya, se le fue encogiendo el pecho hasta sentir ahogo. Había estado ausente once años. Once años pasados sin haber echado de menos la calle ni una sola vez, ni haber sentido revolotear sobre sí ni uno solo de sus recuerdos, salvo en un nimbo oscuro y oprimente, tejido en el color propio de las pesadillas. En verdad no la había abandonado pero cuando tuvo una oportunidad huyó de ella velozmente. Después le había dado la espalda, furioso y desesperado. La había evitado con todas sus fuerzas sin considerarla como meta en sí ni como paso obligado para ir hacia cualquier barrio.

Sin embargo, ése era el barrio que había conocido en su infancia y en su juventud. Nada había cambiado. La calle era todavía tan estrecha que una carretilla de mano podía obstruirla si se atravesaba en la calzada. Las celosías de las casas de ambos lados casi se tocaban, y sus tiendecillas, contiguas, con su multitud y el zumbido que salía de ellas, eran como panales de una colmena. Su suelo polvoriento con las hendiduras llenas de barro; sus niños, que cubrían las aceras e imprimían en la tierra la huella de sus pies descalzos; los peatones, cuya corriente no cesaba; el puesto de pipas de Amm Hasan, el restaurante de Amm Sulaymán. Todo estaba como antes. Casi afloró a sus labios una sonrisa de nostalgia con la que hubiese querido distender la mueca de su infancia, de no ser por la amargura del pasado y el mal del presente.

Apareció ante sus ojos el callejón de Qasr el-Shawq. Su corazón se puso a latir con tanta fuerza que sus oídos casi ensordecieron. Luego, en el comienzo de la curva, a la derecha, aparecieron las cestas de naranjas y manzanas dispuestas sobre la acera, delante de la frutería. Se mordió los labios y agachó la cabeza avergonzado. El pasado, se decía Yasín, está manchado de indecencia. La cabeza hundida por la vergüenza en el barro; el eterno gemido de la vergüenza y del dolor. Todo él en un platillo de la balanza, y esa tienda, toda ella, en el otro. Pero ella era más pesada, por ser un símbolo vivo y permanente en el tiempo. La tienda reunía, con su propietario, sus cestas, sus frutas, su emplazamiento y sus recuerdos, la vergüenza jactanciosa y el dolor que anunciaba la derrota a gritos. Si el pasado estaba compuesto de hechos y recuerdos, expuestos por su naturaleza a la fragmentación y al olvido, esta tienda se alzaba ahí como un testigo de carne y hueso que ponía de manifiesto esa fragmentación y reavivaba el olvido. A cada paso que daba desde la curva, retrocedía varios del presente y viajaba rápidamente en el tiempo pese a su voluntad. Era como si viese en la tienda a un niño que levantaba la cabeza hacia el tendero y le decía: «Mi mamá te pide que vayas esta noche», y lo viera volver con una cesta de frutas y la cara sonriente; o a ese niño haciendo desviar en el camino la mirada de su madre hacia el hombre mientras que ella le tiraba del brazo, para evitar que las miradas de la gente se volvieran hacia ambos. O sofocado en llanto ante el espectáculo del salvaje devorador que recreaba de nuevo —siempre que acudía a su mente— a la luz de su joven experiencia, transformándolo en la repugnancia misma. Estas imágenes ardientes lograron atraparlo mientras trataba de huir de ellas, pues cuando escapaba del poder de una, caía en el de otra. Una caza cruel y salvaje, que mostraba en sus profundidades la existencia de un volcán de rabia y odio. Continuó andando hasta el final en el peor de los estados. «¿Cómo me deslizo en el callejón, con esa tienda justo en la entrada? Y ese hombre..., ¿estará fijo en su puesto de siempre? No lo voy a mirar, pero ¿qué fuerza engañosa me obliga a mirar? ¿Me reconocerá si se cruzan nuestras miradas? Si muestra reconocermé, lo mato. Pero ¿cómo me va a reconocer? Ni él ni nadie del barrio. Once años. ¡Lo abandoné siendo un niño, y vuelvo siendo un toro! ¡Un toro con dos cuernos! Y además, ¿es que no vamos a tener la fuerza de destruir a estos insectos venenosos, que no dejan de picarnos?»

Se desvió hacia el callejón apresurándose un poco, mientras imaginaba que la gente lo observaba con miradas inquisitivas y todos se preguntaban: «¿Dónde y cuándo hemos visto esta cara?». Ascendió por la empinada e irregular cuesta, empeñado en sacudir el polvo asfixiante de su cara y su cabeza, aunque fuese momentáneamente. Para animarse a sí mismo, se evadió con el pensamiento y se puso a considerar cuanto lo rodeaba, diciéndose: «No te enfades por causa de este trecho penoso, ¡cuántas veces te alegraste, de pequeño, cuando te deslizabas por la cuesta encima de una plancha de madera!». Pero volvió a decirse al ver los muros de la casa: «¿Y adonde voy yo? A ver a mi madre. ¡Qué extraño, no me lo creo! ¿Cómo la voy a encontrar y cómo me va a encontrar ella? Quisiera que...». Torció a la derecha, hacia un callejón sin salida, y se dirigió a la primera puerta de la izquierda. La misma vieja casa, sin duda alguna. Se acercó a ella como lo hacía cuando era chico, sin vacilación ni preguntas; como si la hubiese abandonado la víspera. Sin embargo, irrumpió por la puerta, esta vez con un desasosiego desacostumbrado y subió la escalera con paso lento y pesado. A pesar de su angustia se vio a sí mismo examinándola atentamente, comparando lo que veía con las imágenes archivadas en su imaginación. La encontró un poco más estrecha que en su recuerdo; algunos laterales comidos, rotos algunos trocitos en los bordes de los escalones que daban al hueco. Rápidamente, los recuerdos taparon todo el presente. En este estado pasó por los dos pisos alquilados, hasta alcanzar el último.

Se detuvo unos instantes atento, jadeando; luego se encogió de hombros con negligencia y dio unos golpes en la puerta. Pasado un minuto más o menos, la puerta se abrió y dejó ver el rostro de una criada de mediana edad que, al ver allí a un hombre desconocido, se refugió detrás del batiente, a la vez que le preguntaba con toda corrección qué quería. De repente se puso nervioso sin motivo comprensible, por el hecho de que la criada ignorase quién era, y entró con paso firme, dirigiéndose hacia el salón y diciendo con tono autoritario:

—Di a tu señora que Yasín está aquí.

«¿Qué pensará la criada de mí?» Se volvió y la vio precipitarse hacia el interior de la casa, bien porque su tono autoritario la había dominado, bien... Se mordió los labios y pasó al interior de la habitación. Era la sala de las visitas, según supuso inconscientemente en su estado de excitación y arrebató. Su memoria reconocía, no obstante, los rincones de la casa sin necesidad de guía, y si se hubiese encontrado en otra circunstancia, la habría recorrido repasando sus recuerdos: desde el baño al que lo llevaban cuando lloraba, hasta la celosía, detrás de la cual miraba los cortejos nupciales, una tarde tras otra. ¿Es que los muebles de esta habitación eran los mismos que los de antaño?

No recordaba, de aquellos viejos muebles sino un espejo largo, encastrado en un bastidor dorado, del que brotaban por los orificios de su parte superior rosas artificiales de varios colores. En los ángulos de uno y otro lado, había fijados unos candelabros de cuyos brazos colgaban medias lunas de cristal. Durante mucho tiempo su pasión había sido jugar con ellas, y contemplar el lugar a través de ellas, pues cambiaba con brillos extraños cuya fascinación recordaba incluso cuando dejaba de contemplarlos. ¡Pero ya estaba bien de preguntas! Los muebles de hoy no eran los muebles de ayer, no sólo porque hubiesen sido sustituidos, sino porque el salón de una mujer que se casa sucesivamente debe ser cambiado o renovado; igual que ella sustituyó a su padre, luego al carbonero y después al brigada. Se apoderaron de él la tensión y el enojo al darse cuenta de que no solamente había llamado a la puerta de la vieja casa, sino arrancado la costra de una herida tumefacta en cuyo pus se bañaba. No se hizo larga la espera. Quizá fue más corta de lo que imaginaba, pues llegó a sus oídos el ruido de unos pasos apresurados y una voz que dialogaba consigo misma en alto, sin que se distinguiesen las palabras. Luego la sintió, mientras continuaba dando la espalda a la puerta, a través del crujido del batiente cerrado bajo el empuje de su hombro, y la oyó gritar ofuscada:

—¡Yasín! ¡Hijo mío! ¡Cómo dar crédito a mis ojos! ¡Dios mío! ¡Estás hecho un hombre!

Se le subió la sangre a su rostro compacto y se volvió, nervioso, hacia ella, sin saber cómo ni de qué modo iba a ser el encuentro. Pero la mujer lo dispensó de toda preparación corriendo temblorosa hacia él, rodeándolo con sus brazos, apretándolo con toda la fuerza de sus nervios, y se puso a besarle el pecho —todo lo que sus labios alcanzaban a besar en este cuerpo tan erguido—. Después se le hizo un nudo en la garganta, se le inundaron los ojos y sepultó su cara en el pecho del joven durante un largo rato hasta recobrar el ánimo. Él no hizo ni un solo movimiento hasta ese instante, ni dijo palabra alguna, y aunque sentía profunda y dolorosamente que su rigidez era insoportable, no hizo nada que transparentase vida. Ningún tipo de vida. Mantuvo su inmovilidad y su silencio, aunque estaba muy impresionado, y si bien al principio no podía explicar el género de impresión que sentía hacia una situación que lo tranquilizaba, no encontró, a pesar de la cálida acogida de su madre, el deseo de echarse en su regazo o de besarla. Posiblemente no lograba alejar los tristes recuerdos anclados en sí mismo, como una enfermedad crónica que lo acompañaba desde la infancia. Aunque utilizase su voluntad, con decisión y empeño, para liberar la escena del presente de todo pasado, a fin de controlar su pensamiento y su juicio, el pasado que rechazaba reflejó sobre la superficie de su corazón una sombra oscura, como una mosca ahuyentada de la boca luego de haber depositado un germen virulento. Se dio cuenta en ese terrible momento —con más profundidad que en todo su pasado— de la triste verdad que tantas veces le ensangrentó el corazón: que su esperanza le había sido arrancada del pecho. La madre levantó la cabeza como pidiéndole que acercase su cara. No pudo negarse y acercó su cara; ella lo besó en las mejillas y en la frente. Durante el abrazo sus miradas se cruzaron y él la besó en la frente llevado por su confusión y su vergüenza; no por otro sentir. Luego la oyó decir titubeante:

—La criada me ha dicho «Yasín está aquí». Me dije «¿Yasín?, ¿quién es ése? Pero ¿quién puede ser sino él? Yo sólo tengo un Yasín. El que se apartó de mi casa y de mí». ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido contestado mi ruego en el último momento? Vine corriendo como una loca sin dar crédito a mis oídos, y aquí estabas tú,

nadie más que tú, gracias a Dios. Me abandonó un niño y vuelve un hombre. ¡Cómo me ha ido matando la desesperación por verte, y tú no dabas ni señales de vida!

Lo tomó del brazo para llevarlo al sofá, y él la siguió mientras se preguntaba cuándo se iba a sosegar esta exuberante oleada de cálida acogida, para hallar un camino hacia su propósito. Se puso a mirarla furtivamente, con una curiosidad mezcla de asombro y angustia. No había cambiado, excepto que estaba un poco más rellena, aunque sin perder la belleza de sus contornos. Su rostro trigueño, redondeado, y sus ojos negros pintados de kohl habían conservado casi totalmente su espléndida belleza de otros tiempos. No le gustó a Yasín ver su cara y su cuello cubiertos de afeites; como si hubiese dado por supuesto que los años transcurridos habrían modificado en su madre el viejo hábito de cuidarse y su pasión por embellecerse con o sin razón, aunque estuviese sola. Madre e hijo se sentaron el uno junto al otro. Ella lo miraba fijamente a la cara con ternura y, alternativamente, medía su estatura y corpulencia con ojos maravillados. Luego balbuceó con voz temblorosa:

—¡Dios mío! ¡Apenas doy crédito a mis ojos! ¡Estoy soñando! ¡Éste es Yasín! ¡Cuánto tiempo perdido llamándote, esperándote! Te mandé un emisario tras otro, pero ¿qué digo? Déjame preguntarte cómo tu corazón ha podido ser tan cruel conmigo. Cómo renunciaste a mis llamadas ardientes, cómo hiciste oídos sordos al grito de mi corazón abrumado. Cómo... Cómo... ¿Cómo pudiste olvidar que tenías una madre solitaria, aquí?

A Yasín le llamó la atención la última frase y la encontró extraña, susceptible a la vez de burla y de lamento, como si se le hubiese escapado a ella en medio de la emoción. Por supuesto que había algo, varias cosas, que le podían recordar mañana y tarde que tenía una madre, pero ¿qué era ese algo? Levantó hacia ella sus ojos, confuso, sin hablar, y sus miradas se cruzaron durante un instante. Ella se adelantó diciendo con impaciencia:

—¿Por qué no hablas?

Yasín salió de su confusión con un sonoro suspiro y dijo, como si no pudiese decir otra cosa:

—Te he recordado muchas veces, pero mis dolores eran peores de lo que yo podía soportar.

Antes de que hubiese terminado sus palabras, la luz que brillaba en los ojos de la mujer se apagó, y sus pupilas se cubrieron con una nube de desilusión y de abatimiento llevada por vendavales que soplaban desde las profundidades de un melancólico pasado. No pudo sostener la mirada por más tiempo y bajó los párpados diciendo con pena:

—Te creía libre de las miserias del pasado. Dios sabe que no valen ni una pizca de la cólera que te obligó a abandonarme durante once años.

Yasín reaccionó ante estos reproches con furia y sorpresa, y los rechazó de tal modo que fue como añadir pimienta a su cólera contenida. Su excitación llegó a tal extremo que, de no ser por el propósito que lo había llevado allí, habría estallado como un volcán. ¿De verdad quería decir lo que estaba diciendo? ¿Tan poca importancia tenía para ella lo que había hecho? ¿O lo juzgaba ignorante de lo que había pasado? Pero dominó sus nervios, con la decisión de no dar su propósito al olvido.

—¿Me dices que ellas no justifican mi cólera? —dijo—. Yo pienso que la justifican incluso más.

La mujer se dejó caer de espaldas en el respaldo del sofá como un objeto roto, y le lanzó una mirada mezcla de reproche y de ruego:

—¿Qué hay de malo en que una mujer se case después de su divorcio?

Yasín sintió las llamas de la cólera arder en sus venas, aunque no se viese rastro de ellas sino en el gesto de sus labios apretados. Ella continuaba hablando con simplicidad, como si estuviese firmemente convencida de su inocencia. Y se preguntaba qué había de malo en que una mujer se casase después de su divorcio. Bien. No había nada de malo en que «una mujer» se casase después del divorcio. Pero que esa mujer fuese su madre,

eso era otra cosa, otra cosa muy distinta. ¿Y de qué casamiento estaba hablando? Casamiento, divorcio, casamiento, divorcio, y más casamiento y divorcio. Además, había algo peor y más amargo, ¡aquel «frutero»...! ¿Se lo tendría que recordar? ¿Le tendría que explicar que él no lo ignoraba, como ella creía? La dureza de los recuerdos lo obligó a salirse de su equilibrio, esta vez, y a decir fuertemente alterado:

—Matrimonio y divorcio, matrimonio y divorcio, éstos son unos procederes escandalosos indignos de ti. Con qué fuerza han destrozado sin piedad mi corazón.

La madre cruzó los brazos sobre el pecho con el abandono de la desesperación, y dijo con triste compasión:

—Es la mala suerte y nada más. Yo tengo mala suerte, eso es todo.

Yasín la interrumpió con las facciones crispadas, la garganta hinchada, pronunciando las palabras con una maldad de la que se avergonzaba:

—¡No intentes librarte de culpa, no conseguirías sino añadir dolor a mi dolor. Sería mejor que corriéramos un velo que disimulase nuestros dolores, ya que no podemos borrarlos de nuestra existencia!

Ella se encerró en el silencio sin desearlo, con un fuerte temor a que se desencadenaran recuerdos contrarios a la dulzura del encuentro y a las esperanzas que había suscitado en ella. Se puso a observarlo angustiada, como si tratara de saber lo que ocultaba su pecho. Y cuando su silencio se le hizo pesado, dijo quejumbrosa:

—No te obstines en atormentarme, tú eres mi único hijo.

Estas palabras produjeron a Yasín una extraña impresión, como si las descubriese por primera vez; pero encontró en ellas un nuevo motivo de irritación y de tensión. Él era su hijo, es verdad, y ella su única madre. ¡Pero cuántos hombres...! Apartó su rostro para disimular los signos de disgusto y de cólera que se dibujaban en él. Después cerró sus ojos para huir de los recuerdos de unas escenas repugnantes. Entonces la oyó decir de modo suplicante y tierno:

—Déjame creer que mi felicidad de hoy es cierta y no es ilusión, una realidad y no una ilusión; y que tú has venido a verme para lavar de tu corazón las penas del pasado para siempre.

El la miró con una mirada larga, intensa, que traicionaba la gravedad de su pensamiento. No había en ese instante nada que pudiese desviarle de su propósito, ni de retrasarlo siquiera por un momento. Dijo, con una voz en la que se notaba que sus palabras sugerían más de lo que decían:

—Eso depende de ti. Si quieres, todo marchará de acuerdo con tus deseos.

En los ojos de la mujer se transparentó la angustia, muestra de su miedo.

—Yo quiero tu amor con todo mi corazón. Lo he esperado tantas veces. Lo he buscado mientras tú me has rechazado sin piedad.

Pero Yasín estaba inmerso en su propia turbación y no atendía a las ardientes palabras de ella. Dijo:

—En tus manos está lo que esperas. Sólo en tus manos si haces de la prudencia tu consejera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la mujer con disgusto.

A él le enfureció verla hacerse la ignorante, y dijo amenazador:

—El sentido de mis palabras está claro. Significan que renuncies a lo que, si es cierto lo que me han dicho, sería para mí un golpe definitivo.

Ella abrió mucho los ojos y se endurecieron sus rasgos, con patente desesperación. Tartamudeó sin comprender:

—¿Qué quieres decir?

Pero él creyó verla fingir ignorancia una vez más, y dijo furioso:

—¡Quiero decir que abandones ese nuevo proyecto de matrimonio, que no te permitas a ti misma volver a pensar en cosas de ese género! ¡No soy un niño y mi paciencia no puede aguantar otro golpe!

La mujer bajó la cabeza con enorme tristeza y permaneció así, como si dormitara. Luego la levantó con lentitud, surcada la cara por una pena que no podía ser más profunda, y dijo con voz débil, como si hablase consigo misma:

—¡Entonces es por eso por lo que has venido!

—¡Sí...! —contestó él sin pensar lo que decía.

Su respuesta fue como un disparo. Todo en torno a él cambió y se transformó rápidamente. La atmósfera se ensombreció. Cuando más tarde, ya a solas consigo mismo, repasara la conversación entre él y su madre en aquel encuentro, se reafirmaría en todas sus palabras hasta llegar a esta última respuesta, que no sabía cómo juzgarla, si como error o como acierto. Y durante mucho tiempo lo dudaría. En cuanto a la mujer, dijo confusamente, mirando al frente:

—Cómo quisiera que me mintieran mis oídos.

Y así se dio cuenta de que se había precipitado y se enfureció contra sí mismo. Luego descargó su cólera en lo que lo rodeaba e inconscientemente, ocultando su error bajo otro peor, añadió:

—Tú haces lo que se te antoja sin medir las consecuencias. Yo siempre he sido la víctima, quien ha soportado las afrentas sin tener la culpa. ¡Pensaba que la edad te devolvería algo de juicio y cuál no sería mi sorpresa al oír decir que proyectas casarte otra vez! ¡Qué escándalo! ¡Cada pocos años vuelves a empezar como si no tuviese fin!

Desesperada, se puso a escucharlo con una especie de indiferencia. Después dijo dolida:

—¡Tú eres víctima, yo soy víctima, los dos somos víctimas de lo que te murmuran tu padre y esa mujer a cuya sombra vives!

Y así se asombró de este cambio en el curso de la conversación, pues le pareció ridículo. Pero no se rió, sino que se enfadó aún más y dijo:

—¡A qué viene mi padre y su esposa en este asunto! No busques pretextos a tus actos lanzando acusaciones a la cara de los inocentes.

Ella exclamó gimiendo:

—¡Nunca he visto a un hijo más cruel! ¿Eso es todo lo que tienes que decirme después de una separación de once años?

El hizo un gesto con su mano en señal de protesta furiosa y replicó con dureza e indignación:

—Una madre pecadora engendra un hijo cruel.

—¡Yo no soy pecadora...! ¡No soy pecadora...! ¡Tú eres cruel y tienes el corazón tan duro como tu padre!

El joven suspiró cansado y dijo:

—Y dale con mi padre... Vamos a lo que estamos. Teme a Dios y abstente de un nuevo escándalo. Quiero impedirlo a toda costa.

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Cómo no va a importarme un escándalo de mi madre? —gritó estupefacto. Ella le contestó con una tristeza teñida por la poca ironía que le quedaba:

—Pero si tú realmente no me consideras como una madre para ti.

—¿Qué dices?

—Puesto que me has arrancado de tu corazón, sería mejor que me dejases tranquila —murmuró desesperada, fingiendo ignorar su pregunta.

—¡Ya tengo bastante con lo que pasó! —gritó furioso—. ¡No te permitiré que ensucies de nuevo mi honra!

La mujer dijo, tragando su amarga saliva:

—No hay nada en eso que pueda ensuciar una honra, Dios es testigo.

Él le preguntó con desaprobación:

—¿Insistes en ese matrimonio?

La mujer quedó en silencio un rato, con la cabeza baja, sumida tristemente en su desesperación. Luego dio un hondo suspiro y dijo con voz apenas audible:

—La suerte está echada y el contrato está firmado. No puedo hacer nada para impedirlo.

Y así se incorporó de golpe con el cuerpo macizo rígido, la cara amarillenta. Clavó su mirada en la cabeza agachada de su madre, hirviendo de furia, y gritó con voz rugiente:

—¡Qué clase de mujer eres... criminal!

Ella murmuró con voz ahogada, con una entrega total:

—Que Dios te perdone.

En ese momento él pensó soltarle en la cara todo lo que sabía de su conducta pasada, todo aquello de lo que ella lo creía ignorante, contándole el episodio del «frutero» negro; sería como una bomba que le caería sobre la cabeza, destrozándola, con lo que obtendría la peor de las venganzas. Un relámpago aterrador le brilló en los ojos, surgiendo bajo su frente nublada y ceñuda cuyos surcos anunciaban la amenaza y el mal. Abrió la boca dispuesto a descargar la bomba, pero su lengua no se movió; estaba pegada al paladar como si la hubiese atraído hacia sí el cerebro; un cerebro que había permanecido lúcido ante las penas, ante toda esta desgracia. El momento terrible transcurrió con la velocidad de un destructor movimiento sísmico; ese en el que el ser humano siente por instantes pasar sobre su cara los soplos de la muerte, y luego todo vuelve a su quietud. Suspiró rabiosamente y renunció a su propósito sin lamentarlo, con la frente inundada de un sudor frío. Cuando, más tarde, recordase esta actitud —su actitud durante esa extraña entrevista—, experimentaría el alivio de no haberlo hecho unido al asombro. ¡Y su mayor asombro fue sentir que había renunciado por piedad hacia sí mismo, y no hacia su madre; como si hubiera querido salvar su propia honra y no la de ella, aunque nada ignorase del asunto!

Dio rienda suelta a su cólera golpeando las palmas de las manos una contra otra y diciendo:

—Criminal... ¡Eres el escándalo en persona! ¡Cómo me voy a reír de lo tonto que he sido siempre que recuerde lo que yo esperaba de esta visita! —Luego prosiguió en tono sarcástico—: ¡Me sorprende pensar cómo podrías desear mi amor después de todo esto!

Le llegó, rota y cansada, la voz de su madre:

—Yo tenía la esperanza de que podríamos vivir con amor, pese a todo. Tu inesperada visita había creado en mi corazón una cálida esperanza: la de poder entregarte el cariño más elevado que guardo en mí..., el más puro.

Yasín se alejó de ella de un salto, como si huyese de la blandura de sus palabras, aptas como ninguna para inflamarlo de cólera. Sentía, furioso y desesperado, que era inútil continuar más tiempo en ese odioso ambiente, y dijo, mientras se volvía para tomar el camino de salida:

—Quisiera poder matarte.

La madre bajó la vista. Llena de tristeza, replicó:

—Si me quitases la vida, sería un alivio.

Estaba tan agotado que le lanzó una última mirada repleta de odio, y abandonó el lugar haciendo temblar el suelo de la habitación con sus pasos. Cuando salió a la calle y empezó a recuperarse, pensó por primera vez que había olvidado hablar de los bienes y el dinero. No había dicho ni palabra de eso. ¡Había olvidado hablarlo, como si no constituyese el motivo principal de su visita!

19

Amina abrió la puerta y asomó la cabeza, mientras decía con su habitual entonación:

—¿Puedo hacer algo en tu servicio, mi pequeño señor? Le llegó la voz de Fahmi:

—Pasa, mamá, sólo cinco minutos.

Amina entró, contenta de aceptar la invitación, y vio a su hijo de pie delante de su escritorio, con expresión grave y preocupada. El la tomó de la mano y la llevó a un sofá próximo a la puerta; hizo que su madre se sentase, y él se sentó a su lado mientras preguntaba:

—¿Todos duermen?

La mujer se dio cuenta de que no había sido invitada a pasar para algo sin importancia. De aquí la preocupación y el hecho de la entrevista a solas. Rápidamente se sintió ansiosa, propensa como era a la sugestión, y le respondió:

—Jadiga y Aisha se han ido a su cuarto, como todas las noches a esta hora. A Kamal acabo de dejarlo en la cama.

Fahmi había estado esperando este momento desde que se retiró al cuarto de estudio, a primera hora de la tarde. En contra de su costumbre, no había podido concentrarse en el libro que tenía delante, y había seguido de manera intermitente la charla de su madre y de sus hermanas, sin saber cuándo iban a terminar. Luego oyó a su madre y a Kamal mientras aprendían de memoria una frase de la azora La Noticia. Por fin se hizo el silencio y llegó su madre a desearle buenas noches. Entonces fue cuando la invitó a entrar, muy tenso por la espera. Aunque su madre era igual que una paloma inofensiva y, frente a ella, no sintiese ni reserva ni miedo, era incapaz de decirle todo lo que quería expresar. Lo embargó el pudor y estuvo un rato bastante largo en silencio, antes de decir parpadeando:

—Mamá, te he invitado a entrar para pedirte consejo en algo que me preocupa mucho.

A la mujer se le acentuó la angustia hasta el punto de sentirla en su sensible corazón como miedo o algo parecido. Dijo:

—Te escucho, hijo.

Él dio un profundo suspiro para distender sus nervios y habló:

—Qué pensarías si... Es decir, no sería posible que...

Y se detuvo dudando. Luego cambió de tono y pasó a una voz cariñosa, dubitativa y preocupada:

—No tengo a nadie con quien explayarme sino contigo.

—Claro, hijito, por supuesto.

Animado con la respuesta de su madre, él dijo:

—¿Qué opinarías si te propongo que pidas para mí en matrimonio a Maryam, la hija de nuestro vecino el señor Muhammad Redwán?

Amina recibió estas palabras con asombro, al principio, y contestó con una sonrisa que revelaba más confusión que alegría. Después se disipó el miedo que había atenazado su pecho durante un momento, mientras esperaba que su hijo le contase lo que quería. Su sonrisa se ensanchó y brilló anunciando una alegría pura, y dudó un momento sin saber qué decir hasta que se lanzó:

—¿De verdad es eso lo que deseas? Te voy a dar mi opinión francamente. El día en que yo vaya a pedir la mano de una muchacha honesta y de buena familia será el más feliz de mi vida.

El muchacho se ruborizó y dijo agradecido:

—Gracias, mamá.

Su madre lo obsequió con una sonrisa encantadora y dijo, llena de esperanza:

—¡Qué día tan feliz! He sufrido tanto y he tenido tanta paciencia, que sería bien poca cosa para Dios recompensarme por mi sufrimiento y mi paciencia con un día tan esperado como éste, o con muchos así, para poder alegrarme contigo y con tus hermanas Jadiga y Aisha.

Dejó vagar la mirada en imágenes de ensueño, hasta que un pensamiento la despertó bruscamente. Echó la cabeza hacia atrás, angustiada como una gata al ver llegar a un perro, y murmuró con temor:

—Pero ¿y tu padre?

Fahmi sonrió con despecho y dijo:

—Por eso te pedí que vinieras.

La mujer pensó durante un momento y dijo como si hablase consigo misma:

—No sé cuál va a ser su reacción frente a este deseo. Tu padre es un ser extraño, distinto al resto de la gente. Él puede ver un crimen en lo que los demás consideran algo corriente.

—El asunto no tiene por qué provocarle cólera o rechazo —dijo Fahmi frunciendo el ceño.

—¡Eso me parece a mí!

—Por supuesto que retrasaremos el matrimonio hasta que yo termine mis estudios y encuentre un trabajo.

—Claro..., claro...

—Y, entonces, ¿cuál es el inconveniente?

Ella lo miró como si quisiese decir: «¿Y quién puede pedirle cuentas a tu padre si decide dejar de lado la lógica?». Aunque no conocía ante él sino la obediencia ciega, con razón o sin ella, con justicia o con injusticia, añadió:

—Espero que acepte y que bendiga tu deseo.

—Mi padre se casó cuando tenía mi edad —dijo el muchacho, entusiasmado—. Yo no pretendo hacer lo mismo, sino que esperaré a que el momento del matrimonio venga de modo natural y no haya nada que se le oponga.

—Dios cumpla nuestros deseos.

Quedaron los dos en silencio un buen rato intercambiando miradas, unidos en un mismo pensamiento; sabían sin preparación previa que cada cual comprendía al otro por entero y cada cual leía en el otro sin dificultad. Después Fahmi dijo, expresando lo que ambos pensaban:

—Nos queda por ver quién le va a hablar del asunto.

La mujer esbozó una sonrisa a la que la preocupación y la angustia hicieron perder viveza. Se daba cuenta de que el astuto de su hijo le sugería un deber que nadie podía llevar a cabo en la familia sino ella. No se opuso porque no había otro camino más que éste, aunque lo aceptase a disgusto, como aceptaba tantas cosas pidiendo a Dios un final feliz. Dijo dulce y suavemente:

—¿Y quién más que yo se lo podría decir? Que el Señor nos asista.

—Lo siento... Si pudiera hacerlo yo, lo haría.

—Se lo diré. Y él estará de acuerdo, con la ayuda de Dios. Maryam es una joven hermosa, educada, de buena familia.

Se calló un instante y luego volvió a preguntar, como si lo acabase de pensar:

—Pero ¿ella no es de tu misma edad o un poco mayor?

—¡Me da lo mismo! —contestó Fahmi, impaciente.

—Con la bendición de Dios —dijo ella sonriente—. El Señor nos asista —añadió mientras se levantaba—. Te dejo en manos de Dios. Hasta mañana...

Se inclinó hacia Fahmi y lo besó, luego salió del cuarto y cerró la puerta tras de sí. Pero cuál no sería su asombro cuando vio a Kamal sentado en el sofá con la cabeza metida en un cuaderno que tenía delante. Le gritó:

—¿Por qué has vuelto aquí?

El chico se incorporó con una sonrisa forzada.

—Me he dado cuenta que había olvidado el cuaderno de inglés y he vuelto a cogerlo; luego he querido repasar el vocabulario una vez más.

Lo acompañó de nuevo al dormitorio y no lo dejó hasta que estuvo tapado con un cobertor. Pero Kamal no se durmió, pues el sueño era incapaz de vencer el insidioso desvelo que lo dominaba. No tardó en saltar de la cama y en ponerse a escuchar los pasos de su madre subiendo la escalera al piso alto. Entonces corrió hacia el cuarto de sus hermanas, empujó la puerta y entró sin cerrarla para permitir que la lámpara colgada en la sala iluminase parcialmente la habitación. Saltó a la cama y susurró: «¡Jadiga, hermanita!». La muchacha se sentó en el lecho, sobresaltada, con Kamal a su lado respirando entrecortadamente por la emoción. Y, como si no le bastase con una sola oyente para depositar el secreto que le había quitado el sueño, tendió su mano al cuerpo de Aisha y lo sacudió. Pero la muchacha le había oído llegar; apartó el cobertor y levantó la cabeza preguntando con curiosidad mezclada de protesta:

—¿Y ahora qué te pasa?

El niño no hizo caso del tono de protesta, porque estaba seguro de que una sola palabra relativa a su secreto era capaz de soliviantarlas de pies a cabeza. Su corazón daba saltos de alegría. Luego murmuró, como evitando que lo oyese una cuarta persona:

—Tengo un secreto extraordinario.

—¿Qué secreto es ése? —le preguntó Jadiga—. Suéltalo y muéstranos lo listo que eres.

Él no pudo aguantar más y dijo:

—Mi hermano Fahmi quiere pedir la mano de Maryam.

Al oír esto, Aisha se sentó a su vez en la cama con un movimiento maquinal, como si la revelación fuese una ducha de agua fría sobre su cara soñolienta. Las tres siluetas se aproximaron unas a otras formando una pirámide, tal y como mostraba la débil luz que entraba en el cuarto; esta luz reflejaba sobre el suelo, en la prolongación de la puerta abierta, una figura rectangular de lados vacilantes siguiendo la oscilación de la mecha de la lámpara, la cual quedaba expuesta —ante la puerta abierta— a una corriente que soplaba desde la rendija de la ventana hacia la sala, con la dulzura de un murmullo que contase un secreto. Jadiga preguntó interesada:

—¿Cómo lo has sabido?

—Dejé la cama para coger el cuaderno de inglés. De la puerta de mi hermano me llegó el sonido de su voz, hablando. Me arrebujé en el sofá.

Luego repitió a sus dos oyentes lo que le había llegado desde detrás de la puerta entreabierta. Las dos le escuchaban con una atención que les cortaba el aliento, hasta que terminó de hablar. Entonces Aisha preguntó a su hermana como si necesitara convencerse más:

—¿Tú te lo crees?

Jadiga le respondió con una voz que parecía salir del teléfono de una ciudad lejana:

—¿Te figuras que éste —señalando a Kamal— es capaz de inventar una historia de estas proporciones?

—Tienes razón. —Luego rió para aligerar algo su preocupación—. Inventar la muerte de un niño en la calle es una cosa, y otra bien distinta toda esta historia.

Jadiga preguntó entonces, sin hacer caso de la protesta de Kamal por la alusión:

—¿Cómo crees que ha podido ocurrir?

—¿No te había dicho yo una vez que dudaba de que fuese la hiedra lo que atraía a Fahmi a la azotea todos los días? —respondió Aisha riéndose.

—Es otra hiedra la que se le ha liado entre las piernas. Aisha canturreó en voz baja:

—«No tenéis la culpa de amarlo, ojos míos...». Jadiga la rechazó diciendo:

—¡Chist! No es el momento de cantar. Maryam tiene veinte años y Fahmi dieciocho, ¿cómo puede mamá aceptar eso?

—¿Mamá? Mamá es una paloma pacífica. No sabe cómo decir no. ¡Paciencia! ¿Acaso no es verdad lo que yo digo, que Maryam es hermosa y buena? Y además, nuestra casa es la única del barrio en la que aún no se ha conocido una boda.

Jadiga, igual que Aisha, quería a Maryam. Pero el cariño jamás había podido ocultar a sus ojos los motivos de crítica que pudiese haber en la persona querida, fuera quien fuese, y no le repugnaba limitarse exclusivamente a ellos si lo consideraba necesario. Y como la historia del matrimonio suscitaba en ella sus temores ocultos y sus celos, se revolvió sin pena contra su amiga rechazando aceptarla como mujer de su hermano.

—¿Estás loca? Maryam es bonita, pero no tiene ni comparación con Fahmi. Fahmi, so burra, está haciendo estudios superiores, algún día será juez. ¿Te imaginas a Maryam como esposa de un juez de alto rango? Ella es como nosotras, a lo sumo, y en más de una cosa, menos. Y ninguna de nosotras se va a casar con un juez.

Aisha se preguntaba a sí misma: «¿Quién dice que un juez es mejor que un oficial?».

—¿Y por qué no? —le preguntó en tono de protesta.

Jadiga continuó hablando sin preocuparse de replicarle:

—Fahmi se puede casar con una chica cien veces más guapa que Maryam y que, al mismo tiempo, sea cultivada, rica, hija de un bey o de un pacha. ¿Por qué darse tanta prisa en comprometerse con Maryam? Ella no es sino una analfabeta parlanchina, tú no la conoces como yo.

Aisha se dio cuenta de que Maryam se había convertido, a los ojos de Jadiga, en un cúmulo de faltas y de defectos, aunque no pudo dejar de sonreír, al amparo de la oscuridad, ante su descripción como parlanchina, tema en el que Jadiga se llevaba la palma. Tuvo miedo de provocarla y dijo con sumisión:

—Dejemos el asunto en manos de Dios.

A lo que Jadiga respondió con convicción y fe:

—En las manos de Dios en el cielo y en las de nuestro padre en la tierra. Ya veremos qué opina mañana. — Luego, dirigiéndose a Ramal, dijo—: Ya es hora de que vuelvas a tu cama, ¡largo!

Ramal regresó a su cuarto diciéndose a sí mismo: «Sólo me queda Yasín. Se lo diré mañana».

20

Aisha y Jadiga se sentaron a la turca una frente a otra, junto a la puerta cerrada de la habitación de los padres, en el piso alto, conteniendo el aliento con precaución y escuchando hacia el interior con interés y el corazón encogido. Era poco antes del atardecer. El señor se había levantado de su siesta, había hecho las abluciones y se había sentado, como era su costumbre, a tomar a sorbos el café, mientras esperaba la llamada a la oración para rezar antes de volver a su tienda. Las dos hermanas estaban esperando que la madre empezara a hablar con el padre sobre el asunto del que Kamal les había informado, ya que no había momento más propicio para hacerlo. Desde el interior les llegó la voz fuerte de su padre hablando de los asuntos cotidianos de la casa.

Ellas permanecieron a la espera, escuchando angustiadas mientras intercambiaban miradas interrogantes, hasta que finalmente oyeron a la madre, que decía con infinita cortesía y voz sumisa:

—Señor, si me lo permites te hablaré de un asunto que Fahmi me ha rogado que te comunique.

En ese momento, Aisha señaló con la barbilla hacia el interior como diciendo «Ahí está la noticia», mientras Jadiga empezaba a imaginarse la situación de su madre al prepararse para su grave declaración. Su corazón temió por ella y se mordió los labios sintiendo gran compasión. Les llegó la voz de su padre que preguntaba:

—¿Y qué quiere?

Reinó el silencio unos instantes, que se hicieron una eternidad para las que estaban al acecho. Después la mujer dijo con dulzura:

—Fahmi, señor, es un buen muchacho y ha logrado que te sientas satisfecho por su seriedad, su talento y su educación. ¡Que Dios lo proteja del mal de ojo! Quizás me haya comunicado su ruego, orgulloso del buen concepto que su padre tiene de él.

El padre dijo con un tono que las chicas consideraron de aprobación:

—¿Qué quieres? ¡Habla!

Inclinaron la cabeza hacia la puerta, fijando cada una de ellas los ojos muy abiertos en la otra sin apenas verse, cuando les llegó la voz cada vez más nerviosa que decía:

—¿Mi señor conoce a nuestro buen vecino, el señor Muhammad Redwán?

—¡Claro!

—Un hombre excelente como mi señor, una familia respetable y vecinos como no hay otros.

—Sí...

Tras vacilar un momento, ella continuó:

—Señor, Fahmi ha preguntado si su padre le autorizaría a... pedir la mano de Maryam, la hija única de nuestro buen vecino, para que sea su prometida hasta estar listo para el matrimonio.

En ese momento se elevó la voz del señor, mientras sus gritos crecían de cólera y disgusto:

—¿Prometerse? ¡Qué dices, mujer! ¡Este muchacho...! ¡Dios no lo quiera...! ¡Repíteme lo que has dicho!

La madre dijo con voz temblorosa, mientras Jadiga se imaginaba cómo se estaría encogiendo de espanto:

—Él sólo preguntaba, no era más que una pregunta, señor, y la decisión es tuya.

—No estamos, ni él ni yo, para esas blandenguerías —dijo explotando de cólera—. Ni sé lo que ha podido trastornar a un estudiante hasta el punto de llegar a este extremo con sus exigencias. De todas formas, es natural que una madre como tú eche a perder a sus hijos. Si fueras como es debido, no te habrías atrevido a hablarme de esta forma delirante y descarada.

Las dos chicas fueron presas de un terror y una consternación que, en el corazón de Jadiga, se mezclaron con cierta alegría. Después oyeron la voz temblorosa y sumisa de su madre:

—Señor —dijo—, no sufras la pena de la cólera; nada tiene importancia salvo tu cólera. Yo, por mi parte, no he querido hacer daño nunca, ni mi hijo se lo imaginaba cuando me transmitió su deseo inocentemente. Por el

contrario, él me lo rogó con toda su buena intención y yo creí conveniente exponerte el asunto. Ya que ésta es tu opinión, yo se la daré a conocer y él la acatará con toda humildad como acata siempre tu autoridad.

—¡Él obedecerá, lo quiera o no! Pero quiero decirte que eres una madre débil de la que no se puede esperar nada bueno.

—Yo me ocupo de ellos en la medida en que tú lo ordenas.

—¿Me vas a contar qué es lo que lo ha inducido a formular este ruego?

Las chicas aguzaron el oído con interés e inquietud, ya que las había cogido por sorpresa esta pregunta inesperada, pero no oyeron la respuesta de su madre y se la imaginaron parpadeando confusa y asustada. El corazón de las muchachas dio un vuelco de intensa piedad.

—¿Qué es lo que te ha dejado muda? ¡Cuéntame! ¿Es que él la ha visto?

—¡De ninguna manera, señor! Mi hijo no ha levantado sus ojos hacia ninguna vecina.

—¿Y cómo ha deseado pedir su mano sin haberla visto? ¡Yo no creía tener hijos que miraran a hurtadillas la propiedad privada de los vecinos!

—¡Dios nos libre, señor, Dios nos libre! Cuando mi hijo anda por la calle, no se vuelve a derecha ni a izquierda y, en la casa, apenas sale de su habitación si no es por necesidad.

—Entonces, ¿qué es lo que lo ha inducido a pedirla?

—Quizá, señor, oyó a sus dos hermanas hablar de ella...

Un intenso escalofrío recorrió el cuerpo de las muchachas y abrieron la boca aterrorizadas mientras escuchaban.

—¿Y desde cuándo son sus hermanas dos casamenteras? ¡Alabado sea Dios! ¿Es que tengo yo que abandonar mi tienda y mi trabajo y meterme en casa para controlarla y apartarla del vicio?

—¡Tu casa es la más noble de todas! —gritó la madre con voz llorosa—. ¡Lo juro por Dios, señor! ¡No te enfades más! Da por terminado el asunto. Sea lo que sea, ya no pasa nada.

El hombre gritó con una voz llena de amenaza:

—Dile que se porte bien y tenga vergüenza, y que mejor sería que se dedicara a sus estudios.

Las chicas oyeron movimiento en el interior, se levantaron con precaución y se alejaron de la puerta de puntillas.

La señora Amina creyó conveniente abandonar la habitación, como hacía habitualmente cuando se le escapaba algo de manera espontánea que encendía la cólera de él. Después, no volvía allí hasta que él la llamaba, ya que la experiencia le había enseñado que permanecer ante él cuando estaba enfadado y esforzarse después en serenarlo con palabras tiernas no sólo encendía el fuego, sino que lo avivaba. Cuando el señor se encontró solo, se alejó de él toda huella palpable del enfado que estallaba normalmente en sus ojos, su rostro encendido, los gestos de sus manos y sus palabras. Pero la cólera siguió viva en el fondo de su pecho, como los posos en el fondo de la marmita.

Era verdad que se enfadaba en casa por motivos insignificantes, no sólo de acuerdo con un plan elaborado por él en la política doméstica, sino también empujado por la violencia de su carácter, a la que no ponía el freno de esa cortesía que empleaba a la perfección en el exterior. Quizás fuera un modo de desahogarse del autodomínio, la tolerancia, la cortesía y la consideración hacia los demás que se imponía a sí mismo y del

esfuerzo por ganarse los corazones a cualquier precio. No era extraño que advirtiera que se entregaba a la cólera sin necesidad, pero, incluso en ese caso, no se arrepentía de haberse excedido, ya que estaba convencido de que su enfado por asuntos insignificantes era capaz de impedir que sucedieran otros más graves, lo que daba al enfado todo su valor. No consideraba un pecadillo lo que le habían contado de Fahmi ese día, sino que vio en ello un capricho detestable, inconcebible en el corazón de un estudiante de su familia. Apenas se podía imaginar que los «sentimientos» se infiltraran en las paredes de aquella casa, que él ansiaba que se alzara en un ambiente de estricta pureza y perpetua castidad. Después llegó la oración de la tarde, una buena ocasión para el ejercicio espiritual. Salió de ella con el corazón más tranquilo y el alma más distendida, pues pudo sentarse con las piernas cruzadas sobre la alfombra de la oración, extender sus manos y rogar a Dios que bendijera su descendencia y sus bienes, y pedir especialmente para que sus hijos se sintieran orgullosos de estar en el buen camino, la rectitud y el éxito. Cuando dejó la casa, su rostro huraño no era más que una máscara con la que quería intimidar.

En la tienda se encontró a algunos amigos y les contó la «anécdota del día», no como una desgracia, porque aborrecía recibir a la gente con desgracias, sino como una broma sin importancia. Al comentarla bromearon cuanto quisieron, y él no tardó en participar en ello. Cuando se marcharon, él seguía riendo a carcajadas sin reserva. En la tienda, la «anécdota» le parecía distinta de como le había parecido en su habitación, en la casa, y pudo reírse de ella. Y, más aún, pudo sentir simpatía hacia ella, hasta decirse a sí mismo finalmente, sonriendo satisfecho: «Quien se parece a su padre no falta a las reglas».

21

Cuando Kamal atravesó la puerta de la casa, la noche avanzaba con pasos decididos envolviendo las calles, los callejones, los alminares y las cúpulas. Quizá su alegría por esta salida fugaz que tan raramente se le presentaba a una hora tan tardía sólo podía compararse con su vanidad por el recado oral que Fahmi le había encargado, pues no se le ocultaba que se lo había confiado a él solo y a nadie más; en tal ambiente de secreto y misterio, que confería al recado, y a él en consecuencia, una importancia especial que su corazoncito percibía y por la que bailaba conmovido y orgulloso. Se preguntaba sorprendido qué habría sacudido a Fahmi, hasta el punto de haberse apoderado de él tal estado de ansiedad y tristeza que le hacía parecer, con sus sombríos ropajes, un extraño personaje como nunca lo viera u oyera anteriormente. Él era un modelo único. Su padre se agitaba como un volcán por la causa más trivial. Yasín, a pesar de lo dulce de su conversación, estaba siempre predispuesto a la cólera, y aun Jadiga y Aisha no carecían de momentos de diablura. Fahmi era el modelo único, su risa era sonrisa, su cólera un fruncimiento de cejas, su calma profunda, sin menoscabo de la rectitud de sus sentimientos y de la firmeza de su entusiasmo. No recordaba haberlo visto nunca en el estado en el que se hallaba aquel día. No olvidaría cómo se había quedado a solas con él en el cuarto de estudio, con la mirada errante, el alma agitada y la voz trémula, ni cómo le había hablado por primera vez en su vida con un tono de súplica tan ardiente que le causó la más profunda sorpresa, hasta el punto de considerar necesario aprenderse de memoria el recado que le había dado, repitiéndolo una y otra vez. Comprendió por el sentido de la propia misiva que el asunto tenía una relación estrecha con el extraño suceso que había escuchado furtivamente desde detrás de la puerta, y que había contado a sus dos hermanas, lo cual ocasionó discusiones y disputas entre ambas. Supo, en definitiva, que guardaba relación con Maryam, aquella muchacha con la que jugaba a menudo, y cuya compañía unas veces le gustaba y otras le aburría, sin saber que ella tenía esta importancia que amenazaba la calma y el bienestar de su hermano. ¿Maryam? ¿Por qué había sido capaz, sin ayuda de nadie, de hacerle todo esto a su querido y maravilloso hermano? Encontró en el ambiente una incertidumbre como la que rodea la vida de los espíritus y de los fantasmas y que a veces excitaba su curiosidad y su temor. Su corazón saltaba curioso y perplejo con el deseo de penetrar tan oculto secreto, pero esa perplejidad suya no le impedía recitar interiormente la misiva tal como se la había oído a su hermano anteriormente, para tener la garantía de no omitir una sola letra de su contenido.

Pasó bajo la casa de la familia Redwán, repitiendo el mensaje; luego torció por el primer callejón, al que daba la puerta principal. La casa no le era extraña, pues a menudo se escabullía hacia su patinillo, en uno de cuyos ángulos se arrinconaba una carreta de ruedas herrumbrosas a la que se subía ayudado por su fantasía para enderezarlas y moverla a su antojo. A veces circulaba por sus habitaciones sin permiso, pues era acogido con la bienvenida y la campechanía de la señora de la casa y de su hija, a las cuales consideraba «a pesar de su tierna edad» como dos viejas amigas. Estaba tan acostumbrado a esta casa, con sus tres habitaciones que daban a un saloncito en el que se había colocado una máquina de coser detrás de la ventana que caía

directamente sobre el Baño del Sultán, como lo estaba a la suya propia, con sus amplias habitaciones y su gran sala donde se desarrollaba la reunión del café una tarde tras otra. Además, algunas de las características que guardaban relación con una larga época de su infancia habían dejado huella en su alma, como el nido de una paloma en lo alto de la celosía contigua a la habitación de Maryam, cuyo borde aparecía por encima del ángulo de aquélla, pegado a los muros como un trozo de esfera en torno a la cual se enredaban las pajas y las plumas; de vez en cuando asomaba la cola de la paloma madre o su pico, según como fuera su postura. El lo contemplaba debatiéndose entre dos deseos: el uno, que procedía de sí mismo, lo impulsaba a jugar con el nido y a llevarse las crías; el otro, adquirido de su madre, era limitarse a contemplarlo, sentir simpatía y participar con la imaginación en la vida de la paloma y de su prole. También recordaba un cuadro de la embajadora Aziza, de colores brillantes, mirada reluciente y hermosas facciones, colgado en la habitación de Maryam, que aventajaba en belleza a la hermosa mujer cuya imagen lo contemplaba cada tarde en la tienda de Matusián, y se quedaba mirándola y preguntándose por «su historia». Maryam le había contado con tal elocuencia lo que sabía y lo que no sabía, que le había fascinado y él quedó cautivado. Así pues, la casa no le era extraña y siguió su camino hacia la sala sin que nadie lo oyera. Echó una rápida ojeada a la primera de las habitaciones y vio al señor Muhammad Redwán acostado en su cama, como solía verlo desde hacía años. Sabía que el anciano estaba enfermo; había oído muchas veces decir de él que estaba tullido, y hasta le había preguntado a su madre en una ocasión lo que significaba esa palabra. Ella se inquietó y empezó a pedir la protección de Dios por el horrible nombre que había pronunciado y él mismo se encogió en un movimiento de retroceso. Desde aquel día el señor Redwán provocaba su lástima y su curiosidad, mezcladas con el miedo.

Luego pasó a la siguiente habitación y vio a la madre de Maryam de pie ante el espejo; en su mano tenía una especie de masa que extendía por las mejillas y el cuello y retiraba con rápidos y repetidos tirones. Luego palpaba con la yema de los dedos ese lugar del rostro para percibir su tacto y asegurarse de su suavidad. A pesar de que sobrepasaba los cuarenta años, era de una belleza tan notable como la de su hija; la enloquecía reír y bromear. Apenas oía a Kamal, lo recibía alegremente y lo besaba; a continuación le preguntaba, aparentando paciencia: «¿Cuándo serás mayor para que me case contigo?». Entonces a Kamal se le subía el pavo y se turbaba, aunque le encantaban las bromas de la señora y hubiera deseado más. ¡Cómo despertaba su curiosidad esta operación a la que ella se entregaba de vez en cuando delante del espejo! Una vez le preguntó por ello a su madre y ésta le regañó, pues era la regañina el tipo de castigo más extremo que ella practicaba, reprochándole que preguntara lo que no le concernía. Pero la madre de Maryam, más indulgente y amable, cuando lo vio en una ocasión mirándola atónito, lo subió a una silla delante de ella y le untó los dedos con aquello que él pensaba al principio que era masa, le presentó un lado de su rostro y le dijo riéndose: «A trabajar, muéstrame tu habilidad». El se puso a imitar sus movimientos hasta que le demostró dicha habilidad con tal soltura que a ella le dio envidia. Pero él no se contentó con la delicia del experimento y le preguntó: «¿Por qué haces esto?». Ella soltó una carcajada y dijo: «¿No esperarás otros diez años para saberlo por ti mismo? Pero no hay razón para esperar... ¿no es la piel suave más hermosa que la áspera? ¿Es así...?».

Pasó por delante de su puerta sigilosamente para que ella no le oyera, porque su misiva era lo suficientemente importante como para no permitirle encontrarse con alguien que no fuera Maryam. Encontró a ésta en la última habitación, acurrucada en su cama y comiendo pipas con el platillo de una taza delante, que ya estaba lleno de cáscaras. Cuando lo vio dijo con sorpresa:

—¡Kamal! —Iba a preguntarle qué le traía a aquella hora, pero renunció pensando que lo asustaría o lo avergonzaría—. Honras a esta casa. Ven a sentarte a mi lado.

Extendió la mano hacia ella a modo de saludo, desató luego su calzado de caña alta, se lo quitó, y saltó a la cama con la galabiyya rayada y la táqiya azul de listas rojas. Maryam se rió suavemente, y puso en su mano unas pocas pipas mientras decía:

—Come, pajarito, y mueve tus nacarados dientes. ¿Te acuerdas de un día que me diste un mordisco en la muñeca cuando te hacía cosquillas? ¡Así!

Alargó la mano hacia sus axilas, pero él, con un movimiento reflejo, cruzó los brazos sobre el pecho para resguardarlas mientras que se le escapaba una risa nerviosa como si los dedos de ella le hubieran hecho cosquillas de verdad. Luego le gritó:

—¡Por favor, hermanita Maryam!

Ella lo dejó, asombrada por su temor, y dijo:

—¿Por qué se estremece tu cuerpo con las cosquillas? ¡Mira como yo no me preocupo de ellas!

Y se puso a hacerse cosquillas con indiferencia, mientras le lanzaba una mirada despectiva.

Él no pudo menos que decir desafiante:

—¡Déjame que te haga yo cosquillas y verás!

Lo único que ella hizo fue levantar los brazos por encima de su cabeza y el chiquillo puso sus dedos en las axilas de ella y comenzó a hacerle cosquillas con toda la agilidad y rapidez de que era capaz, fijando sus ojos en los negros y bonitos ojos de ella para captar el primer síntoma de debilidad por su parte, hasta que retiró las manos suspirando con desesperación y bochorno. Ella le envió una suave y socarrona risa y dijo:

—¿Has visto, hombrecito don nadie? No pretendas ser un hombre a partir de hoy. —Después dijo con el tono de quien recuerda de pronto un asunto importante—: ¡Picarillo! ¡Te has olvidado de darme un beso! ¿No te he advertido repetidamente que el saludo al encontrarnos es un beso?

Acercó su cara y él alargó sus labios y la besó en la cara. Luego vio un trocito de pipa que se le había escapado por la comisura de la boca y se le había pegado en la mejilla, y se lo quitó con los dedos tímidamente. Maryam por su parte le cogió la barbilla con la mano derecha y lo besó en los labios una y otra vez. Luego le preguntó con un tanto de sorpresa:

—¿Cómo has podido escaparte de sus manos a estas horas? ¡Posiblemente la tía te busca ahora por todas las habitaciones de la casa!

¡Ay! Dedicado a hablar y a jugar casi se olvidó del recado por el que había ido, pero la pregunta de la muchacha le recordó su misión y la miró con otros ojos, aquellos que deseaban buscar en el interior de su persona el secreto que sacudía a su serio y buen hermano, sólo que su deseo se vino abajo al darse cuenta de que era portador de unas noticias nada alegres. Así pues, dijo taciturno:

—Es Fahmi quién me envía.

En los ojos de Maryam se dibujó una mirada nueva, rebotante de seriedad, mientras escudriñaba con interés el rostro de Kamal para ver lo que había detrás de todo aquello. Él sintió que el clima había cambiado, como si hubiese pasado de una estación a otra. Luego la oyó preguntar con voz apagada:

—¿Por qué?

Él le contestó con una franqueza que indicaba que no había valorado la importancia de las noticias que llevaba, a pesar de haberla intuido.

—Me dijo: salúdala de mi parte y dile «Él ha solicitado permiso a su padre para pedirla en matrimonio, pero su padre no considera oportuno aprobarlo mientras esté estudiando, y le ha pedido que espere hasta que termine».

Ella lo miraba a la cara fijamente con intenso interés, y cuando Kamal terminó de hablar, bajó los ojos sin decir una palabra. El lugar se cubrió de un triste silencio que atenazó el corazoncito del niño, y éste quiso disiparlo a cualquier precio.

—Él te asegura —dijo— que la negativa va contra su voluntad, y que los años pasarán rápidamente para que se haga realidad lo que desea.

Como sus palabras no la sacaron del velo del silencio, ansió más que nunca devolverle la alegría y el buen humor de antes y dijo con viveza:

—¿Te cuento la conversación que ha habido sobre ti entre mamá y Fahmi?

—¿Qué dijo él, qué dijo ella? —le preguntó Maryam con un tono entre preocupado e indiferente.

El pecho de Kamal se dilató con este éxito parcial y le contó de cabo a rabo la conversación que le había llegado a través de la puerta, y le pareció que ella suspiraba.

—Tu padre es un hombre severo y terrible —dijo luego con fastidio—. Todos saben que... es así.

—Sí —repuso él sin darse cuenta—. Mi padre es así.

Levantó la cabeza hacia ella con temor y recelo, pero la encontró como ausente, y le preguntó, al recordar lo que le había encargado su hermano:

—¿Qué le digo?

Ella se rió de forma socarrona, alzó los hombros y se dispuso a hablar, pero se contuvo largo rato pensativa. Luego dijo, a la vez que le brillaba en los ojos una mirada burlona:

—Dile que ella no sabrá qué hacer si se le presenta un pretendiente durante este largo período de espera.

Kamal se preocupó más de aprenderse el nuevo recado que de comprenderlo, y rápidamente se dio cuenta de que su cometido había terminado. Así pues, metió el resto de las pipas en el bolsillo de su galabiyya, le alargó la mano saludándola, luego se deslizó hacia el suelo de la habitación y se fue.

22

Aisha, cuando se contempló en el espejo, parecía enormemente maravillada de sí misma; aparte de su distinguida familia, ¿qué chica en todo el barrio se veía adornada con semejantes bucles dorados y esos ojos zarcos? Yasín la piropeaba ostensiblemente, Fahmi no dejaba de lanzarle miradas que expresaban asombro, cuando hablaba con ella de esto y de lo otro. Hasta a Kamal, el pequeño, sólo le gustaba beber en un jarro por el sitio humedecido con su saliva. Su propia madre la mimaba y la llamaba «Luna», aunque no disminuía su angustia por su fragilidad y delgadez, cosa que la impulsaba a instar a Umm Hanafi a preparar recetas para engordarla. Aisha, por su parte, posiblemente era, entre todos, la más consciente de su belleza esplendorosa, como lo mostraba el extremo cuidado que le dispensaba y lo acostumbrada que estaba a ella. Pero esta atención excesiva no pasaba sin que Jadiga la comentara incluso con reproches y repreciones, no porque ella misma fuese descuidada, pues la verdad es que era la primera heredera de su madre en la afición por la limpieza y la elegancia, sino porque veía a la muchacha recibir el día normalmente peinándose y componiéndose aun antes de comenzar las tareas de la casa, como si no soportara que su belleza se quedara ni una sola hora sin rodearla de cuidado y protección. Pero no era sólo la preocupación por la belleza el motivo de este arreglo matinal. Cuando los hombres se iban a su trabajo, ella se refugiaba en la sala de las visitas, entreabría con un tenue chirrido los postigos de la ventana que daba a Bayn el-Qasrayn y se plantaba detrás de ella mirando hacia la calle; entonces la invadían la angustia de la espera y el desasosiego del miedo. Así aquella mañana atisbaba indecisa entre el Baño del Sultán y la fuente de Bayn el-Qasrayn, mientras su corazón juvenil latía sin cesar, hasta que vio de lejos al «esperado» que doblaba la calle procedente de el-Juranfish, pavoneándose con su uniforme militar y las dos estrellas que le brillaban en los hombros. Conforme se acercaba a la casa empezó a levantar con precaución los ojos sin mover la cabeza, hasta que llegó a ella y apareció en sus facciones una ligera sonrisa sumamente discreta que le llegó al corazón más que a los sentidos, como si fuera la luna creciente en su primera noche. Desapareció luego bajo la celosía, y ella dio la vuelta con precipitación para contemplarlo desde la ventana que daba a el-Nahhasín, y cuál no sería su sorpresa al ver a Jadiga encaramada en el sofá que había entre las dos ventanas, mirando a la calle por encima de la cabeza de su hermana. A Aisha se le escapó un ¡ay!, se le dilataron las pupilas con un terror evidente y se quedó clavada en el sitio. ¿Cuándo y cómo había venido? ¿Cómo se subió al sofá sin que ella la oyera? ¿Qué

había visto? ¿Cuándo, cómo y qué? Jadiga la miró fijamente con los ojos entrecerrados y en silencio; prolongaba ese silencio como si quisiera alargar su suplicio. Por fin Aisha se adueñó en parte de sí misma, bajó la vista con gran esfuerzo, y se dirigió a la cama aparentando en vano que controlaba sus nervios.

—¡Hija, me has asustado! —tartamudeó.

Jadiga mostró indiferencia y siguió en su sitio encima del sofá mirando a la calle a través de la celosía. Luego murmuró socarrona:

—¿Te he asustado? ¡En el nombre de Dios! ¿Soy el coco?

Aisha apretó los dientes irritada, llena de furia y desesperación, y retrocedió un poco para ponerse a salvo de los ojos de Jadiga; pero dijo con voz tranquila:

—Te he visto de repente por encima de mi cabeza sin darme cuenta de que habías entrado. ¿Por qué andas de puntillas?

Jadiga saltó al suelo y se sentó en el sofá con una indolencia burlona.

—Lo siento, hermanita —dijo—. La próxima vez me colgaré una campana del cuello como un coche de bomberos, para que te des cuenta de mi presencia y no te asustes.

—No es necesario que te cuelgues la campana —dijo Aisha molesta y aún atemorizada—. Basta con que andes como Dios manda.

La otra dijo mientras le lanzaba una mirada llena de significado con el mismo acento socarrón:

—Nuestro Señor sabe que yo ando como Dios manda, pero parece que tú, cuando estabas detrás de la ventana, quiero decir detrás de esta celosía, te absorbiste de tal modo en lo que tenías delante, que mientras tanto perdiste la conciencia de lo que pasaba a tu alrededor y tampoco eras como Dios manda.

—¡Tú serás siempre así! —rezongó Aisha resoplando.

Jadiga volvió a guardar silencio un instante; luego apartó los ojos de su presa y alzó las cejas aparentando pensar en un problema difícil, y fingiendo a continuación alegría como si hubiera dado con la solución acertada; y dijo hablando consigo misma, esta vez sin mirar a la otra:

—Así que por eso ella canta tan a menudo, «¡Oh, el de los galones rojos, tú que me tienes prisionera, apiádate de mi desgracia!». ¡Cómo he podido yo pensar en mi buena fe que era una canción inocente sólo para divertirse!

El corazón de Aisha latió con violencia. Lo que temía había sucedido, y ya no valía la pena aferrarse a falsas ilusiones. La invadió un desasosiego que sacudió todos los rincones de su ser, y estuvo a punto de echarse a llorar; pero la desesperación que sentía la impulsó a desafiar el peligro en defensa propia, y exclamó con una voz cuyo tono inquieto diluía su significado:

—¿Qué es ese lenguaje incomprensible?

Jadiga, sin embargo, fingió no oírla, y continuó hablando consigo misma:

—¡También por esto se componía por la mañana temprano! Cuánto tiempo me he estado preguntando: ¿Es lógico que una chica se arregle antes de barrer y de sacudir el polvo? Pero ¿qué barrer ni sacudir, Jadiga, pobre de ti? ¡Vivirás idiota y morirás idiota! ¡Barre y sacude tú y no te arregles antes de trabajar, ni siquiera después! ¿Por qué vas a arreglarte, desgraciada? ¡Mira por la rendija de la ventana día tras día, y si se interesa por ti un soldado de ronda, me corto el brazo!

—¡No digas eso..., no lo digas! —exclamó Aisha inquieta.

—Ella tiene razón, Jadiga; éstas son artes que tú no puedes comprender con tu mente ofuscada. Ojos azules, cabello como el oro, galón rojo y estrella reluciente, algo comprensible y razonable.

—Jadiga, estás equivocada; yo sólo estaba mirando, no para ver a nadie ni para que nadie me viera.

Jadiga la miró como si se apercibiera de su protesta por primera vez, y le preguntó a modo de disculpa:

—¿Hablas conmigo, chouchou? Perdóname, estoy pensando en algunas cosas importantes... Espera un momento para hablarme —y volvió a sacudir la cabeza reflexionando y hablando consigo misma.

—Algo comprensible y razonable —dijo Jadiga—, pero ¿cuál es tu delito, señor Ahmad Abd el-Gawwad? ¡Qué pena me das, señor honorable y generoso! ¡Ven a ver tu harén, señor mío, corona de mi cabeza!

Al oír el nombre de su padre, a Aisha se le erizaron los cabellos y le vino a la mente la conversación del señor con su madre, cuando cargó contra el deseo de Fahmi de pedir a Maryam en matrimonio: «Dime, ¿es que la ha visto? No había pensado que tuviera unos hijos que mirasen furtivamente a las mujeres de los vecinos». ¡Si ésta era su opinión sobre el hijo, cuál no sería sobre la hija!

—Jadiga... — exclamó con voz estrangulada —, eso no está bien..., estás equivocada..., estás equivocada...

Pero ésta siguió hablando sin mirarla:

—¡Vaya! ¿Esto es el amor? Es posible. ¿No dicen de él «El amor se ha adueñado de mi corazón? Por poco voy por su culpa a Tokar»? Por cierto, ¿dónde está el Tokar ese? ¿Quizá en el-Nahhasín o más bien en la casa del señor Ahmad Abd el-Gawwad?

—¡Ya no puedo soportar tus palabras, líbrame de tu lengua! ¡Señor!, ¿por qué no me crees?

—¡Toma tus medidas, Jadiga, no estamos jugando! Tú eres la hermana mayor, y el deber es el deber por amargo que parezca. Es necesario que se enteren los interesados. ¿Le contarías el secreto a tu padre? La verdad es que no sabría cómo hablarle de un secreto tan importante. ¿A Yasín? Es como si nada. Lo más que se puede esperar de él es que canturree palabras incomprensibles. ¿A Fahmi? Pero éste se inclinará a su vez ante esos cabellos dorados, fuente de todas nuestras desgracias. Pienso que lo mejor es contárselo a mamá y dejarla que actúe como le parezca.

Dio un respingo como si fuera a levantarse, pero Aisha corrió hacia ella como una gallina degollada y la cogió por los hombros gritando jadeante:

—¿Qué quieres?

—¿Me estás amenazando? —preguntó Jadiga.

Aisha quiso hablar, pero las palabras la ahogaron súbitamente y murmuró algo que el llanto desgarró de modo horrible. Jadiga se puso a mirarla fijamente pensativa y en silencio. Después cambió su expresión irónica y su rostro se ensombreció, mientras escuchaba a disgusto los sollozos de la muchacha. Luego dijo en tono serio por vez primera:

—Has metido la pata, Aisha.

Se contuvo con el rostro cada vez más sombrío; era como si su nariz hubiera aumentado notoriamente, y mostrara su emoción. Luego añadió:

—Es necesario que reconozcas tu error. Cuéntame cómo te ha seducido este juego, pedazo de loca.

—Piensas mal de mí —tartamudeó Aisha secándose los ojos.

Jadiga resopló frunciendo el ceño como si la cansara esta vana terquedad, pero renunció finalmente a intentar el ataque, o incluso a bromear. Ella sabía siempre dónde y cuándo debía detenerse sin sobrepasar los límites. La burla había saciado su agresivo y cruel instinto, y se había contentado con ella como de costumbre. Pero le quedaba otro impulso de diferente matiz, más lejos de la agresión y la crueldad, que no había satisfecho aún; una inclinación que emanaba de su sentimiento de ser la hermana mayor, más aún, de un instinto maternal que nadie de la familia consideraba equivocado, por muy severo que fuese su ataque contra ellos y viceversa, y dijo impulsada por el deseo de satisfacer este instinto amistoso:

—No seas terca, lo he visto todo con mis propios ojos. Ahora no bromeo, pero quiero dejarte claro que has cometido un gran error. Es un juego que no ha conocido esta casa en el pasado, ni quiere conocerlo en el presente ni en el futuro. No es solamente el atolondramiento lo que te ha hecho caer en él. Escúchame y sé razonable con mi consejo: no vuelvas a hacerlo nunca; nada está oculto por mucho tiempo. Imagínate lo que sería de todos nosotros si te viera alguien desde la calle, o alguno de los vecinos. Tú conoces la lengua de la gente. Imagínate lo que pasaría si llega la noticia a oídos de nuestro padre. ¡Dios nos libre!

Aisha bajó la cabeza, para que el silencio expresara su confesión. Su rostro se había ruborizado de vergüenza, de ese arrepentimiento que la conciencia hace brotar interiormente cuando una falta la ha herido. En esto Jadiga suspiró:

—¡Ojo, ojo! ¿Me entiendes? —Luego una brisa de ironía sopló sobre ella, y su tono cambió un tanto —. ¿No te ha visto? ¿Qué le impide presentarse ante ti como los hombres de bien? A su tiempo te diremos adiós mil veces; más aún, ¡vete con viento fresco!

Aisha recobró su aliento y brilló en su boca una sonrisa como brillan los ojos al volver en sí tras un largo desmayo. Jadiga, una vez satisfecha de tener a su hermana a su merced largo rato, como si, a la vista de esta sonrisa, le fuera penoso que la muchacha se librara de su cepo, le gritó:

—¡No pienses que vas a alcanzar la piedad del perdón! ¡Mi lengua sólo se calla si le das una buena ocupación!

—¿Qué quieres dar a entender? —preguntó la otra tranquilizada.

—No la dejes sola, no sea que vuelva a la carga el deseo del mal. Complácela con algo de dulce para que no se ocupe de ti, una caja de bombones, por ejemplo, de Shengarli.

—¡Tendrás todo lo que deseas y más!

Reinó el silencio y cada una se sumió en sus pensamientos, aunque el corazón de Jadiga era, como lo había sido desde el principio, pasto de todo tipo de sentimientos opuestos, celos y rencor, afecto y ternura...

23

La señora Amina estaba ocupada con los preparativos del café para la tradicional reunión de la tarde, cuando Umm Hanafi fue hacia ella a todo correr anunciando en el brillo de sus ojos buenas noticias; luego dijo con tono sugerente:

—Señora, tres damas desconocidas desean visitarte.

La madre lo dejó todo y se levantó rápidamente, prueba del efecto que la noticia le había producido; clavó en la criada una mirada de intenso interés, como si las visitantes pudieran proceder de la casa real del mismísimo cielo, y murmuró como pidiendo una mayor confirmación:

—¿Desconocidas?

—Sí, señora —dijo Umm Hanafi con un tono alegre y triunfante—. Han llamado a la puerta, yo les he abierto y me han dicho: «¿No es ésta la casa del señor Ah-mad Abd el-Gawwad?». «Sí», les he dicho. «¿Están las señoras arriba?», me han preguntado. «Sí», les he dicho yo. «Queremos tener el honor de visitarlas», han dicho ellas. Y yo les he preguntado: «¿Quién digo que son ustedes?». Entonces una de ellas me ha dicho riendo: «Déjalo de nuestra cuenta. El mensajero está para informar». Y he venido volando, señora, pues me he dicho, «Señor, que se realicen nuestros sueños...».

—¡Pásalas a la sala de las visitas! ¡Date prisa! —dijo la madre inmediatamente, con el mismo interés en la mirada.

Se quedó quieta unos segundos, sumergida en sus nuevos pensamientos, en el sueño feliz cuyo mundo maravilloso se abría para ella, y que había sido su preocupación a lo largo de los últimos años. Luego volvió en sí y llamó a Jadiga con tono perentorio. La chica llegó al instante y, apenas sus ojos se encontraron, la madre sonrió y dijo sin poder contener se alegría:

—¡Tres señoras desconocidas están en la sala de recibir! ¡Ponte tu mejor vestido... y prepárate!

El rostro de Jadiga se ruborizó igual que el de la madre, como si se le contagiase el pudor. Salíó en seguida de la sala y se dirigió a su habitación, en el piso de arriba, para arreglarse y recibir a las visitantes. Jadiga contempló la puerta por donde había desaparecido su madre, con una mirada ausente, mientras el corazón le latía hasta dolerle, y se preguntaba: «¿Qué hay detrás de esta visita?». Luego apartó su mente de aquello y en seguida recuperó su máxima actividad.

Llamó a Kamal, que acudió a su llamada desde la habitación de Fahmi.

—Ve a casa de Maryam —le abordó— y dile: «Jadiga te saluda y te pide que le envíes conmigo la caja de polvos, el kohl y el colorete».

El muchacho entendió rápidamente la orden y se dirigió a la salida. Jadiga, por su parte, se precipitó hacia su habitación, y se quitó la galabiyya mientras le decía a Aisha, que la contemplaba con ojos interrogantes:

—Elígeme el traje más bonito..., el más bonito de todos.

—¿Cuál es el motivo de este interés? —preguntó Aisha—. ¿Una visita? ¿Quién?

—¡Tres señoras! —dijo Jadiga con voz débil—. Des-co-no-ci-das —pronunció acentuando las sílabas.

Aisha volvió la cabeza sorprendida. Luego sus preciosos ojos se dilataron de alegría y saltó.

—¡Ahí ¿Hay que pensar de esto que...? ¡Qué noticia!

—No te apresures a juzgar... ¡Quién sabe por qué están aquí! —exclamó Jadiga.

—Hay algo en el ambiente... Se huele la boda como los buenos perfumes. Jadiga se echó a reír para ocultar su turbación, se acercó al espejo y contempló su figura con atención. Luego se tapó la nariz con la palma de la mano y dijo con ironía:

—No está mal mi cara ahora. Una cara aceptable. —Luego, quitando la palma de la mano—. Pero de esta manera, que Dios nos asista.

Aisha dijo riendo, al tiempo que la ayudaba a ponerse un vestido blanco bordado con flores violeta:

—No te menosprecies. ¿No estará nada a salvo de tu lengua? ¡La novia no es solamente una nariz, he aquí un par de ojos, esos largos cabellos y esa simpatía!

—La gente sólo ve los defectos —dijo Jadiga torciendo el gesto.

—Esto es verdad con la gente como tú, pero no todo el mundo es igual gracias a Dios.

—¡Te contestaré cuando tenga tiempo para ti!

La otra le dio una palmada cariñosa en la cadera mientras arreglaba el vestido diciendo:

—No olvides este cuerpo delicado y relleno, ¡qué cuerpo! Jadiga rió alegremente y dijo:

—Si el novio fuera ciego no me importaría. Me contentaría con él de esa manera, aunque fuera uno de los sheijs de el-Azhar.

—¿Y qué defectos tienen los sheijs de el-Azhar? ¿No hay entre ellos quien tiene la mar de riquezas?

Cuando acabaron con el vestido, a Aisha se le escapó un bufido.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jadiga. Ella contestó en tono de protesta:

—¡No hay en toda la casa ni polvos, ni kohl ni colorete, como si aquí no hubiera mujeres!

—Lo mejor sería que fueras a quejarte a nuestro padre.

—¿Es que mamá no es una señora que tiene derecho a embellecerse?

—Ella es preciosa así, sin arreglarse.

—¿Y su señoría? ¿Recibirás a las visitantes así?

—He mandado a Kamal —dijo Jadiga riendo— a casa de Maryam para que traiga polvos, kohl y colorete. ¿Acaso puedo recibir con esta cara a las casamenteras?

Y como no podía pasar ni un minuto sin hacer nada, Jadiga se quitó el pañuelo de la cabeza y empezó a deshacerse las gruesas y largas trenzas, mientras Aisha pasaba el peine por los cabellos sueltos y decía:

—¡Qué abundante y largo pelo! ¿Qué opinas? Voy a hacer una sola trenza. ¿No es más favorecedor?

—Mejor dos..., pero dime, ¿me dejas las medias o me las quito para entrar a verlas?

—Estamos en invierno, son más indicadas las medias; pero me temo que si te las dejas puedan pensar que tus piernas o tus pies tienen un defecto que intentas ocultar.

—Tienes razón. Sin duda un tribunal sería más clemente que la habitación que me espera ahora.

—Anímate. Nuestro Señor nos asiste con sus promesas.

En ese momento entró Kamal en la habitación, jadeante, y le entregó a su hermana los útiles de belleza mientras decía:

—He subido la escalera y he cruzado la calle corriendo.

—¡Bravo, bravo! —le dijo Jadiga sonriendo—. ¿Qué te ha dicho Maryam?

—Me ha preguntado si tenemos invitadas y quiénes son ellas, y le he contestado que no lo sé.

En los ojos de Jadiga brilló una mirada de interés, mientras le preguntaba:

—¿Se ha contentado con esta respuesta?

—Me ha hecho jurar por el-Huseyn que yo le contaría todo lo que supiera, y le juré que no había nada más de lo que le había dicho.

Aisha se echó a reír mientras sus manos seguían trabajando.

—Barruntará lo que pasa —dijo.

—Es una chica lista —replicó Jadiga mientras se empolvaba la cara—. A ésa no se le pasa nada. Te apuesto a que mañana, a más tardar, viene a visitarnos para hacer una investigación completa.

Como era de esperar, Kamal no quiso salir de la habitación, o quizás no pudo dejarla, dominado por el deseo de contemplar lo que se presentaba ante sus ojos y que veía por primera vez en su vida. Nunca había tenido la ocasión de ver cómo el rostro de su hermana sufría esta metamorfosis por la que se había convertido en otro nuevo: el cutis se había tornado blanco, las mejillas sonrosadas, los ojos, con los bordes embadurnados de un encantador color negro que los perfilaba de modo atractivo y daba a sus pupilas una espléndida nitidez. Un rostro nuevo que le alegró el corazón.

—¡Hermanita! —exclamó arrebatado por la emoción—. Ahora eres como la muñeca que papá compró en la fiesta del Máwled.

Las dos chicas se echaron a reír.

—¿Te gusto ahora? —le preguntó Jadiga.

Kamal se le acercó rápidamente, y alargó la mano hacia la punta de la nariz mientras decía:

—¡Si suprimieras esto!

Ella apartó la mano y dijo a su hermana:

—¡Haz salir a este calumniador!

Aisha lo agarró por la mano y lo empujó hacia la salida, a pesar de su resistencia, hasta que lo echó y cerró la puerta. Volvió a reanudar su bonito trabajo; continuaron su actividad en silencio y diligentemente, y, a pesar de que se había convenido en la familia que el encuentro con las casamenteras se limitaba sólo a Jadiga, la muchacha le dijo a Aisha con malicia:

—Es necesario que tú también te prepares para recibir a las visitantes.

—Eso no será —dijo Aisha con la misma malicia que su hermana— antes de que tú seas conducida hacia tu esposo.

Luego rectificó sus palabras antes de que hablara Jadiga:

—Por el momento, ¿cómo pueden las estrellas aparecer con la luna? Jadiga lanzó a su hermana una mirada desconfiada y preguntó:

—¿Quién es la luna?

Aisha dijo riendo:

—¡Yo, naturalmente!

Jadiga le dio un codazo; luego suspiró.

—¡Si me prestases tu nariz como Maryam me ha prestado su caja de polvos!

—¡Olvidate de tu nariz, al menos por esta noche! La nariz, como los granos, se ponen más gordos al pensar en ellos.

Estaban a punto de terminar su tarea de embellecimiento, cuando Jadiga desvió la atención de su aspecto y la centró en su temor ante el examen que la esperaba. Sintió miedo como nunca lo sintiera antes, no con relación a esta novedad, ni mucho menos, sino antes que nada, por la importancia de sus consecuencias, y no tardó en decir quejosa:

—¡Vaya reunión a la que se me condena! Imagínate en mi lugar, entre unas señoras extrañas, sin saber quiénes son ni de dónde vienen; acaso hayan venido con intención sincera o por puro entretenimiento y diversión. ¿Qué será de mí si son crítonas y deslenguadas? —Luego se echó a reír con una risa forzada— como yo, por ejemplo..., ¿eh? ¿Qué puedo hacer sino sentarme entre ellas con cortesía y resignación dispuesta a recibir sus miradas de derecha a izquierda y de delante atrás, a cumplir sus órdenes sin la menor vacilación? Cuando me digan «de pie», me levanto, o «anda», ando, o «habla», hablo, para que nada se les escape de mi modo de sentarme, de levantarme, de callarme, de hablar, de mis miembros y de mis facciones. Y después de todo este «escarnio» tendremos que darles pruebas de afecto, elogiar su amabilidad y su generosidad sin saber si hemos conseguido su aceptación o su rechazo, ¡uf, uf...! ¡Maldito sea el que las envió!

Aisha se apresuró a decir con un tono lleno de sentido:

—¡Aparta el mal de él!

—No lo bendigas —respondió Jadiga riendo también— hasta que no estemos seguras de que es de los nuestros. ¡Ay, Señor, cómo me late el corazón!

Aisha dio un paso atrás fuera del alcance de su hermana, diciendo:

—Ten paciencia. Encontrarás en el futuro muchas oportunidades para vengarte de la terrible reunión de hoy. ¡Cómo se van a achicharrar con el fuego de tu lengua cuando seas tú la señora de la casa! Posiblemente recordarán el examen de hoy diciéndose para sus adentros: ¡Ojalá lo que pasó no hubiera sucedido!

Jadiga se contentó con sonreír; no era el momento de pararse a responder al ataque, pues no encontraba en atacar —cosa que solía producirle una notable alegría— el menor placer, porque el temor había hecho presa en ella y la hacía dudar entre el miedo y la esperanza. Cuando acabaron su tarea, se levantó y echó una ojeada general a su figura, mientras miraba alternativamente la imagen del espejo y el original. Jadiga empezó a murmurar:

—¡Bravo por tus manos! Un hermoso aspecto, ¿no es así? Ésta es la verdadera Jadiga. Ahora no importa la nariz. Grande es tu sabiduría, Señor. Con un poco de esfuerzo todo ha quedado bien, pero ¿por qué...? —luego se retractó rápidamente—. Perdón, Dios Excelso. Tienes sabiduría en todo.

Retrocedió y se examinó atentamente; recitó luego la fátiha para sus adentros y se volvió hacia Aisha diciendo:

—¡Reza por mí, hija!

Y abandonó la habitación.

Con el comienzo del invierno la reunión del café adquirió una nueva peculiaridad que se materializaba en la gran estufa colocada en medio de la sala. La familia se reunía a su alrededor, los varones con sus mantos, y las mujeres arrebujadas en sus toquillas. La reunión les proporcionaba, junto al placer de tomar café y el encanto

de la velada, el disfrutar del calor. Fahmi, a pesar de su prolongada y muda tristeza de los últimos días, parecía dispuesto a comunicar a su familia una noticia importante. Su duda y su larga reflexión no eran sino una muestra de la importancia y trascendencia de la noticia, pero acabó por decidirse a soltarla, descargando así el peso sobre sus padres y los hados; por eso dijo:

—Tengo una noticia importante para vosotros, escuchadme.

Los ojos se alzaron hacia él con un interés del que nadie se libró, porque la reconocida ponderación del muchacho les hacía esperar a todos una noticia realmente importante, tal como había dicho. Fahmi, por su parte, prosiguió diciendo:

—La noticia es que Hasan Efendi Ibrahim, oficial de la comisaría de el-Gama-liyya, que es uno de mis conocidos, como sabéis, se ha entrevistado conmigo, y me rogó que comunicara a mi padre su deseo de casarse con Aisha.

Como se había imaginado Fahmi de antemano, lo cual lo había inducido a dudar y a reflexionar largo tiempo, la noticia produjo una impresión muy contradictoria.

La madre lo miró con un gran interés mientras que Yasin silbó al tiempo que clavaba en Aisha una mirada divertida moviendo la cabeza. La menor desvió la suya avergonzada para hurtar su rostro a las miradas, no fuera que su expresión la traicionara y les revelara lo que se agitaba en su corazón palpitante. Jadiga, por su parte, recibió la noticia con sorpresa al principio, que no tardó en convertirse en miedo y pesimismo sin saber por qué a ciencia cierta; pero era como un alumno que espera de un momento a otro que aparezca el resultado del examen, cuando le llega la noticia del éxito de algún compañero suyo que lo ha conocido por una fuente particular. La madre preguntó con un desconcierto que no guardaba proporción con la alegre situación del momento:

—¿Es esto todo lo que dijo?

—Me empezó a decir que quería tener el honor de pedir la mano de mi hermana pequeña —dijo Fahmi soslayando la mirada de Jadiga.

—¿Qué le dijiste?

—Le di las gracias por su deferencia, como es natural.

Ella no le había hecho esta serie de preguntas con el deseo de informarse de algo que quería saber, sino para disimular su desconcierto y sacar de la sorpresa un momento de calma para reflexionar. Luego empezó a preguntarse: ¿Tendrá esta petición algo que ver con las visitantes que habían venido hacía unos días? Entonces recordó cómo una de ellas había dicho antes de aparecer Jadiga, en el curso de la conversación sobre la familia del señor Ahmad, que ellas habían oído decir que él tenía dos hijas. Comprendió en seguida que habían venido a ver a las dos muchachas, pero había guardado silencio ante la alusión. Las visitantes estaban emparentadas con la familia de un comerciante de Darb el-Ahmar, que no era el padre del oficial, del que Fahmi había dicho en una ocasión que era funcionario en el Ministerio de Trabajo, pero esto no excluía en absoluto la relación entre las dos familias, porque era costumbre que cualquier familia enviara a las casamenteras de alguna de sus ramas, y no del tronco, por preservar su propia estima. ¡Cuánto le hubiera gustado preguntar a Fahmi sobre este punto en concreto, aunque se temía que la respuesta confirmara sus temores y diera al traste con las esperanzas de su hija mayor, originando un nuevo desengaño! Pero Jadiga reemplazó a su madre, por pura coincidencia, para echar fuera todo lo que se debatía en su pecho, al tiempo que ocultaba su desmoronamiento con una débil risa, y preguntó:

—¿Es quizás él quien ha enviado a las casamenteras que nos visitaron hace unos días?

Pero Fahmi se apresuró a decir:

—¡Claro que no!, pues me dijo que iba a enviarnos a su madre en el momento preciso si había acuerdo sobre su petición.

A pesar de que su tono revelaba sinceridad, no era verdad lo que decía, pues había comprendido por la conversación del oficial que las señoras que visitaron a su madre eran sus parientas, pero temía hacer sufrir a su hermana mayor por la que, a pesar de su amor por Aisha y de estar convencido de la valía de su amigo el oficial, sentía un cariño fraternal, y le dolía sobremanera su mala suerte. Posiblemente era la decepción que él mismo había sufrido, una razón poderosa para que este cariño llegara a tal extremo.

Yasín soltó una risotada y dijo con pueril regocijo:

—Parece que pronto nos encontraremos con dos bodas.

—Nuestro Señor te oiga —exclamó la madre con sincera alegría.

—¿Hablarás a mi padre por mí?

Se le escapó la pregunta obsesionado por lo que se había callado con respecto a la petición de matrimonio; pero en cuanto la formuló, sonó en sus oídos de modo extraño, como si le hubiera sido hecha desde la memoria de sus recuerdos y no desde la punta de la lengua, o como si cuando llegó a sus oídos no se hubiera detenido en ellos, sino que se hubiera sumergido en lo más profundo de sí mismo para emerger luego llevando prendidos parte de los recuerdos.

Inmediatamente le vino a la memoria una pregunta semejante a ésta que había dirigido a su madre en circunstancias parecidas y se le encogió el corazón, se despertó su dolor, y volvió su sentimiento por la injusticia que había enterrado viva su esperanza. Se dijo a sí mismo, como le había dicho a ella repetidas veces en los últimos días, cuán feliz habría sido en su momento, pensando con optimismo en el mañana y completamente satisfecho de la vida, si no hubiera sido por la implacable voluntad de su padre. El recuerdo le impidió ocuparse de otra cosa que no fuera él y se entregó a la tristeza que roía el interior de su corazón. La madre había reflexionado largo rato, y preguntó:

—¿No estaría bien que pensáramos qué puedo contestar a tu padre cuando me pregunte qué ha movido al oficial a solicitar a Aisha precisamente y por qué no ha pedido la mano de Jadiga, ya que no ha visto ni a la una ni a la otra?

Las dos muchachas se apercibieron al unísono de la observación de su madre, y posiblemente ambas recordaron su incidente detrás de la ventana. Pero Jadiga lo hizo con una irritación que se sumó a la que ya tenía, y su corazón protestó contra la ciega suerte que se empeñaba en recompensar la ligereza y el descaro. En cuanto a Aisha, la observación de su madre cortó el curso de su alegría como una espina penetrante que, mezclada en la comida, se atraviesa en la garganta al tragar un manjar delicioso y succulento. Súbitamente el miedo absorbió el ardor de la alegría con la que se había agitado su ser. Fahmi fue el único que se sublevó contra las palabras de su madre, no impulsado a favor de Aisha como parecía, pues no consideraba lícito defenderla en este punto sensible precisamente dándole primacía sobre Jadiga, sino irritado por su propia tristeza reprimida al no haber podido defenderse abiertamente ante su padre. Y dijo furioso, hablándole a éste en la persona de su madre, sin saberlo:

—Esto es una arbitrariedad gratuita que no tiene justificación ni por la razón ni por la sabiduría. ¿O es que no saben los hombres muchas cosas de las mujeres recatadas a través de las indiscreciones de sus parientas, que, al hablar, sólo pretenden unir a un hombre y a una mujer lícitamente?

Pero la madre protestaba para escudarse en el padre y así encontrar el modo de salir de la crítica situación en la que se hallaba entre Aisha y Jadiga. Cuando Fahmi se le sinceró con su protesta no tuvo más remedio que hacerlo ella a su vez:

—¿No crees que sería preferible esperar a que nos llegaran noticias de las visitantes?

Jadiga ya no soportaba el silencio; impulsada por su soberbia, que se empeñaba en mostrar indiferencia ante todo este asunto, a pesar de la angustia y del pesimismo que se debatía en su interior, dijo:

—Éste es un asunto y aquél es otro, y no hay razón para aplazar una cosa por otra.

La madre dijo con impresionante calma:

—Todos nosotros estamos de acuerdo en aplazar la boda de Aisha hasta que se case Jadiga.

Aisha no pudo por menos que decir con delicadeza y serenidad:

—Eso está ya decidido.

El pecho de Jadiga se llenó de rencor al escuchar el tono amable en el que se expresaba su hermana, y posiblemente era esta misma amabilidad la que la enfurecía con más fuerza, quizás porque inspiraba una compasión que ella rechazaba de plano, o porque le hubiera gustado que la muchacha manifestara su oposición abiertamente, para que se le brindara la ocasión de atacarla, con lo que se sacaría la espina de su cólera. Mientras tanto, esta piedad engañosa y detestable alzaba una coraza que apartaba de ella el dolor y redoblaba la ira de quien se mantenía al acecho. Finalmente, no pudo hacer otra cosa que decir con un tono no exento de violencia:

—No estoy de acuerdo con que eso esté ya decidido, y no es justo que una suerte adversa os haga romper otra feliz. —Fahmi notó la enojosa tristeza que se ocultaba en las palabras de Jadiga, a pesar de que aparentaba altruismo, y dejó de ser presa de sus tristezas personales, arrepentido de haber dicho en su enfado algo que Jadiga podría considerar como una clara inclinación de su parte hacia la causa de su otra hermana:

—Comunicar a papá —dijo dirigiéndose a ella— el deseo de Hasan Efendi no significa admitir que se dé preferencia a la boda de Aisha sobre la tuya. No nos importaría, si conseguimos que apruebe el compromiso, retrasar su anuncio hasta el momento apropiado.

Yasín no estaba convencido de la validez de una opinión que obligaba a anteponer un matrimonio a otro, pero no tuvo la suficiente valentía para expresar la suya. Se consoló de ello con una frase general para que cada uno la interpretara como quisiese:

—El matrimonio es el destino de todo ser viviente, y el que no se casa hoy se casará mañana.

Entonces surgió la estentórea voz de Kamal, que seguía la conversación con interés, preguntando inesperadamente:

—Mamá, ¿por qué el destino de todo ser viviente es casarse?

Pero ella no se preocupó en prestarle atención, y su pregunta sólo produjo efecto en Yasín, cuya risotada sonó sin que dijera esta boca es mía. Entonces la madre dijo:

—Has de saber que toda chica se casará antes o después. Pero hay consideraciones que no conviene desatender.

Kamal volvió a preguntar:

—¿Te vas a casar tú también, mamá?

Todos armaron un bullicio de risas, y esto alivió la tensión. Yasín aprovechó esta ocasión favorable y se envalentonó diciendo:

—Plantéale el asunto a mi padre, pues en todo caso suya va a ser la última palabra.

—No hay más remedio que hacerlo, no hay más remedio —dijo Jadiga con extraña obstinación.

Quería decir lo que decía: porque con unas cosas u otras se sentía obligada a seguir aparentando indiferencia, ya que de un lado conocía la imposibilidad de ocultar a su padre un asunto como éste y, de otro, estaba segura de que él no podía aceptar anteponer la boda de Aisha a la suya. Pero a pesar de no saber si existía algún vínculo entre el oficial y las visitantes, la angustia y el pesimismo que sintió al inicio de este asunto no se apartaron de ella ni un solo instante.

25

A pesar de que Amina había experimentado en su vida más de una ocasión capaz de turbar su serenidad, no estaba acostumbrada a un nuevo tipo de causa que resaltaba por su especial naturaleza, ya que parecía en sí misma, al contrario de las anteriores, de esas que la gente considera elementos esenciales de la felicidad en este mundo. A pesar de esto, se había convertido en su casa, y especialmente en su corazón, en motivo importante de angustia y preocupación. ¡Qué razón tenía al preguntarse: «Quién hubiera pensado que la presencia de un novio, cosa que todos suspiran por recibir, nos haya traído todas estas penalidades»! Pero así había ocurrido, y su corazón se debatía entre más de una opinión, sin sentirse segura con ninguna de ellas. Unas veces creía que aprobar la boda de Aisha antes que la de su hija mayor era una garantía de que el futuro de Jadiga estaba condenado. Otras, que empeñarse en contradecir al destino era ponerse en una situación en extremo peligrosa, que se volvería contra las chicas con fatales consecuencias. Además, la angustiaba sobremanera dar con la puerta en las narices a un novio excelente como era el joven oficial, que la suerte volvería difícilmente a presentar. Pero ¿qué sería de Jadiga si daba su consentimiento? ¿Qué sería de su suerte y de su futuro? No sabía qué decisión tomar, en tanto que su carácter, tan radicalmente negativo, la colocaba así en la imposibilidad más absoluta de encontrar una solución acertada a cualquier problema. Por eso halló sosiego cuando decidió echar toda la carga sobre los hombros del señor. Más aún, alcanzó este sosiego a pesar del miedo que la embargaba siempre que se atrevía a exponerle un asunto de cuya buena acogida dudaba. Esperó hasta que el señor acabó de sorber el café, para decirle luego, con una voz tenue y clara, llena de cortesía y humildad:

—Señor, Fahmi me ha contado que un amigo suyo le ha rogado que te exponga su deseo de pedir la mano de Aisha.

Los ojos azules lanzaron una mirada de interés y estupor por encima del sofá hacia el lugar donde estaba sentada la mujer en un puf, no lejos de sus pies, como si le dijera: «¿Cómo me hablas de Aisha si yo estaba esperando noticias de Jadiga después del asunto de las tres visitantes?». Luego preguntó para asegurarse de lo que había escuchado:

—¿Aisha? —Sí, señor.

Éste miró al frente fastidiado y luego dijo como hablando consigo mismo:

—He decidido desde hace tiempo que esto era prematuro.

—Conozco tu opinión, señor —dijo la mujer antes de que él pensara que se oponía a su punto de vista—, pero es necesario que yo te tenga al corriente de todo lo que ocurre en nuestra casa.

El hombre la examinó con una mirada acerada, como si indagase cuanto de verdad y franqueza había en esas palabras, pero sus ojos brillaron con un repentino interés que lo desvió de su investigación, y preguntó con preocupación y ansiedad:

—¿Guarda esto relación con las señoras que vinieron a visitarte?

Exclusivamente ella y Fahmi conocían esta relación. Aunque el joven le había propuesto ocultar este asunto a su padre cuando le diera la noticia, ella le había prometido pensar largamente en la cuestión, dudando si aceptarla o rechazarla. Finalmente se había inclinado por ocultarla, tal como le había propuesto Fahmi, pero

cuando hubo de contestar a la pregunta del señor y sintió la mirada de sus ojos como la luz ardiente del sol, su propósito se desvaneció y se le esfumó de su pensamiento.

—Sí, señor —dijo sin vacilar—. Fahmi ha sabido que son parientes de su amigo. El señor frunció el ceño irritado y, como solía ocurrir cuando se enfadaba, la superficie de su pálido rostro se tiñó de sangre y sus ojos echaron chispas. Quien despreciara a Jadiga, lo despreciaba a él, y quien atentara contra su dignidad era como si pisoteara de lleno la suya propia. Pero sólo mostró su enfado por medio de la voz, que fue elevándose y enronqueciendo a medida que preguntaba con rabia y desdén:

—¿Quién es ese amigo?

—Hasan Ibrahim, oficial de la comisaría de el-Gamaliyya —dijo mientras sentía, al pronunciar el nombre, una angustia cuya causa no sabría explicar.

—¿No me dijiste que sólo habías presentado a Jadiga a las visitantes? —inquirió el señor con excitación.

—Sí, señor.

—¿Te han vuelto a visitar?

—Claro que no, señor; si no, te lo habría dicho.

—¡Envía a sus parientas, ven a Jadiga y piden a Aisha! ¿Qué significa esto? —le preguntó con malos modos, como si ella fuera la responsable de este extraño suceso.

La madre tragó la saliva que se le había secado entre dimes y diretes, y murmuró:

—En un caso como éste, las casamenteras no entran en la casa que se proponen sin haber visitado antes muchas de las casas de los vecinos, indagando lo que les interesa. De hecho ellas, al hablar conmigo, dieron a entender que habían oído decir que el señor tenía dos hijas y, posiblemente, el presentarles a la una sin la otra...

Quería decir: «Posiblemente, el presentarles a la una sin la otra les haya confirmado lo que habían oído acerca de la belleza de la menor», pero se calló, temiendo por una parte que se redoblara su cólera y, por otra, apenada de declarar abiertamente esta verdad que se aferraba a su mente con tonos sombríos de angustia y tristeza. Guardó silencio y se contentó con terminar sus palabras con un gesto de la mano como si dijera: «Etcétera, etcétera».

El señor clavó en ella una mirada penetrante hasta que la mujer bajó la vista con sumisión, mientras él volvía a un estado de irritación y tristeza tal que condensó toda la ira en su pecho. Empezó a golpearse las costillas con el deseo de respirar o de buscar ayuda, luego gritó con voz tempestuosa:

—¡Sabemos todo eso! ¡He aquí un novio que se presenta a pedir la mano de tu hija! ¡Déjame oír tu opinión!

Ella sintió que su pregunta la llevaba hacia un pozo sin fondo y dijo, sin vacilar, mientras extendía las palmas de las manos con calma:

—Mi opinión es la tuya, señor, no tengo otra.

—Si es como tú dices —rugió —, no habrías venido a hablarme del tema.

—Sólo te he hablado, señor, para informarte de la seriedad del asunto —dijo con acento apasionado y temeroso —, ya que mi deber me obliga a informarte de todo lo que se relaciona, de cerca o de lejos, con tu casa.

Él movió la cabeza, furioso, diciendo:

—¿Quién sabe? ¡Dios! ¿Quién sabe? Tú no eres más que una mujer y todas las mujeres sois tontas. El matrimonio, especialmente, os hace perder la cabeza. Quizá tú...

—Señor, ¡Dios me libre de que pienses así de mí! —le interrumpió ella con voz trémula—. Jadiga es tan hija mía, de mi carne y de mi sangre, como tuya... Su suerte me parte el corazón. En cuanto a Aisha, está aún en la primavera de la vida y no le perjudicará esperar hasta que Dios ayude a su hermana.

Él empezó a atusarse el espeso bigote con gesto nervioso y, de repente, se levantó preguntando, como si se acordara de algo:

—¿Lo sabe Jadiga?

—Sí, señor.

Sacudió la mano colérico mientras chillaba:

—¿Cómo pide este oficial la mano de Aisha a pesar de que nadie la ha visto?

—Te he dicho, señor, que seguramente oyeron hablar de ella —replicó con vehemencia, a la vez que le temblaba el corazón.

—Pero él trabaja en la comisaría de el-Gamaliyya, es decir, en nuestro barrio; es como si formara parte de su gente.

—Jamás los ojos de un hombre se han posado sobre ninguna de mis hijas desde que dejaron la escuela siendo aún muy pequeñas —dijo la madre presa de una gran excitación.

Él dio una palmada y le gritó:

—¡Calma..., calma! ¿Crees que yo dudo de eso, buena mujer? Si lo hiciera el asesinato mismo me sabría a poco. Yo sólo hablo de lo que se le podría pasar por las mientes a algunos que no nos conocen. «Jamás los ojos de un hombre se han posado sobre ninguna de mis hijas.» ¡Bravo! ¿Habías querido que se posaran sobre ellas? ¡Loca disparatada! Yo repito lo que habrán propagado las lenguas desvergonzadas de la gente. Cierto... Es el oficial del barrio, recorre nuestras calles de la mañana a la noche, y no sería de extrañar que alguien pensara en la posibilidad de que haya visto a una de las dos chicas, cuando sepan que se casa con ella. No me gusta, no quiero entregar mi hija a nadie si eso va a levantar sospechas sobre mi reputación; es más, sólo llevaré a mi hija a la casa de un hombre cuando me demuestre que lo primero que lo ha impulsado a casarse con ella es su deseo sincero de emparentar conmigo..., conmigo..., conmigo... «Jamás los ojos de un hombre se han posado sobre ninguna de mis hijas.» ¡Bendito sea Dios, bendito sea Dios, Amina!

La madre lo escuchó sin decir palabra y se hizo el silencio en la habitación. Luego el hombre se levantó, lo cual anunciaba que se iba a vestir y a prepararse para volver a la tienda. Ella se apresuró a levantarse mientras el señor sacaba los brazos de la galabiyya y la alzaba para quitársela, pero se detuvo antes de que el escote le traspasara la barbilla y dijo con la prenda arremangada por encima del hombro como la melena de un león:

—¿El señorito Fahmi no ha medido la trascendencia de la petición que le ha formulado su amigo? —Luego, moviendo la cabeza con pena—: La gente me envidia por tener tres hijos varones y la verdad es que sólo tengo hembras..., cinco hembras.

26

Tan pronto como el señor abandonó la casa, su opinión sobre el compromiso de Aisha se divulgó y, a pesar de que fue acogida con resignación general —la resignación de quien no tiene otro recurso—, tuvo ecos contradictorios en las almas. Fahmi se entristeció por la noticia y sintió que se privaba a Aisha de un marido conveniente, como era su amigo Hasan Ibrahim. Cierto que, antes de que su padre zanjara el asunto, se

debatía entre el entusiasmo por el novio que se había presentado y la compasión por la crítica situación de Jadiga. Pero, una vez que se había zanjado y que su lado compasivo hacia ésta se había tranquilizado, la otra parte, interesada por la felicidad de Aisha, se sintió afligida y pudo manifestar abiertamente su opinión:

—No hay duda —dijo— de que el futuro de Jadiga nos preocupa a todos, pero no estoy de acuerdo con insistir en privar a Aisha de la buena ocasión que se le ofrece. La suerte es un misterio que sólo Dios conoce y quizá Él reserve un mejor destino al rezagado que al que va por delante.

Posiblemente Jadiga se sentía más culpable que nadie al interponerse por segunda vez en el camino de su hermana. Mientras se sentía en peligro, no pensó en la culpa, pero cuando llegó a sus oídos la opinión definitiva de su padre y el peligro que la amenazaba retrocedió, la rabia y el dolor la abandonaron, y su lugar lo ocupó un penoso sentimiento de vergüenza y culpa. A pesar de que las palabras de Fahmi no habían dejado una huella agradable en su espíritu, pues en lo más profundo de sí misma deseaba encontrar entusiasmo por parte de todos hacia el parecer de su padre y ser ella la única que se opusiera, Jadiga dijo a modo de comentario:

—Fahmi tiene razón en lo que ha dicho, y ésta ha sido siempre mi opinión.

Yasín volvió a reafirmar su anterior punto de vista:

—El matrimonio es el destino de todo ser viviente... ¡no temáis ni os inquietéis!

Esta vez se contentó con pronunciar esas palabras generales, a pesar de su pasión por Aisha y su enorme disgusto por la injusticia de que había sido objeto, pero tuvo miedo de exponer su opinión claramente y que Jadiga tomara a mal su comprensión, o que pensara que había relación entre este punto de vista y las numerosas disputas inocentes que se desencadenaban entre los dos. Además, al enfrentarse con los asuntos graves y delicados de la familia, su sensación interna de ser sólo hermanastro le impedía manifestar una opinión susceptible de herir a uno de sus miembros. Aisha no había dicho palabra y tuvo que hablar a la fuerza, no fuera que su silencio denunciara el dolor que estaba resuelta a ocultar, aparentando indiferencia ante él, fuera cual fuese el suplicio y la tensión que eso le exigiera. Es más, decidió mostrar tranquilidad en consonancia con el ambiente de una casa que no reconocía a los sentimientos ninguno de sus derechos, y en la que se disimulaban los deseos de los corazones con la máscara de la renuncia y la hipocresía.

—No está bien que yo me case antes que Jadiga —dijo—. Lo mejor de todo es lo que opina mi padre —luego sonrió—. ¿Por qué precipitáis la boda? ¿Quién os ha dicho que vamos a tener en el hogar conyugal una vida tan feliz como la que tenemos en casa de nuestro padre?

Ya que la conversación seguía, como era costumbre cada noche, en torno a la estufa, no se abstuvo de participar en ella tanto como pudo, a pesar de la distracción de su mente y la dispersión de su espíritu. En realidad, ¡cómo se parecía a una gallina degollada que se lanza con las alas extendidas, como sacudida por la viveza y la energía, mientras le fluye la sangre del pescuezo y pierde las últimas gotas de vida!

Como esperaba este resultado antes de que el caso fuera expuesto a su padre, no había ninguna esperanza oculta que jugase con sus sueños, como juega con nosotros la esperanza de ganar «el gordo» de la gran lotería. Al principio, había acatado la oposición a su matrimonio, impulsada por la generosidad del triunfo y de la felicidad, y por compasión hacia su desafortunada hermana. Ahora se había apagado la generosidad, se había secado la compasión y sólo quedaba resentimiento, indignación y desesperación. No tenía nada que hacer. Ésta era la voluntad inamovible del padre, y ella sólo podía acatarla y someterse; más aún, debía además estar de acuerdo y satisfecha, porque la mera desolación era una falta imperdonable. En cuanto a protestar, era un pecado indigno de su educación y de su pudor. Había despertado de la embriaguez de la desbordante felicidad con la que se había extasiado día y noche, para pasar a una oscura desesperación. ¡Qué densa es la oscuridad que sigue a la luz resplandeciente! En esta situación, el dolor no se limita a la tiniebla del momento, sino que se multiplica una y otra vez ante el pesar de la luz que desaparece. Se preguntaba a sí misma: Si había una luz capaz de brillar largo tiempo, ¿por qué no continuaba luciendo? ¿Por qué se apagaba? ¿Por qué se había apagado, para convertirse en un nuevo pesar que añadir a los otros, que la tristeza ya entretejía en torno a su corazón, apartándola de los recuerdos del pasado, de la situación real y de los sueños

del futuro? A pesar de estar inmersa en todos estos pensamientos y de estar presentes en su conciencia justo por eso, volvió a preguntarse, como si lo hiciera por primera vez, y como si la amarga verdad chocase con su mente también por vez primera: ¿Se había apagado verdaderamente la luz? ¿Acaso se habían cortado los lazos que había entre ella y el joven que llenaba su corazón y su imaginación?

Una pregunta nueva, a pesar de su reiteración; un nuevo choque, a pesar de haberle penetrado hasta los huesos; porque el dolor ardiente sigue en el litigio con la desesperación anclada en las entrañas, y con las ilusiones que se desvanecen en el aire cuando un rayo de esperanza destrozada las hace volar en pedazos, para volver luego a anclarse ese dolor en las entrañas y más tarde salir a flote otra vez, y una tercera, hasta que se retira a su refugio —cuando ya el alma ha dicho adiós a sus últimas esperanzas—, para no abandonarlo jamás, y acaba como si nunca hubiera existido ni pudiera existir. ¡Qué poca importancia le habían dado al asunto! Lo habían tratado igual que se tratan los asuntos cotidianos, como «qué se va a comer mañana», «ayer noche tuve un sueño extraño» o «el perfume del jazmín llena el aire de la terraza». Una palabra por aquí, una palabra por allá. Se lanza una propuesta, se expone una opinión con una calma y una cordura extrañas, luego una sonriente palabra de consuelo y otra de aliento, como si se tratara de una broma. Después la conversación cambia y se dispersa. Todo ha terminado y se incorpora a la historia que la familia relegará al olvido. ¿Dónde está su corazón? ¡No tiene corazón! Nadie se imagina que existe. No existe en realidad. ¡Qué extraña se siente, qué miserable y perdida! Ellos no tienen nada que ver con ella, ni ella con ellos. Está sola, rechazada, los lazos rotos. Pero ¿cómo iba a olvidar que una sola palabra, si la lengua de su padre la hubiera pronunciado, habría bastado para cambiar la faz de la tierra y crearle un mundo nuevo? Una sola palabra nada más. No era más que la pronunciación de un «sí», y se habría producido el milagro. No le habría costado sino la décima parte del esfuerzo que le había costado la larga discusión que terminó en la negativa. Pero no fue ésa su voluntad, y escogió para ella todo este suplicio. A pesar de que estaba dolida, furiosa e indignada, su dolor, su furia y su indignación se detuvieron ante la persona de su padre, y se alejó de él desilusionada, como retrocede una fiera enfurecida cuando se le presenta delante su domador al que ama y teme. Ella no podía atacarle ni siquiera en lo más profundo de su alma, y su corazón continuó guardándole fidelidad y amor, sin sentir hacia él más que entrega y lealtad, como si fuera un dios cuya sentencia no pudiera aceptarse sino con resignación, amor y lealtad.

Esa noche, la pequeña apretó la cuerda de la desesperación alrededor de su delicado cuello, y su sensible corazón tuvo la certeza de haberse secado y haber quedado estéril para siempre. El papel que se había empeñado en representar ante ellos, de alegría e indiferencia, y el esfuerzo autoimpuesto de participar en su tertulia, redoblaron su nerviosismo hasta que su dorada cabeza se sintió aplastada por el peso, y las voces se convirtieron en un ruido ensordecedor. Cuando llegó el momento de retirarse al dormitorio, se fue tan fatigada como una enferma. Allí, en la seguridad de las tinieblas de la habitación, su rostro se ensombreció por primera vez como reflejo de la imagen verdadera de su corazón.

Sin embargo, la había seguido una espía —Jadiga—, y estuvo segura desde el principio de que no le serviría de nada disimular con ella. Se había defendido de sus miradas en la reunión, pero ahora, si se sentaba con ella, no podría escapar ni huir. Temía que la chica abordara el tema con su conocida terquedad, y esperaba que su voz se infiltrara en sus oídos de un momento a otro. Su corazón aceptaba la conversación, no porque resucitara una nueva esperanza, sino porque esperaba un poco de consuelo tras las disculpas y el apuro que inexorablemente le manifestaría su hermana con sinceridad. La espera no se prolongó, y no tardó en llegarle la voz que decía a través de la oscuridad:

—Aisha, estoy triste y apenada, pero Dios sabe que no he podido hacer nada. Me hubiera gustado tener valor para rogarle a mi padre que rectificara su opinión.

Presa del arrebató de ira que la asaltó en cuanto oyó aquel tono entristecido, se preguntó qué sinceridad o hipocresía habría detrás de tales palabras, pero se vio obligada a volver al tono falso que había mantenido en la conversación cuando se reunieron con la madre.

—¿Por qué estar triste y desolada? —dijo—. Mi padre no se ha equivocado ni ha cometido ninguna injusticia. ¡No hay razón para precipitarse!

—Ésta es la segunda vez que se retrasa tu matrimonio por mi causa.

—No me apena en absoluto.

—Pero esta vez no es como la primera —dijo Jadiga con toda intención.

La muchacha captó a la velocidad del rayo lo que había tras aquellas palabras, y su corazón latió de congoja y pesar; lloró emocionada de amor, ese amor escondido que se alteraba con cualquier estímulo llegado del exterior, de forma espontánea o intencionada, como se despierta el dolor de la herida al tocarla o del furúnculo al sajarlo. Intentó hablar, pero se contuvo a la fuerza, porque le faltaba el aliento y porque temía que el tono de su voz la traicionara. Entonces Jadiga suspiró diciendo:

—Es por eso por lo que me encuentras tan triste y apenada. Pero Nuestro Señor es generoso y no hay desgracia que no tenga consuelo. Es posible que él espere, que sea paciente, y que te toque en suerte, a pesar de las apariencias.

Todos sus miembros gritaron «Ojalá», pero su lengua dijo:

—Me da lo mismo una cosa que otra. El asunto es más sencillo de lo que crees.

—Espero que sea así. ¡Estoy muy triste y afligida, Aisha!

De repente se abrió la puerta y apareció la silueta de Kamal en la tenue luz que se filtraba por la abertura.

—¿A qué has venido? —le gritó Jadiga enfadada—. ¿Qué es lo que quieres?

—No me regañes y hazme un sitio —dijo el chiquillo con una voz que denunciaba su protesta ante el mal recibimiento.

Saltó a la cama y se puso de rodillas entre ambas, luego deslizó una mano hacia la una y otra mano hacia la otra, y empezó a hacerles cosquillas para preparar un clima agradable a su conversación, no el que presagiaba la regañina de Jadiga. Pero ellas se lo quitaron de encima y le dijeron casi al unísono:

—Ahora tienes que dormir. Vete a acostar.

Pero él exclamó furioso:

—¡No me iré hasta que sepa lo que he venido a preguntar!

—¿Y qué quieres preguntar a estas horas de la noche?

—Quiero saber si os iréis de casa cuando os caséis —dijo cambiando el tono para garantizarse su respuesta.

—¡Espérate hasta que llegue el matrimonio! —le gritó Jadiga.

—Pero ¿qué es el matrimonio? —insistió el.

—¿Cómo voy a contestarte si yo no me he casado? Vete a dormir y Dios no te castigará.

—No me iré hasta saberlo.

—Cariño, déjalo en manos de Dios y vete de aquí.

—Quiero saber si os iréis de casa cuando os caséis —añadió con voz triste.

—Sí, señor —dijo ella exasperada—, ¿qué otra cosa quieres?

—Entonces, no os caséis —respondió él afligido —; eso es lo que quiero.

—A tus órdenes.

—No puedo soportar que os vayáis lejos de nosotros —volvió a protestar con violencia—, y pediré a Dios que no os case.

—¡De tu boca a la puerta del cielo! —exclamó Jadiga —. Venga, venga, ¡qué Nuestro Señor te conceda ese honor! Por favor, déjanos en paz.

27

Reinó en la casa la sensación de que su vida oprimida por la severidad encontraba por fin un día de tranquilidad, en el cual se podía —si se quería— respirar una brisa de libertad inocente a salvo de toda vigilancia. Kamal pensó que podría pasar todo el día jugando dentro o fuera de la casa; Aisha y Jadiga se preguntaron si se podrían deslizar por la noche a casa de Maryam para pasar una hora de diversión y alegría. Esta tranquilidad no llegó como resultado del fin de los meses de duro invierno y la llegada de los presagios de la primavera, que hicieron brillar el calor y la alegría; ya que la primavera no solía insuflar a esta familia una libertad que le negara el invierno. No, llegó como resultado natural del viaje del señor Ahmad a Port Said en una misión comercial que lo llevaba cada cierto número de años a viajar durante uno o varios días. Ocurrió que el hombre salió de viaje la mañana del viernes y la fiesta oficial reunió a los miembros de la familia. Sus deseos sedientos de libertad estuvieron en armonía con el ambiente relajado y tranquilo que había creado inesperadamente el viaje del padre lejos de El Cairo. No obstante, la madre adoptó una actitud vacilante ante el deseo de las chicas y el capricho del niño, porque procuraba que la familia perseverara en su proceder habitual y que todos guardaran, en ausencia del padre, los mismos límites que en su presencia, más por miedo a desobedecerle que por estar convencida de la validez de su severidad y de su rigidez. Antes de que ella se diera cuenta, Yasín le dijo:

—¡No te opongas a la voluntad de Dios! Vivimos una vida que no la vive nadie. Es más, quiero añadir algo, ¿por qué no te distraes tú también? ¿Qué pensáis vosotros de esta sugerencia?

Los ojos sorprendidos se dirigieron a él, pero nadie abrió la boca. Quizás ellos, al igual que su madre, que le lanzó una mirada de reproche, no se habían tomado en serio sus palabras. Sin embargo, él continuó:

—¿Por qué me miráis así? No he pecado contra el-Bujari ni he cometido ningún crimen. ¡Alabado sea Dios! No es más que ir a hacer un recadito, del que volverás tras haber echado una ojeada sobre una pequeña parte del barrio, en el que vives desde hace cuarenta años sin haber visto nada de él.

La mujer suspiró murmurando:

—¡Que Dios te perdone!

—¿Y por qué me va a perdonar? —dijo el joven soltando una carcajada—. ¿Es que he cometido alguna falta imperdonable? ¡Por Dios!, si yo estuviera en tu lugar iría inmediatamente a Sayyidna el-Huseyn... Sayyidna el-Huseyn, ¿me oyes? El que adoras y amas perdidamente a lo lejos, estando tan cerca. ¡Venga, levántate! El te está llamando.

El corazón de Amina latió de un modo cuyo efecto apareció en el rubor de su rostro, y bajó la cabeza para ocultar su intensa emoción. Aquél había sido arrastrado por la invitación con una fuerza, que repentinamente estalló en su alma de forma inesperada para ella, para los que la rodeaban e incluso para el mismo Yasín, como si fuera un terremoto ocurrido en una tierra que no los hubiera conocido. No sabía cómo su corazón había respondido a la llamada, ni cómo su mirada había podido llegar más allá de los límites prohibidos, ni cómo había pensado que la aventura sería posible, tentadora e incluso irresistible. Sin duda, la visita a el-Huseyn parecía, en su calidad de santo, una excusa suficiente como para dar el salto revolucionario que tanto deseaba. Pero no fue lo único que sacudió su espíritu, ya que, desde lo más profundo de su ser, acudieron a su llamada las corrientes contenidas y ávidas de libertad, como acuden los instintos sedientos de combate a la

llamada de la guerra, con el argumentó de defender la libertad y la paz. No sabía cómo manifestar su peligroso consentimiento, pero miró a Yasín y le preguntó con voz temblorosa:

—Visitar a el-Husevn es el deseo de mi corazón y de mi vida, pero... ¿y tu padre?

—Mi padre —rió Yasín— está en camino hacia Port Said y no volverá antes de mañana por la mañana. En tus manos está, extremando las precauciones, el pedir prestada a Umm Hanafi la melaya de pliegues para que si alguien te ve salir o volver a casa, crea que eres una visita.

Ella paseó los ojos entre sus hijos con vergüenza y temor, como si buscara un mayor apoyo. Jadiga y Aisha se entusiasmaron con la sugerencia, como si ambas expresaran con su entusiasmo su propio deseo contenido de salir y su alegría por poder visitar a Maryam, cosa que, tras este golpe de estado, se había convertido en algo prácticamente decidido. Kamal gritó desde lo más profundo de su corazón:

—¡Mamá, yo iré contigo para enseñarte el camino!

Fahmi la miró con cariño, influido por la confusa alegría que había visto en su rostro inocente, como la de un niño cuando quiere un juguete nuevo. Le dijo, animándola y sin darle mayor importancia:

—Echa un vistazo al mundo. No tienes por qué preocuparte. Temo que olvides cómo se camina por la cantidad de tiempo que llevas metida en casa.

En el ardor del entusiasmo, Jadiga corrió a donde estaba Umm Hanafi y volvió con su melaya. Las voces rivalizaron en risas y comentarios, y el día se convirtió en una fiesta feliz que ninguno de ellos había conocido. Participaron todos, sin saberlo, en la revuelta contra la voluntad del padre ausente. La señora Amina se envolvió en la melaya y dejó caer el velo negro sobre su rostro. Después se miró en el espejo, y no pudo contener una larga risa hasta que todo su cuerpo se sacudió. Kamal se puso su traje y su tarbúsh, y salió delante de ella al patio de la casa, pero la mujer no lo siguió. Se había apoderado de Amina esa sensación de miedo, inseparable de las situaciones cruciales. Levantó sus ojos hacia Fahmi y preguntó:

—¿Tú qué opinas? ¿Voy de verdad?

—¡Confía en Dios! —le gritó Yasín.

Jadiga se le acercó y le puso la mano en el hombro empujándola con dulzura mientras decía:

- Lafātiha te dará confianza.

No dejó de empujarla hasta que la sacó a la escalera. Luego retiró su mano y bajaron todos juntos. Se encontró a Umm Hanafi que la esperaba. La sirvienta echó una ojeada escrutadora sobre su señora, o más bien sobre la melaya que la envolvía. Luego sacudió la cabeza de forma crítica, se acercó a ella, y colocó los pliegues de aquélla alrededor de su cuerpo, y le enseñó cómo sujetar el borde en la posición correcta. Su señora, que se ponía la melaya de pliegues por primera vez, la obedeció, y se perfilaron los rasgos de su estatura y su talle en un hermoso contorno que normalmente ocultaban sus amplias galabiyas. Jadiga le lanzó una sonriente mirada de admiración, hizo un guiño a Aisha y las dos se desternillaron de risa.

Al cruzar el umbral de la puerta de salida en dirección a la calle, la mujer tuvo un momento crítico que le secó la boca, y estropeó su alegría en un acceso de angustia y un violento sentimiento de culpa. Se puso a caminar lentamente, agarrando, nerviosa, la mano de Kamal. Su modo de andar pareció inseguro y desmadrado, como si fuera incapaz de realizar incluso los más elementales principios para moverse, además de la intensa vergüenza que le sobrevino al exponerse a los ojos de gente que conocía desde mucho tiempo atrás a través de los orificios de la celosía: Amm Huseyn, el barbero; Darwish, el vendedor de habas; el-Fuli, el lechero; Bayumi, el de las bebidas, y Abu Sari, el de las pipas. Se imaginó incluso que ellos la reconocerían como ella los reconocía a ellos, o precisamente por este último motivo. Le costó trabajo confirmar en su pensamiento la verdad evidente de que sus ojos no se habían posado jamás sobre ella.

En esta situación cruzaron la calle hacia el adarve de Qírmiz porque, aunque había caminos más cortos para ir a la mezquita de el-Huseyn, éste no pasaba —como la calle de el-Nahhasín— por la tienda del señor, además de no haber tiendas ni, salvo en raras ocasiones, peatones. Se detuvo un instante antes de adentrarse en él y se volvió hacia la celosía, donde vio la silueta de sus dos hijas tras un postigo mientras que el otro mostraba los rostros sonrientes de Yasin y Fahmi, y sacó de sus miradas una valentía que le ayudó en su confusión. Luego apresuraron sus pasos —ella y el chiquillo— y atravesaron con cierta tranquilidad el adarve desierto. Ni la angustia ni el sentimiento de culpa la habían abandonado, pero ambos se fueron quedando en el margen de la conciencia, cuyo centro ocupaba un sentimiento de curiosidad hacia el mundo que se presentaba a su vista: un adarve, una plaza, sus extraños edificios y sus numerosas personas. Halló una ingenua alegría por participar en el movimiento y la libertad de los vivos. La alegría de quien ha pasado un cuarto de siglo prisionera de los muros, exceptuando unas contadas visitas a su madre en el-Juranfísh —unas pocas veces al año —, que realizaba en el interior de un coche de caballos en compañía del señor, sin tener valor ni siquiera para mirar disimuladamente a la calle. Preguntó a Kamal sobre las cosas que veían, los edificios y los lugares que encontraban por casualidad en su camino. El chiquillo le respondía con todo lujo de detalles, orgulloso del papel de guía que desempeñaba: «Ésta es la famosa galería de Qírmiz; antes de entrar en ella es necesario recitar la fátiha para protegerse de los ifrits que viven allí; ésta es la Plaza de Bayt el-Qadi, con sus grandes árboles...». Él la había llamado «Plaza de las Barbas del Pacha», por el nombre de las flores que había en lo alto de los árboles, y otra vez la llamó «Plaza Shengarli», por el nombre del turco que vendía chocolate. «Este edificio tan grande es la comisaría de el-Gamaliyya.» A pesar de que el chiquillo no encontraba allí nada que mereciera su atención, salvo la espada que pendía de la cintura del centinela, la madre le lanzó una mirada llena de curiosidad, digna del lugar en el que estaba el hombre que había intentado pedir la mano de Aisha. Llegaron a la escuela elemental de Jan Gafar, en la que había pasado un año antes de ingresar en la primaria de Jalil Aga. Señaló hacia su antiguo balcón y dijo: «En ese balcón nos ponía el sheyj Mahdi de cara a la pared a la menor falta, y nos pegaba con el zapato cinco, seis o diez veces, tantas como le parecía bien». Luego señaló una tienda situada debajo del balcón y dijo tras detenerse, y con un tono cuyo significado no se le ocultó a la madre: «Este es Amm Sadiq, el que vende las golosinas», y no consintió en moverse de su sitio hasta conseguir una piastra con la que compró un malban rojo. Tras esto, giraron hacia la calle de Jan Gafar y se les apareció a lo lejos un lado de la fachada de la mezquita de el-Huseyn, en cuyo centro había una inmensa ventana. La superficie estaba adornada de arabescos, y sobre el muro de la terraza se elevaban unas almenas muy juntas, como puntas de lanza. Ella preguntó con la alegría cantando en su pecho: «¿Sayyidna el-Huseyn?». Cuando él le contestó afirmativamente, comparó el espectáculo al que ahora se aproximaba —había apretado el paso por primera vez desde que saliera de casa— con el cuadro que del mismo se había forjado en su imaginación de acuerdo con los modelos de las mezquitas accesibles a su vista, como las de Qalawún y Barquq. Encontró la realidad por debajo de lo que había imaginado, ya que ella había agrandado la imagen a lo largo y a lo ancho en la medida que correspondía al rango que ocupaba el patrón de la mezquita en su alma. Sin embargo, esta diferencia entre lo real y lo imaginado no dejó ninguna huella en la alegría del encuentro que embargaba su corazón. Rodearon la mezquita hasta la puerta verde, y se sumaron a la multitud de las mujeres que entraban.

Cuando los pies de la mujer pisaron el suelo de la mezquita, sintió que su cuerpo se derretía de dulzura, cariño y ternura, y que se transformaba en un espíritu volátil que batía sus alas en un cielo en el que resplandecía el aroma de la profecía y la revelación. Sus ojos se inundaron de lágrimas que la ayudaron a mitigar la agitación de su pecho, el ardor de su amor y de su fe, y su enorme gratitud y alegría. Se puso a devorar el lugar con ojos anhelantes y curiosos: los muros, el techo, las columnas, las alfombras, las lámparas, el almimbar y los mihrab. Kamal, a su lado, miraba estas cosas desde otro punto de vista característico de él: ¿Sería la mezquita un lugar de visita para la gente durante el día y la primera parte de la noche y, después, una casa por la que su patrón mártir fuera y viniera, disfrutando del mobiliario que allí había, del mismo modo que haría un propietario con sus posesiones? ¿La recorrería entera, rezaría en el mihrab, subiría al almimbar y a las ventanas para dominar el barrio que la rodeaba? ¿Cómo le gustaba soñar que lo dejaban en la mezquita después de cerrar las puertas, para poder encontrarse cara a cara con el-Huseyn y pasar una noche entera en su presencia hasta que fuera de día! Se imaginó las muestras de amor y sumisión dignas de ofrecerle durante el encuentro, los deseos y anhelos apropiados para poner a sus pies, y el cariño y la bendición que, tras todo esto, esperarían de él. Se imaginó a sí mismo acercándosele con la cabeza baja mientras el mártir le preguntaba con dulzura: «¿Quién eres?», y él le respondería besando su mano: «Kamal Ahmad Abd el-Gawwad» y, al preguntarle por su ocupación, él le diría: «Soy alumno —sin olvidarse de alabar su talento— de la escuela de Jalil Aga». Al preguntarle qué le había llevado a aquella hora de la noche, contestaría que el amor por los

descendientes del Profeta en general, y por el-Huseyn en particular. El mártir le sonreiría con cariño y lo invitaría a que lo acompañara en su recorrido nocturno. Mientras tanto, Kamal le revelaría todos sus deseos: «Asegúrame que podré jugar como me dé la gana dentro y fuera de la casa, que Aisha y Jadiga se quedarán siempre con nosotros, que cambiarás el carácter de mi padre, que prolongarás la vida de mi madre hasta la eternidad, que recibiré dinero en cantidad suficiente, y que iremos todos al Paraíso sin pasar por el Juicio».

Durante este tiempo, la corriente de las visitantes que se arrastraba con lentitud los empujó poco a poco hasta que se encontraron en la cámara funeraria. Después de todo lo que ella había ansiado visitar esta habitación — como se anhela un sueño imposible de realizar en este mundo—, de pronto se quedó parada en pleno centro y, es más, pegada a las paredes del sepulcro mismo, contemplándolo a través de las lágrimas. Le hubiera gustado detenerse un rato para gozar largo tiempo paladeando la felicidad, de no haber sido por la intensa presión del gentío. Extendió su mano hacia las paredes de madera, y Kamal la imitó; después, ambos recitaron la fátiha. Tocó las paredes y las besó, mientras su lengua no dejaba de rezar e implorar. Le hubiera gustado quedarse largo tiempo, o sentarse en uno de los rincones para volver a observar, a reflexionar y hacer de nuevo la vuelta ritual al sepulcro. Pero el guardián de la mezquita estaba al acecho y no permitía que nadie se detuviera, daba prisa a las rezagadas y mostraba su largo bastón en señal de advertencia. Rogaba a todas que terminaran la visita antes de que llegara la hora de la oración del viernes. Ella había bebido hasta hartarse de la fuente fresca, pero no había apagado su sed, y ¡qué lejos estaba de apagarla! La vuelta ritual había despertado su ternura, cuyas fuentes habían fluido por la salida recién abierta. Ésta se había extendido y desbordado, y no cesaría de buscar una mayor proximidad y deleite. Cuando se vio obligada a abandonar la mezquita, su alma fue arrancada de allí de cuajo y depositó su corazón en el edificio mientras le volvía la espalda. Luego marchó exhausta, atormentada por los sentimientos de decir el último adiós. Sin embargo, la conformidad y la resignación que eran innatos en ella le reprocharon el haberse entregado a la tristeza, y esto hizo que volviera a gozar largo tiempo de la felicidad conseguida, consolándose de la idea de la separación.

Kamal la invitó a que viera su escuela, y se dirigieron hacia ella, al final de la calle de el-Huseyn. Se detuvieron ante ésta un buen rato y, cuando ella quiso volver por donde había venido, el niño advirtió que llegaba el final del feliz paseo con su madre, con el que nunca había soñado. Se negó a renunciar a él y se empeñó en defenderlo; así, propuso a su madre que caminaran juntos por la nueva avenida hasta el-Guriyya. Para terminar con la resistencia que se mostró en una forma ceñuda y sonriente desde detrás del velo, el niño juró por el-Huseyn; ella suspiró y se entregó a su manita.

Empezaron a caminar en medio de un inmenso gentío, entre riadas de personas que iban y venían, entrechocándose, en todas direcciones; un gentío del que no habían encontrado ni la centésima parte en la calle tranquila por la que habían venido. La mujer se sintió confusa y empezó a perder el aliento con un gran desasosiego. No tardó en quejarse a su hijo de la fatiga y el agotamiento que sentía, pero el interés del chiquillo por completar la feliz salida cerró sus oídos a las cuitas de ella, y la animó a continuar el paseo. La distrajo de su cansancio enseñándole las tiendas, los coches y los peatones, mientras que ambos se acercaban con gran lentitud a la desviación de el-Guriyya. En aquella curva apareció ante ellos la tienda de fatira y al niño se le hizo la boca agua. Sus ojos se quedaron fijamente clavados en ella, y se puso a pensar en un medio para convencer a su madre de que entraran en la tienda y compraran una fatira. Mientras lo pensaba llegaron a la tienda, pero, de repente, su madre le soltó la mano. Se volvió hacia ella con gesto interrogante, y la vio caída de bruces. A Amina se le escapó un profundo ¡ay! y los ojos del niño se dilataron de desconcierto, quedándose petrificado de terror. Pero, a pesar de su desconcierto y su miedo, vio con el rabillo del ojo —casi en el mismo momento— un coche que frenaba en medio de un brusco ruido y una estela de humo y polvo. Estuvo a punto de atropellar a la mujer caída, si no la hubiera esquivado a un palmo de distancia. Se elevó un grito y se armó un gran bullicio. La gente salió corriendo hacia el lugar desde todos los puntos de la calle, como corren los chiquillos hacia la flauta del encantador de serpientes. Se amontonaron a su alrededor en un apretado corro en el que se veían ojos curiosos, cabezas de cuellos estirados y lenguas que gritaban unas palabras en las que se mezclaban las preguntas con las respuestas. Kamal volvió un poco en sí de la impresión, y miró alternativamente a su madre caída a sus pies y a la gente, en un estado que evidenciaba el miedo y la petición de socorro. Luego se dejó caer de rodillas junto a ella y puso la palma de la mano en su hombro, mientras la llamaba con una voz deshecha por el calor de la súplica. Pero ella no le respondió. Levantó la cabeza mirando los rostros de la gente, y después gritó llorando con ardientes sollozos que se elevaron por encima del bullicio que lo rodeaba hasta casi hacerlo callar. Algunos intentaron consolarlo con palabras que no tenían ningún significado, y otros se inclinaron curiosos sobre su madre con unas miradas tras

las cuales se ocultaban dos deseos: uno de ellos era rogar por la salud de la víctima, y el otro —en un caso desesperado— era tratar de ver la muerte —esa sentencia irrevocable y predestinada— que llamaba a una puerta que no era la suya, y arrancando un alma que no era la suya, como si quisieran llevar a cabo una especie de ensayo tranquilo del importante papel que todos estaban condenados a representar al final de la vida. Uno de ellos gritó: «La ha golpeado la portezuela izquierda del coche en la espalda». El conductor, que había salido del coche y estaba de pie, asfixiado por el ambiente de acusación que lo envolvía, dijo: «Yo me he apartado de la acera de golpe, y no he podido evitar chocar con ella, pero he frenado con rapidez y el topetazo ha resultado leve. Si no llega a ser por la protección divina, la habría arrollado». Llegó una voz de entre los que la contemplaban: «Aún respira..., sólo se ha desvanecido». El conductor añadió, mirando a hurtadillas al policía que llegaba, con su sable que se mecía en el lado izquierdo: «Sólo ha sido un leve encontronazo. No ha sido nada. Ella está bien..., está bien, señores, ¡por Dios!». Luego se destacó la figura del primer hombre que se había acercado a examinarla y que dijo como si echara un discurso: «Apartaos, no le quitéis el aire. Ha abierto los ojos, está bien, bien. ¡Alabado sea Dios!». Había hablado con una alegría no carente de orgullo, como si fuera él quien le había devuelto la vida. Luego se volvió hacia Kamal que estaba dominado por un llanto nervioso, al que se había entregado con tal excitación que el consuelo de la gente no le era suficiente. El hombre se volvió hacia él y le acarició la mejilla con ternura, diciéndole: «Ya basta, hijito. Tu madre está bien. Mira. Ven y ayúdame a levantarla». Pero Kamal no paró de llorar hasta que vio moverse a su madre. Se inclinó y puso la mano izquierda de ella sobre su hombro, ayudando al hombre a levantarla hasta que, con un intenso esfuerzo, la mujer pudo levantarse entre los dos, débil y agotada. Se le había caído la melaya y algunas manos se extendieron para volvérsela a colocar en su sitio, en la medida de lo posible, alrededor de los hombros. Luego, el vendedor de la fatira, ya que el accidente había ocurrido delante de su tienda, le ofreció una silla. La sentaron en ella y él le trajo un vaso de agua. Tomó un sorbo cuya mitad se derramó sobre el cuello y el pecho, y enjugó con la mano con un movimiento reflejo mientras suspiraba profundamente. Empezó a jadear con dificultad y a mirar aturdida los rostros de quienes la observaban.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Qué ha ocurrido? ¡Dios mío! ¿Por qué lloras, Kamal?

Entonces el policía se acercó a ella, y le preguntó:

—¿Te duele algo, señora? ¿Puedes andar hasta la comisaría?

La palabra «comisaría» estalló en la mente de la mujer y estremeció sus entrañas. Exclamó con terror:

—¿Por qué voy a ir a la comisaría? No iré nunca allí. El policía dijo:

—Un coche te ha atropellado y derribado, y si tienes algún daño es necesario que vayáis tú y ese conductor a la comisaría para que se redacte el acta.

Pero ella dijo jadeando:

—No, no. No iré. Estoy bien.

—Asegúrate de lo que dices —dijo el policía—. Levántate y ponte a caminar para que podamos ver si tienes algo.

No dudó en levantarse, empujada por el terror que había desencadenado la alusión a la comisaría, se irguió y se ajustó la melaya. Luego empezó a andar bajo los ojos curiosos, mientras Kamal, a su lado, le sacudía el polvo que tenía en la melaya. Luego ella dijo al policía, deseando que terminara este penoso asunto a cualquier precio: «Estoy bien». Luego, señalando al conductor: «Dejadlo. No tengo nada». A medida que la dominaba el miedo, dejó de sentir debilidad, ya que la aterraba el espectáculo de la gente que la miraba, y especialmente el policía que estaba a la cabeza. Se estremeció bajo la impresión de las miradas que se dirigían hacia ella desde todos los lugares, desafiando con profundo desprecio una larga vida de aislamiento y recato. Apareció ante sus ojos, por encima de esta multitud, la imagen del señor como si escudriñara su rostro con ojos de hielo y piedra, augurando un mal que ella no era capaz de imaginar. Se dirigió hacia el-Saga sin soltar la mano del chiquillo, y nadie se cruzó en su camino. Aún no los había ocultado la curva de la calle, cuando sollozó desde lo más profundo de su ser y habló a Kamal como si lo hiciera consigo misma:

—Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿Qué he visto, Kamal? Ha sido como una pesadilla. Me ha parecido que caía desde lo alto hacia un abismo tenebroso y que la tierra daba vueltas bajo mis pies. Luego he perdido la conciencia de todo hasta que he abierto los ojos ante este terrible espectáculo. ¡Señor! ¿Quería verdaderamente llevarme a la comisaría? ¡Cielos, Señor! ¿Cuándo llegaremos a casa, Dios Salvador? ¿Has llorado mucho, Kamal? ¡Ojalá tus ojos no me falten nunca! Sécatelos con este pañuelo hasta que te laves la cara en casa. ¡Ay!

A punto de cruzar la calle de el-Saga, se detuvo. Apoyó la mano sobre el hombro del niño y su rostro se contrajo. Kamal la miró inquieto y le preguntó:

—¿Qué te pasa?!

Ella cerró los ojos y dijo con voz débil:

—Estoy cansada... Muy cansada. Apenas me sostienen las piernas. Llama al primer coche que encuentres, Kamal.

Kamal miró a su alrededor, y sólo vio un carro parado ante la puerta del hospital de Qalawún. Llamó al carretero, que se apresuró a poner el vehículo en movimiento hasta detenerlo ante ellos. La madre se acercó apoyada en el hombro de Kamal y, después, subió al carromato con su ayuda, apoyándose también en el hombro del carretero, que lo puso a su altura hasta que ella se sentó con su hijo al lado, y el cochero saltó al pescante azuzando con el mango de su látigo al burro, que empezó a andar con paso lento, mientras el coche se tambaleaba crujiendo tras él. La mujer suspiró entre balbuceos:

—¿Cuánto me duele! Tengo los huesos del hombro deshechos. Kamal, por su parte, tenía la vista clavada en ella con inquietud y angustia. El carro pasó en su camino por la tienda del señor, sin que ninguno de los dos prestara atención. Kamal siguió mirando hacia delante hasta que aparecieron ante él las celosías de la casa. Ya no recordaría del feliz paseo más que su triste final.

28

Umm Hanafi abrió la puerta, y se quedó desconcertada al ver a su señora sentada con las piernas cruzadas en un carro. En un primer momento creyó que quizás había pensado terminar su salida dando una vuelta en coche para divertirse, y brilló en su rostro una sonrisa, pero sólo por un breve instante, pues no tardó en ver los ojos de Kamal enrojecidos por el llanto. Miró hacia su señora con inquietud, y pudo notar esta vez el cansancio y el dolor que sufría. Se le escapó un gemido y corrió hacia el coche gritando:

—¡Señora!, ¿qué te pasa?, ¡que el mal se aleje de ti!

El carretero dijo:

—Esperemos que sólo sea un simple cansancio. Ayúdame a bajarla.

La mujer la cogió entre sus brazos y entró con ella en la casa seguida de Kamal, taciturno y triste. Jadiga y Aisha habían salido de la cocina y esperaban en el patio, pensando una broma con la que recibir a los que llegaban, y no se asustaron hasta que Umm Hanafi se dirigió hacia ellas desde el corredor exterior llevando a la madre casi como un fardo. Se les escapó un grito y corrieron hacia ella aterrorizadas y gritando:

—Mamá..., mamá..., ¿qué te pasa?

Todos ayudaron a llevarla, y entretanto Jadiga no pudo evitar el preguntar a Kamal qué había ocurrido, hasta que el chiquillo se vio forzado a balbucir con profundo miedo:

—¡Un coche!

—¡Un coche!

Así gritaron las dos chicas a la vez, repitiendo la palabra que produjo en su espíritu una impresión terrible, más allá de lo que podían soportar. Jadiga gimió gritando:

—¡Qué negra noticia! ¡Que el mal se aleje de ti, mamá!

Pero a Aisha se le trabó la lengua, y estalló en lágrimas. La madre no estaba inconsciente, aunque sí muy agotada y, para apaciguar el nerviosismo de las muchachas, murmuró a pesar de la fatiga:

—Estoy bien. No ha ocurrido nada malo. Sólo estoy cansada.

El alboroto llegó hasta Yasín y Fahmi, que salieron a lo alto de la escalera y se asomaron por encima de la balaustrada. No tardaron en bajar, apresurados e inquietos, preguntando qué había pasado. Jadiga no se pudo dominar, y señaló a Kamal para que respondiera él mismo, temerosa de repetir la terrible palabra. Las dos jóvenes se dirigieron al chiquillo, que volvió a balbucir triste y angustiado:

—¡Un coche!

Luego estalló en sollozos. Las jóvenes se separaron de él, y aplazaron de momento sus apremiantes preguntas; llevaron a la madre a la habitación de las chicas, donde la sentaron en el diván. Fahmi dijo, inquieto y atormentado:

—Cuéntame lo que te ha pasado, mamá. Quiero saberlo todo.

Pero ella inclinó hacia atrás la cabeza sin decir palabra, mientras recobraba el aliento, al tiempo que se elevaban los llantos de Jadiga, Aisha, Umm Hanafi y Kamal, de tal modo que Fahmi perdió los nervios, arremetió contra ellos y les riñó hasta que se calmaron. Luego atrajo a Kamal hacia sí para preguntarle lo que quería saber: cómo ocurrió el accidente, qué hizo la gente con el conductor, si los habían llevado a la comisaría, cómo había estado la madre durante todo esto. Mientras tanto, Kamal respondía a sus preguntas sin vacilar, con minuciosidad y con todo detalle. La madre seguía la conversación a pesar de su debilidad y, cuando el chiquillo se calló, hizo acopio de fuerzas y dijo:

—Estoy bien, Fahmi, no te inquietes. Querían que yo fuera a la comisaría pero me he negado. Luego he seguido andando hasta el final de el-Saga, y allí mis fuerzas han flaqueado de repente. No te inquietes. Las recuperaré cuando descanse un poco.

Sin embargo, Yasín padecía, además de su inquietud por el accidente, una intensa aflicción, ya que él era el primer responsable de la nefasta salida —así se la calificaría tras el accidente—, y les propuso que llamaran a un médico. Salió de la habitación para llevar a cabo su sugerencia sin esperar a conocer la opinión de los demás. La madre se estremeció cuando se mencionó al médico, del mismo modo que había temblado antes al mencionarse la comisaría. Rogó a Fahmi que alcanzara a su hermano y que lo disuadiera de su propósito, en la seguridad de que ella se curaría sin necesidad de un médico, pero el joven se negó a obedecer su ruego, y le expuso las ventajas que supondría su venida. Entretanto, las dos chicas la ayudaron a quitarse la melaya y Umm Hanafi le trajo un vaso de agua. Después, todos la rodearon mientras examinaban con inquietud su rostro, que palidecía, y le preguntaban una y otra vez cómo se encontraba. Ella procuraba fingir toda la tranquilidad que podía o, cuando el dolor la importunaba, se contentaba con decir: «Tengo un ligero dolor en el hombro derecho». Luego añadía: «Pero no es razón para hacer venir a un médico». La verdad es que nunca le gustó llamarlo, debido, por una parte, a que jamás había tratado con ninguno, no sólo por su fuerte salud, sino también porque ella siempre había conseguido curarse las indisposiciones o achaques que sufría con su propia naturaleza, pues no confiaba en la medicina oficial —que, además, estaba asociada en su mente a casos graves y asuntos serios—; y, por otra parte, porque ella se daba cuenta de que llamar al médico no podía sino agravar un asunto que deseaba ocultar y esconder antes de la llegada del señor. No dejó de expresar sus temores a sus hijos, pero a ellos sólo les preocupaba una cosa en esos instantes: su seguridad.

Yasín no estuvo ausente más de un cuarto de hora porque la consulta del médico estaba en la plaza de Bayt el-Qadi. Regresó precediendo al hombre, que, en cuanto llegó, entró a ver a la madre. Hizo desalojar la habitación, y no se quedaron con él más que Yasín y Fahmi. El médico preguntó a la madre dónde le dolía, y ella señaló su hombro derecho.

—Siento un dolor aquí —dijo, tragando una saliva que se había secado por el miedo.

A partir de su indicación y de lo que Yasín le había contado por el camino sobre el accidente a grandes rasgos, se acercó para examinarla. El reconocimiento pareció muy largo a los jóvenes que esperaban dentro, y también a los que esperaban detrás de la puerta aguzando el oído con el corazón palpitante. El médico se apartó de la paciente y se volvió hacia Yasín diciendo:

—Fractura de la clavícula derecha. Eso es todo.

La palabra «fractura» provocó un sobresalto dentro y fuera, y todos se asombraron por sus palabras «Eso es todo», como si tras esa fractura hubiera algo que les dejara un amplio margen a sus suposiciones. Sin embargo, en la propia expresión y en el tono con que la había lanzado, encontraron un motivo de tranquilidad.

—¿Es grave? —preguntó Fahmi entre el miedo y la esperanza.

—Claro que no. Devolveré el hueso a su posición anterior y lo vendaré, pero tiene que dormir unas cuantas noches sentada, con la espalda apoyada en una almohada, ya que le será imposible dormir de espaldas o de lado. La fractura se arreglará, y volverá a estar como antes en dos o tres semanas todo lo más. No hay de qué asustarse en absoluto. Ahora, dejadme trabajar.

Fuera lo que fuese, ellos dieron un suspiro de alivio después de haber tenido la garganta seca, y esta impresión se hizo patente entre el grupo que estaba fuera de la habitación, pues Jadiga murmuró:

—Que Nuestro Señor el-Huseyn la bendiga, ya que ella no ha salido más que para visitarlo.

Y como si Kamal recordara con sus palabras un asunto importante que hubiera olvidado durante largo tiempo, dijo asombrado:

—¿Cómo es posible que le haya ocurrido este accidente tras haber sido bendecida por la visita a Sayyidna el-Huseyn?

Pero Umm Hanafí dijo con sencillez:

—¿Quién de nosotros sabe lo que podía haberle ocurrido, Dios nos proteja, si no hubiera estado bendecida por la visita a su Señor y al Nuestro?

Aisha no se había repuesto de su conmoción y, molesta por la conversación, gritó con una ardiente súplica:

—¡Oh, Dios mío!, ¿cuándo terminará todo como si nada hubiera ocurrido?

—¿Qué es lo que la ha llevado a el-Guriyya? —añadió Jadiga triste y afligida—. Si hubiera vuelto directamente a casa tras la visita, nada de esto habría ocurrido.

A Kamal le dio un vuelco el corazón de miedo e inquietud, y su falta se agrandó ante sus ojos convertida en un crimen horrible, pero intentó librarse de las sospechas diciendo en tono de censura:

—Ella quería dar un paseo por la calle, y yo intenté en vano disuadirla. Jadiga le clavó una mirada acusadora y pensó en contestarle, pero se contuvo por compasión y ternura hacia la cara del chiquillo, que palidecía. Luego se dijo a sí misma: «Ya tenemos bastante por ahora».

La puerta se abrió y el médico salió de la habitación diciendo a los dos jóvenes que iban tras él:

—Conviene que yo la visite diariamente hasta que se restablezca de la fractura y, como os he dicho, no hay de qué asustarse en absoluto.

Irrumpieron todos en la habitación y vieron a su madre sentada en la cama, con la espalda apoyada en una almohada doblada. La única diferencia apreciable era que su vestido estaba un poco elevado sobre su hombro derecho, y delataba el vendaje que había debajo; corrieron hacia ella gritando:

—¡Bendito sea Dios!

¡Qué dolor tan fuerte había tenido mientras el médico curaba la fractura! Había gemido continuamente y, si no hubiera sido por el pudor que la caracterizaba, habría dado grandes gritos. Pero ahora el dolor la había dejado, o así parecía, y sintió una calma y un sosiego relativos. Sin embargo, la desaparición del violento dolor hizo que su pensamiento reanudara su actividad y reflexionó sobre la situación desde diferentes aspectos. El miedo no tardó en apoderarse de ella y preguntó paseando entre todos una mirada de soslayo:

—¿Qué voy a decir a vuestro padre cuando vuelva?

Esta pregunta, socarrona y desafiante, cortó los suspiros de alivio que los habían tranquilizado, del mismo modo que los arrecifes puntiagudos obstaculizaban el camino de un barco tranquilo. Sin embargo, no les cogió de sorpresa, sino que probablemente se infiltró dentro del tropel de dolorosos sentimientos encendidos en sus corazones por el impacto de la noticia. Pero la pregunta se había perdido en ese tropel, y se había aplazado, de momento, el considerarla. Ahora volvía para ocupar el lugar preeminente en su espíritu, y no encontraban la forma de evitar el enfrentarse a ella. Verdaderamente vieron que para ellos y para su madre era más grave que el accidente del que había salido casi ilesa. La madre sintió, por el silencio con que fue acogida su pregunta, la soledad del culpable abandonado por los amigos cuando se anuncian sus cargos, y murmuró quejumbrosa:

—Inevitablemente se enterará del accidente y, aún más, se enterará de mi salida, que es la causante de todo esto.

A pesar de que Umm Hanafi no estaba menos angustiada que el resto de la familia ni era menos consciente de la gravedad de la situación, quiso decir algo agradable, por una parte para suavizar el ambiente y, por otra, porque sentía que el deber la obligaba, como sirvienta antigua y fiel de la familia, a no buscar refugio ante la desgracia en un silencio que haría suponer una falta de interés. Sabiendo lo lejos que estaban sus palabras de la realidad, dijo:

—Cuando el señor se entere de lo que te ha pasado, no podrá más que dejar de lado tu falta, y agradecer a Dios que te hayas salvado.

Sus palabras fueron acogidas con la indiferencia que se merecían, ante una gente a quien no se le ocultaba la realidad de la situación. Sin embargo, Kamal las creyó y dijo entusiasmado como si rematara las palabras de Umm Hanafi:

—Especialmente si le decimos que habíamos salido para hacer una visita a Say-yidna el-Huseyn.

La mujer miró con ojos apagados a Yasín y Fahmi, y preguntó:

—¿Qué podría decirle?

Yasín, sobre quien había recaído el peso de la responsabilidad, dijo:

—¿Qué demonio me habrá engañado cuando te aconsejé que salieras? Una palabra que se me vino a la boca y que ojalá no hubiera venido, pero así lo ha querido el destino para arrojarnos a este doloroso trance. Pero te digo que encontraremos algo que decirle y, sea lo que sea, no tienes que preocuparte pensando en lo que va a pasar. Déjalo en manos de Dios. Por hoy tienes suficiente con los dolores y los miedos que has padecido.

Yasín había hablado con entusiasmo y cariño a la vez. Derramó su cólera sobre sí mismo y sintió por su madre la compasión de quien sufre por su situación. A pesar de que sus palabras no adelantaron ni atrasaron nada, al menos mitigaron sus sentimientos de pesadumbre ante la crítica situación. Había manifestado con ellas al mismo tiempo lo que quizás pensaban algunos o todos, los que estaban a su lado, y así les evitaba el tener que manifestarlo ellos a su vez. La experiencia le había enseñado que a veces el mejor medio para defenderse era atacarse a sí mismo, y que reconocer la falta incitaba al perdón en la misma medida que defenderse incitaba a la cólera. Lo que más temía era que Jadiga aprovechara esta buena ocasión para cargarle a él públicamente la responsabilidad de lo que había ocurrido por su consejo, y que lo tomara como un medio para atacarlo. Así, él se adelantó a sus propósitos cortándole el camino. Su suposición no estaba equivocada, pues la verdad es que Jadiga estaba a punto de exigirle, en su calidad de primer responsable de lo ocurrido, que encontrara una salida. Cuando echó su discurso, ella sintió vergüenza de atacarlo, en especial porque normalmente lo hacía para pelear y no por odio. Por eso la posición de Yasín mejoró algo, pero no así la situación general, que seguía siendo mala, y continuó igual hasta que Jadiga salió de su silencio diciendo:

—¿Y por qué no alegamos que se cayó por la escalera?

Su madre la miró con un rostro ansioso de salvarse por cualquier medio, y miró a Fahmi y Yasín, mientras aparecía en sus ojos un brillo de esperanza; pero Fahmi preguntó perplejo:

—¿Y el médico? La visitará a diario y necesariamente se encontrará con nuestro padre.

Pero Yasín se negó a cerrar la puerta por la que se infiltraba un rayo de esperanza, capaz de salvarlo de sus sufrimientos y sus miedos.

—Nos ponemos de acuerdo con el médico —dijo— sobre lo que conviene decir a nuestro padre.

Se miraron unos a otros sin saber si creérselo. Luego los rostros se alegraron por la sensación general de estar a salvo y el ambiente sombrío se transformó en otro alegre; del mismo modo que inesperadamente surge, en medio de la nube plomiza, una mancha azul que crece como un milagro prodigioso hasta envolver la bóveda celeste en escasos minutos, y brilla el sol.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Yasín suspirando—, ¡estamos salvados! Jadiga, tras recuperar en el nuevo clima su acostumbrada vivacidad, dijo: Querrás decir que te has salvado tú, señor consejero.

Yasín se rió a carcajadas mientras se estremecía su corpachón:

—Claro que estoy salvado del escorpión de tu lengua —dijo—. Hace un buen rato que estoy esperando que se dirija hacia mí de un momento a otro para picarme.

—Pero él te ha salvado. Gracias a las rosas se ha regado la cebada.

Con la alegría de sentirse a salvo, casi se habían olvidado de que su madre estaba en la cama con la clavícula rota, pero ella casi lo había olvidado también.

29

Amina abrió los ojos y su mirada se posó sobre Jadiga y Aisha, que estaban sentadas en la cama a sus pies, mirándola con unos ojos que se debatían entre el miedo y la esperanza. Suspiró y se volvió hacia la ventana, donde vio cómo se vertía la luz de la mañana por sus rendijas.

—He dormido mucho —murmuró extrañada.

—Unas pocas horas, después de haber llegado al alba sin pegar ojo —dijo Aisha—. ¡Qué noche! ¡No la olvidaré mientras viva!

Volvieron los recuerdos del insomnio y del dolor de la noche pasada y los ojos de Amina expresaron un lamento por ella misma y por las dos chicas, que habían velado a su lado durante esa noche para compartir con ella el dolor y el insomnio. Sus labios invocaron a Dios con una voz imperceptible. Luego susurró como avergonzada:

—¡Cuánto os he fatigado!

Jadiga dijo en un tono que insinuaba que estaba bromeando:

—Tu fatiga es de reposar, pero guárdate de volver a asustarnos. —Luego, en un tono dominado por la emoción, dijo—: ¿Cómo te ha entrado este tremendo dolor? Creía que habías caído en un sueño profundo y que estabas perfectamente, así que yo, a mi vez, me eché a dormir, pero de pronto, me desperté con tus gemidos y después no has dejado de decir ¡ay!, ¡ay!, hasta que ha amanecido. El rostro de Aisha brilló de optimismo y dijo:

—¡De todas formas, alégrate! Le he contado a Fahmi cómo estabas, cuando esta mañana me ha preguntado por tu salud, y me ha dicho que el dolor que sentías era una prueba de que el hueso fracturado empezaba a soldarse.

El nombre de Fahmi la sacó del torbellino de sus pensamientos, y preguntó:

—¿Se han ido tranquilos?

—¡Claro! —dijo Jadiga—. Querían charlar contigo para tranquilizarse, pero yo no he permitido que ninguno te sacara de un sueño en el que no entraste hasta que nos salieron canas.

La madre suspiró con resignación:

—De todas formas, ¡bendito sea Dios! Nuestro Señor hará que esto tenga unas consecuencias favorables. ¿Qué hora es?

—Falta una hora para la llamada a la oración del mediodía —respondió Jadiga.

Lo avanzado de la hora hizo que Amina bajara los ojos pensativa. Cuando los levantó, reflejaban una mirada de angustia. Luego murmuró:

—Quizás ahora esté de regreso a casa.

Ellas captaron lo que quería decir, pero, a pesar de que se sentían aterrorizadas, Aisha dijo con confianza:

—¡Bienvenido sea! No te inquietes. Estamos de acuerdo en lo que hay que decir, así que ¡asunto terminado!

Pero la proximidad de su llegada hizo nacer la angustia en su frágil corazón, y preguntó:

—¿Tú crees que será posible ocultar lo sucedido?

Jadiga dijo con una voz que se excitaba a medida que crecía su angustia:

—¿Y por qué no? Le contaremos lo que se acordó, y todo saldrá bien.

En aquellos momentos deseó que Fahmi y Yasín se hubieran quedado con ella para darle ánimos. Jadiga había dicho: «Le contaremos lo que se acordó y todo saldrá bien», pero lo ocurrido, ¿iba a permanecer en secreto eternamente? ¿No encontraría la verdad un resquicio por el que llegar hasta el señor? Ella temía la mentira tanto como la verdad; no sabía qué destino la aguardaba. Paseó la mirada con cariño entre sus dos hijas, y cuando iba a abrir la boca para hablar, entró corriendo Umm Hanafí, que dijo en voz baja, como si temiera que la oyesen fuera de la habitación:

—El señor ha llegado, señora.

Sus corazones palpitaron inquietos, y las dos chicas se alejaron de la cama de un salto, permanecieron de pie frente a su madre e intercambiaron sus miradas en silencio, hasta que ésta murmuró:

—Vosotras dos no habléis, pues temo que sufráis represalias por el engaño. Dejadme que hable yo, y que Dios nos ayude.

Reinó un silencio cargado de tensión —como el de los niños en la oscuridad, cuando golpean sus oídos unos pasos que ellos creen de ifrits que merodean en el exterior— hasta que percibieron, aproximándose, los pasos del señor sobre la escalera, y la madre cortó con esfuerzo la pesadilla del silencio murmurando:

—Si lo dejamos subir a la habitación no encontrará a nadie. Luego se volvió hacia Umm Hanafi y dijo:

—Cuéntale que yo estoy aquí enferma y no añadas más.

Tragó su reseca saliva. Las chicas salieron de la habitación a toda velocidad y la dejaron sola. Ella se encontró como si estuviera aislada de todo el mundo, y se rindió ante el destino. A menudo aparecía en su actitud esta resignación —la más débil de todas sus armas— como una forma de valentía pasiva. Se concentró para recordar lo que tenía que decirle, aunque siempre dudó de la viabilidad de su plan, duda que quedó oculta en el fondo de sus sentimientos, y se manifestó sólo por un estado de angustia, tensión y falta de confianza. Oyó los golpes de la contera del bastón del señor sobre el suelo de la sala, y murmuró: «Ten misericordia de mí, Señor, y ayúdame». Luego alzó su mirada hacia la puerta, hasta que el cuerpo alto y ancho del hombre se interpuso. Lo vio entrar y acercarse; después él le lanzó una mirada escrutadora. Se detuvo en medio de la habitación, y preguntó con una voz que ella se imaginó suave, en contra de lo esperado:

—¿Qué te pasa?

—¡Alabado sea Dios por tu salud, señor! —dijo bajando la vista —, yo estoy bien mientras tú lo estés.

—Pero Umm Hanafi me ha dicho que estabas enferma.

Ella se señaló con la mano izquierda el hombro derecho y dijo:

—Mi hombro está herido, señor, ¡por Dios, no pienses que es algo malo!

El hombre preguntó, escudriñando su hombro con precaución e inquietud:

—¿Cómo ha ocurrido?.

La suerte estaba echada. Había llegado el momento crucial. No tenía más remedio que hablar, decir la mentira salvadora y pasar la crisis en paz, buscando algo más de la misma compasión que ya le había ofrecido. Levantó los ojos fortalecida y se encontró con los de él, o mejor dicho, se encontró en los de él. Los latidos de su corazón se aceleraron y continuaron implacables. En ese momento se evaporaron todas las ideas que había ido reuniendo en su cabeza, y se disipó la energía que había amontonado en su voluntad. Sus ojos parpadearon con inquietud y desconcierto. Luego lo miró perpleja sin abrir la boca. El señor se asombró de su inquietud y su desconcierto y se apresuró a preguntar:

—¿Qué ocurre, Amina?

Ella no sabía qué responder, como si no tuviera nada que decir, pero quedó claro que no podía mentir. Se le había escapado la oportunidad sin saber cómo y, si hubiera repetido el intento, le habría salido del pecho un relato desvaído e inerte. Estaba como quien anda hipnotizado sobre una cuerda, cuando se le invita a repetir su aventura estando despierto. A medida que pasaban los segundos, se encogía por el desconcierto y la derrota, hasta que estuvo al borde de la desesperación.

—¿Por qué no hablas?

El tono del hombre empezó a revelar impaciencia, y poco le faltaba para estallar en cólera. ¡Dios! ¡Cuánta ayuda necesitaba ella! ¿Qué demonio la habría inducido a esta salida nefasta?

—¡Qué raro! ¿Es que no quieres hablar?

Seguir callada estaba por encima de sus fuerzas, así que murmuró con voz temblorosa, empujada por la desesperación y la preocupación:

—He cometido una grave falta, señor. Me ha atropellado un coche.

Los ojos del señor se abrieron desmesuradamente por la sorpresa, y brillaron de inquietud mezclada con desaprobación, como si dudara de sus facultades mentales. La mujer no pudo soportar la incertidumbre y decidió hacer una confesión completa, fueran cuales fuesen sus consecuencias, como quien se presta —arriesgando su vida— a que le realicen una grave operación quirúrgica para librarse de los sufrimientos de una enfermedad que no puede soportar. Su conciencia de la magnitud de la falta y de la gravedad de la confesión se redobló. Sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo sin preocuparse en disimular su tono lloroso, ya fuera porque dominaba su voz, o porque ella quería intentar desesperadamente obtener la compasión del señor.

—Pensé que Nuestro Señor el-Huseyn me llamaba para que lo visitara, y acudí a su llamada; fui a visitarlo, pero en el camino de regreso me atropello un coche. ¡Dios lo ha querido, señor! Me levanté sin ayuda de nadie —dijo la última frase con claridad— y, al principio, no sentí ningún dolor, así que pensé que estaba bien. Seguí andando para volver a casa y entonces el dolor se avivó. Llamaron al médico y examinó mi hombro; entonces comprobó que había una fractura. Prometió que me visitaría diariamente hasta que estuviera soldada. He cometido una grave falta, señor, y he recibido mi merecido. Pero... ¡Dios perdona y es misericordioso!

El señor la escuchaba silencioso e inmóvil, sin apartar los ojos de ella. Su rostro no dejaba traslucir lo que se debatía en su interior. Entonces ella bajó la cabeza con humildad, en la posición de quien espera que se pronuncie la sentencia. El silencio se prolongó y se agudizó; por el opresivo ambiente se propagaron señales que anunciaban el miedo y la amenaza. Ella dudaba de la postura que él tomaría, sin saber qué sentencia pronunciaría ni a qué destino la iba a condenar, cuando le llegó su voz, que decía con una extraña tranquilidad:

—¿Qué ha dicho el médico? ¿Es grave la fractura?

Volvió la cabeza hacia el hombre, desconcertada. Sin duda, esperaba cualquier cosa excepto que se mostrara generoso diciéndole estas amables palabras y, si no hubiera sido por la terrible situación, le habría pedido que las repitiera para estar segura de que era cierto lo que había oído. La dominó la emoción, se le saltaron dos lagrimones, y apretó los labios para sofocar el llanto. Luego murmuró con sumisión y abatimiento:

—El médico ha dicho que no hay absolutamente ningún motivo para asustarse. ¡Que Dios te libre de todo mal, señor!

El hombre se detuvo unos instantes, aguantando el deseo que lo impulsaba a hacerle más preguntas, hasta conseguir vencerlo, y se volvió para salir de la habitación diciendo:

—¡Quédate en la cama para que así Dios te ayude!

Jadiga y Aisha se precipitaron hacia la habitación después de que saliera su padre, y se detuvieron frente a su madre, mirándola con unos ojos inquisidores que expresaban preocupación y angustia. Notaron los suyos

enrojecidos por el llanto y se quedaron abatidas, mientras Jadiga, cuyo corazón había presentado el miedo y la desgracia, preguntaba:

—¿Ha ido todo bien?

La madre no tuvo más remedio que decir con brevedad, parpadeando confusa:

—Le he confesado la verdad.

—¡La verdad!

—No he podido hacer otra cosa que confesarla —dijo con resignación—. No era posible ocultarle eternamente el asunto. He hecho bien.

Jadiga se golpeó el pecho con la mano y exclamó:

—¡Qué día más negro el nuestro!

Mientras tanto, Aisha, que se había quedado atónita, fijó los ojos muy abiertos en el rostro de su madre sin decir una palabra, pero ésta sonrió con una especie de orgullo y vergüenza a la vez. Su pálido rostro se sonrojó al recordar la compasión con que él la había arropado cuando ella no esperaba sino una cólera devastadora, que soplara violentamente sobre ella y su futuro. Sin duda, sentía orgullo y vergüenza al disponerse a hablar de la compasión del señor por su sufrimiento, y de cómo había olvidado éste su cólera ante la emoción y la piedad que lo embargaban. Luego murmuró con una voz casi inaudible:

—Ha sido misericordioso conmigo. ¡Que Dios le dé larga vida! Ha escuchado en silencio mi relato, luego me ha preguntado la opinión del médico sobre la gravedad de la fractura, y me ha dejado, después de aconsejarme que me quede en la cama para que así Dios me ayude.

Las dos chicas intercambiaron miradas sorprendidas e incrédulas, pero rápidamente perdieron el miedo, suspiraron con profundo alivio y sus rostros se iluminaron de alegría.

—¿Te das cuenta de la bendición de el-Huseyn? —exclamó Jadiga.

—Cada cosa tiene unos límites —dijo Aisha ufana—, incluso la cólera de papá. No podía enfadarse viéndola en este estado. Ahora sabemos lo que ella significa para él. —Luego, se dirigió a su madre en broma—: ¡Qué madre más afortunada eres! ¡Enhorabuena por tanto honor y compasión!

El rostro de la madre volvió a enrojecer, y balbució tímidamente:

—¡Que Dios le dé larga vida! —Luego, suspirando—: ¡Alabado sea el Señor por habernos salvado!

Recordó algo, y se volvió hacia Jadiga diciendo con preocupación:

—Tienes que alcanzarlo porque seguro que necesitará tus servicios.

La chica, por la confusión e inquietud que la embargaban en presencia de su padre, se sintió como si hubiera caído en una trampa, y dijo irritada:

—¿Y por qué no va Aisha?

—Tú estás más capacitada para servirle —le reprochó la madre—. No te excuses, jovencita, ya que quizá te esté necesitando ahora mismo.

Sabía que su protesta no le iba a servir de nada, como no solía servirle cuando era reclamada para desempeñar tareas que la madre juzgaba más dignas de ella que de su hermana. Pero ella insistió en manifestarla, como se

empeñaba en hacer normalmente en parecidas circunstancias, empujada por sus nervios prontos a saltar, y poseída por esa tendencia agresiva que encontraba en su lengua el instrumento más dócil y mordaz. También lo hacía para impulsar a su madre a que repitiera lo que había dicho de que «estaba más capacitada que Aisha para tal o cual cosa», como reconocimiento por parte de su madre, advertencia para su hermana y consuelo para ella misma. La verdad era que si la madre encargaba una de esas tareas «importantes» a Aisha, y no a ella, se enfadaba muchísimo y se interponía, porque consideraba, en lo más profundo de su corazón, que la ejecución de estas tareas era uno de sus derechos y un privilegio para ella, como mujer digna de ocupar la posición inmediata a su madre en la casa. Pero, al mismo tiempo, no quería reconocer públicamente que, al realizarlas, ejercía uno de sus derechos, sino una tarea pesada que aceptaba a regañadientes, para que quien la invitaba a hacerla —si la invitaba— se sintiera molesto, y así poder protestar —si protestaba— con una cólera que la divertía, y para expresar con tal motivo los comentarios que se le antojaban. Además, lo hacía para que lo consideraran un favor por el que merecía agradecimiento. Y así salió de la habitación diciendo:

—En todas las situaciones críticas llamas a Jadiga, como si fuera la única que tuvieras delante. ¿Qué harías si yo no existiera?

Pero su orgullo la abandonó por el simple hecho de salir de la habitación, y fue sustituido por el miedo y la inquietud. Se preguntó asombrada cómo podría presentarse ante su padre, cómo llevaría a cabo su servicio y qué obtendría de él si tartamudeaba, se retrasaba o se equivocaba. Pero el señor se había quitado ya la ropa y se había puesto él mismo la galabiyya. Cuando ella se paró en la puerta y le preguntó qué necesitaba, le mandó que le hiciera una taza de café. Ella corrió a prepararla, y luego se la ofreció con los ojos bajos y andando de puntillas a causa del miedo y la vergüenza. Volvió a la sala, y se quedó allí para estar a sus órdenes si él la llamaba, sin que la abandonara la sensación de temor; llegó a preguntarse cómo iba a poder seguir a su servicio durante las horas que estuviera en casa, día tras día, hasta que pasaran las tres semanas. El asunto le pareció verdaderamente penoso, y comprendió por primera vez el importante vacío que su madre llenaba en la casa; rezando para que se curara, de una parte por amor hacia ella, y de otra por piedad hacia sí misma.

Para su desgracia, el señor sintió deseos de descansar tras la fatiga del viaje, y no se fue a la tienda como ella esperaba, así que se vio obligada a permanecer en la sala como una prisionera. Mientras tanto, Aisha subió al piso de arriba y se deslizó, sin hacer ruido, hacia la sala donde estaba sentada su hermana para hacerle guiños despectivos por su situación, cuando la viera y luego volver con su madre dejándola hervir de cólera, ya que lo que más encendía su ira era que se divirtieran bromeando a su costa, aunque a ella le encantara burlarse de todos con sus bromas. No llegó a recuperar su libertad, aunque esto sólo fuera por un momento, naturalmente, hasta que el señor se quedó dormido. Voló entonces hasta su madre y le contó los servicios, verdaderos o inventados, que había prestado a su padre, describiendo las muestras de afecto y estima por dichos servicios que había leído en sus ojos. No olvidó detenerse en dar un repaso a Aisha, a quien echó una regañina y llenó de reproches por el comportamiento infantil que había mostrado. Cuando su padre despertó, Jadiga volvió para llevarle el almuerzo. Cuando el hombre lo terminó, se sentó durante un buen rato para revisar algunos papeles; después la llamó y le pidió que le enviara a Yasin y a Fahmi tan pronto como volvieran a casa.

Esta petición inquietó a la madre, por temor de que en el espíritu del hombre se hubiera grabado una cólera contenida y que quisiera ahora desahogarla en los dos muchachos. Cuando Yasin y Fahmi llegaron, supieron la situación y se enteraron de la entrevista que su padre había dispuesto sintieron la misma aprensión que la mujer, y se dirigieron a la habitación de su padre atemorizados. Sin embargo, el hombre echó por tierra sus suposiciones, ya que los recibió con una calma inusitada, y les preguntó acerca del accidente, sus circunstancias y el diagnóstico del médico. Le contaron lo que sabían durante un buen rato, mientras él los escuchaba con atención. Al final les preguntó:

—¿Vosotros estabais en casa cuando ella salió?

A pesar de que se esperaban esta pregunta desde el principio, les produjo, tras la asombrosa e inesperada tranquilidad inicial, una impresión de inquietud, y temieron que fuera el preámbulo de un cambio de ese tono que los había hecho sentirse tranquilos y a salvo. Fueron incapaces de hablar y se refugiaron en el silencio. Pero el señor no insistió en la pregunta, como si no le interesara oír una respuesta que ya había deducido de antemano, o quizás quisiera dejar constancia de su falta sin preocuparse de que ellos la confesaran. Lo único

que añadió a esto fue indicar la puerta de la habitación, en señal de permiso para que se marcharan. Cuando salían, oyeron que decía, hablando consigo mismo:

—Ya que Dios no me ha dado hombres, que al menos me dé paciencia.

A pesar de que las apariencias demostraban que el accidente había conmovido el espíritu del señor hasta producir en su comportamiento habitual un cambio que asombró a todos, él, sin embargo, no pudo renunciar al deseo de marcharse a su tradicional velada nocturna. Apenas llegó la noche, se vistió y dejó la habitación, despidiendo un agradable perfume. No obstante, en su camino hacia la salida, pasó por la habitación de la mujer y se interesó por ella. Ésta rogó largo rato por él, enormemente agradecida, y no vio en el hecho de que se fuera a su velada, mientras ella guardaba cama, una falta de compasión. Es posible que, en el hecho de que él pasara por su habitación, la mujer encontrara un honor muy superior a lo que había esperado; más aún, el mero hecho de no volcar su cólera contra ella, ¿no era un favor con el que no había soñado? Antes de que él saliera de su habitación, los hermanos habían preguntado a la mujer: «¿Tú crees que va a renunciar esta noche a su velada?», pero la madre les había respondido: «¿Y por qué va a quedarse después de saber que todo está tranquilo?». Quizás ella deseaba en secreto que el hombre rematara su buena acción renunciando a la velada, como parecía lo apropiado para un marido cuya esposa hubiera sufrido un accidente como el suyo. Pero conocía su carácter, y forjó de antemano una excusa para él hasta el punto de que, cuando el señor corrió a la velada como ella se temía, pudo, disimulando su situación, tolerar que se marchara gracias a esa excusa que había forjado y no achacándolo a la indiferencia. Pero Jadiga dijo:

—¿Cómo es capaz de ir a la velada viéndote en este estado?

Yasín le respondió:

—No hay que reprocharle que lo haga, ya que se ha ido tranquilo respecto a ella. La tristeza de los hombres es diferente a la de las mujeres, y que el nombre vaya a la velada no es incompatible con su tristeza. Es más, quizás sea necesario que olvide sus pesares para poder continuar su penosa existencia.

Yasín no defendía tanto a su padre como a su propio deseo de salir, que empezaba a agitarse en su interior. Sin embargo, su stratagema no bastó a Jadiga, que le preguntó:

—¿Es que tú, por ejemplo, podrías irte a tu café esta noche?

Él saltó, maldiciéndola en secreto:

—¡Claro que no!, ¡pero yo soy una cosa y papá otra!

Cuando el señor dejó la habitación, la mujer recobró esa sensación de tranquilidad que le llega a uno tras salvarse de un peligro cierto, y su rostro resplandeció con una sonrisa.

—Quizás ha juzgado que mi castigo es proporcional a mi falta y me ha perdonado —dijo—. ¡Que Dios lo perdone a él y a todos nosotros!

Yasín dio una palmada y protestó:

—Hay hombres celosos como él, sus amigos entre ellos, que no ven ningún mal en permitir a sus mujeres que salgan cada vez que lo exige la necesidad o la cortesía. ¿Por qué se empeña en hacer de esta casa una prisión perpetua para vosotras?

Jadiga lo miró burlona y preguntó:

—¿Y por qué no has planteado esta defensa mientras estabas ante él?

El joven se volvió carcajeándose hasta hacer temblar su barriga.

—En primer lugar —respondió—, yo tendría que tener una nariz como la tuya para defenderme con ella en caso de necesidad.

Los días de convalecencia se sucedieron sin que volviera el dolor que la había aquejado la primera noche, aunque aún atenazaba su torso y su hombro al menor movimiento que hiciera. Después se fue curando a pasos agigantados gracias a su fuerte constitución y a su vitalidad desbordante, que le hacían odiar el reposo y la inactividad, por lo que el sometimiento a las órdenes del médico se convirtió en un penoso deber, cuyo suplicio eclipsaba los dolores de la fractura cuando más intensos eran. Si los chicos no hubieran sido inflexibles en vigilarla, quizá se habría saltado las recomendaciones del médico y se habría levantado a toda prisa para dedicarse a sus menesteres. No obstante, su reposo no le impedía vigilar los asuntos domésticos desde la cama y revisar lo que encargaba a las chicas con una minuciosidad agotadora, especialmente en los detalles de aquellas tareas que temía fueran descuidadas u olvidadas. Preguntaba con insistencia: «¿Habéis quitado el polvo de lo alto de las cortinas y de los resquicios de las ventanas? Tú, ¿has perfumado con incienso el baño para tu padre? ¿Has regado la hiedra y el jazmín?», cosa que una vez encolerizó a Jadiga, que dijo: «Que sepas que si tú te preocupabas por la casa un montón, yo me preocupo por ella cien veces más». Además de todo esto, su forzada renuncia a su importante posición producía a Amina un sentimiento confuso que a menudo la molestaba. Quizá se preguntaba si la casa, o alguno de sus miembros, no habría perdido parte de su orden o de su tranquilidad por dicha renuncia. No sabía qué prefería: o bien que todo continuara como estaba gracias a las dos muchachas, fruto suyo al fin y al cabo, o que se perdiera algo de equilibrio, lo cual haría recordar a todos el vacío que ella dejaba tras de sí. Suponiendo que el señor en persona hubiera sentido este vacío, ¿sería esto un motivo para que él la valorara por su importancia o, por el contrario, para que se irritara por su falta, causante de todo esto? La mujer estuvo vacilando mucho tiempo entre la tímida compasión hacia sí misma y la franca compasión hacia sus dos hijas. Pero lo cierto es que si se hubiera perdido algo de orden, le habría producido una enorme tristeza, del mismo modo que si todo se hubiera conservado como si nada hubiese sucedido, habría estado igualmente angustiada.

La realidad era que su vacío no lo había cubierto nadie, y la casa daba claras muestras de desbordar a las dos chicas a pesar de su actividad y su dedicación. Amina no se alegró de eso exterior ni interiormente. Ocultó sus propios sentimientos, y defendió a Jadiga y a Aisha de forma apasionada y sincera. Después la dominó la angustia y el dolor, y se sintió incapaz de soportar su retiro.

31

Al alba del día previsto y tan largo tiempo esperado, se levantó de la cama contenta, con agilidad juvenil, como si fuera un rey que vuelve a su trono tras el exilio. Bajó a la habitación del horno para continuar sus labores habituales, de las que había estado alejada durante tres semanas, y llamó a Umm Hanafi. La mujer se despertó sin dar crédito a sus oídos, luego se precipitó hacia su señora, abrazándola y bendiciéndola, y en seguida ambas emprendieron su trabajo matinal con una alegría indescriptible. Al alumbrar los primeros rayos del sol, subió al primer piso, donde sus hijos la recibieron con besos y felicitaciones; después se encaminó hacia la habitación en que dormía Kamal, y lo despertó. Nada más abrir los ojos, el chiquillo se quedó mudo de asombro y alegría, y luego se le colgó al cuello, pero ella se apresuró a liberarse de sus brazos con delicadeza, mientras le decía:

—¿No tienes miedo de que el hombro me vuelva a doler como antes?

Él la cubrió de besos, y luego se rió preguntando con malicia:

—¿Cuándo vamos a salir juntos otra vez, mamaíta?

—¿Cuando Dios te guíe por el buen camino —le respondió con un risueño tono de reproche— y no me conduzcas, en contra de mi voluntad, a la calle en la que estuve a punto de morir!

Se dio cuenta de que ella se estaba refiriendo a su terquedad, que había sido la causa directa de lo sucedido, y se rió a pleno pulmón, con la risa del culpable que se salva al cabo de tres semanas de tener la culpa pendiente sobre su cabeza. Sí, cuánto miedo había tenido de que la investigación emprendida por sus hermanos condujera al descubrimiento del anónimo culpable, pues las sospechas que tuvieron de él, unas veces Jadiga y

otras Yasín, habrían acabado por descubrirlo en el rincón donde se había refugiado de no haber sido por la insistencia de la madre en defenderlo y su empeño en cargar ella sola con la responsabilidad del accidente. Cuando la investigación pasó a manos del padre, el miedo llegó a su punto álgido, pues esperaba que le llamara a su presencia de un momento a otro. Y todo esto añadido al suplicio de estar tres semanas viendo a su querida madre postrada en el lecho, muy afectada y tan incapaz de estar echada como de levantarse. Pero ahora el accidente había pasado, y con él sus secuelas; la investigación se había acabado; su madre había vuelto a despertarlo por la mañana y lo llevaría a la cama por la noche; todo había vuelto a ser como antes, y la seguridad desplegaba sus estandartes. Así que tenía derecho a reírse a pleno pulmón y a felicitarse en su fuero interno por el bienestar que se le brindaba.

La madre abandonó la habitación y subió al piso superior; al acercarse a la puerta de la habitación del señor, le llegó su voz que repetía rezando: «¡Alabado seas, excelso Señor!». Su corazón latió con fuerza al tiempo que se detenía vacilante a un paso de la puerta, y de inmediato se preguntó: «¿Entro para darle los buenos días o es mejor que primero prepare la mesa del desayuno?». No se lo cuestionó por el mero hecho de hacerse esa pregunta, sino por huir del miedo y la vergüenza que brillaban en su alma, o por ambas cosas a la vez. Es lo mismo que les ocurre a veces a las personas que se inventan un problema ficticio, para evadirse de un problema inmediato que les resulta penoso resolver. Fue al comedor y se puso a trabajar con redoblado interés, a pesar de que su angustia iba en aumento. De nada le había servido el tiempo de demora que se había tomado, pues no encontró el esperado alivio, sino la aflicción de la espera, aún más penosa que la situación a la que evitaba enfrentarse. Le sorprendía pensar cómo la asustó entrar en «su habitación», como si fuera la primera vez que lo intentara, y más aún cuando el señor no había dejado de visitarla, día tras día, durante el tiempo que estuvo en cama. Pero lo cierto era que su curación la privaba de la protección que la enfermedad le había proporcionado y sintió que era la primera vez que iba a encontrarse a solas con él desde que había confesado su falta. Su soledad se mitigó un poco al ir llegando sus hijos, uno tras otro. El señor no tardó en entrar en el comedor, con su amplia galabiyya, sin aparentar ninguna reacción al verla; al dirigirse a su sitio en la mesa dijo con calma:

—¿Ya has venido? —luego, tomó asiento y se dirigió a los hijos—: ¡Sentaos! Tomaron el desayuno, mientras ella permanecía de pie en su sitio habitual.

Aunque al entrar él, Amina se atemorizó, después recobró el aliento, es decir, después de haberse producido el primer encuentro tras su curación y haber transcurrido en paz. Sintió entonces que le sería menos penoso quedarse a solas con él en la habitación al poco rato. Se levantaron todos de la mesa, el señor volvió a su habitación y ella lo siguió al cabo de unos minutos, con la bandeja del café. La colocó sobre la mesita y se quedó a un lado, en espera de que acabara de sorberlo para ayudarlo a vestirse. El señor tomó el café en profundo silencio, pero no ese silencio que se produce de forma espontánea, como descanso tras la fatiga, o para encubrir que no hay nada de qué hablar, sino ese silencio callado, totalmente deliberado. Ella no había perdido la esperanza, aunque fuera leve, de que el señor le mostrara su afecto con una palabra amable, o al menos que se pusiera a hablar de alguno de los temas habituales a aquellas horas de la mañana. Su deliberado silencio la dejó confusa, y volvió a preguntarse si aún quedaba algo en su alma, mientras la angustia le clavaba de nuevo su aguijón en el corazón. Pero el denso silencio no duró mucho. El señor reflexionaba con una rapidez y concentración desprovista de todo sabor, no con la reflexión que nace de la inspiración del momento, sino con otra contumaz, antigua, que no lo había abandonado durante los últimos días. Finalmente, preguntó sin levantar la cabeza de la taza de café ya vacía:

—¿Ya has recobrado la salud?

—A Dios gracias, mi señor —dijo Amina en voz baja.

—¡Me ha sorprendido —prosiguió diciendo el hombre con amargura— y me seguirá sorprendiendo pensar cómo te atreviste a hacerlo!

Su corazón latió con violencia y agachó la cabeza, desalentada. Si no podía soportar su enfado cuando defendía una falta cometida por otro, ¿cómo lo soportaría ahora que la culpable era ella? Él esperaba una respuesta, pero el miedo trabó la lengua de la mujer. Entonces el señor continuó su conversación, preguntando con tono de desaprobación:

—¿Habré estado equivocado sobre ti durante todos estos años, sin saberlo?

En ese instante ella extendió las palmas de las manos con pánico y dolor, murmurando con el aliento entrecortado:

—Dios me proteja, mi señor. Mi falta es realmente grave, pero no merezco esas palabras.

Pero el hombre continuó hablando con su terrorífica calma, a cuyo lado un grito habría tenido poca importancia.

—¿Cómo has podido cometer esta falta tan grave!, ¿acaso porque me he alejado de aquí un solo día?

—He cometido una falta, señor —dijo con una voz trémula que delataba el estremecimiento que recorría su cuerpo—, y en ti está el perdón. Estaba suspirando por visitar Sayyidna el-Huseyn y pensé que su bendita visita intercedería en mi favor para permitirme salir aunque fuera una sola vez.

Él agitó la cabeza con cierta vehemencia, como queriendo decir: «De nada sirve discutir». Luego levantó los ojos hacia ella, con el rostro hosco y encolerizado, y le dijo con un tono que no admitía réplica:

—¡No tengo más que decirte! ¡Sal de mi casa sin tardar!

La orden se abatió sobre su cabeza como un golpe de gracia, y se quedó atónita, sin decir palabra e incapaz de moverse. Cuántas veces había imaginado, en las horas más duras de su prueba esperando que volviera de Port Said, todo tipo de horrores, como que volcara su cólera contra ella o la ensordeciera con sus gritos e insultos, e incluso no descartaba que la golpeará; pero nunca había pensado que la echara de casa, aunque sólo fuera porque había vivido en su compañía durante veinticinco años y no podía imaginar ninguna razón que pudiera separarlos o alejarla de aquella casa de la que formaba parte inseparable. Pero el señor acababa de desembarazarse, con sus últimas palabras, del peso de una idea que se había adueñado de su cerebro durante las tres últimas semanas.

La lucha había comenzado en el instante en que la mujer, postrada en el lecho, había confesado su falta llorando. En el primer momento, él no había podido dar crédito a sus oídos, pero luego se repuso y volvió a la odiosa realidad que se le aparecía desafiando su orgullo y su arrogancia. Sin embargo, contuvo su ira al ver lo que le ocurría a ella; o, mejor dicho, no pudo pensar en aquello que desafiaba su orgullo y su arrogancia, a causa de la profunda angustia, rayana en el miedo y el pánico, que sintió por la mujer a la que estaba acostumbrado y cuyas virtudes admiraba. Fue afectuoso con ella hasta un punto tal que le hizo olvidarse de su falta y rogar a Dios por su salud. Su tiranía se diluyó ante el peligro que la acechaba despertando la desbordante compasión que abrigaba en su corazón. Aquel día había vuelto a su habitación entristecido y desolado, aunque su rostro no reflejó nada de lo que se debatía en su pecho... ni ante ella ni ante sus hijos... Al verla reponerse a pasos acelerados y seguros, fue recobrando la tranquilidad y, por consiguiente, empezó a considerar todo el accidente, con sus causas y sus consecuencias, desde una nueva perspectiva, o más bien desde la perspectiva antigua con que solía considerar su casa. Por mala suerte para la madre, volvió a considerarlo con calma y a solas consigo mismo, y se convenció de que si triunfaba el perdón y atendía a la llamada de piedad hacia la que se inclinaba su corazón, perdería todo su prestigio, su honor, su historia y su tradición, las riendas se le irían de las manos y se disgregaría la cohesión familiar, que él deseaba gobernar con firmeza y rigidez. En resumen, que en esa situación no sería Ahmad Abd el-Gawwad, sino otra persona que nunca le gustaría ser. Sí, desafortunadamente, volvió a considerarlo con calma y a solas consigo mismo, mientras que, si se hubiera permitido desfogar su cólera cuando ella lo había confesado, su enojo se habría calmado y el accidente habría pasado sin arrastrar tras de sí funestas consecuencias. Pero no dio rienda suelta a la cólera en su momento ni satisfacía a su orgullo expresarla tras su curación, después de una calma que había durado tres semanas, ya que esta cólera habría parecido más una reprimenda deliberada que una auténtica cólera. Su temperamento iracundo solía inflamarse de forma natural y de forma premeditada al mismo tiempo. Y como el lado espontáneo de éste no había encontrado desfogue en su momento, y había tenido la oportunidad de volver a pensar con calma, era necesario que su lado reflexivo encontrara un medio eficaz para plasmar la cólera en proporción a la gravedad de la falta. De esta manera, el peligro que había

amenazado la vida de ella y la había salvado de su cólera, por la compasión que había provocado en él, se transformó en un instrumento de castigo de largo alcance, porque el señor había tenido tiempo de maquinarse y reflexionar. Se levantó irritado, le volvió la espalda mientras cogía su ropa de encima del sofá, y luego añadió con sequedad:

—Me vestiré yo solo.

Ella aún seguía clavada en el sitio, ausente de cuanto la rodeaba, y su voz la devolvió a la realidad. Tan pronto como percibió en sus palabras y en su actitud que le estaba ordenando marcharse, se dirigió a la puerta con pasos imperceptibles y, antes de atravesarla, le llegó su voz que decía:

—Cuando regrese al mediodía, no quiero encontrarte aquí.

32

Ya en la sala, le flaquearon las fuerzas y se arrojó sobre el extremo del sofá, con las palabras crueles y tajantes del señor resonando en sus entrañas. El hombre no bromeaba. ¿Cuándo había bromeado? A pesar de su deseo de huir, no podía marcharse de allí, ya que si bajaba en contra de lo acostumbrado, antes de que él dejara la casa, provocaría las sospechas de los hijos, y ella no deseaba que empezaran su jornada o se marcharan a sus quehaceres tragándose la noticia de su expulsión. Y había otro sentimiento, quizás de vergüenza, que le impedía encontrarse con ellos en el estado de humillación de quien ha sido expulsado. Así que decidió quedarse donde estaba hasta que él se fuera de casa o, mejor aún, refugiarse en el comedor para que sus ojos no tropezaran con ella al salir. Con el corazón destrozado, se deslizó hasta allí y se sentó en el puf, seria y desolada. ¿Qué había querido decir? ¿La había echado por un tiempo, o para siempre? No creía que tuviera la intención de repudiarla. Era demasiado generoso y noble para hacer eso. Ciertamente era colérico y tiránico, pero habría sido demasiado pesimista pasar por alto sus rasgos de caballerosidad, de hombría y de piedad. ¿Es que podía olvidar cómo se había entristecido por ella cuando estaba en la cama?, ¿cómo había vuelto, día tras día, para averiguar su estado de salud? Un hombre como ése no podía quitar importancia al hecho de destruir un hogar, de destrozarse un corazón, o de alejar a una madre de sus hijos. Se puso a dar vueltas en su cabeza a todos esos pensamientos, como intentando apaciguar con ellos su alma estremecida, e insistió en ello de una manera tal que, si algo probaba, es que la tranquilidad no quería anidar en su pecho. Hacía como algunos enfermos que, cuanto más débiles se sienten, más se empeñan en hacer gala de sus fuerzas. No sabía qué hacer con su vida ni qué sentido tendría la existencia para ella si se frustraban sus esperanzas y se cumplía lo que temía. Al salir el señor, oyó el ruido que hacía su bastón sobre el suelo de la sala y se dispersaron sus pensamientos. Escuchó con atención sus golpes monótonos hasta que el desapareció. Entonces sintió un punzante dolor por su situación; se indignó contra aquella voluntad de piedra, que realmente no mostraba consideración alguna hacia su debilidad. Se levantó, casi sin fuerzas, y salió de la habitación para bajar al primer piso. Cuando estaba en lo alto de la escalera, le llegaron las voces de los hijos, que bajaban uno tras otro. Asomó la cabeza por la balaustrada para mirar a hurtadillas a Fahmi y Kamal, que seguían a Yasín hacia la puerta que conducía al patio y, en ese instante, sacudió su corazón una repentina sensación de ternura que la dejó aturdida. La asombró pensar cómo los había dejado partir sin despedirse de ellos; ¿no acababan de prohibirle que los viera por unos días o unas semanas? Quizás no los volvería a ver en toda su vida, a no ser de vez en cuando y como extraños. Mientras seguía de pie en lo alto de la escalera, sin moverse, aquel destello de ternura se repitió una y otra vez. Por su fe infinita en Dios, que la había preservado de los propios ifrits en su pasada soledad, por la confianza que tenía en su hombre, que ella no deseaba que se desmoronara, y porque en su vida anterior no había sufrido ningún daño grave capaz de arrebatarse la tranquilidad de su vida apacible, se le hacía difícil a su corazón, a pesar de su plenitud, creer que aquel negro destino fuera la suerte que le estaba señalada. Su alma se inclinó a considerar aquella prueba como una experiencia cruel por la que tendría que pasar sin quedar atrapada en ella. Encontró a Jadiga y Aisha enzarzadas, como de costumbre, en una discusión, pero al ver su abatimiento y la mirada apagada de sus ojos, dejaron de discutir, porque temieron quizá que hubiera abandonado la cama antes de restablecerse por completo.

—¿Qué te pasa, mamá? —le preguntó Jadiga con inquietud.

—No sé qué decir, Dios mío... Me voy.

Aunque la última frase les llegó de forma tan concisa y vaga, captaron en su mirada desesperada y su tono quejumbroso un significado muy negro que las alarmó, y exclamaron al unísono:

—¿Adonde?

—A casa de mi madre —dijo destrozada, y se compadeció por adelantado de la impresión que sus palabras causarían en ambas, e incluso en sus propios oídos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntaron aterradas, corriendo hacia ella—. No vuelvas a decirlo, ¿qué ha ocurrido?

Halló cierto consuelo en el espanto de sus hijas, pero, como ocurre en circunstancias de este tipo, aquello hizo estallar su dolor, y dijo con voz trémula, conteniendo las lágrimas:

—Él no ha olvidado ni perdonado nada —y lo repitió con una pena que revelaba la profundidad de su tristeza—. Me ocultaba su cólera, aplazándola hasta que me curara. Después me ha dicho: «Abandona mi casa sin tardar», añadiendo: «Cuando vuelva a casa al mediodía no quiero encontrarte aquí». —Luego, con un tono de reproche apenado y de desesperanza, concluyó—: Tus órdenes serán cumplidas..., tus órdenes serán cumplidas...

—¡No puedo creerlo! —gritó Jadiga muy excitada—, ¡no puedo creerlo! Dime otra cosa, ¿es que el mundo se ha vuelto loco?

—Eso nunca ocurrirá —gritó Aisha con voz temblorosa—, ¿tan poco le importa la felicidad de todos nosotros?

—¿Qué pretende? —volvió a preguntar Jadiga con furia y vehemencia—, ¿qué pretende, mamá?

—No lo sé; esto es, ni más ni menos, lo que ha dicho.

En el primer momento se conformó diciendo esas palabras, porque ansiaba quizás mediante su concisión, una mayor comprensión por parte de sus hijas y buscar consuelo en su pánico; pero luego, dominada en parte por la compasión y en parte por el deseo de apaciguar su alma, continuó diciendo:

—No creo que pretenda otra cosa que alejarme de vosotros por unos días para castigarme por mi paso en falso.

—¿Es que no ha tenido bastante con lo que te ha ocurrido? —protestó Aisha.

—El asunto está en manos de Dios —murmuró la madre suspirando con tristeza—. Ahora es necesario que me vaya.

Pero Jadiga le cortó el paso, diciendo con la voz ahogada por el llanto:

—No dejaremos que te vayas ni que dejes tu hogar; no creo que se obstine en su enfado si vuelve y te encuentra en nuestra casa.

—Espera hasta que vuelvan Fahmi y Yasín —suplicó Aisha—; entonces mi padre no consentirá en alejarte de todos nosotros.

Pero ella dijo en tono de advertencia;

—No es sensato que provoquemos su cólera. Los que son como él se ablandan con la obediencia, pero son implacables con la rebeldía.

Ellas intentaron oponerse de nuevo, pero las hizo callar con un gesto de la mano, y replicó:

—De nada sirve hablar. No tengo más remedio que irme. Recogeré mi ropa y me marcharé. No os angustiéis, nuestra separación no será larga y, si Dios quiere, volveremos a reunirnos de nuevo.

La mujer se marchó a su habitación, en el segundo piso, seguida de las dos muchachas que lloraban como niñas, y empezó a sacar sus trajes del armario, hasta que Jadiga le sujetó la mano y preguntó nerviosa:

—¿Qué estás haciendo?

La madre sintió que sus lágrimas pugnaban por salir y se abstuvo de hablar, pues la voz la traicionaría o se rendiría al llanto que había decidido contener mientras estuviera en presencia de sus hijas. Hizo un gesto con la mano como diciendo, «la situación exige que recoja mis vestidos», pero Jadiga dijo con vehemencia:

—No te llevarás más que una muda, sólo una.

Dejó escapar un suspiro. En aquel instante deseó que todo aquello no fuera más que un sueño desagradable, y añadió:

—¡Tengo miedo de que se ponga furioso si ve mis vestidos en su sitio!

—Los guardaremos nosotras.

Aisha recogió los vestidos, a excepción de una muda, como había propuesto su hermana, y la madre las obedeció profundamente aliviada, como si el hecho de que sus vestidos se quedaran en la casa fuera algo que le asegurara realmente el regreso. Luego tomó un pañuelo para hacer un hatillo, metió en él la ropa que le permitieron, y se sentó en el sofá para ponerse las medias y los zapatos, con las chicas delante, mirándola, aturcidas por la tristeza, hasta el punto que su corazón sintió lástima por ellas y dijo aparentando serenidad:

—Todo volverá a su sitio. Sed valientes para no provocar su cólera. Os confío la casa y su gente, pues tengo absoluta confianza en vuestra capacidad. Jadiga, no me cabe la menor duda de que encontrarás en Aisha todo tipo de colaboración. Haced lo mismo que hacíamos juntas, como si yo estuviera con vosotras. Las dos sois unas chicas capaces de poner en funcionamiento una casa y hacerla prosperar.

Se levantó para coger su melaya y se la puso; luego dejó caer el velo blanco sobre su rostro con deliberada lentitud, para demorar lo más posible el último momento de martirio y desconcierto. Se quedaron de pie, frente a frente, sin saber cómo dar el siguiente paso. Su voz no la ayudaba a pronunciar la palabra «adiós», y ninguna de las hijas tuvo el coraje de echarse en sus brazos como ella habría deseado. Pasaron los minutos cargados de suplicio y angustia. Entonces la mujer, armándose de valor al temer que su entereza la traicionara, dio un paso hacia ellas e, inclinándose, las besó, mientras susurraba:

—Sed valientes, Nuestro Señor está con todos nosotros.

En aquel momento, las dos se colgaron de ella, y se echaron a llorar.

La mujer abandonó la casa con ojos llorosos, mientras veía la calle diluirse a través de sus lágrimas.

33

Llamó a la puerta de la casa antigua pensando, con dolor y vergüenza al mismo tiempo, en el trastorno y preocupación que causaría su visita, al estar originada por el enojo del señor contra ella. La puerta se abrió sobre un callejón sin salida que partía de la calle de el-Juraniísh y acababa en una zawiya que había estado abierta al culto durante mucho tiempo, hasta que quedó abandonada de tan vieja que estaba. Pero sus ruinas seguían allí para recordarle su infancia, siempre que visitaba a su madre: cuando esperaba a su padre en la puerta hasta que éste acababa de rezar y volvía a buscarla; cada vez que asomaba la cabeza, en las horas de oración, para divertirse contemplando a los que se prosternaban en adoración; las veces que observaba a algunos miembros de las sectas que se reunían en la zona contigua al callejón, donde extendían las esteras y

entonaban sus plegarias. Al abrirse la puerta, asomó la cabeza de una sirvienta negra, ya cincuentona. Nada más ver a la recién llegada, su rostro resplandeció y lanzó gritos de bienvenida, y luego se hizo a un lado para abrirle paso. Amina entró, y la criada permaneció en su posición, como si esperara que entrara alguien más. Al advertir Amina lo que significaba su gesto, musitó disgustada:

—Cierra la puerta, Sadiqa.

—¿No viene el señor contigo? —preguntó asombrada la sirvienta.

Hizo un gesto de negación con la cabeza, y fingió ignorar su asombro; luego cruzó el patio de la casa, al que daba la habitación del horno, y en cuyo rincón izquierdo estaba el pozo, hasta llegar a una escalera estrecha, por la que subió hasta el único piso de la casa. Después atravesó un corredor que conducía a la habitación de su madre, y entró; allí la vio sentada a la turca sobre el diván situado al fondo de la pequeña habitación, sujetando entre sus manos un largo rosario que colgaba en su regazo y dirigiendo los ojos hacia la puerta con curiosidad, originada sin duda por el ruido de los golpes dados en la puerta y después por el de unos pies que se aproximaban. Al acercarse Amina, preguntó:

—¿Quién es?

Al hacer la pregunta, dejó escapar de sus labios una ligera sonrisa que revelaba su alegría y su cordial bienvenida, como si hubiera adivinado la identidad de la recién llegada.

—Soy Amina, madre —le contestó ella con la voz apagada por la congoja y la tristeza.

La anciana deslizó las piernas al suelo, buscando a tientas con los pies el sitio donde estaban sus babuchas, hasta encontrarlas e introducirlos en ellas, y se levantó extendiendo los brazos mientras esperaba anhelante. Amina tiró el hatillo en un extremo del diván y abrazó a su madre; luego besó su frente y sus mejillas, mientras la otra besaba todo aquello sobre lo que caían sus labios: la cabeza, la mejilla y el cuello. Tras abrazarla, la vieja le palmeó cariñosamente la espalda, y luego se quedó donde estaba, mirando en dirección a la puerta, con una sonrisa en los labios que anunciaba una nueva bienvenida, como había hecho antes Sadiqa. Amina se dio cuenta por segunda vez del significado de aquel gesto y dijo, abatida y resignada:

—He venido sola, madre.

La mujer volvió la cabeza hacia ella de forma inquisitiva y murmuró:

—¿Sola? —luego, forzó una sonrisa para disipar la inquietud que la dominaba—. ¡Gloria al Inmutable!

Retrocedió hacia el diván y se sentó, pero esta vez preguntó con un tono que reflejaba su inquietud.

—¿Qué es lo que pasa?, ¿por qué no ha venido él contigo como de costumbre?

Amina se sentó a su lado, y dijo con el tono del alumno que confiesa desconocer las respuestas de un examen:

—Está enfadado conmigo, madre.

La madre parpadeó taciturna, luego murmuró con un dejo triste:

—¡Que Dios me proteja del demonio, el lapidado! Mi corazón nunca me miente, pues se ha encogido cuando has dicho: «He venido sola, madre». ¿Qué es lo que ha excitado su enojo contra un ángel generoso como tú, que ningún hombre, antes que él, ha tenido la suerte de poseer? Cuéntamelo, hija mía.

—Hice una visita a Sayyidna el-Huseyn durante su viaje a Port Said —dijo Amina suspirando.

La madre reflexionó con tristeza y desolación; luego preguntó:

—¿Y cómo se ha enterado de la visita?

Desde el principio Amina se había propuesto no aludir al accidente del coche, por un lado por compasión hacia la anciana y por otro para descargarse de la responsabilidad. Por ello, a esta pregunta le dio la respuesta que había preparado de antemano:

—Quizás alguien me vio y me ha delatado a él.

—Nadie te conoce, salvo los que se codean contigo dentro de tu casa. ¿No tienes queja de nadie? Esa mujer, Umm Hanafi, o el hijo de su otra mujer.

Pero Amina la interrumpió diciendo confiada y segura:

—Quizá me vio alguna vecina y se lo contó a su marido con buena intención, y luego el hombre repitió la noticia al oído del señor sin medir la gravedad de las consecuencias. Piensa lo que quieras, pero no dudes jamás de ninguno de los de mi casa.

La anciana agitó la cabeza perpleja y dubitativa, mientras empezaba a decir:

—Toda tu vida has sido una persona bien intencionada. ¡Sólo Dios lo ve todo y se encarga de responder a las tretas del engañador! ¡Pero tu marido! Un hombre inteligente, que está a punto de cumplir los cincuenta, ¿no ha encontrado otro medio para manifestar su enojo que alejar del lado de sus hijos a la compañera de su vida? ¡Alabado seas, Señor! La gente, al hacerse mayor, se vuelve sensata, pero nosotros, al hacernos mayores, nos volvemos irresponsables. ¿Acaso es una infidelidad que una virtuosa mujer visite Sayyidna el-Huseyn? ¿Es que sus amigos, que no son menos celosos y viriles que él, no permiten a sus esposas salir con diversos propósitos? Tu propio padre, que era un sheyj de los que conocían el Corán de memoria, me permitía ir a las casas de los vecinos para ver pasar el Mahmal.

Reinó el silencio y la tristeza durante un largo rato, hasta que la anciana miró en dirección a su hija con una confusa sonrisa de reproche en los labios. Después preguntó:

—¿Qué es lo que te ha incitado a desobedecerlo, tras esta larga vida de obediencia ciega? ¡Qué confusa me deja todo esto! Pues, por violento que sea su carácter, él es tu marido y sería más seguro procurar obedecerlo, para tu tranquilidad y la felicidad de los niños, ¿no es así, hija mía? ¡Y lo más asombroso es que nunca había pensado que necesitaras el consejo de nadie!

Amina dejó escapar una sonrisa de disculpa y vergüenza, que se dibujó en el ángulo de su boca en forma de leve crispación.

—¡Fue obra del diablo! —balbució.

—¡Que Dios lo maldiga!, ¿es que ese condenado va a hacer que tus pies resbalen después de veinticinco años de armonía y paz? ¡Sin embargo, él fue quien expulsó del paraíso a nuestro padre Adán y a nuestra madre Eva! ¡Cuánto me entristece todo esto, hija mía!, pero seguro que es una nube de verano; luego se disipará y todo volverá a su sitio —y, después, como hablando consigo misma —: ¿Qué podría haberle pasado si hubiera adoptado una actitud juiciosa? Pero es un hombre, y un hombre nunca estará libre de unos defectos capaces de ocultar la faz del sol. — Luego, con un falso tono de bienvenida y alegría—: Quitate la ropa y descansa, no te angusties, ¿en qué puede perjudicarte pasar unas cortas vacaciones con tu madre en la habitación donde naciste?

Amina dejó vagar su mirada indiferente sobre la antigua cama de barrotes descoloridos y sobre la vieja alfombra de pelo raído y bordes deshilachados, aunque los dibujos de sus rosas aún conservaban sus tonos rojos y verdes. Pero su pecho, afectado por el alejamiento de los seres queridos, no estaba preparado para hacer frente a una oleada de recuerdos, y la invitación materna no suscitó en su corazón la ternura que solían suscitar en él los lejanos recuerdos de esta habitación cuando ella estaba relajada; así que no pudo hacer otra cosa que suspirar diciendo:

—No tengo más que inquietud por los niños, madre.

—Están bajo la protección de Dios y, si el Clemente y el Misericordioso así lo quiere, no estarás lejos de ellos mucho tiempo.

Amina se levantó para quitarse la melaya, al tiempo que Sadiqa, triste y apenada por lo que había oído, se retiraba de la puerta de la habitación, junto a la que había estado de pie durante la conversación. Luego, la mujer volvió a sentarse al lado de su madre, y no tardaron en cambiar de conversación, para hablar de todo lo divino y lo humano. Al compararlas, una al lado de la otra, había algo que invitaba a meditar en las extrañas leyes de la herencia y la inexorable ley del tiempo. Era como si ambas fueran una sola persona con su imagen reflejada en el espejo del futuro, o esa misma persona con su imagen reflejada en el espejo del pasado; en los dos casos había algo entre el original y la imagen que indicaba la terrible lucha que se desarrollaba entre las leyes de la herencia por un lado, que obraban a favor del parecido y la supervivencia, y la ley del tiempo por otro, que empujaba hacia el cambio y la muerte; esa lucha que suele acabar en una serie de derrotas infligidas de forma sucesiva a las leyes de la herencia, hasta reducirlas a cumplir una modesta función en relación con la inexorable ley del tiempo. Desde la óptica de esta ley, la anciana madre se había convertido en un cuerpo enflaquecido, un rostro marchito y unos ojos sin visión, por no hablar de la evolución interna inasequible a los sentidos, hasta el punto que sólo le quedaba del esplendor de la vida lo que llamaban el encanto de la vejez, es decir, el proceder apacible, la triste dignidad adquirida, y la cabeza adornada de blancura.

Sin embargo, procedía de una raza longeva, conocida por su sólida resistencia. Sus setenta y cinco años cumplidos no le impedían levantarse por la mañana como acostumbraba desde hacía medio siglo, buscar a tientas, sin la guía de la criada, el camino hacia el baño para hacer sus abluciones, y volver luego a su habitación para rezar. El resto del día lo pasaba recitando el rosario y en una meditación silenciosa que nadie conocía, mientras la criada estaba ocupada en los quehaceres domésticos, o disfrutando de la conversación con ésta cuando la mujer se dedicaba a hacerle compañía. Incluso conservaba por entero esas cualidades que suelen ir unidas a la actividad desbordante para el trabajo y al vehemente entusiasmo por la vida. Un ejemplo de ello era el rigor con que ajustaba las cuentas a la criada sobre cualquier cosa, fuera grande o pequeña, concerniente a los gastos, a la limpieza y al orden de la casa, a su lentitud si perdía el tiempo al cumplir un deber, o a su tardanza si se demoraba en un recáelo; y no era raro que la hiciera jurar sobre el Corán para asegurarse de que decía la verdad, al informarla de que había lavado el baño y los cacharros o que había sacudido el polvo de la ventana. Lo hacía con una meticulosidad que más parecía obsesión. Es posible que su celo en todo aquello fuera la continuación de una costumbre arraigada en ella en el principio de la juventud, o que fuera un perfeccionismo propio de la vejez. A su carácter extremista se unía el empeño en permanecer en su casa tras la muerte del marido, en una especie de completa soledad, y la insistencia en quedarse en ella incluso después de perder la vista, haciendo oídos sordos a las repetidas invitaciones del señor para que se trasladase a su casa y vivir entre los cuidados de su hija y sus nietos. Estos hechos los llevaron a sospechar que chocheaba, y finalmente el señor renunció a invitarla. Pero lo cierto es que no quería abandonar su casa por su fuerte apego a ella, para evitar el posible descuido involuntario que podía encontrar en la nueva casa o echar nuevas cargas, requeridas por su presencia allí, sobre los hombros de su hija, ya cargada de obligaciones; por su rechazo a meterse en una casa cuyo dueño era famoso entre su gente por su mal carácter y su cólera, ya que le preocupaba ser objeto de las observaciones de él, por las consecuencias que ello podía tener para la felicidad de su hija; y finalmente por el pudor y orgullo que abrigaba en el fondo de su alma y que le hacían preferir vivir en la casa que ella poseía, apoyada, después de en Dios, en la pensión que le había dejado su difunto marido.

Pero su obstinación en quedarse en su casa tenía otras causas que no podían justificarse por su aguda sensibilidad o su clarividencia, como era su miedo de verse forzada, si la dejaba, a elegir entre dos alternativas: permitir que la habitara gente extraña, siendo como era lo máspreciado que tenía después de su hija y sus nietos, o dejarla abandonada y que los ifrits la tomaran como campo de juego después de haber sido durante toda la vida la residencia de un sheyj, su esposo, de esos que conocían el Corán de memoria. Y todo esto añadido a que era natural que su traslado a la casa del señor le crease unos complicados problemas que serían, a sus ojos, de difícil solución, porque en aquel momento no había dejado de preguntarse si aceptaría su hospitalidad gratis, y eso no la satisfacía en absoluto, o si tendría que darle la pensión a cambio de la estancia

en su casa, lo cual perturbaba su instinto de posesión que, con la edad, se había convertido en uno de los elementos esenciales de su «obsesión» general.

Mas aún, a veces se había imaginado, ante su insistencia para que fuera a vivir con ellos, que el señor abrigaba una intención explotadora hacia su pensión y su casa —quedaría vacía después de su traslado— y se refugió en un rechazo rayano en la obstinación ciega. Cuando el señor se plegó a su voluntad, le dijo aliviada:

«Disculpa mi obstinación, hijo mío, y que Nuestro Señor sea generoso contigo por el afecto que me has demostrado. ¿No ves que no puedo abandonar mi casa?, ¿quién mejor que tú para llegar a un acuerdo con una vieja como yo, a pesar de sus defectos? Sin embargo, te haré jurar ante Dios que permitirás a Amina y a los niños que me visiten de vez en cuando, pues ya me es imposible salir de casa». Y de esta forma se había quedado en su casa como deseaba, disfrutando de su soberanía, de su libertad y de muchas costumbres de su querido pasado. Y si algunas de esas costumbres, como la preocupación exagerada y anormal por los asuntos domésticos y económicos, no cuadraban con la calma y la indulgencia propias de una vejez juiciosa y, por consiguiente, eran una especie de síntoma recurrente de la decrepitud, había otra costumbre, que también había conservado, digna de adornar a la juventud y de cubrir de gloria a la vejez: la devoción. Esta había sido, y lo seguía siendo, la aspiración de toda su existencia y el oriente de sus esperanzas y de su felicidad. La había mamado desde pequeña a la sombra de un padre que era un sheyj de la religión, se había arraigado en sus entrañas al casarse con otro sheyj que no era menos piadoso y devoto que su padre, y había seguido practicándola después con amor y sinceridad, sin distinguir entre lo que era realmente religión y la mera superstición, hasta el punto de ser conocida entre sus vecinas como la «bendita sheyja». La sirvienta Sadiqa era la única que la conocía en lo bueno y en lo malo, y a veces le decía tras cualquier discusión desencadenada entre ellas:

—Señora, ¿no prefieres dedicar tu tiempo a la devoción, en vez de pelear y discutir por cosas de poca importancia?

—Miserable —le respondía enfadada—, no me aconsejas que me dedique a la devoción por amor a ella, sino por tener campo libre para la diversión, la holgazanería, la suciedad, el robo y la rapiña. ¡Y si Dios ha ordenado la limpieza y la lealtad, vigilarte y pedirte cuentas será devoción, y tendrá recompensa!

Y puesto que la religión ocupaba aquella privilegiada posición en su vida, su padre y después su marido se habían elevado en su alma a una posición más alta de la que habrían tenido en virtud del parentesco. Muchas veces los había envidiado por haber sido honrados con la facultad de guardar en sus pechos la palabra de Dios y de su Enviado, y quizá recordaba aquello mientras hablaba con Amina, para consolarla y animarla, pues dijo:

—Al echarte de casa el señor no ha querido más que mostrar su cólera por haber desobedecido sus órdenes, pero no irá más allá del castigo. Claro que no, ningún daño puede afectar a quien ha tenido un padre y un abuelo como los tuyos.

El corazón de Amina se confortó con el recuerdo de su padre y de su abuelo, de la misma manera que se conforta el corazón de quien está perdido en la oscuridad cuando le llega la voz del guarda exclamando «¡Eh!». Su corazón creyó lo que había dicho su madre, no sólo porque estaba ansiosa por tranquilizarse, sino por su fe, ante todas las cosas, en la bendición de los dos sheyjs difuntos. Era la viva imagen de su madre, tanto en su cuerpo como en su fe y en la mayor parte de sus cualidades. En ese instante se agolparon en sus emociones los recuerdos de su padre, que llenaron de amor y fe su corazón de hija, y pidió a Dios que la salvara del trance en honor a su bendición. La anciana volvió a consolarla, y dijo con una leve sonrisa de sus labios resecos:

—Dios siempre te cuidará con su misericordia. Recuerda la época de la epidemia — no quiera Dios que se repita— y cómo Él te preservó de su mal, pues se llevó a tus hermanas y a ti no te pasó nada.

La sonrisa venció su tristeza y, mientras escudriñaba en la oscuridad del pasado, casi borrado por el olvido, sonrió. Entre sus confusos recuerdos se destacó con cierta claridad una imagen que hizo revivir en ella los ecos de aquella terrible época, cuando era una chiquilla que saltaba a la pata coja ante unas puertas que se

habían cerrado sobre sus hermanas, postradas en el lecho de la enfermedad y la muerte; cuando estaba tras la ventana mirando el flujo incesante de camillas y a la gente que evitaba pasar junto a ellas, o cuando escuchaba a una multitud de personas del pueblo que iban, con su miedo y su desesperación, al encuentro de algún hombre de religión, como le ocurría a su padre, y se ponían a rezar fervientemente por sus padecimientos y a elevar sus plegarias al señor del cielo. A pesar de que el mal se había agravado, y de la muerte de sus hermanas, ella había escapado sana y salva de las garras de la epidemia, sin que su dicha se viera enturbiada más que por el zumo de limón y cebolla que la obligaban a tragarse una o dos veces al día. La madre continuó hablando con una voz cuya delicadeza y nostalgia revelaban que se había abandonado a los sueños, como si el hecho de recordar la hubiera devuelto a aquellos tiempos pasados. Había recobrado su vida y sus recuerdos — queridos y preciosos por estar asociados a la juventud— despojados de los posos de un dolor ya olvidado.

—Y tu buena suerte —dijo— no se conformó con librarte de la epidemia, sino que te convirtió en la única hija de la familia, en toda la esperanza, consuelo y felicidad que tenía en este mundo, y por ello germinaste en lo más hondo de nuestros corazones.

Tras este discurso, Amina ya no vio la habitación de la misma manera que antes. Una renovada juventud renació en todas las cosas: en las paredes, la alfombra y el lecho; en su madre y en sí misma; su padre volvió a la vida y tomó su asiento habitual; y ella volvió a escuchar el halago del amor y los mimos, volvió a soñar con las historias de los profetas y los milagros, a recordar las anécdotas de gentes que la habían precedido, desde los Compañeros del Profeta y los infieles hasta Urabi Pacha y los ingleses. La vida pasada resucitó con sus sueños mágicos, sus prometedoras esperanzas y su deseada felicidad. Entonces dijo la anciana con el tono de quien establece la conclusión final de las premisas lógicas que ha ido desarrollando:

—¿Acaso no es Dios tu guardián y tu pastor?

Pero esas mismas palabras encerraban un consuelo que suscitó en Amina el recuerdo de su presente situación, y se despertó del sueño del pasado feliz para retornar a su aflicción, de la misma manera que quien ya ha olvidado su tristeza vuelve a rumiarla tras unas palabras de consuelo dichas con buena intención. Se quedó al lado de su madre en un estado de vacío total que no había conocido más que en el momento de su enfermedad, y que la deprimió y agobió. Su continua charla con la madre no ocupaba más que la mitad de su atención, mientras que la otra mitad se convertía en pasto de la inquietud y la angustia. Cuando Sadiqa trajo la bandeja del almuerzo al mediodía, la anciana le dijo, sobre todo para distraer a su hija: «¡Aquí tienes un supervisor que ha venido para descubrir tus hurtos!». Pero, en ese momento, a Amina no le importaba si la mujer robaba o era honrada; y la criada no respondió a su señora, en parte, por respeto a la huésped, y en parte también, porque estaba acostumbrada a la acritud y a la dulzura de su señora, y ya no podía pasarse sin ellas.

A medida que el día avanzaba, la atadura mental con su hogar y el interés hacia él se hacían más fuertes, porque a esa hora volvía el señor a la casa para el almuerzo y la siesta, y luego, cuando el hombre salía hacia la tienda, volvían los hijos, uno tras otro. Con su imaginación, que del dolor y la tristeza había extraído una fuerza prodigiosa, vio la casa y su gente como si estuviesen presentes. Vio al señor quitándose la yubba y el caftán sin su ayuda, una ayuda de la que temía que se hubiera acostumbrado a prescindir a partir de su larga convalecencia, e intentó leer los pensamientos e intenciones que le rondaban por la cabeza: ¿Habría sentido el señor el vacío que había quedado tras ella?, ¿qué sensación habría tenido al no encontrar ni rastro suyo en la casa?, ¿no se le vendría su nombre a la punta de la lengua por una u otra razón? Y ahí estaban los hijos que volvían; ahí estaban precipitándose hacia la sala, tras tanto tiempo de desear que llegara la reunión del café; pero encontrarían su asiento vacío y, al preguntar por ella, les responderían las miradas taciturnas y llorosas de sus dos hermanas. ¿Cómo recibiría la noticia Fahmi? ¿Comprendería Kamal —y aquí su corazón sintió una hiriente punzada— el sentido de su ausencia? ¿Deliberarían un buen rato? ¿A qué esperaban? Quizás ya estaban en camino, corriendo para ver quién llegaba antes hasta ella. Tenían que estar en camino, a menos que él hubiera dado orden de no visitarla. Tenían que estar en el-Juranfish. Los vería dentro de poco.

—¿Me decías algo, Amina?

Con esta pregunta la anciana interrumpió la corriente de las fantasías de Amina, que volvió su atención hacia sí misma, con asombro y vergüenza entremezclados, al darse cuenta de que unas palabras de su monólogo

interior se le habían deslizado hacia la punta de la lengua en un descuido, y produjeron un sonido que el agudo oído de su madre había captado; no tuvo más remedio que responderle:

—Me estaba preguntando, madre, si los chicos van a venir a visitarme.

—Creo que ya han llegado —dijo la anciana aguzando el oído y alargando la cabeza hacia delante.

Amina escuchó en silencio, y oyó el ruido de la aldaba de la puerta, que emitía unos golpes rápidos y continuados, como si se tratara de una voz que lanzara con impaciencia agudos gritos de socorro. Tras aquellos golpes nerviosos reconoció el pequeño puño de Kamal, como cuando golpeaba la puerta de la habitación del horno, y se precipitó rápidamente hacia la parte superior de la escalera, llamando a Sadiqa para que abriera la puerta. Luego se asomó por encima de la balaustrada, y vio al chiquillo brincando por los escalones, seguido de Fahmi y Yasín. Kamal se le colgó del cuello, y le dificultó un poco abrazar a los otros dos; luego entraron en la habitación hablando todos al mismo tiempo, agitados y desconcertados, sin importarle a ninguno de ellos lo que decían los demás. Cuando vieron a la abuela de pie, con los brazos extendidos y el rostro iluminado por una sonrisa de bienvenida rebotante de cariño, callaron un momento y se acercaron a ella uno tras otro; reinó entonces un relativo silencio, entrecortado por los murmullos de los besos que se intercambiaban. Finalmente, Yasín exclamó con una voz que revelaba su protesta y su tristeza:

—Ahora ya no tenemos un hogar, y no lo tendremos hasta que vuelvas a casa.

Kamal buscó refugio en su regazo como si fuera un fugitivo, mientras manifestaba, por primera vez, una intención que había ocultado en su pecho en casa y durante el camino.

—Me quedaré aquí con mamá —dijo— y no volveré con vosotros.

Fahmi, por su parte, la contempló un largo rato en silencio, como hacía cuando quería hablarle con los ojos, y ella halló en su silenciosa mirada el mejor intérprete de los sentimientos que se debatían en el pecho de ambos. Ese ser querido, cuyo amor por ella sólo lo aventajaba el que ella sentía hacia él, y que raras veces mostraba los recovecos de sus sentimientos cuando le hablaba, aunque sus mismas ideas, palabras y acciones los delataban..., ese muchacho había leído en sus ojos una mirada que indicaba dolor y vergüenza. Su emoción se intensificó y dijo triste y apenado:

—Fuimos nosotros los que te propusimos la idea de salir y te animamos a hacerlo, y mira por dónde eres tú la única que recibe el castigo.

—No soy una niña, Fahmi —dijo la madre sonriendo afligida—, y no tenía que haberlo hecho.

A Yasín le impresionó este diálogo, y su enorme sentimiento de culpa por su calidad de protagonista de la desdichada sugerencia aumentó su pesar. Dudó largo rato entre reiterar sus excusas por aquella sugerencia ante los oídos de la abuela, que le regañaría o sentiría rencor hacia él, o quedarse en silencio, a pesar del deseo que tenía de disipar su pena. Luego, ya sin vacilación, tradujo las palabras de Fahmi a otro lenguaje:

—Claro que sí, nosotros somos los culpables y eres tú la acusada —luego, acentuando la articulación de las palabras como si quisiera recalcar la obstinación y la rigidez de su padre—, pero tú volverás, y se disparará la nube que nos ha ensombrecido a todos.

Kamal atrajo hacia sí el rostro de su madre, lo tomó por el mentón y le dejó caer un chaparrón de preguntas: Qué significaba su marcha de la casa, cuánto duraría su estancia en casa de la abuela, qué pasaría si regresaba con ellos, y otra sarta de preguntas que no obtuvieron ni una sola respuesta que sirviera realmente para apaciguar su mente, ya que su propósito de quedarse con la madre no servía para tranquilizarlo, pues él era el primero en dudar de su capacidad para llevarlo a cabo. Cuando cada cual hubo expresado sus sentimientos, cambió el curso de la conversación, y se pusieron a tratar la situación en serio, como había dicho Fahmi.

—De nada sirve hablar de lo que ha ocurrido, sino que debemos preguntarnos por lo que va a ocurrir.

Yasín había respondido a su pregunta, diciendo:

—A un hombre como nuestro padre no le agrada pasar por un incidente como la salida de nuestra madre como si nada hubiera ocurrido. Era inevitable que manifestara su cólera de una forma difícil de olvidar. Sin embargo, no irá más allá de lo que ha hecho.

Esta opinión pareció convincente, a juzgar por la aprobación que encontró en los demás, y Fahmi manifestó su convicción y sus esperanzas al mismo tiempo:

—La prueba de que tu opinión es acertada es que no se ha atrevido a hacer otra cosa, y la gente como él no demora su propósito cuando su intención de llevarlo a cabo es clara.

Hablaron largo y tendido del «corazón» de su padre, y sus palabras coincidieron en que tenía un buen corazón a pesar de sus explosiones de ira y de su violencia, y que lo último que podían imaginarse era que se atreviera a obrar de tal modo que manchara la reputación o perjudicara a alguien. Entonces la abuela dijo a modo de broma, pues bien sabía que lo que pedía era absurdo:

—Si fuerais hombres de verdad buscaríais un camino hacia el corazón de vuestro padre para que renunciara a su terquedad.

Yasín y Fahmi intercambiaron miradas burlonas por esa pretendida «hombría» que se evaporaba ante la sola mención de su padre. Por su parte, la madre tuvo miedo de que la conversación entre los dos muchachos y la abuela acabara por hacer alusión al accidente del coche, y les hizo comprender con un gesto, moviendo repetidas veces la mano entre su hombro y su madre, que le había ocultado el asunto. Luego dijo, dirigiéndose a esta última como si tomara la defensa de la hombría de los dos muchachos:

—No quiero que ninguno de ellos se exponga a su cólera. Dejémoslo a solas consigo mismo hasta que perdone.

—¿Y cuándo va a perdonar? —preguntó entonces Kamal. La madre señaló con su dedo índice hacia arriba y murmuró:

—En Nuestro Señor está el perdón.

Y, como es habitual en situaciones como ésta, todo lo que se había dicho volvió a repetirse con las mismas palabras o con otras nuevas, evidenciándose una continua preferencia por los pronósticos color de rosa. La conversación se prolongó sin aportar nada nuevo, hasta que cayeron las sombras y se hizo necesario partir. Cuando llegó el momento y la aflicción envolvió los corazones como la niebla, los pensamientos ocuparon el lugar de las palabras, y reinó un silencio similar al que precede a la tempestad, sólo roto por unas palabras con las que no se pretendía más que aligerar la opresión del silencio, o evitar reconocer que el adiós acechaba, como si cada uno de ellos descargara la responsabilidad de anunciarlo sobre los hombros de los demás, por compasión hacia los otros. En ese momento, el corazón de la anciana intuyó el tormento que consumía los corazones que la rodeaban, y sus ojos en tinieblas parpadearon, mientras sus dedos pasaban las cuentas del rosario con rapidez y fervor. Transcurrieron así unos minutos que, a pesar de su brevedad, parecieron agobiantes, como esos instantes que pasa quien tiene la pesadilla de que va a caerse por un precipicio, hasta que le llegó la voz de Yasín que decía:

—Creo que ahora debemos marcharnos, pero, si Dios quiere, volveremos pronto para llevarte con nosotros.

La anciana escuchó, para sentir cómo la voz de su hija temblaba al hablar, pero no oyó ni una palabra, sino tan sólo un movimiento que denotaba que se levantaba la sesión, unos sonidos de besos, unos murmullos de despedida, y la protesta y el llanto de Kamal al ser arrastrado por la fuerza; luego le llegó a ella el turno de despedirse en un ambiente de tristeza y languidez, y finalmente los pasos se alejaron, y la dejaron sola y abatida.

Al volver los pasos ligeros de Amina, la anciana escuchó con inquietud, hasta que le gritó:

—¿Estás llorando? ¡Qué tonta eres! ¡Como si no pudieras soportar pasar dos noches en el regazo de tu madre!

34

Jadiga y Aisha parecían más angustiadas que nadie por la ausencia de la madre, pues, además de la tristeza que compartían con sus hermanos, habían tenido que asumir ellas solas las cargas domésticas y el servicio del padre. Aunque las cargas domésticas no eran agotadoras, el servicio del señor era una tarea que requería mil consideraciones. Aisha se las arreglaba para huir de la zona que ocupaba aquél, con el pretexto de que Jadiga ya le había servido antes acertadamente durante la convalecencia de la madre. Jadiga se había visto obligada a volver a aquellas delicadas y horribles situaciones que tenía que soportar cuando estaba cerca del señor, o cuando satisfacía una de sus necesidades. Apenas una hora después de la partida de la madre, Jadiga había dicho: «Es necesario que esta situación no se prolongue. Sin ella, la vida en esta casa es un sufrimiento insoportable». Aisha asintió a sus palabras, pero no encontró otro recurso a mano que las lágrimas, y las derramó en abundancia.

Jadiga esperó a que sus hermanos volvieran de casa de la abuela. Cuando llegaron, y antes de que ella pudiera pronunciar una palabra sobre lo que sentía, se pusieron a hablar de la situación de la madre en su «lugar de exilio». La conversación le originó una impresión de extrañeza e ignorancia, pues oía hablar de gente extraña, con la que no se le había permitido encontrarse. Se puso muy nerviosa y dijo con vehemencia:

—Si todos nos contentamos con callar y esperar, pueden pasar los días y las semanas con ella alejada de su casa, hasta que la consuma la tristeza. Está claro que hablar de este asunto a papá es una tarea penosa, pero no es menos penoso el silencio, indigno de nosotros. Tenemos que encontrar una salida..., es necesario que hablemos...

A pesar de que la palabra «hablemos», con la que había terminado la frase, englobaba a todos los presentes, se refería a una o dos personas en concreto, tal como se captó de forma instintiva. Al oírla, los aludidos sintieron una turbación cuyas razones a nadie se le ocultaban, pero Jadiga continuó:

—La tarea de hablar con él de los asuntos que se presentaban no ha sido más fácil para mamá de lo que es para nosotros, y ella, a pesar de todo, no ha vacilado en hacerlo por consideración hacia cada uno de nosotros. Sería de justicia que ahora hiciéramos un sacrificio similar por ella.

Yasín y Fahmi intercambiaron una mirada que traicionaba los sentimientos que empezaban a asfixiarlos de forma acelerada, pero ninguno de ellos se atrevió a abrir la boca, ante el temor de que, si hablaba, lo eligieran como chivo expiatorio. Así, se abandonaron a la espera del resultado de la discusión, como el ratón que se abandona a la gata. Jadiga dejó de generalizar para concretar y, dirigiéndose a Yasín, dijo:

—Tú eres nuestro hermano mayor y, además, funcionario; es decir, un hombre hecho y derecho. Eres el más adecuado de todos nosotros para cumplir con este deber.

Yasín se llenó el pecho de aire, y luego lo soltó, jugueteando con sus dedos visiblemente turbado.

—Nuestro padre es un hombre muy irritable —balbució— que no acepta retractarse de su opinión. Yo, por mi parte, ya no soy un niño, sino un hombre, un funcionario, como tú dices. ¡Y lo que más temo es que se ponga furioso conmigo y que yo pierda los estribos y me ponga furioso a mi vez!

La sonrisa triunfó sobre los nervios tensos y las almas entristecidas, y todos sonrieron. Aisha estuvo a punto de echarse a reír, y ocultó la cara entre las manos. Quizá fue la propia situación tensa la que los inclinó a recibir la sonrisa como un sedante temporal para la tensión y el dolor, como le ocurre a veces a la gente, que se pone a cantar por el motivo más nimio, cuando más triste está, para aligerar un estado con su contrario. De hecho, consideraron sus palabras como una especie de broma digna de risa e ironía. Él era el primero en reconocer su total incapacidad de pensar siquiera en ponerse furioso o enfrentarse a su padre, y el primero en reconocer que había dicho aquello para huir del enfrentamiento con el señor y protegerse de su ira. Al ver sus burlas, no pudo hacer otra cosa que sonreír a su vez, moviendo los hombros como si les dijera: «Dejadme en

paz». Sólo Fahmi pareció ser más parco en su sonrisa, al sentir que la suerte apuntaría hacia él antes de que su sonrisa se desvaneciera. Su sensación se confirmó cuando Jadiga le dio la espalda a Yasín con desdén y desesperación, y se volvió hacia él para decirle suplicante y solícita:

—Fahmi..., ¡tú eres nuestro hombre!

Él enarcó las cejas angustiado y le dirigió una mirada como queriendo decir: «Tú sabes mejor que nadie las consecuencias». Realmente gozaba de unas cualidades que apenas tenía nadie de la familia: era alumno de la Escuela de Leyes, era el más inteligente y perspicaz de todos, y tenía un control de sí mismo en las situaciones críticas que denotaba valentía y hombría; pero tan pronto como comparecía ante su padre, perdía todas aquellas cualidades, sin saber hacer otra cosa que obedecer ciegamente. Como parecía no saber qué decir, Jadiga lo incitó a hablar con un gesto de la cabeza; entonces dijo él perplejo:

—¿Es que crees que va a aceptar mi ruego? ¡Pues claro que no!, sino que me regañará diciendo: «No te metas en lo que no te importa». Eso, si no se irrita y me dirige palabras más fuertes y más duras.

Yasín se sintió aliviado con estas «sabias» palabras, en las que había encontrado también una defensa de su propia postura, y dijo como completando la opinión de su hermano:

—Puede que nuestra intromisión conduzca a que nos vuelva a pedir cuentas por nuestra actitud el día de la salida de mamá, y abramos así, con nuestras propias manos, una brecha que no sepamos cómo cerrar.

La chica lo miró irritada, furiosa, y le dijo con amarga ironía:

—Si no hay nada que sacar de ti, al menos no nos fastidies.

Fahmi, que había sacado nuevas fuerzas de su instinto de «supervivencia», añadió en su propia defensa:

—Pensemos en el asunto con todo cuidado. No creo que acepte un ruego de Yasín ni mío, porque nos considera cómplices de la falta. Así pues, la causa estará perdida si cualquiera de los dos se atreve a defenderla. Pero si una de vosotras le habla, puede que logre ablandarlo o, en el peor de los casos, puede que encuentre una oposición suave que no llegue al límite de la violencia. ¿Por qué no le habláis una de vosotras, por ejemplo tú, Jadiga?

A la muchacha, que había caído en la red, se le encogió el corazón, y atravesó a Yasín, no a Fahmi, con una mirada de irritación mientras decía:

—¡Creía que esa misión era más propia de hombres!

—Si buscamos el éxito de la operación, lo correcto es lo contrario —dijo Fahmi, continuando su ofensiva pacífica—. No olvidéis que no habéis estado expuestas a su cólera en toda vuestra vida, salvo en rarisimas ocasiones, pues está acostumbrado a ser delicado con vosotras en la misma medida en que lo está a ser violento con nosotros.

Jadiga agachó la cabeza pensativa y con evidente angustia, pero como si temiera que al prolongar su silencio se intensificara la ofensiva contra ella y le tocara en suerte la grave misión, la levantó diciendo:

—Si la cosa es como dices, Aisha es más adecuada que yo para hablarle.

—¿Yo? ¿Por qué?

Aisha lo dijo con el pánico de quien se encuentra de repente al alcance del peligro después de haber estado largo tiempo tranquilo, como un espectador al que no le concierne el asunto de manera especial. Por su tierna edad y por la sensibilidad de niña mimada que predominaba en ella, nunca le habían encargado nada importante, y menos aún una de las misiones más serias que podía presentársele a cualquiera de ellos. Aunque

la propia Jadiga no encontraba una razón clara para justificar su propuesta, se aferró a ella con una terquedad llena de sorna y amargura, y dijo, respondiendo a su hermana:

—Porque hay que aprovechar tus cabellos rubios y tus ojos azules para el éxito de nuestra operación.

—¿Y qué tienen que ver mi cabello y mis ojos con el hecho de enfrentarse a nuestro padre?

Pero, en ese instante, Jadiga no estaba tan interesada en convencer como ansiosa por hallar una salida a su situación comprometida, aunque fuera volviendo la atención de todos hacia asuntos más frívolos para preparar su retirada, ya que huir era el camino más seguro y asequible. Era como quien está en una situación apurada y, al faltarle argumentos para defenderse, recurre a la broma a fin de prepararse la huida en el bullicio de la alegría, y no en la malicia y el desprecio. Por ello dijo:

—Sé que tienen un efecto mágico sobre quienes se relacionan contigo: Yasín, Fahmi e incluso Kamal, ¿por qué no van a tener el mismo efecto con nuestro padre?

El rostro de Aisha se sonrojó y dijo turbada:

—¿Cómo voy a hablar con él de este asunto si, tan pronto como sus ojos caen sobre mí, se me queda la mente en blanco?

A estas alturas, y después de haber escapado uno tras otro de la grave misión, ya nadie se sentía directamente amenazado, pero el haberse salvado no los libraba de un sentimiento de culpa; es más, puede que esto fuera su primera causa, pues la persona que ha centrado sus pensamientos en salvarse cuando está en peligro es abordada de nuevo por su conciencia al conseguirlo. Es como el cuerpo, que consume todas sus energías en el miembro enfermo y, cuando recobra la salud, las reparte por igual entre los miembros que hasta entonces habían estado descuidados.

—Si todos somos incapaces de hablar a papá —dijo Jadiga, como si quisiera aligerarse de ese sentimiento— pidamos ayuda a nuestra vecina Sitt Umm Maryam.

Nada más pronunciar el nombre de Maryam, observó a Fahmi con un movimiento reflejo. Sus ojos se encontraron por un breve instante, pero el chico, a quien no le había gustado lo que insinuaban, apartó su rostro de ella aparentando indiferencia. De hecho, el nombre de Maryam no se había pronunciado ante Fahmi desde que se había desvanecido la idea de su compromiso, bien por respeto a sus sentimientos, bien porque Maryam había cobrado un nuevo sentido después de que él confesara que la amaba. Esto la había colocado en el grupo de tabúes de los que la tradición doméstica no permitía hablar abiertamente en presencia del interesado; a pesar de que la propia Maryam no había dejado de visitar a la familia, aparentando ignorar lo que se decía de su asunto a espaldas de ella. A Yasín no se le escapó ese instante de recíproca turbación entre Fahmi y Jadiga y, para ocultar su posible efecto, dirigió la atención de todos en una nueva dirección. Así dijo con un tono entre irónico y provocativo, poniendo la mano sobre el hombro de Kamal:

—¡Éste es nuestro auténtico hombre, él es el único que puede pedir a su padre que le devuelva a su madre!

Nadie se tomó en serio lo que había dicho, y el propio Kamal el primero, pero las palabras de Yasín le saltaron a la memoria al día siguiente, cuando cruzaba la plaza de Bayt el-Qadi, de vuelta de la escuela, tras haber pasado la mayor parte del día pensando en su madre exiliada. Cuando caminaba en dirección al adarve de Qírmiz, se detuvo dubitativo a mirar hacia la calle de el-Nahhasín, mientras su entristecido corazón continuaba latiendo con pesadumbre y dolor. Entonces se desvió de su ruta, y se dirigió hacia el-Nahhasín con pasos lentos, sin adoptar una decisión firme, empujado por la pena que le atormentaba de haber perdido a su madre, y retenido por el miedo que lo invadía ante la sola mención de su padre, y más aún de hablarle o suplicarle. No se podía imaginar que fuera capaz de plantarse ante él y hablarle de este asunto, ni se le ocultaban a su conciencia las cosas terribles que podían acaecerle si lo hacía. A pesar de todo, continuó su lenta marcha, sin haber decidido nada, hasta que apareció ante sus ojos la puerta de la tienda. Era como si deseara contentar su corazón atribulado, aunque sólo fuera para sus adentros, como la milana que revolotea alrededor del raptor de sus pichones sin atreverse a atacarlo. Se fue aproximando a la puerta hasta

detenerse a unos metros de ella; se quedó un buen rato allí parado, indeciso, sin avanzar ni retroceder. De repente, salió de la tienda un hombre riéndose con sonoras carcajadas, seguido por su padre, que lo acompañaba hasta el umbral de la puerta y lo despedía, ahogándose también de risa. La sorpresa lo dejó pasmado y se quedó clavado en el sitio, contemplando el rostro risueño y afable de su padre, con una incredulidad y un asombro indescriptibles. No podía dar crédito a sus ojos, y pensó que una nueva personalidad se había encarnado en el cuerpo del señor o que ese hombre risueño, aunque se parecía a él, era otra persona a la que veía por primera vez, una persona que se reía, que se ahogaba de risa y cuyo rostro resplandecía de alegría como la luz del sol. Cuando el señor se dio la vuelta para entrar, su mirada tropezó con el chiquillo, que lo contemplaba estupefacto. El señor se quedó asombrado al ver su actitud y su aspecto, al tiempo que sus propias facciones recobraban rápidamente una apariencia seria y grave.

—¿Qué te ha traído por aquí? —le preguntó luego, escudriñando su rostro.

A pesar de su estupor, el instinto de autodefensa se deslizó de inmediato en el corazón del muchacho. Se aproximó a su padre, extendió su manita hacia la de él y se inclinó para besarla con educación y humildad, sin decir esta boca es mía.

—¿Quieres algo? —volvió a preguntarle el señor.

Kamal tragó saliva, pues, en pro de su seguridad, no encontraba otra cosa que decirle sino «que no deseaba nada y que iba de camino hacia la casa». Pero el señor, viendo que tardaba en responder, le dijo con aspereza, mientras la exasperación brillaba en su rostro:

—No te quedes ahí parado como un pasmarote y di qué quieres.

La aspereza de aquella voz penetró hasta su corazón, lo estremeció y la lengua se le trabó, como si las palabras se le hubieran pegado al paladar.

—¡Habla! ¿Te has quedado mudo? —le gritó el padre con violencia, cada vez más exasperado.

Todas sus fuerzas se concentraron en un único deseo: salir de su silencio a cualquier precio para evitar la cólera del padre. Así que abrió la boca y le dijo, sin importar cómo:

—Iba de regreso a casa desde la escuela.

—¿Y qué es lo que te ha hecho detenerte aquí como un idiota?

—He visto..., lo he visto a usted y he deseado besar su mano.

En los ojos del señor apareció una mirada de duda, y le dijo con displicencia e ironía:

—¿Eso es todo? ¿Tanta nostalgia tenías de mí?, ¿no pudiste esperar hasta mañana por la mañana para besar mi mano, si querías? Escucha, ¡ay de ti si has hecho algo en la escuela!, lo sabré todo.

—¡No he hecho nada, por la vida de Nuestro Señor! —replicó Kamal con rapidez e inquietud.

—Entonces, lárgate —dijo el hombre, impaciente—. Me has hecho perder el tiempo sin motivo, desaparece de mi vista.

Kamal inició la retirada muy nervioso, sin apenas ver dónde ponía los pies, mientras el señor se retiraba a su vez para entrar en la tienda; pero el chiquillo recobró la vida por el mero hecho de que los ojos de su padre se apartaran de los suyos y, antes de que el hombre desapareciera y se perdiera la oportunidad, gritó sin darse cuenta:

—Haz volver a mamá, ¡que Dios te guarde! Y puso pies en polvorosa.

Estaba el señor en su habitación tomando su café de la tarde, cuando entró Jadiga y le dijo con una voz apenas audible por la sumisión:

—Nuestra vecina, la señora Umm Maryam, quiere tener una entrevista con usted.

—¿La esposa del señor Muhammad Redwán? —preguntó el señor, asombrado—. ¿Qué quiere?

—No lo sé, padre —respondió Jadiga.

Le ordenó que la introdujese, y contuvo su asombro. Aunque la visita de algunas distinguidas vecinas, para tratar de asuntos relacionados con su comercio, o de una conciliación que él podría obtener entre ellas y sus maridos, amigos suyos, no fuese —pese a su rareza— nueva para él, descartó que fuera una de estas causas lo que inducía a esta señora a ir a su encuentro. Se lo preguntaba a sí mismo cuando recordando a Maryam, y lo que había ocurrido entre él y Amina acerca de su petición de matrimonio; pero ¿qué relación había entre aquel secreto, que no podía haber trascendido del círculo de su familia, y esta visita? Después recordó al señor Muhammad Redwán, suponiendo que la visita fuera por una causa relacionada con él, aunque siempre había sido un simple vecino, al que no le unía nada más que una relación de vecindad nunca elevada al rango de la amistad. Sus visitas recíprocas de otros tiempos se habían limitado a las ocasiones de rigor, hasta que el hombre quedó afectado por la parálisis y, por aquel entonces, él mismo había ido a visitarlo varias veces. Luego no había vuelto a llamar a su puerta excepto en la Pas cua. Sin embargo, Sitt Umm Maryam no le era extraña, pues ciertamente recordaba que ella se había dirigido una vez a su tienda para adquirir algunas cosas, y allí se había dado a conocer para llamar su atención, y él le había prodigado su generosidad en lo que consideró conveniente para una buena vecindad. Otra vez se la encontró en la puerta de su casa, cuando coincidió su salida con la llegada de ella en compañía de su hija única, y entonces lo asombró con su atrevimiento al saludarlo diciendo: «Buenas tardes, muy señor mío». Ciertamente, su trato con los amigos le había enseñado que, entre ellos, algunos permitían ciertas cosas en las que él era inflexible, como la estricta observancia de las reglas de educación heredadas en la familia. Ellos no veían mal que sus mujeres saliesen de visita o de compras, ni hallaban pecado en que dirigiesen un saludo inocente, como el que le había dirigido Umm Maryam. El no era —a pesar de su hanbalismo— del género de personas que atacan aquello que satisface a los demás, tanto para sí mismos como para sus mujeres. Más aún, no interpretaba mal ni siquiera a ciertos personajes, amigos suyos, que acompañaban a sus esposas y a sus hijas en coche para pasear por los descampados o ir a lugares de diversión inocentes; en casos como éstos se contentaba con repetir su lema: «Vosotros tenéis vuestra creencia, y yo la mía». Es decir, que no tendía a clasificar ciegamente a la gente según sus puntos de vista, además de distinguir muy bien entre lo bueno y lo malo, pero no abría su pecho a todo «lo que era bueno». Esto estaba de acuerdo con su severa naturaleza tradicional. Por eso, había considerado la visita de su esposa a el-Huseyn como un crimen que condenó con la pena más dura dictada en su segunda vida matrimonial. Debido a ello, el saludo de Umm Maryam fue recibido con asombro, unido a una especie de turbación, aunque no por eso juzgó mal su conducta. Oyó un carraspeo desde fuera de la habitación y supo que la visitante le advertía que iba a entrar. Cruzó el umbral envuelta en su melaya con la cara tapada por un velo negro cuyo arús de oro mediaba entre dos grandes ojos negros pintados de kohl. Se acercó a él con un cuerpo voluminoso, carnoso, de nalgas vacilantes. El señor se levantó a recibirla y le tendió la mano.

—Bienvenida —dijo—, honras la casa y a las gentes que moran en ella.

Ella le alargó la mano después de haberla envuelto en el borde de la melaya, para no violar las abluciones del señor, y dijo:

—Que Dios te honre, señor mío.

Él la invitó a sentarse, y después de que lo hiciera se sentó él y le preguntó cortésmente:

—¿Cómo está el señor Muhammad?

Ella contestó suspirando de forma audible, como si la pregunta removiera su pesar:

—Alabado sea Dios, ningún otro sea alabado sino Él en el infortunio. Nuestro Señor sea benévolo con todos nosotros.

El señor sacudió la cabeza con pesar y murmuró:

—Que Nuestro Señor lo tome en sus manos y le conceda paciencia y salud.

A las expresiones de cortesía sucedió un breve silencio, y la señora se dispuso a entrar en materia preparándose como lo hace el artista para el canto después de terminar el preludio musical. Mientras tanto, el señor bajó su mirada con compostura, y apareció en sus labios una sonrisa que anunciaba su buena disposición frente a las palabras que esperaba oír:

—Señor Ahmad, tu hombría de bien es un ejemplo citado en todo el barrio, y no se verá frustrado quien se te dirija pidiendo la mediación de tu integridad.

—Por favor, no digas eso —murmuró el señor con voz púdica, mientras se preguntaba en su fuero interno: «¿Qué habrá detrás de todo esto?».

—La cuestión es que acabo de llegar para hacerle una visita a mi amiga Sitt Umm Fahmi, y cuál no habrá sido mi espanto al saber que ya no está en su casa y que tú estás enfadado con ella.

La mujer se detuvo para sondear la impresión que causaban sus palabras y conocer la opinión del señor sobre ellas. Pero él buscó refugio en el silencio como si no hallase qué decir. Y aunque le disgustaba entrar en este asunto, la sonrisa de bienvenida permaneció en sus labios.

—¿Es posible encontrar una señora tan perfecta como Sitt Umm Fahmi? Es la esencia misma de la razón y del pudor. Una vecina de hace más de veinte años, durante los cuales no hemos oído al respecto más que cosas gratas. ¿Qué falta ha podido cometer para ser merecedora del enfado de un hombre justo como tú?

El señor perseveró en su silencio como si pretendiera ignorar su pregunta. Luego le sobrevinieron ideas que acentuaron su disgusto. ¿Es que la visita de la mujer había sido una coincidencia, o venía inducida por una maquinación? ¿Jadiga? ¿Aisha? ¿La propia Amina? Sus hijos no se cansaban de defender a su madre. ¿Iba a olvidar cómo Kamal se había atrevido a gritarle en la cara pidiendo el regreso de su madre, lo que lo había expuesto más tarde a un buen lote de bastonazos, que le habían quemado las nalgas y hecho salir humo por la cabeza?

—¡Una señora tan buena e indigna de castigo, y un señor tan generoso con quien no se aviene la violencia! ¡Pero es cosa del maldito demonio, que Dios confunda! ¿Qué hay más digno que tu nobleza para deshacer su estratagema?

Él sintió, en este momento, que el silencio empezaba a ser más pesado de lo tolerable para ser educado con la visita, y murmuró con concisión intencionada:

—Nuestro Señor resolverá el asunto.

Umm Maryam dijo con entusiasmo, alentada por haber logrado que hablara.

—Qué pena me da que nuestra buena vecina abandone su casa, tras tan larga vida de recato y dignidad.

—Las aguas volverán a su cauce, pero cada cosa a su tiempo.

—Tú eres mi hermano, más querido que un hermano, y no voy a añadir ni una palabra a lo dicho.

Había algo nuevo en el asunto que no pasó inadvertido a la conciencia vigilante del señor; y lo grabó como hace el sismógrafo con el terremoto lejano, por débil que sea su movimiento. Imaginó que cuando ella decía «Tú eres mi hermano», su voz se había suavizado y endulzado. Y cuando dijo «más querido que un hermano», la voz se había manifestado con cálida ternura, que expandió un grato aroma en este ambiente con olor a cerrado. Se asombró y se preguntó a sí mismo. Como no pudo contener su mirada dubitativa, la levantó lentamente. Miró furtivamente al rostro de la mujer y encontró —al contrario de lo que esperaba— que ella le contemplaba con sus grandes ojos negros. Su pecho hirvió y bajó la vista rápidamente, entre atónito y avergonzado. Luego dijo, continuando la conversación para ocultar su emoción:

—Te agradezco el sentimiento fraterno con el que me distingues.

Y volvió a preguntarse: ¿Lo había estado contemplando ella así durante toda la conversación o él había levantado su mirada, por casualidad, cuando ella lo contemplaba? ¿Y qué decir de que ella no hubiera bajado la vista cuando sus ojos se encontraron? Pero rápidamente se burló de sus pensamientos, y se dijo que su pasión por las mujeres y su hábito de frecuentarlas lo predisponían a tener mala opinión de ellas, y que la verdad estaba sin duda muy alejada de cuanto imaginaba. O quizás esta mujer era de esas que, por naturaleza y complejidad, desbordan una ternura que quienes no las conocen toman por seducción, siendo otra cosa. Para verificar lo acertado de su opinión —que todavía necesitaba contrastar— levantó la vista otra vez, y cuál no sería su asombro cuando vio que ella le miraba. Esta vez se animó y clavó en ella sus ojos un momento, mientras que ésta seguía mirándolo con descarado abandono hasta que él bajó su vista totalmente confundido. Entonces le llegó su tierna voz que decía:

—Tras esta súplica, veré si de verdad gozo de tu favor.

¿Gozar de su favor? Si estas palabras hubiesen sido dichas en otro ambiente distinto a éste, cargado de sensualidad electrizada por la duda y la confusión, habrían pasado sin pena ni gloria, pero ¿y ahora? Volvió a mirar con no poca timidez, y leyó en los ojos de ella varios significados que se burlaron de sus conjeturas. ¿Tenía fundamento su sensación? ¿Era posible que ocurriera esto cuando ella venía a interceder por su esposa? Pero cómo se iba a asombrar quien tenía tanta experiencia con las mujeres. Una señora casquivana con un marido tullido. Y le recorrieron unos estremecimientos placenteros que lo llenaron de calor y de orgullo. Pero ¿cuándo había nacido este afecto? ¿Era antiguo y estaba aguardando la ocasión? ¿No había visitado ella su tienda una vez sin demostrar nada que inspirara sospechas? Desde luego, la tienda no era un lugar ideal para inspirar confianza a alguien como ella, para divulgar una pasión oculta sin preámbulos, como lo había hecho la cantora Zubayda. ¿Era quizás un sentimiento hijo del instante, creado por una ocasión favorable en la habitación solitaria? Si así fuera, se trataba de otra «Zubayda» con ropas de señora recatada, y no era raro que él ignorase su forma de actuar —alguien como él, buen conocedor de las hijas de la pasión—, puesto que tenía gran esmero en respetar de modo ejemplar a los vecinos. ¿Cuál era verdaderamente el asunto y cómo responderle? «Te aprecio más de lo que crees.» Bonitas palabras, pero que podían llevarla a ver en ellas una respuesta favorable a su ruego. No, no quería eso. Lo rechazaba por entero. Y no porque todavía no se hubiese hartado de Zubayda, sino porque le era por completo inaceptable desviarse de sus principios en lo que atañía a considerar sagrada la reputación de todos, en general, y, en particular, la de los amigos y vecinos. Por eso no se había expuesto a ninguna tacha con la que pudiera abochornarse ante un amigo, un vecino o una persona virtuosa, a pesar de sus excesos en el amor y en las pasiones. Nunca había dejado de ser perseverante en el temor a Dios, tanto en lo divertido como en lo serio; se permitía solamente lo que consideraba lícito o estaba en los límites de las faltas leves. Esto no significaba que estuviese dotado de una voluntad a toda prueba que lo preservara de las pasiones, sino que se entregaba al amor sin recato; pero se cuidaba de mirar a las mujeres casadas hasta el punto de no haber posado su vista en la cara de una mujer del barrio en toda su vida.

Según recordaba, una vez había rechazado un amor por lástima de uno de sus conocidos, cuando un día vino a verlo un emisario invitándolo a encontrarse con una hermana de aquel hombre —una viuda de mediana edad— en una determinada noche. El señor recibió la invitación en silencio y despidió al emisario amablemente, como era su costumbre; luego dejó de pasar por la calle en donde se encontraba la casa en cuestión durante varios años. Quizás Umm Maryam era la primera prueba que tenía que afrontar en contra de sus principios. Aunque le gustaba, no respondió a las inclinaciones del amor, pues vencía en su interior la voz de la sabiduría y de la dignidad; de esta manera guardaba su buena fama, siempre en boca de la gente, de los reproches.

Como si esa buena fama fuese más preciada para él que la caza de un placer fácil, y prefiriese consolarse al tiempo con los amoríos seguros y sucesivos que se le brindaban de vez en cuando.

Este espíritu atento al compromiso, sincero con los amigos, no lo abandonaba ni en las casas de placer y de lujuria, y nunca se le pudo reprochar que hubiese asaltado a la amante de un amigo o levantado la vista hacia la querida de un íntimo. Prefería la amistad a las pasiones, porque, según acostumbraba a decir, «El amigo es un cariño duradero, y la amada un capricho pasajero». Por eso se contentaba con elegir a sus queridas entre aquellas que encontraba sin amante, o esperaba a que una relación se cortase para aprovechar la oportunidad; y a veces pedía permiso al antiguo amante antes de enamorar a la que fue su querida; así llevaba adelante el amor con una alegría que el arrepentimiento no enturbiaba; y cuya pureza no era empañada por el odio. Dicho de otro modo, él había logrado conciliar, de forma armoniosa, al «animal» entusiasmado por los placeres, con el «hombre» que aspiraba a elevados principios, y los había juntado en una unidad coordinada en la que ninguno de los dos componentes destacaba sobre el otro, y en la que cada uno de los dos era libre de vivir su vida propia con comodidad y bienestar. De la misma manera que había logrado antes conjugar la devoción y el extravío, libre de sentimientos de culpa y de pesar. Sin embargo, no había actuado con lealtad simplemente por ética, sino, antes y después, por su deseo heredado de seguir gozando del amor y disfrutar de una reputación intachable. Sus afortunadas correrías amorosas le hacían menospreciar, además, el botín de una pasión envenenada con la traición o el engaño. Y, por encima de todo esto, no había conocido el verdadero amor digno de empujarle a una de estas dos cosas: acatar el sentimiento intenso sin cuidarse de los principios, o caer en una aguda crisis sentimental y moral, a cuyo fuego cauterizador no estaba predestinado. En Umm Maryam no veía sino una especie de alimento delicioso, al que no le importaría renunciar por otro seguro y apetitoso, de esos que alegran la mesa —si se le iba a indigestar al ingerirlo—. Por esto le respondió con delicadeza:

—Si Dios quiere, tu intercesión será acogida y pronto oirás algo que te alegrará.

—Que Dios te honre, señor mío —dijo la mujer levantándose.

Y le tendió una mano mórbida, mientras él le daba la suya a la vez que bajaba la vista. Imaginó, mientras ella lo saludaba, que le presionaba un poco la mano, y se preguntó si ésta sería su manera habitual de saludar, o si había hecho la presión adrede. Luego intentó recordar cómo había sido su saludo al recibirla, pero su memoria no lo asistía, y pasó la mayor parte del tiempo, antes de regresar a la tienda, pensando en la mujer, en su conversación, su dulzura y su saludo.

36

—Nuestra tía, viuda de Sháwkat, quiere tener una entrevista con usted. El señor lanzó a Jadiga una mirada de enfado y le gritó:

—¿Por qué?

Pero el tono enfurecido de su voz y su mirada alterada anunciaban que no tenían intención de detenerse en el significado del «por qué», como si quisiera decirle: «Acabo de terminar con un mediador ayer y me traes uno nuevo hoy... ¿Quién te ha dicho que esa argucia va a poder conmigo? ¿Cómo os atrevéis tú y tus hermanos a jugar conmigo?».

Jadiga palideció, y dijo con voz temblorosa:

—Yo qué sé, Dios mío.

Él meneó la cabeza como queriendo decirle: «Sí que lo sabes y yo también lo sé, y tu juego va a traer las peores consecuencias». Luego dijo furioso:

—¡Déjala entrar! A partir de ahora ya no podré tomarme el café con tranquilidad. Mi habitación se ha transformado en un tribunal con jueces y testigos. ¡Este es el descanso que encuentro en mi casa! ¡Dios os maldiga a todos!

Jadiga desapareció antes de que él hubiese terminado de hablar, igual que hace el ratón cuando algún crujido le perfora los oídos.

El señor permaneció unos momentos hosco e irritado, hasta que le vino a la mente la imagen de Jadiga retirándose asustada, con los pies que se le trababan en los zuecos, y a punto de darse con la cabeza contra la puerta. Se dibujó en sus labios una sonrisa de compasión que borró su cólera arbitraria, y se estremeció. ¡Qué niños, se negaban a olvidar a su madre ni un solo minuto! Dirigió su mirada hacia la puerta y se dispuso a recibir a la visitante con los rasgos distendidos, como si no hubiese dejado fluir su cólera hacía unos segundos ante la idea de su visita, pues cuando estaba en su casa no tenía ningún poder sobre la cólera que lo embargaba por las más mínimas razones o sin ninguna razón.

Aparte de todo esto, la visitante ocupaba una posición especial a la que no llegaba ninguna de las mujeres que frecuentaban la casa de vez en cuando. Era la señora del difunto Sháwkat... ¡Y el difunto Sháwkat, ante todo! Una familia ligada a la suya por vínculos de afecto sincero desde la época de los abuelos. El difunto había tenido para él la categoría de un padre, y su viuda seguía teniendo, tanto para él como en consecuencia para la familia, la de una madre. Ella fue quien pidió en matrimonio a Amina para él, y la que recibió a sus hijos cuando vieron la luz. Además, los Sháwkat eran unas gentes cuya amistad se consideraba un honor, no solamente a causa de su origen turco, sino en virtud de su categoría social y sus muchos bienes inmobiliarios entre el-Hamzawi y el-Surín. Y si el señor era de la clase media-media, ellos eran sin discusión de la clase media-alta. Era quizás la relación materno-filial que los unía la que lo ponía en apuros y lo atemorizaba frente a su esperada intercesión. Ella no estaba obligada a guardar respeto al hablarle, ni era de las que se cansaban de pedirle piedad; aparte de la franqueza hiriente por la que era conocida, justificada a la vez por su personalidad y su posición social. Por cierto que ella no era...

Contuvo sus pensamientos al oír el ruido de sus pasos, luego se incorporó diciendo con tono acogedor:

—Bienvenida. Es el Profeta el que viene a visitarnos.

Se le aproximó una señora entrada en años, que se acercaba lentamente apoyándose en una sombrilla, levantando hacia él un rostro resplandeciente de blancura, lleno de arrugas, que apenas ocultaba el velo blanco transparente. Recibió su saludo con una sonrisa que descubrió sus dientes de oro, y respondió al mismo. Después tomó asiento a su lado sin formalismos, mientras decía:

—¡Vivir para ver...! ¡Hasta tú, un hombre tan bueno! ¡E incluso esta casa, en donde ocurren esas cosas que no deberían ocurrir! Has envejecido, válgame el-Huseyn, y te has vuelto chocho.

Y dio rienda suelta a sus palabras, desatando las bridas de la lengua, hablando y volviendo a hablar, sin dejar al señor la posibilidad de interrumpirla o de hacer un comentario. Le habló de cómo había venido de visita y cómo se había enterado de la ausencia de su mujer:

—Imaginé en primer lugar que ella había salido de visita. Asombrada, me di golpes en el pecho y dije: «¿Qué pasa en el mundo! ¿Cómo ha podido el señor permitirle salir, menospreciando las normas divinas de conducta, las leyes humanas y los firmanes otomanos?». Aunque, tan pronto como supe toda la verdad, volví a recuperar el juicio y dije: «Gracias a Dios, el mundo marcha, éste es verdaderamente el señor, y esto es lo menos que se puede esperar de él».

Luego cambió el tono irónico y le echó una reprimenda por su crueldad. No economizó lamentos por su mujer, a la que consideraba la última mujer merecedora de castigo. Cada vez que él se proponía interrumpirla, le gritaba:

—Chitón, ni una palabra, guárdate las bonitas palabras que sabes tan bien embellecer, pues no me embaucarás. Yo quiero una buena acción, no bonitas palabras.

Y le dijo con toda franqueza que él atendía a su familia de «manera excesiva» y que sería mejor que fuera algo más moderado y clemente.

El señor la escuchó largo rato, y cuando ella, cansada de hablar, le permitió intervenir, él le explicó su conocido punto de vista: ni la cálida defensa de la mujer, ni la consideración en que la tenía, le impidieron asegurarle que su política familiar era una convicción que no pensaba cambiar, si bien le prometió finalmente —como se lo había prometido antes a Umm Maryam— darle una buena noticia. Pensó que ya era hora de que la entrevista terminase, pero no pudo darla por zanjada porque ella le dijo:

—La ausencia de Amina hánem es una sorpresa que no me alegra, porque quería verla para un asunto muy importante, y porque salir no es tarea fácil dada mi salud. ¡Ahora no sé si sería mejor que hablase de lo que quiero hablar, o esperar a que ella vuelva!

—Todos estamos a tu disposición —dijo el señor sonriendo.

—Me hubiera gustado que fuese ella la primera en oírme, aunque tú no la hubieras dejado intervenir. Pero si esto me ha fallado, mi consuelo es prepararle una ocasión feliz para el regreso.

El señor dudó de haber entendido lo que decía y la miró con fijeza; luego le preguntó:

—¿Qué hay detrás de todo esto?

—Voy a ser breve —dijo clavando en la alfombra la punta de su sombrilla—. He decidido elegir a tu hija Aisha para esposa de mi hijo Jalil.

El señor se quedó atónito, como quien es sorprendido por algo inesperado. El embarazo, más aún, el fastidio, se apoderó de él por razones bien claras: advirtió desde el primer momento que su antiguo empeño de no casar a la pequeña hasta haber casado a la mayor iba a chocar esta vez con un deseo de especial valor que no podía descuidar..., un deseo anunciado por quien no ignoraba este empeño, y que así demostraba rechazarlo de entrada y negarse a aceptar su decisión.

—¿Qué te pasa, que te quedas en silencio como si no me hubieses oído?

El señor sonrió confuso y avergonzado, para decir después a título de consideración y de buenas maneras, mientras estudiaba el asunto en todas sus facetas:

—Es un gran honor para nosotros.

La señora le lanzó una ojeada como diciéndole: «Busca otro camino que no sea el de las palabras melosas», y habló de manera agresiva:

—No necesito reírme con tus palabras vanas. No quedaré contenta si no es con un acuerdo completo. Jalil me encargó elegirle una esposa y yo le dije: «Tengo una novia que es la mejor que puedas conseguir». Le alegró mi elección, y no cambiaría por nada la perspectiva de ser tu yerno. ¿Es que ahora vas a responder a un deseo como éste, que además viene de mí, con silencio y evasivas? ¡Oh, Dios..., Dios!

¿Hasta cuándo iba él a permanecer en este complicado dilema, del que no podía salir sin asestar un duro golpe a una de sus hijas? Miró a la mujer como implorando piedad por su propia situación, y tartamudeó:

—El asunto no es como tú imaginas... Tu deseo es bien acogido, pero...

—¡Déjate de peros! No digas que has decidido no casar a la pequeña hasta haber casado a la mayor. ¿Quién eres tú para decidir esto o aquello? Deja que Dios decida. Él es todo misericordia. Si quieres, te cito decenas de ejemplos sobre hermanas menores casadas antes que las mayores, sin que sus bodas impidieran a éstas casarse con los mejores maridos. Jadiga es una joven excelente, y no le faltará un buen marido cuando Dios quiera. ¿Hasta cuándo vas a ser un obstáculo entre Aisha y su suerte? ¿Acaso no es también digna de tu cariño y tu piedad?

«Si Jadiga es una muchacha excelente, ¿por qué no la eliges?», se dijo él en su fuero interno. Y pensó ponerla en un apuro como ella le estaba poniendo a él, pero tuvo miedo de que le espetase, aun con buena intención, una respuesta ofensiva para Jadiga, y por consiguiente para sí mismo; y dijo con voz llena de seriedad y preocupación:

—Sólo se trata de una cosa: me da pena Jadiga.

La mujer dijo con energía, como si fuese ella la que recibía la petición y no él:

—Todos los días pasan cosas como éstas sin que nadie se apure. Dios detesta la obstinación y la contumacia en sus siervos. Accede a mis deseos y confíate a Dios. No rechaces mi mano, porque no se la he tendido a nadie antes que a ti.

—Es un gran honor, como te he dicho hace un momento —dijo el señor disimulando su turbación con una sonrisa—. Sólo concédeme un poco de tiempo mientras recupero el aliento y organizo mis asuntos. Encontrarás que mi opinión concordará con tu parecer, si Dios quiere.

—No puedo robarte más tiempo —dijo ella con el tono de quien quiere cortar la conversación—. Y, además, si se alarga la discusión pienso que no recibirás mi deseo de buen talante. Una mujer como yo es de las que espera que cuando dice «quiero», tú te apresures a decir «sí», sin medias tintas. Sólo añadiré una cosa más: Jalil es mi hijo y es tu hijo, y Aisha es tu hija y es mi hija.

Ella se levantó, y él hizo lo mismo para despedirla. El señor no esperaba más que unas palabras de despedida y de saludo, pero ella se obstinó en recordarle todas sus recomendaciones. Como si temiese que se le hubiera olvidado algo, se las repitió detalladamente y, sin que ambos se dieran cuenta, volvió a sostener algunos de sus puntos de vista y a reafirmar algunos de los restantes. Luego, la mujer se dejó llevar por la asociación de ideas, se entregó a ellas sin reservas, y le reiteró todo lo dicho acerca de la petición de mano. Y además no quiso terminar la conversación sin volver a mencionar a la madre ausente con una, dos o tres palabras, y cuando de nuevo se dejó llevar por la asociación de ideas, se entregó a ellas de tal modo que el hombre estuvo a punto de perder los nervios. Al final, casi rompió a reír cuando ella le dijo: «No puedo robarte más tiempo del que ya te he robado», y la condujo hacia la puerta, mientras recelaba a cada paso de que se parase a hablar de nuevo.

Finalmente, él volvió a su asiento respirando a fondo. Volvió abrumado, pesadoso. Era tierno de corazón, más tierno de lo que se imaginaban muchos, más tierno de lo conveniente. ¿Cómo iban a creérselo quienes no lo veían sino sonriendo, alborotando o riendo burlón? Y es que cualquier chispazo de tristeza que quemase lo que era carne de su carne, podía amargarle la vida entera y cubrir de lodo, a sus ojos, la faz de la existencia. ¡Cuánto lo alegraba mostrarse generoso con el fin de hacer feliz a sus dos muchachas, tanto a aquella en cuyo bello rostro veía la cara de su madre, como a la que no le había tocado en suerte sino un leve toque de belleza! Ambas eran latidos de su corazón, extractos de su alma. De todas formas, el marido que ofrecía la viuda de Sháwkat era un hallazgo, con todo lo que esta palabra significaba. Un joven de veinticinco años, dotado de una renta mensual no inferior a treinta guineas; cierto que, como muchos notables, carecía de ocupación, y que su porción de conocimientos era insignificante, pues no pasaba de saber leer y escribir. Pero en conjunto se caracterizaba por la bondad y la nobleza de hábitos de su padre. ¿Qué podía hacer? Tenía que resolver el asunto, porque no acostumbraba a vacilar ni a pedir consejo, y no aceptaba aparecer ante los suyos —ni por un solo instante— como alguien carente de opinión. ¿Iba a pedir consejo a los íntimos? No veía que fuera un desprestigio pedirles consejo cuando surgía algo serio; de hecho, sus veladas comenzaban habitualmente por la discusión de las preocupaciones y los problemas antes de que el vino los llevase en volandas hacia el mundo que nada sabe de preocupaciones ni de problemas. Sin embargo, en la misma medida en que internamente era dueño de sus opiniones y no se apartaba de ellas, era de esos que buscan reafirmarlas con el consejo, pero no rectificarlas. Una posibilidad tal de consejo, pese a todo, incluso en estas circunstancias, era un consuelo y un respiro. Y cuando el hombre se hartó de pensar, gritó:

—¿Quién podría creerse que mi insoportable preocupación no es más que el resultado de un bien con el que Dios me ha honrado?

Amina no tenía otra cosa que hacer en los días de su destierro, sino sentarse al lado de su madre para hablar largo y tendido de todos los sucesos extraídos del pasado lejano, del próximo y del presente, entre los recuerdos queridos y el drama actual. Si no hubiese sido por el tormento de la separación y el fantasma del repudio, habría descansado en su nueva vida justamente como en unas vacaciones que le permitieran reposar de la fatiga de las obligaciones, o como en un viaje imaginario al mundo de los recuerdos. De todas formas, el paso de los días sin que sucediera lo que ella temía, y las noticias que le llegaron sobre la intercesión de Umm Maryam y de la viuda de Sháwkat cerca del señor, tranquilizaron su corazón y la aliviaron. Además, las visitas vespertinas de sus hijos, que no habían fallado ni un solo día, calmaban el ardor de su pecho con bocanadas de esperanza renovada. Aunque el rato en que estaban ellos ausentes en la nueva casa no fuese mucho mayor que en la antigua, puesto que en ambos casos no se reunía con ellos sino en los momentos libres de la tertulia de la tarde, sintió nostalgia de ellos: la nostalgia del exiliado en tierra lejana por los seres amados que el tiempo separó, la de quien ha estado privado de respirar el ambiente de éstos, de vivir entre sus recuerdos, de compartir sus instantes de seriedad y de diversión; era como si cada pulgada que el cuerpo avanzaba en el camino de la separación, su corazón la sintiera como varias millas. La vieja persistía en decirle, siempre que la encontraba callada o la oía divagar:

—Paciencia, Amina. Yo lamento tu situación. La madre es una extraña cuando está alejada de sus hijos, una extraña incluso viviendo en la casa en que nació.

Era de verdad una extraña. Como si la casa que había conocido durante la primera parte de su vida no fuera su hogar, y como si no se tratara de la misma madre de la que no pudo soportar separarse ni un instante. «Su casa» ya no era lo que había sido, sino un lugar de destierro entre cuyas paredes esperaba con nostalgia el perdón del cielo. Y el perdón llegó tras una larga espera, traído una tarde por los hijos. Se presentaron ante ella con el resplandor del relámpago en los ojos, haciendo latir su corazón y estremeciendo su pecho de tal forma que tuvo miedo de haber ido en su interpretación más allá de lo apropiado. Pero Kamal corrió hacia ella y se le colgó del cuello antes de gritar, sin lograr contener su alegría:

—¡Ponte la melaya y vámonos!

Y Yasín dijo riendo:

—¡Por fin se acabó el problema! —Luego, junto con Fahmi—: Nuestro padre nos llamó y nos dijo: «Id los dos y volved con vuestra madre».

Ella bajó su mirada para disimular la alegría que la desbordaba. ¡Qué incapaz era de ocultar los variados sentimientos que se agitaban en su interior, como si su cara fuese un espejo extremadamente sensible, que no dejaba de reflejar ni lo más mínimo de lo que ocurriera en su interior! ¡Cómo le hubiese gustado recibir la feliz noticia con una calma digna de su condición de madre! Pero la alegría la hizo sentirse ligera, rieron sus facciones y expresaron un alborozo infantil, al mismo tiempo que se apoderaba de ella una vergüenza cuya causa desconocía. Permaneció quieta, sin moverse del sitio, un buen rato, hasta que Kamal perdió la paciencia, y la agarró de la mano tirando de ella con toda su fuerza hacia atrás, con lo que al fin ella cedió y se levantó. Se quedó de pie un momento, presa de extraña confusión, y sin saber qué hacer se volvió hacia su madre preguntando:

—¿Me voy, madre?

La pregunta, que se le había escapado con tono de turbación y de apuro, pareció extraña, y Fahmi y Yasín sonrieron. Sólo Kamal se asombró con una especie de confusión, y le confirmó la noticia del perdón que habían traído. Pero la abuela, que había captado todas las sensaciones de su hija e intuitivo su desconcierto, temió mostrar rechazo a su pregunta ni siquiera con una leve sonrisa, y dijo en tono serio:

—Ve a tu casa y que la paz de Dios te acompañe.

Amina fue a ponerse la melaya y a liar su ropa, con Kamal pegado a sus faldas. La abuela se puso a hablar con los dos jóvenes, y preguntó con un acento crítico, que aligeró con una delicada sonrisa:

—¿No hubiese sido más digno para vuestro padre haber venido él mismo?

—Abuela, ya sabes cómo es nuestro padre —respondió Fahmi como excusándose.

—Demos gracias a Dios de que todo haya pasado —dijo entonces Yasín riéndose. La abuela farfulló algo ininteligible, y después suspiró como si respondiese a sus propios balbuceos:

—De todas formas, el señor Ahmad es un hombre diferente de los demás.

Dejaron la casa mientras les resonaban en sus oídos las plegarias de la abuela, que pedía la bendición de Dios para ellos, y marcharon juntos por primera vez en su vida, de modo que el panorama les pareció insólito. Fahmi y Yasín intercambiaron miradas sonrientes, y Kamal recordaba el día en que iba como ahora agarrado de la mano de su madre, conduciéndola de calleja en calleja, y los dolores y miedos, peores que una pesadilla, que siguieron a aquello. Él no salía de su asombro, pero olvidó pronto las penas del pasado en la alegría del momento. Como sintiera ganas de bromear, dijo a su madre riéndose:

—¡Vamos a pasarnos por Sayyidna el-Huseyn!

Yasín soltó una carcajada cargada de significado.

—Que Dios lo tenga en su santa gloria. Él fue un mártir y le gustan los mártires.

Apareció ante ellos la celosía con dos siluetas moviéndose por detrás de sus orificios, y el corazón de Amina voló hacia ellas con ternura y deseo. Luego encontró a Umm Hanafi, que cubrió de besos las manos de su señora, pues la esperaba detrás de la puerta. Y halló a Jadiga y a Aisha, en el patio de la casa, que se le colgaron al cuello como niñas. Subieron la escalera con alborozo en plena embriaguez de alegría, hasta que estuvieron todos en su habitación. Muertos de risa se apresuraron a quitarle la ropa de calle, que era el símbolo de la odiosa separación. Cuando se sentó entre ellos estaba jadeante de emoción y excitación. Kamal quiso expresar su contento de estar a su lado, y no encontró nada mejor que decir:

—Este día me gusta muchísimo más que el del Máhmal mismo.

Toda la familia se juntaba por primera vez, desde hacía bastante tiempo, en la reunión del café. Volvieron a hacer tertulia en un ambiente de alegría, cuyo júbilo se veía duplicado por los anteriores días de separación y de tristeza; así aumentaba el placer del cálido día que siguió a una semana de intenso frío. La madre, cuyos instintos domésticos se habían despertado, pese a la alegría del encuentro, no olvidó preguntar a las dos muchachas por las cosas de la casa; fue por partes, desde la habitación del horno hasta la hiedra y el jazmín. También preguntó mucho por el padre; y cuánto se alegró al saber que no había permitido a nadie ayudarlo a quitarse o ponerse la ropa. Cualquiera que fuese la dosis de descanso que le hubiera permitido a él la ausencia de su mujer, se había producido un cambio en su esquema de vida, con una indudable carga de problemas que desaparecerían a su vuelta.

Y sólo esta vuelta le iba a garantizar la vida a la que estaba habituado y que tanto le gustaba.

La única cosa que no se le ocurrió a Amina era que había varios corazones felices con su regreso, que encontrarían precisamente en este regreso un pretexto para rumiar la tristeza y la pena. Pero así ocurrió. Estos corazones, que se habían distraído con las tristezas de la madre, volvieron a pensar en sus penas después de haberse asegurado la salvación de ella. Igual que un cólico agudo y reciente nos hace olvidar una oftalmía crónica, hasta que al desaparecer vuelven los dolores de los párpados. Fahmi volvió a decirse: «Toda tristeza, según parece, tiene fin. Ahí está mi madre: se ha librado de preocupaciones. Pero mi tristeza parece como si no tuviese fin». Aisha reanudó sus pensamientos, cuyo secreto nadie conocía. Los ensueños se le aparecieron, los recuerdos la visitaron, aunque en comparación con su hermano estaba un poco más tranquila y más pronta a olvidar. Como Amina no podía leer los pensamientos, nada enturbió su júbilo, y cuando se retiró a su

habitación por la noche, se dio cuenta de que el sueño no encontraría espacio en su espíritu lleno de alegría. Así pues, durmió de forma entrecortada hasta la medianoche, en que abandonó el lecho para ir a la celosía a esperar, como era su costumbre; allí dejó vagar la mirada por las rendijas de los ventanucos hacia la calle en vela, hasta la llegada del coche de caballos que traía a su marido a casa. Su corazón latió con fuerza, y se ruborizó de vergüenza y preocupación, como si fuera a encontrarse con él por primera vez, y como si no hubiera pensado mucho en ese instante. El instante del esperado encuentro. ¿Cómo iba a acogerlo ella? ¿Cómo iba a tratarla él tras esta larga ausencia? ¿Qué podían decirse? ¡Si pudiera fingirse dormida! Pero ella no sabía fingir en absoluto, y no soportaba que él entrase y la encontrase tumbada. No podía descuidar el deber de salir a la escalera con la lámpara para alumbrarle. Y más aún después de haber logrado volver y haberla abandonado la indignación, el alivio de la alegría iluminó su corazón y no sólo perdonó completamente el pasado, sino que cargó sobre sí misma toda la culpa; de tal forma que vio a su marido digno de que ella tratara de darle satisfacción, a pesar de no haberse ofrecido para ir a casa de su madre a hacer las paces. Tomó la lámpara, marchó hacia la escalera y extendió su brazo por encima de la balaustrada; allí permaneció quieta siguiendo el ruido de los pasos que se aproximaban, con el corazón palpitante, hasta que él subió a donde estaba ella. Ella lo recibió con la cabeza baja, sin mirarle a la cara en el momento de encontrarse, sin saber qué cambio se había producido en él al verla; hasta que lo oyó decir con tono natural, sin huella del reciente y lamentable pasado:

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor —murmuró ella.

Mientras lo seguía con la lámpara en alto, él fue a la habitación, se puso a quitarse la ropa en silencio, y ella se le acercó para ayudarlo. Se consagró a su trabajo, mientras suspiraba aliviada para sus adentros. Y aunque recordó la mañana siniestra de la ruptura, cuando él se había levantado para vestirse diciéndole secamente: «Me vestiré yo solo», el recuerdo le acudió libre de las sensaciones de dolor y desesperación que la habían embargado en aquel entonces. Al hacer esta tarea que el señor sólo a ella permitía realizar, sintió que recuperaba lo que más quería en este mundo. El señor tomó asiento en el sofá, y ella se sentó con las piernas cruzadas sobre un puf, a sus pies, sin pronunciar palabra ninguno de los dos. La mujer esperaba que él diese por terminado «el lamentable pasado» con una palabra, un consejo, una advertencia o algo parecido. Sobre esto había hecho mil conjeturas, pero él le preguntó con sencillez:

—¿Cómo está tu madre?

—Bien, señor —le respondió suspirando aliviada—, te envía saludos y los mejores deseos.

Pasó otro momento de silencio antes de que él dijera con cierta indiferencia:

—La viuda de Sháwkat me ha expuesto su deseo de elegir a Aisha como esposa para Jalil.

Amina levantó los ojos hacia él, con un asombro que expresaba su impresión por la sorpresa. Pero él alzó los hombros con indiferencia, y como si temiese que ella diera una opinión acorde con su decisión, que nadie conocía, y por tanto pudiera creerse que había tenido en cuenta su opinión, se apresuró a decir:

—He pensado mucho en el asunto y he llegado a la conclusión de aceptar. No quiero atravesarme en la suerte de la muchacha más de lo que ya he hecho; el asunto está en manos de Dios, antes y después.

38

Aisha acogió la noticia con la alegría propia de una joven que sueña con el matrimonio desde la niñez, sin preocuparse por otra cosa. Casi no daba crédito a sus oídos cuando le fue comunicada la buena nueva. ¿Era cierto el consentimiento de su padre? ¿El matrimonio se había transformado en una realidad próxima, o era una broma cruel? Apenas habían transcurrido tres meses desde el fracaso que había sufrido, y aunque la impresión recibida había sido muy intensa, se había aligerado y hecho llevadera con los días, hasta volverse un recuerdo desvaído que suscitaba —si acaso— una sutil tristeza sin importancia. Todo en aquella casa se subordinaba ciegamente a una voluntad suprema, dotada de un poder sin límites, comparable al poder de la

religión. Entre sus muros, hasta el mismo amor se deslizaba hacia los corazones avergonzado, dubitativo y falto de confianza en sí mismo. No gozaba del poderío y del despotismo que posee habitualmente, puesto que allí no había más despotismo que el de aquella suprema voluntad. Por eso, cuando el padre dijo «no», esta negativa quedó grabada en el fondo de su alma y la muchacha creyó firmemente que todo había terminado de verdad. No había escapatoria, vuelta atrás ni ruego que sirviesen de nada, como si éste fuera un movimiento cósmico, equivalente a la alternancia de la noche y el día; toda oposición era vana, no tenía más remedio que aceptar la postura de su padre. La firmeza de él hizo que ella, consciente e inconscientemente, diera por terminado el asunto. Y todo terminó. Aunque se preguntaba a sí misma: en el caso de que el consentimiento para su matrimonio se hubiera dado antes de haber transcurrido estos tres meses desde la negativa anterior, ¿no hubiera supuesto que le habría tocado en suerte el muchacho hacia el que había revoloteado su corazón? ¿Es que su propia buena suerte no abrigaba una contradicción incomprensible justamente por eso? De todas formas, la pregunta quedó bajo el sello del silencio. Nadie la evocó, ni su misma madre. Porque expresar alegría por el novio, como persona abstracta, nada más, se consideraba una desvergüenza que ofendía el pudor; ¡y cuidado con manifestar deseo por el hombre como tal! Sin embargo, a pesar de todo esto y a pesar de que el nuevo novio era un desconocido para ella, excepto por lo que su madre había contado de él al hablar en general sobre la familia materna, ella se había alegrado mucho con la noticia, y sus sentimientos sedientos habían encontrado un polo de atracción para su pasión; como si su amor fuera una especie de «disposición», más que una relación con un hombre específico; si un hombre se alejaba y otro ocupaba su lugar, su disposición obtenía con qué satisfacerse. Todo quedaba dentro de un orden: ella podía preferir a un hombre frente a otro, pero no hasta el punto de echar a perder por él el gusto por la vida, o de verse empujada a la rebeldía y a la desobediencia. Cuando estuvo contenta y su corazón aleteó de felicidad, manaron de ella hacia su hermana —como era propio de su naturaleza en estas circunstancias— un afecto y una piedad immaculados; deseaba que hubiese sido ella la primera en casarse, y le dijo, como excusándose y animándola:

—¡Me habría gustado que te hubieses casado antes que yo! Pero es el destino y es la fortuna. Todo llegará.

Jadiga, sin embargo, que no podía soportar que se compadecieran de ella en la derrota, recibió sus palabras con una fuerte irritación que no pudo ocultarle. Antes, su madre se había excusado con ella, y le había dicho con su delicadeza y pudor acostumbrados:

—Todos esperábamos que tu turno fuese el primero, y nos esforzamos por ello más de una vez, pero quizás nuestra tozudez en algo cuya solución no está en nuestro poder, es lo que ha retrasado tu suerte hasta hoy. Dejemos que las cosas marchen como Dios quiera. Todo retraso tiene una recompensa.

Jadiga encontró por parte de Yasín y de Fahmi la misma compasión —manifestada unas veces con palabras directas y expresada otras veces a través de la amabilidad con que la rodeaban—, que reemplazaba, aunque sólo fuese momentáneamente, las bromas mordaces habituales entre ellos tres y, sobre todo, entre ella y Yasín. La verdad es que su tristeza por su mala suerte sólo era comparable con su nerviosismo ante la piedad que reinaba en aquel ambiente, no porque el rechazo a la compasión formase parte de su naturaleza, sino porque le pasaba lo que a la persona atacada de gripe, a quien perjudica la exposición al aire libre que, habitualmente, le conforta cuando está sano. No le interesaba una compasión que sabía que era un sustitutivo de la esperanza perdida. Puede que tuviera sus dudas —en todo ello— sobre los motivos que los empujaban a colmarla de compasión, ¿acaso su madre no había sido siempre la mediadora entre las casamenteras y su padre? ¿Quién le aseguraba que había ejercido la mediación cumpliendo el deber de un ama de casa, y no persiguiendo el secreto deseo de casar a Aisha? ¿No había sido Fahmi el que había traído el mensaje del oficial de la comisaría de el-Gamaliyya? ¿No le había sido posible hacerlo cambiar de opinión bajo cuerda?

¿No era Yasín...?, pero ¿con qué cara censuraba a Yasín, si la había traicionado quien le era más próximo que él? ¿Qué compasión era ésta? ¡Más bien, qué hipocresía y qué mentira! Por eso estaba harta de la compasión, que consideraba un perjuicio y no un beneficio, y su corazón se llenó de rencor e irritación, pero lo ocultó en su interior con el fin de evitar la muestra de disgusto frente a la felicidad de su hermana, y exponerse —tan mala opinión la habían hecho tener de sí misma— a la malicia de quienes se alegran del mal ajeno. De todas formas, no tenía más remedio que disimular sus sentimientos, porque en esta familia —sobre todo en lo relacionado con los sentimientos— esto era una costumbre arraigada y una necesidad moral marcada por la sombra de la intimidación paterna. Así, entre el rencor y la irritación por un lado, y el disimulo y la apariencia de conformidad por otro, su vida se convirtió en un tormento continuo y en un esfuerzo incesante. ¿Y su

padre? ¿Qué le había hecho rectificar su anterior opinión? ¿Es que la despreciaba después de haberla apreciado tanto? ¿Se le había agotado la paciencia esperando casarla, y había decidido sacrificarla, abandonándola a su destino? ¿Cómo la asombraba que la hubiesen abandonado como si fuese algo inexistente! En su rebeldía olvidaba sus actitudes anteriores, cuando la defendían, y no recordaba sino su «traición». Aunque esta cólera generalizada no era nada comparada a los celos y al rencor que se le juntaban en el pecho. Odiaba la felicidad de su hermana, y odiaba aún más que disimulara esa felicidad. Odiaba su belleza, que aparecía a sus ojos como un castigo y un suplicio, igual que aparece a los ojos del fugitivo la luna llena. Además, odiaba la vida, que no le había deparado más que desesperación. Se sucedieron los días sumándose tristeza sobre tristeza, a causa de los regalos y obsequios que el novio enviaba a la casa, y por los motivos de júbilo y alegría que se esparcían por todo el ambiente. Se encontró a sí misma en un aislamiento feroz, en el que proliferaban las penas como proliferan los insectos en el agua corrompida de una alberca. Luego el señor empezó a hacer los preparativos de la boda, y la conversación sobre los mismos monopolizó las tertulias familiares de las tardes. Se mostraban diversos tipos de muebles y ropa, se elegían unos y se rechazaban otros comparándolos, con un interés que les hacía a todos olvidar a la hermana mayor, además del consuelo y la amabilidad que ésta se merecía. Hasta ella misma —de acuerdo con la satisfacción que fingía— se veía forzada a compartir su actividad, su entusiasmo y sus interminables discusiones. Pero esta situación sentimental enmarañada, que a los ojos de un extraño a la familia hubiera parecido el signo de un mal de desagradables consecuencias, cambió de súbito cuando los pensamientos se centraron en el corte del vestido de novia y, por tanto, cuando las miradas convergieron sobre Jadiga y se centró en ella toda la atención y la esperanza. Ella ya aguardaba este deber como algo inevitable, cuya aceptación la enfurecía y que no podía rechazar a riesgo de descubrir lo que había ocultado. Pero, cuando las miradas se elevaron hacia ella y su madre le encomendó que hiciera un buen trabajo con su hermana mientras ésta la miraba con ojos llenos de vergüenza y esperanza, Fahmi dijo a Aisha en su presencia: «No serás de verdad una novia hasta que Jadiga no te haya hecho un traje de novia», y Yasín comentó lo dicho: «Tienes razón, ésa es una verdad indiscutible»; cuando todo esto ocurrió se calmó su cólera y la vergüenza detuvo su rebeldía. Afloraron a la superficie sus buenos sentimientos enterrados, como el agua potable hace brotar el verdor de las semillas escondidas bajo el barro. No dudó de los motivos de este interés, como había dudado antes de los motivos de la compasión «fingida», al percibir por una parte su sinceridad y, por otra, el hecho de que iban dirigidos hacia su indudable habilidad. Era como un reconocimiento general de su importancia y de la seriedad de su tarea, y también de que esta felicidad —que se le negaba por el momento— no sería completa hasta que ella no participase.

Recibió la nueva tarea con un ánimo ya muy aligerado de sus negros pensamientos, porque éstos trastornaban a aquella familia como trastornan a la mayor parte de los humanos; pero no hallaban en la familia un corazón malvado en el que depositarse y cebarse. Algunos de ellos tenían predisposición a encolerizarse, como el alcohol la tiene a inflamarse, pero rápidamente se calmaba su cólera, sus pensamientos se volvían lúcidos y sus corazones perdonaban, igual que ocurre en algunos días de invierno en Egipto, en que las nubes se oscurecen hasta que llovizna, y no han pasado una o varias horas cuando se dispersan, dejando un azul puro y un sol radiante. Esto no significaba que Jadiga hubiese olvidado sus penas, sino que la tolerancia había aminorado su resentimiento y su odio. Conforme pasaron los días, no volvió a culpar a Aisha o a cualquiera de su familia tanto como culpó a su propia suerte, a la cual fijó finalmente como blanco de su irritación y su auto-destrucción; esa suerte que le había escatimado la belleza, había retrasado su matrimonio hasta más allá de los veinte años, y ensombrecido su futuro de angustia y de temores. Finalmente —igual que su madre—, se rindió al destino. Como su lado impulsivo, heredado del padre, y el retorcido, fruto de su posición frente al medio, habían sido incapaces de remediar su desgraciada suerte, encontró la salvación en el lado pacífico heredado de la madre, y se rindió al destino, igual que un general que, no encontrando manera de alcanzar el objetivo, elige un lugar fortificado de forma natural para afirmar a sus hombres derrotados, o pide la concordia y la paz. Empezó a lamentar su entrega a la oración y a sus confidencias con Dios. La verdad era que, desde su infancia, había seguido a su madre en la devoción y en la observancia de los preceptos, con un empeño que mostraba lo despiertos que estaban sus sentimientos religiosos. No como Aisha, que se entregaba a la devoción con accesos entusiastas alejados unos de otros y que era incapaz de perseverar. Cuántas veces se había asombrado Jadiga al comparar su suerte y la de su hermana — el mal pago que recibía ella por su devoción, y el bueno que recibía la otra por su indiferencia—: «Yo cuido de cumplir mis oraciones y ella no aguanta cumplirlas dos días seguidos. Yo ayuno todo el Ramadán, y ella lo hace un día o dos, y luego finge ayunar mientras se desliza a escondidas hasta la alacena y se llena la barriga de frutos secos, lo que no la impide precipitarse a la mesa, antes que los que están en ayunas, cuando suena el cañonazo de la ruptura del ayuno». Tampoco se rendía incondicionalmente a Aisha en el terreno de la belleza. No, ella no pregonaba su

parecer a cualquiera. Por el contrario, prefería con mucho meterse consigo misma para parar los pies de quienes anduvieran al acecho. Sin embargo, se miraba largo rato en el espejo haciéndose confianzas: «Sin duda que Aisha es bella, pero es delgada. La gordura es la mitad de la belleza, y yo estoy gorda. La redondez de mi rostro casi tapa el tamaño de mi nariz. Lo único que queda es que mi suerte se ponga a trabajar». De todas formas, había perdido confianza en sí misma durante la última crisis. Y, a pesar de que repitiese muchas veces esas confesiones íntimas sobre la belleza, la gordura y la suerte, lo hacía esta vez para aventar, frente a sí misma, sus sentimientos de falta de confianza que la angustiaban; como nosotros nos refugiamos a veces en la lógica para tranquilizarnos en asuntos tales como la salud, la enfermedad, la felicidad y la desgracia, el amor y el odio, que nada tienen que ver con la lógica.

Amina no olvidaba a Jadiga, a pesar de sus muchas ocupaciones como madre de la novia, porque su alegría por la boda le recordaba la tristeza de la hermana, igual que el bienestar producido por la acción de un calmante nos hace recordar el dolor que volverá al cabo de un rato. El matrimonio de Aisha había despertado sus antiguos temores sobre Jadiga, y envió a Umm Hanafi —buscando obtener la tranquilidad por cualquier medio— al sheyj Raúf, en Bab el-Ajdar, para que leyera su porvenir. La mujer volvió con buenas noticias, pues dijo a su señora que el sheyj le había dicho: «Muy pronto me traerás dos arrelles de azúcar». Y aunque no fuese la primera buena noticia de este género que le comunicaban sobre Jadiga, la llenó de bienestar y la recibió como un sedante para la angustia que no la abandonaba.

39

«¿Es que no ha llegado el momento, so pájara? ¡Estoy deshecho, musulmanes...! Estoy deshecho como una pastilla de jabón del que no queda más que la espuma.

Ella lo sabe y no quiere abrir la ventana. ¡Coquetea..., coquetea, so pájara...! ¿Es que no estábamos de acuerdo sobre esta cita? Pero tienes razón... Un solo pecho tuyo basta para destruir Malta, y una sola nalga haría volar los sesos de Hindenburg. Tú tienes un tesoro. ¡Que Dios sea bueno conmigo..., que Dios sea bueno conmigo y con cualquier otro desgraciado al que un pecho hermoso, un trasero redondo y unos ojos pintados de kohl hagan pasar la noche en blanco! Los ojos pintados son lo último, porque una ciega de buena grupa y senos bien formados es mil veces mejor que una flaca plana con los ojos pintados de kohl. ¡Ay, hija de la cantora, vecina de el-Tarbía...! La cantora te ha enseñado las artes de la coquetería, y la calle ha puesto a tu disposición los secretos de la belleza. Por eso tus pechos se vuelven hermosos de tanto como juegan con ellos los amantes. Nos habíamos puesto de acuerdo sobre la cita, no lo estoy soñando. Abre la ventana, ábrela, pájara. Abre, bellísima, que me pones la carne de gallina. Chupar los labios, mamar los pezones... Seguro que espero hasta el alba. Encontrarás que soy tu más fiel servidor. Si quieres que sea la trasera del carricoche en el que te balanceas, lo seré. Si quieres que sea el asno que tira de él, lo seré. ¡Qué situación la tuya, Yasín! ¡Qué desastre, hijo de Abd el-Gawwad! ¡Cómo se alegran los australianos de tu mal! ¡Pobre de mí, expulsado de el-Ezbekiyya y prisionero en el-Gamaliyya! ¡Ay, es la guerra! Guillermo la lanza en Europa, y yo soy su víctima en el-Nahhasín. ¡Abre la ventana, alma de tu madre, ábrela, alma mía...!»

Así se puso a hablar consigo mismo Yasín, sentado en el sofá del café de Si Ali, con los ojos levantados hacia la casa de Zubayda, la cantora, a través del ventanuco que daba a el-Guriyya. Siempre que lo embargaba el desasosiego se sumía en sus ensueños y en sus pensamientos, calmando aquél y excitando, a la vez, sus deseos; como hacen algunos somníferos que curan el insomnio y cansan el corazón. Había dado un paso afortunado al cortejar a Zannuba, la tañedora de laúd; un galanteo en el que había salido de la fase preparatoria —frecuentar por la tarde el café de Si Ali, las miradas, ir tras del carricoche, la sonrisa, retorcerse el bigote, el juego de cejas...— a la fase de la negociación, y a meterse en faena. Todo esto había ocurrido en la larga y estrecha calleja de el-Tarbía, zigzagueante, techada de arpillera, con las pequeñas tiendas apiñadas a ambos lados como celdillas de abeja. El-Tarbía no era nada nuevo para él. ¡Cómo podía serlo si era el zoco de las mujeres de toda condición, que se precipitaban para comprar, por poco peso y mucha utilidad, diversos tipos de perfumes que proporcionaban placer, belleza y provecho! Ésta era su meta, siempre que no tuviese otra, y el lugar adonde iba los viernes por la mañana; lo recorría despacio —en función a la vez de la muchedumbre y del deseo—, de cabo a rabo, como pasando revista a las tiendas para elegir alguna cosa, mientras que en verdad examinaba las caras y los cuerpos, lo que dejaban ver los velos o moldeaban las melayas, lo que veía al por mayor o en detalle, los perfumes puros que se desprendían aquí y allá, las voces o las risas susurradas... Todo ello respetando por lo general los límites de la educación, dados los buenos

orígenes que predominaban en las visitantes, contentándose con la contemplación, la valoración y la crítica, captando excelentes imágenes de lo que veía, y almacenándolas en el museo de su memoria. Nada superaba su felicidad cuando obtenía un tono nítido de piel que no había visto antes, una mirada como nunca había tenido a su alcance, un pecho de turgencia asombrosa o unas nalgas que se salían de lo ordinario en volumen o en buena hechura. De esta forma hacía a veces un repaso diciéndose: «Lo mejor de hoy ha sido el hermoso pecho de la señora que estaba parada delante de la tienda de Fulano», o «Éste es el día de las nalgas de talla número cinco», o «¡Qué trasero tiene, qué trasero...!, ¡éste es el día de los traseros espléndidos!».

Y todo ello porque su temperamento lo llevaba a sentir debilidad por el cuerpo de la mujer, ignorando su personalidad, y luego a concentrar la atención en unas partes del cuerpo, ignorando su conjunto. Era igual que si reconfortase y renovase sin cesar sus esperanzas, como un hombre que no antepusiese en su vida otra meta a la de las mujeres, con las posibles oportunidades que le deparaban el hoy o el mañana, hasta llegar a la buena caza que en raras ocasiones se le ofrecía en estos paseos sexuales.

Uno de aquellos atardeceres, estando en su asiento bajo el ventanuco del café de Si Ali, vio a la tañedora de laúd salir sola de la casa. Se levantó de repente y la siguió. Ella se dirigió al callejón de el-Tarbía y él fue detrás. Luego, ella se detuvo delante de una tienda, y él se paró a su lado. La muchacha esperó a que el perfumista hubiera terminado con algunos clientes, y él esperó, sin que ella se volviera hacia su lado, por lo que dedujo de esa fingida «ignorancia» que había notado su presencia —como sin duda había deducido también que la seguía desde el principio—, y le susurró de cerca «buenas tardes». Ella continuó mirando hacia adelante, pero el hombre notó, en las comisuras de sus labios, el sesgo de una sonrisa que respondía a su saludo, o que le compensaba de haberla seguido continuamente tarde tras tarde. Dio un suspiro de descanso y de triunfo, seguro de recoger el fruto de su paciencia, y el deseo le hizo la boca agua, igual que al glotón cuando llega a su nariz el aroma del asado que le están preparando. Consideró conveniente aparentar que los dos habían llegado juntos, y pagó el precio de sus compras de alheña y granado silvestre con el ánimo propio de un hombre que cree ganar, cumpliendo este agradable deber, un derecho aún más agradable y placentero. No tuvo en cuenta la tendencia que ella manifestó de incrementar las compras cuando estuvo segura de que él pagaría. En el camino de vuelta le dijo, con la prisa de quien teme que se termine pronto: «Señora de la hermosura y la belleza, como ves, me he pasado la vida detrás de ti. ¿Es que la recompensa del enamorado va a ser sólo este encuentro?». Ella le lanzó una mirada maliciosa, preguntándole con ironía: «¿Sólo este encuentro?». El hombre estuvo a punto de soltar una carcajada, como solía hacer siempre que se apoderaba de él la embriaguez de la alegría, pero se apresuró a cerrar la boca por miedo a provocar un alboroto que atrajera sobre ellos las miradas, y le contestó murmurando: «El encuentro y lo que eso conlleva». Ella dijo con tono crítico: «Cualquiera de vosotros pide con toda simplicidad "el encuentro". Una palabrita..., pero que significa una enorme labor que algunos no logran más que con la petición de mano, los buenos oficios, la recitación de la/a-tiha, la dote, el ajuar y el casamentero oficial. ¿No es así, señor efendi, alto y fornido como un camello?». Él se ruborizó, confundido, y dijo: «¡Qué reprimenda! Cualquiera que sea su crueldad, viniendo de tus labios es como si fuera miel. ¿No es así el amor, dueña de la hermosura, desde que Dios creó la tierra y a los que la habitan?». La mujer respondió, enarcando las cejas hasta el borde del arús del velo, como una libélula desplegando sus alas: «Pero ¿quién me dará a entender lo que es el amor, camello mío? Yo no soy más que una tañedora de laúd. ¿Acaso el amor tiene también exigencias?». Él contestó, ganado por la risa: «Éstas y las exigencias del encuentro son una misma cosa». «¿Ni más ni menos?». «Ni más ni menos». «¿Ni un poquito más ni un poquito menos...?» «¡Ni un poquito más ni un poquito menos!» «¿Eso es quizás lo que llaman fornicar?» «¡Exactamente!» Ella se echó a reír y dijo: «De acuerdo... Espera donde todas las tardes, en el café de Si Ali y, cuando yo abra la ventana, ven a casa». Esperó una tarde, otra y otra más; la primera, ella salió con el conjunto musical en el carricoche; la segunda, fue con la cantora en el coche de caballos y la última tarde no apareció en la casa ningún signo de vida. Se hizo de noche y las tiendas cerraron; la calle quedó desierta y las sombras envolvieron el-Guriyya. Sintió —como le ocurría con frecuencia—, en la soledad de la calle y en su oscuridad, un extraño impulso de hacer desaparecer su deseo. Aumentó su desasosiego; pero todo tiene un fin, incluso la espera que parece no tenerlo. Del lado de la ventana, sumida en la oscuridad, le llegó un chasquido que insufló en sus entrañas una nueva esperanza, como la que se suscita en la persona que vaga por el polo cuando le llega a los oídos el ronroneo del avión por el que deduce que han venido a buscarla entre los hielos. Apareció una rendija por la que se difundió la luz, y después se iluminó la silueta de la tañedora en medio de la abertura. El se levantó rápidamente, abandonó el café, atravesó la calle hacia la casa de la cantora y empujó la puerta sin llamar. Esta se abrió como si una mano hubiese descorrido el cerrojo. Penetró, encontrándose en una espesa oscuridad que le impidió hallar el lugar de la escalera, por lo que tuvo

que pararse para evitar tropezar o dar un paso en falso. Le asaltaron unas preguntas que no pudieron por menos que angustiarse: ¿Zannuba lo había invitado sin que lo supiera la cantora? ¿Ésta le permitía reunirse con sus amantes en la casa? Pero sacó la lengua despectivamente, porque ningún obstáculo podía hacerle desistir de una aventura y, además, porque el hecho de pillar a un amante en esa casa, cuyos muros custodiaban el corazón de tantos amantes, no era como para precaverse de sus consecuencias. Cortó el hilo de sus pensamientos al aparecer ante sus ojos una luz pálida que procedía de lo alto de la escalera. Notó que dicha luz oscilaba sobre las paredes, que se iban aclarando, y se dio cuenta de que estaba situado a unos pasos del primer peldaño de la escalera que arrancaba a su derecha. No tardó en ver a Zannuba acercarse con una lámpara en la mano y fue hacia ella ebrio de pasión. Apretó tiernamente su brazo con gratitud y deseo, de tal modo que ella se soltó con una ligera risita que sugería, a pesar de su delicadeza, su falta de confianza, y le preguntó con malicia:

—¿Se te ha hecho larga la espera?

Él se tocó los lados del cuello con las yemas de los dedos, diciendo con voz quejumbrosa:

—Se me ha encanecido el pelo, ¡que Dios te perdone! —y añadió en voz baja—: ¿La señora está aquí...?

—Sí —contestó imitando en broma su voz baja—. Está a solas con un amigo, así que el mundo...

—¿No se va a enfadar si se entera de que estoy aquí a esta hora?

Ella se dio la vuelta, encogiéndose de hombros con indiferencia y subió la escalera diciendo:

—¿Y qué hora más oportuna que ésta para que esté aquí un amante como tú?

—Entonces, ¿no ve mal que nos reunamos en su casa? Ella dio a su cabeza un movimiento de baile y dijo:

—¡A lo mejor lo que ve mal es que no nos reunamos...!

—¡Viva... viva...!

Ella prosiguió con un tono orgulloso:

—No soy sólo una tañedora de laúd; soy su sobrina y ella no me escatima nada. Ven tranquilo...

Cuando alcanzaron el pasillo les llegó del interior el sonido de una agradable canción acompañada de laúd y adufe. Yasín prestó oído un momento y preguntó:

—¿Está a solas o en una fiesta?

—A solas y en una fiesta al mismo tiempo —le murmuró al oído—. El amante de la sultana es un hombre amigo de la música y del humor. No soporta que su reunión carezca ni por un momento de laúd, adufe, vino y risas.

Torció hacia una puerta, la abrió y entró con él detrás. Puso la lámpara sobre la consola, y luego se detuvo delante del espejo para mirarse detenidamente. Yasín olvidó a Zubayda y a su amante aficionado a la música, y fijó sus ojos glotones en el cuerpo apetitoso que se presentaba ante él, despojado por primera vez de la melaya. Los fijó con fuerza y concentración y los movió con calma y deleite de arriba abajo y de abajo arriba. Pero antes de haber puesto en práctica una sola de las decenas de intenciones que se amontonaban en su pecho, Zannuba dijo, como reanudando su conversación interrumpida:

—Es un hombre sin igual, tanto en simpatía como en afición a la música. Y en lo que concierne a su generosidad, se puede estar hablando de aquí a mañana; así es como son los amantes, que si no...

No se le escapó el significado de su observación sobre la «generosidad» del amante de la cantora; y aunque sabía desde el principio que su nueva pasión le iba a suponer gastos enormes, aquella observación, que pareció trivial, lo angustió, y empujado por su instinto de autodefensa no pudo más que decir:

—¡Posiblemente es un hombre acaudalado!

—Los caudales son una cosa y la generosidad otra —dijo ella contestando a su maniobra—. Hay muchos ricos que son avaros.

Él preguntó, no por deseo de saber, sino para librarse del silencio que temía delatase su malestar:

—¿Y quién puede ser ese hombre generoso?

Ella respondió dando vueltas a la ruedecilla de la lámpara para subir la mecha:

—Es uno de nuestro barrio, y necesariamente habrás oído hablar de él: el señor Ahmad Abd el-Gawwad.

—¿Quién?

Se volvió hacia él asombrada, para ver lo que lo había asustado y lo encontró tieso, con los ojos desorbitados.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con desaprobación.

Había recibido el nombre pronunciado por la mujer como un martillazo caído con fuerza sobre la base del cráneo, y su pregunta se le había escapado, sin querer, con el tono de un grito de miedo. Quedó absorto unos momentos llenos de estupor; luego vio el rostro de Zannuba con una expresión de asombro y desaprobación, y, temiendo ser descubierto, centró toda su voluntad en defender su postura resolviendo fingir para disimular su miedo. Dio una palmada como si no creyera lo que se decía de ese hombre, vista la gravedad de lo que se presumía, y tartamudeó maravillado:

—¡El señor Ahmad Abd el-Gawwad...! ¿El dueño de la tienda de el-Nahhasín? Ella le clavó una mirada de amarga crítica por haberla molestado sin causa, y le preguntó burlona:

—Sí, es él... pero ¿qué es lo que te hace gritar como si fueses una virgen desflorada?

Se rió mecánicamente y dijo como asombrado, mientras daba gracias a Dios en secreto por no haber dado a la mujer su nombre completo el día en que se conocieron:

—¡Quién lo hubiera creído de ese hombre serio y piadoso! Ella le arrojó una mirada de duda y dijo socarrona:

—¿Es eso de verdad lo que te ha asustado? ¿Nada más? ¿Lo tomabas por alguien infalible? ¿Qué tiene de malo? ¿Es que de verdad hay algo que llene al hombre tanto como el amor?

—Tienes razón —contestó con tono de excusa—, no hay nada de lo que merezca la pena asombrarse en este mundo. —Luego, riendo nervioso, dijo—: Imagínate a ese hombre grave compartiendo su pasión con la sultana, bebiendo vino y entusiasmándose con el canto...

—Y tocando el adufe con una mano que ni la propia de Ayusha, la pandereta; sembrando chistes como perlas y haciendo morir de risa a los que están a su alrededor —dijo ella completando su frase con el mismo tono socarrón—. No tiene nada de extraño verlo en su tienda, después de todo esto, como modelo de seriedad y de formalidad, ya que la seriedad es la seriedad y la diversión es la diversión. Una hora para tu Señor, y otra para tu corazón.

¡Tocaba el adufe que ni Ayusha la pandereta...! ¡Contaba chistes y hacía morir de risa a los que estaban a su alrededor...!

¿Quién podría ser ese hombre? ¿Su padre...? ¿El señor Ahmad Abd al-Gaw-wad? ¿El severo, el tirano, el temible, el devoto, el piadoso? ¿El que hacía morir de espanto a los que estaban a su alrededor?

¿Cómo dar crédito a lo que escuchaban sus oídos...? ¿Cómo, cómo...? ¿Acaso no habría alguna semejanza en los nombres, y ninguna relación entre su padre y ese enamorado panderetero...? ¡Sin embargo, Zannuba había afirmado que se trataba del dueño de la tienda de el-Nahhasín, y en el-Nahhasín no había otra tienda que llevase ese nombre más que la de su padre...! Señor, ¿lo que había oído era cierto, o estaba desvariando...? ¿Cómo deseaba ver la realidad por sí mismo, verla con sus propios ojos y sin intermediario! Al instante, se apoderó de él ese deseo, como si fuera la cosa más importante de la vida. No pudo resistirlo y sonrió a la muchacha, moviendo la cabeza sabia y prudentemente como si dijese: «¡Qué días tan asombrosos vivimos!».

—¿No podría verlo desde donde no me viese? —le pidió Yasín con el tono de quien no es empujado más que por la curiosidad.

—¡Qué raro eres! —le dijo ella protestando—. ¿Cuál es la causa de este espionaje?

—Es un espectáculo que vale la pena presenciar. No me prives de él... —contestó suplicante.

Ella se rió con desprecio y dijo:

—Un cerebro de crío en un cuerpo de camello, ¿no es cierto, camello mío...? Pero muera el que frustré tu deseo. Escóndete en el corredor mientras entro con un plato de fruta a donde están; dejaré la puerta abierta hasta que vuelva.

Abandonó la habitación, y él le siguió los pasos, con el corazón palpitante, ocultándose en un rincón del oscuro corredor mientras que la tañedora proseguía su camino hacia la cocina. Poco después volvió llevando un plato de uvas, y se dirigió a la puerta de la que salían los cantos. Golpeó en ella y esperó un minuto; luego la empujó y entró sin cerrar. Allí estaba la tertulia musical en el fondo de la habitación, con Zubayda en el medio sosteniendo el laúd en el regazo y tocando las cuerdas con los dedos, mientras cantaba: «¡Oh, musulmanes, oh, pueblo de Dios!»). A su lado estaba sentado «su padre» y no otro. Su corazón se aceleró nada más verle. Se había despojado de la yubba, se había arremangado, hacía vibrar el adufe ante sí, y levantaba hacia la cantora un rostro resplandeciente de alegría y de júbilo. La puerta permaneció abierta sólo uno o dos minutos hasta que volvió Zannuba, pero en ese tiempo vio un espectáculo asombroso, una vida oculta, una larga y amplia historia al final de la cual se despertó, como el que despierta de un prolongado y profundo sueño bajo la sacudida de un violento terremoto. Había visto en dos minutos una existencia completa resumida en una imagen, lo mismo que quien ve en un sueño fugaz una imagen compuesta de varios acontecimientos que tienen lugar en el mundo real durante varios años. Era verdad que había visto a su padre, a su padre y no a otro; pero no como solía verlo. Antes nunca lo había visto despojado de su yubba en una reunión informal, espontánea. No había visto su cabello negro revuelto por los lados como si acabase de correr con la cabeza al aire, ni tampoco su pierna desnuda tal como se mostraba sobre el extremo del diván, bajo el borde levantado del caftán. Ni jamás había visto —¡válgame Dios!— el adufe estremecido delante de él enviando su tintineo danzarín entrecortado por el ágil repiqueteo. Ni había visto —y quizás era lo más asombroso de lo que veía— esa cara risueña, resplandeciente, dominada por el amor y la dicha, que lo dejó atónito, como antes había dejado atónito a Kamal cuando lo vio reírse delante de la tienda el día que fue a verlo empujado por el deseo de poner en libertad a su madre. Vio todo esto en dos minutos y, cuando Zannuba cerró la puerta y volvió a su habitación, él permaneció en su sitio escuchando, aturdido, el canto y el tintineo del adufe. Se trataba de la misma voz que había escuchado cuando entró en la casa, pero ¡qué cambio el ocurrido tras aquella impresión que había marcado su espíritu! ¡Qué nuevos significados e imágenes percibía ahora...! Era igual que el sonido del timbre de la escuela que alegra al niño cuando lo oye, estando fuera de ella, y se convierte en presagio de numerosas molestias cuando lo oye estando entre los alumnos. Zannuba golpeó en la pared de la habitación, como invitándolo a reunirse con ella. Entonces él volvió en sí y fue hacia donde ella estaba, intentando controlarse para no aparecer inquieto o aturdido ante la mujer, entrando con una amplia sonrisa en los labios...

—Lo que has visto, ¿te ha hecho olvidarte de ti mismo?

—Es un espectáculo inusitado —dijo con un tono que revelaba satisfacción y contento—, y un canto magnífico.

—¿Quieres que hagamos como ellos?

—¿En nuestra primera noche? ¡Desde luego que no! No quiero mezclar contigo nada de nada, ni siquiera el propio canto.

Antes que nada, se había esforzado en hablar para parecer ante ella —tanto como ante sí mismo —, tranquilo y natural, y había terminado por entregarse a la conversación sin esfuerzo, recuperando su estado habitual lo más de prisa que pudo; igual que el que aparenta estar lloroso en un duelo y rompe a llorar. Quizás la sorpresa le volviera de repente, y se dijo: «Es una situación de lo más extraña, que no se me podía haber ocurrido hasta ahora. Yo aquí, con Zannuba, y mi padre en la habitación de al lado, con Zubayda. ¡Nosotros dos en la misma casa!». Pero rápidamente se encogió de hombros y prosiguió su monólogo: «¿Por qué tomarme la molestia de asombrarme por algo que considero inverosímil, cuando es tan palpable? ¡Está ahí y sería una estupidez preguntarme desconcertado cómo es posible creer eso! Tengo que creerlo y no asombrarme. ¿Qué se le puede echar en cara?». Su pensamiento no sólo lo llenó de alivio, sino que lo alegró sobremanera, no porque necesitara un estímulo para perseverar en su vida amorosa, sino porque —al igual que le ocurre a muchos de los que se hunden en apetitos pecaminosos— buscaba la compañía de alguien que se le pareciera, y ¡cuánto mejor si lo encontraba en la persona de su padre —modelo tradicional— que a menudo, consciente o inconscientemente, le había causado molestias ya que lo encontraba opuesto a sí mismo! Fingió olvidar todo excepto su alegría, como si fuera la más preciosa conquista de su vida, y sintió hacia su padre una admiración y un amor nuevos, distintos a los que había adquirido desde hacía tiempo bajo un tupido velo de respeto y de miedo. Amor y admiración que brotaban de lo más profundo del ser, y se imbricaban en sus raíces primeras o, más aún, como si ambos no fueran más que uno sólo, unidos en el amor y la admiración a sí mismos. El hombre ya no era un ser lejano, inaccesible, encerrado, sino alguien muy próximo y cercano, como una parte de su alma y de su corazón. Un padre y un hijo, un solo espíritu. El hombre que hacía repiquetear el adufe en el interior no era el señor Ahmad Abd el-Gawwad sino Yasin mismo, tal como era, como debía ser y como convenía que fuera. No los separaban más que consideraciones secundarias de edad y experiencia. «¡Buen provecho, padre! ¡Hoy te he descubierto! ¡Hoy has nacido para mí! ¡Qué día, y tú, qué padre! Hasta esta noche no he sido más que un huérfano. Bebe y toca el adufe mejor que Ayusha la pandereta. Estoy orgulloso de ti y, por cierto..., ¿es que también cantas?»

—¿No canta a veces el señor Abd el-Gawwad...?

—¿Todavía estás pensando en él? ¡Qué desgracia de gente...! Claro que canta a veces, camello mío..., y participa en la danza del vientre cuando se emborracha.

—¿Cómo es su voz?

—Fuerte y bella como su cuello.

«He aquí el origen de las voces que cantan en nuestra casa. Todos cantan. Es una familia enraizada en la música. ¡Ojalá pudiera oírte aunque fuera una sola vez! En mi memoria no conservo de ti más que los gritos y las regañinas, la única copla tuya famosa entre nosotros. ¡Eh, tú, niño, animal, hijo de perra...! Quisiera oírte cantar "El amor es nácar en la hermosura", o "Me enamoré, preciosa". ¿De qué modo te emborrachas, padre? ¿Cómo alborotas? Sería conveniente que supiera, para imitar tu ejemplo y preservar tus tradiciones, cómo te enamoras, cómo abrazas...»

Prestó atención a Zannuba y la vio delante del espejo arreglándose con los dedos los mechones de su cabello. Una abertura del vestido mostraba su axila lisa, blanca, deslizándose hacia el arranque de un seno como la masa de un pan. La embriaguez de la excitación se propagó por su corpachón, y se abalanzó sobre ella como un elefante sobre una gacela.

Tres automóviles, puestos voluntariamente a disposición de Aisha por algunos de los amigos, pararon delante de la casa del señor Ahmad, a la espera de la novia y de sus acompañantes, para llevarlos a la casa de la familia Sháwkat en el-Sukkariyya. Era el momento del crepúsculo; los rayos declinantes del sol de verano se habían retirado de la calle y reposaban sobre las casas de enfrente a la de la novia. No había signo visible que anunciase una boda, excepto las rosas con las que iba adornado el primero de los tres automóviles, y que había hecho volver las miradas a los propietarios de las tiendas próximas y a muchos peatones. Antes de este día se habían hecho los esponsales, habían llegado los regalos, se había transportado el ajuar y hecho el contrato de boda, sin que de la casa saliese una sola albórbola, ni fuese colgado un solo adorno en su puerta, ni ninguno de los signos habituales de las bodas delatase lo que tenía lugar en su interior; esos signos que las familias se enorgullecían de mostrar en ocasiones como éstas, tomando como pretexto la buena coyuntura para expresar su secreta nostalgia por la alegría, a través del canto, el baile y las albórbolas. Todo se llevó a cabo en silencio y tranquilidad, y nadie lo supo sino los parientes, los amigos y los vecinos íntimos. El señor había rehusado apartarse de la compostura, o permitir que nadie de su casa se apartase de ella ni por una hora; y, a la sombra de este ambiente callado, la novia y las invitadas dejaron la casa, a pesar de las protestas de Umm Hanafí por una salida tan silenciosa. Aisha se metió en el automóvil como una flecha, como temiendo que el vestido de novia o el velo blanco de seda, adornado con gardenias y jazmines, ardiera por las miradas de los curiosos. La siguieron Jadiga, Maryam y otras jóvenes. La madre, algunas señoras de la familia y las vecinas ocuparon los otros dos automóviles, mientras Kamal tomaba asiento al lado del conductor del coche de la novia. La madre había expresado el deseo de que el cortejo, yendo a el-Sukkariyya, pasase por el-Huseyn, para echar una nueva mirada a la tumba, deseo por el que antes había pagado tan alto precio, y para pedir del santo la bendición para su hermosa novia. El auto pasó por las calles que ella había recorrido aquel día con Kamal; luego torció hacia el-Guriyya, a la altura de la curva en donde estuvo a punto de encontrar la muerte, para después dejarlas en la puerta de el-Mitwali, ante la entrada de el-Sukkariyya, muy estrecha para que entrasen los coches. Pusieron pie en tierra todas ellas y penetraron en el callejón, apareciendo ante ellas los adornos de la fiesta. Los niños del barrio corrieron dando vivas, y se elevaron albórbolas de la casa de los Sháwkat, la primera a la derecha de la entrada, cuyas ventanas estaban llenas con las cabezas de las mujeres que se asomaban, produciendo el vocerío. En su puerta estaban el novio Jalil Sháwkat, su hermano Ibrahim Sháwkat, Yasín y Fahmi. Jalil se acercó sonriente a la novia y le ofreció el brazo. Ella permaneció confusa y no hizo movimiento alguno, hasta que Maryam se apresuró a tomar su mano y enlazarla con el brazo del hombre. El la condujo luego al interior, atravesando el centro del patio lleno de gente, mientras las rosas y las peladillas caían a sus pies y a los del séquito de la novia, hasta que la puerta del harén se cerró tras ellas. Y aunque la unión de Aisha con Jalil fuese cosa hecha desde hacía un mes, o más, su marcha unidos dándose el brazo fue un espectáculo que Yasín y Fahmi — sobre todo este último — recibieron con asombro mezclado de vergüenza, y con un sentimiento semejante a la reprobación; como si el ambiente familiar no pudiese digerir ni siquiera los ritos lícitos de las bodas. Este efecto se mostró en forma más clara en Kamal, que se puso a tirar a su madre de la mano, desconcertado, señalando a los novios que iban delante de todos por la escalera, como pidiéndole ayuda para evitar un mal horrendo.

A los dos jóvenes se les ocurrió echar una ojeada a la cara del padre, para ver qué efecto le había producido aquel espectáculo singular, y recorrieron el lugar con una mirada rápida, pero no hallaron ni rastro de él. No se encontraba en la entrada, ni más allá, en el patio de la casa, en donde habían colocado unas filas de bancos y asientos, a cuyo fondo habían levantado la plataforma de la música. Lo que pasaba era que el señor se había aislado, con un grupo de íntimos, en el pabellón del patio, sin dejarlo desde que llegó de su casa, y decidido a quedarse en él hasta que terminase la noche, separado voluntariamente de la «multitud» alborotadora de fuera. Nada le resultaba más embarazoso que mostrarse ante su familia en una noche de bodas, puesto que no le satisfacía desplegar su vigilancia sobre ella en un día especialmente alegre, ni podía por otra parte ser testigo próximo de su abandono a las incitaciones del júbilo. Y por encima de una cosa y otra, nada le era más detestable que ser visto entre ellos, con un aspecto distinto del solemne y severo al que estaban acostumbrados. Si hubiese podido, la boda se habría celebrado en un silencio total; pero la viuda de Sháwkat había adoptado, frente a sus sugerencias en este asunto, una postura opuesta, completamente inflexible. Se negaba a no celebrarla como una noche de fiesta, y a tal efecto se había puesto de acuerdo con la cantora Gallia y el cantante Sabir. Kamal parecía el novio de la noche, en razón de su enorme deleite ante la libertad y la alegría que se le permitían. Era una de las pocas personas que podían ir y venir como quisieran entre el harén de dentro y la reunión musical del patio. Permaneció largo rato con su madre, entre las mujeres, paseando su mirada por sus adornos y joyas, prestando atención a sus bromas y a sus conversaciones en las que el matrimonio era lo esencial; o escuchando con ellas a la cantora Calila, que presidía el salón como el

Máhmál, enorme y adornada, entonando cancioncillas y entregándose a la bebida públicamente. Se adaptó al ambiente risueño por lo extraño y seductor que era y, sobre todo, por ver a Aisha engalanada como nunca lo hubiera soñado. Su madre lo animó a quedarse para mantenerlo bajo su control; si bien renunció a su propósito después de un rato, debido a motivos que no esperaba que ocurriesen; y se vio obligada a decirle en voz baja que se fuera a la reunión de sus hermanos. Entre esos motivos estaba el interés de Kamal por Aisha, ya fuera a causa del traje, o bien a causa del maquillaje, pues temía Amina que el niño le estropeará el vestido; o que se le escapasen observaciones infantiles y francas sobre algunas de las señoras; como cuando llamó a gritos a su madre, una vez, señalando a una mujer de la familia del novio y diciendo: «Mira, mamá, la nariz de esta señora... ¿no es más grande que la nariz de Jadiga?». O cuando sorprendió a todos, mientras cantaba Galila, uniéndose a la orquesta en la repetición de «Paloma hermosa... ¿cómo responderle?»; de tal forma que la cantora lo invitó a sentarse entre los miembros de su grupo. Con esto y otras cosas atrajo las miradas sobre sí y las invitadas empezaron a gastarle bromas; pero a su madre no le gustó el alboroto que había creado. Recelando de algunas de esas bromas y temiendo por él el acoso de las admiradoras, prefirió, aunque de mala gana, incitarle a abandonar el lugar. Kamal se incorporó a la reunión de los hombres, moviéndose dubitativo por entre las filas; luego permaneció entre Fahmi y Yasín, hasta que Sabir completó la copla «Pero ¿por qué te enamoras, oh, hermosa?». Reanudó su ronda hasta pasar por el pabellón, momento en el que le entraron ganas de curiosear mirando al interior. Alargó su cabeza y, de repente, sus ojos se encontraron con los de su padre; se quedó clavado en el sitio, incapaz de desviarlos. Uno de los amigos de su padre —el señor Muhammad Effat— lo vio y lo llamó. No tuvo más remedio que aceptar la invitación para protegerse de las furias de su padre, y se acercó al hombre, muy a su pesar y con miedo, hasta detenerse rígido frente a él, con los brazos apretados contra los costados, como si fuese un soldado en formación.

—¡Caramba...! ¿En qué curso estás, muchacho? —le dijo apretándole la mano.

—En tercer curso, cuarto nivel...

—Estupendo..., estupendo..., ¿escuchaste a Sabir?

Aunque estuviese respondiendo a las preguntas de Muhammad Effat, cuidaba desde el primer momento que sus respuestas pudiesen satisfacer a su padre..., por tanto, no supo cómo contestar a la última que le hizo o más bien dudó antes de responder. Pero el hombre se le adelantó con simpatía:

—¿No te gusta el canto?

—Claro que no —respondió el niño con convicción.

Parecía que algunos de los presentes se disponían a comentar en broma esta respuesta, la última que esperaban de una persona perteneciente a la familia de Abd el-Gawwad. Pero el señor los puso en guardia con su mirada, y se contuvieron. El señor Muhammad Effat volvió a preguntar:

—¿Te gustaría escuchar algo en particular?

—El noble Corán —respondió Kamal, mirando a su padre.

Se elevaron voces de aprobación y dieron permiso al muchacho para que se fuese. No pudo oír lo que se dijo de él, a sus espaldas, cuando el señor Alfar soltó una carcajada diciendo:

—Si eso es verdad, el muchacho es hijo del adulterio...

El señor Ahmad Abd el-Gawwad se rió y dijo, señalando adonde Kamal había estado de pie...

—¿Habéis visto alguien más falso que ese hijo de perra, que pretende ser devoto delante de mí...? Una vez volví a casa, y se había lanzado a cantar «Oh, pájaro, que estás en el árbol...».

—¡Ay! —dijo el señor Ali —, si lo hubieras visto escuchando a Sabir, en silencio, entre sus dos hermanos, mientras sus labios se movían al compás de la canción con una fluidez perfecta. Ni que fuera la del propio Ahmad Abd el-Gawwad...

Al mismo tiempo, Muhammad Effat preguntó al señor Ahmad:

—Lo importante es que nos cuentes si te gustó su voz en la copla, «Oh, pájaro, que estás en el árbol...».

El señor se rió señalándose a sí mismo y diciendo:

—¡Ese leoncillo sale a este león!

—¡Dios tenga en su misericordia a la gran leona que os trajo al mundo! —exclamó alegremente Alfar.

Kamal dejó el pabellón, saliendo en dirección al barrio, como si se hubiera despertado de una pesadilla, y se quedó entre los muchachos que poblaban la calle. No tardó en recuperar la tranquilidad, y marchó orgulloso de sus ropas nuevas, dichoso con esa libertad que transforma todo el lugar —descontado el temible pabellón— en un espacio abierto para sus pies, sin objetores ni vigilantes. ¡Qué noche esa, única en el tiempo! Sólo una cosa turbaba su dicha siempre que le acudía a la mente: la partida de Aisha hacia esta casa que empezaban a llamar «su casa». Aquella marcha, que se había llevado a cabo a pesar suyo, sin que nadie pudiese convencerlo de su validez ni utilidad. Había preguntado largo y tendido cómo su padre lo había autorizado; él que no permitía ni la sombra de ninguna mujer de la familia que apareciese por detrás de las rendijas de la ventana. La respuesta le fue dada con una risotada. Preguntó a su madre en tono de reproche cómo descuidaba a Aisha hasta el punto de renunciar a ella en favor de otros; y ésta le respondió que un día él crecería y tomaría a alguien como ella, de la casa de su padre, para que le fuese traída entre albórbolas. Preguntó a Aisha si se alegraba verdaderamente de abandonarlos y respondió que no. A pesar de todo, el ajuar fue transportado a la casa de aquel hombre extraño, pero Aisha, a la que quería tanto que no podía beber sino en el lugar en donde ella había posado sus labios, lo siguió. Era verdad que la fiesta de hoy hacía olvidar cosas que él no hubiese pensado olvidar ni por un momento, pero aquellas ideas tristes nublaban su alegre corazón como nubla una nube pequeña la faz de la luna en una noche de cielo sereno. Lo asombroso era que su disfrute por el canto en esa noche había superado a cualquier otro; como el de jugar con los muchachos o el de ver a las mujeres y a los hombres dando rienda suelta a su alegría, e incluso encontrarse con el pan del serrallo y la almaziyya sobre la mesa de la cena. Y si su interés sincero por escuchar a Galila y a Sabir, en desacuerdo con su edad, había asombrado a todas las mujeres y hombres que lo observaron, no asombró, por el contrario, a nadie de su familia que conociera sus antecedentes en el canto con su maestra Aisha; lo mismo que conocían la belleza de su voz, considerada la mejor después de la de Aisha, aunque la del padre —que sólo oían rugiendo— era la mejor de todas. Kamal había escuchado prolongadamente a Galila y a Sabir y, cosa inesperada, halló el canto del hombre y la interpretación de su orquesta más gratos para su corazón y más cautivadores para su espíritu. Algunas de sus frases musicales calaron en su memoria, como «¿Por qué amas...? porque sí»; y estuvo repitiéndolas bajo el tejadillo de hiedra y jazmín de la terraza de su casa, largo tiempo después de la noche de bodas. Amina y Jadiga compartieron con Kamal algo de la alegría y libertad que se les había permitido, pues, como él, nunca habían tenido la oportunidad de asistir a una noche como ésa, cuajada de intimidad, música y diversión. A Amina, sobre todo, la regocijaron la consideración y las atenciones que recibía por su condición de madre de la novia; ella, que no había disfrutado en su vida de consideraciones ni de cortesías. Incluso en Jadiga la tristeza desapareció entre las luces de la boda, como desaparece la oscuridad cuando despunta la mañana. Olvidó sus penas en medio de las dulces risas, la música agradable y las divertidas conversaciones; un olvido que aumentaba a medida que la invadía una nueva tristeza, pura de intenciones esta vez y nacida de su sentimiento ante la inminente separación de Aisha; un sentimiento que era fruto de un amor y una ternura limpias. Las viejas penas desaparecían ante las nuevas, como los rencores desaparecen ante la magnanimidad, o como ocurre cuando un individuo se encuentra frente a otro del que ama un aspecto y detesta otro, y en la hora de la separación —por ejemplo— desaparece el disgusto que le causa el segundo frente a la pena que le acusa el primero. Sin contar con la confianza que brilló en ella cuando apareció con su cuerpo y su cara bien ataviados, de tal modo que se volvieron a mirarla algunas mujeres, deshaciéndose en elogios; elogios que la llenaron de esperanza y de ensueños, con los que vivió felices momentos.

Yasín y Fahmi permanecían sentados juntos, alternando la charla con la atención hacia la música. Jalil Sháwkat, el novio, venía a sentarse con ellos de vez en cuando, siempre que encontraba un hueco entre las tareas de su agobiante y placentera noche. Pero a pesar del alborozo y de la emoción que saturaban el ambiente, Yasín se retrajo angustiado. En los ojos se le puso una permanente mirada errática; se preguntaba de vez en cuando si se le brindaría la oportunidad de saciar su sed, aunque no fuese sino con un vaso o dos... Por eso se acercó una vez al oído de Jalil Sháwkat —que era amigo de los dos hermanos— y le susurró:

—Vente conmigo antes que se me amargue la noche...

El joven le respondió, guiñándole un ojo para tranquilizarlo:

—En una habitación especial he apartado una mesa para amigos como tú...

Entonces se tranquilizó y recuperó sus ganas de charlar, bromear y escuchar música. Su intención no era la de emborracharse, pues en un lugar como éste, de fiesta con la familia y los conocidos, conseguir un poco de vino era una gran victoria; sobre todo porque su padre, aunque estuviese encerrado en el pabellón, no se hallaba lejos. Estar al tanto de los secretos de su vida no lo había despojado del rango tradicional que ocupaba en su espíritu. Seguía firme en su fortaleza inexpugnable de respeto y de veneración; y él no dejaba de permanecer en actitud sumisa y obediente. No se le había pasado por la cabeza revelar a nadie, ni siquiera al mismo Fahmi, la persona más próxima a él, el secreto que había averiguado a escondidas. Por todo lo cual se contentó desde el principio con uno o dos vasos, que aliviasen su recalcitrante deseo, preparándolo para disfrutar de la alegría, la conversación, la música y otros goces que para él carecían de sabor sin la bebida. Fahmi, a diferencia de Yasín, no encontró, o no creyó encontrar con qué saciar su sed. Su pesar surgió cuando menos lo esperaba: a la llegada de la novia. Había ido con el novio y con Yasín a recibirla, con el corazón ligero, y su mirada había tropezado en Maryam, que iba inmediatamente detrás de la novia, con una resplandeciente sonrisa de saludo a todo el mundo, despreocupada de su presencia con las albórbolas y las rosas. Su velo de seda transparentaba la elegancia de su rostro nítido. La siguió con la mirada, latándole el corazón, hasta que la puerta del harén se cerró tras ella. Regresó entonces a su asiento, con el alma sacudida, igual que si fuese una barca expuesta a un ciclón. Pero antes de haberla visto había tenido el ánimo tranquilo, al distraerse con los temas intrascendentes de la charla a la manera de la persona que, al consolarse, olvida. Y la verdad, había momentos en que él se encontraba en ese estado de consuelo y olvido en el que su corazón se aliviaba de la pena. Pero bastaba que acudiese una idea o flotase un recuerdo, o alguien pronunciara el nombre de Maryam o cualquier otra cosa, para que su corazón latiese de dolor, y lanzase gemido tras gemido igual que una muela picada e inflamada, que duele un momento, y luego deja de doler hasta que estalla el dolor al masticar un bocado o entrar en contacto con un cuerpo duro. En esos momentos el amor lo golpeaba desde dentro, como buscando un desahogo al gritar en voz alta que continuaba prisionero y que el consuelo y el olvido no lo habían puesto en libertad. A veces había anhelado que se volviesen ciegos los que la deseaban, para poder erguirse sobre sus pies como un hombre libre de decidir su destino. De acuerdo con su anhelo, pasaron días, semanas y meses sin que se presentara un pretendiente, pero no gozaba de verdadera tranquilidad y seguía sometido a la angustia y al miedo que se alternaban uno tras otro, ahogando su dicha, turbando sus sueños y causándole dolor y celos que, siempre irreales, no eran verdaderamente menos sangrantes y crueles que si tomasen forma. De tal modo que el deseo mismo y la tardanza en que ocurriese el desastre se convirtieron en motivos que renovaban su angustia y su miedo y, en consecuencia, su dolor y sus celos; y a medida que se le acentuaba el sufrimiento, deseaba que sobreviniese el desastre para afrontar su parte de tristeza de una sola vez. Quizás tras esto, lograría alcanzar, por el camino de la desesperación, el reposo y la paz que no había alcanzado a través de la seguridad ilusoria. Sin embargo, no quería entregarse a la pena en una reunión alegre en donde lo rodeaban las miradas de los amigos y los parientes; aunque la visión de Maryam, marchando detrás de su hermana, le había producido «un efecto» que no iba a quedar sin respuesta tangible y, como no podía dejarse arrastrar por sus penas o dejar ver lo que ocultaba dentro de sí, se lanzó por el contrario a meterse en la conversación y en las risas, aparentando gozo y alegría. Pero, a pesar de esto, experimentaba en lo más hondo cada vez que se recogía en sí mismo, aunque fuera por un instante, una soledad interior respecto a todo cuanto lo rodeaba. Se daba cuenta, conforme transcurría el tiempo, de que el haber visto a Maryam contoneándose en compañía de la novia había excitado su amor, como un estrépito repentino excita a un ser preocupado, propenso al insomnio; y que, por lo menos durante aquella noche, no disfrutaría de un ánimo estable, ni nada de lo que lo rodeaba lograría apartar su imagen de su pensamiento, ni la sonrisa con la que había saludado al ambiente de cálido recibimiento saturado de albórbolas y de rosas. Una

sonrisa dulce y pura, que revelaba un corazón libre deseoso de tranquilidad y alegría. Una sonrisa cuya visión no sugería que, en el lugar que ocupaba en los labios, pudieran dibujarse las crispaciones del dolor. Verla le hirió el corazón, le hizo descubrir que estaba solo soportando el sufrimiento y que cargaba solo con sus penas. ¿Pero no estaba ahora riendo a carcajadas, moviendo su cabeza al ritmo de las canciones como un melómano feliz? ¿Acaso el que lo viese no se dejaría engañar por su estado, y pensaría de él lo mismo que él pensaba de ella...? Halló en su reflexión algo de consuelo, pero no más sólido que el del paciente de tifus cuando se pregunta a sí mismo: «¿No es posible que yo me cure como se curó fulano que también lo tuvo antes?». No tardó en recordar el mensaje de la muchacha, que Kamal le había traído hacía meses y decía: «Dile que ella no sabrá qué hacer si se le presenta un pretendiente tras este largo tiempo de espera...». Y se preguntó, como ya lo había hecho antes decenas de veces, si había algún sentimiento detrás de estas palabras... Claro que nadie, por terco que fuese, podía censurarla por esas palabras; al contrario nadie podía ignorar la inteligencia y buen juicio que encerraban. Pero esto mismo es lo que le hacía sentir su impotencia ante ella y su consecuente furor; pues es raro que la inteligencia y el buen juicio satisfagan la aspiración de un sentimiento que, por su naturaleza, no conoce límites.

Volvió al presente, a la sesión musical, al amor pasional. No era solamente el haberla visto lo que le había producido esta violenta sacudida, sino probablemente el hecho de que esto ocurriera por primera vez en un lugar nuevo —el patio de la casa de los Sháwkat—, lejos de la casa de él, fuera de cuyo entorno jamás la había visto. La presencia continuada de la muchacha en el antiguo marco la encajaba entre las cosas habituales y cotidianas; mientras que su aparición repentina en el nuevo lugar —aparición que la transformaba en una nueva criatura a sus ojos— le había provocado en sus emociones una nueva vida, despertando la suya, profunda y latente, y provocando al unísono esa violenta sacudida. Quizás esto también fuera porque la presencia de ella lejos de la casa de él, y de las severas tradiciones que representaba, hubiese levantado una barrera de desesperanza. Su presencia en una atmósfera de libertad y despreocupación, con un maquillaje y unos movimientos inhabituales en ella, su presencia en el ambiente nupcial y los pensamientos de amor y de unión que provocaba, todo ello la había hecho salir fuera de su frasco de perfume donde el corazón del muchacho la percibiera como una esperanza posible, igual que si le estuviese diciendo «Mira dónde me ves ahora, sólo otro paso y me encontrarás entre tus brazos». Pero esta esperanza no tardaba en chocar con la espinosa realidad que había causado en parte aquella violenta sacudida. Y era posible igualmente que el hecho de haberla visto, siendo nuevo el lugar, la hubiese fijado más en su espíritu, la hubiese incrustado en su vida y engarzado en sus recuerdos. Las imágenes se hacen más profundas, en nosotros, al asociarlas a los diversos lugares adonde se extienden nuestras experiencias; y así como Maryam estaba relacionada de antes con la terraza de la casa y el tejadillo de hiedra y jazmín, con Kamal y el repaso del vocabulario de inglés, con la tertulia del café y su conversación con su madre en el cuarto de estudio y con el mensaje que le había traído Kamal, desde esta noche estaría unida a el-Sukkariyya, al patio de los Sháwkat, a la sesión de música, al canto de Sabir, a la boda de Aisha y a otras cosas de las que se agolpaban en su oídos, en su vista y en todos sus sentidos. Un proceso de este género no podía realizarse por completo sin contribuir a la violencia sacudida que lo había aturcido... Y ocurrió, durante el momento del descanso, que la voz de la cantora llegó a la reunión de los hombres a través de las ventanas que daban al patio. Estaba cantando «Mi amado se fue». Él se dedicó a escuchar con mucha atención poniendo todos sus sentidos en la melodía; no porque la voz de Galila le gustase, sino porque suponía que Maryam la estaba escuchando en ese mismo momento, ya que la frase cantada les hablaba a los dos a la vez, los unía en un único estado de atención y posiblemente de emoción, y creaba para ambos un lugar de cita en el que sus almas se encontrasen. Todo esto lo llevó a respetar la voz y amar la melodía, con el fin de unirse a la amada en una misma sensación. Intentó largo rato penetrar en su alma volviéndose hacia sí mismo, palpar las oscilaciones de su emoción a través de las que él sentía, para vivir dentro de ella unos momentos sin tener en cuenta el velo de la distancia ni el espesor de los muros. También intentó preguntar a las frases cantadas qué efecto habían hecho en el alma de la amada. ¿Qué efecto ha producido en su corazón la frase «mi amado se fue», o «hace tiempo que no me envía una carta»? ¿Había desaparecido en el mar de los recuerdos? ¿Acaso una de sus olas no habría puesto al descubierto su rostro ante ella? ¿No había encogido su corazón un pinchazo de dolor, o un pellizco de pesadumbre, o más bien, enajenado todo el tiempo, sólo había encontrado en la melodía el gozo de la música...? Y se la imaginó desvelada, entregada por completo al canto, rebosante de vitalidad; o con la boca distendida en una sonrisa como la que brillaba en sus labios en el momento de su llegada; sonrisa que le hizo daño, porque creyó ver en ella un indicio de distracción y de olvido. También podía estar conversando con una de sus hermanas, como le gustaba hacer muchas veces. No las envidiaba, puesto que ellas no veían en esto, cosa que a él le dejaba asombrado, sino una conversación corriente, igual al resto de las charlas que entrecruzaban con las demás

chicas del vecindario, como si Maryam no fuese más que «una cualquiera» de ellas. Le asombraba que la recibiesen en casa con un simple saludo, sin emoción, del mismo modo que él recibía a cualquier chica de paso o a cualquiera de sus compañeros de la Escuela de Leyes; y que hablasen de ella diciendo «Maryam dijo o Maryam hizo» pronunciando el nombre como si tal cosa..., por ejemplo, Umm Hanafí, como si no fuera el nombre que él no solía pronunciar ante otra persona más de una o dos veces como mucho sin dejar de sentirse asombrado por el efecto que producía en sus propios oídos; como si no fuese el nombre que él no pronunciaba en su soledad sino en la forma en que pronunciaba esos nombres venerables grabados en su imaginación con el nimbo de los sueños, ninguno de los cuales decía sin añadirles las fórmulas de «Dios esté satisfecho de él» o «Sobre él sea la paz»... ¿Cómo había podido permitir él que sus hermanas privasen al nombre —y tanto más a la propia persona— de su magia y santidad...? Cuando Calila terminó de cantar sonaron las aclamaciones y los aplausos, y él centró su atención en ellos, con un interés que la canción misma no habría merecido, porque la garganta y las manos de Maryam participaban en todo aquello. Hubiera querido poder distinguir su voz entre aquellas voces y separar su aplauso entre aquellos aplausos, pero eso era tan difícil como diferenciar el sonido de una sola ola en el bramido del oleaje rompiendo en la orilla. Sin embargo, entregó su amor a todas las aclamaciones y a todos los aplausos sin distinción; lo mismo que una madre, cuando oye las voces de los alumnos de la escuela, en la que estudia su hijo, pide para todos la bendición y la paz.

Nadie se parecía tanto a Fahmi en su soledad interior —aunque difiriesen las causas— como su padre, que permaneció en el pabellón con un grupo de amigos íntimos hasta que algunos, no soportando guardar las apariencias mientras la música retumbaba en el exterior, se fueron de su alrededor y se repartieron entre los oyentes que disfrutaban y se divertían. No se quedó con él más que el grupito de su tertulia, para quienes él era más entrañable que la propia diversión. Permanecieron juntos en un estado de circunspección inhabitual, igual que si cumplieran un deber o asistieran a un funeral. Esto ya lo había supuesto antes, cuando los invitó el señor a la noche de bodas, puesto que tenían experiencia de su doble naturaleza, una de cuyas partes daba a conocer entre sus amigos, y otra entre la gente de su casa. Se dieron cuenta de todos los aspectos de la contradicción que había entre esta reunión solemne, en la que celebraban «una noche de bodas», y sus reuniones nocturnas turbulentas, en las que no celebraban nada. No tardaron en convertir su solemnidad en tema de chanza ligera y tranquila; como cuando el señor Effat elevó una vez la voz riéndose y el señor Alfar lo cortó, poniéndose el índice en los labios como si le ordenase bajarla, susurrándole al oído en tono de amonestación y regañina: «¡Hombre, que estamos en una boda, señor mío...!». Otra vez, cuando llevaban largo rato en silencio, el señor Ali paseó sus ojos por los rostros de los demás y luego dijo, llevándose la mano a la cabeza en señal de agradecimiento: «Que Dios os pague el esfuerzo». En ese momento, el señor los invitó a reunirse fuera con los amigos y a compartir su diversión; pero el señor Effat se dirigió a él en tono de intenso reproche, diciendo: «¿Dejarte solo en una noche como ésta...? ¡¿Es que a los amigos no se los conoce en la desgracia...?!». El señor no pudo contener la risa y dijo: «Unas cuantas noches de bodas más y Dios nos perdona a todos...».

Pero, a los ojos del señor Amhad, la noche de bodas incluía otro significado distinto al de la solemnidad forzada en una tertulia de amistad y música; un significado que le concernía a él solo, como padre dotado de una naturaleza que se salía de lo ordinario. No dejaba de sentir, al pensar en el matrimonio de su hija, una sensación extraña, incómoda, aunque no la aprobasen ni su razón ni su fe. Esto no significaba que deseara que sus hijas no se casaran; de hecho, como les ocurre a todos los padres, quería la protección para las dos. Pero quizás había deseado mucho que no fuera el matrimonio la única vía para esta «protección»; o había deseado quizás que Dios hubiera creado a las hijas con una naturaleza que no impusiese el matrimonio. O, al menos, no haber engendrado hembras. Pero como estos deseos no se habían realizado ni había medio de realizarlos, no le quedaba otra alternativa que esperar el matrimonio de sus hijas, aunque fuese como el hombre que a veces espera una muerte honorable o descansada, al desesperar de la eternidad de la existencia. Con frecuencia había manifestado esta repulsión por vías divergentes, de forma consciente o inconsciente. Decía a veces a algunos de sus íntimos: «¿Me preguntas qué es engendrar hembras...? Es un mal contra el que no podemos hacer nada. Pero dar gracias a Dios es un deber pase lo que pase. Esto no significa que yo no quiera a mis hijas, de verdad que las quiero como a Yasín, a Fahmi y a Kamal, ni más ni menos; pero ¿cómo voy a estar tranquilo cuando sé que las voy a entregar un día a un hombre extraño, sea cual fuere la impresión que me haya dado, si sólo Dios conoce lo que guarda en su interior...? ¿Qué puede hacer una muchacha débil frente a un hombre extraño, lejos de la custodia de su padre...? ¿Qué va a ser de su destino si él la repudia un día, muerto su padre, y se refugia en casa de su hermano para vivir la vida de los parias? No temo por ninguno de mis hijos, porque les pase lo que les pase, son nombres que pueden afrontar la vida. Pero la hija... ¡Que

Dios nos guarde!»). O decía con cierta sinceridad: «La hija es verdaderamente un problema... ¿No te das cuenta que no escatimamos esfuerzos en prepararla, educarla, protegerla y guardar su castidad...? Y, sin embargo, date cuenta, después de todo esto, nosotros mismos la llevamos a un hombre extraño para que haga con ella lo que quiera... Alabado sea Dios, que sólo Él puede ser alabado en la desgracia...». Esta sensación angustiosa y extraña tomaba cuerpo en la mirada crítica con que observaba a Jalil Sháwkat, «el novio». Una mirada arbitraria y censora que se negaba a apartarse de él sin haber encontrado un defecto que satisficiera su terquedad. Era como si él no perteneciera a los Sháwkat, con quienes lo unían lazos de amistad y de parentesco desde tiempo inmemorial; o como si no fuese el joven sobre el que todo aquel que lo veía se hacía lenguas de su belleza, hombría y distinción. El señor no había podido negar ninguno de sus méritos, pero se había detenido largamente en su rostro mofletado, y en la mirada calma y pesada de sus ojos, que revelaba pereza; y sintió satisfacción al deducir de ellos la animalidad que le había dejado su ociosa vida, diciéndose a sí mismo: «¡No es más que un buey, que vive para comer y dormir!». El reconocimiento de sus méritos en primer lugar, y luego la búsqueda de cualquier falta que achacarle, sólo eran parte de una lógica sentimental que ponía frente a frente su deseo oculto de casar a la muchacha y su rechazo a la idea del matrimonio. Aquel reconocimiento había facilitado la realización del matrimonio, y esta búsqueda de defectos había satisfecho el sentimiento de hostilidad; como el adicto al opio que, dominado por su placer y espantado por su peligro, busca la droga por todos los medios aun maldiciéndola. De todas formas, aparentó olvidar sus extraños sentimientos y, acompañado por sus íntimos, se distrajo un rato con la charla, y otro escuchando de lejos la música. Abrió su pecho a la satisfacción y a la alegría, y deseó a su hija felicidad y una vida tranquila; e incluso su mirada crítica hacia Jalil Sháwkat se transformó en un sentimiento burlón no exento de rencor.

Cuando los asistentes fueron invitados a pasar a las mesas, Fahmi y Yasín se separaron por primera vez, y Jalil Sháwkat condujo a este último a la mesa especial donde corría el vino sin medida. Pero Yasín se mostró precavido, valorando las consecuencias, y se declaró satisfecho con dos vasos, resistiendo valiente, o cobardemente, a la corriente desbordada de bebida; hasta que, habiéndosele subido a la cabeza los primeros vasos y excitándosele sus recuerdos sobre las delicias de las borracheras, debilitada su voluntad, deseó aumentar la embriaguez hasta un límite controlable. Tomó un tercer vaso, y luego huyó voluntariamente de la mesa; aunque, por medida de precaución o porque no dejaba de tener un ojo en el paraíso y otro en el infierno, ocultó en un sitio recóndito una botella llena hasta la mitad, para volver a ella en caso de extrema necesidad. Regresaron los invitados a sus asientos con el espíritu renovado y alegre, exhalando hacia el ambiente que los rodeaba un júbilo libre de trabas.

En el harén, la borrachera de la cantora Galila había llegado a lo escandaloso, y entonces se puso a echar una ojeada a las caras de las invitadas, preguntando:

—¿Quién de vosotras es la esposa del señor Ahmad Abd el-Gawwad?

Su pregunta atrajo las miradas y despertó un interés general, hasta el punto de que la vergüenza se apoderó de Amina, la cual no pudo pronunciar palabra, fijando la mirada en el rostro de la cantora. Y cuando la cantora volvió a preguntar, la viuda de Sháwkat tomó la iniciativa y señaló a Amina diciendo:

—Ésta es la esposa del señor Ahmad, ¿a qué viene la pregunta?

La cantora examinó a Amina con ojos penetrantes, luego soltó una sonora carcajada y dijo con tono de satisfacción:

—¡Juro por la Kaaba que es hermosa, el gusto del señor no puede ser mejor! Amina, avergonzada, parecía una virgen, aunque no era vergüenza todo lo que sentía. Se preguntaba con desconcierto e inquietud qué significaban las palabras de la cantora acerca de la esposa del «señor Abd el-Gawwad», y su elogio sobre el gusto del señor con una entonación que no podía proceder sino de un entendido en la materia. Aisha compartió sus sentimientos, lo mismo que Jadiga, que paseó su mirada entre la cantora y algunas de las jóvenes amigas suyas, como si les preguntase su opinión sobre «esa mujer borracha». Pero Galila no tuvo en cuenta la inquietud que habían suscitado sus palabras, y volvió sus ojos hacia la novia fijando en ella la atención como lo hiciera antes con su madre. Luego movió las cejas y dijo con asombro:

—¡Por el Profeta, es la luna! Verdaderamente eres la hija de tu padre. Quien ve esos ojos recuerda de inmediato los suyos... —Luego continuó con una carcajada—. Veo que os preguntáis: ¿De dónde conoce esta mujer al señor Ahmad...? Lo conozco antes que su propia mujer, es un hijo de nuestro barrio y compañero de mi niñez. Nuestros padres eran amigos. ¿O es que crees que una cantora no tiene padre...? Mi padre era un sheyy de la escuela coránica, un hombre de carisma... ¿Qué opinas, hermosura de mujer?

Dirigió esta última pregunta a Amina. El miedo, la dulzura y afabilidad la impulsaron a responderle, luchando contra la confusión que la dominaba.

—Que Dios se apiade de él. Todos somos hijos de Adán y Eva —dijo.

Galila empezó a mover la cabeza de derecha a izquierda, entornando sus ojos como si su emoción hubiera alcanzado el paroxismo con aquel recuerdo y la exhortación de la mujer. O quizás su cabeza embriagada encontraba en el movimiento un ejercicio placentero. Luego prosiguió:

—Era un hombre celoso. Pero yo nací coqueta por naturaleza; todo me trae sin cuidado, es igual que si hubiera mamado la coquetería en la cuna. Yo me reía en el piso de arriba y se les removían las entrañas a los hombres en la calle. En cuanto le llegaba mi voz, él me molía a palos y me lanzaba los peores calificativos. Pero ¿qué fuerza puede tener el castigo con quien ha sido destinada a las artes del amor, el canto y la seducción...? El castigo se lo llevó el viento. El hombre se fue al paraíso y a sus delicias, y yo he sido condenada a asumir como lema de vida los peores calificativos que él me lanzó... Así es el mundo... Que Nuestro Señor os colme de bienes y os defienda de males... Y que Dios no nos prive de hombres a todas, ya sea dentro del terreno de lo lícito como en el de lo ilícito...

Estallaron risas en todos los rincones de la habitación, hasta tal punto que cubrieron las exclamaciones de asombro que salían de aquí y allá. Quizás lo que las había suscitado era más que otra cosa la contradicción entre la última súplica licenciosa y las expresiones que la habían precedido, que sugerían —al menos en apariencia— seriedad y resignación; o entre el velo de seriedad y circunspección con que se había enmascarado la mujer, y el evidente sentido del humor que había sacado a relucir al final. Hasta la misma Amina —a pesar de su confusión— no pudo evitar sonreír, aunque bajó su cara para ocultar la sonrisa. Las mujeres reaccionaban —en reuniones como ésta— a las bufonadas de las cantoras, y recibían contentas sus bromas aunque a veces atentaban contra el pudor, como si se liberasen de su tedio prolongado.

La cantora ebria continuó diciendo:

—Era un hombre de buenas intenciones, Dios le haya dado el paraíso como última morada. La prueba de ello es que un día me trajo a un hombre bueno como él, y quiso que nos casáramos —y rompió en carcajadas—. ¿Qué matrimonio? ¡Por vida de...! ¿Qué hubiera quedado para el matrimonio después de pasar lo que había pasado...? Y me dije: has perdido el honor, Galila, te las vas a ver negras...

Se calló un buen rato para aumentar la tensión, o para gozar más con el silencio de la atención centrada en ella, que ni siquiera con el canto lograba igualar. Luego volvió a decir:

—Pero Dios me protegió, y la salvación me llegó a tiempo pocos días antes del esperado escándalo, dado que huí con el difunto Hasuna el-Bagl, comerciante de manzul. El difunto tenía un hermano tañedor de laúd, que tocaba con la cantora Nayzak, y me enseñó a tocarlo. Luego le gustó mi voz y me enseñó a cantar. Me apoyó hasta incorporarme a la orquesta de Nayzak, en la que ocupé su lugar después de su muerte. He estado cantando bastante tiempo, durante el que he conocido a ciento y... —frunció el ceño intentando recordar el resto de la cifra, luego se volvió hacia la panderetera y le preguntó—: ¿Y cuántos amantes, eh, Fino?

—... y cinco, en el ojo de quien no reza por el Profeta —le soltó la panderetera. Estallaron las risas otra vez, y algunas entusiastas de lo que estaba diciendo se pusieron a hacer callar a las que reían para despejar el ambiente a la cantora; pero ella se levantó de improviso y se dirigió a la puerta de la habitación, sin prestar atención a las que le preguntaban adonde iba, sin obtener respuesta. Pero nadie insistió, puesto que era conocida entre la gente por sus cambios repentinos de humor, a los que respondía sin dudar cuando le entraban. Bajó la escalera hacia la puerta del harén, y la atravesó en dirección al patio de la casa. Y como su

aparición repentina atrajo algunas miradas próximas, permaneció en el sitio para darse la oportunidad de ser vista por todos y saborear el interés que suscitaba en las demás el verla; deseando con esto desafiar a Sabir, que estaba en el apogeo del éxtasis musical. Su deseo se realizó cuando el acto de volverse hacia ella se contagió —como ocurre con el bostezo— de individuo en individuo, mientras se repetía su nombre de boca en boca. Después, el mismo Sabir —aunque estaba absorto en el canto— sintió el vacío repentino que se abrió entre él y su público; y extendió su vista hacia el blanco que era objeto de las miradas, deteniéndose en la cantora, que lo miraba de lejos con la cabeza echada hacia atrás por efecto de la embriaguez y de la arrogancia. Entonces se vio en la obligación de dejar de cantar, e hizo señas a su orquesta, que paró la música. Luego elevó sus manos a la cabeza para saludar a la mujer... Sabir tenía experiencia de los cambios de humor de Galila, y, al contrario que muchos otros, conocía la bondad de su corazón, al tiempo que valoraba el peligro de resistirsele. Él le dio una prueba de su amistad sin reservas, y su ardid tuvo éxito, pues los rasgos de la mujer se distendieron de alegría y le gritó: «Prosigue tu canto. Sí, Sabir, he venido aquí sólo para escucharlo». Los invitados aplaudieron y se volvieron a Sabir llenos de alegría, mientras que Ibrahim Sháwkat, el hermano mayor del novio, se aproximaba a ella y le preguntaba con amabilidad si necesitaba algo. Con la pregunta, ella recordó el verdadero motivo que la había empujado a venir, y le preguntó, a su vez, con una voz que alcanzó a muchos y entre ellos —lo más importante— a Yasín y a Fahmi.

—¿Qué pasa que no veo al señor Ahmad Abd el-Gawwad...? ¿Dónde se esconde ese hombre?

Ibrahim Sháwkat la tomó de la mano y fue con ella hacia el pabellón, sonriendo; mientras que Fahmi y Yasín intercambiaban una mirada llena de asombro y extrañeza. Los siguieron con ojos interrogantes hasta que se cerró la puerta tras ellos. El señor no quedó menos asombrado que sus hijos al verla dirigirse hacia él contoneándose. Le lanzó una ojeada inquieta e interrogadora, mientras que sus amigos cruzaban miradas sonrientes llenas de significado. Galila envolvió a todos con una mirada rápida diciendo:

—Feliz velada, hombres...

Luego centró sus ojos en el señor, sin poderse contener de reír desaforadamente, y preguntó burlona:

—¿Te ha asustado mi venida, señor Ahmad?

El señor señaló hacia fuera con un gesto de advertencia, y le dijo seriamente:

—¡Ten juicio, Galila! ¿Qué te ha empujado a venir aquí, a la vista de todo el mundo?

Ella respondió como excusándose, pero sin dejar de sonreír burlonamente:

—Me era penoso no felicitarte por la boda de tu hija...

—Te doy las gracias, señora —respondió el señor incómodo—. ¿Pero no pensaste en las sospechas que levantaría tu venida en quien la viera?

Galila se golpeó una palma de la mano contra la otra, y dijo con un tono que parecía de reproche:

—¡Y esto es lo mejor que tienes para recibirme...! —Luego, dirigiéndose hacia sus amigos—: Os tomo como testigos de este hombre, que no se quedaba tranquilo hasta no haber mojado una parte de su bigote en mi ombligo. Miradlo, como ahora no soporta verme...

El señor le hizo señas con la mano, como diciéndole: «No compliques el caso», y dijo en tono de ruego:

—Dios sabe que no me molesta verte, pero ya ves que me pones en un apuro... Aquí dijo el señor Ali, como para recordar a la mujer cosas que no convenía que olvidase:

—Habéis vivido como amantes y os habéis separado como amigos. No hay ninguna venganza pendiente entre vosotros. Pero su familia está arriba y sus hijos están ahí fuera...

Ella dijo empeñada en irritar al señor:

—¿Por qué adoptas un aire de piedad entre los tuyos, si eres una ciénaga de inmundicia?

—¡Galila... —exclamó él diciendo con una mirada de protesta-..., no hay poder ni fuerza sino en Dios!

—¿Galila o Zubayda, santurrón?

—¡Me basta con darle cuentas a Dios...!

Alzó ella las cejas como lo habían hecho antes con Aisha, pero esta vez por ironía, no por asombro, y dijo con una voz calma, seria, como si fuera el juez pronunciando la sentencia:

—Tanto me da que te enamores de Zubayda como de otras mujeres, pero lo que siento, y te lo juro por la cabeza de mi madre, es que te revuelques en el polvo después de haberte hundido hasta las orejas — señalándose a sí misma— en la nata...

En esto se incorporó el señor Muhammad Effat, uno de los más íntimos de Galila, temiendo que la embriaguez la condujera a unos extremos de consecuencias lamentables. Tomó su mano y tiró de ella con suavidad en dirección a la puerta, susurrándole al oído:

—Jura por el-Huseyn que no harás otra cosa que volver a tus oyentes, que te esperan sobre ascuas...

Después de alguna resistencia, ella accedió, pero se volvió hacia el señor mientras se alejaba lentamente, y dijo:

—No olvides llevar saludos de mi parte a esa guarra, y permíteme un consejo de amiga: lávate con alcohol después de estar con ella porque su sudor chupa la sangre...

El señor la siguió con una mirada colérica, maldiciendo la suerte de haber sido descubierto delante de mucha de la gente —sobre todo de su familia— que lo conocía como un modelo de seriedad y circunspección. Cierto que le quedaba algo de esperanza, aunque débil, de que el episodio no hubiese llegado a ninguno de los suyos; y también esperanza de que no lo entendiera si les llegaba, aunque fuese verdad, dada su natural inocencia. Pero era una esperanza sin garantía por más de una razón. A pesar de todo, en la peor de las hipótesis, no había motivo para angustiarse, porque la sumisión de ellos a él, por un lado, y su control sobre ellos, por otro, eran demasiado estables como para ser conmovidos ni siquiera por este escándalo. Además, la probabilidad de que uno de sus hijos o todos ellos descubrieran su comportamiento, jamás había sido para él una hipótesis imposible; no se angustiaba por eso más de lo conveniente, a causa de la confianza que tenía en su fuerza, y porque no había basado la educación de sus hijos en el ejemplo y en la persuasión, pudiendo por lo tanto temer que abandonasen el camino recto al mostrarles que él lo abandonaba. E igualmente porque dejaba de lado la posibilidad de que descubriesen algo de su conducta, antes de haber alcanzado la madurez, momento en el cual no le preocupaba mucho que averiguasen su secreto. Pero nada de esto podía mitigar su pesar por lo que había ocurrido. Era cierto que no dejaba de estar contento y lleno de orgullo sexual, puesto que la venida de una mujer como Galila a la reunión, acudiendo por su propio pie para felicitarlo, bromear con él y hasta burlarse de su nuevo amor, era un «acontecimiento» altamente significativo en los ambientes testigos de sus noches, sirviéndole de profunda demostración a un hombre como él, que no anteponía nada al amor, la música y la buena compañía. ¡Pero qué felicidad tan pura habría tenido si el hermoso acontecimiento se hubiese producido lejos de este medio familiar!

Yasín y Fahmi no despegaron sus ojos de la puerta del pabellón, desde que entró Galila hasta que salió acompañada del señor Muhammad Effat. Fahmi ingenuamente se asombró de tal modo que la cabeza le daba vueltas, como le había ocurrido a Yasín cuando oyó a Zannuba responderle: «Es uno de nuestro barrio... y seguro que has oído hablar de él: el señor Ahmad Abd el-Gawwad...» Yasín, mientras tanto, fue presa de una ávida curiosidad, y se dio cuenta con una felicidad que despertó en su corazón la embriaguez, del asombro y de la afinidad que había sentido hacia su padre en la habitación de Zannuba, de que Galila era otra aventura en la vida de éste, que —ahora estaba convencido— era una cadena dorada de aventuras, y de que el hombre

sobrepasaba cuanto su imaginación había construido acerca de él. Fahmi continuó esperando y deseando saber, de un momento a otro, que la cantora había querido ver a su padre por una causa cualquiera relacionada con la invitación hecha para venir a animar la boda de Aisha, hasta que llegó Jalil Sháwkat y les informó riéndose que Galila «está gastándole bromas al señor» y que «le da pruebas de amistad de amigo a amigo». A la vista de esto, Yasín, ya no tuvo paciencia para ocultar el secreto que guardaba, y los vapores del vino lo empujaron a revelar lo que sabía. Esperó a que Jalil se hubiese marchado, e inclinándose al oído de su hermano le dijo aguantándose la risa: «Te he ocultado cosas que sentí apuro en revelarte en su momento, pero visto lo visto y oído lo oído, te las revelaré ahora». Y pasó a narrarle lo que había escuchado y visto en casa de Zubayda la cantora. Fahmi le cortaba de cuando en cuando, diciendo aturdido: «No digas eso...», «¿Has perdido el juicio?», «¿Cómo quieres que te crea?»; hasta que el joven hubo completado su relato con todos los detalles. Fahmi no estaba preparado para comprender —y menos para digerir—, dados el credo y la ejemplaridad en los que había crecido, aquella conducta oculta que se le revelaba por primera vez; sobre todo porque su mismo padre era parte de las bases de su credo y de los pilares de su ejemplaridad. Quizás pudiese haber un modo de comparar sus sentimientos, al sufrir esta revelación de repente, con las sensaciones de una criatura —si cabe imaginarlo así— al pasar de la tranquilidad del útero a la agitación de la vida. Y tal vez si se le hubiese dicho que la mezquita de Qalawún, estaba con el minarete hacia abajo, y el sepulcro encima; o que Muhammad Farid había traicionado el mensaje de Mustafa Kámil, vendiéndose al inglés, ciertamente no le habrían causado tanto rechazo y fastidio. «¡Mi padre yendo a casa de Zubayda para beber, cantar y tocar el adufe...! ¡Mi padre sometiéndose a las bromas de Galila y a su amistad...! ¡Mi padre cometiendo los pecados de borrachera y adulterio! ¿Cómo se han reunido estas tres cosas...? ¡Entonces es un padre bien distinto al que yo conocía en casa, ejemplo de piedad y de fuerza...! ¿Cuál de los dos es el de verdad...? Es como si le estuviese escuchando repetir: Dios es grande... Dios es grande. ¿Cómo puede repetir eso...? ¡Una vida de ficción y de hipocresía! Y, sin embargo, es sincero, es sincero cuando levanta su cabeza para rezar, sincero cuando se encoleriza. ¿Es que mi padre es un puro vicio, o es que el libertinaje es una virtud...?

—¿Te has quedado pasmado...? Así me quedé yo también cuando Zannuba pronunció su nombre, pero en seguida me llamé a mí mismo necio, y me pregunté qué le podía echar en cara... ¿La impiedad...? ¡Así son todos los hombres, o así es necesario que sean...!

«Estas sí que son palabras dignas de Yasín... Yasín es una cosa y mi padre otra... ¡Yasín! ¿Qué es Yasín...? ¿Pero con qué derecho puedo repetir eso ahora, si mi padre, mi propio padre, no se diferencia de él en nada, sino en que ha caído aún más bajo...! ¡No, más bajo...! Además hay algo que yo desconozco... Mi padre no peca... No es capaz de pecar... Está por encima de cualquier sospecha... O, en todo caso, por encima de cualquier desprecio...

—¿Todavía estás pasmado?!

—¡No puedo imaginar nada de lo que has dicho...!

—¿Por qué...? Ríete y comprende el mundo. El canta. ¿Y qué mal hay en cantar? Él se emborracha, y créeme que la embriaguez es más agradable que la comida. Él ama, y el amor era la diversión de los califas: léete el Diwán el-Hamasa y las notas que trae al margen. No hay nada que objetar a nuestro padre. Grita conmigo: ¡Viva el señor Ahmad Abd el-Gawwad, viva nuestro padre...! Te dejo un momento, mientras hago una visita, dada la ocasión, a la botella que tengo escondida debajo de la silla.

Con el retorno de la cantora a su orquesta, la noticia de su encuentro con el señor Ahmad Abd el-Gawwad se divulgó en el harén, y fue de lengua en lengua hasta alcanzar a la madre, a Jadiga y a Aisha. Y aunque oían algo así por primera vez, muchas señoras —entre cuyos maridos y el señor había lazos de amistad— acogieron la nueva sin asombro, y se hicieron guiños sonriendo como quien sabe más de lo que se comenta. Pero ni una de ellas se dejó llevar por la tentación de discutir el asunto; bien porque discutirlo era algo inconveniente ante sus propias hijas, bien porque las reglas de la cortesía les dictaban contenerse frente a Amina y a sus dos hijas. Solamente la viuda de Sháwkat le dijo a Amina, en tono jocoso: «¡Ten cuidado, señora Amina, parece que Galila mira con buenos ojos al señor Ahmad!». Amina sonrió, aparentando despreocupación, mientras que la vergüenza y la confusión le colorearon la cara. Por primera vez tenía al alcance de la mano una prueba tangible de las dudas suscitadas en su espíritu desde hacía tiempo. Y aunque estuviese hecha a la paciencia y a resignarse al destino, el haber tropezado con una prueba palpable hirió su

corazón, haciéndole sentir una pena como nunca había conocido, causándole una herida sangrante en lo más vivo de su orgullo. Una mujer quiso comentar las palabras de la viuda de Sháwkat en términos corteses, apropiados a la madre de la novia, y dijo: «¡Quien tiene un rostro tan bello como el de la señora Umm Fahmi, no debe temer que se desvíen los ojos de su marido hacia otra mujer!». Su ser se estremeció con la alabanza, y le volvió su modesta sonrisa, hallando, pese a todo, algo de consuelo al dolor silencioso que la atormentaba. Sin embargo, cuando Galila empezó una nueva canción, y su voz le llenó los oídos, una cólera repentina se alzó en ella, y sintió, durante unos segundos, que iba a perder el control de sus actos. Pero rápidamente la reprimió con la fuerza natural de una mujer que nunca se ha reconocido a sí misma el derecho a la cólera. Fue entonces cuando Jadiga y Aisha recibieron la noticia con asombro, e intercambiaron una mirada de perplejidad preguntándose con los ojos qué significaba todo aquello. Sin embargo, su asombro no iba unido a la confusión, como le había ocurrido a Fahmi; ni al dolor, como le pasaba a su madre. Quizás las dos habían visto, en el hecho de que una mujer como Calila se hubiese levantado del estrado tomándose la molestia de bajar a la reunión de su padre, para saludarle y hablarle, algo digno verdaderamente de asombro, pero nada más. Después Jadiga sintió un deseo instintivo de observar el rostro de su madre, y le lanzó una mirada furtiva; y, aunque la vio sonreír, notó, desde el primer momento, que era presa de un dolor y una confusión que ahogaban su dicha. Sintió pesar y no tardó en irritarse con la cantora, la viuda de Sháwkat y toda la reunión...

Pero cuando llegó la hora de llevar a la esposa a la cámara nupcial, todos olvidaron sus preocupaciones. Pasarían semanas, y meses, antes de que la imagen de Aisha con su ropa de novia se borrara de la memoria...

El-Guriyya estaba envuelto en el velo de las sombras y del silencio cuando la familia dejó la casa de la boda, de vuelta hacia el-Nahhasín. El señor Ahmad iba solo, delante, siguiéndolo a varios metros Fahmi y Yasín; que hacía todo lo que podía para dominarse y controlar su modo de andar, por temor a que su conciencia, vacilante por exceso de bebida, lo traicionara. Después, en retaguardia, venían Amina, Jadiga, Kamal y Umm Hanafí. Kamal se había unido a la caravana a pesar suyo; y de no haber sido por el camellero que la guiaba, hubiera encontrado un medio para desasirse de la mano de su madre y emprender el regreso hacia donde habían abandonado a Aisha. Y de hecho él iba volviéndose a cada paso, en dirección a la puerta de el-Mitwalli para dar un último saludo, triste y pesaroso, al último destello de la fiesta: esa lámpara encendida que un operario, subiéndose a una escalera de madera, iba a descolgar de su enganche sobre la entrada de el-Sukkariyya. Cómo le partía el corazón ver ahora a su familia, y encontrarla privada del más querido de sus miembros, después de su madre. Levantó la vista hacia ésta y le preguntó susurrando:

—¿Cuándo va a volver con nosotros mi hermana Aisha?

—No insistas en eso —le respondió con la misma voz— y reza por su felicidad. Ella nos visitará mucho y nosotros la visitaremos mucho.

Él volvió a susurrar furioso:

—¡Os habéis reído de mí...!

Ella señaló con su mano hacia delante, en dirección al señor casi tragado por la oscuridad, e hizo un gesto con sus labios susurrando «chist»; pero Kamal estaba ocupado en recrear una secuencia de todo lo que había ocurrido en la casa de la boda. Se dio cuenta de su enorme extraneza y de la gran confusión que le habían provocado, y tiró de la mano de su madre para alejarla de Jadiga y Umm Hanafí. Luego susurró, preguntando y señalando hacia atrás:

—¿No sabes lo que está pasando allí?

—¿Qué quieres decir?

—Miré por el agujero de la puerta...

El corazón de la madre se puso a latir con desasosiego, porque adivinaba a qué puerta se refería, pero le preguntó engañándose a sí misma:

—¿Qué puerta?

—¡La puerta del cuarto de la novia...!

—¡Qué vergüenza que una persona mire por los agujeros de las puertas! —dijo la mujer con apuro.

Él susurró de prisa:

—Lo que he visto es más vergonzoso.

—¡Cállate...!

—Vi a mi hermana Aisha y a Si Jalil sentados en la chaise longue... y él...

Ella le dio un manotazo en el hombro y le hizo callar. Luego murmuró en su oído:

—Deberías avergonzarte de lo que dices. Si tu padre te oyera, te mataría... Pero él dijo, insistiendo, con el tono de quien siente que va a descubrirle una verdad que ella no podía imaginar que pudiera ocurrir:

—La cogía por la barbilla con su mano y la besaba...

Ella le volvió a dar un manotazo, con una brusquedad que él nunca había sentido antes; y se dio cuenta de que había cometido una auténtica falta sin querer. Calló temeroso. Pero cuando estaban atravesando el patio oscuro de la casa, retrasados del resto de la familia —habiéndose quedado atrás Umm Hanafí para atrancar la puerta, echarle el cerrojo y la barra—, lo urgieron la confusión y el deseo de saber, y salió de su silencio y su miedo, preguntándole suplicante:

—¿Por qué la besaba, mamá?

Y ella le respondió con firmeza:

—¡Si vuelves a eso, se lo digo a tu padre...!

41

Yasín se retiró al dormitorio en intenso estado de borrachera. En cuanto se quedó a solas con Fahmi, libre de vigilancia —Kamal se había quedado dormido en cuanto puso la cabeza en la almohada—, le entraron ganas de alborotar, como reacción a la tensión nerviosa empleada a lo largo de la fiesta —sobre todo en el camino de vuelta— para controlarse y dominar su conducta. Sin embargo, encontró la habitación demasiado estrecha para hacerlo, y pensó en desahogarse charlando. Miró pues a Fahmi, que estaba quitándose la ropa, y dijo burlón:

—¡Compara nuestro estado de frustración con la habilidad de nuestro padre...! ¡Eso es un hombre de verdad!

A pesar del dolor y la vergüenza que estas palabras produjeron en Fahmi, éste se contentó con decir, dibujando en sus labios alterados algo parecido a una sonrisa:

—Dios te bendiga, porque eres el mejor de los hijos...

—¿Te apena que nuestro padre sea un gran cazador?

—Preferiría que no se hubieran producido cambios en la imagen ideal que tenía de él.

—La imagen real es más brillante y más grata, mejor que la de un padre modélico —contestó Yasín frotándose las manos de contento—. ¡Ay, si lo hubieras visto agarrando el adufe, con el vaso de vino brillando ante él! ¡Bravo! ¡Bravo, señor Ahmad!

—¿Y su firmeza y su piedad? —preguntó Fahmi confuso.

Yasín frunció el ceño para concentrar su mente en la cuestión, pero halló que sumar los contrarios era más cómodo que conciliarios y, empujado solamente por el asombro, dijo:

—¡No hay ningún problema en absoluto! Es tu cerebro asustadizo, y sólo él, el que crea el problema de la nada. Mi padre es firme, creyente y le gustan las mujeres. Algo sencillo y claro como que uno y uno son dos. Quizás soy yo el que en cierto modo más se le parece, porque soy creyente y me gustan las mujeres, aunque la firmeza no es mi fuerte. Tú mismo eres creyente y firme y te gustan las mujeres, pero, mientras que haces realidad tu fe y tu firmeza, huyes de la tercera condición. — Luego, riendo, exclamó—: ¡Y la tercera sí que es sólida!

Quizás había olvidado al final de sus palabras el motivo del asombro que le había empujado a hablar tan prolijamente. Esas palabras defendían a su padre sólo en apariencia, porque en verdad no eran sino la expresión de un sentimiento ardiente, que hacía hervir su sangre ebria, y de un deseo indomable que se había apoderado de él tras la desaparición de los ojos y oídos vigilantes, de quienes desconfiaba; un deseo suscitado por una imaginación electrizada por la bebida. Su carne sentía un loco impulso de amar, que su voluntad era incapaz de refrenar o aplacar, pero ¿dónde encontrar lo que buscaba? ¿Tenía tiempo suficiente...? ¿Zannuba? ¿Qué los separaba...? Un corto trecho; un revolcón, y luego volvería y caería en un sueño profundo, tranquilo. Se alegró con estas imágenes incitantes como quien no tiene juicio que lo haga reaccionar, y se apresuró a hacerlas realidad sin vacilar, no tardando en decir a su hermano:

—Hace calor. Voy a subir a la azotea a respirar el aire fresco de la noche.

Dejó el cuarto en dirección a la galería exterior, y empezó a bajar la escalera, tanteando su camino en una oscuridad total y poniendo el máximo cuidado en no hacer ruido. Pero ¿cómo podría llegar hasta Zannuba a esas horas de la noche? ¿Iba a llamar a la puerta? ¿Quién podría venir a abrirle? ¿Y qué iba a responder si le preguntaban qué quería? ¿Y si nadie se despertaba para abrir la puerta? ¿O si venía el vigilante nocturno a inspeccionarlo con su conocida forma de importunar...? Estos pensamientos se le agolparon en la cabeza como burbujas, para luego dispersarse ahogados en la corriente turbulenta del vino. No les puso mala cara, como habría hecho ante impedimentos cuyas consecuencias debería sopesar, sino que les sonrió, como si se tratara de algo divertido que podía acompañarlo en la soledad de su aventura. Luego, su imaginación dejó atrás tales ideas y voló hacia la habitación de Zannuba, que daba al cruce de el-Guriyya y el-Sanadiqiyya. Se la imaginó con el camisón blanco, transparente, que se abombaba dócilmente por encima de los senos y en torno a las nalgas, y cuyo reborde descubría unas piernas redondas y doradas. Se puso como loco y, de no haber sido por la oscuridad que lo envolvía, le habría gustado saltarse los escalones. Al salir al patio, se encontró con otra oscuridad un poco más tenue gracias a la débil claridad que desprendían las estrellas, pero que a sus ojos, que habían soportado largo tiempo las tinieblas de la escalera, pareció como una luz o algo similar. Cuando caminó dos pasos en dirección a la puerta exterior que estaba al fondo del patio, atrajo su mirada una débil claridad, que salía de un candil puesto sobre un tajo de trinchar, ante la habitación del horno. Echó una mirada, no carente de asombro, hacia allí hasta tropezar con un cuerpo echado en el suelo cerca de él. Lo iluminó con la luz del candil, y supo que era Umm Hanafi que, por lo visto, había preferido dormir al aire libre, huyendo del ambiente asfixiante de la habitación del horno.

Pensó en continuar su camino, pero algo lo detuvo y giró la cabeza de nuevo hacia la durmiente. Desde su sitio, apenas alejado de ella unos metros, pudo distinguirla con una claridad inesperada. La vio echada de espaldas, con la pierna derecha doblada y dibujando en el aire, con el borde de la galabiyya pegado a la rodilla, una pirámide erguida, dejando al descubierto al mismo tiempo su muslo izquierdo, que aparecía desnudo más allá de la rodilla, para hundirse después en la oscuridad de la brecha que la galabiyya descubría entre la pierna erguida y la otra extendida. Y aunque su sensación de que el tiempo apremiaba y necesitaba apresurarse para alcanzar su propósito no había perdido fuerza, no desvió la vista del cuerpo tendido próximo a él, o quizás no pudo desviarla, y, sin darse cuenta, se puso a escudriñarla con una atención que se hacía

patente en sus ojos fijos y enrojecidos, y en sus carnosos labios entreabiertos. La fijeza de sus ojos — escarbando en aquel cuerpo descomunal que ocupaba un buen espacio, como si fuera una búfala grasienta— se convirtió en un deseo turbio, hasta el punto de hacerle clavar la vista en la brecha oscura que había entre la pierna levantada y la extendida. Luego, la corriente inflamada en sus venas pasó de contemplar la puerta de salida a mirar hacia la habitación del horno, como descubriendo por vez primera a la mujer con la que había convivido durante largos años sin prestarle atención. Sin embargo, Umm Hanafi no gozaba de ningún rasgo de belleza. Su rostro huraño aparentaba más edad de la que tenía en realidad, poco más de los cuarenta. Incluso sus carnes, compactas y grasas, eran —por su falta de armonía y su mala distribución— algo parecido a una masa informe. Por eso, y tal vez también por su larga permanencia en la habitación del horno, y por haber convivido con ella desde la infancia, jamás había reparado en su persona. Pero en ese momento estaba en tal estado de excitación que perdió su capacidad de discernimiento y el deseo lo cegó. ¿Qué deseo? Un deseo pasional por la hembra en sí misma, no por sus cualidades ni por su aspecto, un deseo que amaba la hermosura sin dejar de lado la fealdad. Todo era válido en esas «crisis», del mismo modo que un perro devora lo que encuentra en la basura sin vacilar. En ese momento, su primera aventura, Zannuba, le pareció que estaba rodeada de dificultades con consecuencias desconocidas y «el llegar a ella a esta hora de la noche, llamar a la puerta, lo que le iba a decir a quien le abriera, y el vigilante nocturno» ya no eran algo divertido de lo que reírse, sino verdaderos obstáculos de los que convenía zafarse. Se acercó de puntillas, con precaución, con la boca abierta e ignorándolo todo excepto aquel quintal de carne echado a sus pies y que, a sus ojos voraces, parecía dispuesto a recibirlo, hasta detenerse entre la pierna erguida y la otra extendida. Luego se inclinó sobre ella poco a poco, casi de forma inconsciente, fuertemente incitado por dentro y por fuera a la vez. Sin darse cuenta, se encontró tendido sobre ella. Quizás no había resuelto llegar a tal extremo de una sola vez, y quizás había pensado en algún preámbulo innecesario previo al violento movimiento final. Pero el cuerpo sobre el que se tendía se agitó violentamente, lleno de miedo, y dio un enorme grito que rasgó aquel silencio total —adelantándose a su mano que se lanzaba a ahogarlo—, y asestando a su cerebro una fuerte sacudida que le hizo recobrar la conciencia. Puso la palma de la mano sobre la boca de la mujer y le susurró al oído con una angustia y un miedo intensos:

—Soy Yasín, soy Yasín, Umm Hanafi, no tengas miedo.

Para poder recuperar su tranquilidad, empezó a repetir sus palabras, hasta estar seguro de que ella lo había reconocido. Pero la mujer, que no había dejado en absoluto de resistirse, logró por fin apartarlo de ella, y se enderezó hasta sentarse, jadeando de fatiga y agitación. Después le preguntó con una voz que le fastidió bastante:

—¿Qué quieres, Si Yasín?

—No levantes la voz de esta manera —le contestó con tono susurrante y lleno de súplica—, te he dicho que no tengas miedo, no hay ninguna razón para asustarse.

—¿Qué te ha traído aquí? —le volvió a preguntar con sequedad, aunque bajando un poco la voz.

Él se puso a acariciarle la mano cariñosamente, suspirando con una especie de alivio no exento de nerviosismo, como si viese en el descenso de su voz una señal de ánimo.

—¿Qué te pone furiosa? —le dijo—. No quiero hacerte ningún mal. —Y añadió, con una sonrisa que traicionaba el tono de su voz —: Ven a la habitación del horno...

—Ni hablar, señor —respondió la mujer con voz turbada pero firme —. Vete a tu habitación, vete... Dios maldiga al demonio.

Umm Hanafi no había sopesado sus palabras, sino que le habían salido como lo requería la situación. Quizás no habían expresado de la mejor manera sus deseos, pero habían manifestado, de modo perfecto y de manera inconsciente, su intensa sorpresa; una sorpresa jamás precedida por ningún tipo de preparativo y que le había caído encima durante el sueño, igual que el gavilán sobre el polluelo. Había apartado al joven, y le había reprendido sin siquiera pensar verdaderamente en apartarlo o reprenderle. Pero él la comprendió mal; se había llenado de furia y los pensamientos le habían estallado en la cabeza. «¿Qué hacer con esta hija de perra...? No

puedo volverme atrás después de haberme puesto al descubierto y de haber llegado al límite del escándalo... Tengo que conseguir lo que quiero, aunque tenga que recurrir a la fuerza.» Pensó de prisa en el medio más eficaz de vencer la resistencia que ella le oponía, pero, antes de haber decidido nada, oyó un extraño movimiento, quizás fueran pasos, procedentes de la puerta de la escalera. Dio un salto incorporándose en el colmo del terror, tragándose el deseo como el ladrón se traga la piedra preciosa robada cuando lo sorprenden en su escondite, y se volvió hacia la puerta para saber qué era aquello. Vio entonces a su padre que atravesaba el umbral extendiendo el brazo con una lámpara. Se quedó clavado en el sitio, lívido y entregado, estupefacto y desesperado. De repente se dio cuenta de que el grito dado por Umm Hanafí no se había perdido, y que la ventana trasera de la habitación del padre era un puesto de observación. Pero ¿de qué le servía darse cuenta tan tarde...? Había caído en la trampa de la justicia divina y del destino. El señor se puso a examinar su rostro con dureza, y en un silencio que prolongó mientras se estremecía de cólera. Sin despegar de él sus ojos despiadados, le señaló la puerta con la mano ordenándole entrar. Y aunque en ese instante hubiera preferido desaparecer, antes incluso que vivir, no pudo salir de la inmovilidad a causa del miedo y el desconcierto. El padre se enfureció y, en su hosca actitud, aparecieron los signos de una explosión, luego rugió gritando y echando chispas por los ojos; esos ojos donde se reflejaba la luz de la lámpara, que oscilaba con el estremecimiento de la mano que la sostenía.

—¡Sube, malvado, hijo de perra!

Yasín se quedó aún más rígido, hasta que el señor se abalanzó sobre él, agarrándolo del brazo con la mano derecha, lo apretó con rudeza y tiró de él hacia la puerta. Fue tal la fuerza del tremendo tirón, que estuvo a punto de caer de bruces. Cuando recobró el equilibrio, echó la vista atrás aterrado y huyó de un salto, sin preocuparse de la oscuridad.

42

Dos personas, además de su padre y de Umm Hanafí, se enteraron del escándalo de Yasín: Amina y Fahmi. Habían oído el grito de aquélla, y habían sido testigos desde sus ventanas de lo ocurrido entre el joven y su padre; después dedujeron lo que significaba eso sin necesitar de grandes entendederas. De todas formas, el señor reveló a su esposa el desliz de su hijo, y le preguntó con detalle qué sabía acerca de las costumbres de Umm Hanafí. Amina defendió a su criada manifestando todo lo que sabía sobre su naturaleza y su rectitud, recordando al señor que, de no haber sido «por su grito», nadie habría sabido lo que pasaba. El hombre estuvo una hora insultando y maldiciendo. Insultó a Yasín y se insultó a sí mismo porque «no era necesario engendrar hijos, para que enturbiasen su serenidad con sus malas pasiones». Le inundó la cólera y maldijo la casa y a toda su familia... Amina permanecía en silencio, y seguiría así después, como si no supiera nada. También Fahmi fingió ignorarlo todo. Simuló estar profundamente dormido cuando su hermano volvió a la habitación, jadeando a consecuencia del intento fracasado. No dejó traslucir después nada que hiciera presumir que se había enterado del asunto. Le repugnaba que el otro supiera que conocía la humillación y el envilecimiento caídos sobre él, en testimonio del respeto que le profesaba por ser el hermano mayor; un respeto que no había desaparecido al descubrir su frivolidad e impudicia, ni siquiera siendo consciente de su propia superioridad en conocimientos y en cultura. Tampoco había desaparecido frente a la falta de interés que Yasín mismo mostraba en cuanto a la observancia del respeto que le debían sus hermanos, visto el plan de bromas y burlas que se gastaba con ellos. La verdad es que Fahmi no dejaba de tenerle respeto, y su cuidado en mantenerlo era quizás debido a Ja educación, seriedad y aplomo que tenía, y que le hacían parecer mayor de lo que era. Jadiga, por su parte, no dejó de observar, al día siguiente del episodio, que Yasín no había tomado el desayuno a la mesa de su padre, y le preguntó con extrañeza qué era lo que le había impedido hacerlo; él le respondió que le había sentado mal la cena de la boda. La joven sintió —gracias a su aguda malicia natural— que el motivo de su ausencia no eran las dificultades de digestión. Interrogó a su madre pero no obtuvo respuesta satisfactoria. Después Kamal regresó del comedor haciéndose también preguntas, no empujado por la curiosidad o por la pena, sino con la esperanza de encontrar una indicación de que el terreno iba a quedar libre, por algún tiempo más, de un rival tan peligroso como Yasín.

El asunto hubiera ido olvidándose si Yasín, por la tarde, no hubiese dejado la casa sin participar en la habitual tertulia del café. Y aunque había pedido excusas a Fahmi y a la madre por estar comprometido en una cita, Jadiga declaró con convicción: «¡Algo hay! ¡Yo no soy tonta...! ¡Me corto el brazo si Yasín no está cambiado!». A esto la madre se vio obligada a manifestar la cólera del señor contra Yasín, por una causa que

ignoraba... Transcurrió una hora, y estuvieron haciendo conjeturas sobre este asunto; incluso Amina y Fahmi se unieron a los demás para ocultar lo ocurrido. Yasín permaneció apartado de la mesa de su padre, hasta que éste lo conminó a reunirse con él una mañana antes del desayuno. No le sorprendió la convocatoria, pero lo inquietó a pesar de todo. ¡Qué miedo había sentido un día tras otro, convencido de que su padre no se contentaría, en lo concerniente a su desliz, con aquel tirón violento por el que había estado a punto de derribarlo de bruces y sabiendo que, de una manera u otra, volvería sin remedio al tema! Quizás esperaba un comportamiento indigno por parte de su padre hacia un funcionario como él, cosa que lo llevaba a veces a pensar en abandonar la casa por algún tiempo o para siempre. La verdad es que no sería delicado por parte de su padre —sobre todo de un padre como el que había conocido en casa de Zubayda— tratar su desliz con tanta rudeza, del mismo modo que sería indigno, en lo que a él le concernía, exponerse a un comportamiento inadecuado a su hombría. Por eso lo más noble de su parte sería irse. Pero ¿adonde...? Lo único que tenía que hacer era vivir una vida independiente, él solo. Y era capaz de hacerlo; aunque, una vez que hubo barajado el asunto en sus diversos aspectos y evaluado los gastos, se preguntó cuánto le quedaría después para su alojamiento, el café de Si Ali, la taberna de Kostaki y Zannuba. A la vista de esto fue disminuyendo su entusiasmo hasta apagarse, como una mecha de lámpara cuya llama se ve expuesta a un aire violento. Pasó a decirse, consciente de su cobardía: «Si hago caso al diablo y me marcho de casa, voy a crear una mala tradición, que no conviene a nuestra familia. Diga lo que diga, o haga lo que haga, es mi padre y no hay ni que pensar que su correctivo sea vejatorio». Luego se dijo con esa franqueza que disimulaba cuando le entraba el espíritu bromista: «Un poco de modestia, Yasín Bey, déjanos de dignidad, por vida de tu madre, ¿qué prefieres, la dignidad de Tu Excelencia o el coñac de Kostaki y el ombligo de Zannuba?». Y así pues renunció a la idea de abandonar la casa, y permaneció esperando la temida convocatoria hasta que tuvo lugar. Entonces reunió sus fuerzas y partió lleno de pánico, a pesar suyo. Entró en la habitación con la cabeza gacha y el paso inseguro, y se detuvo lejos de donde estaba sentado su padre, sin tener el valor de saludarlo, y esperó. El señor le clavó la vista largo rato y luego movió la cabeza como asombrado, diciendo:

—¡Dios Santo...! ¡Qué talla, qué complexión, qué bigote y qué nuca! Si te viera cualquiera en la calle se diría maravillado: Bravo por el padre y por el hijo. Pero el que lo dijera, tendría que venir a casa para verte en tu salsa.

Al joven le aumentaron la confusión y la vergüenza, y no dijo esta boca es mía. El señor se puso a examinarlo con atención y después dijo brevemente en tono seco y dominante:

—¡He decidido que te cases...!

Yasín se quedó tan asombrado que no daba crédito a sus oídos. Había esperado insultos y maldiciones nada más, pero no se le había ocurrido que oíría una decisión importante, que iba a cambiar el curso de su vida entera. No se pudo contener y levantó la mirada hacia el rostro de su padre, pero al encontrarse con sus ojos azules y penetrantes la bajó ruborizado y se refugió en el silencio. El señor comprendió que su hijo había sido sorprendido por esa «feliz» decisión, en lugar de por el duro tratamiento que esperaba, y se encolerizó contra las circunstancias que le habían dictado recibirlo en forma tranquila, propicia para desmentir la conocida idea que sobre su tiranía tenía su hijo. Derramó entonces su cólera en los tonos de la voz, y dijo con hosquedad:

—El tiempo apremia y quiero oír tu respuesta...

Dado que el nombre había decidido casarlo, no quería oír más que una sola respuesta. Nada impedía que Yasín le diese a oír la que él quería, no sólo por obedecer su orden, sino porque correspondía también a su propio deseo. Verdaderamente, apenas le había anunciado a su padre su decisión, su propia fantasía se lanzó a crearle la imagen de una «novia» bella, una mujer que sería suya y estaría a sus órdenes cuando quisiera. Esa fantasía lo puso tan contento que estuvo a punto de que lo traicionara la voz, mientras decía:

—Mi opinión es la tuya, papá...

—¿Quieres casarte o no? ¡Habla!

El joven respondió con el cuidado de quien desea casarse sin estar preparado económicamente para hacerlo:

—Puesto que ésta es tu voluntad, me atengo a ella con mucho gusto.

El señor atenuó la aspereza de su voz al decir:

—Voy a pedir para ti a la hija de mi amigo el señor Muhammad Effat, comerciante de telas de el-Hamzawi, un hallazgo afortunado para un bruto como tú. Yasín sonrió ligeramente, y dijo de modo hipócrita:

—Pero yo, contando con tu ayuda, tengo la esperanza de ser lo suficiente para ella.

El señor lo miró con intensidad, como si quisiera penetrar en lo profundo de su hipocresía.

—Quien oyera tus palabras no podría ni imaginarse tus acciones, so hipócrita —dijo—. ¡Desaparece de mi presencia!

Yasín quiso moverse, pero el señor lo detuvo con un gesto de la mano, y luego le preguntó como si rectificara de manera casual:

—Me imagino que habrás juntado la dote...

No pudo responder, confuso como estaba. El señor se enfadó, y le preguntó en tono reprobatorio:

—¿Qué has hecho de tu sueldo, si, a pesar de tu empleo, has estado viviendo a mis expensas como cuando eras estudiante?

Yasín no consiguió más que mover los labios sin hablar. El padre meneó la cabeza desesperado, y recordó lo que le había dicho hacía un año y medio, cuando le daba consejos a raíz de su nombramiento como funcionario: «Si te pidiera ahora que te hicieras cargo tú mismo de tus gastos, como hombre ya responsable, yo no iría más allá de lo habitual entre padres e hijos; pero no te reclamaré ni un solo millim, a fin de darte la oportunidad de economizar una cantidad de dinero, que tendrás a tu disposición cuando la necesites». Esta forma de actuar por su parte indicaba la confianza que tenía en su hijo. La verdad es que nunca había imaginado que ninguno de sus hijos se inclinase hacia cualquiera de esas pasiones ciegas que hacen derrochar el dinero, tras la educación y la formación severas que les había dado. Tampoco había imaginado que su «hijito» cayese en la borrachera y en la desvergüenza; pues el vino y las mujeres, que él veía en su propia vida como un género de diversión que no afectaba a la hombría ni molestaba a nadie, se convertirían en un crimen imperdonable si «ensuciaban» a uno de sus hijos. Por eso, el desliz del joven, que él había descubierto en el patio de la casa, le había producido tanta tranquilidad como enfado, ya que Umm Hanafí, a su juicio, no podía inspirar deseo a un joven más que si éste estaba soportando una rectitud y una castidad por encima de sus fuerzas... No dudaba de la inocencia de su hijo, aunque recordaba haber observado muchas veces su pasión por la elegancia y su cuidadosa selección de trajes, camisas y corbatas. Recordaba cómo aquello no le había satisfecho, y cómo le había amonestado de modo suave por los gastos; bien porque no considerase la elegancia como un crimen, bien porque el hecho de que su hijo buscara parecersele y repitiera una de las facetas de su conducta —lo cual no veía mal que sus hijos repitiesen— había provocado la simpatía y la indulgencia en su pecho. Pero ¿cuál era el resultado de esa indulgencia? Lo que ahora estaba claro: un gasto absurdo de dinero en objetos de lujo. El hombre se llenó de una cólera violenta y le dijo furioso:

—¡Vete de mi vista...!

Yasín abandonó la habitación con el enfado de su padre sobre sí, por ser un manirroto, y no por su desliz, como había esperado al llegar. Un tipo de gastos que no le había preocupado antes y al que se había entregado sin pensar ni reflexionar, soltando lo que tenía en el bolsillo para aprovechar a fondo su tiempo, y haciéndose el ciego a lo que llaman «el futuro», como si fuese algo inexistente para él. Y a pesar de que había abandonado la habitación preocupado, y asustado por la reprimenda de su padre, no había dejado de sentir un profundo alivio al comprender que esa reprimenda no significaba sólo su expulsión del cuarto, sino también que el señor se haría cargo de los gastos de su boda. Le pasaba lo que al niño cuyo padre, cansado por su insistencia en pedirle una piastra, se la da y lo empuja fuera, pero el niño olvida el violento empujón con la alegría de lo que ha conseguido. El padre permaneció irritado, comenzando a repetir: «¡Qué animal! Un

cuerpo alto y ancho pero sin seso». Su prodigalidad lo había enfurecido, como si él mismo no hubiese adoptado la prodigalidad como lema de vida. Pero no veía nada malo en la suya propia —ni en el resto de sus pasiones— en tanto que no lo empobrecía, ni le hacía olvidar sus deberes ni atropellaba su personalidad. Pero ¿cómo garantizar que Yasín pudiera hacerle frente...? No le prohibía lo que se permitía a sí mismo sólo por arbitrariedad y egoísmo, sino también temiendo por él, si bien este temor indicaba una confianza en sí mismo y una falta de confianza en el otro no exentas de vanidad. La cólera se le fue, como de costumbre, con la misma velocidad con que le había venido, y se le serenó el alma. Se distendieron sus facciones, y las cosas empezaron a tomar para él un aspecto nuevo, simpático y conciliador... «Quieres parecerte a tu padre, ¿eh, toro...?» En ese caso no imites sólo un aspecto para descuidar los restantes. Sé Ahmad Abd el-Gawwad por entero, si puedes, o si no, quédate en tus límites. ¿Has creído en serio que me ha enfadado tu prodigalidad, porque esperaba casarte con tu dinero? Te equivocaste... Esperaba que fueses ahorrador para casarte a mis expensas, cualquiera que fuera el montante de tu dinero. Ésa es la esperanza que se me ha frustrado. ¿Creías que no había pensado en elegirte esposa sino después de haberte sorprendido en plena fornicación? ¡Y qué fornicación...! ¡Una fornicación tan vulgar como tu gusto y el gusto de tu madre! ¡Claro que no, pedazo de mulo! Yo pienso en tu felicidad desde que te hiciste funcionario. ¿Cómo no, si tú fuiste el primero en hacerme padre...? ¡Si eres tú mi compañero en el tormento que nos ha originado tu maldita madre...! Y, además, ¿es que no tengo derecho a alegrarme por ti, especialmente cuando voy a tener que esperar largo tiempo antes de alegrarme con la boda del otro becerro de tu hermano, el cautivo del amor? ¡Vivir para ver...!

Al instante siguiente le vino a la memoria un pensamiento fuertemente enlazado con su situación actual. Recordó cómo había relatado al señor Muhammad Effat el «crimen» de Yasín, el modo en que le había regañado, y cómo le había dado un tirón que estuvo a punto de hacerlo caer de bruces; todo esto al tiempo que se ocupaba de pedirle la mano de su hija para el joven —de hecho, el acuerdo sobre este asunto estaba decidido entre los dos hombres antes de que Yasín lo supiese—. También recordó cómo le había dicho su amigo: «¿No te parece que sería mejor para ti que cambiases de comportamiento con tu hijo, conforme se acerca a la mayoría de edad, tanto más cuanto que es funcionario y se ha hecho un hombre responsable? —Y luego, riendo, continuó —: Parece que tú eres de esos padres que no cejan hasta que sus hijos se alzan contra ellos». Y recordó de qué manera le había respondido con convicción, diciendo: «Es imposible que la unión entre mis hijos y yo esté expuesta a los cambios del tiempo». Esta última respuesta había partido de él con un orgullo y una confianza sin límites. Aunque, después de darla, le había manifestado que su manera de actuar cambiaba de hecho con la evolución de las circunstancias, pero por su parte obraba de modo que nadie comprendiese esa oculta intención de cambio. Después el señor dijo: «La verdad es que ahora ya no me interesa levantar mi mano contra Yasín, ni siquiera contra Fahmi. De hecho, si le di a Yasín aquel tirón fue a impulsos de una cólera violenta, y sin poder medir su alcance». Luego se apartó del tema, volviendo a un período del pasado lejano: «Mi padre, al que Dios haya perdonado, empleó en mi educación una dureza que, a su lado, transforma en suave la que yo tengo con mis hijos; pero su comportamiento conmigo cambió tan pronto como me pidió que le ayudase en la tienda. Después transformó su manera de actuar en una amistad paternal desde el momento en que me casé con la madre de Yasín. Mi propio orgullo me llevó a oponerme a su último casamiento, en razón de su avanzada edad por un lado, y de la juventud de la novia por otro. Me dijo sin más: "Te opones a mí, ¿eh, toro...? ¿Quién te ha dado vela en este entierro? Yo soy más capaz que tú de satisfacer a cualquier mujer". No pude contener la risa y di por buena su voluntad, excusándome». Recordó todo eso y le vino a la mente el proverbio que dice «cuando crezca tu hijo, hazte su hermano», sintiendo — quizás por primera vez en su vida— lo complicada e importante que era la paternidad, como jamás lo sintiera antes. En la misma semana la madre anunció el compromiso de Yasín durante la tertulia del café. Fahmi ya lo sabía a través del propio Yasín. Jadiga, por su parte, no pudo evitar el asociar el compromiso matrimonial con lo que se sabía de antemano sobre el enfado del padre con Yasín, y pensó que ese enfado era debido al deseo que tenía este último de casarse, igual que había ocurrido antes entre el padre y Fahmi por idéntica causa. Expresó su opinión como interrogándose a sí misma, y Yasín dijo riendo, mientras echaba a la madre una mirada no exenta de vergüenza y confusión:

—Es verdad que hay una fuerte relación entre el enfado y el compromiso de matrimonio...

Entonces Jadiga dijo aparentando desaprobación, entre burla y broma:

—A papá se le puede perdonar su cólera, porque usted, señor, no es digno de hacerle los honores ante un amigo tan importante como el señor Muhammad Effat...

Yasín le siguió la burla diciendo:

—¡La situación de mi padre se va a ver apurada si el importante señor mencionado llega a saber que el novio tiene una hermana como usted!

A esto Kamal preguntó:

—¿Es que Yasín nos va a dejar como nos dejó mi hermanita Aisha?

—¡Qué va! —le dijo su madre sonriente—. Al revés: una nueva hermana se unirá a nuestra casa, la novia...

Kamal quedó satisfecho con esta respuesta que no esperaba. Satisfecho de que «su narrador», que le divertía con sus historias, sus anécdotas y su afable compañía, se quedase. No obstante volvió a preguntar por qué no se había quedado Aisha también. Su madre le contestó que la costumbre obligaba a que la novia fuese conducida a casa del novio, y no al contrario. No sabía quién había establecido la costumbre, pero ¿cómo deseaba que lo contrario fuese lo habitual, aunque fueran sacrificados Yasín y sus gracias! Sin embargo, no pudo manifestar su deseo y lo expresó con una mirada elocuente dirigida a su madre. Fahmi fue el único en quien la noticia despertó la tristeza, no porque no compartiera la alegría de Yasín sino porque la noticia de la boda era apropiada para despertar sus sentimientos y conmover su tristeza, igual que la noticia del triunfo entristece a una madre que haya perdido a su hijo... en una batalla victoriosa.

43

El coche de caballos se puso en marcha llevando a la madre, a Jadiga y a Kamal camino de el-Sukkariyya. ¿Acaso el matrimonio de Aisha era el anuncio de una nueva era de libertad? ¿Podrían, por fin, ver la luz del sol de vez en cuando y respirar aire fresco? Pero Amina no se dejó llevar por el optimismo ni se adelantó a los acontecimientos, pues quien le había prohibido visitar a su madre, salvo en rarísimas ocasiones, también era capaz de prohibirle visitar a su hija. No olvidaba que habían pasado ya muchos días, desde la boda de la chica, durante los cuales la habían visitado el padre, Yasín, Fahmi, e incluso Umm Hanafi, sin que él le permitiera visitarla, ni ella misma tuviera el valor de solicitar permiso para hacerlo. Se había guardado de recordarle que tenía una hija en el-Sukkariyya a la que debía ver, y se había mantenido en silencio, aunque la imagen de la pequeña no se apartaba de su imaginación. Sin embargo, cuando se sintió angustiada de tanto esperar, hizo acopio de voluntad y le preguntó:

—¿Ha querido Dios que mi señor haya decidido visitar pronto a Aisha, para que nos quedemos tranquilos acerca de ella?

El señor captó el deseo que se ocultaba tras la pregunta, y se enfureció contra Amina, no porque se hubiera propuesto impedirle que visitara a Aisha, sino porque quería, como solía hacer en situaciones similares, que el permiso partiera de él como un favor, sin que se lo pidieran, no fuera que ella pudiera sospechar que su petición había influido en la concesión de dicho permiso. Le disgustaba que se lo hubiera recordado con aquella pregunta capciosa, pues ya había pensado antes en ese asunto con fastidio, y le irritaba sentir que era inevitable. Por eso le gritó furioso:

—Aisha está en casa de su marido y no nos necesita a ninguno de nosotros. Además, yo la he visitado y también sus dos hermanos, ¿qué es lo que te hace preocuparte por ella?

El corazón se le hundió dentro del pecho y la boca se le secó de desesperación y angustia. Pero el señor se había propuesto guardar silencio, como si hubiera dado el asunto por terminado, para castigarla por lo que consideraba una artimaña imperdonable. Así que estuvo todo el rato sin hacerle caso, mirando a hurtadillas la tristeza que había cubierto sus facciones, hasta que llegó la hora de volver a su trabajo. Entonces le dijo seca y concisamente:

—¡Vete mañana a visitarla...!

La alegría hizo que la sangre se agolpara en el rostro de Amina, un rostro incapaz de ocultar un secreto. Mostró una alegría infantil. Pero él no tardó en volver a enfurecerse, y le gritó:

—¡Después de esto, no la verás más que cuando su marido le permita visitarnos...!

Ella no hizo ningún comentario a sus palabras, pero no olvidó una promesa que había hecho a Jadiga, al consultarle cómo iba a abordarlo; y, tras un momento de vacilación y ansiedad, Amina le dijo:

—¿Permitirá mi señor que lleve a Jadiga conmigo?

El agitó la cabeza como diciendo «¡Que sea lo que Dios quiera..., que sea lo que Dios quiera!». Luego le replicó colérico:

—¡Naturalmente..., naturalmente! ¡Ya que he aceptado casar a mi hija, será necesario que mi familia se junte con la gente de la calle...! Llévatela, y que nuestro Señor os lleve a todos vosotros.

Ella había conseguido una alegría superior a la que podía aspirar, y por eso no prestó atención a la última imprecación que había escuchado, más aún sabiendo que, cuando se enfadaba, lo mismo que cuando lo fingía, decía aquello de palabra y no de corazón. El era como la gata que, cuando traslada a sus pequeños, parece que va a devorarlos. El deseo se había hecho realidad y el coche partió con ellos en su camino hacia el-Sukkariyya. Kamal parecía el más contento de los tres, tanto por visitar a Aisha, como por salir en compañía de su madre y su hermana, y por ir montado en el coche de caballos. Era como si no pudiera ocultar su alegría o deseara anunciarla a los cuatro vientos, o quizás como si quisiera atraer las miradas hacia su persona mientras iba sentado en el coche entre su madre y su hermana. Y, tan pronto como éste se acercó a la tienda de Amm Hasaneyn, el barbero, se puso de pie súbitamente gritando: «¡Amm Hasaneyn..., mira!». El hombre lo miró y, al no encontrarlo solo, bajó la vista de prisa sonriendo. La madre, muerta de vergüenza y desconcierto, le dio un tirón de la punta de la chaqueta, por miedo a que volviera a la carga ante las tiendas siguientes, y se puso a reprenderlo por su «descabellada» acción. La casa de el-Sukkariyya apareció antigua y caduca, no envuelta en un manto de luces, como en la noche de la boda, pero su propia antigüedad mostraba, además de una construcción suntuosa y un precioso mobiliario, gran prestigio y poderío. La familia Sháwkat era una familia «vieja», aunque de la antigua gloria no le quedaba más que el nombre, especialmente después de que los herederos dilapidaran la fortuna y despreciaran los estudios. La novia se había instalado en la segunda planta, al tiempo que la viuda Sháwkat, incapaz de subir la escalera por su edad, se había bajado a la primera con su hijo mayor, Ibrahim. Quedaba una tercera planta libre, que no habían podido ocupar y se negaban a alquilar.

Cuando les hicieron pasar al piso de Aisha, Kamal se dejó llevar por la espontaneidad como si estuviera en su casa, y quiso registrarla para encontrar a su hermana por sí mismo, saboreando el placer de la sorpresa que se había imaginado mientras subía por la escalera; pero su madre no lo dejó soltarse de su mano, a pesar de su resistencia, ¡y, antes de que se diera cuenta, la criada los condujo al salón de las visitas y luego los dejó solos! Al sentir que los trataban como a «extraños» o «invitados», a Kamal se le encogió el corazón y se le partió el alma, mientras empezaba a repetir con angustia: «¿Dónde está Aisha...? ¿Por qué nos quedamos aquí?», sin escuchar otra respuesta que la palabra «chist» y una advertencia de que, si alzaba la voz, ¡no lo dejarían visitarla otra vez...! Pero su dolor cesó tan pronto como llegó Aisha, corriendo, con el rostro iluminado por una sonrisa cuyo brillo eclipsaba el resplandor de su hermoso traje y su deslumbrante maquillaje. El niño corrió hacia ella y se le colgó del cuello ¡y con él en esa postura, saludó a su madre y su hermana!

Aisha parecía plenamente feliz consigo misma, con su nueva vida y con la visita de su familia. Les habló de las visitas de su padre, de Yasín y de Fahmi, y de cómo su deseo de verlos había podido con el miedo a su padre ¡y había tenido el coraje de rogarle que les permitiera visitarla! «¡No sé cómo mi lengua me obedeció hasta el punto de poder hablarle...! —dijo—. Quizás lo que me dio valor fue su nuevo aspecto, un aspecto que no se me había ofrecido antes. Parecía cariñoso, apacible, sonriente. Sí, Dios mío, sonriente. Pero, a pesar de todo, estuve dudando un buen rato. Temía que cambiara de repente y me regañara. Luego me encomendé a Dios ¡y le hablé!». Su madre le preguntó cómo había sido su respuesta, y ella contestó: «Me dijo escuetamente: "¡Si Dios quiere!". Después prosiguió rápidamente, en un serio tono de advertencia: "Pero no creas que esto es un juego, pues todo tiene un límite". ¡Mi corazón palpité, y me puse a implorarle un buen

rato que fuera amable y accediera!». Después Aisha volvió un poco hacia atrás en su relato, describiendo su situación cuando le dijeron que el gran señor estaba en el salón de las visitas: «Corrí hacia el baño —dijo— y me lavé la cara para quitar todo rastro de maquillaje, hasta el punto que el señor Jalil me preguntó por qué hacía todo aquello, pero yo le dije: "¡Compréndeme, no puedo recibirlo con un traje de verano sin mangas!". ¡Y no me fui de allí hasta envolverme en un chal de cachemira!». Luego continuó: «Y cuando lo supo mamá... —se echó a reír—, quiero decir, la nueva mamá..., cuando el señor Jalil le contó lo que había ocurrido, se rió y me dijo: "Conozco muy bien al señor Ahmad. Él es así y más —luego, mirándome —, pero que sepas, pequeña, que ya no eres de la familia Abd el-Gawwad. Tú eres ahora una Sháwkat, así que no te preocupes por los demás..."». Su alegre aspecto y su conversación les provocaron amor y admiración. Kamal la miró fijamente como había hecho la noche de la boda, y preguntó protestando: «¿Por qué no tenías este aspecto cuando estabas en nuestra casa?». «Entonces no era una Sháwkat», le contestó de inmediato riendo. Incluso Jadiga le clavó una mirada llena de amor.

Con el matrimonio de la muchacha, ya no había motivos para las peleas que se desencadenaban entre ellas a causa del trato y, por otra parte, ya no quedaba del sentimiento de ira, que la embargó cuando permitieron que se casara antes que ella, más que una débil huella que achacó a su «suerte» y no a la muchacha. Su corazón ya no abrigaba más que amor y añoranza. ¡Cuánto la echaba de menos cada vez que sentía necesidad de un ser humano con quien comunicarse! Luego Aisha habló de su nueva casa, de la celosía que daba a la puerta de el-Mitwalli, de los alminares que se alzaban cerca de allí, de la incesante riada de peatones... Todo lo que la rodeaba le recordaba a su antigua casa y a las calles y edificios circundantes, pues sólo se diferenciaban en los nombres y en algunos detalles secundarios. «Pero, a propósito, vosotros no tenéis nada semejante a esta enorme puerta —luego, con cierta languidez—, ¡aunque el Máhmal no pasa por debajo, como me ha contado el señor Jalil!». Luego continuó hablando: «Justo debajo de la celosía hay un banco que acoge a tres personas que no lo dejan hasta caer la noche: un mendigo tullido, un vendedor de babuchas y un geomante. Éstos son mis nuevos vecinos, pero el geomante es el más feliz de todos. No preguntéis por la cantidad de mujeres y hombres que se sientan en cuclillas ante él para averiguar su suerte. Cómo me gustaría que mi celosía estuviera más baja para oír lo que les dice. Pero el espectáculo más delicioso es el de los suarés, que llegan de Darb el-Ahmar, cuando se encuentran con un coche cargado de piedras que viene de el-Guriyya. Como la entrada de la puerta es demasiado estrecha para que pasen los dos, cada conductor obra a su antojo, retando al otro a que recule para dejar el paso libre; las palabras empiezan siendo suaves de alguna manera, pero se van enardeciendo y volviéndose groseras hasta que las gargantas braman injurias e insultos; tras eso, llegan unos carros y unos carritos de mano que obstruyen el camino, sin que nadie sepa cómo restablecer el orden. Entretanto allí estoy yo, parada tras las rendijas, disimulando la risa, mientras contemplo los rostros y el espectáculo».

Cuánto se parecía el patio de la nueva casa al de la suya: la habitación del horno, la alacena, su suegra, señora del patio, y la sirvienta Suwaydán. «No tengo nada que hacer, ni recuerdo la cocina hasta que me traen la bandeja de la comida.» En ese momento Jadiga no pudo contener la risa al decir: «¡Has conseguido lo que tantas veces habías deseado!». Kamal no encontró en la conversación nada que suscitara su interés, pero sintió en su tono general algo que sugería que la que hablaba se iba a quedar allí, y preguntó lleno de inquietud:

—¿No volverás a nuestra casa?

Entonces llenó la habitación una voz que decía:

—No volverá a vuestra casa, señorito Kamal.

Era Jalil Sháwkat que entraba riendo, caminando de forma altanera con su cuerpo rechoncho envuelto en una galabiyya de seda blanca. Tenía el rostro ovalado y relleno, la tez blanca, los ojos ligeramente saltones y los labios gruesos. Su gran cabeza acababa en una frente estrecha, rematada en la parte superior por un cabello negro y espeso, con raya en medio, de un color y un peinado parecidos a los del señor. En sus ojos brillaba una mirada de bondad e indolencia, huella quizás del bienestar, el ocio y la satisfacción. Se inclinó sobre la mano de la madre para besarla, y ésta, avergonzada y apurada, la retiró de prisa, dando las gracias con un susurro. Luego saludó a Jadiga y a Kamal y se sentó como si fuera uno de ellos, según dijo después Kamal. El chiquillo aprovechó la oportunidad de que el novio estaba distraído hablando con ellos para examinar su rostro durante un buen rato, ese rostro absolutamente extraño, aparecido en el océano de su existencia para

ocupar un lugar envidiable que lo cualificaba para ser el más cercano de los parientes o, más bien, un compañero del rostro de Aisha. Siempre que éste se le pasaba por la mente, arastraba tras de sí al otro, como el blanco arrastra al negro. Lo estuvo observando largo rato, repitiendo para sus adentros sus palabras tan llenas de confianza: «No volverá a vuestra casa, señorito Kamal», y sintiendo hacia él un rechazo, una antipatía y un odio que estuvieron a punto de adueñarse de su corazón, de no haber sido porque el hombre se levantó de repente, salió y volvió con una bandeja de plata llena de dulces de diversos tipos. Y sonriendo — aunque al hacerlo abrió su boca y descubrió dos dientes montados el uno sobre el otro —, le ofreció una selección de los más apetitosos. Luego vino la viuda de Sháwkat apoyándose en el brazo de un hombre que debía de ser su hermano mayor, según dedujeron por su parecido con Jalil. La deducción quedó confirmada cuando la viuda se lo presentó diciendo: «Ibrahim, mi hijo mayor... ¿¿aún no le conocéis?!». Al observar el desconcierto de Amina y Jadiga ante los saludos, ella añadió sonriendo: «Somos como una sola familia desde hace muchísimo tiempo, pero algunos se conocen ahora por primera vez..., no os preocupéis...». Amina comprendió que la mujer la estaba animando, facilitándole las cosas, y sonrió, pero la asaltó cierta inquietud al preguntarse si le agradaría al señor que ambas se encontraran desveladas con este hombre, aunque se le considerase un nuevo miembro de la familia al igual que Jalil..., ¿le revelaría este encuentro, o evitaría mencionárselo prefiriendo la seguridad?

Ibrahim y Jalil parecían gemelos en todo menos en la edad. Frente a esta diferencia de edad, las demás diferencias entre ambos eran pequeñísimas. Lo cierto era que, de no haber sido por el cabello corto de Ibrahim y sus bigotes de puntas retorcidas, nada lo habría distinguido de Jalil. Era como si no hubiera cumplido los cuarenta años, como si su juventud y su aspecto no hubieran sido afectados por el paso del tiempo. Por eso Amina recordó lo que le había contado una vez el señor sobre el difunto Sháwkat diciendo que «con veinte años o más, parecía menor de lo que era en realidad» o que «a pesar de su bondad y su nobleza, ¡era como un animal, que no permitía nunca que sus pensamientos ahogaran su dicha!». ¿No era asombroso que Ibrahim pareciera tener treinta años, a pesar de que se había casado en plena juventud, había tenido dos hijos, y luego habían muerto éstos y su esposa? Pero había salido de su dura experiencia intacto, indemne, y luego había vuelto a vivir con su madre en la indolencia, la calma y la ociosidad, como todos los Sháwkat. Jadiga, cada vez que sentía que nadie la observaba, se entretenía mirando a hurtadillas a los dos hermanos, a los asombrosos puntos de parecido que había entre ellos: la forma ovalada y rellena del rostro, los grandes ojos saltones, la corpulencia y la indolencia. Todo ello estimulaba la ironía escondida en su interior, hasta el punto de que se reía para sus adentros y se ponía a almacenar en su memoria unas imágenes sobre las que volvería en la reunión del café. Arrastrada por su tradicional sorna, comenzó a reírse y a burlarse de él. Además, pensó con cuidado en elegir un nombre que describiera los defectos de ambos, siguiendo el modelo de los epítetos que daba a sus víctimas, o más bien, siguiendo el modelo elegido para su madre, a la que había apodado «la ametralladora», porque espurreaba la saliva al hablar. Una vez miró con disimulo a Ibrahim, y cuál no fue su susto al encontrarse con los grandes ojos de él que examinaban su rostro con interés desde debajo de sus tupidas cejas. Bajó la vista avergonzada y turbada, preguntándose, con el temor engendrado por la duda, qué habría opinado de su mirada. Luego se halló pensando inquieta en su propio aspecto y en el efecto que habría podido causar en él. ¿Se estaría burlando de su nariz como ella se había burlado de su corpulencia y su indolencia? Y las conjeturas y la angustia la invadieron...

Kamal se aburría con esta tertulia que, aunque le había permitido reunirse con Aisha, le hacía sentirse como un invitado. Aparte de los dulces ofrecidos, no se había realizado ninguno de sus deseos. Se trasladó al lado de la desposada y le hizo una seña, por la que ésta comprendió que quería quedarse a solas con ella. Entonces se levantó y, cogiéndolo de la mano, abandonaron la habitación. Ella pensó que el niño se conformaría con sentarse a su lado en la sala, pero él la arrastró de la mano hasta el dormitorio, y luego cerró la puerta tras ellos de tal forma que retumbó. Sus facciones se iluminaron y sus ojos brillaron. Estuvo un buen rato mirándola y luego examinó la habitación rincón por rincón, aspirando el aroma de los muebles nuevos mezclado con un perfume delicioso que quizás fuera un residuo del desprendido de las manos y los pechos de las personas que se perfumaban allí. Luego miró la cama mullida y los dos cojines rosa que estaban puestos uno al lado del otro sobre el cobertor, encima de las almohadas, y le preguntó: «¿Qué son?». Y ella le respondió: «Dos almohadones pequeños». Y él volvió a preguntar: «¿Los usas como almohada?». «Son sólo para adornar», dijo ella sonriendo. Y él señaló la cama preguntando: «¿Dónde duermes tú?». «En el lado de dentro», contestó sonriendo de nuevo. Y, persuadido de que «él» dormía con ella, le preguntó: «¿Y Si Jalil?». «En el de fuera», replicó ella pellizcándole la mejilla con dulzura. En ese momento observó intrigado la chaise longue y, dirigiéndose hacia ella, se sentó y la invitó a sentarse a su lado. Ella lo hizo, pero él no tardó

en evadirse tras sus recuerdos, bajando la vista para ocultar una mirada de sospecha, marcada en su alma por el fuerte ataque de su madre, la noche de la boda, cuando él le confió el secreto de lo que había visto por el agujero de la puerta. Presionado por un estímulo irresistible, le habría gustado revelar su secreto, hacerle preguntas acerca de él; pero la vergüenza emanada del sentimiento de sospecha se lo impidió, acallando este deseo a su pesar. Luego levantó hacia ella unos ojos limpios y le sonrió. Ella le sonrió a su vez e, inclinándose hacia él, lo besó, levantándose después, mientras decía con el rostro invadido por una dulce sonrisa:

—Vamos a llenar tus bolsillos de chocolatinas...

44

Entre la chiquillería congregada ante la puerta de la casa y sobre la acera de la fuente de Bayn el-Qasrayn, que alborotaba llena de júbilo, se destacó la voz de Kamal, que gritaba: «¡Ahí viene el coche de la novia!». Lo repitió tres veces, y entonces Yasín, totalmente acicalado y esplendoroso, salió del grupo que estaba detenido a la entrada del patio. Llegó a la calle y se detuvo ante la puerta, volviéndose en dirección a el-Nahhasín, donde vio el cortejo nupcial que avanzaba lentamente, con paso majestuoso. En ese momento lleno de alegría y de temor al mismo tiempo, y a pesar de los ojos que lo miraban desde dentro y fuera de la casa, desde arriba y desde abajo, se mostraba firme, sin miedo, rebosante de hombría y virilidad. Quizás lo que lo mantenía firme era su sensación de ser el centro de todas las miradas. Trataba de vencer con valentía el nerviosismo que se agitaba en su interior, por miedo a aparecer ante los espectadores en un estado que rebajara su hombría. Quizás también se daba cuenta de que su padre estaba replegado en la parte posterior del grupo que esperaba a la entrada del patio —donde se reunieron los varones de las familias de los novios— fuera del alcance de su vista. Pudo controlarse mientras contemplaba embelesado el coche adornado de rosas que le traía a su novia, mejor dicho, a la que era su esposa desde hacía más de un mes, aunque sus ojos aún no se habían posado sobre ella, o al menos pudo sentirse ayudado por la esperanza que había forjado con sus sueños, sedientos de una felicidad que sólo con lo eterno se satisface. El coche, que iba a la cabeza de una larga fila, se detuvo ante la casa, y él se preparó para el feliz recibimiento, con un deseo renovado de ver por primera vez, a través del velo de seda, el rostro de su novia. En seguida se abrió la puerta del coche y descendió una sirvienta negra, de unos cuarenta años, de fuerte complexión, tez reluciente y grandes ojos. Por sus movimientos confiados y arrogantes dedujo que se trataba de la sirvienta que habían decidido poner al servicio de la novia en la nueva casa. Aquélla se hizo a un lado, se quedó parada, tiesa como un centinela, y se dirigió a él, diciéndole con una voz que tenía el sonido metálico, mientras sonreía mostrando unos dientes resplandecientes de blancura:

—Por favor, toma a tu novia...

Yasín se acercó a la puerta del coche, inclinándose un poco hacia el interior, y vio a la novia, con su traje blanco, entre dos mujeres jóvenes, al tiempo que lo acogía un perfume delicioso y seductor, perdiéndose, deslumbrado, en aquel ambiente de belleza. Ofreció su brazo a la chica sin apenas ver nada, como cuando se mira una luz brillante. La vergüenza paralizó a la novia, que no hizo ademán de moverse. Entonces, la que estaba a su derecha tomó la iniciativa, cogiendo su mano y posándola sobre el brazo de él, mientras susurraba con acento risueño:

—Ánimo, Zaynab...

Entraron el uno al lado del otro, mientras ella, avergonzada, interponía entre ambos un gran abanico de plumas de avestruz con el que se tapaba la cabeza y el cuello, y atravesaron el patio entre las dos filas de espectadores, seguidos por las invitadas de la familia de ella que hacían alborobos, como si no les preocupase el señor Ahmad ni el que estuviera a unos pasos de ellas. De esta manera resonaron por primera vez las alborobos en aquella casa silenciosa, y en presencia de su todopoderoso señor, causando quizás en los oídos de su gente una impresión de asombro; pero era un asombro mezclado de alegría y no exento de una inocente y jovial malicia, con la que sus corazones se aliviaron de la firme y tajante prohibición que había decidido que no hubiera alborobos, ni canto ni diversión, y que la noche de bodas del hijo mayor pasara como cualquier otra noche. Amina, Jadiga y Aisha se intercambiaron miradas interrogadoras y risueñas, mientras se arremolinaban junto a la rendija de una ventana que daba al patio para ver el impacto de las alborobos en el señor. Al verlo reír, mientras hablaba con el señor Muhammad Effat, Amina murmuró: «¡Esta noche no podrá hacer otras cosa que reír, por mucho que le desagrade lo que pase!». Umm Hanafi aprovechó la oportunidad

que se le presentaba para colarse, como un tonel, entre las que hacían albórbolas, y lanzar una tan fuerte y atronadora que eclipsó a todas las demás, compensando con ella las ocasiones de alegría y contento que había perdido, a la sombra del terror, en los momentos de los esponsales de Aisha y Yasín. Se acercó a sus tres señoras lanzando albórbolas y haciéndolas partirse de risa, y luego les dijo: «¡Haced albórbolas, aunque sea por una vez en la vida... Esta noche él no sabrá quiénes las hacen!».

Yasín, después de conducir a la novia hasta la puerta del harén, volvió y se encontró con Fahmi, en cuyos labios aparecía una sonrisa que sugería apuro y compasión. Quizás esa sonrisa era el rastro que dejaba en su alma aquel bullicio jubiloso y «prohibido». Miraba a su padre a hurtadillas y luego al rostro de su hermano, riendo de una forma leve y velada, pero lo único que hizo Yasín fue decirle con cierto tono de disgusto:

—¿Qué hay de malo en que saludemos la noche de bodas con alegría y albórbolas? ¿Qué le hubiera costado acceder a invitar a una cantora o a un cantante?

Éste había sido el deseo de la familia, la cual no había encontrado otra forma de expresarlo que instigar a Yasín para que rogara al señor Muhammad Effat que intercediera a su favor ante su padre. Pero el padre se había excusado, y se negó a que la noche de bodas transcurriera de una forma que no fuera silenciosa, limitando la alegría a la magnífica cena. Yasín volvió a decir apenado:

—¡No encontraré quien me conduzca en cortejo en esta noche irrepitable! Entraré en la habitación de la novia sin ir acompañado de cantos y adufes, como si fuera un bailarín que agitara el torso sin ritmo...

Después brilló en sus ojos una sonrisa alegre y maliciosa al decir:

—¡De lo que no cabe la menor duda es de que nuestro padre no soporta a «las cantoras» más que en sus casas!

Kamal permaneció en el piso superior, que había sido dispuesto para recibir a las invitadas, durante una hora. Luego bajó al primero, que estaba preparado para recibir a los invitados, en busca de Yasín, pero lo encontró en el patio de la casa, examinando el buffet que había instalado el cocinero. Se acercó a su hermano contento y orgulloso de haber cumplido la misión que éste le había encomendado, y le dijo:

—He hecho lo que me ordenaste. Seguí a la novia hasta su habitación y la examiné cuando se retiró el velo de la cara.

Yasín se apartó a un lado con él, y le preguntó sonriendo;

—¿Eh...?, ¿y cómo es?

—Como hermanita Jadiga...

—¿En este sentido no hay que preocuparse? —comentó riendo—. ¿Te gusta como Aisha?

—Claro que no. ¡... Hermanita Aisha es mucho más guapa!

—¡Que tu casa se arruine! ¿Quieres decir que es como Jadiga?

—Oh, no, es más guapa que hermanita Jadiga.

—¿Mucho más?

Movió la cabeza pensativo, mientras el joven le preguntaba con impaciencia:

—Cuéntame, ¿qué te ha gustado de ella?

—Su nariz es pequeña como la de mamá..., y sus ojos también son como los de mamá.

—¿Y después...?

—Tiene la piel blanca, el cabello negro, y huele muy bien...

—¡Alabemos a Dios! ¡Que nuestro Señor te colme de bienes...!

Al imaginarse que el chiquillo trataba de vencer un deseo de volver a hablar, le preguntó con cierta inquietud:

—Venga, ¡di sin miedo lo que tengas que decir!

—¡La he visto sacar un pañuelo —dijo Kamal bajando la vista— y luego sonarse!

Sus labios hicieron una mueca de disgusto, como si no pudiera comprender que aquella acción se le escapara a una novia en la cima de su encanto. Y Yasín no pudo contener la risa al decir:

—Hasta aquí, ¡excelente! ¡Qué nuestro Señor haga que la descendencia sea sana! Echó una triste mirada sobre el patio, ocupado sólo por el cocinero, sus hijos y algunos niños y niñas, y se imaginó los adornos, el pabellón de música y el círculo de invitados que debían haberse encontrado allí. ¿Quién había decidido aquello...? ¡Su padre...! El hombre que rezumaba desvergüenza, carácter turbulento y voluptuosidad por todos sus poros... Yasín se asombraba ante un hombre que se permitía a sí mismo la diversión «prohibida» y prohibía en su casa la diversión permitida. Y empezó a imaginarse la juerga del señor, tal como la había visto en la habitación de Zubayda, entre la copa y el laúd y, sin darse cuenta, se le vino a la mente una idea extraña que no se le había ocurrido antes, a pesar de la enorme claridad con que la veía: ¡El parecido entre la naturaleza de su padre y la de su madre! Era una naturaleza única en su lascivia y en su forma de correr tras el placer con un desenfreno que despreciaba las tradiciones. ¡Quizás, si su madre hubiera sido un hombre, no habría sido menos aficionada a la bebida y a la música que su padre! Por eso se había cortado rápidamente la relación entre ambos —su padre y su madre —, pues alguien como él no podía soportar a alguien como ella, ni viceversa. Es más, ¡él no hubiera tenido una vida conyugal estable si no hubiera tropezado con su actual esposa! Luego, soltando una risa que no tenía ni un ápice de alegría por el espanto que sentía ante esa «idea extraña»: «¡Ahora ya sé quién soy. No soy más que el hijo de estos dos seres lascivos y no podría ser distinto de lo que soy!».

Al instante siguiente se preguntó si no se había equivocado al no invitar a su madre a la boda. Y se lo preguntó a pesar de que seguía creyendo que había obrado correctamente. Quizás su padre había tratado de aliviar su conciencia cuando le había dicho varias noches antes de la noche de bodas: «Creo que debes informar a tu madre y, si quieres, puedes invitarla a asistir a tu boda». Lo había dicho, según creía, de palabra, no de corazón, pues no podía imaginarse que a su padre le gustara que él fuera a donde residía aquel hombre despreciable, al que su madre había tomado por esposo después de muchos matrimonios, y que le diera en su presencia una prueba de afecto invitándola a su boda. ¡Ni la boda ni cualquier felicidad de este mundo podrían llevarlo nunca a unir lo que se había cortado entre él y aquella mujer..., aquella desgracia..., aquel recuerdo ultrajante! Lo único que hizo entonces fue contestar a su padre diciendo: «¡Si yo hubiera tenido madre realmente, ella habría sido la primera invitada a mi boda!». De repente, prestó atención a los niños y niñas que lo miraban embelesados, murmurando entre sí, y observó a las niñas mientras les preguntaba con una voz sonora y risueña: «¿Es que ya estáis soñando con el matrimonio, chiquillas?». Luego se dirigió a la puerta del harén, recordando las irónicas palabras que Jadiga le había dirigido el día anterior: «¡Cuidado con mostrarte tímido mañana entre los invitados, no vaya a ser que sepan la amarga verdad, es decir, que es tu padre el que te ha casado, y el que ha pagado tu dote y todos los gastos de tu noche! ¡Tienes que moverte sin parar, tienes que pasearte entre las habitaciones de los invitados, riéndote con éste, hablando con aquél. Sube y baja, examina la cocina, da voces, grita, quizás así hagas pensar a la gente que tú eres realmente el hombre y el señor de la noche!». Siguió su camino riendo, con la intención de obedecer tan irónico consejo, y se pavoneó entre los invitados con su cuerpo alto y corpulento, de extraordinaria elegancia, seductora belleza y juventud en plena sazón. Fue y vino, bajó y subió, y aunque no hizo nada, el movimiento arrancó de su alma los pensamientos desagradables, entregándose a los encantos de aquella noche. Y cuando la novia se le vino a la cabeza, un escalofrío bestial circuló por su cuerpo. Luego recordó la última noche que había pasado junto a Zannuba, la tañedora de laúd, hacía un mes, cómo le había informado de su inmediato matrimonio al despedirse de ella, y cómo ésta le había gritado en un falso tono de cólera: «¡Hijo de perra..., me has ocultado

la noticia hasta haber conseguido tu objetivo...! "La barca que te lleva es mejor que la que te trae..." Vete con viento fresco, bastardo». En su alma ya no quedaba huella ni de Zannuba ni de ninguna otra. Había corrido para siempre una cortina sobre ese lado de su vida. Quizás volvería a beber, pues no creía que su deseo de hacerlo hubiera muerto, pero en cuanto a las mujeres, no se imaginaba desviando sus ojos hacia una mujer pasajera, cuando tenía delante una belleza a su entera disposición. Su novia era un placer renovado, agua fresca para la sed salvaje que tan a menudo agitaba su ser. Luego empezó a imaginarse su vida futura: esa noche, las noches siguientes, un mes, un año, y toda la vida, iluminándose su rostro con una elocuente alegría, que Fahmi observó con la mirada llena de curiosidad, serena envidia y no poca tristeza. Entonces llegó Kamal, que aparecía en cualquier lugar por sorpresa, y se dirigió a Yasín con el rostro resplandeciendo de contento mientras le decía:

—El cocinero me ha dicho que hay más dulces de los que necesitan los invitados e invitadas, y que sobrará una buena cantidad...

45

La sesión del café contó con un nuevo rostro al ingresar en ella Zaynab, un rostro que irradiaba el esplendor de la juventud y la alegría del matrimonio. Aparte de esto y de que las tres habitaciones contiguas a la de los padres en el piso superior se amueblaron con el ajuar de la novia, el matrimonio de Yasín no causó un cambio digno de mención en la organización general de la casa, tanto desde el punto de vista de la política, que siguió sometida en todo el sentido de la palabra al poder y la voluntad del señor, como del de la administración interna, que continuó siendo una unidad dependiente del control de la madre, como antes de la boda. El cambio realmente sustancial fue el que se produjo en los espíritus y en las ideas, y el hecho de constatarlo supuso una conmoción general. No era fácil que Zaynab ocupara la posición de la esposa del hijo primogénito y que ambos vivieran con el resto de los miembros de la familia bajo el mismo techo, sin que se produjera una importante evolución en los afectos y los sentimientos. La madre observaba, con una mirada en la que se mezclaban la esperanza y la aprensión, a esa joven con la que se había decidido que tendría que convivir durante una larga etapa, etapa que quizás se prolongaría hasta el final de sus días. ¿Qué clase de persona era...? ¿Qué ocultaba tras su amable sonrisa...? En resumidas cuentas, la recibió como recibe el dueño de la casa a un nuevo habitante, pues pone en éste su esperanza y a la vez se previene contra él.

En cuando a Jadiga, a pesar de los cumplidos que ambas se intercambiaban, empezó a examinarla con unos ojos penetrantes, creados para la ironía y para pensar mal, buscando los defectos y los fallos con una rabiosa avidez, lo cual no encontró en el hecho de que aquélla ingresara en la casa y hubiera logrado casarse con su hermano más que un oculto pesar. Cuando la joven se quedó en sus habitaciones en los primeros días de matrimonio, Jadiga preguntó a su madre mientras estaban en la habitación del horno: «¿Es que el horno es un lugar inadecuado para "ella"?». Y aunque la madre encontró en ese ataque un alivio para sus propias ideas confusas, salió en defensa de la joven diciendo: «Ten paciencia, ¡todavía es una novia en el comienzo de su nueva vida!». «¿Y quién ha decidido que tengamos que ser las criadas de las novias?», replicó en un tono que indicaba desaprobación. La madre le preguntó, como si se hiciera la pregunta a sí misma: «¿Prefieres que tenga su propia cocina?». «Si el dinero fuera de su padre, y no del mío, eso sería posible —exclamó Jadiga oponiéndose—. Lo que yo quiero decir es que debe trabajar con nosotras.» Pero unas semanas después del matrimonio, cuando Zaynab decidió asumir algunas tareas en la habitación del horno, el corazón de Jadiga no acogió con agrado ese gesto de cooperación, y empezó a observar el trabajo de la novia con meticulosidad crítica, mientras decía a su madre: «No ha venido para ayudarte, sino para ejercer el derecho que quizás pretende arrogarse»; o decía irónica: «Cuántas veces hemos oído decir de la familia Effat que pertenecen a la flor y nata, y que comen cosas que no comen los demás..., ¿encuentras en su forma de cocinar algo maravilloso de lo que no hayamos oído hablar?». No obstante, Zaynab se propuso un día hacer «circasiana», que consideraba como el plato preferido en la mesa de su padre. Era la primera vez que se servía «circasiana» en la del señor y, cuando la probaron, logró tal admiración de todos, y muy especialmente de Yasín, que la propia madre no pudo librarse de la comezón de los celos. Pero Jadiga se puso frenética y comenzó a burlarse del plato replicando: «Dijeron: "circasiana", y nos dijimos: "Todos los días se aprende algo..." Pero ¿qué hemos visto...? Arroz y salsa en forma de albóndiga, sin ningún sabor..., ¡es como la novia conducida en cortejo hasta el novio con un vestido fascinante y brillantes alhajas, pero que, cuando se quita el traje de novia, resulta una chica corriente, hecha de la misma mezcla ya conocida, es decir, de carne, huesos y sangre!». Después, cuando apenas habían pasado dos semanas de la boda, había dicho al oído de su madre, de

Fahmi y de Kamal, que la novia, aunque tenía la tez blanca y estaba dotada de una «moderada» belleza, tenía la sangre tan pesada como la «circasiana» ¡y, al mismo tiempo que decía esto, se dedicaba a aprender de memoria la receta de la «circasiana» con su reconocida habilidad para ello!

Sin embargo, había ciertos hechos que Zaynab contaba con buena intención —al menos porque el tiempo de la mala intención aún no había llegado— que pusieron los pensamientos en ebullición y arrojaron sobre ella una sombra de sospecha. Siempre que se le presentaba la ocasión, le gustaba exaltar su origen turco, aunque manteniendo la educación y la cortesía; también le gustaba contarles algunas de las salidas que había realizado, en el coche de caballos de su padre y en su compañía, a determinados parques y lugares inocentes de diversión. Todos estos hechos causaban en el alma de la madre una impresión que la dejaba atónita, hasta el punto de turbarla. Se quedaba asombrada ante aquella vida de la que oía hablar por primera vez y que desaprobaba; así como rechazaba en lo más íntimo de su ser y de una forma desmedida aquella extraña libertad. Además, la arrogancia de Zaynab por su origen turco, aunque suavizada por la educación y la cortesía, le fastidiaba mucho, porque, a pesar de su humildad y retraimiento, estaba muy orgullosa de su padre y de su marido, y sentía que gracias a ellos ocupaba una posición inigualable. Sin embargo, ocultaba esos sentimientos, y Zaynab no recibía de ella más que un atento interés y una sonrisa de cumplido. Si no hubiera sido por el enorme deseo de mantener la paz que tenía la madre, Jadiga habría estallado furiosa, y las consecuencias habrían sido nefastas. Pero ésta desahogaba su cólera por caminos sinuosos, incapaces de enturbiar la dicha de la paz, como era, por ejemplo, haciendo comentarios a las noticias de esas salidas —ya que no podía expresar abiertamente su opinión sobre ellas— con exageradas manifestaciones de asombro, exclamando: «¡Qué noticia!», mientras miraba fijamente el rostro de su interlocutora, dándose golpes de pecho con la mano al decir: «¡Y te veían los que pasaban mientras paseabas por el parque!», o diciendo: «¡Señor, no podía imaginarme que eso fuera posible!» y otras expresiones parecidas. Y aunque éstas no eran ofensivas literalmente, encerraban un doble sentido en su tono enfático y teatral, similar al tono reprobatorio que adoptaba el padre, cuando recitaba el Corán mientras rezaba, al percibir que su hijo, no lejos de él, violaba la disciplina o los buenos modales, y no poder regañarle abiertamente a menos que se saliera de la oración. Por esto, apenas se quedaba a solas con Yasín, le soltaba, desahogando su cólera, de la que a él le era difícil escapar: «¡Caramba, caramba, con tu novia "excursionista"!». Y él le decía riendo: «¡Esa es la moda turca; tú eres incapaz de comprenderla!». El adjetivo «turca» le recordaba ese orgullo que le resultaba insoportable, y le replicaba: «A propósito, la señora de la casa se ufana mucho de su origen turco, ¿por qué...? ¡Porque su tata-tata-tatarabuelo era turco! ¡Cuidado, hermano, porque todas las turcas acaban locas!». Pero él le contestaba, siguiendo el tono irónico de ella: «¡La locura es mejor que un rostro, cuya nariz puede volver loco a alguien que tenga buen gusto!». Cuando vieron que la temida disputa entre Jadiga y Zaynab se cernía en el horizonte familiar, Fahmi le advirtió que controlara su lengua, no fuera que le llegara a la chica alguno de sus chismes, ¡y también hizo un discreto gesto de advertencia a Kamal, que se dedicaba a ir y venir entre ellos y la novia, como una mariposa llevando el polen de flor en flor! Pero ni él ni nadie de su familia sabían que el destino trabajaba a su favor para separar a las dos muchachas, pues la viuda de Sháwkat y Aisha hicieron una visita a la casa que acabó de una forma con la que ninguno había soñado antes. La anciana dijo, dirigiéndose a la madre en presencia de Jadiga:

—Amina hánem, hoy he venido a verte especialmente para pedir la mano de Jadiga para mi hijo Ibrahim.

Fue una alegría imprevista, pues, de tanto esperarla, ya la habían desechado. Por eso la voz de la mujer sonó en los oídos de la madre como una hermosa melodía, hasta el punto que no recordaba haber escuchado antes unas palabras que humedecieran su pecho con el rocío de la tranquilidad y la paz como lo habían hecho éstas. Y casi fuera de sí por la alegría, dijo con voz trémula:

—Jadiga no es más mía que tuya; es tu hija y seguro que encontrará bajo tu protección una felicidad doble de la que ha encontrado en la casa de su padre...

La feliz conversación siguió su curso, pero Jadiga comenzó a aislarse de ella, invadida por una especie de estupor. Bajó los ojos avergonzada y turbada. El espíritu irónico que tan a menudo brillaba en sus pupilas la había abandonado. La embargaba una dulzura desacostumbrada y se dejó llevar por la corriente de sus pensamientos. La petición había llegado por sorpresa, y ¡qué sorpresa! De la misma manera que parecía difícil cuando no se había producido, parecía increíble ahora que ocurría, hasta el punto de que su alegría había quedado cubierta por una densa ola de estupor. «Para pedir la mano de Jadiga para mi hijo Ibrahim...» ¿Qué le

había sucedido a él...? A pesar de aquella indolencia suya, que había suscitado su burla, era un hombre guapo y distinguido..., ¿qué le había ocurrido?

—Es una suerte reunir a las dos hermanas en una misma casa.

La voz de la viuda de Sháwkat venía a confirmar la realidad, a dar validez a sus distintos aspectos. No había duda... Ibrahim tenía tanto dinero y prestigio como Jalil. ¡Qué suerte le había reservado el destino! ¡Cuánto la había entristecido que Aisha se casara antes que ella, sin saber que ese matrimonio era el que estaba destinado a abrirle las puertas cerradas de la suerte!

—¡Qué hermoso que la cuñada sea la hermana, pues así desaparece una de las causas esenciales de los quebraderos de cabeza de las familias —dijo luego, riendo—, sólo queda su suegra, y creo que eso lo tendrá fácil!

—Si su cuñada es su hermana, su suegra será indefectiblemente su madre...

Las dos madres no dejaban de hacerse cumplidos. ¡Jadiga amaba tanto a la anciana que le traía la buena noticia, como la había odiado el día que había pedido la mano de Aisha! Era necesario que Maryam supiera la noticia ese día... No soportaba retrasarla hasta el siguiente. No sabía qué era lo que le provocaba ese acuciante deseo. Quizás fuera lo que le había dicho Maryam la mañana siguiente a la petición de Aisha: «¡Qué les hubiera importado esperar a que tú te casaras!». Su tendencia innata a ser mal pensada la había incitado entonces a sospechar de la inocente apariencia de estas palabras.

Cuando la familia Sháwkat se marchó, dijo Yasín con el propósito de provocarla y burlarse de ella:

—Lo cierto es que desde que vi a Ibrahim Sháwkat me dije: «¡Qué propio sería de este toro, que no parece distinguir entre el blanco y el negro, que un día hiciera recaer su elección sobre una esposa como Jadiga!».

Jadiga esbozó una ligera sonrisa, sin decir palabra. Entonces él exclamó asombrado:

—¿Es que por fin has conocido lo que son las buenas formas y el pudor?

Sin embargo, mientras se metía con ella, su rostro expresaba satisfacción y felicidad. Y la dicha de todos ellos sólo se turbó cuando Kamal preguntó inquieto:

—¿Jadiga también nos dejará?

—El-Sukkariyya no está lejos... —dijo la madre consolándolo y consolándose a sí misma.

Pero Kamal no pudo mostrar con completa libertad lo que sentía hasta que se quedó a solas con su madre por la noche. Se sentó con las piernas cruzadas frente a ella en el sofá, y le preguntó con una voz que revelaba protesta y reproche:

—¿En qué estás pensando, mamá? ¿Es que vas a abandonar a Jadiga como abandonaste a Aisha?

Ella le hizo comprender que no las abandonaba, sino que se alegraba de lo que les hacía felices.

Pero él le advirtió, como si la hiciera reparar en algo que se le había escapado y que estaba a punto de escapársele de nuevo:

—Ella también se irá. Quizás creías que iba a volver, como lo creíste con Aisha, pero no va a volver. Te visitará, si es que te visita, como si fuera una invitada y, tan pronto como se tome el café, te dirá «adiós». Lo digo con franqueza: ella no volverá...

Luego, avisándola y amonestándola al mismo tiempo:

—Te encontrarás sola, sin compañía. ¿Quién te va a ayudar a barrer y a limpiar el polvo...? ¿Quién te va a ayudar en la habitación del horno? ¿Quién va a sentarse con nosotros en la reunión del atardecer...? ¿Quién va a hacernos reír...? No encontrarás más que a Umm Hanafí, que tendrá el campo libre para robar toda nuestra comida...

Ella le hizo comprender de nuevo que la felicidad tenía un precio, pero él protestó:

—¿Y quién te ha dicho que en el matrimonio hay felicidad? Te aseguro que no hay absolutamente ninguna felicidad en el matrimonio. ¿Cómo se puede ser feliz lejos de mamá?

Y prosiguió entusiasmado:

—Además, ella no quiere casarse, como antes no lo quería Aisha... ¡Una noche, en la cama de ambas, me lo dijo claramente...!

Cuando le contestó que una chica no tenía más remedio que casarse, él no pudo evitar decir:

—¿Quién ha dicho que una chica no tiene más remedio que irse a casas de gente extraña? Además, ¿qué vas a hacer si también él la hace sentar en una chaise longue, la coge por la barbilla y...?

Al decir eso, le regañó y le ordenó que no hablara de lo que no le concernía. Y él golpeó sus manos, la una contra la otra, diciéndole con acento admonitorio:

—Eres libre..., ¡ya verás!

Amina, desvelada por la alegría, no pegó ojo esa noche, como si hubiera un cielo bañado de luz de luna al que no envolvieran las sombras. Se quedó despierta hasta que llegó el señor, pasada la medianoche. Entonces le dio la buena noticia y él la acogió con una felicidad que le quitó la resaca de la cabeza, a pesar de las extrañas teorías acerca del matrimonio de las hijas que albergaba su mente. Pero en seguida se ensombreció al preguntar:

—¿Es que se ha permitido que Ibrahim la vea?

Amina se preguntó si la alegría de él, que tan raras veces manifestaba, no podía durar más de medio minuto, y murmuró inquieta:

—Su madre...

Pero la interrumpió furioso, repitiendo:

—¿Es que se ha permitido que Ibrahim la vea?

Y ella, que había perdido la alegría por primera vez en aquella noche, dijo:

—Una vez entró a vernos en el piso de Aisha, porque se consideraba un miembro de la familia, y no le di ninguna importancia.

—Pero no se me ha informado de ello... —inquirió vociferando.

Todo presagiaba lo peor. ¿Es que iba a asestar el golpe de gracia al futuro de su hija? Aun a su pesar, los ojos se le inundaron de lágrimas y, antes de darse cuenta, dijo despreciando su negra cólera:

—Señor, la vida de Jadiga está en tus manos, ¡y qué difícil es que la suerte le sonría dos veces!

Él le lanzó una mirada despiadada y comenzó a bramar refunfuñando, diciendo palabras incomprensibles y gruñendo. Era como si la cólera le hubiera hecho volver a esa etapa en la que el ser humano se expresa

mediante ruidos, y por la que ya habían pasado sus primitivos ancestros. Pero no añadió nada a eso. Quizás se había propuesto desde el principio dar su aprobación, pero no quería admitirlo antes de dejar constancia de su indignación, como el político que ataca a su adversario para defender sus principios, aunque esté de acuerdo con él en la meta que persigue.

46

Yasín pasó la luna de miel totalmente dedicado a su nueva vida conyugal, sin que de día lo alejara de ella ningún trabajo —ya que su boda había caído en mitad de las vacaciones estivales— ni de noche pasara la velada fuera de casa, pues no salía más que en casos de extrema necesidad, como, por ejemplo, comprar una botella de coñac. Salvo esto, para él no existía acción, pensamiento o cualidad fuera del marco de la vida conyugal, volcándose en ella con una fuerza, un entusiasmo y un optimismo dignos de un hombre que cree estar dando los primeros pasos de un magnífico programa de disfrute carnal que se prolongaría día tras día, mes tras mes y año tras año. Pero en el último tercio del mes se dio cuenta de que, sin duda, se había excedido de alguna manera en su optimismo o que algún mal de naturaleza desconocida se había abatido de repente sobre su existencia. Padecía, con enorme perplejidad y por primera vez en su vida, esa enfermedad endémica en el hombre: el tedio. No lo había conocido antes ni con Zannuba ni siquiera con la vendedora de palmitos, porque no era dueño ni de la una ni de la otra como ahora lo era de Zaynab, a la que tenía bajo el techo de su casa. ¡Y qué languidez exhalaba esa «propiedad» segura y confiada, esa propiedad de apariencia atractiva y seductora hasta la muerte, pero tan seria y pesada por dentro que producía indiferencia o asco, como si se tratara de esa falsa chocolatina que se regala el día primero de abril, que está cubierta de dulce y rellena de ajo! ¡Qué tragedia ver que el éxtasis del corazón y del cuerpo se lo tragaba la máquina de la costumbre organizada, racional, fría, reiterada, que mata los sentimientos y la novedad, como si fuera una imagen mental habitual encarnada en una oración dicha con la boca y repetida por la memoria de forma automática!

El joven empezó a preguntarse: ¿qué le había sucedido a su ardor?, ¿qué había conducido a sus demonios por buen camino?; y esa saturación, ¿de dónde había venido?; y aquella fascinación, ¿adonde se había ido?, ¿dónde estaba Yasín y dónde Zaynab?, ¿dónde los sueños?, ¿era cosa del matrimonio o cosa suya?; ¿y cómo sería cuando pasaran los meses uno tras otro? No se trataba de que ya no la deseara, sino de que su deseo ya no era como el que siente quien ayuna hacia una comida deliciosa. Le horrorizaba ver que este deseo suyo se apaciguaba, cuando esperaba que floreciera, y redoblaba su perplejidad el hecho de que la joven no mostrara ningún síntoma de reacción o, mejor dicho, que estuviera más vital y deseosa, pues, cuando él pensaba que se debía dormir tras el largo esfuerzo, notaba de repente que la pierna de ella se posaba sobre la suya, como si lo hiciera por casualidad, hasta llegar a decirse: «¡Es asombroso..., mis sueños sobre el matrimonio se han realizado en ella!». Además de todo eso, encontraba en sus abrazos una especie de timidez que, aunque al principio le gustaba, al final lo hizo flotar en los ríos de los recuerdos a los que creía haber dicho adiós para siempre. Zannuba y las otras se desbordaron en su cabeza desde las profundidades, como hacen los objetos que han quedado en el mar, cuando se calma la tempestad. Eso no ocurría por una premeditada maldad, pues lo cierto era que él se había precipitado hacia el nido conyugal con el corazón rebosante de buenas intenciones, sino luego al sopesar y comparar, al reflexionar y llegar finalmente a la conclusión de que «la novia» no era la llave mágica del mundo de la mujer. No sabía cómo ser verdaderamente fiel a las buenas intenciones con las que había alfombrado el camino del matrimonio. Un lado, al menos, de sus ingenuos sueños parecía difícil de realizar; su creencia de que, en el regazo de su esposa, podría prescindir del mundo exterior, de que podría permanecer bajo sus alas durante el resto de su existencia. De ahora en adelante sentiría que la renuncia a su mundo y a sus costumbres le sería penosa, pues no había una necesidad que lo incitara a ello, y que tendría que buscar, momento tras momento, un medio u otro para lograr huir de sí mismo, de sus pensamientos y de su fracaso. Hasta un excelente cantante, si alarga los preludios de los layatı, provoca en el ánimo del auditorio el deseo de entrar en la copla. Además, al salir de su prisión tenía la oportunidad de mezclarse con los amigos casados, y quizás obtener de ellos una respuesta tranquilizadora a las confusas preguntas que lo acosaban. Tras aquello no encontraría la panacea para todos los males... ¿Cómo creer en lo sucesivo que ésta existiera? A partir de este momento, mejor sería no trazar ningún plan de largo alcance, que no tardaría en desmoronarse, burlándose de su capacidad de imaginación. Tenía que conformarse con planificar su vida, paso a paso, hasta ver dónde anclaba. Tenía que empezar por poner en práctica la sugerencia que ella, su esposa, le había hecho; que salieran los dos juntos.

Cierto atardecer la familia se dio cuenta de repente de que Yasín y su esposa habían salido de casa sin revelar a nadie adonde se dirigían, a pesar de que ambos habían pasado la velada con ellos. Teniendo en cuenta, por un lado, lo tarde que era y, por otro, que ocurría en la casa del señor, la salida pareció un acontecimiento extraño, que provocó variadas conjeturas. Pero Jadiga no tardó en llamar a Nur, la sirvienta de la novia, y preguntarle qué sabía de la salida de su señora. Y la criada respondió con su voz vibrante y con total espontaneidad:

—Han ido a Kishkish Bey, señora.

—¡Kishkish Bey! —exclamaron al unísono Jadiga y su madre.

El nombre no les resultaba extraño. Su mención invadió el escenario, ya que todos, sin excepción, cantaban sus canciones. No obstante, parecía lejano como los héroes de las leyendas o como el Zepelín, el diablo del cielo. Sin embargo, el hecho de que Yasín fuera allí con su esposa, era un asunto muy diferente, aún peor que si se hubiera dicho: han ido al Juzgado de lo criminal. La madre paseó la mirada entre Jadiga y Fahmi, preguntando como asustada:

—¿Cuándo volverán?

—Después de medianoche o quizás poco antes del alba —le respondió Fahmi con una sonrisa carente de sentido en los labios.

La madre despachó a la sirvienta y esperó hasta que desapareció el ruido de sus pisadas, diciendo luego con precipitación y nerviosismo:

—¿Qué le ha pasado a Yasín...? Ha estado sentado entre nosotros totalmente normal... ¿Es que ya no tiene en cuenta a su padre?

—Yasín es demasiado juicioso como para organizar una salida como ésa —dijo Jadiga furiosa—. La falta de juicio no es su defecto. Tiene, más bien, una docilidad indigna de los hombres. Me cortaría el brazo si no fue ella la que lo incitó...

—Hace tiempo que Yasín siente inclinación por las salas de espectáculos —terció Fahmi empujado por el deseo de apaciguar la tensión ambiental, aunque, por su carácter heredado, desaprobaba la osadía de su hermano.

Su defensa exacerbó la irritación de Jadiga, que se puso a decir:

—No estamos hablando de Yasín y de sus inclinaciones. Puede amar las salas de espectáculos cuanto le plazca o continuar pasando las veladas fuera hasta que amanezca siempre que quiera, pero el hacerse acompañar por su casta esposa es una idea que no puede haber salido de él, es una idea que quizás le haya llegado a través de una sugerencia que ha sido incapaz de resistir, especialmente porque ante Zaynab parece tan sumiso como una gata doméstica. Además, según veo, ella no titubea ante un deseo como éste. ¿Es que no has oído contar las historias de las salidas que ha hecho en compañía de su padre? Si ella no se lo hubiera sugerido, él no la habría llevado consigo a Kishkish Bey, ¡qué escándalo!, en estos negros días en que los hombres se esconden en las casas como ratones por miedo a los australianos...

Los comentarios sobre el incidente no tenían límites, por la alteración que había provocado en los espíritus, ya fueran defensores, atacantes o neutrales. Sólo Kamal siguió la apasionada discusión en un silencio atento, sin comprender el secreto que convertía la visita a Kishkish Bey en un crimen abominable que había hecho necesaria toda aquella discusión y toda aquella consternación. ¿No era éste el Kishkish Bey de la estatuilla que se vendía en los zocos, con un cuerpo grotesco, un rostro risueño, una gran barba, una yubba holgada y un turbante en espiral? ¿No era a él a quien se le atribuían esas alegres canciones, alguna de las cuales se sabía de memoria y cantaba con su amigo Fuad, el hijo del empleado de su padre, Gamil el-Hamzawi? ¿De qué mal se acusaba a ese simpático personaje que se asociaba en su imaginación al buen humor y a la alegría? Quizás esa preocupación general se debía a que Yasín había ido acompañado de su mujer, y no al propio Kishkish Bey. Si

eso era así, Kamal compartía con ellos el fastidio por la osadía de Yasín, especialmente porque la visita de su madre a el-Huseyn y los incidentes que la siguieron no podían írsele de la imaginación. Sí, habría sido más apropiado que Yasín hubiera ido solo o que lo hubiera llevado a «él», si quería compañía, sobre todo porque estaba en plenas vacaciones de verano y, además, había sacado muy buenas notas en la escuela. Influidos por sus pensamientos, se encontró diciendo de repente:

—¿No habría sido preferible que me hubiera llevado a mí?

Su pregunta se infiltró en la conversación como lo haría un extraño sonido importado en una auténtica melodía oriental.

—¡De ahora en adelante deberemos excusarte por tu debilidad mental...! —dijo Jadiga.

Y Fahmi dejó escapar una carcajada mientras decía:

—«El hijo del ganso es un diestro nadador...».

Pero el refrán sonó discordante en sus oídos, y ese mal efecto lo corroboraron las miradas de extrañeza que su madre y Jadiga le dirigieron a los ojos. Se dio cuenta de su error no intencionado y, lleno de agitación y vergüenza, rectificó:

—«¡El hermano del ganso es un diestro nadador...!» Eso es lo que he querido decir...

El conjunto de la conversación puso en evidencia los prejuicios de Jadiga contra Zaynab, por un lado, y el miedo de la madre a las consecuencias, por el otro. Sin embargo, Amina no expresó todo lo que había en el fondo de su corazón. Aquella noche descubrió en su alma cosas que no había descubierto antes. Es cierto que muchas veces había sentido rechazo e irritación hacia Zaynab, pero sin llegar al grado de la aversión o el rencor, y lo había atribuido al orgullo de la chica, con razón o sin ella. Pero hoy la había horrorizado que violara las normas y las tradiciones, que se hubiera permitido a sí misma lo que, en su opinión, sólo les estaba permitido a los hombres. Reprobaba aquella conducta con los ojos de una mujer que había pasado la vida prisionera tras los muros, una mujer que había pagado con su salud y su integridad el precio de una inocente visita a la figura más brillante de la familia del Profeta, no a Kishkish Bey. Su silenciosa crítica se mezclaba con un sentimiento rebosante de amargura y cólera. Era como si su lógica le estuviera repitiendo por dentro: «O la otra recibe su sanción, o la vida no merece la pena». De esta manera, al primer mes de convivencia con una nueva mujer, se había manchado de odio y resentimiento ese corazón puro y piadoso que no había conocido a lo largo de su vida —rodeada de seriedad, rigor y fatigas— más que la obediencia, el perdón y la pureza. Y cuando se retiró a su habitación, no sabía si quería que Dios corriera un velo sobre el «crimen» de Yasín, como había rogado de palabra ante sus hijos, o si deseaba que él, o mejor dicho, ella, su esposa, recibiera la correspondiente reprimenda y corrección. Aquella noche parecía que lo único que le importaba en el mundo era preservar las tradiciones familiares de toda profanación, y defenderlas de todas las agresiones que las amenazaban. Estaba tan celosa por mantener las normas que se había endurecido, enterrando sus conocidos sentimientos delicados en lo más profundo de su ser, en nombre de la sinceridad, la virtud y la religión, y escudándose en ellas para huir de su dolorida conciencia, como hace el sueño al liberar los instintos reprimidos en nombre de la libertad y otros principios elevados.

Cuando el señor llegó, ella estaba plenamente decidida; pero, al verlo, le entró el miedo y su lengua se le trabó. Empezó a seguir su conversación y a contestar sus preguntas con la mente ausente y el corazón palpitante, sin saber cómo librarse de lo que le hullía en la cabeza. A medida que pasaba el tiempo y se acercaba la hora de dormir, le iba acuciando un nervioso deseo de hablar. ¡Cuánto le hubiera gustado que la verdad se revelara por sí misma; que, por ejemplo, llegaran Yasín y su esposa antes de que su padre se quedara dormido, y que el propio señor se diera cuenta de su horrible acción y lanzara a la cara de la frívola desposada su opinión sobre esa conducta, sin que ella, la madre, interviniera! Sin duda, eso la entristecería en la misma medida que la tranquilizaría. Esperó un largo rato, ansiosa e inquieta, a que llamaran al portón. Esperó minuto tras minuto hasta que el señor bostezó y, con voz fatigada, le dijo:

—Apaga la lámpara...

La derrota se apoderó de ella. El nudo de la lengua se desató, y dijo con voz inaudible, nerviosa, como hablando consigo misma:

—¡Ya es tarde y aún no han vuelto Yasín y su esposa!

El señor fijó los ojos desorbitados en su rostro y preguntó atónito:

—¿Y su esposa? ¿A dónde han ido?

La mujer, dominada a la vez por el miedo hacia el señor y hacia sí misma, tragó saliva, pero no tuvo más remedio que responder:

—¡He oído decir a la criada que fueron a Kishkish Bey!

—¡Kishkish!

La voz sonó fuerte, desagradable, mientras los ojos inflamados por el alcohol echaban chispas. Empezó a lanzarle pregunta tras pregunta, vociferando y rezongando, hasta que el sueño voló de su cabeza. No quiso dejar su asiento hasta que volvieran «las dos ovejas descarriadas», y se quedó a esperarlos hirviendo de ira. Y, puesto que su cólera se reflejaba en ella en forma de terror, le entró el pánico, como si fuera ella la pecadora. Luego sintió remordimientos por la frase que se le había escapado, remordimientos que le habían ganado la mano, asaltándola nada más confesar su secreto, como si lo hubiera hecho sólo para arrepentirse. En aquel momento no habría escatimado nada, por caro que costara, para poder reparar su error, y arremetió de forma despiadada y sin reservas contra sí misma, acusándose del incidente y del perjuicio causado. Si realmente hubiera deseado corregirlos, y no vengarse, ¿no habría sido más digno por su parte encubrirlos, a condición de llamarles la atención sobre su falta a la mañana siguiente? Pero había obedecido a un sentimiento maligno, a propósito y con mala intención, metiendo al muchacho y a su joven esposa en un embrollo como nunca habrían conocido, y eso le provocó unos remordimientos que empezaron a consumir su atormentada alma con un despiadado fuego. Se puso a rogar a Dios, avergonzada de invocar su nombre, que fuera benévolo con todos ellos. Pasó el tiempo, cuyos minutos eran golpes de dolor sobre su corazón, hasta que percibió la voz del señor que decía con ironía y amargura:

—Llegó el señor Kishkish.

Ella aguzó el oído, elevando los ojos hacia la ventana abierta que daba sobre el patio, y le llegó el chirrido del portón al cerrarse. El señor se levantó y abandonó la habitación. Ella se levantó de forma maquinal, pero se quedó clavada en el sitio, acobardada, pesarosa, mientras los latidos de su corazón se aceleraban, hasta que escuchó la sonora voz del señor al dirigirse a los recién llegados diciendo: «Seguidme a mi habitación». Entonces el miedo se apoderó de ella y se escabulló de allí... El señor volvió a su asiento, seguido de Yasín y Zaynab, y entonces asaetó a la joven con una profunda mirada, fingiendo ignorar a Yasín. Luego dijo en tono firme, aunque limpio de aspereza y sequedad:

—Escúchame bien, hijita. Tu padre es mi hermano, o más aún, mi amigo más íntimo; y tú eres mi hija, al igual que Jadiga y Aisha. Nunca me he propuesto enturbiar tu dicha, pero hay cosas que considero un crimen imperdonable silenciar, entre ellas, que una chica como tú se quede fuera de su casa hasta estas horas de la noche. No creas que el que tu marido estuviera contigo es una excusa para esta excéntrica conducta, pues el marido que desprecia su honor de esta manera no merece que se le perdonen los tropiezos de los que, por desgracia, es el primer incitador. Y como estoy convencido de tu inocencia, o más bien, de que tu única culpa es que te has plegado a su capricho, te rogaría que me ayudases a enmendarle no cediendo otra vez a sus tentaciones...

La chica se quedó taciturna, invadida por el estupor, y, a pesar de que bajo la tutela de su padre había gozado de cierta libertad, no tuvo el coraje de discutir con el hombre y, mucho menos, de contradecirle. Era como si el haber residido un mes en su casa le hubiese contagiado el virus de la sumisión a su voluntad, frente a la cual se amedrentaban todos los que vivían en la casa. Alegó en su interior que más de una vez su propio padre

había aceptado de buen grado acompañarla al cine, y que él no tenía derecho a prohibirle nada de lo que le permitiera su marido, además de que estaba convencida de no haber transgredido ninguna norma ni haber violado ningún tabú. En su fuero interno dijo esto y más, pero no pudo pronunciar palabra frente a esos ojos que la obligaban a la obediencia y al respeto y frente a esa enorme nariz que, cuando él levantaba la cabeza, parecía una pistola apuntándola. Su monólogo interno quedó oculto bajo una apariencia de resignación y cortesía, como las ondas sonoras del receptor de radio, que desaparecen cuando se apaga el interruptor. Y antes de que se diera cuenta, el señor le estaba preguntando, como si se empeñara en desafiarla:

—¿Tienes algo que objetar a mis palabras?

Movió la cabeza en sentido negativo, mientras sus labios dibujaban la palabra «no» sin pronunciarla.

—Entonces, estamos de acuerdo —dijo él—, vete en paz a tu habitación.

Ella se fue de allí con el rostro lívido, y el señor volvió la mirada en dirección a Yasín, que tenía los ojos clavados en el suelo. Luego dijo, moviendo la cabeza muy apenado:

—El asunto es serio y grave, pero ¿qué puedo hacer? Ya no eres un niño, que si no te rompería la cabeza. Por desgracia, eres un hombre, y además funcionario y marido. Si no te has alejado de la frivolidad con los lazos conyugales, ¿qué puedo hacer contigo? ¿Es éste el resultado de la educación que te he dado? —Luego, con una voz aún más pesadosa—: ¿Qué te ha pasado?, ¿dónde está tu hombría...?, ¿dónde el honor...? Por Dios, me es difícil creer lo que ha ocurrido.

Yasín no levantó la cabeza ni habló, y el señor creyó que su silencio se debía al miedo y al sentimiento de culpa, pues no podía imaginarse que se debiera a la borrachera que tenía. Pero eso no lo consolaba. La falta le parecía demasiado horrible como para dejarla sin un tratamiento definitivo. Y, si ya no podía recurrir al antiguo correctivo, el bastón, lo menos que podía hacer era mostrarse firme, pues, si no, toda la organización familiar se resquebrajaría.

—¿No sabías acaso que yo no permito salir a mi esposa, ni siquiera a visitar el-Huseyn? ¿Cómo, pues, te has dejado seducir por la idea de llevar a la tuya a una obscena sala de espectáculos a pasar la velada hasta después de medianoche...? ¡Qué estúpido eres dirigiendo tus pasos y los de tu esposa al abismo! ¿Qué demonio te ha poseído?

Yasín encontraba en el silencio la seguridad de un refugio, pues temía que sus palabras lo pusieran en evidencia, o que dejarse llevar por la conversación con una sospechosa desenvoltura acabara por descubrir su borrachera; sobre todo porque su imaginación, burlándose de la gravedad del momento, se obstinaba en deslizarse fuera de la habitación y lanzarse hacia lejanos horizontes que, en su cabeza achispada, unas veces parecían bailar y otras tambalearse. La voz de su padre, a pesar del terror que despertaba en su alma, no pudo acallar las melodías que habían cantado los bufones en el escenario y que se le venían de vez en cuando a la cabeza, a pesar suyo —como hacen los fantasmas por la noche a quien está asustado—, susurrando:

A ciegas vendería mis vestidos por un beso

en tu mejilla de nata, ¡oh, malban.'

¡Oh, tú, dulce como la basbusa,

también como la muhallabiyya..., y aún irías buena!

La melodía se iba, por efecto del miedo, y luego le volvía a saltar a la cabeza. Pero su padre se sintió molesto con su silencio, y le gritó enfadado:

—¡Habla! Dime tu opinión, porque estoy decidido a no dejar pasar el incidente así como así.

Tuvo miedo de las consecuencias del silencio, y lo rompió por fin, temeroso y agitado. Entonces dijo, desplegando los mayores esfuerzos para controlarse:

—Su padre la trataba con cierta indulgencia... —Luego se apresuró a añadir—: Pero reconozco que me he equivocado.

—Ya no está en la casa de su padre —gritó el señor irritado, haciendo caso omiso de la última frase— y tiene que respetar las normas de la familia de que ahora forma parte. Tú eres su marido y su señor, y en tus manos, sólo en ellas, está el moldearla de la forma que quieras. Dime quién es el responsable de que haya ido contigo, ¿tú o ella?

A pesar de su borrachera, captó la trampa que le tendía, pero el miedo lo empujó a ocultar la verdad.

—Cuando ella supo mi intención de salir —murmuró—, me imploró que la llevara conmigo...

—¿Qué clase de hombre eres...? —dijo el señor, dando una palmada—. ¡La respuesta apropiada para ella era una bofetada...! A las mujeres no las corrompen más que los hombres, pero no todos los hombres son dignos de velar por las mujeres...

Luego, iracundo, continuó:

—¡Mira que ir con ella a un lugar en el que bailan las mujeres medio desnudas...!

En sus ojos se dibujaron las imágenes que había estropeado la llamada de atención que les había hecho su padre en lo alto de la escalera, y las melodías volvieron a resonar en su cabeza: «Vendería mis vestidos...». Pero antes de que se diera cuenta, le dijo el hombre, amenazador:

—Esta casa tiene una ley que tú ya conoces. Acostúmbrate a respetarla, si quieres permanecer en ella.

47

Aisha se ocupó del atavío de Jadiga con esmero, poniendo un celo insuperable y una maravillosa habilidad, como si se tratara de la misión más importante y perfecta que hubiera realizado en su existencia. Jadiga parecía una novia auténtica, una novia que comenzaba a realizar sus preparativos para trasladarse a la casa del novio, aunque alegaba —según su costumbre de quitarle importancia a los servicios que otros le prestaban— ¡que el mayor mérito de ofrecer un aspecto apropiado residía, ante todo, en su propia obesidad! Además, su «belleza» ya no era el motivo de sus obsesiones desde que había pedido su mano un hombre que, por azares del destino, la había visto. Sin embargo, todas las manifestaciones de felicidad que la rodeaban no podían borrar las ligeras punzadas de nostalgia que se le deslizaban en el alma ante la inminencia de la separación, esa nostalgia propia de una chica como ella, cuyo corazón no latía por nada de esta vida como era capaz de hacerlo por el amor a su familia y a toda su casa, desde los adorados padres a las gallinas, la hiedra y el jazmín. Ni siquiera el propio matrimonio, en cuya espera se había consumido tantas veces con ansiosa inquietud, servía para aminorar su amargura ante la separación. Antes de que pidieran su mano, parecía poco preocupada por amar y apreciar su casa, dominada quizás por la desazón que sentía ante las inquietudes de la vida, y que encubría sus sentimientos profundos y sinceros; porque el amor, como la salud, se menosprecia cuando las personas están juntas, y se aprecia en el momento de la separación. Y tan pronto como se quedó tranquila respecto a su futuro, su corazón se negó a cambiar de una vida a otra sin sentir una intensa angustia, como si estuviera expiando un pecado, o no quisiera desprenderse de algo muy querido. Kamal la contemplaba en silencio. Después de saber que la que se casaba no regresaba, ya no le preguntó si volvería, sino que se dirigió a sus dos hermanas musitando: «Os iré a visitar a menudo después de salir de la escuela». Aunque ambas acogieron bien su propuesta, ya no se dejó engañar por las falsas esperanzas. Había visitado a Aisha muchas veces, sin encontrar a su antigua Aisha. En su lugar encontraba a otra, engalanada, que lo recibía dándole exageradas muestras de afecto que le hacían sentirse extraño. Luego, apenas se quedaba a solas con ella, se les unía su marido, que nunca dejaba la casa, contentándose, por todo pasatiempo, con sus cigarrillos, su pipa y un laúd, con cuyas cuerdas jugueteaba de vez en cuando. Jadiga no sería mejor que Aisha, y a él no le quedaría en la casa más compañía que Zaynab. Y ésta no le daba las debidas pruebas de

amistad más que en presencia de su madre, como si fuera a ella a quien se las diera. ¡Y cuando la madre desaparecía lo ignoraba como si no existiera! Aunque Zaynab no sentía perder a un ser querido con la partida de Jadiga, no estaba de acuerdo con el clima circunspeto y silencioso que envolvía el día de la boda, y se escudó en ello para manifestar el rencor y la irritación que albergaba hacia el dominante espíritu del señor. Así se puso a decir con ironía: «¡Jamás he visto una casa en la que se prohíba lo permitido como en esta casa vuestra...!, ¡qué control!». Sin embargo, no quería decir adiós a Jadiga sin una palabra de cortesía, y alabó mucho sus cualidades diciendo que era un «ama de casa» digna de ser felicitada por su marido. Y Aisha ratificó sus palabras.

—¡No tiene más defecto que su lengua! —añadió—. ¿Es que no la has probado, Zaynab?

Y ésta no pudo contener la risa al decir:

—No la he probado, a Dios gracias, pero la he escuchado mientras otros la probaban.

Todos se rieron, y Jadiga la primera, hasta que, de repente, vieron a la madre aguzar el oído y gritar «chist...». Se callaron al unísono, y les llegaron unas voces del exterior. De repente gritó Jadiga trastornada:

—¡El señor Redwán ha muerto!

Maryam y su madre ya se habían disculpado por no poder asistir a la boda, debido al agravamiento de la enfermedad del señor Muhammad Redwán. Así pues, no era extraño que Jadiga hubiera deducido de aquellas voces que el hombre había muerto. La madre dejó la habitación apresuradamente, estuvo fuera unos minutos y luego volvió diciendo muy apenada:

—En efecto, ¡el sheyj Muhammad Redwán ha muerto! ¡Qué situación tan embarazosa!

—Nuestra excusa es clara como el sol —dijo Zaynab—. Ya no podemos retrasar la boda o impedir que el novio celebre su noche en su propia casa que, a Dios gracias, está lejos de aquí. En cuanto a vosotros, ¿se os puede pedir algo más profundo que este tremendo silencio?

Pero Jadiga estaba perdida en otros pensamientos que le encogían el corazón de miedo, pues veía un mal augurio en la triste noticia.

—¡Oh, Dios misericordioso...! —balbució como hablando consigo misma.

La madre leyó sus pensamientos y su pecho también se encogió, pero se negó a someterse a ese inesperado sentimiento o a dejar que su hija se sometiera a él, y dijo con fingida indiferencia:

—Nada podemos hacer ante el designio de Dios, pues la vida y la muerte están en sus manos, y el pesimismo es obra del demonio...

Cuando Yasín y Fahmi acabaron de vestirse, se reunieron con las que estaban en la habitación de la novia, anunciando a la madre que el señor había ido en representación de la familia —en vista de la premura de tiempo— a presentar sus condolencias a la del señor Redwán. Luego Yasín clavó su mirada en Jadiga, mientras decía riendo:

—El señor Redwán no ha querido seguir en este mundo después de que tú dejaras de ser su vecina...

Ella le devolvió una débil sonrisa, cuyo significado se le escapaba. Él empezó a examinarla, moviendo la cabeza con evidente satisfacción, y luego dijo suspirando:

—Tenía razón el que dijo «Viste al junco, y quedará una novia...» Jadiga frunció el ceño manifestando no estar dispuesta a seguirle la corriente, y después le regañó:

—¡Cállate! —le dijo—, la muerte del señor Redwán el día de mi boda es un mal presagio para mí.

Y él replicó riendo:

—No se cuál de los dos ha hecho la faena al otro.

Luego, volviendo a reírse:

—No debes temer por la muerte de este hombre; no te preocupes por eso. Sin embargo, tengo miedo por ti a causa de tu lengua, pues sería más apropiado que el mal augurio lo vieras en ella. Mi consejo, que nunca me cansaré de repetir, es que la maceres en un jarabe bien cargado de azúcar, para que se endulce y te sirva para hablarle al novio...

—Comoquiera que sea el asunto del señor Redwán —dijo Fahmi conciliador en ese momento—, al día de tu boda no le ha faltado una bendición que la tierra ha estado esperando tanto tiempo. ¿No sabes que se ha proclamado el armisticio?

—¡Casi lo había olvidado! —exclamó Yasín—. Tu boda no es el único milagro en estos días nuestros. Ha ocurrido algo que no había ocurrido desde hace años: la guerra se ha acabado, y Guillermo II ha capitulado.

—¿Desaparecerán las carestías y los australianos? —preguntó la madre.

—Claro..., claro... —dijo Yasín riendo—, la carestía, los australianos y la lengua de la señora Jadiga.

En los ojos de Fahmi se reflejaron sus cavilaciones. Luego dijo como si hablara consigo mismo:

—¡Los alemanes han sido vencidos!, ¿quién se lo iba a imaginar? A partir de ahora ya no hay esperanza de que regresen Abbás o Muhammad Farid. También se han perdido las esperanzas del califato. La estrella de los ingleses sigue ascendiendo mientras la nuestra declina..., ¡no hay nada que hacer!

—Los dos que han ganado la guerra son los ingleses y el sultón Fuad —añadió Yasín—. Aquéllos ni siquiera soñaban con eliminar a los alemanes y éste ni siquiera soñaba con el trono...

Se calló un instante y luego prosiguió riendo:

—Y hay un tercero cuya suerte no ha sido menor que la de los anteriores: nuestra novia, que no podía ni soñar con un novio... Jadiga le lanzó una mirada amenazadora y replicó:

—Está visto que no quieres que abandone esta casa sin insultarte...

—Es mejor que pida el armisticio —dijo él, echando marcha atrás—, pues no tengo una posición más fuerte que Guillermo II o Hindenburg...

Luego Yasín miró a Fahmi, que reflejaba en su rostro unas cavilaciones que lo colocaban en una situación discordante con la feliz ocasión, y le dijo:

—¡Échate la política a la espalda, y disponte a disfrutar de la música y de las delicias de la buena mesa!

Aunque a Jadiga le pasaron muchos pensamientos por la cabeza y le vinieron al corazón sueños y más sueños, la perseguía un recuerdo cercano —de esa misma mañana— por el fuerte impacto que le había producido, hasta casi eclipsar el resto de sus preocupaciones. Se trataba de la invitación que le había hecho su padre para verla a solas, con ocasión de ese día que él consideraba como el principio de una nueva vida en su existencia. La había recibido con un afecto y una humanidad que fueron un bálsamo que curó el ataque de vergüenza y terror que se había apoderado de ella hasta el punto de hacerla tropezar al andar. Luego le había dicho con una delicadeza que causó en su alma una impresión extraña, a la que no estaba acostumbrada:

—¡Que nuestro Señor dirija tus pasos y te conceda el éxito y la tranquilidad! No tengo mejor consejo que ofrecerte que éste: Imita en todo, lo grande y lo pequeño, a tu madre...

Le había dado su mano, y ella la había besado. Luego había abandonado la habitación sin apenas ver lo que tenía delante por el nerviosismo y la impresión que sentía. Después se pasó el tiempo repitiendo: «¡Qué cariñoso, delicado y humano es!». Al recordar, con el corazón lleno de felicidad, sus palabras «Imita en todo, lo grande y lo pequeño, a tu madre», le dijo a ésta, que la escuchaba con el rostro sonrojado y la mirada trémula:

—¿No significa esto que él te considera como el ejemplo ideal para la esposa ideal? —luego dijo, riendo—: ¡Qué mujer de suerte!, pero ¿quién se hubiera podido creer todo esto?, ¡es como si estuviera soñando! ¿Dónde guardaba esos bonitos sentimientos?

Luego rezó por él un buen rato, hasta que sus ojos se le inundaron de lágrimas...

Y vino Umm Hanafi a anunciarles que los coches habían llegado...

48

La reunión del café se quedó sin el rostro de Jadiga como antes se había quedado sin el de Aisha, pero Jadiga dejó un vacío irremplazable. Era como si ella se hubiera llevado el espíritu a la reunión, despojándola de su vitalidad y privándola de unas virtudes de humor, alegría y discusión nada desdeñables. O, como se dijo Yasín para sus adentros: «En nuestra reunión ella era como la sal en la comida; la sal en sí misma no es placentera, pero ¿cuál es el placer de la comida sin ella?». Sin embargo, no manifestó su opinión por cortesía hacia su esposa pues, a pesar de su decepción acerca del matrimonio, para la que ya no había remedio en la casa, aún temía herir sus sentimientos, al menos para que ésta no pensara mal de su continuo velar, noche tras noche, en el «café», como le hacía creer a ella. Siendo como era más propenso a las bromas que a la seriedad, si es que allí la había, había perdido a la compañera que tantas veces bromeaba con él o le inspiraba sus chanzas, y no le quedaba más que conformarse con lo poco que hallara en aquella reunión tradicional. Y ahí estaba, sentado con las piernas cruzadas sobre el sofá, sorbiendo el café, y dirigiendo su mirada hacia el sofá de enfrente, donde veía a su madre, a su esposa y a Kamal inmersos en sus triviales conversaciones. ¡Posiblemente se asombraba por enésima vez de la sombría seriedad de Zaynab, y recordaba que Jadiga la tildaba de «antipática», rindiéndose él, por cierto, a su punto de vista...! Luego abrió el Diwán de la Hamasa o La joven de Kerbelá y leía, o le contaba a Kamal algo de lo que había leído. Al mirar a su derecha, veía a Fahmi, presto a entrar en la conversación..., ¿para hablar de qué?, se preguntaba..., ¿de Muhammad Farid, de Mustafa Kámil...? No lo sabía, pero seguro que hablaría. Es más, desde que ese mismo día había vuelto de la Escuela de Leyes parecía como el cielo presagiando lluvia... ¿Lo pinchaba...? claro que no, no necesitaba hacerlo, pues he aquí que Fahmi le salía al paso muy interesado, clavaba en él una elocuente mirada, y luego le preguntaba:

—¿No te han llegado noticias frescas?

¡Y él le preguntaba por noticias frescas! Tengo innumerables noticias..., el matrimonio es el mayor de los timos..., al cabo de unos meses la esposa se convierte en un trago de aceite de ricino... ¡No te entristezcas de que se te escapara Maryam, político inexperto...! ¿Quieres noticias frescas...? Tengo muchas, pero seguro que no te interesarían lo más mínimo...; además, con sólo imaginarme revelarlas ante mi esposa, pierdo el valor. Y de repente se encontró citando —en su interior, naturalmente— las palabras de el-Sharif:

Tengo unos mensajes de amor que no mencionaré.

Si no fuera por ese espía, ya los habría hecho llegar a tu boca.

Luego preguntó a su vez:

—¿A qué noticias te refieres?

—Ha circulado entre los estudiantes —dijo Fahmi con interés— una noticia extraordinaria que ha sido nuestro tema de conversación durante todo el día. Se trata de que una delegación egipcia, compuesta por Saad Zaglul Basha, Abd el-Aziz Fahmi Bey y Ali Shaarawi Basha, se dirigió ayer a la sede del Protectorado y se entrevistó con el virrey para exigir la abolición del protectorado y la declaración de la independencia...

Yasín alzó las cejas interesado, al tiempo que aparecía en sus ojos una mirada de duda mezclada de asombro. El nombre de Saad Zaglul no era nuevo para él, aunque tras el propio nombre no encontraba nada relevante, tan sólo unos confusos recuerdos asociados con unos incidentes caídos en el olvido del tiempo, sin haber dejado en su corazón —poco atento a los asuntos públicos— una huella emotiva que hiciera referencia a ellos ni siquiera de lejos. Pero los otros dos nombres los acababa de oír por primera vez. Sin embargo, su extrañeza ante esos nombres no era digna de mención al lado de la que sentía hacia el movimiento que los susodichos habían desencadenado, si era cierto lo que Fahmi decía, pues ¿cómo iba a imaginarse que pidieran la independencia de Egipto a los ingleses en los albores de su victoria sobre los alemanes y sobre el califato?

—¿Qué sabes de esos señores? —le preguntó.

Y Fahmi le respondió con un tono no exento de irritación, como si hubiera querido que aquellos hombres fueran miembros del Partido Nacionalista:

—Saad Zaglul es el vicepresidente de la Asamblea Legislativa, y Abd el-Aziz Fahmi y Ali Shaarawi son miembros de ella. La verdad es que no sé nada de los dos últimos, pero creo que me he formado una idea bastante favorable de Saad a partir de lo que me han dicho muchos de mis compañeros de estudios, que son nacionalistas y tienen encontradas opiniones sobre él. Hay quienes lo consideran como un esbirro de los ingleses o poco menos, y otros que le reconocen unas grandes cualidades, dignas de elevarlo a la altura de los propios hombres del Partido Nacionalista. Comoquiera que sea, el paso que ha dado con sus colaboradores — y dicen que también fue él quien lo propuso— es una acción excelente; quizás ahora sea el único capaz de promoverla, tras el destierro de las grandes figuras del nacionalismo, con su líder Muhammad Farid a la cabeza...

Yasín se mostró serio, no fuera a creer el otro que menospreciaba su entusiasmo, y contestó como preguntándose a sí mismo:

—¿Exigir la abolición del protectorado y proclamar la independencia?

—¡Y también hemos oído decir que han solicitado hacer un viaje a Londres para pedir la independencia, y que se han entrevistado con sir Reginald y el virrey Nayat con ese propósito!

Yasín, que ya no podía seguir disimulando su perplejidad, la manifestó en sus facciones al preguntarle con voz algo elevada:

—¡La independencia! ¿Es eso lo que realmente quieres decir...?, ¿qué significa?

—Quiero decir la expulsión de los ingleses de Egipto —dijo Fahmi con tono nervioso—, o la evacuación, como la llamó Mustafa Kámil al pedirla...

¡Menuda esperanza! No formaba parte de su carácter el buscar conversaciones sobre política, pero aceptaba la invitación de Fahmi cada vez que se la hacía, tanto por evitar molestarlo como por buscar un nuevo tipo de distracción. Quizás su interés se excitaba de vez en cuando, aunque sin llegar al entusiasmo. Es más, a veces compartía sus esperanzas de una manera pasiva y reposada. Pero a lo largo de la vida había demostrado lo poco interesado que estaba por ese aspecto de la vida pública, como si no tuviera ninguna meta más allá del disfrute de las delicias y placeres de la existencia. Por eso no se sentía predispuesto a tomarse en serio aquellas palabras, y le preguntó de nuevo:

—¿Es que eso cae realmente dentro de los límites de lo posible?

—¡No hay que desesperar de la vida, hermano! —le respondió Fahmi con un entusiasmo no exento de reproche.

Esta frase provocó su tendencia a ironizar, como le ocurría ante frases similares, pero preguntó aparentando seriedad:

—¿Y cómo podemos echarlos?

Fahmi reflexionó un poco y dijo luego frunciendo el ceño:

—¡Para eso han pedido viajar a Londres Saad y sus colaboradores!

La madre había seguido la conversación con interés, concentrando su atención por entero en captar todo lo que pudiera, como solía hacer siempre que se suscitaba una conversación sobre los asuntos públicos, tan alejados de las trivialidades domésticas. Estas cuestiones le encantaban y se creía capaz de comprenderlas. Cuando se le presentaba la ocasión, no vacilaba en participar en ellas, sin importarle el desdén mezclado de ternura que muchas veces provocaban sus opiniones. Pero no había nada que pudiera cortarle las alas o apartarla del interés por esos «grandes» asuntos que parecía seguir, por los mismos motivos que la empujaban a interesarse por las lecciones de religión de Kamal o a discutir con él los conocimientos de geografía e historia —que éste le proporcionaba— a la luz de lo que ella sabía sobre la religión y las leyendas. Esta asiduidad le había hecho adquirir algún tipo de conocimientos sobre lo que se decía acerca de Mustafa Kámil, Muhammad Farid o «nuestro Efendi exiliado», esos hombres por los que se había redoblado su amor en virtud de la fidelidad hacia el califato que demostraban. Esto los acercaba, en su opinión de persona que valoraba a los hombres en función de sus posiciones religiosas, al rango de los santos que idolatraba. Tan pronto como Fahmi mencionó que Saad y sus colaboradores habían solicitado viajar a «Londres», ella salió de su silencio preguntando de repente:

—¿Qué país de Dios es ese Londres?

—Londres es la capital de Gran Bretaña, París es la capital de Francia y la capital de El Cabo es El Cabo —le soltó Kamal con el canturreo con que los alumnos recitaban sus lecciones.

Luego se inclinó hacia su oído musitando: «Londres es el país de los ingleses». El asombro se apoderó de la madre, que dijo dirigiéndose hacia Fahmi:

—¿Van a ir al país de los ingleses a pedirles que salgan de Egipto...? Eso es de muy mal gusto..., ¿cómo me vas a visitar a mi casa teniendo la secreta intención de echarme de la tuya?

Al muchacho le molestó su interrupción, y la miró sonriendo, y a la vez reprochándose, pero ella creyó que estaba en vías de convencerle y prosiguió:

—¿Cómo van a pedir su expulsión de nuestro país después de tantos años de residir en él? Nosotros hemos nacido, y también vosotros, mientras ellos estaban aquí..., ¿es «humano» que nos presentemos ante ellos, tras esta larga vida de convivencia y vecindad, para decirles a las claras, y además en su propio país, «¡marchaos!»?

Fahmi sonrió como desesperado, al tiempo que Yasín soltaba una carcajada. Pero Zaynab dijo seria:

—¿Cómo van a tener coraje de decirles eso en su país? Suponte que los ingleses los maten allí, ¿quién traería noticias de ellos...? ¿Acaso sus soldados no han convertido en una aventura peligrosa el hecho de caminar por las calles alejadas?, ¿qué no harán con quien se proponga irrumpir en su país?

A Yasín le hubiera gustado dejarse llevar por la ingenua conversación de las dos mujeres, a fin de satisfacer sus sentimientos sedientos de bromas, pero tuvo miedo de encolerizar a Fahmi, al captar su fastidio; y entonces se volvió hacia él continuando la charla en el punto en el que se había interrumpido:

—En sus palabras hay una verdad que ellas no han sabido expresar bien. Dime, hermano, ¿qué va a poder hacer Saad frente a un estado que en estos momentos está considerado como el innegable amo del mundo?

La madre ratificó sus palabras haciendo un gesto con la cabeza, como si se las hubiera dirigido a ella, y se puso a decir:

—Orabi Basha era el más grande y más valiente de los hombres. Ni Saad ni ningún otro se le pueden comparar. Era un caballero y un luchador, ¿y qué recibió de los ingleses, hijo...? Lo apresaron y luego lo desterraron a un país allende el sol...

Fahmi, sin poder contenerse, le dijo con un tono en que se unían la súplica y la angustia:

—¡Mamá...! ¿Nos vas a dejar hablar?

Ella sonrió, como avergonzada, temiendo encolerizarlo, y cambió su tono de entusiasmo, como si con ello manifestara el cambio de toda su opinión, y luego se excusó con delicadeza:

—Señor mío, todo el que se esfuerza tiene su recompensa. ¡Que vayan con la protección de Dios!, quizás se granjeen el afecto de la Gran Reina...

Y, casi sin darse cuenta, le preguntó el chico extrañado:

—¿A qué reina te refieres?

—A la reina Victoria, hijito, ¿no es ése su nombre? He oído decir muchas veces a mi padre, cuando hablaba de ella, que es la que mandó desterrar a Orabi, pero, según dicen, admiraba mucho su valentía...

—Si había desterrado a Orabi, el caballero —dijo Yasín burlón—, sería aún más propio de ella que desterrara a Saad, el viejo.

—Comoquiera que sea, ella sigue siendo una mujer que, sin duda, tiene en el pecho un corazón sensible y, si logran hablar con ella y saben cómo darle pruebas de amistad, los tratará de manera conciliadora...

Yasín sintió un inmenso regocijo ante la lógica de la madre, que se había puesto a hablar de la histórica reina como si hablara de Umm Maryam o de otra vecina, y ya no quiso seguirle la corriente a Fahmi, por lo que le preguntó para incitarla:

—Cuéntanos: ¿qué deberían decirle?

La mujer se enderezó en su asiento, contenta de esta pregunta con la que se reconocía su valía «política», y empezó a pensar con un interés que se revelaba en ese fruncimiento de cejas tan propio de quien va a comenzar a dar una «conferencia». Pero Fahmi no le dio tiempo para completar su reflexión, pues le replicó con sequedad y disgusto:

—¡La reina Victoria murió hace mucho tiempo...! ¡No te canses inútilmente! En ese momento Yasín vio caer la tarde a través de las rendijas de las ventanas, y pensó que era la hora de despedirse de la reunión para ir a su velada. Y como sabía con certeza que la sed de Fahmi por hablar no se había saciado aún, quiso ofrecerle su excusa para marcharse de una manera que sirviera de apoyo a aquella noticia que había hecho presa en su corazón.

—Ellos son hombres que, sin duda, comprenden la gravedad de la tarea que han emprendido —le dijo levantándose—, y seguramente ya han preparado los medios para lograrlo. ¡Roguemos que tengan éxito!

Y abandonó la reunión indicando a Zaynab que lo siguiera para prepararle la ropa. Fahmi lo despidió con una mirada no exenta de rabia, de esa rabia de quien no ha conseguido una participación emocional capaz de armonizar con su corazón inflamado. ¡Qué grandes sueños suscitaban en su alma esas conversaciones sobre el

nacionalismo! ¡En aquel mágico universo aparecían ante sus ojos un mundo nuevo y una nueva patria, una casa nueva, y unas nuevas gentes que se estremecían al unísono llenas de vitalidad y entusiasmo! Pero, apenas despertaba a este asfixiante clima de inercia, ingenuidad y desinterés, se encendía en su pecho el fuego de la angustia y el dolor, buscando en su reclusión una brecha —cualquiera que fuera— para lanzarse desde allí hasta el cielo. En aquel instante deseó, con todas sus fuerzas, que la noche pasara en un abrir y cerrar de ojos, para encontrarse de nuevo reunido con sus hermanos los estudiantes, allí donde podría apaciguar su sed de entusiasmo y libertad, y ascender, con el calor de su ardor, hacia ese gran universo de los sueños y la gloria. Yasín había preguntado qué haría Saad frente a un país considerado hoy, con razón, como el amo del mundo. Él mismo no sabía con certeza lo que haría Saad, ni sabía qué podría hacer, pero sentía con toda la fuerza de su corazón que había algo que debía hacerse. Quizás no lo sentía emerger en el mundo de lo real, pero sí lo sentía reprimido en su corazón y en su sangre, ¡y cómo se merecía salir a la luz de la vida y la realidad...!, y, si no, ¡al diablo con aquella vida tan inútil y absurda!

49

Ante la tienda del señor Ahmad la calle aparecía, como de costumbre, repleta de transeúntes, vehículos y parroquianos de los comercios apiñados a los dos lados. Sólo su cielo se adornaba con la transparencia filtrada del agradable clima de noviembre que cubría el sol tras finas nubes, cuyos jirones brillaban con una blancura resplandeciente sobre los alminares de el-Qalawún y Barquq como si fueran lagos de luz. No había nada en el cielo ni en la tierra que se hubiera salido de lo ordinario, de aquello a lo que el señor estaba acostumbrado a ver cada día, pero el alma del hombre, como las de los allegados a la suya, y quizás las de la gente en general, todas ellas se vieron enfrentadas a una violenta ola de excitación y de sensaciones que las sacó de sus casillas, o casi lo hizo; hasta tal punto que el señor pensó que nunca había pasado unos días como aquellos en los que la gente se reunía alrededor de una sola noticia y los corazones latían con un sentimiento único. Fahmi, que guardaba silencio ante su padre hasta que éste empezara a hablar, le contó con prolijidad lo que, según él sabía, había ocurrido en el encuentro entre Saad y el virrey. Y en la noche del mismo día, en la velada musical, afirmó al grupo de los amigos que la noticia era cierta sin lugar a dudas. En su propia tienda ocurrió más de una vez que clientes —con quienes no le unía ninguna relación anterior de conocimiento—, se lanzaban a hablar del encuentro; más aún, no sabía esa mañana que el sheyj Mitwali Abd el Samad irrumpiría en la tienda tras una larga ausencia. Éste no se contentó con recitar aleyas y con coger su lote de azúcar; se empeñó en, anunciar la noticia de la visita, con el tono de quien tiene prisa por dar la buena nueva el primero. Y cuando el señor le preguntó, bromeando, cuál pensaba que sería el resultado de la visita, el sheyj le contestó: «¡Absurdo...! Es absurdo que los ingleses salgan de Egipto! ¿Te crees que están tan locos como para evacuar el país sin combatir...? ¡Tienen que combatir! ¡Y nosotros no podemos hacerlo! Así pues, no hay medio de echarlos. Es posible que nuestros hombres lleguen sólo al acuerdo de expulsar a los australianos para que vuelva la tranquilidad de antes, y en paz!». Días de noticias y de sentimientos desbordantes que encontraron en el señor a un hombre dotado de intensa receptividad para contagiarse de los ardores patrióticos y políticos. Y llegó a estar en un estado de espera y expectativa tal que lo llevó a leer con emoción la mayor parte de los periódicos como si se publicaran en un país extraño donde no hubiera emoción ni exaltación, y a recibir a los amigos con una mirada inquisidora, ansiosa de saber qué noticias traían. En ese estado recibió al señor Muhammad Effat cuando entró en la tienda apresuradamente. No era la mirada aguzada del recién llegado ni su gesto enérgico el de quien da a entender que es un mero visitante que se dirige a la tienda para tomarse un café o a contar una anécdota. El señor encontró en su aspecto algo que respondía a su talante angustiado y ansioso. Lo abordó diciendo, mientras el otro se abría paso entre los clientes cuyas demandas se ocupaba de satisfacer Gamil el-Hamzawi:

—¡Buenos días! ¿Qué noticias traes, león?

El señor Muhammad Effat tomó asiento junto al escritorio mientras sonreía de un modo que denotaba vanidad, como si la pregunta del señor: «¿Qué noticias traes?» —que era la misma pregunta que repetía siempre que encontraba a algún amigo— fuera un reconocimiento a su importancia en estos días trascendentales por su interés, dados los lazos de parentesco que lo unían con algunas personalidades egipcias importantes. El señor Effat era siempre el nexo de unión entre su grupo genuino formado por comerciantes, y el de los funcionarios notables y abogados que se habían ido uniendo a él con el paso del tiempo, aunque el señor Ahmad gozaba del rango exclusivo de la mayor estima, gracias a su personalidad y a su idiosincrasia. Pero dicho lazo de parentesco, que no le hacía perder ni lo más mínimo de su importancia ante sus amigos los

comerciantes, quienes contemplaban, con una mirada llena de respeto, a los funcionarios y a los que tenían títulos, este lazo de parentesco había ido creciendo en importancia en aquellos días en los que «la nueva noticia» se había hecho más importante que el agua y la comida. El señor Effat abrió un pliego que llevaba doblado en su mano derecha, y luego dijo:

—Un nuevo paso; ya no soy portador de noticias solamente, sino que me he convertido en un enviado que te trae a ti y a todos los hombres de bien este feliz documento.

Le dio el pliego mientras murmuraba sonriendo:

—¡Lee!

El señor lo cogió y leyó:

—«Nosotros, los abajo firmantes, hemos delegado en los excelentísimos señores Saad Zaglul Basha, Ali Shaarawi Basha, Abdel Aziz Fahmi Bey, Muhammad Ali, Alluba Bey, Abdel Latif el-Mekkebati, Muhammad Mahmud Basha y Ahmad Lutfi el-Sayyid Bey. Ellos deben reunir a quienes escojan, con el fin de buscar por los medios pacíficos y legales, dondequiera que se encuentren, el modo de alcanzar para Egipto una total independencia.»

El rostro del señor resplandeció mientras leía los nombres de los miembros del Wafd egipcio, de los que había oído hablar al escuchar las noticias sobre la vida nacional que corrían de boca en boca.

—¿Qué significa este papel? —preguntó.

El hombre dijo con entusiasmo:

—¿No ves estas firmas...? Pon debajo de ellas la tuya y llama a Gamil el-Hamzawi para que firme también. Éste es uno de los documentos que el Wafd ha hecho imprimir para que la gente los firme, y con ellos asumir la representación del pueblo egipcio.

El señor tomó la pluma y estampó su firma con una alegría que se revelaba en el brillo de sus ojos azules, mientras esbozaba una leve sonrisa que era el exponente de su sensación de felicidad y orgullo al dar plenos poderes a Saad y a sus compañeros, aquellos hombres que se habían apoderado de su alma a pesar de su reciente fama, removiendo con ella pasiones profundas y reprimidas. Era como una nueva medicina que monopoliza el pensamiento de los aquejados de una antigua enfermedad reacia a la curación, a pesar de utilizarla por vez primera. Llamó a el-Hamzawi y también firmó; luego se volvió hacia su amigo mientras decía con gran preocupación:

—¡La cuestión es seria por lo que parece!

El hombre golpeó el borde del escritorio con el puño. Luego dijo:

—Extremadamente seria. Todo marcha por la vía de la fuerza y de la resolución. ¿No sabes lo que les ha inducido a publicar este documento...? Dicen que «el inglés» se pregunta en calidad de qué le habían hablado Saad Zaglul y sus compañeros la mañana del 13 de noviembre pasado, y que al Wafd sólo le falta apoyarse en estos documentos para demostrar que habla en nombre del pueblo...

—Si Muhammad Farid estuviera entre nosotros —dijo el señor con vehemencia—, no pasaría esto.

—De los hombres del Partido Popular, ya se han unido al Wafd Muhammad Ali Alluba Bey y Abdel Latif el-Mekabati...

Luego sacudió los hombros para echar fuera todo el pasado, y dijo:

—Todos nosotros recordamos a Saad cuando formó aquel enorme tumulto al ser investido ministro de Justicia. No puedo dejar de recordar la buena acogida que le dispensó el-Liwá desde su candidatura al ministerio, como tampoco he olvidado los ataques contra él después de aquello; es más, no niego que yo gocé con la crítica de sus detractores por mi estrecha relación con el difunto Mustafa Kámil; pero Saad ha demostrado siempre ser merecedor de la admiración que le dispensaban. En cuanto a su último gesto, es digno de que se le coloque por nuestra parte en el más noble lugar...

—Tienes razón, es un gesto excelente. ¡Pidamos a Dios que lo conduzca al éxito! — Luego dijo con preocupación —: ¿Les permitirán hacer el viaje...? ¿Y qué crees que harán si lo logran...?

El señor Muhammad Effat plegó el documento y luego se levantó mientras decía:

—El mañana no está lejos...

En su camino hacia la puerta de la tienda triunfó el talante bromista del señor, y susurró al oído de su amigo:

—¡Estoy tan contento con este documento nacional como si fuera un borracho que toma la octava copa entre los muslos de Zubayda!

Muhammad Effat movió la cabeza vehementemente como si la imagen a la que daba cuerpo su fantasía, al recordar la copa y a Zubayda, lo hubiera embriagado, y masculló:

—¡Qué escucharemos mañana...!

Luego dejó la tienda, y el señor dijo completando la frase con una sonrisa:

—¡Y pasado ya veremos...!

Luego volvió a su escritorio, con la huella del humor vagando en sus facciones y la excitación del entusiasmo en su corazón, como le ocurría en todas las cosas importantes de la vida que pasaban lejos de su casa, pues encontraba toda su seriedad siempre que el caso lo requiriera; pero no vacilaba en suavizar el ambiente bromeando y haciendo chistes cuando había ocasión, dada su naturaleza a la que no podía escapar, aunque estaba dotado de un raro poder para combinar ambas cosas. Su seriedad no estaba por encima de su sentido del humor, ni éste estropeaba a aquélla. Sus bromas no eran un lujo de esos que evolucionan al margen de la vida, sino una necesidad que compaginaba por igual con la seriedad, sin que pudiera un solo día limitarse a ésta totalmente o concentrar su atención en aquélla. Así pues, siempre se conformó en su «patriotismo» con una simpatía y una complicidad emocional, sin pasar a una acción que cambiara el aspecto de la vida que más le gustaba y que prefería a cualquier otra. Por eso no se le había ocurrido nunca adherirse a ninguna comisión del Partido Nacionalista por muy intenso que fuera su apego a sus principios, ni tan siquiera hacerse visible en alguna de sus reuniones. ¿No había en ello una pérdida de su «precioso» tiempo? ¡El país no tenía necesidad de él, mientras que él sí ansiaba cada minuto suyo para consumirlo con su familia, con su comercio o, sobre todo, para divertirse en medio de los camaradas y de los amigos íntimos! ¡Que su tiempo, pues, le perteneciera totalmente! El país no tenía por qué querer su corazón ni sus sentimientos; es más, su fortuna, siempre que la tuvo, jamás la escatimó cuando fue necesario contribuir a algún objetivo. Además nunca sintió haber faltado a su obligación; por el contrario, era conocido entre sus amigos por su patriotismo, bien porque sus corazones no eran generosos con sus sentimientos como lo era el suyo, bien porque aquellos cuyos corazones lo eran, no llegaban al límite de la largueza con su dinero.

Él se distinguía por su patriotismo; lo sabía, y lo unía al resto de sus cualidades, sintiéndose secretamente orgulloso de ellas en lo más profundo de su corazón. No se imaginaba que el patriotismo pudiera exigirle más de lo que le daba desinteresadamente. Ese corazón apasionado por el amor, por la música y la broma, no iba a cerrarse, a pesar de su desbordamiento, ante el sentimiento nacional, pues éste, si bien se contentaba con tener en el corazón un espacio para su vitalidad, era una fuerza profunda que absorbía el espíritu y le preocupaba. Dicho sentimiento no le vino de modo accidental, sino que fue creciendo con su niñez cuando llegaron a sus oídos los relatos heroicos que contaban los antiguos sobre Orabi. Luego la brasa se avivó con los artículos y discursos de el-Liwá. ¡Fue un espectáculo único, que incitaba al mismo tiempo a la emoción y a la risa, el día

en que lo vieron llorando como un niño cuando falleció Mustafa Kámil! Sus amigos se conmovieron porque ninguno de ellos se había librado de la tristeza. Más tarde se morían de risa en la velada musical de por la noche al acordarse del espectáculo, ya que no era fácil ver al «señor de la risa» romper en llanto. Ahora, una vez estallada la guerra y ya terminada, tras la muerte del joven caudillo y la expulsión de su sucesor, tras perder la esperanza de la vuelta de «nuestro Efendi», tras la derrota de Turquía y la victoria de los ingleses; después de todo esto, o a pesar de ello, corrían noticias extrañas cargadas de verdades como sacadas de las leyendas, enfrentando al «inglés» con las exigencias de independencia, la firma de documentos nacionalistas, la pregunta sobre el siguiente paso... Corazones cuya naturaleza se había sacudido el polvo, almas que resplandecían con la esperanza... ¿Qué había detrás de todo esto? Su imaginación pacífica, que se había acostumbrado a la humillación, se preguntaba inútilmente... Le urgía que llegara la noche para correr a la velada musical, donde las conversaciones políticas eran «el aperitivo» de la bebida y de la música, y armonizaban con multitud de tentaciones que eran las que lo arrastraban a añorar esta velada; tentaciones como Zubayda, el amor fraternal, la bebida y la música. En ese ambiente seductor dichas tentaciones eran agradables al espíritu y resultaba delicioso caer en ellas, enriqueciendo el corazón en las distintas facetas del entusiasmo y del amor, sin exigirle lo que no podía hacer. Estaba pensando en todo esto, cuando se le acercó Gamil el-Hamzawi diciéndole:

—¿No has oído el nuevo nombre que le han puesto a la casa de Saad Basha? La llaman «Casa de la Nación».

Entonces el empleado se inclinó hacia él para comunicarle cómo le había llegado la noticia...

50

Al mismo tiempo que el país se afanaba en reclamar su libertad, Yasin se ocupaba de asegurar y decidir la suya propia. Su salida a las veladas nocturnas tras la abstinencia marcada por las conveniencias en las semanas que seguían al matrimonio, no la había conseguido sin lucha. Había una verdad que a menudo se repetía a sí mismo como una excusa a su nueva conducta, y era que no se imaginaba, en la embriaguez del sueño de su nuevo estado, que volvería a la vida de frivolidad entre el café y la taberna de Kostaki. Había estado totalmente seguro de que diría adiós a aquello para siempre, abrigando para su vida conyugal los mejores propósitos, hasta que se le vino encima el grave desengaño de todo su matrimonio, y los nervios se cansaron de cargar con el tedio o la vida vacía, como él la llamaba. Entonces se refugió, con toda la fuerza de su alma mimada y sensible, en el esparcimiento, la diversión y el olvido, en el café y en la taberna; no como una vida que constituyera una norma para él, tal como había creído en el pasado, cuando el matrimonio era una esperanza en reserva, sino como una vida cuyo placer era todo lo que le quedaba, una vez que el matrimonio había resultado un amargo fracaso; como le ocurre a aquel a quien las esperanzas hacen huir de su país, y la frustración lo obliga a volver a él arrepentido. Pero Zaynab, que había conocido junto a él el cálido afecto y la ávida caricia, más aún, la estima que lo llevó un día hasta a ir con ella al teatro de Kishkish Bey haciendo caso omiso del apretado cerco de severas tradiciones edificadas por su padre en torno a la familia... Zaynab por su parte sufría una impresión difícil de soportar cuando él se alejaba de ella, noche tras noche, para regresar de madrugada borracho y dando tumbos. No pudo por menos que confiarle sus pesares, aunque él sabía intuitivamente que un salto tan repentino en su vida conyugal no podía pasar desapercibido. Yasin se temió desde el principio que surgiría algún tipo de oposición, un reproche o una pelea, y se preparó adecuadamente para zanjar la situación con firmeza, haciendo suyas las palabras de su padre la noche en que lo cogió a la vuelta del teatro de Kishkish Bey, «a las mujeres no las corrompen nada más que los hombres; pero no todos los hombres son dignos de velar por las mujeres». Y apenas ella se hubo quejado, le dijo: «No hay motivo para estar triste, querida; desde siempre las casas han sido para las mujeres y el mundo para los hombres... ¡Todos son así! Y el marido sincero conserva su fidelidad, tanto lejos de su mujer, como cuando está ante ella. Trasnóchar me produce una diversión y una alegría que hacen de nuestra vida un disfrute perfecto...». Cuando ella hizo alusión a sus borracheras, pretextando que «temía por su salud», él se echó a reír y dijo en el mismo tono, aunando la amabilidad y la firmeza: «Todos los hombres se emborrachan. Mi salud mejora con la embriaguez —rió otra vez—, pregúntale a mi padre o al tuyo». Ella ya no quiso seguir discutiendo con él, corriendo tras una esperanza engañosa, y él acentuó su firmeza, envalentonado por el tedio que lo obligaba a no dar importancia a los enfados de Zaynab. Se puso a exaltar el derecho absoluto que tienen los hombres a hacer lo que les plazca, y la obligación de las mujeres a someterse y a mantenerse dentro de los límites. «Mira a la mujer de mi padre, ¿la has visto algún día oponerse a su proceder...? Por ese

entendimiento son dos esposos felices y una familia tranquila. Es necesario que no volvamos sobre este asunto...»

Quizás él, si se hubiera abandonado a su solo sentimiento, no habría empleado para hablarle tanta diplomacia, pues su fracaso matrimonial lo había llevado a sentir hacia ella unas veces una especie de deseo de venganza, y otras una especie de aversión intermitente, aunque no dejaba de desearla de vez en cuando. Pero respetó los sentimientos de Zaynab en honor —o por miedo— a su padre, cuya fuerte relación con el de ella —el señor Muhammad Effat— le era conocida. En verdad, nada le preocupaba tanto como su temor a que ella se le quejara y éste, a su vez, lo hiciera al suyo, hasta el punto de que había decidido seriamente, si ocurría algo de lo que se temía, tomar una vivienda independiente, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Pero sus temores no se confirmaron; la muchacha demostró, a pesar de su tristeza, que era una mujer «juiciosa», como si fuera de la misma clase que su suegra. Estimó su situación en toda su justeza y aceptó su realidad, segura, en cuanto a su marido, de la sinceridad y de la inocencia de sus veladas tal como él lo repetía siempre, contentándose con manifestar el dolor y la tristeza en el estrecho círculo familiar —la reunión del café— sin conseguir un apoyo serio. ¿Cómo lo iba a conseguir en un ambiente que consideraba la sumisión al hombre como una religión y un dogma? Es más, posiblemente la señora Amina había desaprobado sus quejas y se había indignado por ese extraño exclusivismo hacia su marido al que ella aspiraba. Porque Amina no podía concebir a las mujeres sino bajo su propia imagen, y a los hombres bajo la de su marido; y no veía extraño que Yasín disfrutara de su libertad resultándole extraña, eso sí, la queja de su mujer.

Solamente Fahmi apreció su tristeza y se comprometió a hacérsela llegar a oídos de Yasín, aunque estaba seguro desde el principio de que defendía una causa perdida. Posiblemente lo que lo animaba a hacerlo era la cantidad de encuentros que ambos habían tenido en el café de Ahmad Abdu en el Jan el-Jalili, aquel café que estaba bajo tierra como si fuera una cueva excavada en las entrañas de un monte, techado con las casas del viejo barrio, retirado del mundo, con sus estrechas habitaciones enfrentadas, su patio en medio del cual se encontraba un surtidor silencioso, sus lámparas que estaban encendidas noche y día, y su ambiente tranquilo, soñador y fresco. Yasín se había inclinado por este café debido a su proximidad a la taberna de Kostaki por una parte, y por otra, dada la necesidad de huir del de Si Ali en el-Guriyya tras la ruptura con Zannuba. Además escogió este nuevo café por su carácter antiguo, que estaba en consonancia con su alma caprichosa inclinada a la poesía. Fahmi, por su parte, no había conocido el camino de los cafés como consecuencia de un cambio repentino de su conducta, siendo como era un estudiante aplicado, sino obedeciendo a la llamada de aquellos días que convocaba a los estudiantes y a otros que no lo eran a reunirse y a cambiar impresiones. Él y un reducido grupo de sus compañeros habían elegido el café de Ahmad Abdu por las mismas características de antigüedad que lo convertían en un lugar a cubierto de las miradas, apto para reunirse noche tras noche a hablar, a cambiar impresiones, a hacer conjeturas y a esperar las noticias. A menudo los dos hermanos se encontraban en una de las pequeñas habitaciones, aunque fuera un breve instante, es decir, hasta que llegaban los camaradas de Fahmi o se acercaba el momento de que Yasín se trasladase a la taberna de Kostaki. En una de estas ocasiones, Fahmi aludió a la preocupación de Zaynab manifestando su sorpresa por la conducta de su hermano, la cual no estaba de acuerdo con una vida conyugal en sus comienzos. Yasín se echó a reír con la risa de un hombre que se ve con el derecho, con todo el derecho, a burlarse de la ingenuidad del otro y que se siente satisfecho de hablarle en el tono de consejero de aquello que ignora. Sin embargo, no quiso justificar su conducta directamente, prefiriendo apartar de su pecho las palabras que se le ocurrían, y dijo dirigiéndose al joven:

—Un día deseaste casarte con Maryam. Y no dudo que sentiste una gran pena por la actitud de tu padre, el cual impidió que aquel deseo se hiciera realidad. Te diré, y sé lo que digo, que si hubieras sabido en aquel tiempo lo que esconde el matrimonio tras de sí, habrías alabado a Dios por el fracaso...

Fahmi se asombró hasta el punto de sentirse incómodo, porque no se esperaba que lo sorprendiera con una primera frase articulada con palabras que simultaneaban «Maryam», «matrimonio» y «deseo», ideas que habían desempeñado en el teatro de su alma papeles que no olvidaría, y cuya huella no se borraría jamás. Posiblemente exageró al manifestar su sorpresa, para ocultar la pena y la impresión que le producían los recuerdos, y quizás por eso no pudo decir esta boca es mía. Yasín siguió hablando, mientras hacía con su mano un gesto de tedio y de fastidio:

—¡No me imaginaba —dijo— que el matrimonio desembocara en este vacío! ¡En realidad no deja de ser un sueño engañoso... y cruel como toda innoble impostura!

Sus palabras le parecieron a Fahmi difíciles de digerir, y sospechosas, como correspondía a un joven a quien las fuentes de su vida emocional lo empujaban hacia un único objetivo que sólo tomaba cuerpo con la imagen de «esposa» y bajo el término de «matrimonio». Y le sabía mal que su desvergonzado hermano se tomase su sagrado término con esa irónica amargura.

—¡Pero tu mujer es una señora... perfecta! —murmuró enormemente sorprendido.

—¡Una señora perfecta! —exclamó Yasín burlón—. Eso es. ¿No es la hija de un hombre virtuoso...? ¿Y la nuera de una familia respetable...? ¿Bonita? ¿Educada...? Pero no sé qué demonio, responsable de la vida conyugal, convierte el conjunto de las cualidades anteriores en accidentes banales a los que la mente, bajo la presión del tedio mortal, no presta atención. Es como si fueran parte de los atributos de nobleza y felicidad que otorgamos generosamente a la pobreza, cuando nos parece que hemos de consolar a un pobre de su indigencia.

—No comprendo una sola palabra de lo que dices... —repuso Fahmi con llaneza y sinceridad.

—Espera hasta que lo aprendas por ti mismo...

—¿Por qué, entonces, la gente insiste en casarse desde el principio de la creación...?

—Porque con el matrimonio, como con la muerte, no sirven ni la precaución ni la advertencia... —Luego prosiguió como si hablara consigo mismo—: ¡Cómo ha jugado conmigo la fantasía! ¡Me ha elevado a unos mundos cuyos gozos sobrepasan a los sueños! ¡Cuántas veces me he preguntado: ¿Es cierto que voy a compartir la casa con una joven hermosa hasta la eternidad? ¡Qué sueño...! Pero te aseguro que no hay desgracia más penosa que compartir una misma casa con una belleza hasta la eternidad...

Fahmi masculló con el estupor de un hombre al que le resulta difícil, con la fogosidad de la juventud, imaginar el tedio:

—Quizás, tras una apariencia irreprochable, hayas visto otras cosas. Yasín dijo echándose a reír con amargura:

—¡Yo me quejo precisamente de esa apariencia irreprochable! ¡Mi queja, en realidad está originada por la propia belleza! Es... Es la que me ha hastiado hasta enfermar; es como una palabra nueva cuyo sentido deslumhra por vez primera, y luego sigues repitiéndola y usándola, hasta que te hace el mismo efecto que palabras como «perro», «gusano», «lección» y el resto de las cosas cotidianas, perdiendo su novedad y su encanto. Posiblemente has olvidado su propio significado, pues se ha convertido en una palabra desnuda, un vocable extraño, sin sentido ni razón para utilizarla. Tal vez si otro tropezara con ella a lo largo de tu charla, sería presa del asombro a causa de tu habilidad, mientras que la sorpresa se apoderaría de ti por su error. Y no preguntes por la desgracia que hay en el tedio de la «belleza», ya que se presenta como algo ineludible y es, por tanto, un destino inevitable... Así pues, es imposible escapar a una desesperación que no conoce reposo. No te asombres por mis palabras; yo te disculpo porque lo ves desde lejos, y la belleza, como el espejismo, no se ve más que de lejos...

A pesar de la amargura del tono, Fahmi dudó de la veracidad de sus argumentos, ya que estaba dispuesto desde el principio a acusar a su hermano, no a la naturaleza humana, por la conducta torcida que sabía que tenía. ¿No podía en realidad atribuir sus quejas a su desvergonzada vida anterior al matrimonio...? Se obstinaba en esta idea con el empeño del hombre que se niega a sufrir la pérdida de sus esperanzas más queridas. Y como Yasín no daba importancia a las opiniones de su hermano, en la misma medida en que no se la daba tampoco a expresar lo que sentía, continuó su perorata sonriendo limpiamente por vez primera:

—¡He empezado a comprender totalmente la postura de mi padre...! ¡Y comprendo qué es lo que ha hecho de él ese hombre desenfrenado que corre siempre detrás del amor! ¿Cómo podría soportar un único manjar durante un cuarto de siglo, cuando a mí me ha matado el aburrimiento a los cinco meses?

Fahmi dijo, ya angustiado por el hecho de meter a su padre en la conversación:

—Aun en el supuesto de que tu queja sea producto de una miseria propia de la naturaleza humana, la solución que tú propones —pensó decir: es antinatural; luego rectificó para ser más lógico— se aleja de la religión...

Yasín, que se contentaba en materia de religión meramente con creer, sin preocuparse seriamente de sus preceptos ni de sus prohibiciones, dijo:

—La religión apoya mi punto de vista, y signo de eso es que permite el matrimonio con cuatro mujeres, aparte de las esclavas con las que se llenaban los palacios de los califas y de los ricos. Ésta ha comprendido pues, que la belleza en sí misma, cuando se desgasta por la costumbre y la familiaridad, aburre, enferma y mata...

—Teníamos un antepasado que pasaba la noche con una esposa y la mañana con otra. Quizás lo hayas heredado tú —dijo Fahmi, sonriendo.

—Quizás —gruñó Yasín con un suspiro.

A pesar de que Yasín no se había aventurado a realizar hasta aquel momento ninguno de sus audaces sueños, lo cierto es que había vuelto al café y a la taberna, pero vacilaba antes de dar el último paso, antes de deslizarse hacia Zannuba o hacia otra. ¿Qué era lo que le había hecho reflexionar y vacilar? Posiblemente no carecía de un cierto sentido de la responsabilidad frente a la vida matrimonial, y tal vez no podía dejar de temer lo que decía la religión en lo tocante al «marido libertino» del que afirmaba que era distinto del «joven libertino»... O también era posible que la desilusión de la más fuerte esperanza que había hallado eco en él, lo hubiera desviado de los placeres del mundo hasta que había recobrado el dominio de sí mismo. Sin embargo, nada de esto fue un impedimento serio en su camino, digno de detener el curso de su vida. ¿No había encontrado una incitación elocuente en la conducta de su padre, que lo subyugaba? La «sabiduría» que se evidenciaba en su esposa la comparaba en su mente con la de la mujer de su padre, de modo que su imaginación estaba dispuesta a trazar la pauta de su vida futura teniendo como modelo la de la señora Amina con su padre. En efecto, había deseado tanto que Zaynab se sintiera segura con la vida que se le había asignado, como lo estaba la mujer de su padre con la suya, y de este modo quitarse de en medio como lo hacía su padre, para volver al final de la noche, gozando de una casa tranquila y de una esposa que finge dormir. Así, sólo así, la vida conyugal le parecía posible; más aún, excelente y con unas cualidades dignas de ser deseadas. ¿Qué ambiciona cualquier mujer, aparte de la casa conyugal y la satisfacción sexual...? ¡Nada! Son animales domésticos, y como tales han de ser tratadas. Ciertamente que a los animales domésticos no se les permite importunar nuestra vida privada. Han de esperar en casa hasta que decidamos acariciarlos. Ser un marido dedicado a la vida conyugal es la muerte. Un único espectáculo, una sola voz, un único manjar, en conclusión, una reiteración limitada de gestos y voces que no dejan de repetirse y repetirse hasta que el movimiento y la rigidez llegan a ser lo mismo! y el sonido y el silencio coinciden... No, no... Yo no me he casado para esto... Si dicen que es blanca, ¿no deseo a la morena o a la negra...? Y si dicen que es redondita, ¿cómo me consuelo de la delgada y de la corpulenta...? O si dicen que es educada, con abolengo, noble y respetable, ¿acaso quita eso mérito a la chica de los carros? ¡Vamos, vamos!

51

El señor estaba inclinado sobre sus cuadernos cuando un zapato de tacón alto golpeó el umbral de la tienda. Alzó los ojos con un interés instintivo y vio a una mujer cuya melaya envolvía un cuerpo entrado en carnes; el borde de su negro velo descubría una frente esplendorosa y un par de ojos pintados con kohl. Su semblante sonrió, dando una bienvenida tanto tiempo deseada al reconocer en seguida a la señora Umm Maryam, o a la mujer del difunto Redwán, como se la llamaba últimamente. Como Gamil el-Hamzawi estaba ocupado con algunos clientes, la invitó a sentarse junto a su escritorio. La mujer se acercó contoneándose, y se sentó en una sillita de la que se desbordaban sus flancos, mientras le daba los buenos días. Y a pesar de que el saludo por parte de ella y la bienvenida de él discurrieron por el cauce convenido, que se repetía siempre que una «dienta» digna de tal acogida venía a verlo, la atmósfera que envolvía el rincón de la tienda en torno a la mesa del escritorio se cargó de una electricidad maliciosa, cuyos signos se manifestaban, por una parte en los párpados de ella, bajos por el pudor, a ambos lados del arús del velo, y por otra en la mirada de él, al acecho

por encima de las aletas de su enorme nariz. Una electricidad oculta y silenciosa, aunque su luz celada estaba alerta en espera de un contacto para que surgiera, brillara y se inflamara... Era como si él hubiera esperado esta visita que disipaba esperanzas susurradas y sueños reprimidos. Además de que la muerte del señor Muhammad Redwán le había provocado ideas y suscitado deseos, como el recogimiento del invierno despierta las diversas esperanzas de la juventud en la naturaleza y en los seres vivos. Con su muerte había desaparecido la ansiedad que le impedía sentir la virilidad, y pudo recordarse a sí mismo que el difunto no era nada más que un vecino, no un amigo, y que se había ido. Ahora tenía además la posibilidad de expresar su sentimiento ante la belleza de esta mujer, de la que se había apartado tiempo atrás velando por su dignidad, y de reclamar su parte de placer y de vida. Sin contar con que su sentimiento hacia Zubayda había empezado a deteriorarse, como el fruto al final de su temporada. Así pues, la mujer se encontró, a diferencia de la visita anterior, con un macho enérgico y un ardiente enamorado... Sin embargo, a él se le cruzó una idea inoportuna: que se tratara de una visita inocente; pero la rechazó con fuerza, aduciendo los discretos indicios y la maravillosa duda que se había escapado de ella en la anterior visita, confirmándose sus conjeturas con esta visita de hoy, a la que no estaba obligada si no era por algo parecido a lo que a él mismo le rondaba en la cabeza. Finalmente se decidió a tantear el camino como un viejo experto. Así pues, le dijo sonriendo amablemente:

—¡Un paso encantador!

—Que Dios te honre —dijo ella con un cierto embarazo—. Iba de regreso a casa y al pasar por la tienda se me ha ocurrido coger yo misma lo necesario para el mes.

Él captó el «pretexto» de su venida, pero rehusó darle crédito, al considerar que el coger las provisiones del mes por sí misma no era nada, a no ser que detrás de eso existiera un motivo. Especialmente porque ella sabía de modo espontáneo y por instinto que su venida, tras los «preliminares» de su anterior visita, se prestaba a despertar en él la sospecha, y a que le pareciera un «enredo» no exento de coquetería. La prisa de ella por disculparse aumentó la confianza del señor, que dijo:

—Es una buena ocasión para saludarte y ponerme a tu disposición...

Le dio las gracias con una brevedad que él escuchó a medias, pues estaba ocupado en pensar la siguiente palabra. Quizás hubiera sido natural que hiciera un alto para recordar al difunto marido pidiendo por su eterna salvación; pero desechó esta idea, no fuera que le estropease todo el ambiente, preguntándose luego: «¿Atacar, o contenerse para conducirla gradualmente al ataque...?». Cada sistema tenía su encanto, pero no quiso olvidar que la visita en sí misma era un gran paso por parte de ella, que merecía la mejor acogida por la suya. Y prosiguió diciendo, como si completara sus anteriores palabras:

—¡Es más, una buena ocasión para verte!

Los párpados y las cejas de la mujer se movieron con un gesto que quizás indicaba sonrojo, embarazo o ambas cosas, pero que antes que nada sacaba a relucir su sagacidad frente al doble sentido que había tras su aparente cortesía. Como él vio en su sonrojo una respuesta al impulso interior que la había movido a visitarlo, más que una respuesta a sus propias palabras, aumentó su seguridad en su primera conjetura y él se dispuso a confirmar lo que había querido expresar diciendo en tono sutil:

—Sin duda, es una buena ocasión para verte...

Entonces ella dijo con un acento que denotaba una censura contenida:

—¡No creo que tú consideres el hecho de verme una buena ocasión!

El tono de reproche le produjo en su fuero interno un efecto de satisfacción y alegría, pero dijo a modo de protesta:

—Está en lo cierto quien dice que la más mínima conjetura es un pecado.

Ella agitó la cabeza como si quisiera decirle «no hay que pensar que semejantes palabras me causan impresión», y dijo:

—No es ni mucho menos una conjetura. Quiero decir lo que digo. Tú eres un hombre que no carece de inteligencia, y a mí me ocurre lo mismo..., aunque te imagines lo contrario... Y a ninguno de nosotros le es posible intentar engañar al otro.

A pesar de que la expresión de estas palabras procedía de una mujer cuyo marido apenas hacía dos meses que había muerto, despertaron en su alma un sentimiento de burla y de amargura, y se puso de buena gana a inventar excusas para ella, cosa en la que no había pensado en otras ocasiones, diciéndose a sí mismo: ¡Qué digna paciencia la suya con su larga enfermedad! Se le puede disculpar. Luego se libró enérgicamente de su repentino sentimiento y dijo afectando tristeza:

—¿Estás enfadada conmigo...? ¡Qué mala suerte! ¡No la merezco!

Ella repuso con cierto arrebato, cuyo motivo quizás fuera la limitación de espacio y de tiempo para los juegos de toma y daca:

—Me decía a mí misma mientras venía por el camino hacia aquí: «No es procedente que vayas...». Y ahora no tengo derecho a censurar a nadie más que a mí misma.

—¿A qué viene este enfado, señora...? ¡En efecto, yo me pregunto de qué se me acusa!

Ella preguntó con un tono lleno de significado:

—¿Qué hacer cuando saludas a una persona y no te devuelve el saludo sino algo aún peor que eso?

Comprendió en seguida que hacía alusión a la demostración de afecto que ella había intentado en su anterior visita, y que él recibió en silencio. Pero fingió ignorar tal alusión, y dijo, siguiendo su estilo enigmático:

—Quizás no llegó a su oído por una causa o por otra...

—Él es fuerte de oído y de todos los sentidos.

Fluyó a la boca del señor una sonrisa de asombro que no pudo contener, y dijo con el tono del culpable cuando empieza a reconocer su falta:

—Posiblemente no lo devolvió por pudor o por temor.

—En lo tocante al pudor, no lo tiene —dijo ella con una franqueza que lo maravilló e hizo vibrar su corazón —, Y en cuanto a las otras excusas, ¿desde cuándo los corazones sinceros tienen que preocuparse de ellas?

A él se le escapó una risa que controló en seguida mientras miraba furtivamente a Gamil el-Hamzawi, que parecía absorto en el trabajo entre un grupo de clientes. Luego dijo:

—No me gusta volver a las circunstancias que me resultaron difíciles en aquel tiempo. Pero no puedo desesperar mientras hay arrepentimiento, penitencia y perdón.

—¿Cómo sabremos que hay arrepentimiento? —preguntó ella con reticencia.

—Yo me lo he tragado durante largo tiempo —dijo con un tono acalorado, en el que destacaba su maestría adquirida con los años —. ¡Dios es testigo!

—¿Y la penitencia?

—¡Devolver diez veces el saludo! —dijo atravesándola con una ardiente mirada.

—¿Y quién nos dirá que hay perdón? —preguntó ella con coquetería.

—¿No perdona el que es generoso? —dijo él con elegancia. Luego prosiguió con intensa embriaguez:

—El perdón a menudo es una palabra secreta para acceder al paraíso... Después, mientras miraba con ternura una agradable sonrisa que brillaba en los ojos de la mujer, dijo:

—¡El paraíso al que me refiero cae en la encrucijada de Bayn el-Qasrayn con el-Nahasín, y con la buena fortuna de que su puerta se abre a un callejón lateral, que está lejos de los ojos vigilantes, y que no tiene guardián!

Él comprendió que el guardián del paraíso celestial era «el difunto», el cual lo había sido del paraíso terrenal cuyo camino él buscaba. Un pesar enturbió su pensamiento, y temió que la mujer hubiera percibido la misma verdad irónica. Pero la encontró sumida en una especie de ensueño, y suspiró mientras pedía perdón a Dios en su interior. Gamil el-Hamzawi había acabado con sus clientes y se acercó a la señora para cumplir sus encargos, presentándosele al señor la ocasión de reflexionar. Se puso a recordar cómo su hijo Fahmi había deseado un día pedir en matrimonio a Maryam, la hija de esta mujer; luego cómo le había inspirado Dios la negativa. En aquel momento había creído que sólo ejecutaba la voluntad de su esposa, y no se le ocurrió que estaba apartando a su hijo de la peor tragedia que puede afligir a un marido, pues ¿era posible que una chica siguiera otro modelo que el de su madre...? ¡Y qué madre! ¡Una mujer peligrosa! ¡Quizás fuese una valiosa joya para los cazadores como él; pero en la casa, una tragedia sangrienta! ¿Qué conducta habría seguido a lo largo de los años en que su marido había vivido como un muerto viviente...? Todos los indicios señalaban en una sola dirección, y quizás muchos de los vecinos lo sabían; más aún, posiblemente si hubiera habido en su casa quien fuera buen observador de estos asuntos, no se le habría ocultado nada, y su propia mujer no hubiera seguido siendo amiga suya ni confiando en ella como hasta ahora. Le volvió un deseo que se había apoderado de él por primera vez tras la dudosa visita anterior, sin haber encontrado entonces un camino seguro para realizarlo sin despertar sospechas. Se trataba de interponerse entre la mujer desvergonzada y su inmaculada casa. El veía ahora que la coyuntura era oportuna para su esperado contacto con ella, y para realizar así su deseo. El medio era insinuarle que cortara poco a poco los lazos de amistad con su esposa, inventando una excusa apropiada que se le ocurriera para conseguir su propósito sin ofender la dignidad de ella, de esta mujer que estaba a la vez tan cerca de su corazón y tan lejos de su respeto. Cuando el-Hamzawi acabó de preparar lo que ella necesitaba, ésta se levantó, tendiendo la mano al señor, y saludó sonriendo mientras él decía con voz apagada:

—¡Hasta la vista!

—¡Estaremos esperando! —murmuró la mujer disponiéndose a partir.

Ella lo dejó lleno de felicidad, ebrio de triunfo y de asombro, pero también le produjo un resquemor que no existía antes; un resquemor digno de figurar en un lugar destacado entre sus preocupaciones cotidianas. A partir de ahora se preguntaría por el medio más seguro para retirarse de la casa de Zubayda, con el mismo interés con el que se preguntaba qué había hecho la autoridad militar, qué preparaban los ingleses y qué se proponía Saad. Sin duda, una nueva suerte de felicidad, que arrastraba tras de sí, como de costumbre, un cortejo de ideas. Si no fuera por lo mucho que deseaba el amor de la gente, ese amor del que conseguía la mayor dicha, le hubiera sido fácil huir de la cantora una vez que su pasión se había echado a perder, sus flores se habían ajado, y la saciedad lo había ahogado en un pantano putrefacto. Pero temía siempre dejar tras de sí un corazón enojado o un alma rencorosa. ¡Cuánto le habría gustado, cada vez que el hastío atenazaba su espíritu, que el ser amado iniciara la huida de su lado, y ser abandonado sin que fuese él el que huyera! ¡Y cuánto le habría gustado acabar su relación con Zubayda como se habían acabado anteriormente otras parecidas: con una preocupación pasajera enjugada por los regalos escogidos para la despedida, que luego se convertiría en una firme amistad! ¿Acogería Zubayda, a la que consideraba no menos hastiada que él, su excusa de buen grado? ¿Esperaba que sus regalos le perdonaran la huida que había decidido? ¿Daría pruebas de ser una mujer de gran corazón, de alma generosa como su compañera Calila, por ejemplo? Esto era lo que debía pensar detenidamente y preparar en consecuencia el recurso más apropiado. Lanzó un prolongado suspiro como quejándose de que el amor fuera perecedero, y de que no le evitara al corazón las molestias de

las pasiones. Luego la imaginación lo distrajo, dejando transcurrir el día. Y se encontró avanzando en la oscuridad, buscando su camino hacia la casa prometida, y a la mujer esperándolo con una lámpara en la mano.

52

«Inglaterra ha proclamado su protectorado unilateralmente sin que lo solicite o lo acepte la nación egipcia. Es, pues, un protectorado nulo, que no se atiene a las normas; más aún, es un imperativo adicional de la guerra, que terminará cuando ésta acabe.»

Fahmi dictaba las palabras una a una, con calma y voz de clara entonación, mientras la madre, Yasín y Zaynab seguían con interés la nueva clase de dictado que Kamal se aplicaba a escribir, concentrando su atención en las palabras, sin comprender nada de lo que escribía, correcta o incorrectamente. No era extraño que Fahmi diera a su hermano pequeño una lección de dictado o de otra cosa en la reunión del café, pero el tema de éste era nuevo, incluso para la madre y para Zaynab. Yasín, por su parte, miró a su hermano sonriendo, mientras decía:

—Veo que estos conceptos se han adueñado de ti por completo... Dios no te ha inspirado dictar a este pobre chico otra cosa que un discurso político nacionalista, gracias al cual se abrirán las puertas de las cárceles...

Fahmi se apresuró a confirmar la opinión de su hermano diciendo:

—Forma parte de un discurso de Saad ante las fuerzas de ocupación en la Asamblea económica y legislativa...

—¿Y cómo le han respondido? —preguntó Yasín, interesado y sorprendido.

—Aún no ha llegado su respuesta —dijo Fahmi excitado—. Todo el mundo se pregunta por ello con estupor y angustia. Es un grito de rabia, lanzado en la cara de un león del que no se espera ni la benevolencia ni la equidad. —Luego, prosiguió mientras suspiraba colérico e irritado—: Hacía falta esto, después de haber prohibido al Wafd hacer el viaje y después de dimitir Rushdí Basha del ministerio, frustrando al sultán todas las esperanzas al aceptar su dimisión.

Luego se fue apresuradamente a su cuarto, y volvió desplegando una hoja doblada que presentó a su hermano mientras decía:

—No sólo tengo el discurso. Lee esta proclama que se ha distribuido en secreto, y contiene la carta del Wafd al sultán...

Yasín tomó el panfleto y se puso a leer:

—«Majestad:

»Los firmantes de este escrito, miembros del Wafd egipcio, tienen el honor de elevar a Vuestra Egregia Dignidad, por delegación de la Nación, lo siguiente:

»Estando de acuerdo los beligerantes en establecer los principios de libertad y justicia como base de la paz, y habiendo declarado que a los pueblos cuyo estatuto haya cambiado la guerra se les pedirá su opinión para su autogobierno, hemos hecho nuestro el asumir la posibilidad de independizar a nuestro pueblo y de defender su causa ante la Conferencia de Paz, en tanto que el derecho primordial ha desaparecido del campo de la política, y dado que nuestro pueblo, con la decadencia de la soberanía turca, es libre de cualquier derecho sobre él, porque el protectorado que han proclamado los ingleses sin acuerdo entre ellos y la Nación egipcia es nulo, y no es en realidad más que un imperativo bélico que acaba con el fin de la guerra. Fundándose en estas consideraciones y en que Egipto ha satisfecho cuanto estaba en su poder, dentro del grupo de los que claman por la protección de la libertad de las pequeñas naciones, nada impide a la Conferencia de Paz el reconocer nuestra libertad política, una libertad sobre cuyos principios se basa.

»Hemos expuesto nuestro deseo de viajar a vuestro primer ministro, Su Excelencia Huseyn Rushdi Basha, que ha prometido ayudarnos a realizarlo, confiando por su parte en que nosotros solamente expresaremos la opinión de la nación en su totalidad... Y dado que no se nos ha permitido viajar y se nos ha retenido dentro de las fronteras de nuestro país por la fuerza arbitraria, no por la legal, y que se nos ha impedido defender la causa de esta afligida nación; dado que Su Excelencia no ha podido soportar la responsabilidad de permanecer en su cargo cuando se ponen obstáculos a la voluntad del pueblo, han pedido tanto él como su compañero de gabinete, Su Excelencia Adli Yeguen Basha, la dimisión definitiva, que ha sido aceptada por parte del pueblo honrando a ambas personalidades y reconociendo su sinceridad y patriotismo.

»La gente había pensado que ambos contaban con el sólido apoyo de V. M. por vuestra noble actitud en defensa de la libertad. Por ello nadie se esperaba en Egipto que la última solución a la cuestión del viaje del Wafd fuera aceptar la dimisión de los dos ministros, ya que ello implica un acuerdo con aquellos que ambicionan nuestra humillación, una consolidación de la dificultad que se ha interpuesto en el camino de quienes iban a presentar las pretensiones de la nación a la Conferencia, y una proclamación para siempre de un gobierno extranjero sobre nosotros.

«Sabemos que V. M. posiblemente se ha visto movido por razones dinásticas a aceptar el trono de vuestro egregio padre, que quedó vacante con el fallecimiento de vuestro hermano el difunto Sultán Huseyn. Pero la nación, por otra parte, creía que, dada vuestra aceptación de este trono en el momento de un protectorado temporal y nulo, y teniendo en cuenta las circunstancias dinásticas, no cabía pensar que os alejara de actuar en favor de la independencia de vuestro país. Sin embargo, solucionar la cuestión aceptando la dimisión de los dos ministros que han dado muestras de su respeto a la voluntad de la nación, no es posible que coincida con el amor al bien de vuestro país al que os sentís naturalmente inclinado ni con tener en cuenta la voluntad de vuestro pueblo. Por ello la gente se ha asombrado de vuestros consejeros, de cómo no se han vuelto hacia la nación en esta crítica circunstancia, cuando reclamaba de vos, el más ilustre de los hijos de su gran libertador Muhammad Ali, que fuerais para ella el primer soporte para obtener su independencia, cualquiera que fuera vuestro precio por ello, pues vuestra empresa es demasiado alta para que le pongan barrera las circunstancias. ¿Cómo se les ha pasado a vuestros consejeros que el gesto de la dimisión de Rushdi Basha no permite a un hombre egipcio con dignidad patriótica sucederle en su cargo...? ¿Cómo se les ha escapado que un ministerio basado en un programa contrario a la voluntad del pueblo está condenado al fracaso...?»

»Perdón, Majestad. Nuestra injerencia en este asunto sería, en otra circunstancia, inconveniente. Pero ahora es lo suficientemente grave como para otorgarle otra consideración distinta del interés de la patria, de la que vos sois su fiel servidor. V. M. detenta la mayor dignidad en el país, y ello os obliga a ser el más responsable. En vos se halla su mayor esperanza, y nosotros no os negaremos el consejo leal cuando os supliquemos que tratéis de conocer la opinión de vuestra nación antes de adoptar una resolución definitiva en el asunto de la crisis actual. Nosotros aseguramos a Vuestra Alteza que no hay nadie entre sus súbditos, de un extremo al otro del país, que no reclame la independencia; y poner un obstáculo a la petición de la nación es una responsabilidad sobre cuya importancia no han calibrado los consejeros de V. M. con la debida minuciosidad. Por eso el deber de servir a nuestro país y nuestra lealtad a V. M. nos han empujado a elevar a vos el sentimiento de vuestra nación, que es ahora la más ferviente esperanza en su independencia, y el miedo más intenso a que juegue con ella el partido de la colonización, y que os reclama por el derecho que tiene sobre vos: que hagáis vuestra su cólera y que permanezcáis en sus filas para obtener con ello su propósito..., pues podéis hacerlo.»

Yasín alzó la cabeza del panfleto. En sus ojos había asombro, y en su corazón un nuevo latido de emoción. Pero agitó la cabeza diciendo:

—¡Qué alocución! ¡No me imagino a mí mismo dirigiendo una semejante al inspector de mi escuela sin que me echara una buena reprimenda!

Fahmi se alzó de hombros indiferente, y dijo:

—¡El asunto es ahora lo suficientemente grave como para concederle otra consideración que no sea el interés de la patria!

Repitió la expresión de memoria tal como estaba en el panfleto, y Yasín no pudo por menos que decir riendo:

—¡Te lo has aprendido de memoria...! Pero no me asombro por esto. Es como si hubieras estado acechando a lo largo de tu vida un gesto como éste, para lanzarte a él con todo tu corazón. Quizás yo no carezco de un sentimiento y unas esperanzas semejantes a las tuyas, pero no estoy de acuerdo contigo en que guardes esa proclama..., especialmente después de la dimisión del ministerio y de la provocación que supone la ley marcial...

—¡No pienso ocultarlo en absoluto —dijo Fahmi con jactancia— sino que me propongo darle la difusión que pueda...!

Los ojos de Yasín se dilataron de ansiedad, y quiso hablar; pero la madre se le adelantó, y dijo inquieta:

—Apenas doy crédito a mis oídos. ¿Cómo te vas a exponer a este peligro, siendo tan juicioso?

Fahmi no supo cómo responderle, pero pensó en el aprieto al que lo había arrastrado su precipitación. Nada le era más penoso que hablarle de este asunto. El cielo estaba más cerca de él que convencerla de que exponerse al peligro por el bien de la patria era un deber, dado que toda ella a los ojos de su madre no valía ni la mínima parte de una uña. Es más, le parecía que expulsar a los ingleses de Egipto era más fácil que llevarla al convencimiento de la necesidad de expulsión, o incitarla a odiarlos. Y en cuanto la conversación giraba en torno a aquello, ella decía con llaneza: «¿Por qué los odias, hijo mío...? ¿No son personas como nosotros, con hijos y madres?». Entonces él le decía vehementemente: «¡Pero han ocupado nuestro país...!».

Ella percibía la violencia de la cólera en sus palabras y buscaba refugio en el silencio, dejando escapar una mirada de compasión que, si hubiera podido hablar le habría dicho: «¡No tienes que preocuparte de eso!».

Una vez él le dijo, agobiado por su lógica: «Un pueblo no tiene vida cuando lo gobierna un extranjero», y ella le repuso con extrañeza: «¡Pero seguimos vivos, aunque nos gobiernen desde antiguo! ¡Yo os he parido a todos a la sombra de su poder...! ¡Ellos, hijo mío, no matan, ni se meten con las mezquitas, y la comunidad musulmana sigue con bien...!».

Y el joven le dijo desesperado: «¡Si nuestro señor Muhammad estuviera vivo, no le gustaría que lo gobernasen los ingleses!».

Ella repuso con tono prudente: «Esto es verdad..., pero ¿nos vamos a comparar con el Enviado, sobre él la salvación y la paz...? Dios lo ayudaba con sus ángeles...». Y él exclamó: «¡Saad Zaglul hará lo que los ángeles hacían!».

Pero ella exclamó a su vez, alzando los brazos como si rechazara un desastre inevitable: «¡No digas eso, hijo mío! ¡Pídele perdón a tu Señor! ¡Que Dios se apiade de ti y te perdone!».

Así era ella. ¿Cómo responderle ahora que era consciente de que en la difusión del panfleto había un peligro que lo amenazaba...?

Él no tuvo más remedio que recurrir a la mentira, y dijo simulando indiferencia:

—Sólo quería bromear. No te inquietes por nada.

Y la mujer volvió a decir, con un tono que denotaba sumisión:

—Esto es lo que yo creo, hijo mío. No quiero tener que decir que mi opinión sobre el más sensato de los hombres estaba equivocada. ¿Qué nos va a nosotros en este asunto? Cuando nuestros bashas opinen que los ingleses han de salir de Egipto, que los echen ellos mismos.

Kamal, a lo largo de la conversación, parecía intentar recordar un asunto importante, y al llegar la charla a este punto gritó:

—¡El profesor de árabe nos dijo ayer que las naciones se independizan por el firme deseo de sus hijos...!

—Quizás se dirigía con su perorata a los alumnos mayores —exclamó la madre indignada—. ¿No me habías dicho un día que teníais compañeros a los que les había salido ya el bigote?

—¿Y mi hermano Fahmi, no es un alumno mayor? —preguntó Kamal ingenuamente.

—¡Claro que no es mayor tu hermano! —dijo la madre con desusada impetuosidad—. Me maravillo de este maestro, ¡cómo habrá podido pensar en hablaros de otra cosa que no sea la lección...! ¡Cuando quiera ser patriota realmente, que dirija este discurso a sus hijos en su casa, y no a los de los demás...!

La conversación estuvo a punto de enardecerse y mantenerse, si no hubiera sido por una palabra que surgió de pasada y cambió su curso. Zaynab quiso conquistarse a la madre saliendo en su defensa, y cargó contra el profesor de árabe, calificándolo de «estudiantucho de el-Azhar, del que el gobierno ha hecho un hombre importante en un descuido». Pero apenas oyó la madre este insulto dirigido al «estudiantucho de el-Azhar», volvió en sí de su indignación y rehusó dejarlo pasar —aunque se había dicho en su ayuda —, impulsada por el respeto al recuerdo de su padre que ella guardaba en su interior.

Así pues, se volvió hacia Zaynab, y dijo tranquilamente:

—Hija mía, desdeñas lo más honorable que hay en él. Los sheyjs son los representantes de los profetas. En efecto, a este hombre ha de censurársele salirse de los límites de su venerable tarea. ¡Ojalá se hubiera contentado sólo con ser estudiante de el-Azhar y sheyj!

No se le escapó a Yasín el secreto del brusco cambio de la madre, y se apresuró a intervenir para limar la huella que había dejado la inocente defensa de su esposa...

53

—¡Mira la calle, mira la gente! ¿Quién dirá, después de esto, que no ha ocurrido el desastre?

Pero el señor Ahmad no tenía necesidad de seguir mirando. La gente se preguntaba y temblaba, mientras sus amigos se engolfaban en la conversación acaloradamente, haciéndose eco de los acontecimientos con pesar, tristeza y cólera. Hasta que la noticia circuló en las lenguas de todos los amigos y clientes que pasaban por delante de él, coincidiendo en que Saad Zaglul y sus mejores compañeros habían sido arrestados y conducidos a un lugar desconocido en El Cairo o fuera de él. El señor Muhammad Effât dijo con el rostro congestionado por la cólera:

—¡No dudéis de la veracidad de la noticia; las malas noticias tienen un olor que se percibe de lejos... ¿No se esperaba esto tras la carta del Wafd al Sultán...? ¿O tras su respuesta a la advertencia británica con esa colosal carta al gabinete inglés...?

—¡Arrestar a los grandes bashas! —dijo el señor con intenso abatimiento—. ¡Qué suceso tan horrible! ¿Qué harán con ellos?

—¡Sólo Dios lo sabe! ¡El país se asfixia a la sombra de la ley marcial!

El señor Ibrahim Alfar, comerciante de objetos de cobre, entró al encuentro de ellos a todo correr mientras exclamaba exhausto:

—¿No habéis oído la última noticia...? ¡Malta!

Se golpeó una mano con la otra y empezó a decir:

—¡El destierro a Malta! ¡No queda ni uno solo entre nosotros! ¡Han desterrado a Saad y a sus compañeros a la isla de Malta...!

—¡Los han desterrado! —exclamaron todos al unísono.

«El destierro» despertó en sus almas antiguos y tristes recuerdos, que los obsesionaban desde la infancia, sobre Orabi Basha y su trágico final, y se preguntaron, sin poder dominar el desasosiego de sus corazones: ¿Correrán la misma suerte Saad Zaglul y sus compañeros...? ¿Se cortarán realmente para siempre los lazos que los unen con la patria...? ¿Morirán estas grandes esperanzas apenas florecidas...? El señor sintió una

tristeza como jamás la sintiera antes, una tristeza pesada, densa, que se propagó en su pecho como se propagan las náuseas, sufriendo bajo su presión un gran desánimo, abatimiento y asfixia. Empezaron a intercambiar miradas taciturnas, sombrías; palabras sin lengua; gritos sin voz; revuelta sin alboroto; y en la saliva una sola amargura. Luego, a la zaga de Alfar, vino otro amigo, luego un segundo y un tercero, repitiendo la misma noticia, con la esperanza de encontrar en los demás un sedante para sus corazones abrasados, sin conseguir otra cosa que la tristeza muda, el silencio afligido y la agitación abrumadora.

—¿Perecerán hoy las esperanzas como perecieron en el ayer?

Nadie intentó responder. El que preguntaba no dejaba de clavar sus ojos en los rostros inútilmente. Ninguna respuesta a la que el alma pudiera acogerse en su turbación, aunque no quería decidirse a reconocer abiertamente el miedo que la mataba. Saad había sido desterrado... Esto era verdad, pero ¿volvería?, y si era así, ¿cuándo...? ¿Y cómo volvería Saad...? ¿Qué fuerza le haría volver...? ¡Saad no volverá nunca! ¿Adonde irán estas grandes esperanzas...? De ellas había brotado una vida ardiente y profunda, cuyo dominio sobre ellos rehusaba entregarlos a la desesperación; pero no sabían cómo arreglárselas para resucitarla de nuevo.

—Pero ¿no hay esperanza de que la noticia sea un falso rumor?

Nadie prestó atención al que hablaba, al tiempo que él mismo tampoco se la dio a tal indiferencia, porque en realidad con sus palabras sólo pretendía huir, aunque fuera de forma imaginaria, de la asfixiante desesperación.

—Los ingleses lo han hecho prisionero... ¿Quién va a luchar contra ellos?

—Solamente un hombre, que ha despertado un cegador instante de vida, y se ha ido...

—Como un sueño... Será olvidado y sólo quedará de él lo que queda de un sueño al despertar...

Alguien exclamó con una voz estrangulada por el dolor:

—¡Dios está presente!

—¡Sí...! —exclamaron al unísono—. ¡Él es el más clemente!

Mencionar el nombre de Dios tuvo el efecto del polo magnético: atrajo hacia sí las divagaciones de todos ellos y reunió sus ideas, que la desesperación había dispersado. Y la noche de ese día, por vez primera desde hacía un cuarto de siglo o más, la reunión de los amigos pareció desdeñar la diversión y la música, y quedó sumida en el abatimiento. Todas sus conversaciones se dirigían hacia el caudillo desterrado; la tristeza los había vencido, aunque había entre ellos quien luchaba entre la tristeza y el deseo de beber, por ejemplo; pero lo primero triunfaba sobre lo segundo, respetando el sentimiento general y de acuerdo con la situación. Sin embargo, cuando la conversación entre ellos se alargó hasta agotar el interés, se refugiaron en una especie de mutismo, sin que tardara en apoderarse de ellos un recóndito desasosiego, consecuencia del gusanillo del hábito que gemía en su interior. Parecía como si esperaran la señal de alguien que tomara la delantera; pero el señor Muhammad Effat dijo de repente:

—Es hora de que volvamos a nuestras casas...

No quiso decir lo que decía, pero era como si deseara advertirles de que, si dejaban pasar el tiempo de ese modo, no les quedaría más remedio que volver a sus casas. Su larga convivencia les había enseñado las sutilezas de la mutua comprensión con una simple seña. Ali Abd el-Rahim, el vendedor de harina, se animó con esta velada advertencia, y dijo:

—¿Vamos a volver a casa sin una copa que alivie el desastre de este día?

Sus palabras les produjeron el mismo efecto que produce el cirujano en la familia del enfermo cuando sale del quirófano a su encuentro y les dice: «¡Gracias a Dios, la operación ha sido un éxito!». Sólo que, uno que se

debatía entre la tristeza y el deseo de beber, dijo con una especie de pretexto que encubría el alivio que apaciguaba su pecho:

—¡Beber en semejante día!

El señor Ahmad clavó en él una mirada llena de sentido; luego dijo irónicamente:

—¡Déjalos beber solos y vamos para fuera, hijo de... perra! —Por vez primera soltaron la risa. Luego trajeron botellas, y como si el señor quisiera disculparse de esta conducta, dijo—: ¡La diversión no cambia lo que hay en el corazón de los hombres!

Ellos corroboraron sus palabras. Era la primera noche que vacilaban tanto antes de responder a la llamada de la pasión, y el señor no tardó en decir conmovido por el espectáculo de las botellas:

—¡Saad se ha sublevado para hacer felices a los egipcios, no para castigarlos! ¡No os avergoncéis de entregaros a la bebida cuando estáis tristes por él!

La tristeza no les impidió bromear; pero la noche no disfrutó de una claridad libre de preocupación, hasta el punto de que el señor la describiría más tarde como «Una noche enferma, que ellos habían curado con tragos de vino».

La familia comenzó la reunión tradicional, en un ambiente de abatimiento como nunca conociera antes. Fahmi se lanzó a una larga perorata revolucionaria, con las lágrimas en los ojos, mientras Yasín le prestaba atención triste y apenado. La madre quiso disipar la aflicción o paliar la desolación, pero temía que su deseo se volviera contra ella. Luego no tardó en contagiársele la tristeza, y su corazón se compadeció del anciano sheyj que había sido arrancado de su casa y del lado de su esposa para llevarlo a un lejano destierro...

—¡Triste asunto! —dijo Yasín—. ¡Todos nuestros hombres, Abbás, Muham-mad Farid y Saad Zaglul... arrojados lejos de la patria!

—¡Qué miserables estos ingleses! —añadió Fahmi excitadísimo—. Les hemos hablado en la misma lengua con la que intentaban congraciarse con la gente en su aflicción, y han contestado con advertencias militares, con el destierro y la expatriación...

La madre no soportaba ver a su hijo excitado por tal situación y, olvidándose de la tragedia del caudillo, dijo dulce y tiernamente:

—¡Apiádate de ti mismo, hijo mío! ¡Dios es bueno y misericordioso! Pero este dulce tono lo enardeció más, y gritó sin volverse hacia ella:

—Si no hacemos frente a la intimidación con la cólera que se merece, la patria no vivirá a partir de hoy. ¡No es posible que el país viva cómodamente en paz, mientras su caudillo que se ha sacrificado para rescatarlo sufre el castigo de la prisión!

—Es una gran suerte —dijo Yasín reflexionando— que Bási Basha esté entre los desterrados... Es sheyj de una tribu temida, y no creo que sus hombres permanezcan callados ante su destierro...

—¿Y los otros? —dijo Fahmi con virulencia—. ¿No hay hombres también detrás de ellos...? ¡No se trata de la causa de una tribu, sino de toda la nación!

La conversación discurría sin detenerse, sólo que iba creciendo en violencia y brusquedad; pero las dos mujeres se refugiaron en el silencio terriblemente asustadas. Zaynab no acertaba a comprender las causas de esta revuelta emocional, ni lo que significaba. Saad había sido desterrado junto con sus hombres. Seguro que si hubieran vivido como viven «los siervos de Dios», nadie habría pensado en desterrarlos. Pero ellos no querían eso. Se habían metido en asuntos peligrosos que tuvieron consecuencias innecesarias. Y cualquiera que fuera su asunto, ¿qué inducía a Fahmi a esta cólera demencial, como si Saad fuera su padre o su

hermano...? Es más, ¿qué inducía a Yasín —el hombre que sólo se iba a la cama dando tumbos a causa del vino— semejante tristeza...? ¿Se afligía realmente alguien como él por el destierro de Saad o de cualquier otro? ¡Bastante amargada estaba ella para que Fahmi enturbiara la dicha de esta breve reunión, con esta revuelta que carecía de sentido! Se puso a pensar en todo esto mientras observaba a su marido de vez en cuando, asombrada e indignada, como queriendo decirle: «¡Si fueras realmente sincero en tu tristeza, no irías esta noche, esta noche precisamente, a la taberna!». Pero no dijo esta boca es mía; fue lo suficientemente discreta como para no echar sus frías reflexiones en esa corriente de fuego. En este último aspecto la madre que, ante la cólera —aunque tuviera poca importancia— perdía rápidamente la valentía, se le asemejaba. Por eso buscó refugio en el silencio y se recogió en una intensa pesadumbre, mientras seguía recelosa la airada y apasionada conversación. Pero ella estaba más capacitada que la esposa de Yasín para comprender las causas de estas tempestades, pues su cabeza aún conservaba el recuerdo de Orabi, del mismo modo que su corazón seguía sintiendo pena por «nuestro Efendi». Sin duda, la palabra «destierro» no estaba carente de sentido para ella, aunque sí lo estaba de esa esperanza capaz de provocar a una persona como Fahmi, y ella la había asociado en su mente, como su marido y sus amigos, con la desesperación del regreso. Y si no, ¿dónde estaba «nuestro Efendi»...? Y ¿quién era más digno que él de volver a su patria...? Pero Fahmi, ¿persistiría en su tristeza todo lo que durase el destierro de Saad...? ¿Qué mala fortuna se empeñaba estos días en hacer que se acostaran de noche con una noticia, y que amanecieran con otra, hasta el punto de sacudir su sosiego y enturbiar su dicha? ¡Cuánto deseaba que volviese la paz a sus lares, que esta reunión tuviera el agrado de toda la vida, que se serenaran las facciones de Fahmi y la conversación fuese agradable, ¡como hubiera querido que...!

—¡Malta...! ¡Ésta es Malta!

Así gritó Kamal de repente alzando la cabeza del mapa del mar Mediterráneo, con el dedo fijo en el dibujo de la isla, y mirando triunfante y contento a su hermano, como si se hubiera tropezado con el mismísimo Saad Zaglul. Pero encontró de su parte un rostro sombrío y severo, que no contestaba a su voz ni le prestaba la más mínima atención. El chico se cansó, y volvió su mirada hacia el dibujo de la isla, desconcertado y avergonzado. Se puso a contemplarlo largo rato, mientras medía con la mirada la distancia entre ella y Alejandría, y entre ella y El Cairo, imaginando la apariencia real de Malta, tanto como se lo permitía la fantasía y el aspecto de aquellos hombres de los que se hablaba, y que habían sido conducidos a ella. Y como había oído a Fahmi, cuando se refería a Saad, que los ingleses lo habían sacado a punta de lanza, no pudo imaginárselo de otra forma que transportado sobre ellas, no sufriende y vociferante, como sucede en semejante situación, sino «firme como una montaña» como lo describió también su hermano en otra parte de la conversación. ¡Cómo le hubiera gustado poder preguntarle por la verdadera naturaleza de ese hombre mágico y asombroso que permanecía sobre la punta de las lanzas firme como una montaña! Pero ante el arrebató de cólera que se había tragado la paz de toda la reunión, aplazó la realización de su deseo hasta una ocasión más apropiada. Finalmente, Fahmi fue incapaz de permanecer sentado, tras asegurarse de que el sentimiento que albergaba en su pecho era demasiado grande como para que lo aliviara la conversación en este lugar con su hermano, el cual, desde su punto de vista, adoptaba la postura de espectador, si no de censor. Ardía en deseos de reunirse con sus amigos en el café de Ahmad Abdu donde encontraba corazones que daban respuesta al suyo, y almas que rivalizaban con él en exteriorizar los sentimientos y las opiniones que agitaban su pecho. Allí oía los ecos de la cólera que abrasaba su corazón y recogía sus sugerencias temerarias e inflamadas en un ambiente resplandeciente de sed de completa libertad. Se inclinó hacia el oído de Yasín, y murmuró:

—¡Al café de Ahmad Abdu...!

Yasín lanzó un profundo suspiro porque empezaba a preguntarse, sumamente apurado, por un medio apropiado que lo sacase de la reunión para ir a su velada, sin encender aún más la cólera de Fahmi. La tristeza que sentía no era falsa, o al menos no del todo. La grave noticia había conmovido su corazón; pero, si se hubiera dejado llevar por sí mismo, la habría olvidado sin esfuerzo. Y como le había impuesto a sus nervios esa gran tensión, para estar en consonancia con Fahmi y consigo mismo, y por respeto a su cólera, una cólera como jamás la había visto antes, abandonó la habitación mientras decía para sus adentros: «Hoy ya me basta con el esfuerzo que he hecho en pro del movimiento nacional. Mi cuerpo reclama su derecho».

Fahmi se despertó por el sonido de los golpes de la masa, que se elevaban desde la habitación del horno. La alcoba con las ventanas cerradas estaba en una semipenumbra; no brillaba más que una tenue luz que se filtraba tras las rendijas de las mismas. A sus oídos llegaba el murmullo de la respiración entrecortada de Kamal, y volvió la cabeza hacia su cercano lecho. Luego se le amontonaron los recuerdos de la vida. Era ésta una mañana nueva. Se había despertado de un profundo sueño; éste lo entregaba a una laxitud que invadía el alma y el cuerpo. No sabía si se despertaría jamás. No lo sabía ni lo sabía nadie. La muerte rondaba las calles de El Cairo a lo largo y a lo ancho, bailando en sus rincones. ¡Oh, maravilla! Ahí estaba su madre amasando como era su costumbre desde hacía tanto tiempo, y Kamal sumido en el sueño y revolviéndose mientras dormía; y allí Yasín, indicando con el ruido de sus pasos sobre el techo de la habitación que había saltado de la cama. En cuanto a su padre, seguramente ahora estaba plantado debajo de la fría ducha. Y ahí estaba la luz de la mañana llena de belleza y de pudor, cuyos primeros rayos pedían permiso con honda delicadeza. Todo continuaba su vida acostumbrada, como si nada ocurriera, como si Egipto no estuviera patas arriba, como si las balas no silbaran buscando pechos y cabezas..., como si la sangre inmaculada no tiñera la tierra y las paredes... El joven entornó los ojos mientras suspiraba sonriendo a la corriente desbordante de sentimientos de entusiasmo, esperanza, tristeza y fe que le venían en oleadas sucesivas. Realmente había vivido en los cuatro días transcurridos una vida plena como no había conocido anteriormente, o en todo caso la conocía sólo como ilusiones cuando soñaba despierto. Una vida pura y excelsa, una vida por la que entregaría su alma de buena gana en aras de algo hermoso y más valioso e importante que ella misma; una vida que se exponía a la muerte con indiferencia, le hacía frente con terquedad y la abordaba con desprecio. Y si escapaba de sus garras una vez, volvía a ella de nuevo sin importarle las consecuencias..., fijando la mirada largo tiempo en una maravillosa luz que partía ininterrumpidamente de aquélla, empujada por una fuerza inaccesible, sometiendo su destino a Dios mientras la sentía rodeándola como el aire y anegándola por todas partes. La vida como medio valía tan poco que ni siquiera llegaba a pesar un átomo. Pero era tan sublime como meta que abarcaba cielos y tierra. La muerte y la vida confraternizaban y eran una sola mano al servicio de una esperanza única; ésta se apoyaba en la guerra santa, y aquélla en el sacrificio. Si el terrible estallido no hubiera tenido lugar, habría muerto de pesar y de tristeza. No habría soportado que la vida siguiera su tranquilo y lento caminar sobre las ruinas de los hombres y de las esperanzas. Era necesario, un estallido que aliviara el pecho de la patria y el suyo propio, como el terremoto que echa fuera toda la flatulencia del vientre de la tierra. Cuando el acontecimiento tuvo lugar, él acudió a la cita puntualmente y se lanzó a su piélagos... ¿Cuándo ocurrió esto? Y... ¿cómo ocurrió...? Iba montado en el tranvía de Guiza camino de la Escuela de Leyes cuando se encontró en medio de un pequeño grupo de estudiantes que discutían agitando los puños y diciendo: «Ha sido desterrado Saad que es la expresión de nuestros corazones. ¡Que vuelva Saad para proseguir la guerra santa, o nos iremos con él al destierro!». Parte de los pasajeros se les unió en la conversación y en las amenazas, hasta el punto de que el revisor abandonó su trabajo y se paró a escuchar y a tomar parte en la discusión... ¡Qué momento...! Durante el mismo brilló de nuevo la esperanza en su alma después de una noche oscura de tristeza y desesperación. Estaba seguro de que este fuego que se había encendido nunca se apagaría, ni se enfriaría jamás. Cuando se acercaron al patio de la Escuela lo encontraron repleto de gente que gritaba y tronaba, y sus corazones les tomaron la delantera. Luego corrieron hacia sus compañeros con el presentimiento de que algo estaba próximo a ocurrir. ¡Uno de ellos no tardó en llamar a la huelga...! Era algo nuevo que no había oído anteriormente, pero que ellos, con los libros de derecho bajo el brazo, llamaban «huelga». Su decano, míster Wilson, se les acercó con una amabilidad desconocida, y les aconsejó entrar en las clases. La respuesta fue que uno de los jóvenes se subió a lo más alto de la escalera que conducía al despacho del secretario, y empezó a pronunciar un discurso con un entusiasmo extraordinario, no pudiendo el decano hacer otra cosa que retirarse. Fahmi escuchaba al orador con toda su alma, sus ojos clavados en los de él, latándole el corazón con rapidez y fuerza. ¡Cómo le hubiera gustado subir a su sitio y dar rienda suelta a la fuente ardiente de su corazón! Pero no estaba dotado de una gran predisposición para la oratoria, y se contentó con que otro distinto de él repitiera los clamores de su alma. Seguía al orador con una atención entusiasta, hasta que hizo una pausa en su discurso; entonces gritó con sus compañeros uniéndose en un aliento único: «¡Viva la independencia!». Luego siguió las palabras con un interés al que el grito había infundido una nueva vitalidad, hasta que el orador llegó a una segunda pausa, y él gritó con los demás: «¡Abajo el protectorado!». Siguió prestando atención con el cuerpo tenso de excitación mientras apretaba los dientes para contener las lágrimas de emoción que le brotaban, hasta que el orador alcanzó la tercera pausa y gritó con los demás: «¡Viva Saad!». Un nuevo grito. Todo parecía nuevo aquel día, pero era un grito emocionante que hacía vibrar su corazón desde lo más profundo, y seguía repitiéndolo con sus latidos consecutivos como si fuera el eco de su lengua, o más bien, como si el grito de su lengua fuera el eco de su corazón. En efecto, él recordaba cómo su corazón había repetido este grito en un silencio contenido a lo largo

de la noche anterior al estallido, noche que había pasado apesadumbrado y angustiado. Sus sentimientos reprimidos, su amor, su entusiasmo, su ambición, su aspiración a un ideal, sus sueños se habían perdido esparcidos hasta que resonó la voz atronadora de Saad, y se dejaron llevar volando hacia ella como es atraída la paloma que surca el espacio hacia el silbido de su amo. Luego, se encontraron de repente con que mister Eamus, viceconsejero judicial británico del Ministerio de Justicia, se abrió paso en medio de la multitud y lo recibieron con un grito único: «¡Abajo el protectorado...! ¡Abajo el protectorado!». El hombre se dirigió a ellos con una frialdad no exenta de benevolencia, y les aconsejó volver a sus clases exhortándolos a dejar la política a sus padres. Entonces uno de ellos lo abordó diciendo:

—¡Nuestros padres han sido encarcelados! ¡No estudiaremos la ley en un país en el que ésta es atropellada...!

El grito ascendió desde lo más profundo de los corazones como el resonar del trueno, y el hombre se retiró apresuradamente. Fahmi hubiera deseado por segunda vez ser él el que hablaba, por la intensidad con que se agolpaban los pensamientos en su alma, pero otros le tomaron la delantera para manifestarlos. Su entusiasmo iba en aumento y se consolaba esperando una compensación a lo que se le escapaba. Las cosas poscurrieron de prisa. Alguien sugirió salir y todos salieron en manifestación dirigiéndose a la Escuela de Ingenieros, donde pronto se les unieron sus estudiantes; luego a la de Agricultura, cuyos estudiantes corrieron hacia ellos gritando como si tuvieran una cita; más tarde fueron a la de Medicina y a la de Comercio. Apenas llegaron a la plaza de Sayyida Zaynab, se juntaron a una gran manifestación a la que se había unido mucha gente. Los gritos por Egipto, la independencia y Saad se fueron alzando, y a medida que avanzaban crecía el entusiasmo, la confianza y la fe por la participación espontánea y la respuesta intuitiva que hallaron por todas partes, y por todas aquellas almas dispuestas que encontraban a su paso, desgarradas por la cólera hasta encontrar en su manifestación un lugar de respiro. Él se preguntaba —pues su asombro por el hecho de la manifestación casi le impresionaba más que el fenómeno en sí mismo—: «¿Cómo ha ocurrido todo esto...?». Apenas habían transcurrido unas cuantas horas de esa mañana que había sido testigo de su desesperación y su posterior derrota y, helo aquí ahora, próximo al mediodía, tomando parte en una manifestación airada en la que cada corazón se revelaba como eco del suyo, repitiendo su grito y conjurándolo con una fe inmovible a que llegara hasta el final. ¡Qué alegría la suya! ¡Qué entusiasmo...! Su espíritu había sido lanzado a un cielo ilimitado de esperanza, arrepentido de la desesperación a la que había cedido, avergonzado por los pensamientos con los que había acusado a los inocentes. En la plaza de Sayyida Zaynab se le apareció otro nuevo espectáculo de aquel extraordinario día. Vio con los demás unos grupos de policía a caballo, y a la cabeza un inspector inglés, que avanzaban arrastrando tras de sí nubes de polvo, mientras el suelo temblaba bajo el golpe de sus cascos. Se acordaba de cómo extendió su mirada hacia ellos con el aturdimiento de quien jamás se ha encontrado expuesto a un peligro inminente; de cómo se volvió en torno suyo y vio unos rostros en cuyos ojos brillaba el entusiasmo y la cólera; de cómo suspiró nerviosamente y agitó la mano gritando. Los jinetes rodearon a la multitud, y ya no vio en el enorme piélago en el que se agitaba más que una pequeña parcela de cabezas estiradas, entre las cuales él se sumergía. Luego les llegó el rumor de que la policía había arrestado a muchos estudiantes de los que se le habían enfrentado o iban a la cabeza de la manifestación. Y por tercera vez aquel día deseó con toda su alma estar entre los arrestados, pero sin salir del círculo en el que se movía con un esfuerzo ímprobo... A pesar de que aquel día había sido un día de paz en comparación con el que lo siguió, el lunes apareció desde la primera hora de la mañana como un día de huelga general, a la que se unieron todas las Escuelas con sus pancartas y grupos innumerables de gente. Egipto despertaba como un nuevo país que madrugaba para congregarse en las plazas, y combatir con una cólera contenida largo tiempo. Él mismo se lanzó en medio de la muchedumbre, embriagado de contento y entusiasmo, como si fuera una persona perdida que encuentra a su familia tras una ausencia prolongada. La manifestación siguió su camino contemplada por la multitud, pasando por las residencias de los responsables políticos, haciendo pública su protesta con distintas consignas, hasta que alcanzaron la calle de las Cancillerías, y allí una violenta ola de desasosiego pasó entre la multitud; todos gritaron, «¡los ingleses!». Las balas no tardaron en silbar cubriendo las voces de los que gritaban... El primer muerto cayó; siguió andando un grupo de gente que los precedía con demencial entusiasmo, mientras los otros se quedaron clavados. Muchos se dispersaron buscando refugio en las casas y en los cafés. Él fue de estos últimos; se ocultó detrás de la puerta con el corazón palpitante y atemorizado, olvidándose de todo, menos de su vida. Así permaneció cierto tiempo..., no lo sabía..., hasta que el silencio envolvió el mundo entero. Alargó la cabeza, luego un pie, y se fue por su camino sin creer que estaba a salvo, volviendo a su casa con una especie de aturdimiento. En su triste soledad deseó haber sido de los que murieron, o al menos de los que se mantuvieron firmes y, en el fuego de su crítico examen de conciencia se prometió a sí mismo expiar su culpa, pues afortunadamente, el campo de la expiación era

amplio y estaba próximo. Llegaron el martes y el miércoles, semejantes al domingo y al lunes; días parecidos en sus alegrías y en sus penas: manifestaciones, gritos, balas y víctimas. ¡Él se lanzó con toda su alma a este océano dejándose arrastrar por el entusiasmo, elevándose hacia lejanos horizontes de nobles sentimientos, turbado por estar vivo, mordido por el pesar de haberse salvado! Luego la difusión del espíritu de cólera y revolución redobló su entusiasmo y su esperanza. No tardaron en unirse a la huelga trabajadores del tranvía, conductores de vehículos y barrenderos. La capital aparecía triste, irritada, desolada. Llegaron noticias con la buena nueva de la anexión a la huelga de los abogados y de los funcionarios. El corazón del país latía vivo, sublevado... La sangre no volvería a correr en vano, ni serían olvidados los desterrados en su exilio. El despertar de las conciencias había sacudido la tierra del valle del Nilo...

El joven se removió en la cama, volviendo en sí de entre la vorágine de sus recuerdos. Se puso a seguir otra vez los golpes de la masa, mientras paseaba la mirada por los rincones de la habitación, que comenzaba a aclararse por la luz que brillaba poco a poco tras las ventanas cerradas. Su madre estaba amasando... Y no dejaría de hacerlo mañana tras mañana. Ningún suceso la arrancaría de pensar en poner la mesa, lavar la ropa y limpiar los muebles. Por grandes que fueran los acontecimientos, no se descuidaría el menor trabajo. El pecho de la comunidad sería siempre lo suficientemente ancho para las cosas grandes y las insignificantes, y para darles buena acogida a las unas junto a las otras. ¡Pero despacio! No era una madre al margen de la vida; ella que lo había parido, siendo los hijos el combustible de la revolución; ella que lo había alimentado, siendo la comida el combustible de los hijos. La realidad era que no había nada trivial en la vida... Pero ¿no llegaría un día en que un gran acontecimiento sacudiera a todos los egipcios, sin que por su causa se separasen los corazones tal como había ocurrido en la reunión del café hacía cinco días...? ¡Qué lejos estaba ese día...! Luego se dibujó en los labios del joven una sonrisa, justo cuando lo asaltó esta pregunta: «¿Qué haría su padre cuando conociera su "guerra santa" continuada día tras día...? ¿Qué haría su omnipotente y tiránico padre? ¿Y su bondadosa y tierna madre, qué haría...? Sonrió perplejo, pues sabía que los problemas a los que se exponía en esa ocasión no serían menores que a los que se exponería si su secreto llegara a oídos del mismísimo poder militar... Luego apartó el cobertor de su pecho, y se sentó en la cama murmurando: «Es igual que viva o que muera. La fe puede más que la muerte, y morir es más honroso que someterse. ¡Que nos aproveche la esperanza al lado de la cual la vida carece de importancia! ¡Bienvenida, nueva mañana de la libertad! ¡Que Dios decida lo que Él quiera...!».

55

No había nadie que pudiera pretender que la revolución no había cambiado aunque sólo fuera uno de los aspectos de su vida. Incluso al propio Kamal se le presentó un imprevisto desagradable contra su libertad, de la que había gozado largamente a la ida y a la vuelta de la escuela, cosa que lo angustió por completo, aunque no podía evitarlo. Era que la madre había ordenado a Umm Hanafí que lo acompañara al ir y volver de la escuela y que no se apartara de él por nada del mundo para que, si se encontraba casualmente una manifestación, volviera con él a casa sin darle ocasión de haraganear o de dejarse llevar por el atolondramiento.

Las noticias de las manifestaciones y disturbios rondaban la cabeza de la madre. Su corazón se estremecía por los casos de salvaje agresión contra los estudiantes, sufriendo, durante este tiempo, unos días sombríos que la llenaron de temor y angustia. Le hubiera gustado retener a sus dos hijos junto a sí hasta que las cosas volvieran a su sitio, pero no encontró ningún medio para llevar a cabo su propósito, especialmente después de que Fahmi, en cuyo «sentido común» ella tenía una fe incommovible, le prometió que de ninguna manera participaría en la huelga, y después de que el padre rechazara la idea de retener a Kamal en la casa, seguro de que la escuela impediría que los alumnos pequeños participaran en aquélla. La madre admitió a disgusto que los dos hermanos fueran a la escuela, pero impuso a Kamal la vigilancia de Umm Hanafí, diciéndole: «Te acompañaría yo misma si pudiera salir como es mi deseo». Kamal se opuso con toda la fuerza que estaba en su mano, porque naturalmente sabía que la mujer, con su vigilancia, al no ocultar a su madre nada de lo que hacía, terminaría eliminando irrevocablemente todos los juegos y travesuras de los que disfrutaba sobremanera por el camino, y que este intervalo corto y feliz de su día se sumaría a las dos prisiones entre las que se movía: la casa y la escuela. Además, estaba muy enfadado por tener que andar por la calle acompañado de esa mujer, que inevitablemente atraería las miradas por su excesiva gordura y su decrepita manera de andar. Pero lo único que pudo hacer fue acatar su vigilancia, especialmente después de que el padre le ordenó que la aceptara. Lo más que podía hacer para consolarse era echarla cada vez que ella se le acercaba, e

imponerle que se quedara detrás de él a unos metros de distancia. De esta forma iban hacia la escuela de Jalil Aga la mañana del viernes, quinto día de manifestaciones en El Cairo, y cuando llegaron a la entrada, Umm Hanafi se acercó al portero y le preguntó, obedeciendo a la orden diaria que había recibido en casa:

—¿Hay alumnos en la escuela?

—Algunos han entrado, otros se han ido —le respondió el hombre con desinterés—. El director no se opone a los deseos de nadie.

Esta respuesta fue para Kamal una desagradable sorpresa. Estaba preparado para oír la respuesta que se había hecho habitual desde el lunes: «Los alumnos están en huelga» y volver los dos a casa, donde pasaba todo el día en una libertad que, desde lejos, había hecho que la revolución fuese querida. Tuvo el impulso de huir para librarse de las consecuencias de la reciente respuesta, y se dirigió al portero diciendo:

—Yo soy de los que se van.

Se alejó de la escuela con la mujer siguiéndole los pasos, y cuando ella le preguntó por qué no entraba con los que lo habían hecho, el chiquillo le rogó con cariño, por primera vez en su vida, que dijera a su madre que los alumnos estaban en huelga; y para que su súplica y su afecto tuvieran más fuerza le deseó, mientras pasaban por la mezquita de el-Huseyn, larga vida y felicidad. Pero Umm Hanafi no pudo sino declarar a la madre la verdad tal y como la había oído. Esta echó una reprimenda al chiquillo por su holgazanería, y ordenó a la mujer que regresara con él a la escuela. Salieron de la casa mientras el niño la hería con su lengua afilada, acusándola de engaño y traición. En la escuela no encontró más que a los de su edad, los pequeños. Los demás, que eran mayoría aplastante, estaban en huelga. Su clase, en la que los alumnos pequeños abundaban, cosa que no ocurría en las demás, presentaba aproximadamente un tercio del total, pero a pesar de eso el profesor les ordenó que repasaran las anteriores lecciones, mientras él se dedicaba a corregir algunos cuadernos dejándolos, en realidad, en una especie de huelga.

Kamal abrió un libro simulando que leía, sin prestarle la menor atención. Le entristecía permanecer en la escuela sin hacer nada, pues no estaba ni con los huelguistas, ni en la casa disfrutando del ocio que estos días maravillosos le ofrecían sin medida. Se angustió en la escuela como no se había angustiado antes, y su imaginación voló con sorpresa y curiosidad hacia aquellos huelguistas que estaban en el exterior. A menudo se preguntaba lo que eran en realidad, ¿acaso eran, como los llamaba su madre, unos «irresponsables» que no tenían misericordia ni de sí mismos ni de sus familias, precipitándose hacia la ruina? ¿O eran, como Fahmi los describía, unos héroes que se sacrificaban por su patria, luchando contra los enemigos de Dios y los suyos propios? A menudo se inclinaba por la opinión de su madre debido al odio que sentía hacia los alumnos mayores —el grupo de los huelguistas— que habían dejado en su espíritu, y en el de los pequeños como él, las peores huellas, por la grosería y la arrogancia con que los trataban, desafiándolos en el patio de la escuela con el volumen de sus cuerpos y el descaro de sus bigotes. Pero él no se entregaba por completo a esta opinión, dado que las palabras de Fahmi le producían una gran satisfacción, y no podía aceptarlas con indiferencia ni despojarlas del heroísmo con que su hermano las revestía, hasta que llegó a desear ver sus sangrientas batallas desde un lugar seguro. Sin duda alguna, había comenzado la revuelta mundial, o si no, ¿por qué estaban en huelga los egipcios y se lanzaban en masa a enfrentarse con los soldados? ¿Y qué soldados...! ¡Los ingleses...! ¡Los ingleses cuya sola mención bastaba para que las calles se vaciaran! ¿Qué le pasaba al mundo y a la gente? Era una lucha asombrosa cuya violencia servía, consciente o inconscientemente, para cincelar los elementos esenciales en el espíritu del muchacho. Nombres como Saad Zaglul, ingleses, estudiantes, mártires, panfletos, manifestaciones... se afirmaban en lo más profundo de su ser como fuerzas impresionantes y sugestivas, aunque, frente a sus significados, guardaba una actitud de curiosidad y desconcierto. Redoblaba ese desconcierto el hecho de que la familia respondiera a los acontecimientos de formas diferentes y a veces contradictorias. Así, mientras que encontraba a Fahmi revolucionario, cargando contra los ingleses con una cólera asesina, y sintiendo por Saad una nostalgia que hacía brotar las lágrimas, sin embargo, Yasín discutía las noticias con un interés sosegado, mezclado con una reposada tristeza que no le impedía continuar su vida acostumbrada entre las veladas, las risas y la lectura de poesías y relatos, para después irse de tertulia hasta la medianoche. En cuanto a su madre, ella no cesaba de rogar a Dios que trajera la paz, hiciera volver la seguridad y purificara los corazones de los egipcios y de los ingleses a un tiempo. La peor de todos era Zaynab, la mujer de su hermano, a la que asustaban los

acontecimientos, y no encontraba a nadie sobre quien volcar su cólera más que sobre el propio Saad Zaglul, acusándolo de ser la causa de toda esta desgracia y que «si hubiera vivido como viven los siervos de Dios, en calma y en paz, nadie le habría hecho mal ni se habrían encendido aquellas ascuas». Por esto el entusiasmo del muchacho se inflamaba con la idea de la lucha misma, mientras se inundaba de tristeza con la propia idea de la muerte, sin comprender claramente aquello que rondaba a su alrededor de cerca o de lejos. ¡Qué pena sintió el día que los alumnos de Jalil Aga convocaron la huelga por primera vez...! Se le presentaba la ocasión de ver de cerca una manifestación o de participar en ella, aunque fuera en el patio de la escuela, pero el director se apresuró a retener a los alumnos pequeños en sus clases, y la ocasión se le escapó. Se encontró tras los muros, prestando oído a los gritos que se elevaban, con una mezcla de sorpresa y secreta alegría, debidas quizás a la anarquía que se estaba desencadenando en todo y que se llevaba sin piedad la pesada rutina diaria. Ese día se le escapó la ocasión de participar en una manifestación, del mismo modo que hoy se había echado a perder la oportunidad de disfrutar del ocio en casa. Permanecería amarrado a este asiento, aburrido, mirando el libro con unos ojos que no veían nada y, como su compañero, tocando disimuladamente la cartera con desconfianza y miedo, hasta que llegara el final del largo día. Pero de repente algo llamó su atención, quizás fuera un ruido extraño y lejano o un murmullo en los oídos y, para asegurarse de su sensación, miró a su alrededor y vio las cabezas de los alumnos levantadas, y sus ojos intercambiando miradas que luego dirigieron a la vez hacia las ventanas que daban a la calle. Ciertamente era una realidad y no una alucinación lo que había llamado la atención de los chiquillos. Eran unas voces fundidas en una sola, magnífica e indiferenciable, que se oía en la distancia como el rugido de las olas a lo lejos. Ahora que empezaba a arreciar se le podría llamar clamor, o más bien clamor que se acercaba. La clase fue presa de agitación, mientras los murmullos se iban elevando; después una voz se alzó diciendo: «¡Una manifestación!». El corazón del muchacho palpitó, y sus ojos se llenaron de un brillo de alegría e inquietud a la vez. El bullicio fue avanzando hasta hacerse patente en un grito que tronó y alborotó en todas direcciones alrededor de la escuela. Volvieron a resonar en sus oídos los nombres que habían llenado su mente durante los últimos días: Saad, la independencia, el protectorado... El grito se fue acercando, y subió hasta envolver el propio patio de la escuela. Los corazones de los alumnos permanecieron en silencio, convencidos de que el diluvio los ahogaría irremediamente. Sin embargo, recibieron esta situación con una alegría infantil, olvidándose de valorar las consecuencias debido a su ardiente tendencia a alborotar y ser libres. Luego les llegó un ruido de pasos que se acercaban con rapidez y estrépito. La puerta se abrió de par en par bajo el golpe de un topetazo violento, y varios grupos de alumnos y azharistas se precipitaron en el aula, como se precipitan las aguas a través de la abertura de la presa, gritando: «¡Huelga, huelga! ¡Que no quede nadie aquí!». En unos instantes se encontró a sí mismo sumergido en una ola rugiente, que lo empujaba hacia adelante con tal fuerza que apagaba toda resistencia, en el colmo de la inquietud. Se movió con una intensa lentitud, como el grano de café en el orificio del molinillo, sin ver nada y sin distinguir del mundo más que unos cuerpos agolpados en un tumulto que retumbaba en sus oídos, hasta que dedujo, por la aparición del cielo sobre su cabeza, que habían llegado a la calle. Aumentó la presión sobre él hasta que estuvo a punto de quedarse sin aliento, y dio un grito penetrante, elevado y continuo por el terror que sentía. De repente notó que una mano lo agarraba del brazo y tiraba de él con fuerza, abriendo un camino entre la gente hasta pegarlo a una pared, en la acera. Empezó a jadear y a buscar a tientas un refugio a su alrededor hasta que dio con la tienda de Hamdán, el vendedor de basbusa, que había bajado el cierre metálico hasta muy cerca del umbral. Corrió hacia allí, y entró arrastrándose de rodillas. Cuando se puso de pie en el interior vio a Amm Hamdán, al que conocía muy bien, a dos mujeres y a algunos alumnos pequeños. Apoyó la espalda contra la pared donde estaban las bandejas mientras su pecho subía y bajaba aceleradamente. Oyó a Amm Hamdán que decía:

- Azharistas, estudiantes, obreros, gentes..., todas las calles que llevan a el-Huseyn están repletas. No me hubiera podido imaginar hasta hoy que la tierra pudiera contener a toda esa gente.

—¿Cómo se empeñan en participar en las manifestaciones después de haber abierto fuego sobre ellos? —dijo una de las mujeres, sorprendida.

—¡Dios nos guíe! —dijo otra con angustia—, todos ellos tienen familia. ¡Hijo...!

—No habíamos visto antes nada parecido —repuso Amm Hamdán—. ¡Nuestro Señor los proteja!

El clamor estalló en las gargantas, y el aire se estremeció, ya cercano como si sonara en la tienda, ya lejano, en un intenso y confuso alboroto como el rugido del viento, y que continuaba sin cesar con un movimiento

lento y constante, delatado por la variación de intensidad y la elevación de las olas que iban y venían. Cada vez que se creía que había cesado, otra llegaba hasta parecer que no tenía fin. La vida de Kamal se concentró en sus oídos, aguzándolos con inquietud y angustia. Sin embargo, como el tiempo pasaba sin que sucediera nada malo, recobró el aliento y se fue tranquilizando. Finalmente pudo pensar en lo que ocurría a su alrededor como en un incidente que no tardaría en acabar y se preguntó cuándo se encontraría en casa para contar a su madre lo que le había ocurrido. «Las otras clases se han precipitado sobre nosotros en una manifestación sin principio ni fin, y de repente, sin saber cómo, noté que su ola desbordante me envolvía y me arrastraba hacia la calle. Grité con los que gritaban: "¡Viva Saad!, ¡abajo el protectorado!, ¡viva la independencia!". Fui llevado de calle en calle hasta que los ingleses nos atacaron y dispararon sobre nosotros.» Durante todo este tiempo ella estaría aterrorizada hasta el extremo de llorar sin apenas creer que estuviera vivo, y recitaría, temblando, numerosos versículos. «Una bala pasó al lado de mi cabeza, y todavía resuena su silbido en mi oído. La gente se agitaba como loca y yo estuve a punto de morir con los demás, si no hubiera sido porque un hombre me arrastró a una tienda.»

Un grito elevado e irregular y un ruido de pasos empujándose con agitación cortaron el hilo de sus sueños. Su corazón palpitó, y miró los rostros a su alrededor, viéndolos fijos en la entrada como quien espera un golpe en el cráneo. Amm Hamdán se acercó a la puerta y se agachó para mirar por el hueco de abajo. Luego retrocedió y la bajó pegándola al suelo con velocidad mientras murmuraba inquieto:

—¡Los ingleses!

En el exterior muchas voces gritaron: «Los ingleses,..., los ingleses...», mientras que otros clamaban: «¡Tranquilos, tranquilos!» y otros exclamaban: «¡Muramos y la patria vivirá!». Luego el muchacho oyó, por primera vez en su corta vida, disparos a poca distancia, reconociéndolos de forma espontánea mientras su cuerpo se estremecía y, apenas escapó un grito de las dos mujeres, se aterrorizó y estalló en lágrimas. Amm Hamdán se puso a decir con voz trémula: «¡Proclamad que Dios es único, proclamad que Dios es único!», pero el niño sintió un miedo frío como la muerte, que recorrió todo su cuerpo desde los pies a la cabeza. Los disparos se sucedieron. Un sonido de ruedas y un relincho de caballos retumbaron en sus oídos. Las voces y movimientos continuaron con una extraordinaria velocidad, seguidos de alboroto, griterío y gemidos. Fue un breve momento de lucha, que pareció un siglo a los que estaban encogidos tras la puerta en presencia de la muerte. Luego reinó un silencio terrible como el desvanecimiento que sucede al tormento del dolor. Kamal preguntó con voz temblorosa y ronca:

—¿Se han ido?

Amm Hamdán puso el dedo índice sobre su boca y murmuró «chist». Luego recitó el versículo del trono, mientras Kamal recitaba en secreto —pues su facultad de hablar le había abandonado—: «Di: Él es el Dios único», ya que quizás esto expulsaría a los ingleses como expulsaba a los ifrits en la oscuridad. No obstante, la puerta no se abrió hasta el mediodía y el muchacho salió entonces disparado hacia la calle desierta para luego poner pies en polvorosa. Al pasar por la escalera que bajaba hacia el café de Ahmad Abdu vio a una persona que subía, reconociendo en ella a su hermano Fahmi. Corrió hacia él como aquel cuya mano tropieza, cuando se está ahogando, con la boya de salvamento. Agarró su brazo, y el joven se volvió hacia él asustado; al reconocerlo, le gritó:

—¡Kamal! ¿Dónde has estado durante el tiroteo?

El chiquillo notó que la voz de su hermano estaba enronquecida y apagada; sin embargo, le contestó:

—Estaba en la tienda de Amm Hamdán y oí los tiros y todo lo demás.

—Vete a casa —le respondió con rapidez e impaciencia—. No digas a nadie que me has visto, ¿me oyes?

—¿No vas a volver conmigo? —le preguntó el niño desconcertado.

—No, ahora no —respondió en el mismo tono—. Volveré a la hora acostumbrada. No olvides que tú no me has visto en ningún momento.

Lo empujó para no darle ninguna oportunidad de que discutiera, y el muchacho se lanzó a toda velocidad hasta llegar a la desviación de Jan Gafar. Allí vio una silueta, de pie en medio de la calle, que señalaba hacia el suelo y hablaba a un grupo de hombres. Miró hacia donde señalaba, y vio una mancha roja cubierta de polvo. Oyó al hombre decir en tono de lamento:

—Esta sangre inmaculada nos pide a gritos que continuemos la guerra santa. Dios ha querido que se derrame en los terrenos del señor de los mártires, para que unamos en el martirio nuestro presente con nuestro pasado. ¡Dios está con nosotros!

Sintió que el miedo lo dominaba, apartó su vista del suelo ensangrentado, y salió corriendo como un loco.

56

A través de la oscuridad del alba, Amina tanteaba con precaución y lentitud su camino hacia la puerta de la habitación, para que el señor no se despertara, cuando llegó a sus oídos un extraño alboroto que subía desde la calle, resonando como el zumbido de las abejas. A esta hora en la que solía despertarse, no oía más que el sonido de las ruedas de los carros que llevaban los trastos, la tos de los obreros madrugadores y las exclamaciones de un hombre al que le gustaba, cuando regresaba de la oración del alba, repetir gritando de vez en cuando en el silencio general: «Decid que Él es único». Pero este extraño bullicio no lo había oído nunca antes. No supo qué explicación darle, y fue a averiguar su procedencia, dirigiéndose con pasos ligeros hacia la ventana de la sala que daba a la calle. Entreabrió la celosía y, al sacar la cabeza, encontró en el exterior una oscuridad mezclada en el horizonte con los primeros rayos de luz, pero no hasta el extremo de que pudiera ver lo que ocurría debajo. Sin embargo, el bullicio iba en aumento al mismo tiempo que la incertidumbre, hasta que distinguió en él voces humanas de origen desconocido. Recorrió con los ojos la oscuridad a la que había empezado a acostumbrarse un poco, y vio a los pies de la fuente de Bayn el-Qasrayn y en la intersección de el-Nahhasín con el adarve de Qírmiz unas siluetas humanas de rasgos indefinidos, unos objetos con forma de pequeñas pirámides, y otros como si fueran árboles enanos. Retrocedió perpleja y bajó a la habitación de Fahmi y Kamal, pero la duda la asaltó: ¿lo iba a despertar para que viera lo que pasaba y le desentrañara aquellos enigmas, o iba a aplazarlo hasta que él se despertara? Finalmente decidió no molestarlo, aguantando su deseo hasta que el joven estuviera despierto con la inminente salida del sol. Luego hizo la oración, y volvió hacia la ventana impulsada por la curiosidad, asomándose a ella. La banda coloreada de la aurora aparecía adhiriéndose a la túnica del alba, y las luces de la mañana fluían desde las cimas de los minaretes y las cúpulas. Ahora podía ver la calle con gran claridad, y buscó con sus ojos las siluetas que la habían atemorizado en la oscuridad. Vio que eran reales, y se le escapó un ¡ay! asustado. Se volvió apresuradamente hacia la habitación de Fahmi, despertándolo sin miramientos, y el joven se sentó en la cama de un salto, preguntando inquieto:

—¿Qué te pasa, mamá?

—¡Los ingleses llenan la calle debajo de casa! —dijo ella jadeando.

El joven saltó de la cama hacia la ventana, echó una ojeada y vio a los pies de la fuente de Rayn el-Qasrayn un pequeño campamento dominando los extremos de las calles que derivaban de allí, formado por un cierto número de tiendas, tres camiones y grupos dispersos de soldados. A continuación de las tiendas, los fusiles estaban enhiestos de cuatro en cuatro, en bloques. Sus cañones se apoyaban unos contra otros mientras sus culatas se separaban, formando una pirámide. Los centinelas estaban de pie como estatuas delante de las tiendas, y los otros estaban diseminados, hablando una lengua extranjera y riendo. El joven lanzó una ojeada hacia la parte de el-Nahhasín y vio un segundo campamento en su intersección con el-Saga. También vio, al otro lado de Bayn el-Qasrayn, un tercer campamento en la desviación de el-Juranfísh. ¡En un primer momento se le cruzó a toda velocidad por la cabeza la idea de que aquellas tropas habían venido para detenerlo!, pero no tardó en considerarla una tontería, atribuyéndola a su incómodo despertar del sueño, del que apenas había salido, y a esa sensación de sentirse perseguido que no se separaba de él desde el estallido de la revolución. Luego, la verdad se le fue haciendo evidente poco a poco: el barrio, que había molestado a las fuerzas de ocupación con sus continuas manifestaciones, había sido tomado por los militares. Se quedó mirando a través de las rendijas, observando a los soldados, las tiendas, los fusiles y los camiones con el corazón estremecido

de miedo, tristeza y rabia, hasta que se apartó de la ventana con la cara lívida, mientras murmuraba hablando a su madre:

—Son los ingleses, como tú bien has dicho. Han venido para intimidarnos y cortar de raíz las manifestaciones.

Se puso a recorrer la habitación de arriba abajo, mientras se decía para sí mismo, furioso: «¡Largo de aquí, largo de aquí!», hasta que oyó decir a su madre:

—Voy a despertar a tu padre para informarle del asunto.

La mujer lo dijo como si fuera el último recurso que le quedara, como si el señor, que resolvía todos los problemas de su vida, pudiese también garantizarle que encontraría para este problema una solución que trajera la seguridad; pero el joven dijo con tristeza:

—Déjalo hasta que se despierte a su hora.

—¿Qué vamos a hacer, hijo mío, mientras sigan apostados delante de nuestra casa? —preguntó la mujer con miedo.

Fahmi sacudió la cabeza confuso, y respondió:

—¿Qué vamos a hacer? —luego, con un tono más confiado—, no hay razón para tener miedo. Lo único que pasa es que ellos temen las manifestaciones.

—Tengo miedo de que ataquen a los que están tranquilos en sus casas —dijo ella tragando saliva.

Él pensó un momento en sus palabras, y luego murmuró:

—¡Claro que no! Si su objetivo fuera atacar las casas, no se habrían quedado quietos hasta ahora.

Aunque no estaba seguro de sus palabras, creyó que era lo más oportuno que podía decir. Su madre volvió a preguntarle:

—¿Y hasta cuándo se quedarán entre nosotros?

Con la mirada perdida, él le respondió:

—¿Quién sabe? Han levantado las tiendas y no van a irse tan pronto.

Se dio cuenta de que su madre le preguntaba como si él fuera el comandante de las fuerzas militares, y la miró con cariño, disimulando una sonrisa burlona que entreabrió sus pálidos labios. Pensó un momento en bromear con ella, pero la desolada situación le hizo desistir, y recuperó su seriedad, como le ocurría a veces cuando Yasín le contaba una de las «anécdotas» de su padre, cosa que, por su naturaleza, lo inducía a la risa, pero le impedía reír la angustia que sentía cada vez que se enteraba de un aspecto de la personalidad oculta de aquél. Oyeron un ruido de pasos que corrían hacia ellos, y después irrumpió en la habitación Yasín, con Zaynab pegada a sus talones. El joven, que mostraba los ojos hinchados y el pelo revuelto, gritó:

—¿Habéis visto a los ingleses?

—Soy yo la que los ha oído —exclamó Zaynab—, después me he asomado por la ventana, los he visto, y he despertado al señor Yasín.

Éste continuó el relato diciendo:

—He llamado a la puerta de mi padre, hasta que se ha despertado y se lo he contado. Cuando él los ha visto con sus propios ojos, ha ordenado que no salga nadie de casa y que no se descorra el cerrojo. Pero ¿qué están haciendo? ¿Y qué vamos a hacer nosotros? ¿Es que no hay en el país un gobierno que nos proteja?

—No creo que ellos se ocupen de otros que no sean los manifestantes —le dijo Fahmi.

—Pero ¿hasta cuándo vamos a permanecer reclusos en nuestras casas? Los hogares están llenos de mujeres y de niños, ¿cómo van a acampar ahí debajo?

—Nos ocurrirá lo mismo que a los demás —murmuró Fahmi con pesar—. Tenemos que ser pacientes y esperar.

—No volveremos a oír ni a ver más que terror y tristeza —exclamó Zaynab con evidente nerviosismo —, ¡que Dios caiga sobre esos bastardos!

En ese momento, Kamal abrió los ojos y los paseó sorprendido entre los que inesperadamente estaban reunidos en su habitación. Luego se sentó en la cama y miró a su madre con ojos inquisitivos. Ella se acercó a su cama, acarició con su mano fría la gran cabeza del chiquillo y, con una voz tenue y la mente distraída, recitó Izfátiha.

—¿Qué os ha traído aquí? —le preguntó el niño.

Ella creyó conveniente comunicarle la noticia de la mejor forma posible y le dijo con dulzura:

—Hoy no irás a la escuela.

—¿Es por las manifestaciones? —preguntó con alegría.

—¡Los ingleses bloquean la calle! —respondió Fahmi con cierta violencia. Kamal se dio cuenta de que comprendía el secreto de esa reunión, y paseó sus ojos entre los rostros, desconcertado. Luego dio un salto hacia la ventana, miró un buen rato a través de sus rendijas, y volvió diciendo con inquietud:

—Los fusiles están de cuatro en cuatro.

Miró a Fahmi como implorando socorro y murmuró con miedo:

—¿Van a matarnos?

—No van a matar a nadie. Han venido para cazar a los manifestantes. Transcurrió un breve instante de silencio cuando, de repente, el niño dijo como si hablara consigo mismo:

—¡Qué guapos son!

—¿Te gustan de verdad? —preguntó Fahmi con ironía.

—Mucho —dijo Kamal ingenuamente —. Yo me los imaginaba como demonios...

—¡Quién sabe! —repuso Fahmi con amargura—. Quizás si vieras a los demonios te gustaría su aspecto.

El cerrojo de la puerta no se descorrió ese día, ni se abrió ninguna de las ventanas que daban a la calle, ni siquiera para renovar el aire y que entrara el sol. El señor Ahmad se explayó por primera vez conversando en la mesa del desayuno, y dijo en un tono de experto conocedor que los ingleses habían traído refuerzos para impedir las manifestaciones, y que por eso habían ocupado los barrios en los que éstas eran más numerosas, y que él creía conveniente que permanecieran ese día en casa hasta que las cosas se aclararan. El hombre pudo hablar con confianza y conservar su conocida apariencia majestuosa, para no dejar que ninguno intuyera la

angustia que lo llenaba por dentro desde que saltó de la cama a la llamada de Yasín. Y también por primera vez Fahmi se atrevió a discutir la opinión de su padre, diciendo con educación:

—¡Pero, padre, si me quedo en casa, pueden creer en la escuela que yo soy uno de los huelguistas!

Naturalmente el padre no sabía nada de la participación de su hijo en las manifestaciones, y dijo:

—¡Necesidad hace ley! Tu hermano es funcionario y su situación es más delicada que la tuya; de todas formas, la disculpa es evidente.

Fahmi no tuvo valor para volverse contra su padre, de una parte por miedo a encolerizarlo y, de otra, porque en esa prohibición de salir de casa encontraba una excusa con la que justificar ante su conciencia la imposibilidad de salir a la calle, ocupada por los soldados sedientos de la sangre de los estudiantes como él. Los comensales se separaron, el señor se retiró a su habitación, y la madre y Zaynab no tardaron en ocuparse de sus tareas cotidianas. Como el día era soleado, uno de los últimos días de marzo, impregnados de las templadas brisas de la primavera, los tres hermanos subieron a la terraza y se sentaron bajo la techumbre de hiedra y jazmín. Kamal encontró distracción en el cobertizo de las gallinas ¡y qué distracción! Se trasladó allí y se puso a echarles grano, persiguiéndolas, contento de su cacareo, y recogiendo los huevos que encontraba. Al mismo tiempo los dos hermanos hablaban de las emocionantes noticias que corrían de boca en boca sobre la revolución que estallaba en todos lados del valle, desde el extremo norte al extremo sur. Fahmi habló de lo que sabía sobre el corte de vías, telégrafos y teléfonos, del tumulto de las manifestaciones en diversas provincias, de los combates que se desencadenaban entre los ingleses y los sublevados, de las matanzas, los mártires, los funerales nacionales en los que se acompañaba a los féretros por decenas, de la capital bombardeada, de sus estudiantes, sus obreros y sus abogados, y en la que no se contaba con otros medios de comunicación que los carros. Luego el joven dijo con entusiasmo:

—¿Es de verdad la revolución? ¿Que maten todo lo que su salvajismo quiera! ¡Lo único que la muerte hará es aumentar nuestra vida!

Yasín dijo agitando sorprendido la cabeza:

—Yo no me imaginaba que en nuestro pueblo hubiera este espíritu de lucha...

Fahmi, como si hubiera olvidado que había estado al borde de la desesperación antes de que se desencadenara la revolución, hasta que ésta lo sorprendió con su seísmo y lo deslumbró con su luz, dijo:

—Es más, está lleno del espíritu de lucha permanente que se inflama en su carne, extendiéndose desde Asuán hasta el Mediterráneo. Los ingleses lo han incitado hasta que ha estallado, y ya no se apagará nunca.

Yasín dijo con una sonrisa en los labios:

—Hasta las mujeres han salido en manifestación.

Fahmi usó como ejemplo unos versos del poema de Hafiz sobre la manifestación de las mujeres:

Salieron las hermosas mujeres a manifestarse

y yo empecé a observar su cortejo,

y he aquí que hicieron

de sus negros vestidos sus estandartes.

Se alzaron como estrellas

resplandecientes en medio del oscuro cielo.

Y empezaron a recorrer el camino

con la casa de Saad como objetivo.

El corazón de Yasín se estremeció, y dijo riendo:

—¡Debería aprendérmela!

Fahmi tuvo un pensamiento repentino, y después dijo:

—¿Habrán llegado las noticias de nuestra revolución hasta Saad en su destierro? ¿Sabrá el gran sheyj que su sacrificio no se lo ha llevado el viento, o estará sumergido en la desesperación del exilio?

57

Se quedaron en la azotea hasta bien entrada la mañana, y los dos hermanos se entretuvieron observando el pequeño campamento británico. Vieron un grupo de soldados que instalaban un hornillo y se ponían a preparar la comida. Muchos de ellos estaban dispersos entre la entrada del adarve de Qírmiz, el-Nahhasín y Bayn el-Qasrayn, desiertos de peatones. De vez en cuando un buen número de soldados se congregaba en columna a la llamada de la trompeta, luego tomaban sus fusiles y subían a uno de los camiones que partía con ellos hacia Bayt el-Qadi, lo que probaba que las manifestaciones habían empezado en los barrios cercanos. Fahmi observaba cómo se reunían y partían, con el corazón palpitante y la imaginación en llamas.

Finalmente, los dos hermanos abandonaron la azotea dejando a Kamal divertirse solo como él quería, y se retiraron al cuarto de estudio. Fahmi se dedicó a sus libros para repasar lo que había perdido en los días pasados. Yasín tomó el Diwán de la Hamasa y La joven de Kerbelá, y salió hacia la sala, recurriendo a ellos para matar el tiempo, que era mucho detrás de los muros de su prisión, como abunda el agua tras los diques. Las novelas, policíacas y otras, eran más subyugantes para él que la poesía, pero también esta última le gustaba. La abordaba por el camino más corto, comprendiendo lo que era fácil de comprender y contentándose con su música en los pasajes difíciles, siendo raro que recurriera a las glosas que llenaban el margen. No era extraño que se aprendiera de memoria el verso, y lo recitara sin comprender más que un poco de su significado, o bien se imaginaba un significado que no guardaba relación con la realidad, o incluso no le encontraba ninguno en absoluto. Sin embargo, a pesar de todo esto, algunas de sus imágenes y expresiones se depositaban en su mente formando una riqueza de la que se enorgullecían los que eran como él, hasta llegar a explotarla incansablemente en el momento oportuno o, lo que era más frecuente, en el más inapropiado. Y si un día tenía que escribir una carta, se preparaba para hacerla como lo hacen los escritores, incluyendo en ella las sonoras expresiones que estaban prendidas en su memoria e insertando la tradición poética a la que Dios le había dado acceso, hasta que llegó a ser conocido entre sus amigos por la elocuencia, no porque fuera en verdad elocuente, sino por la incapacidad de éstos en competir con él y el miedo de enfrentarse a su extraordinaria memoria. No había conocido nunca antes de ese día una desocupación tan larga como esta que se veía obligado a aguantar hora tras hora, sin medio de moverse ni de divertirse. Quizás si hubiera tenido paciencia, la lectura habría sido apropiada para ayudarlo a soportar esta situación, pero él solía hacerla con moderación y nada más que en los cortos momentos que precedían a sus salidas hacia la velada cotidiana. Incluso en esos momentos, no veía mal en interrumpirla para participar en las charlas de la reunión del café, o leía un poco y luego llamaba a Kamal para contarle lo que había leído, deleitándose ante el interés del chiquillo por escucharlo con esa pasión proverbial de los niños y de los muchachos. Así pues, ni la poesía ni la novela podían distraerlo de su fastidio en un día como ése. Leyó algunos versos del Diwán y algunos fragmentos de La joven de Kerbelá y se fue tragando el aburrimiento gota a gota, maldiciendo a los ingleses desde lo más profundo de su corazón, aburrido, fastidiado y angustiado hasta que llegó la hora de comer. La mesa los reunió otra vez, y la madre les sirvió sopa, pollo asado y arroz, completando los platos, privados de verduras a causa del bloqueo que se había establecido alrededor de la casa, con queso, aceitunas y mishsh, y trayendo melaza en lugar de dulces. Pero el único que comió con ganas fue Kamal. El señor y los dos hermanos no disfrutaron con mucho apetito de estos platos, por haber pasado el día sin ocupación ni movimiento. A pesar de todo, la comida les brindó la ocasión de evadirse de la inactividad con el sueño, especialmente al señor y a Yasín, que pudieron dormir cuanto y como quisieron. Este último dejó su cama

poco antes de ponerse el sol, y descendió al piso de abajo para asistir a la reunión del café, pero ésta fue breve, ya que la madre no podía dejar solo al señor por mucho tiempo, y les dijo adiós, subiendo adonde él estaba. Yasin, Zaynab, Fahmi y Kamal se quedaron charlando en un ambiente dominado por la languidez, hasta que Fahmi se despidió y se metió en el cuarto de estudio. Luego llamó a Kamal, y los dos esposos se quedaron solos. «¿Qué voy a hacer yo desde ahora hasta la medianoche?» A Yasin lo inquietaba esta pregunta que lo pinchaba desde hacía un buen rato, y el día le pareció triste y desagradable debido a la tiránica fuerza del paso del tiempo, que fluía en el exterior repleto de alegrías, como la rama que, al arrancarse del árbol, se convierte en leña seca. Si no fuera por el bloqueo militar, ahora estaría en su asiento favorito del café de Ahmad Abdu tomando a sorbos el té verde, charlando con sus conocidos, los asiduos del café, y disfrutando de su ambiente añejo, que fascinaba su sensibilidad por su antigüedad, y se adueñaba de su imaginación con sus salas enterradas bajo los escombros de la historia. El café de Ahmad Abdu era el que más le gustaba de todos, y si no fuera por el deseo —y el deseo según dicen es una enfermedad—, no hubiera escogido ningún otro. Pero había sido ese deseo el que lo había arrastrado a pasarse al Club Egipcio por su proximidad al lugar donde estaba la vendedora de palmitos; el mismo que lo había incitado a trasladarse después al café de Si Ali en el-Guriyya por estar situado ante la casa de Zannuba, la tañedora del laúd. Él cambiaba de café a la zaga de su deseo y, es más, cambiaba también de amigos según fuera éste. Frente al deseo no había cafés ni amigos para él. ¿Dónde estaban el Club Egipcio y sus amigos? ¿Dónde estaban el café de Si Ali y sus conocidos...? Se habían ido de su vida. Y quizás si se encontrara por casualidad a uno de ellos, fingiría no haberlo visto o huiría de él. Ahora le tocaba el turno al de Ahmad Abdu y sus contertulios, y sólo Dios sabía los cafés y amigos que el mañana le traería. Sin embargo, no permanecía mucho tiempo en el café de Ahmad Abdu, ya que rápidamente se deslizaba hasta la tienda de ultramarinos de Kostaki, o mejor dicho, hasta su taberna secreta, para obtener la botella roja o, como a él le gustaba llamarla, «la habitual». ¿Dónde estaba «la habitual» en esa noche sombría? Un escalofrío de deseo al recordar la taberna de Kostaki. Después no tardó en aparecer en sus ojos una profunda mirada de aburrimiento y se agitó nervioso como un prisionero. Permanecer en casa le parecía una situación muy penosa, cuyo dolor extremo se incrementaba por las imágenes de felicidad que dominaban su imaginación, y por los recuerdos de la embriaguez asociados a la taberna y a la botella. Los sueños lo atormentaban y duplicaban su pasión, arrastrando su nostalgia, ansiosa de la música interior del vino y el juego que éste producía en la cabeza, ese juego estimulante, ardiente, jubiloso, desbordante de alegría y gozo. Nunca antes de esta noche se había dado cuenta de que era demasiado débil para soportar ni un solo día el estar sin beber, pero no se entristeció por la debilidad y la esclavitud que eso implicaba. Tampoco se reprochó ese exceso suyo que lo arrastraba a la perdición por causas insignificantes. Él estaba muy lejos de censurarse o de indignarse contra sí mismo. Los únicos motivos de dolor que recordaba eran el bloqueo que los ingleses habían establecido alrededor de la casa, y la sed que lo consumía, cuando las fuentes de la embriaguez no estaban lejos. Luego centró su atención en Zaynab y la encontró encolerizada, escudriñando su rostro con una mirada como queriendo decirle: «¿Qué haces errante y taciturno? ¿Acaso mi presencia no tiene ninguna influencia para consolarte?». Captó todo su significado en un breve instante en que sus ojos se encontraron, pero él no respondió a su reproche furioso y triste. Por el contrario, quizás éste lo irritó y provocó su agitación. Indudablemente no odiaba nada tanto como la obligación de permanecer con ella durante la noche, sin deseo ni alegría e incluso privado de la embriaguez, que lo ayudaba a soportar su vida conyugal. Se puso a mirarla disimuladamente y se preguntó con extrañeza: «¿No es ella...?, ¿no es ella la que cautivó mi corazón la noche de bodas?, ¿no es ella la que me enamoró perdida y apasionadamente noches y semanas?, ¿qué tiene para no estremecerme ya?, ¿qué le ha sucedido de repente?, y ¿qué me pasa a mí que me revuelvo hartos y aburrido sin encontrar en su belleza ni en su educación nada que me compense de una borrachera aplazada?». Optó —como ya había hecho antes muchas veces— por acusarla de no prestar los variados servicios y habilidades en los que destacaban Zannuba y otras como ella. La verdad es que Zaynab había sido su primera experiencia de convivencia continuada, pues la que había tenido con la tañedora de laúd o con la vendedora de palmitos no había durado mucho y ninguna de las dos había sido un impedimento para ir de un sitio a otro si se le presentaba la ocasión. Cuando transcurrieran largos años, se acordaría de estos momentos de confusión y de sus pensamientos respecto a ellos, descubriendo sobre sí mismo y sobre la vida en general lo que no se le habría podido pasar nunca por la imaginación. Se dio cuenta de que ella le preguntaba:

—¿Es que por casualidad no estás contento de quedarte en casa...?

Él no estaba en situación de soportarle ni un solo reproche, y la pregunta irónica de la mujer le produjo la impresión de un golpe descuidado en un furúnculo, lanzándose a decirle con dolorosa claridad y decisión:

—¡Pues claro!

A pesar de que ella evitó al principio la disputa, su tono le produjo el dolor más intenso, y dijo con ímpetu:

—¡Yo no tengo la culpa! ¿No es sorprendente que no puedas soportar ni una sola noche el faltar a tu velada?

—¡Muéstrame una sola cosa que haga la casa soportable! —replicó él indignado.

Ella se levantó enfadada, y dijo casi llorando:

—¡Voy a dejarte vacía la habitación, y quizás así te guste más!

Se dio a la fuga mientras él la seguía con una mirada gélida. Luego se dijo a sí mismo: «¡Qué imbécil es! ¡No sabe que sólo el poder divino es el que la hace permanecer en mi casa!». A pesar de que la pelea lo distrajo un poco de su enfado, hubiera preferido que no sucediera para no redoblar la desolación de su inactividad. Si hubiera querido, podría haber tratado de ganarse a su mujer, pero la laxitud que se había apoderado totalmente de sus sentidos lo retuvo. Sin embargo, pasados apenas unos minutos, le invadió una relativa tranquilidad, y el eco de las duras palabras que él le había dirigido resonó en sus oídos. Reconoció la crueldad de éstas y el hecho de no haber nada que las hubiera provocado. Se apoderó de él un cierto remordimiento, no porque hubiera descubierto de repente, en un rincón de su corazón, un rescoldo de amor por su esposa, sino por su empeño en no traspasar, en su trato con ella, los límites de la educación —quizás por respeto al padre de ésta o por miedo al suyo propio—, incluso en la tensa fase transitoria en la que él se tomó la responsabilidad de someterla a su política con rigidez y firmeza. Echó la culpa de su exceso con ella al propio enfado, reacción que no era extraña en esta familia a la que no dominaba la cordura más que cuando el padre estaba entre ellos, reservándose para sí mismo, excluyendo a los demás, todos los derechos de la cólera.

Sin embargo, sus enfados eran como el relámpago, veloz en resplandecer y veloz en extinguirse, dejándoles toda clase de tristezas y arrepentimientos. A todo esto, Yasín se distinguía por su terquedad, y su tristeza no lo impulsó a reconciliarse con su esposa; al contrario, se dijo a sí mismo: «¡Es ella la que ha suscitado mi cólera! ¿Es que no podía haberme hablado en un tono más amable?». Le habría gustado que ella estuviera siempre provista de paciencia, comprensión y clemencia, para que él pudiera dar rienda suelta a sus pasiones con las espaldas cubiertas. Su fastidio de estar prisionero aumentó tras el enfado y la retirada de su esposa, salió de allí en dirección a la azotea. Encontró el aire agradable, la noche tranquila y una oscuridad total, aunque espesa bajo la techumbre de hiedra y jazmín, y más suave en la otra mitad de la azotea cubierta por la cúpula del cielo taraceado con perlas de estrellas. Se puso a recorrer la azotea, yendo y viniendo entre el muro que daba a la casa de Maryam y el fondo del jardín de hiedra que daba sobre Qala-wún, entregándose a fantasías diversas. Mientras caminaba lentamente por la entrada del tejadillo, se deslizó en sus oídos un susurro, o quizás fuera un murmullo, más bien una respiración que se repetía cada cierto tiempo. Sorprendido, fijó los ojos muy abiertos en la oscuridad y preguntó:

—¿Quién hay ahí?

Le llegó una voz que conocía muy bien, diciéndole con tonos metálicos:

—Soy Nur, señor.

En seguida recordó que Nur, la sirvienta de su esposa, se albergaba por la noche en una habitación de madera, contigua al cobertizo de las gallinas, y que encerraba un cierto desorden. Miró hacia la azotea hasta distinguir su silueta de pie a un paso de él, como si fuera un fragmento de la noche que se espesara y solidificara. Luego le apareció la clara blancura de sus ojos como dos círculos pintados con tiza sobre una pizarra de un oscurísimo color negro. Continuó su marcha sin decir palabra, mientras la imagen de la mujer se iba perfilando en su imaginación de forma espontánea: una negra de unos cuarenta años, de constitución robusta, gruesas extremidades, pecho bien formado, opulentas grupas, rostro resplandeciente, ojos brillantes y labios carnosos. Había en ella algo fuerte, rudo y extraño, o así le había parecido a él desde que se presentó en su casa. De repente, inesperadamente, la intención de abusar de ella estalló en su pecho, como estallan algunos

petardos sin previo aviso, pero fuerte y poderosa como si en ésta se concentrara la meta de su vida, dominándole al igual que le había ocurrido en el umbral de la puerta del patio al ver a Umm Hanafí la noche de la boda de Aisha. Una vida ardiente se suscitó en sus helados sentimientos, y la agitación se extendió por su sangre hasta electrizarlo, mientras que el aburrimiento y el hastío dejaban sitio a un interés apasionado, excitante y descabellado, todo en un abrir y cerrar de ojos. La actividad se extendió a su modo de andar, su pensamiento y su imaginación. Dejó, sin saberlo, de atravesar la azotea desde el principio hasta el final, reduciendo el trayecto a dos tercios, y luego a la mitad. Cada vez que pasaba a su lado su cuerpo se agitaba con un violento deseo. ¿Una sirvienta negra? ¿Una criada? Y aunque lo fuera, él tenía antecedentes bien conocidos. No era necesario que su deseo cayera sobre mujeres del tipo de Zannuba; un solo detalle de belleza le servía, como había ocurrido con los ojos pintados de kohl de la vendedora de palmitos, en el barrio del Watawit, que sirvieron para paliar el mal olor de sus axilas y el barro pegado a sus piernas. Es más, mientras montaba a una mujer, su deseo podía disculpar hasta la propia fealdad, como la que había visto en Umm Hanafí o en una geomante tuerta con la que se había quedado a solas tras la Puerta de la Victoria. En cualquier caso, Nur tenía un cuerpo prieto y firme cuyo tacto sin duda despertaría los instintos masculinos y las ganas de lucha. Es más, era una sirvienta negra que supondría una originalidad en el goce amoroso, una experiencia novedosa y una comprobación de lo que se decía tradicionalmente sobre el ardor y pasión de las chicas de su raza. El ambiente a su alrededor parecía dispuesto, fiable y oscuro. Su deseo se enardeció, sus nervios saltaron, y su corazón fue presa de aceleradas palpitaciones. Lanzó una mirada penetrante al lugar donde ella estaba, y dirigió sus pasos hacia allí de tal forma que «le sucediera por casualidad» que, al pasar a su lado, se rozara con ella de alguna manera, retrasando la declaración de su deseo hasta que se le brindara el momento propicio, en una atmósfera de desconfianza y temor a que, como Umm Hanafí, fuera una necia y los rincones de la casa resonaran con un escándalo nuevo. Se acercó con pasos lentos, los ojos muy abiertos en dirección a ella y deseando, con toda la pasión que se inflamara en su pecho, transmitirle lo que decían sus ojos, a pesar de la oscuridad reinante, hasta que al acercarse, su corazón latió de forma desordenada. Cuando estuvo frente a ella, su codo rozó la parte superior del cuerpo de la mujer pero siguió andando como si lo ocurrido fuera una casualidad. Sin embargo, un escalofrío recorrió su cuerpo al tocar ese sitio de cuya identidad no estaba seguro dado el éxtasis por el que vagaba su universo. Cuando volvió un poco en sí, en el fondo de la azotea, no le quedaba más que la sensación de un contacto blando y lleno de ternura. El inocente retroceso que escapó de su autora confirmó su sensación de que ella no sospechaba nada de todo este asunto, y dio la vuelta decidido a repetir el ataque. Volvió por segunda vez su brazo hacia ella, hasta que su codo tocó uno de sus pechos. Esta vez su sensación no lo engañó. Después no lo retiró, como se hubiera esperado de una persona que pretendiera haberse equivocado de camino, sino que dejó rozar suavemente el otro pecho sin preocuparse de evitar las sospechas, y pasó de largo diciéndose a sí mismo: «Ella comprenderá mi intención sin duda alguna, y es más, quizás ya la haya comprendido, pues se le ha escapado un gesto que insinuaba que quería echarse a un lado, pero ha sido lenta; o bien le ha cogido de improviso y se ha quedado aturrida. De cualquier forma, no me ha evitado con la mano ni ha movido un solo dedo. Ésta no va a gritar de repente como hizo la otra hija de perra. Intentémoslo una tercera vez». Volvió esta vez apresurado e inquieto, y se mostró algo remiso frente a ella antes de alargar su codo hacia el pecho bien formado como un pequeño odre lleno. Luego movió el brazo, con cierta vacilación y recelo, y pensó en seguir su camino, impulsado por el deseo de huir; pero encontró en ella una entrega o una apatía que sumergió los posos de su conciencia en una gran ola de locura. Se detuvo preguntando con una voz que salió quebrada y trémula por los vapores del deseo:

—¿Eres tú, Nur?

—Sí, señor —dijo la sirvienta retrocediendo mientras él la seguía para que no se le escapara, hasta que la espalda de la mujer se pegó al muro, y él mismo casi se pegó a ella.

Quiso decir cualquier palabra que se le ocurriera, hasta ser capaz de revelar lo que se agitaba en sus entrañas, como el boxeador que ondea su puño en el aire acechando la oportunidad para asestar el golpe mortal. Preguntó mientras su aliento chocaba con la frente de la mujer:

—¿Por qué no te has ido a tu habitación?

—Estoy tomando un poco el aire —respondió la sirvienta tropezando con el cerco que éste formaba a su alrededor.

Y como si la voracidad triunfara sobre su indecisión, tendió la mano hacia su cadera y la atrajo con dulzura hacia su pecho, mientras ella manifestaba una resistencia que se interponía entre él y sus deseos. Luego le susurró al oído pegando su mejilla a la de ella:

—¡Ven a la habitación!

—Esto está mal, señor —murmuró desconcertada.

Sus tonos metálicos tomaron en el silencio una resonancia que le inquietó. Ella no se había propuesto elevar la voz pero, por lo que pareció, era incapaz de susurrar, a menos que esta resonancia fuera su forma de hacerlo, aun en sus tonos más bajos. Sin embargo, la inquietud lo abandonó rápidamente debido, por una parte, al ardor de su deseo y, por otra, a la ausencia, en el tono de ella, de esa protesta que insinuaba su expresión. Tiró de la mujer murmurando:

—Ven, guapa...

Ella se dejó llevar dócilmente de la mano, quizás de buena gana, quizás por obediencia, mientras él cubría de besos su mejilla y su cuello. Tambaleándose por la intensa excitación y en plena embriaguez de alegría empezó a decirle:

—¿Qué te ha alejado de mí durante estos meses?

—Esto está mal, señor —volvió a decir con su acostumbrado tono exento de cualquier protesta.

—¡Qué tierna resistencia...! ¡Dame más! —dijo él sonriendo.

Pero a la entrada de la habitación, ella mostró una cierta oposición y dijo:

—Esto está mal, señor. —Luego, como avisándole—: la habitación está llena de chinches.

La empujó mientras le susurraba en la nuca:

—Por ti, Nur, yo dormiría sobre alacranes.

Una sirvienta... Así parecía en el más estricto sentido de la palabra. Se quedó de pie, entregada a él en la oscuridad. El hombre puso sus labios sobre los suyos y la besó con ardor y deseo, mientras ella permanecía inmóvil y sumisa como si estuviera presenciando un espectáculo en el que no desempeñara ningún papel, hasta que él dijo excitado: «¡Bésame!». Volvió a pegar sus labios a los de ella y la besó ¡y ella también lo besó! Luego le pidió que se sentara y ella volvió a repetir sus palabras «esto está mal, señor» que sonaron ridículas por la trivialidad de su monotonía. La sentó él mismo, y ella lo obedeció sin resistencia. No tardó en encontrar un nuevo placer en la indecisión de la mujer entre la pasividad y la obediencia, y se dedicó a buscar más. Se sucedieron la resistencia verbal y la obediencia efectiva, hasta que se olvidó del tiempo. Luego le pareció que la oscuridad en torno a él se agitaba, o que extrañas criaturas bailaban en sus pliegues. Es posible que lo hubiera vencido la fatiga debido al largo tiempo que había estado retrasando la situación que, a decir verdad, no sabía cuánto había durado. O quizás las corrientes encendidas que entrechocaban en su cabeza habían producido, al impactar en su vista, unas luces imaginarias. Pero, ¡despacio!, las paredes de la habitación se estaban ondulando, y reflejaban una débil claridad donde la sombría negrura se derretía de tal forma, que divulgaba los secretos. Levantó la cabeza con los ojos muy abiertos, y vio una luz suave que se filtraba por las grietas de la pared de madera, irrumpiendo en su intimidad. Luego se elevó la voz de su mujer en el exterior llamando a la criada:

—¿Estás dormida, Nur? Nur, ¿has visto al señor Yasín?

El corazón del hombre tuvo una sacudida de terror. Se puso en pie de un salto y empezó a recoger su ropa con prisa e impaciencia y a vestirse, mientras examinaba la habitación, quizás para encontrar un escondite en

medio del desorden. Pero una sola mirada le hizo desistir de su idea de ocultarse, al tiempo que resonaba en sus oídos un ruido de zapatillas que se acercaban. La criada no pudo contenerse de decir con una voz llorosa:

—Tú eres la causa, señor. ¿Qué hago yo ahora?

Él le dio un puñetazo en el hombro con dureza para que se callara. Miró fijamente a la puerta asustado y desesperado a la vez que retrocedía, movido por un estímulo inconsciente, hacia el rincón más alejado de la entrada hasta pegarse a la pared, quedándose tieso en su sitio, al acecho. Las voces se sucedieron sin respuesta; después la puerta se abrió y apareció el brazo de Zaynab precedido de una lámpara, mientras ella llamaba:

—¡Nur...! ¡Nur...!

La criada no tuvo más remedio que salir de su silencio, murmurando con una voz mate y triste: —Sí, señora.

—¡Qué pronto te duermes, vieja! —dijo Zaynab con una voz que reflejaba cólera y censura—. ¿No has visto al señor Yasín? El gran señor me ha enviado a buscarlo. Lo he buscado en el piso de abajo y en el patio, y tampoco lo he encontrado en la azotea. ¿Tú lo has visto?

No había acabado de hablar, cuando su cabeza apareció en el interior de la habitación, asomándose con extrañeza por encima de la criada que estaba sentada de una forma desconcertante. Luego con un movimiento espontáneo se volvió hacia la derecha, y su mirada cayó sobre su marido, que estaba pegado a la pared con su cuerpo voluminoso, como si estuviera decaído y abatido a causa de la humillación y la vergüenza. Sus ojos se encontraron un instante antes de que él bajara la vista. Transcurrió otro en un silencio mortal, y luego escapó de Zaynab un grito como un alarido, y retrocedió mientras exclamaba golpeándose el pecho con la mano izquierda:

—¡Qué negra deshonra la tuya! ¡Tú..., tú...!

Se puso a temblar, a juzgar por el vaivén de la lámpara que sujetaba en su mano y las oscilaciones de su luz reflejadas en la pared opuesta a la puerta. Luego se dio a la fuga, mientras sus lamentos desgarraban el silencio. Yasín se dijo para sí tragando saliva: «Te has puesto en evidencia... Lo hecho, hecho está». Se quedó en la misma postura, aturdido por lo que estaba pasando a su alrededor, hasta que volvió en sí y salió de la habitación en dirección a la azotea sin que se le ocurriera atravesarla. No sabía qué hacer ni hasta qué punto correría el escándalo. ¿Se reduciría a su piso, o llegaría al otro? Después empezó a censurarse a sí mismo por su aturdimiento y su debilidad, que le habían impedido dar alcance a su mujer para encerrar el escándalo dentro de los límites más estrechos posibles. Después, en el más intenso estado de pesar, se preguntó cómo iba él a afrontar esta deshonra. ¿También aquí vendría la firmeza en su ayuda? Quizás, con tal de que no se infiltrara la noticia hasta su padre... Oyó un movimiento procedente de la maldita habitación, y se volvió hacia allí. Vio la silueta de la sirvienta que salía con un paquete grande en su mano y luego corría hacia la puerta de la azotea y la atravesaba. Se encogió de hombros con desprecio; al palparse el pecho con la mano, notó que había olvidado ponerse la camiseta, y volvió a la habitación rápidamente.

58

Por la mañana temprano llamaron a la puerta. Era el sheyj del barrio. Se entrevistó con el señor Ahmad, y le contó que estaba encargado por las autoridades de transmitir a los habitantes de los barrios ocupados esta información: los ingleses no actuarían más que contra los manifestantes; él tenía que abrir su tienda, el alumno tenía que ir a su escuela y el funcionario a su puesto. Le advirtió que el hecho de retener a los alumnos podía hacer creer que eran huelguistas, e hizo hincapié en las órdenes terminantes de prohibir las manifestaciones y la huelga. Por eso, la casa recuperó esa actividad con la que solía recibir a la mañana. Sus hombres suspiraron profundamente por su puesta en libertad tras la reclusión del día anterior y todos respiraron un poco de tranquilidad y de paz. Yasín se dijo a sí mismo, comentando la visita del sheyj del barrio: «Las cosas mejoran fuera de la casa, pero dentro están embarradas y enfangadas». Sin duda, la mayoría de los miembros de la familia había pasado una noche horrible, envuelta en el escándalo y desgarrada por la adversidad. La paciencia que Zaynab se había impuesto para evitar su tristeza y su descontento no pudo

tapar el espantoso espectáculo que había visto con sus propios ojos en la habitación de su sirvienta. El pecho le había estallado, dando rienda suelta a su furia con la idea de que su gemido perforara los oídos del señor, el cual corrió hacia ella haciéndole preguntas, y esto fue el escándalo... Ella se lo contó todo, enardecida por su loca excitación, sin la cual quizás no hubiera tenido valor para referirle lo que había pasado, dado el miedo que le tenía y que no sentía hacia ninguna otra persona. Con eso se vengó de su honor sacrificado y de la paciencia que había tenido, a veces por su propia voluntad y, en la mayoría de los casos, a costa de esfuerzo. «¡Una sirvienta! ¡Una criada! ¡Y de la edad de su madre...! ¡Y en mi propia casa...! ¿Qué hará entonces cuando esté fuera?» No había llorado de celos, o quizás éstos se ocultaban de momento tras espesos velos de repugnancia y cólera, como se oculta el fuego tras las nubes de humo. Era como si ella hubiera llegado a preferir la muerte a quedarse con él bajo un mismo techo, aunque fuera un solo día, después de lo que había pasado. En efecto, había abandonado su alcoba y había pasado la noche en la sala de las visitas, despierta y sufriendo delirios febriles la mayor parte de la noche, y dormida con un sueño pesado, enfermizo e inquieto el resto del tiempo. Se despertó por la mañana, totalmente decidida a irse de la casa. Quizás esta decisión fue la única en la que encontró un calmante para sus sufrimientos. ¿Qué podía hacer su propio suegro? No podría evitar aquella atrocidad después de haber ocurrido ni tampoco podría, cualquiera que fuese su omnipotencia, imponer el castigo que merecía para curar el pecho de la joven. Decidiría, todo lo más, reprenderle, volcar sobre él su cólera y, mientras, ¡el adúltero lo escucharía con la cabeza baja para después continuar con su repugnante conducta! ¡Ni hablar! El señor le había rogado que dejara el asunto en sus manos, y le había aconsejado largo rato que no se preocupara por su falta, y que adoptara la paciencia de las mujeres virtuosas como ella. Pero ésta ya no podía tener más paciencia ni perdonar. ¡Una sirvienta negra de más de cuarenta años! ¡Ni hablar! Esta vez lo abandonaría sin vacilar. Comunicaría a su padre todo su pesar, y se quedaría bajo su protección hasta que Yasín recobraría el juicio. Después de esto, o volvía a ella arrepentido y cambiaba de conducta o ¡que toda esta vida, con lo bueno y con lo malo, se fuera al diablo! Yasín se había equivocado cuando pensó que ella, por sentido común y prudencia, se guardaría la tristeza en el pecho. La verdad es que la había dominado la angustia ya desde el principio, y se la había revelado a su propia madre, pero ésta demostró ser una mujer prudente al no dejar que la queja llegara hasta el padre. Recomendó a su hija que tuviera paciencia, diciéndole que los hombres suelen salir de noche —como su padre, por ejemplo— y que también beben. Le dijo que se contentara de tener su casa llena de cosas buenas y de que su marido volviera a ella por mucho que trasnochara y muy borracho que estuviera. La joven había escuchado el consejo a la fuerza y había hecho todo lo posible por armarse de paciencia; procuró conformarse con la realidad y adecuar sus vastos sueños a las posibilidades que ésta le permitía, especialmente cuando el embrión había comenzado a crecer en su vientre anunciando una orgullosa maternidad. Posiblemente la protesta estaba oculta en lo más profundo de su ser, pero ella hacía todo lo posible por resignarse, poniéndose unas veces de modelo a su madre y otras a la mujer del señor de la casa. Después, la situación le produjo un cierto recelo que la invadía de vez en cuando, al pensar lo que podía hacer su marido en sus veladas etílicas. Le comunicó a su madre sus temores y, aún más, no le ocultó que los sentimientos del hombre se habían ido apagando. Pero la sabia madre le hizo comprender que esta apatía no era necesariamente el resultado de lo que le rondaba a ella por la cabeza, que era «una cosa natural» ante la cual todos los hombres eran iguales, y que se convencería de todo eso por sí misma a medida que tuviera más experiencia de la vida. Sin embargo, si sus sospechas resultaban ciertas, ¿qué iba a hacer? ¿Iba a abandonar su casa porque su esposo se acostara con otras mujeres? ¡No y mil veces no! Si una mujer renunciara a su puesto por una causa como ésta, no habría en las casas mujeres respetables. El hombre puede poner sus ojos en una mujer o en otra, pero siempre vuelve a su casa mientras sea su esposa digna de seguir significando para él el último refugio y la morada permanente, y éste era el resultado para las que sabían esperar. Continuó su conversación recordándole las mujeres repudiadas injustamente, y las que tenían que compartir a sus maridos con otras. ¿Acaso no era la ligereza de su esposo —si era verdadera— un asunto de mucha menor importancia que la conducta de otros? Y, además, él no tenía más de veintidós años y su destino le haría ser inteligente, regresaría a su casa y se desentendería con su prole del mundo entero. Dicho de otro modo, a ella le convenía ser paciente incluso si sus sospechas resultaban ciertas, y ¡no digamos ya si no lo eran! La mujer había repetido estas palabras y otras que iban por el mismo camino, hasta que la obstinación de la chica se suavizó, confió en la paciencia y la puso en práctica. Sin embargo, lo ocurrido en la azotea terminó con todo cuanto había concebido y todo el edificio se derrumbó como si no hubiera existido jamás.

A pesar de que el señor no comprendió esta triste realidad, y creyó que la chica había obedecido su consejo, su cólera era demasiado grande para pasar por alto el asunto. Había hecho bien la sirvienta en darse a la fuga. En cuanto a Yasín, no había dejado la azotea y se había quedado pensando, inquieto, en la tempestad que lo

acechaba, hasta que le llegó la voz de su padre, llamándolo con un tono igual al chasquido de un látigo. Le dio un vuelco el corazón, pero no respondió ni atendió a la llamada, quedándose clavado en su sitio, desesperado. De repente, sin saber cómo, el hombre irrumpió en la azotea. Luego se detuvo unos instantes refunfuñando y escrutando el lugar, hasta que dio con su silueta y se dirigió hacia allí. Se paró cerca de él con los brazos cruzados sobre el pecho, y volvió hacia el joven su cabeza rígida y altanera, quedándose en un silencio que prolongó, para alargar con él el suplicio y el terror de su hijo. Era como si con su silencio quisiera expresarle lo que sentía hacia él, que no se podía transmitir con palabras, o simbolizar las violentas patadas y puñetazos que le hubiera gustado propinarle para corregirlo, pues le impedía pegarle el hecho de que ya era un hombre, y además casado. Después ya no pudo soportar el silencio y, agitado por la cólera y la furia, se lanzó sobre él insultándolo y riñéndole: «¡Tú me has provocado en mis propias narices! ¡Vete al infierno, tú y tu deshonra! ¡Has profanado mi casa, miserable! ¡Ésta no podrá limpiarse nunca de la mancha que le has echado! ¡Qué maravillosa excusa tenías antes de tu matrimonio! Pero ¿cuál tienes ahora...? Si mis palabras fueran dirigidas a una fiera la domarían, pero se estrellan contra una roca. La casa que te acoge está destinada a albergar las maldiciones». Su ardiente pecho se consoló con estas palabras que eran como plomo fundido. Yasín permaneció inmóvil, silencioso y con la cabeza baja, como si estuviera a punto de diluirse en la oscuridad, hasta que el hombre se cansó de gritar, le volvió la espalda, abandonó el lugar maldiciéndolo a él, a su padre y a su madre, y se metió en su habitación hirviendo de cólera. En su arrebato vio el desliz de Yasín como un crimen que merecía la muerte, olvidando que todo su propio pasado no era más que una imagen prolongada y repetida de la vileza de Yasín; tampoco se acordó de que todavía seguía comportándose de la misma manera ahora que tenía cincuenta y tantos años, y que sus hijos habían crecido y se estaban convirtiendo en maridos y esposas. No quería esto decir que en el arrebato de la cólera realmente lo hubiera olvidado, sino que se permitía a sí mismo lo que no autorizaba a ninguno de los suyos. Él podía hacer lo que quisiera mientras que ellos tendrían que respetar los límites que él les impusiese. Quizás su irritación por el «desafío» a su voluntad que suponía la falta de Yasín, el «desprecio» a su ser y la «deformación» de la imagen que él quería dar a sus hijos, era el doble de la cólera que sentía por la falta en sí. Sin embargo, su enfado, como era habitual, no duró mucho. No tardó en extinguirse su fuego ni en amainar su llama, volviéndole poco a poco la calma, aunque su aspecto —y sólo su aspecto— estaba empañado de angustia y tristeza. Entonces pudo considerar el «crimen» de Yasín desde otros ángulos y meditar con la mente reposada. Se fueron disipando las tinieblas, al recordar diversas situaciones cómicas que le hicieron olvidar su forzada soledad. Lo primero que se le ocurrió fue buscar una excusa para el culpable, no porque le gustara ser indulgente, pues aborrecía el perdón en su casa, sino para obtener de esta deseada excusa una «justificación» para ese atentado a su voluntad, como si se dijera a sí mismo: «Mi hijo no ha sido desobediente, ¡nada de eso!, sino que tiene tal o cual excusa». Pero ¿iba a alegar su juventud como justificación, por ser una edad de atolondramiento e inconstancia...? ¡Claro que no! La juventud era una excusa para la falta, pero no para el atentado a su voluntad; si no, Fahmi e incluso Kamal podrían llegar al extremo de despreciar sus enseñanzas. Tenía, pues, que buscar la excusa en la madura edad del joven, esta madurez que lo autorizaba a independizarse de la voluntad del padre, aunque sólo fuera hasta un cierto punto y que lo eximía a él —el señor— de cargar con la responsabilidad de sus actos, como si se dijera a sí mismo: «El no ha atentado contra mi voluntad, ¡nada de eso!, sino que ha alcanzado la edad en la que su falta no se considera como tal atentado». Holgaba decir que se negaría a reconocer este derecho ante él, y que no lo perdonaría si se hubiera atrevido a exigirselo. Es más, no lo reconocería ni ante sí mismo más que en el caso concreto de una desobediencia que requiriera una excusa para el atentado contra su voluntad. No se olvidó, incluso en un estado como ése, de recordarse a sí mismo, buscando una mayor tranquilidad, que él le había dado una educación severa como pocos padres se podían permitir, recibida con una total sumisión que pocos hijos podían soportar. Sus reflexiones se dirigieron hacia Zaynab, pero no sintió ninguna compasión por ella. La había consolado por respeto a su querido y amado padre, pero no creía que la chica fuera verdaderamente digna de él. ¡No era propio de una esposa respetable el poner en evidencia a su marido —fueran cuales fuesen las circunstancias—, de la manera que ella lo había hecho con Yasín! ¡Cuánto había llorado! ¡Cuánto había gritado...! ¿Qué hubiera hecho él —el señor— si Amina le hubiera venido un día de repente con un comportamiento como ése...? Pero ¡qué lejos estaba ella de Amina! Y, además, ¡de qué forma le había contado lo que había visto, sin ningún pudor! ¡Uf...! ¡Uf...! Si esta muchacha no fuera la hija de Muhammad Effat, Yasín habría estado en su legítimo derecho de corregirla y, es más, él mismo no habría consentido que este suceso pasara sin un castigo ejemplar. Yasín había cometido una falta, pero ella había cometido otra mayor. Luego, volvió rápidamente a Yasín y empezó a pensar, sonriendo para sus adentros, en esa naturaleza única que compartían, aquella naturaleza, heredada sin duda del abuelo y que ¡quién sabe si en esos momentos no ardía también en el pecho de Fahmi bajo la máscara de la corrección y la rectitud! Es más, ¿no recordaba cómo un día volvió inesperadamente a casa y le llegó a los oídos la voz de Kamal que cantaba:

«¡Oh, pájaro que estás en el árbol!»...? Se había quedado un momento tras la puerta, no sólo para simular que había llegado después de que la canción hubiera terminado, sino también para seguir la voz, saboreando su metal, y averiguar la capacidad de sus pulmones. Cuando el chiquillo terminó la melodía, su padre cerró la puerta con fuerza a la vez que tosía, y entró con una alegría en su pecho que nadie había captado. ¡Cuánto le gustaba verse a sí mismo floreciendo de nuevo en la vida de sus hijos, al menos en las horas de calma y dicha! Pero ¡despacio! Yasín tenía una naturaleza particular que él no compartía, o, si se respeta el verdadero sentido de la palabra, no los unía la misma naturaleza. Yasín era un animal ciego. Se había lanzado una vez sobre Umm Hanafi, y lo habían pillado otra vez con Nur, revolcándose, indiferente, en el fango. ¡Él no era así! Desde luego, comprendía la medida del fastidio que había consumido a Yasín por haberse visto obligado a pasar la noche en una especie de prisión. Y lo comprendía porque él mismo había tenido que soportarlo, desolado y triste, como quien ha perdido a un ser querido. Pero suponiendo que él hubiera ido a pasear por el jardín de la terraza, como había hecho el joven, y se hubiera encontrado casualmente con una sirvienta — supongamos además que ella respondiera a sus gustos—, ¿habría emprendido la aventura? ¡No! ¡Seguro que no! Sin embargo, ¿qué obstáculo se lo habría impedido? ¿El lugar quizás? ¡La familia!, o posiblemente su edad madura. ¡Ay! Se enfadó al hacer aparición en su mente este último obstáculo, ¡y se imaginó que envidiaba a Yasín por estar en la flor de la juventud y, a la vez, por la locura de su desliz! Comoquiera que sea, sus naturalezas eran diferentes. El señor no tenía —como su hijo— una pasión incondicional por las mujeres. Su apetito se destacaba siempre por el lujo, y era impulsado por su espíritu selectivo. Es más, influían en todo ello unas características sociales, que se unían a las habituales características naturales. Era un enamorado de la belleza femenina por su carne, su contoneo y su elegancia. Ni Galila, ni Zubayda, ni Umm Maryam ni otras decenas de mujeres carecían de estas características, o incluso tenían algunas más. Además, sólo se encontraba sereno y a gusto con un espectáculo hermoso, una reunión íntima, y el vino, la tertulia y el canto que acompañaban a éstos. Apenas pasaba un rato con la nueva amante, ésta ya comprendía su deseo y le preparaba un ambiente agradable, perfumado de rosas, incienso y almizcle, como a él le gustaba. Del mismo modo que lo enamoraba la belleza en abstracto, lo enamoraban sus deslumbrantes halos sociales. La posición elevada y la celebridad lo atraían, y le gustaba alabar en su círculo íntimo su pasión y sus amantes, salvo en las raras ocasiones en que era necesario ocultarlas y ser discreto, como en el caso de Umm Maryam. Sin embargo, este amor «social» no le obligaba a sacrificar la belleza que, junto a la celebridad, marchaban unidas en este ámbito, como un objeto y su sombra. Generalmente la belleza era la mano mágica que abría las puertas de la celebridad y la posición elevada. Había amado a las más célebres cantoras de su época, y ni una sola de ellas lo había decepcionado en su inclinación a la belleza ni en su pasión por la hermosura. Fue esto lo que lo llevó a recordar los ímpetus de Yasín con desprecio, mientras se repetía disgustado: «¡Umm Hanafi...! ¡Nur...! ¡Qué bestia!». El no tenía nada que ver con esta excentricidad, aunque no necesitaba preguntarse mucho tiempo sobre su origen, ya que todavía no había olvidado a la mujer que había engendrado a Yasín, y que le había dado en herencia su naturaleza apasionada por la basura. Si él era responsable de la fuerza del deseo de su hijo, ella lo era de ese tipo de deseo que tendía al abismo. Por la mañana había vuelto a reflexionar «seriamente» sobre el tema y había estado a punto de llamar a los dos esposos para aclarar las cuentas que había entre ellos —y entre él y ellos—, pero lo aplazó hasta un momento más apropiado de la mañana.

Cuando Fahmi preguntó a Yasín qué le había movido a no ir a comer, éste le respondió cortante: «Un asunto sin importancia. Te lo contaré después». Fahmi siguió ignorando el secreto de la cólera del padre contra su hermano, hasta que se enteró de la desaparición de Nur, la sirvienta, e intuyó todo el asunto. La mañana encontró a la familia en una situación desacostumbrada, pues Yasín había abandonado temprano la casa, y Zaynab se había quedado en su habitación. Luego los hombres habían salido temblando y evitando levantar la vista hacia los soldados, mientras la madre, desde detrás de las rendijas de la celosía, rogaba a Dios que los protegiera de todo mal. Amina no quiso inmiscuirse en el «incidente» de la azotea y bajó a la habitación del horno esperando de un momento a otro que Zaynab se uniera a ella como de costumbre. No aprobaba que la muchacha se encolerizara en defensa de su dignidad, y lo consideraba como un mimo que suscitaba su enfado. Empezó a preguntarse: «¿Cómo pretende reivindicar para sí misma los derechos que ninguna mujer ha reivindicado jamás...?».

Sin duda, Yasín había cometido una falta y había profanado la virtuosa casa, pero la había cometido contra su padre y la mujer de éste, y no contra Zaynab. «¿Acaso no soy yo un ángel en comparación con esta chica?» Pero como la espera se prolongaba, ella no pudo ignorarla, y se convenció a sí misma de la necesidad de ir a su encuentro para consolarla. Entró en el dormitorio y no encontró rastro de ella. Fue de una habitación a otra

llamándola, hasta que examinó la casa rincón por rincón. Luego dio una palmada diciendo: «¡Dios! ¿Se le habrá ocurrido a Zaynab abandonar su casa?».

59

A lo largo del día, Amina no se pudo librar de la angustia, pues la posibilidad de que los soldados se metieran con uno de sus hombres, a la ida o a la vuelta, casi no se le iba de la cabeza. Fahmi fue el primero en regresar, y el hecho de verlo alivió un poco su inquietud; pero notó que el muchacho estaba taciturno, y le preguntó:

—¿Qué te pasa, hijo mío?

—Me repugna ver a esos soldados —exclamó Fahmi con fastidio.

—No les muestres esa repugnancia —dijo la mujer con aprensión—. Si me quieres, no lo hagas.

Él no lo había hecho, pero por algo muy distinto a la súplica de su madre. No se había atrevido a desafiarlos, ni siquiera con la mirada, mientras sentía que caminaba a su merced. Había evitado dirigir su mirada hacia ninguno de ellos, y había pasado en dirección a la casa preguntándose con ironía qué hubieran hecho de haber sabido esta realidad: él regresaba de una manifestación que había degenerado en una especie de batalla con los soldados; o si supieran que él mismo, al amanecer, había distribuido decenas de octavillas incitando a combatirlos. Se sentó, pasando revista a los acontecimientos del día, y evocando unos pocos sucesos tal como habían ocurrido, y la mayor parte de ellos tal como hubiera deseado que ocurrieran. Esta era su forma de ver las cosas; actuar de día y soñar de noche. En ambos casos lo movían los sentimientos más elevados y los más terribles: el amor a su pueblo por un lado, y el deseo de hacer una matanza y un exterminio por otro. Unos sueños con los que se embriagaba más o menos tiempo para luego despertar apesadumbrado por la imposibilidad de realizarlos, y abatido por la estupidez de imaginarlos; unos sueños cuya trama y fibra se tejían de batallas en las que iban a la cabeza personajes como Juana de Arco, de la apropiación del armamento del enemigo, del posterior ataque y derrota de los ingleses, de un discurso glorioso en la Plaza de la Ópera, de la obligación de los británicos de proclamar la independencia de Egipto, del triunfante regreso de Saad del exilio, de un encuentro entre él mismo y el dirigente, y de las palabras de éste... con Maryam entre los asistentes al histórico comienzo de una nueva etapa. Sí. Sus sueños siempre estaban coronados por la imagen de Maryam, a pesar de estar relegada —durante aquellos días— a un remoto rincón de su corazón absorbido por todas esas preocupaciones, como se esconde la luna tras las nubes durante la tormenta. De repente, su madre le dijo apurada, mientras se ajustaba el pañuelo alrededor de la cabeza:

—Zaynab se ha ido enfadada a casa de su padre.

¡Ay! Casi había olvidado lo que había sufrido aquella mañana por su hermano y su familia. Ahora se le confirmaba lo que había intuido cuando se enteró de la desaparición de Nur, la sirvienta. Evitó los ojos de su madre por vergüenza de que ésta leyera lo que le rondaba por la cabeza, especialmente porque estaba seguro de que ella conocía la verdad del caso. No descartó la posibilidad de que su madre intuyera, o al menos creyera probable, que él lo sabía. No supo qué decir, en especial porque, cuando hablaba con ella, no solía exteriorizar lo contrario de lo que sentía por dentro. No había nada más odioso para él que el hecho de que un subterfugio reemplazara a la franqueza habitual entre ellos, y se contentó con balbucir:

—¡Que Nuestro Señor arregle las cosas!

Amina no dijo una palabra, como si la desaparición de Zaynab fuera tan insignificante que bastara una frase informativa y otra invocatoria para resolver el asunto. Fahmi no tardó en disimular una sonrisa que estuvo a punto de hacerlo salir de su reserva, cuando se dio cuenta de que su madre sentía lo mismo que él, y que ella se encontraba en un apuro por su innata incapacidad para hacer teatro. Amina no sabía mentir, e incluso cuando, a veces, se veía obligada a hacerlo, su naturaleza, cuya sencillez no dejaba lugar a subterfugio alguno, terminaba por descubrirla. Sin embargo, el desconcierto de ambos no duró más que unos minutos, hasta que vieron a Yasín que se acercaba a ellos. Tuvieron la impresión de que éste los miraba con el rostro de quien no se imaginara las penalidades que lo acechaban en la casa y cuyo alcance no podía calcular. Fahmi no se sorprendió mucho de esto porque conocía la indiferencia de su hermano por los problemas que abrumaban a

los demás. Pero la verdad es que Yasín estaba dominado por la sensación cegadora de haber superado una hazaña victoriosa, que le había hecho olvidar de momento la mayor parte de sus problemas. Se dirigía a la puerta de la casa, cuando un soldado le cortó el paso como si hubiera surgido de la tierra. Su cuerpo se estremeció, temiendo un daño contra el que nada podía hacer, o al menos una dolorosa ofensa ante los ojos de los tenderos y de los transeúntes. Pero no dudó en defenderse, y dijo al soldado de manera amable y cortés, como si le pidiera permiso para pasar:

—Por favor, señor...

Pero el soldado le pidió cerillas sonriendo —sí, sonriendo— y Yasín se quedó tan aturdido por su sonrisa que le fue difícil comprender lo que éste quería, hasta que se lo repitió. No se podía imaginar que un soldado inglés sonriera de esa forma o, si los soldados ingleses sonreían como el resto de la humanidad, que uno de ellos le sonriera a él con cierta educación. Fue transportado por una alegría que lo confundió hasta el punto de quedarse inmóvil unos instantes sin articular una respuesta ni hacer el menor movimiento. Luego dio un salto con todas sus fuerzas para realizar este sencillo servicio a aquel majestuoso y sonriente soldado. Pero como él no fumaba y no llevaba cerillas, corrió hacia el hagg Darwish, el vendedor de habas, y compró una caja. Volvió rápidamente hacia el soldado con ella en la mano y éste la cogió diciendo:

—¡Gracias!

Todavía no se había repuesto del efecto de la mágica sonrisa, y aquellas «gracias» le cayeron como una jarra de cerveza bebida por alguien que estuviera harto de whisky. La gratitud y el orgullo lo invadieron. Su rostro apretado se sonrojó y sonrió, como si la expresión thank you fuera una importante condecoración que le impusieron públicamente, además de que le garantizaba el ir y venir seguro ante el campamento. Apenas el hombre hizo ademán de partir, él le dijo amistosamente, desde lo más profundo de su corazón.

—¡Buena suerte, señor!

Se fue a casa casi tambaleándose de alegría. ¡Qué buena suerte había tenido! ¡Un inglés —y no un australiano ni un indio—, y que le había sonreído y le había dado las gracias! Un inglés, es decir, un hombre que él se imaginaba como modelo de perfección humana. Quizás lo odiaba como lo odiaban todos los egipcios, pero en su fuero interno lo respetaba y exaltaba hasta el punto de imaginarse a menudo que estaba hecho de un barro diferente al de los humanos. ¡Este hombre le había sonreído y le había dado las gracias...! Y él le había respondido correctamente, imitando la pronunciación inglesa tanto como le permitía la elasticidad de sus labios. Y lo había conseguido espléndidamente, haciéndose merecedor de ese agradecimiento. ¿Cómo creer los actos salvajes que les habían atribuido? ¿Por qué habían desterrado a Saad Zaglul si eran tan corteses? Sin embargo, su entusiasmo se vino abajo tan pronto como sus ojos se posaron sobre la señora Amina y sobre Fahmi y pudo leer sus miradas. Rápidamente retomó el hilo de sus tristezas, que se había interrumpido por un momento. Se dio cuenta de que se encontraba otra vez frente al problema del que había huido por la mañana temprano y preguntó, señalando con el dedo hacia arriba:

—¿Por qué no está sentada con vosotros? ¿Sigue todavía enfadada? Amina cruzó una mirada con Fahmi, y murmuró apurada:

—Se ha ido a casa de su padre...

Él alzó las cejas sorprendido e inquieto antes de preguntar:

—¿Y por qué has dejado que se vaya?

—Se ha escabullido sin que nadie se diera cuenta —respondió Amina suspirando.

El joven sintió que era necesario decir algo que preservara su honor ante su madre y su hermano, y replicó con desprecio:

—¡Que se vaya a donde le dé la gana!

Fahmi decidió resistirse al deseo de buscar refugio en el silencio para que su hermano creyera que él no estaba al tanto de su secreto y, por consiguiente, para alejar la sospecha de que éste hubiera sido divulgado por su madre. Así que le preguntó simplemente:

—¿Cuál es la causa de esta desgracia?

Yasín le clavó una mirada escrutadora, y agitó su gruesa mano mientras estiraba los labios como si le dijera: «No hay ninguna causa para esta desgracia». Luego dijo:

—Es imposible convivir con las chicas de hoy. Luego, mirando a la señora Amina:

—¿Dónde están las damas de antaño?

Amina bajó la cabeza, aparentemente avergonzada y, en verdad, para disimular una sonrisa que no pudo vencer cuando su mente comparó la imagen que Yasín adoptaba en ese momento —la del meditador, la del predicador ofendido— con la imagen con la que fue sorprendido la noche anterior en la terraza. Sin embargo, la inquietud de Yasín era mucho mayor de lo que la situación le permitía manifestar ya que, a pesar de la enorme decepción que había sufrido en su vida conyugal, no había pensado ni por un momento en ponerle fin. Había encontrado en ella refugio estable y cuidados, sin contar con el anuncio de la cercana paternidad, que él había recibido con los brazos abiertos. Siempre había deseado que el matrimonio le cubriera las espaldas, para poder volver a casa de sus variadas correrías como vuelve el viajero a su patria al final del año. No se le pasaba por alto la nueva disputa que la partida de su esposa acarrearía entre él y su padre, y después entre éste y el señor Effat, sin contar con el escándalo que todo esto llevaría aparejado, y que exhalaría su aroma hasta atascar las narices. ¡Hija de perra! ¡Qué decidido estaba a hacerle reconocer que ella había cometido una falta mayor que la suya! Es más, puede que estuviera totalmente convencido de esto. Se había jurado obligarla a disculparse y corregirla él mismo por todos los medios. Pero ella se había ido... Había trastocado sus planes de arriba abajo, y lo había puesto en un complicado aprieto. ¡Hija de perra! Fue arrancado del hilo de sus pensamientos por un grito que desgarró el silencio que envolvía la casa. Se volvió hacia Fahmi y hacia su madre y los encontró aguzando el oído con preocupación y angustia. El grito se prolongó, y ellos se dieron cuenta fácilmente de que procedía de una mujer. Pero sus ojos se preguntaron de dónde había salido y cuál era su causa: ¿era el anuncio de una muerte, una pelea o una llamada de socorro? Amina había empezado a invocar a Dios contra todos los males, cuando Fahmi dijo:

—Ha sido cerca. Quizás en nuestra calle.

Se levantó de repente con el ceño fruncido y preguntó:

—¿No será que los ingleses han atacado a una mujer que pasaba por la calle? Corrió hacia la celosía, y los otros dos lo siguieron, pero el grito había cesado sin dejar tras él ningún indicio de su procedencia. Los tres pasearon la vista a través de las rendijas, escrutando la calle, y se detuvieron en una mujer que atraía las miradas por estar detenida de forma extraña, y por estar rodeada de transeúntes y tenderos. No obstante ellos la reconocieron al primer momento y gritaron al unísono:

—¡Umm Hanafi!

Amina, que la había enviado a la escuela para recoger a Kamal preguntó:

—¿Qué pasa que no veo a Kamal con ella? y ¿qué es lo que la hace estar parada así, como una estatua? ¡Kamal...! ¡Dios mío...! ¿Dónde está Kamal?

Luego, impulsada por un sentimiento instintivo:

—Es ella la que ha gritado. Ahora he reconocido su voz. ¿Dónde está Kamal...? ¡Socorro!

Ni Fahmi ni Yasín dijeron palabra. Estaban totalmente absortos observando la calle en general y el campamento inglés en particular, hacia donde vieron que se dirigían las miradas de los que estaban allí apiñados, con Umm Hanafí a la cabeza. No tenían la menor duda de que había sido esta última la que había gritado hasta reunir a la gente a su alrededor. Es más, sintieron de forma instintiva que ella había pedido socorro porque un peligro amenazaba a Kamal. Luego sus temores se centraron en los ingleses. Pero... ¿de qué peligro se trataba? y ¿dónde estaba Kamal?; ¿qué le había ocurrido al chiquillo? La madre a su vez no dejaba de pedir socorro sin que los otros supieran cómo calmarla. Quizás ellos necesitaban también a alguien que los tranquilizara... ¿Dónde estaba Kamal? Había unos soldados sentados, otros de pie y otros que seguían su camino, cada uno ocupado en sus asuntos como si no hubiera pasado nada, y como si la gente no estuviera allí apiñada. De repente, Yasín gritó dando un puñetazo a su hermano:

—¿Ves a aquellos soldados que están formando un círculo al pie de la fuente de Bayn el-Qasrayn? Kamal está parado entre ellos. ¡Mira!

—¡Kamal en medio de los soldados...! —dijo la madre sin poder contener un grito— ¡Es él, Dios mío! ¡Señor...! ¡Socorro...!

Cuatro gigantes soldados estaban de pie, con los brazos entrelazados, formando un círculo. Los ojos de Fahmi habían pasado por allí más de una vez sin dar en el blanco, y esta vez vio a Kamal de pie en el centro de aquél, tal como se podía vislumbrar a través de un hueco abierto entre las piernas del soldado que les daba la espalda. Imaginó que se lo arrojarían a patadas como si fuera una pelota hasta terminar con él. El miedo por su hermano lo hizo olvidarse de sí mismo y se dio la vuelta diciendo con la voz agitada:

—Iré para allá pase lo que pase.

Pero la mano de Yasín lo agarró del hombro mientras le decía con voz firme: «¡Detente!». Luego se dirigió a su madre con una voz tranquila y risueña:

—No tengas miedo. Si ellos hubieran querido hacerle daño, no lo habrían dudado. Míralo. ¿No parece que esté absorto en una larga conversación? Además, ¿qué es esa cosa roja que tiene en la mano? ¡Apuesto a que es un trozo de chocolate! ¡Tranquilízate! Ellos están divirtiéndose con él —suspiró—, ¡cuánto nos hemos asustado por nada!

El miedo de Yasín se calmó, y no tardó en recordar su feliz aventura con el soldado, sin descartar la posibilidad de que éste tuviera camaradas tan corteses y amables como él. Luego creyó conveniente afianzar y confirmar sus palabras en el corazón ansioso de la madre, y señaló hacia Umm Hanafí, que no se había movido de su sitio, diciendo:

—¿No ves que Umm Hanafí no habría dejado de gritar si no hubiera encontrado una razón para ello? ¡Y allí están las gentes, que se van dispersando de su alrededor porque ya están tranquilas!

—Mi corazón no estará tranquilo hasta que Kamal no haya vuelto conmigo —murmuró Amina con voz temblorosa.

Clavaron sus ojos en el niño, o en lo que se veía de él de vez en cuando, pero los soldados retiraron sus brazos y juntaron sus piernas separadas, como si estuvieran seguros de que Kamal había renunciado a la idea de huir. Entonces vieron la figura completa del niño. Se mostraba sonriente y estaba hablando, como pudieron deducir por el movimiento de sus labios y los gestos de sus manos, de las que se ayudaba para expresar sus pensamientos. La comprensión entre el niño y ellos demostraba que los soldados podían, hasta cierto punto, utilizar la lengua árabe. Pero ¿qué les estaba diciendo y qué le decían ellos a él? Esto era lo que ninguno podía adivinar. Sin embargo, recobraron el sentido común, e incluso la propia madre pudo finalmente presenciar el asombroso espectáculo que se desarrollaba bajo sus ojos, con una mezcla de sorpresa y silenciosa angustia, sin lamentos ni gritos de socorro, al tiempo que Yasín se echaba a reír diciendo:

—Parece que hemos sido demasiado pesimistas al creer que la ocupación de nuestro barrio por estos soldados sería para nosotros fuente de molestias sin fin.

A pesar de que Fahmi se mostró agradecido por la actitud de los soldados con Kamal, no le gustó, sin embargo, la observación de Yasín, y dijo sin apartar sus ojos del chiquillo:

—Quizás su trato con los hombres o con las mujeres sea distinto del que tienen con los niños. ¡Nos seas demasiado optimista!

Yasín estuvo a punto de enfrascarse en el relato de su feliz aventura, pero contuvo su lengua en el momento oportuno, y se reprimió para evitar irritar a su hermano. Luego dijo tratando de ser amable y amistoso:

—¡Dios nos libre de ellos para nuestro bien!

—¿No es tiempo ya de que ellos, agradecidos, lo dejen ir? —preguntó Amina con impaciencia.

Pero en el círculo de Kamal parecía haber algo nuevo que esperar. Uno de los cuatro soldados se fue a una tienda de campaña cercana y luego, tras un momento, regresó con una silla de madera que puso frente a Kamal. El chiquillo no tardó en saltar a ella poniéndose de pie, tieso y con los brazos estirados hacia abajo como si estuviera formando filas en un batallón de la sección especial. Se le había inclinado el tarbush hacia la coronilla —sin que probablemente se hubiera dado cuenta—, dejando al descubierto la prominente parte delantera de su enorme cabeza. ¿Qué estaba contando?, ¿qué había tras esa postura? La respuesta no se hizo esperar, pues rápidamente se elevó su voz aguda mientras cantaba:

Querido mío, necesito volver a mi país.

Querido mío, las autoridades han atrapado a mi hijo.

La cantó fragmento por fragmento con su voz agradable, mientras los soldados lo miraban con la boca abierta y el rostro risueño, siguiendo el canto del niño con palmadas. Uno de ellos estaba emocionado por algunas palabras de la canción que había comprendido, y se puso a gritar: «Volver a mi país..., volver a mi país...». Kamal se enardeció por la alegría que había despertado en sus oyentes y empezó a mejorar su canto, a embellecer la entonación y a elevar su voz, hasta que la canción concluyó entre aplausos y ovaciones, en las que participó la familia desde detrás de la celosía con el corazón lleno de alegría y temor. Sí, la familia participó en los aplausos tras haber participado —con el corazón también— en la canción, siguiéndola con temor y angustia, rezando por su seguridad y perfección, y temiendo que cometiera un error o diera una nota discordante, como si estuviera cantando en delegación de todos ellos, o como si fueran ellos los que cantaban a través de la garganta del niño; como si la dignidad de la familia —individual o colectiva— dependiera del éxito de la canción. En este caos de sentimientos, Amina olvidó sus temores, e incluso el mismo Fahmi no había pensado durante ese tiempo más que en la canción y en el esperado éxito. Al terminar todo bien, suspiraron desde lo más profundo de su alma, y desearon que Kamal se diera prisa para volver antes de que ocurriera un imprevisto que les echara a perder el almizcle de este final. Pareció que la fiesta tocaba a su fin, pues Kamal había saltado al suelo y saludaba a los soldados uno por uno, levantando su mano para despedirse. Luego volvió corriendo hacia la casa. La familia corrió desde la celosía hasta la sala para recibirlo. Él se dirigió hacia allí jadeando, con el rostro enrojecido y la frente empapada en sudor, mientras que sus ojos, sus facciones y los movimientos deslavazados de sus miembros manifestaban una enorme alegría y triunfo. Su corazoncillo estaba henchido de una desbordante felicidad que no podía más que proclamar por todos los medios, e invitar a los otros a que participaran en ella, como una inundación que el río no puede contener y cubre los campos y los valles. Una sola mirada perspicaz que se hubiera lanzado habría bastado para hacerle ver que su aventura estaba reflejada en los rostros, pero la alegría lo cegaba y les gritó:

—¡Tengo una noticia que no os vais a creer, y que no podéis imaginaros!

Yasín soltó una carcajada y preguntó burlón:

—¿Qué noticia, pequeño?

Esta frase quitó el velo de los ojos de Kamal, como si fuera una luz que brillara de repente en la oscuridad, y, bajo esa luz, pudo ver los rostros claros y nítidos. Sin embargo, el hecho de que supiera que ellos habían presenciado su aventura le compensó por la oportunidad perdida de sorprenderlos con su asombroso relato. Se echó a reír desafortadamente, golpeándose las rodillas con las manos, y luego dijo, tratando de vencer la risa:

—¿Me habéis visto de verdad?

En ese momento llegó la voz de Umm Hanafi, que decía en tono quejumbroso:

—¡Mejor hubiera sido que se fijaran en mi desgracia! ¿A qué viene toda esta alegría después de que por poco me muero? ¡Otro percance como éste, y que Dios se apiade de mí!

No se había quitado la melaya y parecía un hinchado saco de carbón. Su rostro reflejaba palidez y agotamiento, y en sus ojos brillaba una extraña mirada de resignación.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Amina—, ¿qué te ha hecho gritar? Dios ha sido bueno con nosotros, y no hemos presenciado nada terrible.

Umm Hanafi apoyó su espalda en el batiente de la puerta y empezó a decir:

—Ha ocurrido algo que no olvidaré, señora. Veníamos de regreso y uno de esos demonios de soldados dio un salto delante de nosotros, e hizo una señal al señorito Kamal para que fuera hacia él. Mi joven señor se asustó, y salió corriendo hacia el adarve de Qírmiz, pero otro soldado le cortó el paso y él torció hacia Bayn el-Qasrayn gritando. Mi corazón se llenó de miedo y me puse a pedir socorro lo más fuerte que podía, sin apartar los ojos de Kamal, mientras él corría de un soldado a otro hasta que lo rodearon. Estuve a punto de morirme de tanto miedo como sentí. Se me nubló la vista y ya no vi nada más; y de repente, sin saber cómo, la gente se había reunido a mi alrededor; pero yo no dejé de gritar hasta que Amm Hasaneyn, el barbero, me dijo: «¡Dios lo guardará del daño de estos bastardos! ¡Di: Dios es único! Ellos lo tratarán bien». ¡Ay, señora! Sayyidna el-Huseyn nos ha asistido y nos ha protegido del mal.

—¡Yo no he gritado en ningún momento! —protestó Kamal. Umm Hanafi se golpeó el pecho con la mano diciendo: —Tus gritos me han perforado los oídos hasta volverme loca.

—Creí que querían matarme —dijo Kamal en voz baja como disculpándose—, pero uno de ellos se puso a silbarme y a acariciarme el hombro. Luego me dio —entonces rebuscó en su bolsillo— una chocolatina y se me quitó el miedo.

La alegría abandonó a Amina. Quizás se trataba de una alegría falsa y prematura... La verdad era que no debía olvidar que el terror se había apoderado de Kamal unos minutos, y que tenía que rogar mucho a su Señor para que lo librara de sus consecuencias. No veía en el terror tan sólo un sentimiento pasajero, claro que no, sino un sentimiento anómalo, envuelto en un halo misterioso y oscuro en el que se alojaban los ifrits, como se alojan los murciélagos en la oscuridad; y que cuando asediaba a una persona —especialmente a los niños— le sobrevenía un mal de terribles consecuencias. Por eso requería, a los ojos de la mujer, un mayor cuidado y precaución, ya fuera con la recitación de una parte del Corán, o con incienso, o con un amuleto.

—¡Te han asustado! —dijo con tristeza— ¡Condenados bastardos!

Yasín adivinó lo que rondaba la mente de la madre, y bromeó:

—El chocolate es un hechizo eficaz contra el terror —y, dirigiéndose a Kamal—: ¿Habéis hablado en árabe?

Kamal recibió con agrado la pregunta, porque le abría otra vez las puertas de la imaginación y la aventura, salvándolo de las tribulaciones de la realidad; y dijo mientras sus facciones volvían a relajarse:

—¡Me hablaban en un árabe extraño! ¡Ojalá tú mismo lo hubieras oído!

Y se puso a imitar su manera de hablar hasta que todos se echaron a reír; e incluso la madre sonrió.

—¿Qué te han dicho? —volvió a preguntar Yasín con envidia.

—¡Muchas cosas! «Cómo te llamas, dónde vives, te gustan los ingleses...».

—¿Y qué les has respondido a esta singular pregunta? —inquirió Fahmi irónico.

Kamal clavó la mirada en su hermano, pero Yasín respondió por él:

—Naturalmente dijo que le gustaban. ¿Qué querías que dijera?

Sin embargo, Kamal continuó entusiasmado.

—Pero también les he dicho que hagan volver a Saad Basha.

—¿De verdad? ¿Y qué te han dicho? —le preguntó Fahmi sin poder contener una carcajada.

—Uno de ellos me ha cogido de la oreja, y me ha dicho: «¡Saad Basha, no!» —respondió Kamal recuperando la tranquilidad con la risa de su hermano.

—¿Y qué más te dijeron? —volvió a preguntar Yasín.

—Me preguntaron si había chicas en nuestra casa —contestó Kamal con inocencia.

Intercambiaron una mirada seria entre ellos, por primera vez desde que Kamal había llegado, y luego Fahmi le preguntó con preocupación:

—¿Y qué les has dicho?

—Que hermanita Aisha y hermanita Jadiga estaban casadas; pero ellos no han comprendido mis palabras; entonces les he dicho que en casa sólo estaba mamá. Me han preguntado qué significaba «mamá» y se lo he dicho.

Fahmi lanzó a su hermano Yasín una mirada como diciendo: «¿Has visto como mis sospechas no eran infundadas?». Luego, irónico, dijo:

—Ellos no le han dado la chocolatina por su cara bonita.

Yasín esbozó una pálida sonrisa y murmuró:

—No hay por qué angustiarse...

Se negó a dejar que esta nube oscureciera la reunión, y preguntó a Kamal:

—¿Y cómo es que te han hecho cantar?

—¡Durante la conversación, uno de ellos se lanzó a cantar en voz baja, y yo les pedí permiso para hacerles oír mi voz!

—¡Qué muchacho tan atrevido! —dijo Yasín soltando una carcajada—, ¿y no te ha vuelto a entrar miedo mientras estabas entre sus piernas?

—¡En absoluto! —contestó Kamal orgulloso. Luego, emocionado—: ¡Qué guapos son! No he visto en mi vida a nadie más guapo que ellos. Ojos azules, cabellos dorados, piel completamente blanca... ¡Como hermanita Aisha!

De repente corrió a la sala de estudio, y levantó la cabeza hacia la fotografía de Saad Zaglul, que estaba clavada en la pared al lado de las del Jedive, Mustafa Kámil y Muhammad Farid. Luego volvió diciendo:

—¡Son mucho más guapos que Saad Basha!

—¡Qué traidor eres! —dijo Fahmi moviendo la cabeza enojado—. Te han comprado por un trozo de chocolate. Ya no eres tan pequeño como para perdonarte lo que has dicho. En tu escuela hay quien da la vida todos los días... ¡Dios te maldiga!

Umm Hanafí había traído la estufa, junto con la kánaka, las tazas y el tarro del café, y Amina se puso a prepararlo para la reunión tradicional. Todo volvió a estar como antes, excepto Yasín, que empezó a pensar de nuevo en su enfadada esposa; mientras tanto, Kamal se apartaba a un lado, sacaba el chocolate de su bolsillo y empezaba a quitarle el envoltorio de color rosa brillante... Parecía que la reprimenda de Fahmi se había evaporado en el aire, pues en ese momento no había en su corazón más que satisfacción y amor.

60

El problema conyugal de Yasín se complicó y alcanzó un grado de seriedad que nadie se esperaba. El señor Ahmad no lo supo hasta que Muhammad Effat se le presentó en la tienda, al día siguiente de la llegada de Zaynab a su casa, diciéndole, antes de retirar su mano que el señor apretaba en señal de saludo:

—Señor Ahmad..., he venido a hacerte una petición. Zaynab tiene que divorciarse hoy mismo, antes de mañana si es posible.

El señor se sorprendió. Desde luego el comportamiento de Yasín ya le había ocasionado grandes perjuicios, pero no se imaginaba que pudiese incitar a un hombre excelente como el señor Muhammad Effat a exigir el divorcio. No se imaginaba que esos «deslices» condujeran irremediablemente a tal situación. Además no se le había pasado nunca por la cabeza que la demanda de divorcio pudiera venir de la parte de la novia. Se imaginó que el mundo se ponía cabeza abajo, y rehusó creer que su interlocutor hiciese seriamente la petición. Entonces dijo con el tono amable que tantas veces había cautivado el corazón de sus amigos:

—¡Ojalá estuviesen con nosotros los compañeros, para ser testigos de que tú me ofendes con ese tono tan cruel...! ¡Escúchame! ¡En nombre de nuestra amistad te prohíbo que salga de tus labios ninguna alusión al divorcio...!

Después examinó su rostro para sondear en él la influencia de sus palabras, pero lo encontró enfadado, severo, presagiando el mal y la decisión. Pareció advertir la gravedad del asunto y el presagio de desgracias. Lo invitó a sentarse y el hombre así lo hizo, a medida que iba ensombreciéndose su rostro. El señor lo conocía perfectamente: tozudo, difícil de manipular. Cuando montaba en cólera, renegaba de la amistad y la cortesía, y todos los lazos de parentesco y afecto se rasgaban contra el filo de su enojo.

—¡Por Dios, hablemos con tranquilidad! —dijo el señor.

Muhammad Effat respondió como si su tono procediese del fuego de la ira que le inflamaba las mejillas:

—Nuestra amistad está asegurada, dejémosla a un lado. Tu hijo Yasín es intratable; no me cabe ninguna duda después de enterarme de todo. ¡Cuánto ha soportado la pobre mía! Ha escondido sus penas durante mucho tiempo. Me lo ocultó todo, y después lo reveló por completo cuando se le desgarró el corazón. Él trasnocha mucho, y vuelve al amanecer chocando borracho con las paredes. La humilla y la pone en evidencia. Y luego... ¿cuál ha sido el resultado de tan larga paciencia?; que lo ha sorprendido en su propia casa con su criada —escupió en el suelo—, ¡una sirvienta negra...! Mi hija no se merece eso, ¡por supuesto que no! ¡Por Dios, tú sabes mejor que nadie lo que ella significa para mí...! ¡Por supuesto que no! ¡Por Dios, yo no sería Muhammad Effat si me callase ante eso!

Una historia repetida; pero había algo nuevo que le chocó hasta hacerlo estremecer; era lo que había dicho de Yasín: «Vuelve al amanecer chocando borracho con las paredes...» ¿Conocía también el camino de la taberna? ¿Cuándo? ¿Cómo...? ¡Ay!, en ese instante no tenía ocasión para reflexionar o para inquietarse, para aliviar toda su excitación. El momento requería calma y control de sí mismo. Tenía que dominar la situación para prevenir que el mal se agravase.

—Lo que a ti te entristece me entristece a mí el doble —dijo con tono apenado—, y lo malo es que uno de los defectos de que me has hablado no había llegado a mi conocimiento ni se me había pasado por la imaginación; sin contar el último incidente, por el que le he impuesto un castigo que otro padre no se hubiera permitido. ¿Qué puedo hacer...? Lo he castigado con severidad desde que era un niño pero, por encima de nuestros deseos, el mundo y los demonios se burlan de los propósitos que albergamos, y corrompen nuestras buenas intenciones.

Muhammad Effat dijo, mirando al escritorio para evitar los ojos del señor:

—No he venido a hacerte ningún reproche ni a acusarte de negligencia. Tú, como padre, eres un modelo imposible de imitar; pero esto no cambiará la triste realidad; es decir, que Yasín no ha sido lo que yo hubiera deseado que fuese, y en su presente situación, no sirve para la vida conyugal.

—¡Alto ahí, señor Muhammad! —dijo el señor, enfadado.

—En cualquier caso no servirá como marido para mi hija —añadió el hombre corrigiéndose, pero persistiendo en su opinión—. Encontrará quien lo acepte a pesar de sus vicios, pero no ella. Mi hija no se merecía eso; tú sabes mejor que nadie lo que ella significa para mí.

El señor acercó su cabeza a la del hombre, y le dijo en voz baja, como si disimulara una sonrisa.

—Yasín no es una excepción entre los casados, ¡cuántos hay que se emborrachan, alborotan y hacen cosas insólitas!

Muhammad Effat frunció el ceño, para apartar de sí cualquier duda de complicidad con esas palabras que insinuaban broma.

—Si te refieres a nuestro grupo o a mí en particular —dijo con desagrado—, la verdad es que yo bebo, alboroto y me enamoro; pero ni yo, es más, ni ninguno de nosotros, se revuelca en la basura. ¡Una sirvienta negra...! ¿Acaso es a ésa a la que mi hija tiene que aceptar como concubina? No, ni hablar, ¡por Dios santo! Ella no será para él ni él para ella.

El señor Ahmad comprendió que Muhammad Effat, quizás tanto como su hija, estaba dispuesto a perdonar muchas cosas, excepto que Yasín mezclara a su mujer con su sirvienta negra. Sabía que era un turco tozudo como una mula. Después evocó las palabras de su amigo Ibrahim Alfar, el día que él le reveló su propósito de pedir a Zaynab para su hijo Yasín, pues aquél le había dicho: «Es una mujer noble, hija de un hombre noble. Muhammad Effat es nuestro hermano y nuestro amigo, su hija es nuestra hija, pero... ¿has pensado con calma el lugar que ocupa la muchacha en el corazón de su padre? ¿Has pensado que Muhammad Effat no permitirá ni que una mota de polvo le roce una uña?». Pero a pesar de todo eso, le fue imposible calibrar la situación con otro criterio que el suyo. Siempre se había vanagloriado de que Muhammad Effat, a pesar de su terrible genio cuando se enfadaba, nunca se había enojado con él o, si acaso, una sola vez durante su prolongada amistad.

—¡Cálmate! —exclamó—. ¿No te das cuenta de que nuestros principios son los mismos, y sólo se diferencian en los detalles...? ¡Una sirvienta negra o una cantora! ¿Acaso no son mujeres ambas?

A Muhammad Effat se le hinchó la yugular, y golpeó el borde de la mesa con el puño.

—¡No sabes lo que dices! —estalló—. Una criada es una criada, y una señora es una señora. ¿Por qué no te enamoras tú entonces de las criadas...? Yasin no se parece a su padre. Siento que mi hija esté embarazada, ¡cuánto detesto tener un nieto por cuya sangre corra la basura!

La última frase ofendió al señor y se puso furioso; pero pudo controlar la cólera con la fuerza de su comprensión, por la que lo amaban sus amigos y compañeros; una comprensión entre sus amigos, que sólo igualaba a su cólera en el seno de la familia. Después, dijo tranquilo:

—Te propongo que aplacemos el asunto hasta otro momento...

—¡Te ruego que lleves a cabo mi deseo ahora mismo! —contestó Muhammad Effat, colérico.

¡Ay!, había conseguido enfadarse tanto que ya ni el mismo divorcio resultaba una solución despreciable. Pero por una parte le preocupaba una amistad de toda la vida, y por otra le dolía la derrota. ¿No era él el hombre al que la gente pedía que intercediera para resolver las querellas y juntar las amistades y matrimonios que se rompían? ¿Cómo podía hacer frente a su derrota en defender a su hijo y aceptar la decisión del divorcio? ¿Dónde estaba su comprensión? ¿Dónde su juicio? ¿Dónde su habilidad? ¿Dónde su tacto?

—Yo hice una alianza matrimonial contigo para reforzar nuestros lazos de amistad, ¿cómo voy a estar de acuerdo en exponerlos a que se debiliten...?

—¡Nuestra amistad está asegurada! —contestó el hombre con desaprobación—. ¡No somos unos niños! Pero mi honor no puede tocarse.

—¿Qué puede decir la gente de un matrimonio que se rompe al terminar el primer año? —dijo el señor con amabilidad.

—El que sea inteligente no achacará el fallo a mi hija —repuso Muhammad Effat con soberbia.

¡Ay, otra vez...! Pero lo aceptó con la misma comprensión. Parecía como si el enfado que le brotaba de su impotencia para lograr la reconciliación hubiera sepultado su cólera ante la imprudencia de aquel hombre enojado. No le dio importancia al proyectil que le había lanzado, pues su preocupación era justificarse de su fracaso. Empezó a consolarse a sí mismo con la idea de que el divorcio estaba enteramente en su mano; si quería lo aceptaba, o si no, lo rechazaba. Muhammad Effat lo sabía perfectamente, por eso había venido a pedirle su consentimiento en nombre de la amistad, que era el único mediador que tenía. Si él decía no, el otro no se opondría a su palabra, y la muchacha sería devuelta a su hijo, voluntariamente o a la fuerza; pero su antigua amistad se borraría con el paso del tiempo. En cambio, si decía sí, se efectuaría el divorcio, pero la amistad se conservaría y se le reconocería el favor. No sería difícil, en el futuro, apoyarse en todo eso para unir lo que se había roto. Entonces el divorcio, si era una derrota, sólo era una derrota temporal que encerraba una indulgencia y una nobleza innegables, y que se convertiría en un triunfo al cabo de cierto tiempo. En cuanto se aseguró de que la situación estaba salvada, aunque sólo fuese un poco, sintió deseos de reprocharle todo lo que se había excedido con él:

—No habrá divorcio sin mi consentimiento..., ¿no es cierto? —dijo en un tono cargado de significado—; pero no voy a rechazar tu petición ya que persistes tanto en ella; en tu honor y en honor a la amistad con la que, realmente, no has tenido consideración alguna al dirigirte a mí.

Muhammad Effat suspiró, bien de alivio por el tan deseado final, o bien en señal de protesta por el reproche de su amigo, o por ambas cosas a la vez. Después, dijo en un tono cortante, desprovisto, por primera vez, de la violencia de la cólera:

—Te he dicho mil veces que nuestra amistad está asegurada. Tú no me has ofendido nunca, al contrario, me has honrado al cumplir mi petición a pesar de que te disguste.

—Sí, a pesar de que me disguste —repitió el señor, entristecido.

Su cólera se encendió en cuanto el hombre desapareció de su vista, y estalló la irritación contenida, tragándose a sí mismo, a Muhammad Effat y a Yasín, especialmente a Yasín. Después se preguntó: «¿Acaso la amistad podrá quedar a salvo? ¿No la alcanzarán las ráfagas de los sucesos que se avecinan...?». ¡Ay!, no habría escatimado esfuerzos para proteger su vida de sacudidas como ésta; pero ahí estaba la testarudez del turco, o el demonio, o Yasín más que nadie... Sí, Yasín y no otro. Y le dijo enfadado y con desprecio:

—Has enturbiado una dicha que ni el paso de los días habría oscurecido, aunque se hubieran aliado para hacerlo.

Después, tras repetirle la conversación con Muhammad Effat, añadió:

—Has frustrado mis esperanzas en ti. ¡Que Dios Todopoderoso me lo tenga en cuenta y me ayude! Te he criado, te he dado una educación, he cuidado de ti... y después, ¿qué ha resultado de todo mi esfuerzo...? Un gamberro borracho que se permite abusar de la más despreciable de las criadas en el domicilio conyugal. ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios! No me imaginaba que de entre los míos saliese un hijo así; pero todo depende de Dios. ¿Qué puedo hacer contigo...? Si fueras un niño te partiría la cabeza, pero ya te la partirán los días. Ahí tienes; has conseguido el premio que te mereces: que esa honorable familia se libre de ti y te venda al precio más bajo.

Quizás sentía un poco de compasión por él, pero su ira predominó. Después, todos sus sentimientos se transformaron en desprecio. No volvió a mirarlo con buenos ojos, a pesar de su juventud, su belleza y su corpulencia. ¡Se revolcaba en la basura!, como había dicho Muhammad Effat. ¡Maldito sea! Era incapaz de controlar la terquedad de una mujer, ¡qué rastrero! Pronto le alcanzaría la derrota, a cuya vergüenza no iba a escaparse ni siquiera él mismo por su atolondramiento. ¡Qué despreciable! «...¡Que beba, que alborote, que se enamore! a condición de que siga siendo un señor respetable; pero ser derrotado de esa manera tan vergonzosa, ¡qué humillante! No se parece a su padre, como también ha dicho Muhammad Effat, ¡maldito sea! Yo hago lo que quiero, pero sigo siendo el señor Ahmad y basta. ¡Excelente sabiduría esa que me inspiró educar a los hijos según un modelo único de rectitud y castidad! Lo difícil hubiera sido que siguieran mi camino obteniendo al mismo tiempo honor y estabilidad, pero... ¡qué pena! ¡Mi esfuerzo se ha perdido con el hijo de Haniyya!»

—¿Y tú has estado de acuerdo, padre? —resonó la voz de Yasín como un resuello.

—Sí, para conservar una antigua amistad y porque es la solución más conveniente por el momento —le respondió con brusquedad.

Yasín empezó a contraer y estirar la mano con un movimiento mecánico, nervioso, que era como si le aspirase la sangre de la cara hasta dejarlo muy pálido. Sintió tanta vergüenza como no había sentido nunca, excepto cuando sufría por la conducta de su madre. ¡Su suegro pedía el divorcio! o, de otra manera, ¡Zaynab pedía el divorcio, o al menos estaba de acuerdo con él...! ¿Quién de los dos era el hombre, y quién la mujer? No es extraño que una persona tire un zapato, pero... ¡que un zapato se deshaga de su dueño...! ¿Cómo había consentido su padre en que le causaran esa humillación sin precedentes? Le dirigió al señor una mirada violenta, que reflejaba los gritos de socorro que se agolpaban en su pecho. Luego dijo en un tono del que se había empeñado, con todas sus fuerzas, en eliminar cualquier vestigio de protesta u objeción; como si quisiera recordarle lo que podría ser más conveniente:

—Hay un modo de tratar a la esposa desobediente.

El señor se dio cuenta de los sentimientos de su hijo y llegó a impresionarse. Por eso no le ocultó algo de lo que le rondaba por la cabeza...

—Lo sé —dijo—, pero he preferido que seamos nobles. Muhammad Effat es un turco cabeza dura, pero su corazón es de oro. Estos pasos no son los últimos, no es el final. No he descuidado tus intereses, aunque no te mereces nada bueno. Déjame actuar como yo quiera.

«¡Como tú quieras! ¿Quién va a oponerse a un deseo tuyo? Me casas y me divorcias, me concedes la vida y la muerte, yo no cuento. Jadiga, Aisha, Fahmi, Yasín..., todos son lo mismo: ¡nada! Tú lo eres todo..., ¡pues no! Todo tiene su límite; ya no soy un niño; soy un hombre tanto como tú, soy yo el que decide mi destino, me divorcio o la encierro en la "casa de la obediencia". ¡Ni el polvo de mis zapatos por Muhammad Effat y Zaynab..., ni por vuestra amistad!»

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablas...?

—Lo que tú mandes, padre —dijo sin vacilar.

«¡Qué vida!, ¡qué casa!, ¡qué padre...! ¡Riñas, disciplina, buenos consejos...! ¡Ríñete tú mismo! ¡Educate tú! ¡Aconsejate tú...! ¿Ya has olvidado a Zubayda y a Galila? ¿Y las canciones y las bebidas...? Después te nos muestras con el turbante de sheyj del Islam y la espada del príncipe de los creyentes. ¡Ya no soy un niño! ¡Cuidate del pequeño y déjame en paz...! ¡Cásate...!, ¡a sus órdenes! ¡Divorciate...!, ¡a sus órdenes, efendi...! ¡Maldito sea tu padre!»

61

La violencia de las manifestaciones amainó un poco en el barrio de el-Huseyn, tras su ocupación por los soldados ingleses, y el señor Ahmad pudo reanudar la práctica de una antigua costumbre que hasta entonces había abandonado por obligación. Pudo, pues, acompañar a sus hijos a la mezquita de el-Huseyn para hacer la oración del viernes. Antigua costumbre a la que se dedicaba desde hacía tiempo y que les había inculcado, soñando conseguir que sus corazones se orientaran hacia la religión desde pequeños y pidiendo además la bendición para sí mismo, para sus hijos y para toda la familia. Quizás era Amina la única que no estaba satisfecha con la salida de la caravana, al final de cada semana, llevándose a sus hombres, tres hombres altos y grandes como camellos, sin mencionar su virilidad y buen porte. Sus ojos los seguían desde los huecos de la celosía, y se imaginaba que eran el centro de las miradas; entonces se inquietaba y rogaba a Dios que los protegiera del mal de ojo. Un día no pudo evitar comunicar su miedo al señor; él pareció dejarse influir por sus advertencias durante un momento, pero no se rindió mucho tiempo a esos temores, y le dijo: «Los benditos preceptos que vamos a cumplir son precisamente los que nos defienden de todo mal».

Fahmi acudía a la llamada del viernes con la alegría de un corazón ansioso, desde la niñez, de cumplir con los preceptos. Iba allí obedeciendo, antes que al deseo de su padre, a un sincero sentimiento religioso, que se distinguía, aparte de por su sinceridad, por un cierto iluminismo inofensivo derivado de lo que había estudiado acerca de las ideas de Muhammad Abdu y sus discípulos. Por eso era él el único de la familia que adoptaba ante la creencia en los amuletos, hechizos, talismanes y milagros de santos, una postura recelosa. Y si la dulzura de su carácter le impedía declarar su duda o su indiferencia, aceptaba con aparente satisfacción el amuleto del sheyj Mítwali Abd el-Sámad, que su padre traía alguna que otra vez. En cuanto a Yasín, respondía a la llamada de su padre porque no tenía excusas para no hacerlo; quizás si lo hubiesen dejado a su elección, no hubiera pensado nunca en tratar de infiltrar su voluminoso cuerpo entre la muchedumbre de los que rezaban, no por vacilaciones en su fe, sino por negligencia y pereza. Por eso el viernes suponía para él un sufrimiento que soportaba desde el comienzo de la mañana; y cuando llegaba el momento de ir a la mezquita se vestía refunfuñando, para después caminar detrás de su padre como un preso. Pero a cada paso que se acercaba a la mezquita se iba librando de su recelo poco a poco, hasta que entraba en ella alegremente. Hacía la oración rogando a Dios que lo perdonase y redimiese de sus pecados, sin pedirle arrepentimiento, como si temiese en lo más hondo de su ser que fueran contestadas sus invocaciones, y tuviera que renegar de los placeres por los que sentía tanto amor, y sin los cuales no le veía significado a la vida. Sabía con seguridad que el arrepentimiento era obligado, y que el perdón no le sería concedido sin él; pero esperaba que llegase en el momento «adecuado» para no perder ninguna de las dos vidas. Y por eso, a pesar de su vagancia y su recelo, elogiaba finalmente las circunstancias que lo empujaban a cumplir preceptos tan importantes como el de la oración del viernes, que podría «en el día del Juicio» borrar algunos de sus pecados y aligerar su carga, especialmente cuando apenas cumplía ningún otro precepto.

En cuanto a Kamal, no se le había invitado hasta hacía poco, después de que cumpliera los diez años. Él se dispuso a realizarla con orgullo, arrogancia y alegría. Tenía un oculto sentimiento de que eso le garantizaba el reconocimiento de su persona y de que le otorgaba una especie de igualdad con Fahmi, con Yasín y con su

propio padre. Además, lo alegraba especialmente caminar seguro, pegado a los talones del señor, sin tener ningún mal de su parte, y quedarse de pie a su lado en la mezquita en un plano de igualdad, siguiendo todos al mismo predicador. Sin embargo él conseguía en su oración diaria en casa una concentración que no conseguía en la oración del viernes. Esto se debía al desconcierto que le producía estar en medio de gente que no conocía y al temor de que se le escapase algún fallo que fuese captado por alguno de los sentidos de su padre. Además, la intensidad de sus sentimientos hacia el-Huseyn, al que amaba más que a sí mismo, al estar en su mezquita, le impedía dirigirse sinceramente a Dios como debe hacer el que reza.

De este modo, la calle de el-Nahhasín los vio pasar otra vez, apresurándose hacia Bayt el-Qadi. El señor iba en cabeza, seguido de Yasín, Fahmi y Kamal en fila detrás de él, hasta coger sitio en la mezquita y ponerse a escuchar el sermón del viernes entre las cabezas inclinadas hacia el almimbar, en un silencio general.

El señor no pudo, a pesar de su atenta escucha, impedir la invocación interior, y dirigió su corazón hacia Yasín especialmente, como si viese a éste más merecedor de compasión después de los tropiezos que la fortuna había puesto en su camino. Estuvo un buen rato pidiendo a Dios que arreglase sus asuntos, que enderezase su torcida situación y le recompensara con algo bueno a cambio de lo que había perdido... Sin embargo, el sermón lo enfrentaba con sus propios pecados, quitando el velo que lo separaba de ellos; y se le aparecían de frente, en el halo aterrador de la voz aguda, sonora y penetrante del predicador. Llegaba incluso a imaginarse que aludía a él personalmente, que le machacaba los oídos gritando lo más alto que podía, y que estaba a punto de llamarlo por su nombre diciendo: «¡Ahmad, aléjate del pecado..., purifícate de la lujuria y el vino, y arrepíentete ante Dios, tu Señor!». Se sintió turbado, afligido, como el día en que el sheyj Mitwali Abd el-Sámad le pidió cuentas, cosa que le ocurría a menudo cuando escuchaba el sermón. Entonces se entregaba a pedir perdón, disculpa y misericordia; pero como su hijo Yasín, no buscaba arrepentimiento, o si lo pedía, era de palabra y no de corazón. Su lengua decía: «Dios, haz que me arrepienta», y a la vez su corazón se limitaba a pedir perdón, disculpa y misericordia, como si fuesen dos instrumentos musicales tocando a la vez en la misma orquesta, pero emitiendo cada uno de ellos melodías diferentes. Porque él no se imaginaba ver la vida con otros ojos que con los que la veía, ni que ésta mostrara otra cara que la que a él le mostraba. Cuando lo importunaban la inquietud y la opresión que se apoderaban de él, empezaba a defenderse a sí mismo..., pero encontraba su defensa en forma de plegaria y pidiendo perdón. Decía: «¡Dios mío, tú conoces mi corazón, mi fe y mi amor! ¡Dios mío, concédeme fortaleza para cumplir tus mandamientos y disposición para hacer el bien! ¡Dios mío, una buena acción vale por diez! ¡Dios mío, tú que perdonas y eres misericordioso...!, y con esta oración recobraba poco a poco la tranquilidad.

Yasín no tenía la misma capacidad de conciliación, o no sentía nunca esa necesidad, ni se había parado a pensarlo. Iba por la vida como le apetecía, creía en Dios como creía en su propia existencia, y después se rendía a la corriente sin resistirse u oponerse... Las palabras del predicador golpearon sus oídos, y su voz interior comenzó a pedir la misericordia y el perdón de un modo mecánico, con una absoluta tranquilidad y sin sentir ningún peligro real. Dios era demasiado misericordioso para quemar a un musulmán como él por unos errores pasajeros que no perjudicaban a ninguno de sus siervos. Además..., ¡estaba el arrepentimiento!, que llegaría «un día» para borrar lo que hubiera pasado antes. Miró con disimulo a su padre y se preguntó, mordiéndose los labios como ocultando una sonrisa fugaz, qué podría rondarle por la cabeza oyendo el sermón con ese patente interés. ¿Soportaba ese tormento cada viernes en la oración, o lo aparentaba, fingiendo y engañando? No. Ni una cosa ni otra. Era como él, como Yasín, tenía fe en la inmensa misericordia de Dios y, si el asunto conllevara los peligros que describía el predicador, su padre habría elegido uno solo de los dos caminos. Lo espío otra vez, y lo vio como un hermoso corcel de pura sangre, entre todos los que estaban sentados dirigidos hacia el almimbar. Sentía hacia él una admiración y un cariño verdadero. No quedaba rastro de ira en su interior, a pesar de que su enfado había llegado, el día del divorcio, al límite de revelarle a Fahmi su tristeza, diciendo: «Tu padre ha arruinado mi casa, y me ha convertido en el hazmerreír de la gente». Ahora había olvidado su rencor, como había olvidado el divorcio, el escándalo y todo lo demás. Además, ni siquiera ese predicador era mejor que su padre; es más, con toda certeza, era más corrupto. Una vez uno de sus amigos le había hablado de éste en el café de Ahmad Abdu, diciendo: «Él cree en dos cosas, en Dios en el cielo y en los jovencitos en la tierra. Tiene un carácter tan sensible, que cuando está en el-Huseyn guiña el ojo si algún jovencito suspira en la Ciudadela». Pero no le guardaba rencor por eso; al contrario, encontraba en él, como en su padre, lo que encuentra el soldado en las trincheras excavadas en primera línea que el enemigo tiene que tomar antes de llegar a él.

Después llamaron a la oración, y se levantaron todos los hombres a la vez, quedándose de pie en filas apretadas que llenaron la gran superficie de la mezquita; el lugar se convirtió en una aglomeración de cuerpos y almas que recordó a Kamal el espectáculo del Máhmal en el-Nahhasín. Las siluetas se juntaron en largas filas paralelas que unificaban los vestidos, las yubbas y las galabiyyas. Después se convirtieron en un solo cuerpo haciendo un mismo movimiento, contemplando una misma qibla. Resonaron las recitaciones susurradas en un murmullo general, hasta que se les permitió ir en paz... En ese momento se rompió el orden de las filas, la libertad recobró su aliento, y cada uno se fue por su lado: unos en dirección al mausoleo para visitarlo, otros en dirección a las puertas para salir; algunos se quedaban para conversar o para esperar hasta que disminuyera el gentío. La avalancha de gente se mezcló de cualquier manera, como una gran ola que se precipita hacia la playa y empieza a crecer, elevarse y consolidarse, para luego derrumbarse como una cascada, explotando y corriendo en todas direcciones bajo la apariencia de olas pequeñas que se mezclan, se separan y se extienden al azar... La hora feliz que Kamal deseaba con todo su ser había llegado; era la hora de la visita, los besos a las paredes y la recitación de lafátiha, en su nombre y en nombre de su madre, como le había prometido a ella. Empezó a andar con lentitud a la zaga de su padre cuando, de repente, un joven azharista se destacó de la muchedumbre y obstaculizó su paso con un movimiento brusco que atrajo las miradas; luego desplegó sus brazos para apartar a la gente a un lado y empezó a recular delante de ellos, examinando a Yasín con miradas penetrantes y sospechosas. Frunció el ceño, y un presagio de cólera se esparció por su cara sombría. El señor se extrañó de eso y comenzó a pasear su mirada entre el azharista y Yasín, mientras que este último se puso a su vez a hacer lo mismo, muy sorprendido, entre aquél y su padre. La gente se dio cuenta del espectáculo, y todos fijaron allí sus miradas con sorpresa y curiosidad. Entretanto el señor no pudo evitar dirigirse al azharista preguntándole con enfado:

—Hermano, ¿qué te pasa para mirarnos así?

El azharista señaló a Yasín, y gritó con voz de trueno:

—¡Espía!

La palabra atravesó el corazón de la familia como una bala. La cabeza les daba vueltas a todos; abrieron los ojos sorprendidos y se quedaron paralizados en el sitio, mientras que la acusación pasaba de boca en boca, repetida con miedo y odio. La gente empezó a agruparse a su alrededor para rodearlos en un círculo sin salida. El señor fue el primero en volver en sí, y aunque no comprendía nada de lo que pasaba, notó el peligro del silencio y del retraimiento, y le gritó enfadado al joven:

—¿Qué dices, señor sheyp ¿A qué espía te refieres?

Pero el azharista no le hizo caso, y señaló otra vez a Yasín gritando:

—¡Tened cuidado! Este joven traidor es un espía de los ingleses, que se ha infiltrado entre nosotros para conseguir información y llevársela después a sus criminales amos.

El señor montó en cólera, dio un paso hacia el joven y le gritó sin poder contenerse:

—Hablas de lo que no sabes. O bien eres un criminal o un loco. Este joven es mi hijo; no es ni un traidor ni un espía. Todos nosotros somos patriotas y este barrio nos conoce como nos conocemos nosotros mismos.

El sheyj se encogió de hombros indiferente y gritó con voz de orador:

—¡Un despreciable espía inglés! ¡Lo he visto con mis propios ojos muchas veces informando en secreto a los ingleses junto a Bayn el-Qasrayn! ¡Tengo testigos de eso y no se atreverá a desmentirme! ¡Lo desafío...!
¡Muerte al traidor!

Insultos de cólera resonaron por los rincones de la mezquita. Los gritos se elevaron aquí y allá: «¡Muerte al traidor...! ¡Castiguemos al traidor!». En los ojos de los que estaban cerca apareció el presagio de una amenaza, que parecía esperar una señal para destrozarse a la presa. Quizás sólo frenó sus pies la impresionante escena del señor colocado junto a su hijo, como para recibir en su lugar el daño que lo amenazaba, así como las lágrimas

de Kamal, que estalló en llanto. En cuanto a Yasín, se quedó entre el señor y Fahmi, desconcertado a causa del alboroto y del miedo, y empezó a decir con una voz temblorosa que nadie oía:

—No soy un espía..., no soy un espía. Dios es testigo de mis palabras.

Pero la ira se apoderó de la gente, y todos se arremolinaron alrededor del limitado círculo, empujándose con los hombros y amenazando peligrosamente al «espía». En esto, una voz se alzó en medio de la muchedumbre gritando:

—¡Calma, señores...! ¡Es el efendi Yasín, secretario de la escuela de el-Nahhasín...!

—... De la escuela de el-Nahhasín o de la de el-Haddadín, ¡castiguemos al traidor!

Un hombre se abrió paso entre los cuerpos con dificultad, pero con una determinación inquebrantable; y cuando llegó a la fila delantera levantó las manos exclamando:

—¡Oíd...! ¡Oíd...! —Al calmarse un poco las voces, dijo señalando al señor Ahmad—: Este es el señor Ahmad Abd el-Gawwad, una de las personas más conocidas de el-Nahhasín, y no es posible que su casa acoja a un espía; ¡esperad hasta que se aclare la verdad!

Pero el azharista gritó furioso:

—No me importa el señor Ahmad ni el señor Muhammad; este joven es un espía, sea cual fuere la situación de su padre. Lo he visto bromeando con esos verdugos que atiborran el cementerio con vuestros hijos.

Un grupo numeroso de gente no tardó en gritar:

—¡Vamos a golpearlo con los zapatos...!

Por la reunión se propagó un movimiento violento, y gentes exaltadas se acercaron desde todas las direcciones, blandiendo zapatos y babuchas de tal manera que Yasín se sintió perdido y desesperado. Miró a su alrededor, y sus ojos fueron a caer sobre el rostro del provocador, que hervía de ira y de odio. El señor y Fahmi se pegaron a ambos lados de Yasín con un movimiento reflejo como para protegerlo del daño o compartirlo con él, en un estado de desesperación y violencia no menor que el que atenazaba la garganta de Yasín. Entonces, el sollozo de Kamal se convirtió en un grito que casi tapaba las voces de los agitadores. El azharista fue el primero en atacar; se lanzó sobre Yasín agarrándolo por el cuello de la camisa, después tiró de él con fuerza para arrancarlo del refugio en que se había escondido entre su padre y su hermano queriendo protegerse de los zapatos. Pero Yasín lo agarró por las muñecas resistiéndose, y el señor se metió entre los dos. Fahmi veía a su padre en esta situación irritante por primera vez en su vida, lo que le provocó una intensa cólera y le hizo olvidar el peligro que los rodeaba, propinando al azharista un fuerte empujón en el pecho que lo hizo retroceder..

—¡Guárdate de avanzar un solo paso!

—¡Castigadlos a todos! —gritó el azharista loco de furia.

Entonces una voz fuerte se elevó diciendo en un tono autoritario:

—¡Espera, señor sheyj...! ¡Esperad todos!

Las miradas se volvieron hacia la voz, y entonces un joven efendi salió de en medio de la muchedumbre hacia el círculo cerrado, seguido de otros tres con la misma edad y atuendo. Avanzaron con paso seguro que inspiraba confianza y decisión, hasta que se pararon entre el sheyj y el acusado y sus parientes. Muchos murmuraron preguntándose: «¿Policía...? ¿Policía?». Pero la pregunta se interrumpió cuando el azharista alargó su mano hasta la del jefe del grupo que había llegado y la apretó con entusiasmo. Después el efendi le preguntó con tono decidido:

—¿Dónde está ese espía?

El sheyj señaló a Yasín despreciativo y asqueado; el joven se volvió hacia él, y le clavó los ojos examinándolo con precisión y dureza. Antes de que dijese una palabra, Fahmi avanzó un paso hacia delante para llamar su atención, y el otro lo miró... Inmediatamente abrió desmesuradamente los ojos con asombro y desaprobación, y murmuró:

—¿Tú...?

Fahmi esbozó una sonrisa desvaída y dijo en un tono no exento de ironía:

—¡Este espía es mi hermano!

El joven se volvió hacia el azharista preguntándole:

—¿Estás seguro de lo que dices?

Pero Fahmi se le adelantó diciendo:

—Quizás hay algo de cierto en lo que ha dicho: lo vio hablando con los ingleses, pero ¡qué mal lo interpretó! Los ingleses están acampados delante de nuestra casa, nos incomodan en las idas y venidas, y a menudo nos vemos envueltos en discusiones con ellos a nuestros pesar... Eso es todo lo que ocurre.

El azharista quiso hablar, pero el joven lo hizo callar con una señal. Después se dirigió a todos diciendo mientras colocaba la mano sobre el hombro de Fahmi:

—Este joven es uno de los compañeros combatientes. Los dos trabajamos en el mismo comité y sus palabras gozan de toda mi confianza. ¡Dejadles libre el camino...!

Nadie dijo palabra. El azharista se retiró sin vacilar, y la gente comenzó a dispersarse. El joven estrechó la mano de Fahmi y después se fue acompañado por su grupo. Fahmi acarició la cabeza de Kamal hasta que éste dejó de llorar; reinó el silencio, y cada uno empezó a curar sus heridas. El señor se fijó en las caras de algunos conocidos que lo habían rodeado y que empezaron a consolarlo y a disculparse del gran error en que había caído el azharista y de la gente que se había dejado llevar por él, asegurándole que ellos no habían escatimado esfuerzos por defenderlo. Él les dio las gracias, aunque no sabía cuándo habían llegado ni cómo lo habían defendido. Renunció a la visita, vencido por la impresión, y se dirigió hacia la puerta con la boca cerrada y el rostro sombrío, seguido de sus hijos en un pesado silencio.

62

Ya en la calle recobró el ánimo y se sintió aliviado de alejarse de la gente que había participado en el «incidente», aunque sólo fuera como simples espectadores. En ese momento odió todo lo que había quedado detrás, y lo vomitó a base de maldiciones. Casi no veía nada de lo que había en el camino por el que pasaba. Intercambió el saludo un par de veces con dos conocidos suyos de una forma breve y artificial, que no era la suya consabida. Concentró sus sentimientos en su persona —su persona herida— y en seguida hirvió de cólera. «Me hubiera gustado que la vida se terminara, antes de verme en esa despreciable situación, como un prisionero ante una partida de canallas, y tener que soportar a ese azharista piojoso y muerto de hambre, llamado patriota, que me asaltó con toda desvergüenza, sin tener respeto a mi edad y mi dignidad. Yo no merezco eso; la persona a la que han ofendido de tal forma, y delante de mis hijos, no soy yo... No te extrañe; tus hijos son la raíz de la desgracia... Ese toro, hijo de esa mujer, no te libraré nunca de sus embestidas. Ha hecho nacer las desgracias en mi casa, y ha sembrado la semilla de la discordia entre el más querido de mis amigos y yo. Además nos ha rematado el año con el divorcio; y no le ha bastado todo eso, ¡qué va! ¡El hijo de Haniyya ha tenido que conversar con los ingleses públicamente para que yo pague el precio ante esos viles asaltantes...! ¡Lléveselos a ella, para que complete el museo de sus amantes con ingleses y australianos...!»

—¡Me parece que no me voy a librar de tu carga en la vida!

Esta frase se le escapó con violencia, pero resistió su deseo de corregir a Yasín porque, a pesar de su cólera, se dio cuenta del estado en que éste se encontraba, y le causó pena. Lo vio desconcertado, pálido, abatido, y no quiso atacarlo; le pareció suficiente por el momento lo que tenía encima. Él no era el único que le daba problemas... Estaba también el héroe... «Pero aplacemos su hazaña hasta reponernos de las penalidades causadas por el toro. Un toro en casa, en la taberna; un toro ante Umm Hanafi y Nur; pero en el combate, es un necio y un blando, sin utilidad ni provecho... ¡Hijos de perra...! ¡Dios nos libre de los hijos, de la descendencia y del hogar! ¡Ay!, ¿por qué mis pies me conducen a casa? ¿Por qué no tomar un bocado lejos de esa atmósfera envenenada? La otra gritará cuando sepa la noticia, y yo no tengo necesidad de más disgustos. ¡Vamos a casa de el-Dahan...! Seguro que encuentro un amigo a quien contar mi desgracia y con quien quejarme de mi pena... Pero no. Tengo otras preocupaciones que no admiten demora: el héroe, una desgracia nueva a la que tenemos que buscarle remedio... Rumbo al envenenado desayuno. Gritos, gritos y más gritos... ¡Maldito sea tu padre, mujer!»

Tan pronto como Fahmi se hubo cambiado de ropa, fue llamado a presencia de su padre, y Yasín no pudo evitar susurrarle, a pesar de su decaimiento y su tristeza:

—Te ha llegado el turno.

Fahmi preguntó, ignorando el significado escondido tras la observación de su hermano:

—¿Qué quieres decir?

Yasín se rió; sí, pudo finalmente reírse, y dijo:

—¡Se acabó el turno del traidor y llegó el del combatiente...!

¡Cuánto deseó que los epítetos con que lo había descrito su amigo en la mezquita se hubieran desvanecido entre el ruido de la algarada y el desconcierto de la excitación! Pero no se habían desvanecido... Ahí estaba Yasín repitiéndolos; y no había duda de que su padre lo llamaba para discutir sobre ellos. Fahmi suspiró desde lo más hondo de su pecho y acudió. Encontró al señor sentado con las piernas cruzadas sobre el sofá, jugueteando con las cuentas de su rosario, y con una mirada en los ojos que revelaba sus tristes reflexiones. Lo saludó con mucha educación, y se paró como a dos metros del sofá, con sumisión y obediencia. El hombre le devolvió el saludo con un ligero gesto de cabeza, indicando el fastidio más que la salutación, como si le dijera con él: «Te devuelvo el saludo a mi pesar, como lo manda la cortesía, pero esta falsa educación tuya ya no tiene éxito conmigo». Después le clavó una mirada sombría que despedía rayos de sospecha, como una linterna que examina lo que se esconde en las sombras.

—Te he llamado para saberlo todo —dijo con firmeza—. Quiero saberlo todo. ¿Por qué se dirigió a ti tu amigo diciendo que eras «uno de los compañeros combatientes» y que vosotros dos trabajabais en el mismo comité? Acláramelo todo inmediatamente.

Y aunque Fahmi se había acostumbrado en las últimas semanas a afrontar peligros diversos, incluso los disparos —a cuyos silbidos se había habituado —, recibió el interrogatorio de su padre con el espíritu de antes de la revolución. Lo dominó el miedo, y sintió que él no era nadie. Todos sus pensamientos se concentraron en evitar que su padre se enfadara y en buscar un modo de salvarse.

—El asunto es muy sencillo, papá —dijo con delicadeza y educación—. Quizás mi amigo exageró en lo que dijo para sacarnos del aprieto.

—El asunto es muy sencillo, muy bien —añadió el señor en el límite de su paciencia—, pero ¿de qué se trata? ¡No me ocultes nada!

Fahmi examinaba las diferentes vertientes del problema con vertiginosa rapidez, para elegir alguna explicación que ratificara sus palabras y le garantizase un buen final.

—Lo llamó comité —dijo—, pero no pasa de ser un grupo de amigos que discuten sobre los asuntos nacionales cada vez que se reúnen.

—¿Y por eso tú te merecías el título de combatiente? —exclamó el señor irritado y furioso.

La voz del hombre mostraba una brusca reprobación, como si le doliese que su hijo intentara jugar con él; y una amenaza se dibujó en las arrugas de su rostro severo. Fahmi, defendiéndose, se apresuró a confesar algo importante para convencer a su padre de que le obedecía, como el acusado que confiesa espontáneamente, ansioso de clemencia.

—Lo que ocurre es que a veces distribuimos algunas proclamas incitando al patriotismo —dijo casi avergonzado.

—¡Octavillas! ¿Quieres decir octavillas?

Pero Fahmi movió la cabeza negando. Tuvo miedo de reconocer ese nombre, que en los comunicados oficiales iba unido a los más duros castigos. Y después de haber encontrado una forma aceptable de aligerar el peligro de su confesión, dijo:

—Sólo son proclamas incitando al amor a la patria.

El hombre dejó caer el rosario en su regazo, y empezó a frotarse las manos.

—¡Tú eres uno de los que distribuyen octavillas...! ¡Tú! —exclamó fuera de sí.

La vista del señor se perdió en el vacío, presa de una intensa cólera e inquietud. ¡Distribuidor de octavillas! ¡Uno de los compañeros combatientes! «Los dos trabajamos en el mismo comité.» ¿Lo había sorprendido el diluvio en la cama? ¡Cuántas veces había logrado sorprenderlo Fahmi por su educación, su bondad y su inteligencia! Pero en su opinión, el elogio corrompía y en cambio la dureza formaba, corregía y era más útil. ¿Cómo había ido a parar todo eso en un distribuidor de octavillas...? Un combatiente... «¡Los dos trabajamos en el mismo comité!» Él no menospreciaba a los combatientes; estaba muy lejos de eso. ¡Cuántas veces había seguido sus noticias con entusiasmo, y había pedido suerte para ellos tras cada oración! ¡Cuántas veces lo habían llenado de satisfacción y admiración las informaciones sobre huelgas, sabotajes y combates! Pero el asunto era totalmente diferente si una de estas operaciones procedía de alguno de sus hijos, como si ellos fueran de una especie que existía en sí misma fuera el ámbito de la historia. Él era el único que podía marcarles los límites, no la revolución, ni el tiempo, ni la gente. La revolución y sus obras eran méritos indudables, mientras que permanecieran lejos de su casa; pero si llamaban a su puerta y amenazaban su seguridad, su paz y la vida de sus hijos, entonces, su sabor, su color y su sentido cambiaban, convirtiéndose en frivolidad, locura, rebeldía y mala educación. ¡Que la revolución se desencadenase fuera, y él participaría en ella de todo corazón, y gastaría todo el dinero que pudiese! Ya lo había hecho. Pero la casa era sólo suya, no compartía con nadie su propiedad; y quien le hablase dentro de ella de participar en la revolución, ése se rebelaba contra él, no contra los ingleses. Compadecía noche y día a los mártires, y sentía una gran admiración por el valor de que se armaban sus familias, según contaban; pero no permitiría que uno de sus hijos se incorporase a la lista de los mártires, ni le agradaba para sí mismo ese valor de los familiares. ¿Cómo Fahmi, por su propio pie, se había dejado engañar por esa loca aventura? ¿Cómo había aceptado él, el mejor de sus hijos, exponerse a una muerte evidente? El hombre sintió una inquietud que no había sentido antes, una inquietud que sobrepasaba incluso la de aquella situación crítica de la mezquita; y no pudo evitar preguntarle severo y amenazador, tal y como si fuese uno de los inspectores de la policía inglesa:

—¿Sabes cuál es el castigo para el que es arrestado por distribuir octavillas?

A pesar de la gravedad de la situación, que le exigía concentrar en ella todo su pensamiento, la pregunta suscitó en Fahmi un recuerdo cercano que estremeció su espíritu: el recuerdo de esta misma pregunta, con la misma expresión y significado, que le había planteado el presidente del comité ejecutivo de estudiantes, entre otras cuestiones, cuando iban a elegirlo como uno de sus miembros. Recordó a continuación cómo le había

respondido entonces, con resolución y entusiasmo: «Todos nosotros nos sacrificamos por la patria». Comparó las dos situaciones, y encontró en ambas la misma pregunta; se apoderó de él un sentimiento de ironía, pero respondió a su padre con amabilidad, y con una voz que insinuaba que el asunto no tenía importancia:

—Yo distribuyo solamente entre los amigos de confianza, y no me incumbe la distribución general; no hay peligro ni riesgo.

El señor exclamó con rudeza, como disimulando el miedo por su hijo con la fuerza de la cólera:

—¡Dios no concede la paz a quien se expone voluntariamente a la muerte! Él nos ha ordenado —alabado sea — que no nos exponamos voluntariamente a la ruina.

El hombre hubiera deseado citar el versículo que reflejaba esta idea, pero sólo se sabía del Corán las suras cortas que recitaba en sus oraciones. Y temiendo olvidar una palabra o desvirtuarla, y cargar sobre su conciencia un crimen imperdonable, se conformó con repetir y reiterar la idea hasta alcanzar su objetivo. De repente, Fahmi dijo en un tono educado:

—¡Pero Dios también incita a los creyentes a la guerra santa, papá!

El joven se preguntó después asombrado cómo había tenido valor de contestar al señor con esas palabras, las cuales desenmascaraban la lealtad a sus propias ideas, cosa que precisamente intentaba ocultar. Quizás se había refugiado en el Corán y se había parapetado tras uno de sus preceptos, confiando en que su padre desistiría de atacarlo en tal situación. El señor se sorprendió mucho de la audacia de su hijo y también de su argumentación, pero no se dejó llevar por la furia, porque ésta quizás haría callar a Fahmi, pero no a sus argumentos; y fingió olvidar su atrevimiento, esperando poder vencer su argumentación con otra parecida del propio Corán. Tenía que encontrar una salida a su comprometida situación, para llevar por buen camino al hijo descarriado, tras lo cual podría volver al ajuste de cuentas tal como quería. Dios acudió en su ayuda:

—Ésa era una guerra santa en nombre de Dios...

Fahmi consideró la respuesta de su padre como una aceptación del debate y la discusión, y se enardeció otra vez diciendo:

—Nuestra guerra santa también es en nombre de Dios; toda noble lucha es en nombre de Dios.

El señor tenía fe interiormente en las palabras de su hijo, pero esa misma fe y el sentimiento de debilidad que sentía frente a su interlocutor le hicieron recuperar de inmediato su cólera. Pero no era cólera solamente por su soberbia, sino también por su temor a que el joven persistiera en su error hasta pagarlo con su propia vida. Se abstuvo de discutir, y le preguntó en tono reprobatorio:

—¿Piensas que te he llamado para que discutas conmigo?

Fahmi se dio cuenta de la advertencia que ocultaban las palabras de su padre. Sus sueños se desvanecieron y se le trabó la lengua, pero el señor Ahmad volvió a decir con dureza:

—No hay más guerra santa que aquella en la que yo vea a Dios como único objetivo, es decir, la guerra religiosa; sobre eso no hay discusión. Y ahora quiero saber si mis órdenes siguen siendo obedecidas.

El joven se apresuró a decir:

—Con toda seguridad, papá.

—Entonces, corta toda relación con la revolución, aunque tu papel se limite a distribuir octavillas en el círculo de tus amistades.

No había fuerza en el mundo que pudiera interferirse en su deber patriótico; y no retrocedería ni un solo paso. El tiempo de hacer eso se había acabado sin remedio. Esa vida apasionada y espléndida, que brotaba del fondo de su corazón e iluminaba todos los rincones de su espíritu, no podía extinguirse. Y mucho menos ser él mismo con su propia mano quien lo hiciera. De eso no había ninguna duda. Pero ¿por qué no buscar un medio de satisfacer a su padre y evitar su cólera? No podía desafiarlo ni declarar abiertamente que desobedecería sus órdenes. Podía sublevarse contra los ingleses y desafiar sus balas casi todos los días, pero los ingleses eran unos enemigos terribles y odiados a la vez, mientras que su padre era un hombre terrible y amado; y él lo adoraba tanto como lo temía. No le sería fácil hacerle pasar el mal trago de su rebeldía. Había, además, otro sentimiento que no había modo de ignorar: que tras la revolución contra los ingleses había nobles ideales, mientras que tras la rebelión contra su padre no había más que vergüenza y miseria. Pero ¿qué lo obligaba a todo esto? ¿Por qué no prometerle obediencia, y después hacer lo que quisiera? La mentira en esta casa no era un vicio vergonzoso; ninguno de ellos hubiera podido disfrutar de paz a la sombra del padre, sin la protección de la mentira. Ellos lo reconocían ante sí mismos, e incluso estaban de acuerdo en hacerlo en situaciones comprometidas. ¿Acaso la madre tenía la intención de confesar lo que había hecho el día que se escabulló para visitar el-Huseyn, en ausencia del señor? ¿Podía Yasín emborracharse? ¿Y él mismo amar a Maryam? ¿Y Kamal ensuciarse de polvo entre Jan Gafar y el-Juranfish sin escudarse en la mentira? La mentira no era algo de lo que se abstuviera ninguno de ellos; si hubieran estado obligados a decir la verdad a su padre no habrían saboreado la vida. Por todo eso dijo con tranquilidad:

—¡Tus órdenes serán cumplidas, papá!

A esta declaración siguió un silencio, en el que los dos respiraron con tranquilidad. Fahmi pensó que el interrogatorio había terminado en paz, y el señor Ahmad creyó que había salvado a su hijo del abismo. Cuando Fahmi esperaba que le permitiera retirarse, el padre se levantó de repente y se dirigió al armario de la ropa; lo abrió y metió su mano en él, mientras el joven lo seguía con la mirada sin saber qué ocurría. Después el señor volvió a su asiento trayendo el Corán; lo miró largo rato y luego le alargó el libro diciendo:

—Júramelo sobre este libro...!

Fahmi retrocedió con un movimiento reflejo, que se le escapó antes de haber meditado la situación, como si huyese de una lengua de fuego que se hubiese alargado hasta él de repente. Se quedó clavado en el sitio, fijando los ojos en el rostro de su padre, desconcertado, consternado y desesperado. El señor permaneció con la mano extendida sosteniendo el libro, mirándolo con extrañeza y desaprobación. Luego su rostro enrojeció como si se encendiese, y un terrible destello se desprendió de sus ojos, mientras le preguntaba asombrado como si no diese crédito a lo que veía:

—¿Es que no quieres jurar?

Pero la lengua de Fahmi se había trabado, y no soltaba palabra ni parecía moverse. El hombre preguntó de nuevo con una voz reposada, mezclada con un temblor convulsivo, presagio del ardor de la cólera que bullía debajo como el relámpago que avisa del fragor de la tormenta:

—¿Es que me has mentado...?

Fahmi no se inmutó y se limitó a bajar la vista huyendo de los ojos de su padre. El señor colocó el libro sobre el sofá, y después estalló, gritando con una voz atronadora que a Fahmi le pareció una bofetada en plena mejilla:

—¡Me has mentado, hijo de perra...! Yo no permito que nadie se ría en mis barbas. ¿Quién te has creído que soy yo...? Y tú, ¿quién te has creído que eres? Tú eres una sabandija repugnante, criminal, hija de perra, que me ha engañado mucho tiempo con su apariencia. Nunca me convertiré en una mujer, nunca, ¿me oyes? ¡No me convertiré en una mujer jamás! Me habéis confundido, hijos de perra, y me habéis convertido en el hazmerreír de la gente... Yo mismo te voy a entregar a la policía, ¿entiendes?, yo mismo, hijo de perra. Seré yo quien diga la última palabra, yo, yo, yo. —Después, cogiendo el libro dijo otra vez —: ¡Jura!, ¡te ordeno que jures...!

Fahmi pareció haber perdido el sentido; sus ojos se quedaron fijos en algunas imágenes extrañas pintadas en la alfombra persa sin ver nada, como si esos dibujos se hubieran quedado marcados en su cerebro de tanto mirarlos, convirtiéndolo en un torbellino de confusión y vacío. A cada segundo que pasaba se hacían más profundos en él el silencio y la desesperación. El señor se levantó con el libro en la mano, dio un paso hacia él, y luego gritó:

—¿Te has creído que eres un hombre? ¿Te has creído que puedes hacer lo que te dé la gana...? Si quisiera te rompería la cabeza.

En ese momento Fahmi no pudo hacer otra cosa que echarse a llorar, no por miedo a la amenaza, ya que en su situación y su estado de ánimo no le importaba ningún mal que pudiera sobrevenirle, sino para apaciguar su dolor, y aliviarse de la batalla que se libraba en su interior. Después comenzó a morderse los labios para contener el llanto. Sintió vergüenza por la debilidad que lo había dominado, pero pudo finalmente hablar, por su intensa emoción de una parte, y por el deseo de disimular esa vergüenza por otra; y se dejó llevar, diciendo con sumisión y esperanza:

—Perdóname, papá; yo obedecería tus órdenes de buena gana, pero no puedo. No puedo. Nosotros trabajamos como un solo hombre, y yo no permitiría, ni tú me lo consentirías, que me apartase de mis compañeros. Sería imposible que la vida me fuese agradable si lo hiciera; no hay peligro en lo que hacemos. Otros, y no nosotros, realizan acciones más importantes, como participar en manifestaciones, y muchos de ellos han muerto como mártires. Yo no soy mejor que ellos; a los entierros los acompañan decenas de personas, y sólo se oyen vivas a la patria; incluso los familiares de las víctimas gritan y no lloran..., ¿qué es mi vida?, ¿qué es la vida de cualquier hombre...? No te enfades, papá; piensa en lo que digo. ¡Te repito que no hay peligro tras nuestras pequeñas acciones pacíficas!

La emoción lo dominó, y ya no pudo seguir enfrentándose a su padre. Huyó de la habitación como un fugitivo y estuvo a punto de chocar tras la puerta con Yasín y Kamal, que estaban a la escucha con el miedo dibujado en sus rostros.

63

Yasín se dirigía al café de Ahmad Abdu, cuando se encontró en Bayt el-Qadi con un pariente de su madre. El hombre se acercó a él con preocupación, le estrechó la mano y le dijo:

—Iba a tu casa a verte.

Yasín intuyó tras sus palabras alguna información acerca de su madre que le traería preocupaciones, y se sintió agobiado, preguntando con dejadez:

—¿Para algo bueno, si Dios quiere...?

—Tu madre está enferma —dijo el hombre con una preocupación no habitual—, muy enferma en realidad. Está así desde hace un mes o algo más, pero yo no lo he sabido hasta esta misma semana. Al principio pensaron que se trataba de una crisis nerviosa y no dijeron nada, hasta que se complicó; después, tras un reconocimiento médico, se demostró que era una malaria muy grave.

El joven se quedó aturdido por esa noticia que no se esperaba, como si se hubiese temido alguna historia sobre divorcio, casamiento, una pelea o algo parecido; pero la enfermedad no se le había ocurrido tenerla en cuenta. Sin apenas distinguir sus sentimientos a causa de la fuerte impresión preguntó:

—¿Y cómo está ahora?

—Su estado es grave —dijo el hombre con una franqueza cuyo sentido no se le escapó a Yasín—; el tratamiento se prolonga sin que se vea la más mínima mejoría; al contrario, empeora, y me ha enviado a ti para decirte que presiente que su muerte se acerca, y que desea verte cuanto antes.

Después añadió con un tono cargado de significado:

—Tienes que ir a verla sin vacilar, es un consejo y un ruego. ¡Dios perdona y tiene misericordia!

Quizás las palabras del hombre no estaban exentas de exageración, con la cual quería empujarlo a que fuese; pero eran todas ellas una invención. Tenía que ir, aunque sólo fuera movido por el deber. Y ahí estaba él otra vez, cruzando la pendiente del camino que llevaba hasta el-Gamaliyya, entre Bayt el-Mal y el barrio de el-Watawit. A su derecha «el callejón de la Perdición», donde una vendedora de palmitos se acurrucaba en la sombra temblorosa de sus recuerdos, y hacia el frente «la calle del Sufrimiento». Un poco después vería la frutería, y bajaría la vista escabullándose como un ladrón fugitivo. Cada vez que pensaba que no volvería allí, su infortunio le hacía volver. Ninguna fuerza hubiera podido hacerlo regresar excepto la muerte..., ¡la muerte! «¿De verdad se acerca el final? Mi corazón palpita, ¿de dolor?, ¿de tristeza...? Sólo sé que tengo miedo; si ella se va no volveré a este lugar nunca más; el olvido cubrirá los recuerdos del pasado, y me devolverán lo que queda de mis bienes; pero estoy asustado... y enfadado por estos odiosos pensamientos. ¡Dios nos proteja!»

«Incluso si hubiera disfrutado de una vida más desahogada y un carácter más sereno, mi corazón no se habría librado del sufrimiento. A la hora de la muerte despediré a una madre con un corazón de hijo; madre e hijo, ¿no es así...? Sólo soy un atormentado, no un animal o una piedra, pero la muerte es un visitante nuevo para mí; no he estado antes nunca en su presencia. Me hubiera gustado que el final fuese diferente; ¿de verdad vamos a morir todos...? No debo dejarme llevar por el miedo; en estos días las noticias sobre la muerte no se alejan de nosotros ni de noche ni de día; en la calle de las Cancillerías, en las Escuelas y en el-Azhar... y allí en Asiut, hay víctimas cada día. Hasta el pobre de el-Fuli, el lechero, perdió a su hijo ayer. ¿Qué pueden hacer las familias de los mártires?, ¿pasarse la vida llorando? Lloran y después se olvidan; ésa es la muerte... ¡Uf!, creo que no hay forma de escapar ahora de las penalidades; detrás de mí, en casa, Fahmi y su terquedad; delante, mi madre. ¡Qué fracaso de vida! ¿Y si se tratase de una trampa y la encuentro bien y saludable? ¡Lo pagaría muy caro!, ¡seguro que lo pagaría caro! Yo no soy un juguete o un payaso; sólo encontrará "al hijo" en el momento de la muerte... ¿Qué fortuna me quedará?, ¿y si entro en la casa y me encuentro a "ese hombre" allí? No sabré cómo abordarlo; nuestros ojos se encontrarán en un momento terrible. ¡Maldito seas! ¿Finjo ignorarlo, o lo echo?; ésta es la solución. Hay unas formas de brusquedad que él ni se imagina; pero el entierro nos reunirá irremediabilmente; será gracioso. Imagínate al marido antiguo y al nuevo marchando detrás del féretro, y entre los dos al hijo con los ojos llenos de lágrimas... En un momento como ése tendré que llorar, ¿no? No podré echarlo del entierro, porque el escándalo me perseguiría hasta el último momento; después la enterrarán, sí, la enterrarán y acabará todo. Pero estoy asustado, y angustiado, y triste. ¡Que Dios y sus ángeles recen por mí...! Ésa es la tienda maldita y ése es él. No me reconocerá de ninguna manera; la edad nos cambia mucho... ¡Eh, tío, mi madre dice que...!» La criada, la misma que lo había recibido hacía un año sin reconocerlo, le abrió la puerta; lo miró un momento como interrogándose, y en seguida su mirada inquisitiva desapareció tras un resplandor como si se dijera: «¡Ah!, tú eres el que ella está esperando». Después le dejó paso, y señalando una habitación a la derecha de la entrada, le dijo:

—Entre señor; no hay nadie.

La última frase atrajo con fuerza su atención, como si le llegara a modo de respuesta para disipar parte de su desconcierto. Comprendió que su madre le había dejado el camino libre. Se dirigió a la habitación, carraspeó y luego entró. Sus ojos se clavaron en los de ella, que se elevaron hacia él desde la cama, a la izquierda de la entrada; unos ojos cuya conocida claridad estaba cubierta por un tenue velo, y cuya mirada débil parecía observarlo desde lejos; unos ojos que, a pesar de su debilidad y de su falta de interés por todo —sugerida por lo apagados que estaban—, se habían fijado en su rostro con la seguridad de haberlo reconocido. Sus labios se abrieron con una ligera sonrisa, que revelaba triunfo, satisfacción y gratitud. Sólo se le veía el rostro, ya que estaba arropada con una manta hasta la barbilla; un rostro aún más cambiado que los ojos, marchito y no lozano, alargado y no redondeado, pálido y no sonrosado. Su fina piel transparentaba el hueso de la mandíbula y unos pómulos prominentes. Parecía una imagen de lamento y muerte. Se paró aturdido, sin querer aceptarlo, como si no creyese que existiera en el mundo una fuerza capaz de enfrentarse a ese juego cruel. Su corazón se encogió asustado, como si estuviese viendo a la misma muerte, y su hombría lo abandonó como si se hubiese transformado en un niño que busca a su padre por todas partes. Después un impulso irresistible lo empujó hacia la cama, y se inclinó sobre ella musitando en un tono apenado:

—No tengas miedo. ¿Cómo estás?

Lo embargó un sentimiento sincero de piedad con cuyo ardor desaparecieron sus antiguos sufrimientos, como desaparece, en contadas ocasiones, un fenómeno patológico incurable —caso de la parálisis— con un gran susto inesperado. Parecía que hubiese encontrado a la madre de su niñez, a la que amaba antes de que los sufrimientos la alejasen de su corazón. Y se aferró, con los ojos dirigidos hacia aquel rostro decrepito, a ese sentimiento renovado que le hacía volver a un pasado lejano, a una época anterior al dolor, como se aferra el enfermo agonizante a una lucidez inesperada, por la que teme instintivamente estar al borde del final... Se aferró a él con una intensidad digna de un hombre que prevé las fuerzas contrarias que lo amenazan aunque ese mismo aferrarse le demostró que sus sufrimientos seguían ardiendo en lo más profundo de su ser como avisándole de la pena que lo acechaba si se descuidaba, y si confundía ese limpio sentimiento con otros que lo corrompían. La mujer sacó de debajo del cobertor una mano delgada, descarnada, cuya piel reseca estaba cubierta por una tonalidad entre negruzca y azulada, como si fuese una mano disecada desde hacía miles de años; él la tomó entre las suyas muy impresionado, y entonces escuchó su voz débil y ronca que le respondía diciendo:

—Como ves me he convertido en un espectro.

—Nuestro Señor te acogerá en su misericordia —musitó —, y te pondrá mejor de lo que estabas.

Hizo un gesto inconsciente de súplica con la cabeza, ceñida por un velo blanco, como si le dijera: «¡Que nuestro señor te escuche!», indicándole que se sentara, y él se sentó en la cama. Después ella se lanzó a hablar con una fuerza nueva motivada por su presencia:

—Al principio me entraba un temblor extraño, y creía que era una crisis nerviosa. Me aconsejaron que diese vueltas alrededor de las mezquitas y que quemase incienso. Visité el-Huseyn y el-Sayyida y quemé diferentes clases de incienso, indio, sudanés y árabe, pero mi estado empeoraba. A veces me dominaba un temblor continuo que no me dejaba, hasta ponerme al borde de la muerte. Pasaba momentos en los que notaba mi cuerpo frío como la nieve, y en otras ocasiones el fuego se extendía por mi piel hasta hacerme gritar por la intensa fiebre. Finalmente se empeñó el sen... —evitó pronunciar el nombre, dándose cuenta en el último instante del error en que había caído—. Finalmente pedí que viniese el médico, pero el tratamiento no me ha hecho mejorar ni siquiera un poco; si acaso me ha hecho empeorar. Ya es inútil esperar.

—No desesperes de la misericordia de Dios; su piedad es inmensa. Su boca menuda se entreabrió con una débil sonrisa, y dijo:

—Me alegra oír esto, me alegra oírlo de ti más que de nadie. Tú eres para mí lo más preciado del mundo y de quienes lo habitan. Es verdad lo que dices, la misericordia de Dios es inmensa. ¡Qué mala suerte he tenido! No niego los errores ni los pecados, sólo Dios está libre de ellos...

Angustiado, percibió en sus palabras que la mujer intentaba hacer algo parecido a una confesión; su pecho se encogió, y sintió un miedo intenso a que repitiese en su oído cosas que no soportaría, aunque fuese a modo de arrepentimiento o expiación. Se puso tenso hasta casi perder el control.

—No te canses hablando —le suplicó.

Ella alzó hacia él sus ojos sonriendo, y dijo:

—Tu venida me ha devuelto el ánimo; deja que te diga que nunca en mi vida deseé mal a nadie. He buscado el bienestar, como todo el mundo, pero la mala suerte me perseguía. No hice mal a nadie, pero muchos me lo hicieron a mí.

Él sintió que sus esperanzas de que el momento transcurriera en paz se iban a frustrar, ya que sus limpios sentimientos se iban a enturbiar. Dijo en el mismo tono suplicante de antes:

—Deja a la gente con su bondad y su maldad; tu salud es ahora más importante que cualquier otra cosa.

Ella acarició su mano con un gesto conciliador, como si le pidiera que fuese complaciente con ella; después susurró:

—Se me han escapado algunas cosas, no he cumplido mis obligaciones con Dios. Hubiera deseado alargar mi vida para conseguir algunas de esas cosas, pero mi corazón estuvo siempre repleto de fe; Dios es testigo.

—El corazón lo es todo para Dios; es más importante que el ayuno o la oración —dijo, defendiéndola y defendiéndose a sí mismo a la vez.

La mujer le apretó la mano con agradecimiento, luego cambió el curso de la conversación, diciéndole a modo de bienvenida:

—¡Has vuelto a mí al final...! No me atreví a llamarle hasta que la enfermedad me llevó al estado en que me ves ahora. Me dominó el sentimiento de que me despedía de la vida, y no soportaba abandonarla antes de complacerme mirándote. Te mandé llamar, con un miedo a tu rechazo mayor que el miedo a la muerte misma; pero te has apiadado de tu madre y has acudido a despedirte de ella. Te lo agradezco, y ruego a Dios que te bendiga.

La emoción aumentó, pero él no sabía cómo interpretar sus propios sentimientos. Las palabras le pesaban en la boca, tropezando con una especie de pudor o extrañeza, justo cuando quería dirigírselas a esa mujer a la que se había acostumbrado a despreciar y rechazar. Sin embargo, encontró que su mano era un medio de expresión dócil y sensible, y apretó la de la mujer murmurando:

—Nuestro Señor te concederá la paz...

Ella se puso a darle vueltas al sentido que se desprendía de esta última frase, repitiendo unas veces sus mismas palabras, o bien cambiándolas por otras que mostraban el mismo significado. Su conversación se hizo entrecortada, tragando saliva con un esfuerzo evidente, o haciendo breves pausas hasta recobrar el aliento, lo cual empujó a Yasín varias veces a rogarle que dejase de hablar. Pero ella sonreía para cortarlo en ese ruego, y seguía hablando, hasta que de repente se paró, y apareció en su cara una preocupación imprevista mientras recordaba algo importante.

—¿Te has casado...? —le preguntó.

Él alzó las cejas con cierto apuro, y se sonrojó, pero ella se equivocó al interpretarlo, y se apresuró a disculparse:

—No te estoy haciendo ningún reproche; la verdad es que me hubiera gustado ver a tu esposa y a tus hijos; pero me basta con que seas feliz.

No pudo evitar decirle con brevedad:

—No estoy casado, me divorcié hace un mes aproximadamente.

Por primera vez apareció una señal de alerta en los ojos de ella, que si hubieran podido, habrían brillado; pero sólo despidieron una especie de claridad, como la luz tenue que deja pasar una cortina tupida.

—Hijo, ¿estás divorciado...? ¡Qué pena me da!

Él se apresuró a responder:

—No te apenes: yo no estoy apenado ni triste —luego, sonriendo, continuó—; las preocupaciones se han ido con ella.

La mujer volvió a preguntar en el mismo tono:

—¿Quién te la eligió, él o ella?

—La eligió Dios; todo está en manos del destino y de la suerte —contestó en un tono que revelaba su deseo de dar el cerrojazo a esa conversación.

—Lo sé, pero ¿quién te la eligió, la mujer de tu padre?

—No, fue mi padre quien la eligió, y no hay nada que reprocharle; ella es de buena familia, pero todo depende de la suerte y el destino, como te he dicho.

—¡... Del destino, de la suerte y de la elección de tu padre..., eso es! —añadió con frialdad.

Después de una breve pausa, dijo:

—¿Está embarazada?

—Sí...

—¡Que Dios ensombrezca los días de tu padre! —suspiró.

Yasín decidió no responderle, como rehusando hurgar en una herida que lo consumía y que posiblemente así se le calmaría. El silencio los envolvió. La mujer cerró sus ojos, como si la venciera el cansancio, pero los abrió un momento y le sonrió, preguntándole con una voz tenue, sin rastro de excitación:

—¿Crees que podrás olvidar el pasado...?

El bajó la vista agitado, sintiendo un deseo irresistible de huir; después dijo suplicante:

—¡No me hagas recordarlo!, ¡que se vaya para no volver!

Quizás su corazón no quería decir lo que decía, pero su lengua dijo lo que tenía que decir; o quizás esas palabras eran una expresión sincera de sus sentimientos en ese momento, ese momento que lo había hecho sumergirse por completo en la situación en que se encontraba. Quizás sus palabras «que se vaya para no volver» habían producido en su propio interior una extraña impresión, tras la cual vendría la inquietud. Sin embargo, se negó a tomarlo como tema de meditación; huyó de aquello con todas sus fuerzas y se aferró a ese sentimiento puro al que había decidido agarrarse desde el principio... pero su madre volvió a preguntarle:

—¿Quieres a tu madre como la querías en aquel tiempo feliz?

—La quiero y ruego por su salud —dijo acariciándole la mano.

Yasín encontró en seguida consuelo a su inquietud y a su lucha interna en el aire de la paz y profundo bienestar que quedó marcado sobre el rostro marchito de la mujer. Después sintió que le apretaba la mano, como para transmitirle la gratitud que escondía ella en su corazón. Intercambiaron una mirada larga, tranquila, sonriente y soñadora, que hizo propagarse por la habitación un halo de tranquilidad, de amor y de tristeza. Ya no volvió a aparecer en ella nada que mostrase sus deseos de hablar; o quizás la fatiga se lo impedía. Sus párpados se relajaron lentamente hasta cerrarse, y él se puso a observarla extrañado, pero no hizo ningún movimiento; después sus labios se separaron un poco, y un débil estertor entrecortado emanó de ellos. Yasín se incorporó en su asiento mirando su rostro, y luego cerró los ojos mientras evocaba la imagen de ese otro rostro con el que ella lo había mirado hacía un año. Se le encogió el corazón y volvió a sentir el miedo que lo había atacado a lo largo del camino: ¿podría ver ese rostro otra vez?, ¿y de ser así, con qué corazón lo acogería...? No lo sabía; no le gustaba imaginar lo que se escondía tras el límite de lo desconocido; quería que su mente se detuviera y que siguiese los acontecimientos, no que se les adelantase. El sentimiento de miedo y angustia lo asedió de nuevo. ¡Qué extraño! Mientras la escuchaba hablar, lo había dominado el deseo de huir, e imaginó que se tranquilizaría cuando ella se durmiese; pero apenas se quedó solo, lo asaltó el miedo, ¡un

miedo cuya causa no comprendía! Hubiera deseado que ella se despertase y volviese a hablar. ¿Hasta cuándo tendría que esperar? ¿Y si seguía profundamente dormida hasta por la mañana...? Él no podía quedarse mucho tiempo así, presa del miedo y la angustia; tenía que poner límite a sus sufrimientos. Mañana o pasado mañana lo felicitarían o le darían el pésame. Felicitación o pésame, ¿qué prefería? Tenía que dejar de inquietarse... «Sea felicitación o pésame, no conviene que me adelante a los acontecimientos; lo más que se puede decir, es que nuestro destino es separarnos ahora amistosamente; será el mejor final para la peor vida... y si Dios se la alarga...»

Su mirada vagó errante, y se paró sobre el espejo del armario, en el lado opuesto de la habitación, que reflejaba la imagen de la cama. Vio, como se veía a sí mismo, el cuerpo postrado de su madre bajo la manta, casi cubierto hasta los hombros a excepción de la mano que había sacado cuando lo recibió. Él la miró fijamente con dulzura y la metió bajo el cobertor que remitió después alrededor de su cuello con cuidado. Volvió a mirar hacia el espejo y se le ocurrió pensar: «¿Quizás este espejo refleje mañana una cama vacía y desnuda...! Su vida, como la de cualquier ser humano, por qué no, no es más duradera que estas imágenes artificiales». Su sentimiento de miedo se intensificó, y se susurró a sí mismo: «Tengo que poner límite a mis sufrimientos, he de irme». Pero su mirada se movió, dejando el espejo, y se encontró con una mesa donde estaba colocado un narguile con el tubo enrollado alrededor de su cuello como una serpiente. Se fijó en él con asombro y rechazo, a los que en seguida reemplazó un sentimiento de cólera, de repugnancia y enfado... ¡Ese hombre!, ¡sin duda era él el dueño del narguile! Lo imaginó cruzado de piernas sobre el sofá situado entre la cama y la mesa, inclinado sobre el narguile, aspirando y aspirando con voluptuosidad, y a su madre avivando las brasas. ¡Ay! ¿dónde estaría ahora...?, ¿en algún lugar de la casa, o fuera?, ¿lo estaría viendo desde donde él no lo veía...? Ya no soportaba permanecer más tiempo en presencia de aquel narguile. Lanzó una mirada al rostro de su madre, a la que encontró entregada profundamente al sueño. Después dejó su asiento con cuidado, y fue hacia la puerta. Al encontrar a la criada en el zaguán, le dijo:

—Tu señora se ha dormido, regresaré mañana por la mañana.

Se volvió otra vez hacia ella mientras salía:

—¡Mañana por la mañana...!

Así parecía querer advertir a aquel hombre de la hora en que volvería, para que desapareciese de su vista. Se marchó directamente a la taberna de Kostaki y bebió como de costumbre, pero no disfrutó de la bebida. Estaba agotado de luchar contra el miedo y la angustia. Y aunque sus sueños de riqueza y tranquilidad no habían desaparecido de su mente, no podían borrar de su fantasía la imagen de la muerte. Cuando volvió a casa a medianoche, encontró a la mujer de su padre esperándolo en el primer piso. La miró extrañado, y luego preguntó con el corazón palpitándole:

—¿Mi madre...?

Amina inclinó la cabeza, y dijo con voz apagada:

—Nos llegó un emisario de Qasr el-Shawq una hora antes de que vinieses... ¡Que tengas larga vida, hijo!

64

La relación entre Kamal y los soldados británicos evolucionó hacia una amistad recíproca. La familia trató de recurrir a la tragedia de Yasín en la mezquita de el-Huseyn para convencer al niño de que cortara las relaciones con sus amigos, pero él les respondió que era «pequeño», demasiado pequeño para que lo acusaran de espionaje. Y para evitar que se lo impidieran a la fuerza, se dirigía directamente al campamento al volver de la escuela, dejándole la cartera de los libros a Umm Ha-nafi. El único medio de impedirselo era utilizando la fuerza, lo que no creyeron necesario, en especial porque él se divertía en el campamento, bajo sus miradas, siendo acogido en todas partes con los brazos abiertos, y con todos los honores. Incluso el propio Fahmi lo pasaba por alto, y no le preocupaba distraerse observando cómo correteaba Kamal entre los soldados, «como un mono que se divirtiera en una selva de animales salvajes».

—Decídselo al gran señor...

Eso propuso Umm Hanafi una vez, quejándose del descaro que tenían los soldados con ella —por culpa precisamente de esa maldita amistad con el niño— y de que algunos de ellos imitaban su forma de andar. «Merecen que se les corte el cuello...» Pero nadie tomó su sugerencia en serio. No sólo por compasión hacia el muchacho sino también por ellos mismos, al temer que la investigación del padre revelase que habían encubierto durante mucho tiempo esa relación; y así dejaron al chiquillo en paz. ¡Quizás aún tenían la esperanza de que los buenos sentimientos recíprocos entre el niño y los soldados fuesen un medio de evitar las bromas o los perjuicios a los que podían verse expuestos en sus idas y venidas! La hora más feliz del día para Kamal era esa en la que entraba en el campamento. No todos los soldados eran «amigos» en el sentido literal de la palabra, pero ninguno de ellos lo ignoraba. A los amigos los saludaba estrechándoles la mano calurosamente, mientras que para saludar a los otros le bastaba con levantar la mano. A veces coincidía su llegada con el comienzo del turno de guardia de uno de sus amigos; entonces el muchacho se acercaba a él contento, alborotado, tendiéndole la mano..., ¡y cuál no era su susto al encontrarlo rígido, extraño, irritante, como si fingiera ignorarlo o como si se hubiese convertido en una estatua! No comprendía que el asunto no se trataba de fingida ignorancia ni de enfado, hasta que los otros se partían de risa. No era extraño que cuando estaba con los amigos se sobresaltase con el pitido de la alarma; en ese momento los soldados corrían hacia las tiendas, y volvían al cabo de un momento, con sus trajes y cascos, y cargados con los fusiles. Un camión salía de su estacionamiento detrás de la fuente de Bayn el-Qasrayn hasta el centro de la calle, y rápidamente se dirigían a él, saltando a su interior hasta que lo llenaban. En seguida deducía de la escena que tenía delante que una manifestación había comenzado en alguna parte, que los soldados iban a dispersarla y que se desencadenaría una batalla entre ellos y los manifestantes. ¡Pero no le importaba en esos momentos más que buscar a sus amigos con la vista hasta dar con ellos, en medio del bullicio del camión, y alegrarse al verlos como si los despidiera! Y cuando el camión se alejaba llevándose los en dirección a el-Nahhasin, extendía las manos rogando por su salud y recitando después \afátiha... Pero él no pasaba en el campamento más de media hora cada tarde, el tiempo máximo que podía estar fuera de casa tras su vuelta del colegio, una media hora en la que ninguno de sus sentidos descansaba apenas un solo minuto. Daba vueltas alrededor de las tiendas, caminaba entre los camiones reconociendo sus piezas una a una, se paraba ante la pirámide de fusiles mucho tiempo, examinando sus elementos detalladamente, en especial la boca del cañón donde se escondía la muerte. Se paraba a la distancia que le permitían, y se le partía el corazón lamentándose de no poder jugar con ellos o al menos tocarlos. Cuando su visita coincidía con la hora del té, se dirigía con sus amigos a la cocina, situada a la entrada del adarve de Qírmiz y cogía sitio al final de «la cola del té», como la llamaban. Después volvía tras ellos, llevando un vaso de té con leche y un trozo de chocolate, y se sentaba en el borde de la fuente a beberse a sorbos. Los soldados cantaban canciones de tropa, y él los escuchaba con atención, esperando su turno para cantar.

La vida del campamento dejó en él una huella profunda, que despertaba por completo sus fantasías y sus sueños. Una huella que se grabó en su corazón al lado de las huellas que dejaron las historias de Amina sobre el mundo de lo desconocido y las leyendas, los cuentos de Yasín —que arrastraban su alma hacia el mundo mágico—, y los fantasmas y las visiones que se le aparecían en sus propias ensoñaciones tras las ramas del jazmín, la hiedra y las macetas de flores —arriba en la azotea— sobre la vida de las hormigas, de los pájaros y de las gallinas. Además construyó junto al muro que mediaba con la azotea de casa de Maryam un campamento completo en equipo y número de hombres. Hizo las tiendas con pañuelos y lápices, las armas con cerillas de madera, los camiones con chanclos y los soldados con huesos de dátil. Cerca del campamento, como manifestantes, puso piedrecitas. La representación empezaba normalmente extendiendo los huesos en grupos, unos en las tiendas y junto a su entrada, y otros alrededor de los fusiles, excepto cuatro, colocados a un lado, entre los que destacaba una piedrecita que lo representaba a él. Empezaba imitando las canciones inglesas, después le llegaba el turno de cantar a su piedrecita: «Venid a visitarme cada año» o bien «¡Oh, querido mío!». Se iba a las otras piedrecitas, las ordenaba en filas y gritaban: «¡Viva la patria, abajo el protectorado..., viva Saad!». Volvía al campamento silbando, y entonces colocaba los huesos también en filas, y al frente de cada fila ponía un dátil. Después empujaba un chanclo, resoplando para imitar el zumbido del camión, y colocaba los huesos encima, lo empujaba otra vez en dirección a las piedrecitas y ¡empezaba la batalla, cayendo en seguida víctimas de ambos lados! No permitía que sus sentimientos personales influyeran en el desarrollo de la batalla, al menos al principio y en la mitad. Lo dominaba un único deseo: hacer una batalla «verídica y emocionante», intercambiando ataques y contraataques entre ambos bandos, haciendo que los daños fuesen equivalentes, que el resultado quedase sin saberse, y que el balance siguiera oscilando entre

las dos partes; pero la batalla no duraba mucho, y se hacía necesario darle un final... Entonces se encontraba en una situación desconcertante: ¿Qué bando ganaría? ¡En un lado estaban sus cuatro amigos, con Julián a la cabeza, y en el otro los egipcios, con los que palpitaba el corazón de Fahmi...! En el último momento se decidía por la victoria de los manifestantes, y arrastraba el camión con unos pocos soldados, entre los que se encontraban sus cuatro amigos. ¡Y si alguna vez la batalla se terminaba con un honroso acuerdo, los combatientes de ambos bandos lo celebraban cantando alrededor de una mesa repleta de dulces...! Julián era el más apreciado de sus amigos; se distinguía no sólo por su belleza y por la dulzura de su carácter, sino también por su relativa destreza para hablar árabe. Esto le otorgaba a la invitación del té un segundo valor. Parecía el soldado más impresionado por sus canciones, hasta llegar a rogarle casi todos los días que cantase «¡Oh, querido mío!», que seguía con atención, murmurando después con nostalgia y añoranza:

—¡Volver a mi país! ¡Volver a mi país...!

Kamal notó en él esos sentimientos; su amistad y confianza habían aumentado hasta tal punto que le dijo una vez seriamente, como indicándole la solución a su tristeza:

—¡Haced volver a Saad Basha, y regresad a vuestro país...!

Pero Julián no recibió su sugerencia con la disposición que Kamal esperaba; al contrario, le pidió, como había hecho antes en situaciones parecidas, que no volviese a mencionar a Saad Basha, diciéndole: «¡Saad Basha..., no!». Y de ese modo fracasó «el primer negociador egipcio», según la expresión de Yasín.

De repente, un día uno de los «amigos» le ofreció una caricatura que le había hecho. Kamal la miró con asombro y fastidio y se dijo: «¿Yo? ¡Ése no soy yo...!». Pero en el fondo sintió que sí era ésa su imagen y no la de otro, aunque sólo fuese en cierta medida. Después levantó los ojos hacia los que estaban parados a su alrededor y los encontró riéndose; entonces comprendió que era una especie de broma que tenía que aceptar con alegría, y los siguió en su risa, eludiendo así su vergüenza. Cuando se la enseñó a Fahmi, éste la examinó con asombro; después dijo:

—¡Dios! ¡No ha dejado ni un solo defecto sin exagerar! ¡El cuerpo delgado y pequeño, el cuello largo y flaco, la nariz grande, la cabeza gorda, los ojos enanos...!

Después dijo, riéndose:

—La única cosa por la que parece que tu amigo siente admiración es por tu traje elegante y bien hecho; pero en eso el mérito no es tuyo, es de mamá que deja todo en casa impecable.

Le lanzó una mirada maliciosa, y continuó:

—Ahora está claro el secreto del cariño que te tienen: se distraen riéndose de tu aspecto y tu elegancia exagerada. Lo que quiere decir que a sus ojos tú no eres más que una marioneta, ¿qué ganas con tu traición...?

Pero las palabras de Fahmi no causaron efecto, porque el niño conocía la magnitud de su hostilidad hacia los ingleses, y pensó que era una maniobra que buscaba separarlo de ellos.

Un día llegó al campamento como era su costumbre, y vio a Julián en el extremo del múrete de la fuente, mirando con atención hacia el callejón al que se abría la casa del difunto señor Muhammad Redwán, y fue hacia él. Pero vio también que agitaba la mano haciendo gestos extraños que él no comprendía; sin embargo, no dejó de avanzar, respondiendo a un sentimiento instintivo cuyo significado se le escapaba. Después la curiosidad lo incitó a rodear las tiendas colocadas ante la parte delantera de la fuente, escabullándose hasta situarse detrás de Julián y extender la vista hacia el objetivo al que el otro miraba. Vio allí un tragaluz, en un ala de la casa de la familia Redwán, que ocultaba el pequeño callejón..., ¡y en él aparecía claramente el rostro de Maryam, sonriendo complaciente! Se quedó paseando la mirada entre el soldado y la muchacha con estupor, como si se negara a dar crédito a sus ojos. ¿Cómo Maryam se atrevía a asomarse al tragaluz? ¿Cómo se presentaba ante Julián de esa forma deshonrosa? ¡Él agitaba la mano, y ella sonreía...! Sí, ahí estaba la sonrisa todavía marcada en sus labios, y ahí estaban sus ojos profundamente prendados de Julián, tanto que

aún no había reparado en su presencia. Se le escapó un movimiento que hizo que Julián se volviese hacia él, y en cuanto éste se dio cuenta de la situación, empezó a partirse de risa hablando en lengua extranjera. Al momento, Maryam se retiró con extrema rapidez, presa de un espanto evidente. Él comenzó a observar atónito al soldado; la huida de Maryam aumentó sus dudas, y todo el asunto le pareció cada vez más confuso; Julián le preguntó cariñoso:

—¿La conoces...?

Él agachó la cabeza por toda respuesta, y no abrió la boca. Julián desapareció unos minutos, después volvió trayendo un paquete grande, que tendió a Kamal, diciéndole mientras señalaba la casa de Maryam:

—¡Llévaselo...!

Pero Kamal retrocedió asustado, moviendo la cabeza de derecha a izquierda obstinadamente. Este suceso no se le fue de la cabeza, y aunque había presentido su gravedad desde el principio, no comprendió su alcance real hasta que contó la historia en la reunión del café, por la tarde. Amina se enderezó en su asiento echándose para atrás y se quedó con la taza de café suspendida entre los dedos, sin acercarla a su boca ni colocarla en la bandeja. Mientras, Fahmi y Yasín dejaron su sofá, corrieron hacia el de enfrente, donde estaba Amina con Kamal, y se pusieron a mirarle con una preocupación, un asombro y una turbación que superaban todo lo esperable.

—¿De verdad viste eso? ¿No te engañaron tus ojos? —dijo Amina tragando saliva.

—¿Maryam...? ¿Maryam...? —refunfuñó Fahmi —. ¿Estás seguro de lo que dices?

—¿Él le hacía señas y ella le sonreía? —preguntó Yasín —. ¿De verdad la viste sonreír?

Amina devolvió el vaso a la bandeja, apoyó la cabeza en la mano, y dijo en un tono amenazador:

—¡Kamal, mentir en asuntos como éste es un delito que Dios no perdona! Reflexiona, hijo, ¿has faltado en algo a la verdad?

Kamal lo juró por lo más sagrado, y Fahmi dijo con desesperación y amargura:

—Él no miente; nadie sensato puede acusarlo de mentir, ¿no comprendéis que una historia como ésa es más de lo que puede imaginar alguien de su edad?

—¿Y cómo puedo creerlo? —preguntó la madre con voz triste.

—¡Claro! ¿Cómo puede ser verdad? —dijo Fahmi como si hablara consigo mismo. Después, en un tono serio, continuó —: ¡Sin embargo ha ocurrido, ha ocurrido, ha ocurrido...!

La última palabra le produjo el efecto de una puñalada. La repitió como si quisiese avivar la herida a conciencia. Ciertamente, las preocupaciones le habían hecho olvidarse de Maryam; su recuerdo no había vuelto a aparecer sino en un rincón de sus ensueños. Pero la puñalada que había afectado a la reputación de la muchacha había atravesado antes su propio corazón. Estaba aturdido..., aturdido..., aturdido...; no sabía si había olvidado o no, si amaba u odiaba, si se había enfadado por honor o por celos..., como una hoja seca de árbol, en medio de un huracán que sopla en todas direcciones.

—¿Cómo puedo creerlo? —dijo Amina—. ¡Siempre he confiado en Maryam como confiaba en Jadiga o en Aisha! Su madre es una de las mujeres más virtuosas; su padre, que en paz descansa, era uno de los hombres más honorables... vecinos de toda la vida y además excelente...

—¿Por qué os extrañáis? —repuso Yasín, que había estado todo el tiempo pensativo, en un tono no desprovisto de ironía—. Desde antiguo, Dios crea hombres malvados como vástagos de hombres piadosos.

—Dios es testigo de que nunca noté en ella nada malo... —dijo Amina protestando, como si rehusara creer que ella había estado engañada durante todo ese tiempo.

—Ni ninguno de nosotros, ni siquiera Jadiga, la crítica mayor —añadió Yasín con precaución —; incluso alguien más inteligente que tú y que yo también ha sido engañado por ella.

—¿Desde cuándo tengo yo que descubrir lo invisible? —exclamó Fahmi dolorido—. Es un asunto difícil de imaginar.

Se irritó contra Yasín hasta hervirle la sangre. Todas las criaturas le parecían detestables, tanto los ingleses como los egipcios, los hombres y las mujeres, y especialmente las mujeres. Se asfixiaba; en su interior hubiera deseado desaparecer para respirar en solitario un poco de tranquilidad, pero no abandonó su sitio, como si estuviera atado a él con una gruesa cuerda.

Yasín se dirigió a Kamal preguntándole:

—¿Cuándo te vio?

—Cuando Julián se volvió hacia mí.

—¿Y luego huyó de la ventana?

—Sí.

—¿Ella se dio cuenta de que tú la habías visto?

—Nuestros ojos se encontraron un momento.

—¡Pobrecilla! —se burló Yasín—. ¡Sin duda estará imaginándose ahora esta reunión, y nuestra triste conversación!

—¡Un inglés! —exclamó Fahmi golpeando una mano contra la otra.

—¡La hija del señor Muhammad Redwán...! —murmuró Amina suspirando y moviendo la cabeza extrañada.

—Galantear con un inglés no es un asunto fácil para una muchacha; ese grado de depravación no puede aparecer de repente —dijo Yasín pensativo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fahmi.

—¡Quiero decir que sin duda antes lo han precedido otros!

—¡Por el amor de Dios, dejad esta conversación! —rogó Amina. Yasín siguió hablando como si no hubiese oído su súplica:

—Maryam es hija de una señora que tiene arte en lucir sus encantos, vosotras sois testigos: tú, Jadiga y Aisha...

—¡Yasín! —gritó Amina con una voz llena de censura y reprensión.

—Quiero decir que nosotros somos una familia que vive en una realidad cerrada — dijo Yasín retractándose —, que casi no sabe nada de lo que pasa a su alrededor; lo más que podemos hacer es imaginar a la gente según nuestro propio modelo. Maryam se ha tratado con nosotros muchos años, sin embargo, no hemos sabido la verdad hasta que nos la ha descubierto el último de quien podría esperarse que revelase verdades.

Y acarició la cabeza de Kamal riéndose; pero Amina volvió a decir con una súplica apasionada:

—¡Por el amor de Dios, os pido que cambiéis el curso de la conversación!

Yasín sonrió y no dijo nada. Reinó el silencio. Fahmi ya no soportaba permanecer entre ellos, y respondió a la voz interior que le pedía socorro ansiando huir... lejos de las miradas y los oídos; allí podría estar solo consigo mismo, y rememorar la conversación desde la «a» a la «z», palabra por palabra, expresión por expresión, frase por frase, para comprenderla y captar su significado, para poder considerar después en qué situación se encontraba.

65

Era ya más de medianoche cuando el señor Ahmad Abd el-Gawwad dejó la casa de Umm Maryam envuelto en la oscuridad del callejón sin salida. Todo el barrio parecía —como últimamente cada anochecer desde que el campamento inglés estaba allí— sumergido en el sueño y cubierto por las sombras. Ya no había tertulia en el café, ni ningún vendedor por la calle; las tiendas ya no estaban abiertas, y la gente no paseaba. Y no había más huella de vida o de luz que la que llegaba desde el campamento. A pesar de que ninguno de los soldados lo había expuesto a ningún peligro en sus idas y venidas, él no podía librarse nunca de la intranquilidad y la aprensión, sobre todo cuando se iba acercando al campamento en el camino hacia su casa. Pero volvía, al final de la noche, en un estado de agotamiento, debilidad y confusión en el que era difícil siquiera pensar en caminar seguro y tranquilo. Bajó hacia la calle de el-Nahhasín y luego se desvió a la derecha dirigiéndose a casa, mientras miraba a hurtadillas al centinela, hasta entrar en la zona más peligrosa del camino, aquella en la que se extendía la luz que llegaba desde el corazón del campamento. Allí le volvieron los sentimientos que se apoderaban de él, cada vez que entraba en ella, de ser un objetivo fácil para cualquier cazador... y apretó el paso para salir de aquella zona hacia la oscuridad que lo llevaría hasta la entrada de su casa. Pero apenas había dado un paso cuando golpeó sus oídos una voz ronca que gritaba detrás de él hablando en una lengua extranjera. A pesar de que no conocía ese lenguaje, comprendió por la brusquedad del tono y por su concisión que le lanzaba una orden indiscutible, y se paró, volviéndose hacia atrás espantado. Vio a un soldado, que no era el centinela, que se dirigía hacia él con paso firme y armado hasta los dientes. ¿Qué sería tan grave como para llamarlo de esa forma? ¿Estaría ese hombre borracho, o quizás obedecía a un súbito impulso de agresividad? Se quedó mirando cómo se acercaba, con el corazón acelerado y la garganta seca; la resaca había desaparecido ya de su cabeza. El soldado se paró a unos pasos de él, y le dirigió en tono imperativo unas palabras rápidas y breves, de las que naturalmente no entendía nada, señalando en dirección a la calle de Bayn el-Qasrayn. El señor se quedó mirándolo fijamente, con desesperación, y haciendo un gesto conciliador que expresaba su amargura por la incapacidad para entenderse con él, para convencerlo de su inocencia de cualquier supuesta acusación o para saber al menos qué quería. Luego se le ocurrió que, señalando hacia Bayn el-Qasrayn, intentaba ordenarle que se alejase, pensando que era un extraño sospechoso. Él a su vez empezó a señalarle su casa para hacerle comprender que era uno de sus habitantes que regresaba. Pero el soldado aparentó ignorar sus movimientos y, refunfuñando, siguió moviendo la cabeza indicándole en la misma dirección, como si lo incitase a que se marchara. Después aparentó haberse cansado de él, lo cogió por los hombros y le hizo darse la vuelta con fuerza, empujándolo por la espalda. El señor se encontró echando a andar en dirección a Bayn el-Qasrayn con el otro detrás, y flaqueándole las piernas, se rindió al destino. En su marcha atravesó el desconocido campamento, y después la fuente de Bayn el-Qasrayn, donde desapareció la última huella de luz que se desprendía de aquél. Se sumergió en las olas de las densas tinieblas y el pesado silencio. El único escenario que veía eran las siluetas de las casas, y el único sonido, el golpe de los rudos pasos que lo seguían con un ritmo mecánico y terrible, como si contaran los minutos o quizás los segundos que le quedaban de vida. Lo cierto es que esperaba que en cualquier momento el soldado cayera sobre él y le diera un golpe que lo precipitara hacia el abismo. Siguió esperándolo con los ojos bien abiertos en la oscuridad, la boca sellada por la angustia y un movimiento nervioso en la nuez cada vez que tragaba su saliva seca y ardiente..., hasta que lo sorprendió un resplandor que atrajo su mirada hacia el suelo, y estuvo a punto de gritar de terror como un niño. Le dio un vuelco el corazón, pero percibió un círculo de luz que iba y venía, y comprendió que se trataba del rayo de una linterna encendida por quien lo conducía para mostrarle el camino a través de las sombras. Recobró el aliento, después de librarse de aquel pánico repentino; pero apenas hubo sentido un poco de tranquilidad, lo devoró su miedo inicial, el miedo a esa muerte a la que era conducido. Volvió a esperar que su final llegase de un momento a otro, como alguien a punto de ahogarse que, en medio de su agitación, ha imaginado ver un cocodrilo saltando para atacarlo, y después se da cuenta de que lo que ha visto era hierba flotando; pero apenas su alegría de haberse salvado del peligro imaginario le ha

dado un momento de respiro, cuando se apaga bajo la presión del peligro real que lo asedia... ¿Hacia dónde lo llevaban...? Si hubiese podido hablar esa extraña lengua, se lo habría preguntado al soldado. Le parecía que éste iba a continuar empujándolo hasta llevarlo al cementerio de la Puerta de la Victoria; no había rastro ni de hombres ni de animales; ¿dónde estaba el guarda...? Estaba sólo, a merced de alguien que no tenía misericordia. ¿Cuándo había sufrido un tormento como éste?, ¿se acordaba...? Una pesadilla, sí, era una pesadilla; la había sufrido más de una vez cuando había estado enfermo. Incluso las tinieblas de las propias pesadillas a veces tienen un rayo de esperanza que puede hacer brillar en el alma del durmiente una ligera sensación de que el sufrimiento de su sueño no es real y que se salvará de su desgracia en seguida. Pero ¡qué lejos estaba él de que el destino le ofreciera una esperanza parecida!, estaba despierto, no dormido; y ese soldado era una realidad, no una fantasía; y aquella calle que había presenciado su humillación y su arresto era algo palpable, horrible, no una ilusión; su tormento era también real, sin la menor duda; al más mínimo movimiento que se le escapase podrían volarle la cabeza, no había duda de eso tampoco. Umm Maryam le había dicho al despedirse: «Hasta mañana... ¿Mañana?, ¿acaso llegará ese mañana...? ¡Pregúntale al fusil de bayoneta afilada! Ella también le había dicho burlándose de él: «El olor a vino que sale de tu boca casi me emborracha...». Ahora se habían evaporado tanto el vino como la razón. La hora de la pasión estaba todavía cerca; hacía escasos minutos la pasión era todo en la vida, y ahora ese todo lo era el tormento; entre una cosa y otra sólo mediaban escasos minutos... ¿Escasos minutos...? Cuando llegó a la desviación de el-Juranfish, unos rayos que relucían en las sombras atrajeron sus ojos; miró a la calle y vio una linterna moviéndose en la mano de un soldado, que conducía delante de él unas siluetas cuyo número no conseguía distinguir. Se preguntó: «¿Crees que les habrán ordenado detener a todos los hombres que encuentren por la noche? ¿Hacia dónde los conducirán...? ¿Qué castigo les impondrán?». Se estuvo interrogando largo rato extremadamente confuso e inquieto, aunque el hecho de ver nuevas víctimas infundió algo de consuelo y tranquilidad a su corazón; al menos ya no estaría solo como se había pensado. Encontró, en medio de su desgracia, unos compañeros que entretendrían su soledad, y compartirían su destino. El iba delante de la columna, a corta distancia, y se puso a escuchar el ruido de los pasos, acostumbrándose a ellos como se acostumbra quien está perdido en el desierto a las voces humanas que le llegan con el viento. En ese momento lo que más deseaba era que lo alcanzasen, para sumarse a su grupo —tanto si eran conocidos como extraños— y que sus corazones latiesen al unísono mientras sus pasos los conducían hacia un destino incierto. Aquellos hombres eran inocentes, ¿entonces por qué los prendían...?, ¿por qué prendían a alguien como él...? Él no era un revolucionario, ni uno de los que se dedicaban a la política, ni siquiera un muchacho. ¿Es que sabían leer los corazones y adivinar los sentimientos? ¿Será que detienen a la gente corriente después de apresar a los dirigentes...? ¡Si hubiese sabido inglés, se lo habría preguntado al que lo capturó...! ¿Dónde estaba Fahmi para hablar en su nombre...? El dolor y la añoranza lo traspasaron. ¿Dónde estaban Fahmi, Yasín, Ramal, Jadiga, Aisha y la madre de todos ellos?, ¿podría imaginarse su familia el estado vergonzoso al que él se había visto reducido...?; su familia, que sólo lo había visto orgulloso, respetado, importante, ¿podría imaginarse que un soldado lo había empujado con violencia hasta estar a punto de tirarlo al suelo, y que lo conducían como se conduce al ganado? Al recordar a su familia, sintió dolor y nostalgia, y casi se le llenaron los ojos de lágrimas. En su camino pasó por delante de siluetas de casas y tiendas cuyos dueños conocía, y de cafés en los que un día había sido uno de sus asiduos, especialmente en la época de la adolescencia y la juventud. Lo entristeció pasar por ellos como un prisionero sin que acudiesen a ayudarlo o ni siquiera se apiadasen de su situación, y sintió realmente que la forma más triste de humillación era que todo eso le hubiese ocurrido en su propio barrio. Después alzó los ojos al cielo enviando sus pensamientos hacia Dios que leía su corazón; se los envió sin que su lengua lo mencionase, ni siquiera en un murmullo, por vergüenza a pronunciar su nombre sin haber purificado su cuerpo de los efluvios de la bebida y los sudores del amor. No tardó en acrecentarse su miedo a que su impureza lo alejase de la salvación, o a encontrarse un destino acorde con *su anterior desenfreno. Su pecho se llenó de pesimismo y desolación, estando a punto de desesperarse. Cuando vio el mercado de los limones, unos sonidos imprecisos llegaron hasta el silencio, que sólo el ruido de los pasos había humanizado; aguzó el oído fijando sus ojos en la oscuridad, mientras seguía avanzando entre el miedo y la esperanza, y oyó un ruido que no sabía si procedía de un hombre o de un animal; sin embargo, después de un momento distinguió un alboroto, y no pudo evitar decirse para sus adentros con impaciencia: «Son voces humanas». Al desviarse del camino aparecieron unas luces que se movían. Al principio pensó que eran nuevas linternas, pero luego se hizo evidente que eran antorchas. A su luz vio un flanco de la Puerta de las Conquistas, bajo la cual estaban apostados unos soldados británicos, y luego aparecieron soldados de la policía egipcia. El hecho de verlos le devolvió la sangre al corazón. «Ahora sabré qué quieren de mí; sólo quedan unos pasos, ¿qué habrá inducido a que se reúnan los soldados ingleses y egipcios junto a la Puerta? ¿Por qué conducen aquí a la gente desde diferentes lugares del barrio...? Dentro de poco lo sabré todo, todo, todo. ¡Pide ayuda a Dios y

ponte en sus manos...! Recordaré esta hora espantosa durante toda mi vida, si es que me queda algo de vida..., las balas..., el patíbulo... Dinshway..., ¿voy a incorporarme yo a la lista de los mártires?, ¿voy a convertirme en una de esas noticias sobre la revolución que cuentan Muhammad Effat, Ali Abd el-Rahim e Ibrahim Alfar, como hacíamos nosotros en las veladas nocturnas...? ¿Te imaginas la reunión con tu sitio vacante...? ¡Dios se apiade de él, era tan...! y tan... ¡Cuánto te llorarían! Se acordarían de ti durante mucho tiempo y después, el olvido... ¡Qué fuerte me late el corazón! ¡Ponte en manos de tu creador; Dios está con nosotros, no contra nosotros...!» Aún no se había acercado al lugar donde estaban los soldados, cuando éstos le lanzaron miradas frías, crueles, amenazadoras; el corazón se le hundió en lo más profundo del pecho, siguiéndolo después un dolor intenso en las costillas. ¿Habría llegado el momento de detenerse? Los pies empezaron a pesarle y la indecisión y el desconcierto lo envolvieron...

—¡Entra!

Así le gritó un policía señalándole la entrada de la Puerta..., y el señor le dirigió una elocuente mirada de interrogación, implorando ayuda y socorro. Luego pasó entre los soldados, casi sin ver lo que tenía delante del miedo que lo embargaba. Hubiera deseado taparse la cabeza con los brazos, para responder a ese instinto de miedo que le pedía socorro a gritos. Allí, bajo la cúpula de la bóveda de la Puerta, vio una escena que le mostró lo que querían de él sin necesidad de preguntar. Vio un agujero profundo como un foso que obstruía el camino, y vio también un grupo de gente que trabajaba sin parar para cerrarlo bajo la vigilancia de la policía, cargando tierra en cestas y vaciándolas en él. Todos trabajaban con energía y rapidez, lanzando miradas de miedo a los soldados ingleses que estaban apostados junto a la entrada de la Puerta. Se le acercó un policía, que le lanzó una cesta y le dijo:

—¡Haz como los demás! Luego añadió:

—¡Date prisa para que no te ocurra nada malo!

Esta frase fue la primera expresión «humana» que encontraba en su terrible viaje, y penetró en su pecho como un soplo de brisa en la garganta de un ahorcado. Se inclinó sobre la cesta y la cogió por la correa, preguntándole al policía con un susurro:

—¿Nos dejarán libres cuando se termine el trabajo?

—Si Dios quiere —le respondió con la misma voz.

Suspiró profundamente y en su interior tuvo ganas de llorar. Sintió que nacía de nuevo. Levantó con la mano izquierda el borde de su yubba y lo metió en el cinturón del caftán para que no le impidiese trabajar. Se dirigió con la cesta hacia la acera de la Puerta donde se amontonaba la tierra, la colocó entre sus pies y empezó a coger puñados de tierra y a vaciarlos en la cesta hasta llenarla. Luego la cargó, y fue hasta el agujero, donde la vació, para regresar a la acera. Siguió trabajando entre una cuadrilla de gente, que reunía a efendis y gente corriente, a viejos y jóvenes, trabajando todos con enorme empeño debido a sus ganas de vivir. Estaba llenando su cesta cuando lo golpearon con el codo; se volvió hacia quien lo había golpeado y vio a un amigo que se llamaba Gunáyyim Hamidu, dueño de una almazara en el-Gamaliyya y uno de los que se acercaba a sus reuniones de vez en cuando. Ambos se alegraron mucho de encontrarse y en seguida se susurraron:

—¡Tú has caído también!

—Antes que tú; llegué un poco antes de medianoche, te vi cogiendo la cesta y empecé a ir y venir siguiendo un camino que me fuese desviando lentamente hasta ponerme a tu lado.

—¡Bienvenido, bienvenido! ¿No hay ninguno más de nuestros amigos?

—Sólo me he encontrado contigo.

—El policía me ha dicho que nos dejarán libres cuando se acabe el trabajo.

—También me ha dicho eso a mí. ¡Dios te oiga!

—¡Que Dios destruya sus casas! Han hecho que me flaqueen las rodillas.

—A mí me parece que ya no las tengo.

Intercambiaron unas breves sonrisas.

—¿Cuál es el origen de este agujero?

—Dicen que los jóvenes de el-Huseyniyya lo han cavado al principio de la noche para impedir que pasen los camiones, y también dicen que ya ha caído uno.

—¡Si eso es verdad, despedámonos...!

Cuando volvieron a encontrarse junto al montón de tierra, ya se habían acostumbrado un poco a la situación y habían recobrado el ánimo, hasta el punto de que no pudieron evitar sonreír al verse llenando sus cestas con tierra como obreros de la construcción. Gunáyyim murmuró:

—¡Que Dios el juez supremo nos libre de estos hijos de perra!

El señor susurró sonriendo:

—Espero que nos den un salario justo.

—¿Dónde te apresaron?

—Delante de casa.

—Claro.

—¿Y a ti?

—Había tomado manzul, pero ya me he despejado totalmente, los ingleses son más fuertes que la cocaína.

—Más fuertes que el propio vómito.

Los hombres siguieron yendo y viniendo rápidamente entre la acera de tierra y el agujero, a la luz de las antorchas. Habían removido tanto la tierra, que ésta se había extendido por el hueco de la bóveda creando una atmósfera asfixiante. Empezaron a ahogarse, chorreándoles el sudor por la frente, con las caras polvorientas y con la consiguiente tos al respirar el polvo, como si fuesen fantasmas surgidos del agujero. De cualquier modo ya no estaba solo; lo acompañaban ese amigo, aquellos hombres de su barrio, y los soldados de la policía egipcia, que estaban con ellos de corazón; señal de eso era que estaban despojados de sus armas, y el sable de funda metálica ya no oscilaba en sus cinturas... «¡Paciencia, paciencia...! ¡Quizás esta tristeza se desvanezca! ¿Te habías imaginado que trabajarías hasta el amanecer o quizás hasta mediodía...? ¡Valor! ¡Lo único que pasa es que llevarás la tierra y te verás forzado a llenar el agujero! El agujero no quiere llenarse. No sirve de nada que te quejes... Además, ¿a quién podrías quejarte? Tu cuerpo es fuerte y robusto, podrá soportarlo a pesar de la borrachera y de la diversión de anoche... ¿Qué hora será? No es sensato que te preocupes de eso. Si no me hubiese ocurrido todo esto estaría ahora tumbado en la cama disfrutando de un sueño delicioso; podría lavarme la cabeza y la cara, y echar un buen trago de la cántara perfumada de azahar... ¡Qué suerte tenemos al participar en el infierno de la revolución! ¿Por qué no? El país está levantado; cada día, a cada hora, hay víctimas y mártires. Aunque leer la prensa y comentar las noticias es una cosa y cargar tierra bajo la amenaza de un fusil es otra... ¡Qué suerte tenéis los que estáis durmiendo en vuestras camas! ¡Dios, protégenos...! Yo no estoy hecho para esto, yo no estoy hecho para esto... ¡Dios, derrota con tu fuerza a los paganos! Nosotros somos débiles; yo no estoy hecho para esto... ¿Se imaginará Fahmi qué peligro lo amenaza...? Estará ahora estudiando sin saber lo que le está ocurriendo a su padre... Me ha dicho "no" por primera vez en su vida; lo

dijo con lágrimas, pero me da igual, el significado es el mismo. No se lo he dicho a su madre ni se lo diré... ¿Voy a revelarles mi impotencia...? ¿Voy a recurrir a su debilidad después de haber fracasado con mi fuerza...? No, que siga ignorándolo todo... Él decía que no se exponía al peligro, ¿será verdad? ¡Dios, respóndeme! ¡Si no fuera así no se lo perdonaría nunca! ¡Dios, protégete, protégenos a todos del mal de estos días...! ¿Qué hora será...? Si se nos hace de día estaremos a salvo de la muerte; no nos matarán delante de la gente..., ¿de día?»

—He escupido en el suelo para deshacerme del polvo pegado al paladar, y uno de los policías me ha lanzado una mirada que me ha puesto los pelos de punta.

—No escupas, imítame a mí; he tragado tierra suficiente como para llenar este agujero.

—¿Quizás Zubayda te ha maldecido?

—Quizás.

—¿No sería mejor tapar su agujero en vez de tapar éste?

—¡Al contrario, sería más difícil!

Intercambiaron una rápida sonrisa, después Gunáyyim dijo suspirando:

—Tengo rota la espalda, ¡ay!

—Y yo igual; nuestro consuelo es que compartimos con los combatientes algunos de sus sufrimientos.

—¿Qué te parecería si tirase la cesta a la cara del soldado y gritase en voz alta: «¡Viva Saad!»?

—¿Te está haciendo efectos de nuevo el manzid?

—¡Qué lástima! Era un trocito, del tamaño de una pupila; lo agité en el té una, dos, tres veces. Después me fui a el-Tombakkshiyya para oír al sheyj Ali Mahmud en casa de el-Hamzawi, y volví un poco antes de medianoche diciéndome: «Ahora la mujer te estará esperando: quien no atiende a sus deseos no tiene perdón de Dios...». Entonces vino este cara de mono y me empujó por la espalda.

—¡Qué Dios te resarza de ello!

—¡Amén!

Los soldados trajeron otros hombres, unos de la parte de el-Huseyniyya y otros de el-Nahhasín, que en seguida se unieron a los «obreros». Él lanzó una mirada al lugar y lo encontró agobiante por la cantidad de gente. Se habían extendido alrededor del agujero por todos los lados, iban a la acera y volvían al agujero con un movimiento ininterrumpido. Las luces de las antorchas iluminaban sus rostros fatigados en los que él no veía más que debilidad, sumisión y miedo como único resultado. La multitud significaba bendición y seguridad; no immolarían a ese grupo tan numeroso de gente, no tomarían al inocente por culpable, pero... ¿dónde estaban los culpables?, ¿dónde estaban aquellos muchachos?, ¿sabían que ahora sus hermanos habían caído en el agujero que ellos mismos habían cavado...? ¡Dios los castigue! ¿Acaso creían que cavando un agujero harían volver a Saad, o echarían a los ingleses de Egipto? «Seguro que dejo las veladas nocturnas si Dios me concede vivir de nuevo... ¿Dejar las veladas...? Las veladas ya no serán seguras; pero ¿cuál será entonces el sabor de la vida? La vida no tiene sabor a la sombra de la revolución... La revolución... Cualquier soldado te detiene, cargas la tierra con tus manos, Fahmi te dice "no"... ¿Cuándo volverá el mundo a ser como antes...? ¿Dolor de cabeza...? Es más: dolor de cabeza y náuseas... Unos minutos de descanso, no pido más... Bahiga en el séptimo sueño, Amina esperando como la "mujer" de Gunáyyim..., no podréis ni imaginar lo que le está ocurriendo a vuestro padre... ¡Dios, el polvo me ha llenado la nariz y los ojos! ¡Oh, Sayyidna el-Huseyn...! Llénate, llénate, ¿no te basta toda esta tierra...? ¡Oh, nieto del Enviado! La Batalla del Foso, así la llamó Nuestro Señor el Profeta —sean con él la bendición y la paz— al trabajar él con los demás valiéndose

de sus propias manos... Infieles unos e infieles otros. ¿Por qué triunfan los infieles en estos días...? La corrupción del tiempo... Mi propia corrupción... ¿Van a acampar delante de la casa hasta el final de la revolución?

—¿No has escuchado al gallo?

El señor aguzó el oído; después murmuró:

—¿Está cantando el gallo! ¿Ya está amaneciendo?

—Sí, pero éste no se llenará antes de la mañana.

—¿La mañana!

—Lo que importa es que me estoy meando, me estoy meando vivo.

La atención del señor se dirigió hacia la parte inferior, y sintió que él también se estaba orinando, y que una parte de sus dolores se debía sin duda a eso. Y en seguida se intensificó la presión de la vejiga como si la hubiese excitado el hecho de pensar en ello.

—Y yo también —dijo.

—¿Y el trabajo?

—No hay escapatoria.

—Mira allí a ese cara de mono que está meando delante de la tienda de Ali el-Zaggag-

—¡Ay!, ¡echar fuera un poco de orina me parece ahora más importante que echar a los ingleses de todo Egipto!

—¿Echar a los ingleses de todo Egipto...? ¡Echémosles primero de el-Nahhasin!

—¡Dios, mira...! ¡Los soldados no dejan de traer gente!

El señor vio un nuevo grupo de gente abriéndose camino en dirección al agujero.

66

El señor Ahmad se despertó a primeras horas de la tarde. La noticia sobre lo ocurrido se había difundido entre los familiares y amigos que llegaron a casa para reunirse con él y felicitarlo por haberse salvado. El les contaba la historia, y la repetía con un estilo no exento de humor y exageración a pesar de la gravedad del caso, hasta tal punto que despertó diversos comentarios. Amina había sido la primera en escuchar la historia; él se la soltó con el ánimo descompuesto, exhausto, sin apenas creer que de verdad estuviese a salvo. Sólo ella se enteró con fidelidad de la parte catastrófica, y apenas lo dejó dormido, rompió en llanto y se puso a rogar a Dios que preservase a su familia, cuidándola y siendo misericordioso con ella. Rezó durante mucho tiempo, hasta que se le cansó la lengua. Pero el señor, en cuanto se vio rodeado de sus amigos, sobre todo de los más íntimos, como Ibrahim Alfár, Ali Abd el-Rahim y Muhammad Effat, recobró en gran parte su moral, y le fue imposible desatender el lado cómico del asunto, que incluso prevaleció sobre los demás; y el relato terminó en una especie de broma, como si les hubiese contado una de sus aventuras.

Mientras que los visitantes se congregaban en el piso alto, la familia al completo se reunió en el bajo, a excepción de la madre que estaba ocupada junto con Umm Hanafí preparando el café y las bebidas. La sala fue de nuevo testigo de la reunión de Yasín, Fahmi, Kamal, Jadiga y Aisha en la tradicional sesión materna. Jalil e Ibrahim Sháwkat se unieron a ellos durante el día, pero subieron a la habitación del padre un poco después de que se despertara, dejando el campo libre a los hermanos. La tristeza que los había envuelto a lo

largo de la jornada por lo que le había ocurrido a su padre se alejó de ellos, volviendo la tranquilidad a sus espíritus. Sus corazones latían con sentimientos fraternos, y se lanzaron a conversar y a animarse, como hacían en el pasado. Sin embargo, la tranquilidad no se restableció totalmente hasta que vieron a su padre con sus propios ojos. Se acercaron a él uno tras otro, besándole la mano, deseándole larga vida y paz, y abandonando luego la habitación con un orden y una disciplina militares. Y aunque el señor se limitó a tenderles la mano a Yasín, a Fahmi y a Kamal consecutivamente, sin decir palabra, sonrió ante Jadiga y Aisha, y les preguntó con delicadeza acerca de su estado y su salud, una delicadeza de la que no habían gozado hasta después de casarse, y que Kamal observó con asombro y alegría como si fuese él el favorecido por ella. Lo cierto es que Kamal era el más feliz de todos con la visita de sus hermanas siempre que ocurría. Durante ese tiempo sentía una profunda felicidad, cuya dicha sólo se enturbiaba cuando pensaba en el temido final. El anuncio de ese final siempre procedía de uno de los dos maridos, Ibrahim o Jalil, cuando se desperezaban o bostezaban, diciendo después: «Es hora de irnos», una orden obedecida sin rechistar; ninguna de las dos hermanas se había dignado, ni siquiera una sola vez, a responder diciendo por ejemplo: «Vete tú que yo ya iré mañana». Pero con el paso del tiempo, Kamal se acostumbró a ese extraño lazo que vinculaba a sus hermanas con sus maridos, y lo admitió, contentándose con las visitas cortas que tenían lugar de vez en cuando y sintiéndose satisfecho con ellas sin ambicionar nada más. A pesar de eso, no podía evitar decir a veces con muchas ganas cuando las veía llegar: «¡Si volviérais a casa os quedaríais aquí como antes...!»). Entonces su madre lo abordaba diciendo: «¡Nuestro Señor las libre del mal de tus buenos deseos!». Pero lo más extraño que él encontraba en su vida de casadas era ese cambio brusco que había ocurrido en sus vientres y los síntomas que lo acompañaban, que parecían a veces terribles como una enfermedad, y a veces extraños como leyendas. Acumuló en su memoria palabras nuevas, como embarazo, antojos, y todo lo que rodeaba a esta última: náuseas, malestar, o avidez de pastillas de arcilla seca. Además..., ¿qué ocurría en el vientre de Aisha? ¿Cuándo dejaría de crecer eso que se había puesto como un odre hinchado...? El vientre de Jadiga parecía, al empezar, que iba a seguir los mismos pasos; y si Aisha con su piel de marfil y sus cabellos de oro, tenía antojos de arcilla..., ¿de qué se encapricharía Jadiga...? Sin embargo, ésta no confirmó sus temores, pues se le antojaron cosas maceradas en vinagre, hasta tal punto que el asunto suscitó en Kamal innumerables preguntas, a las que ninguno de la familia conseguía dar respuestas satisfactorias. Su madre decía que el vientre de Aisha, y por consiguiente también el de Jadiga, traería un niño que sería una alegría para él, pero ¿dónde estaba ese niño y cómo vivía? ¿Acaso veía y oía? ¿Qué veía y qué oía? ¿Cómo se encontraba allí y de dónde había venido...? Sin embargo, estas preguntas no cayeron en saco roto, y les consiguió respuestas dignas realmente de unirse a sus conocimientos sobre santones, ifrits, hechizos, amuletos y las materias restantes que llenaban la enciclopedia de su madre. Por eso preguntó a Aisha con curiosidad e interés:

—¿Cuándo saldrá el niño?

—Ten paciencia —le contestó riendo—; sólo queda un poco.

—Creo que estás en el noveno mes, ¿no? —preguntó Yasín.

—Sí —respondió—, aunque mi suegra se empeña en que estoy en el octavo.

—¡El caso es que tu suegra siempre se empeña en tener un punto de vista diferente, eso es todo! —dijo Jadiga con sequedad.

Y como todos estaban enterados de las muchas disputas que se desencadenaban entre Jadiga y su suegra, intercambiaron miradas y se rieron.

—Quisiera proponeros —dijo Aisha— que os mudéis a nuestra casa y os quedéis con nosotros hasta que los ingleses se retiren de vuestra calle.

—Sí, ¿por qué no? —añadió Jadiga con entusiasmo —, la casa es grande y tendréis espacio suficiente para alojaros. Papá y mamá se instalarán con Aisha, porque ella está en el piso de en medio, y vosotros os quedaréis conmigo.

Kamal acogió bien la proposición, y preguntó en un tono incitante:

—¿Quién se lo dirá a papá?

Pero Fahmi dijo encogiéndose de hombros:

—Vosotras sabéis perfectamente que papá no podría adaptarse.

—Pero a él le gusta trasnochar —repuso Jadiga con tristeza—, y se expondrá a las provocaciones de los soldados. ¡Qué bandidos! ¡Se lo llevaron a empujones en la oscuridad, y le hicieron cargar tierra! ¡Ay!, ¡cada vez que me lo imagino, me da vueltas la cabeza!

—Cuando estaba esperando mi turno para besarle la mano —dijo Aisha—, examiné su cuerpo con detenimiento para quedarme tranquila; el corazón me latía y mis ojos intentaban contener las lágrimas... ¡Dios maldiga a esos hijos de perra!

Yasín sonrió, y se dirigió a Aisha avisándola con un guiño mientras miraba de reojo a Kamal:

—¡No insultes a los ingleses de ese modo, pues tienen amigos entre nosotros!

—Quizás papá se alegraría al saber que el soldado que lo apresó anoche no es sino uno de los amigos de Kamal —añadió Fahmi con ironía. Aisha sonrió al pequeño, mientras le preguntaba:

—¿No has dejado de quererlos después de lo que han hecho?

—¡Si hubiesen sabido que era mi padre, no le habrían hecho nada malo! —murmuró Kamal poniéndose rojo de vergüenza y confusión.

Yasín no pudo evitar soltar una gran carcajada, hasta tal punto que se tapó la boca con la mano mirando con precaución hacia el techo, como si temiese que el sonido de su risa llegase al piso superior; después dijo burlón:

—Más exactamente deberías haber dicho que si ellos hubieran sabido que eras egipcio, no habrían impuesto este suplicio a Egipto y a los egipcios; pero no lo sabían.

—Deja esas palabras para otros —replicó Jadiga en un tono mordaz—. ¿Vas a negar que tú eres uno de sus amigos también?

Después, dirigiéndose a Kamal en el mismo tono:

—¿Vas a tener el valor de hacer la oración del viernes en Sayyidna el-Huseyn después de saberse tu amistad con ellos?

Yasín comprendió el objetivo de su ataque, y le contestó manifestando pesar:

—Tienes derecho a atacarme, puesto que te has casado y has adquirido algunos de los derechos de los seres humanos.

—¿Acaso no los tenía antes?

—¡Dios se apiade de aquellos tiempos...! ¡Pero el matrimonio les devuelve el alma a las desgraciadas...! ¡Arrodíllate en señal de agradecimiento ante los santos, los amuletos y las pastillas mágicas de Umm Hanafí!

Jadiga respondió, tratando de vencer la risa:

—Y tú tienes derecho a atacar a la gente con razón o injustamente, después de haber heredado de la difunta y haberte convertido en propietario.

—¡Mi hermano, propietario...! —dijo Aisha con alegría infantil, como si no supiera nada del asunto —. ¡Qué hermoso es escuchar eso! ¿Eres rico de verdad, Si Yasín?

—Déjame que te enumere sus posesiones —se apresuró Jadiga—. ¡Escúchame, señora: la tienda de el-Hamzawi, la residencia de el-Guriyya y la casa de Qars el-Shawq!

—«Y del mal del envidioso cuando tiene envidia» —dijo Yasín moviendo la cabeza y cerrando los ojos.

Jadiga siguió su relato, sin atender a esta interrupción:

—Las joyas y el dinero que escondió son los más importante...

—¡Todo ha desaparecido, lo juro por tu vida! ¡Robado, ha sido robado! —exclamó Yasín con una sincera pena —. ¡Lo robó el hijo de perra! Hice que mi padre le preguntase si ella había dejado joyas o dinero, y el ladrón dijo: «Buscadlo vosotros; Dios sabe que durante su enfermedad gasté dinero en ella de mi propio bolsillo...». ¡Escucháis eso, de su propio bolsillo! ¡Hijo de puta!

—¡Ay, hijo! —dijo Aisha impresionada—. ¡Una enferma postrada en la cama a merced de un hombre que ambicionaba su dinero...! Sin un amigo, ni un ser querido; dejó el mundo sin que nadie lo sintiese...

—¿Cómo sin que nadie lo sintiese? —preguntó Yasín.

Jadiga señaló a través de una puerta medio abierta las ropas de Yasín colgadas de la percha, y objetó burlona:

—¿Y esa pajarita negra...? ¿No será un signo de tristeza?

—La verdad es que me dio mucha pena —dijo Yasín con seriedad —. ¡Nuestro Señor se apiade de ella y la perdone...! ¿Acaso no nos sinceramos la última vez que nos encontramos? ¡Dios se apiade de ella y la perdone... y a nosotros también!

Jadiga bajó un poco la cabeza elevando las cejas, después lo miró desde arriba como quien mira por encima de las gafas, y le dijo:

—¡Ejem, ejem..., oíd a nuestro señor el predicador! —luego, lanzándole una mirada de duda, apostrofó—: ¡Pues no parece que tengas una pena muy grande!

Él la miró irritado, diciendo:

—No he faltado a mis obligaciones con ella, gracias a Dios. Le preparé un funeral que duró tres noches, y todos los viernes visito el cementerio de el-Qarafa llevándole arrayán y frutas... ¿Quieres que me abofetee, solloce y me eche tierra por la cabeza...? La tristeza de los hombres es diferente a la de las mujeres.

Ella movió la cabeza como si dijera: «Ayúdame y Dios te ayudará». Después, suspirando, exclamó:

—¡Ay, la tristeza de los hombres...! Pero dime, por mi vida, la tienda, la residencia y la casa..., ¿no han aligerado tu sufrimiento?

—¡Qué razón tenía quien dijo: «Es feo de la lengua quien es feo de cara»! —exclamó Yasín con fastidio.

—¿Quién dijo eso?

—Tu suegra —le contestó riendo.

Aisha se rió, y se rió también Fahmi, preguntándole a Jadiga:

—¿No han mejorado las relaciones entre vosotras?

Aisha respondió en su lugar:

—Mejorarán las relaciones entre los ingleses y los egipcios antes de que mejoren las tuyas.

—Es una mujer dura —dijo Jadiga enfadada por primera vez—. ¡Nuestro Señor la proteja...! Juro por Dios que yo soy inocente y soy víctima de una injusticia.

—¡No cabe duda de que te creemos, hermana! —repuso Yasín sarcástico—, seremos testigos de eso ante Dios en el día del Juicio.

Fahmi volvió a preguntar a Aisha:

—Y tú, ¿qué tal te llevas con ella?

—Todo va bien —dijo Aisha mirando a Jadiga con lástima.

—¡Ay, tu hermana Aisha...! —exclamó Jadiga—. Ella sabe cómo desenvolverse y agachar la cabeza..., ¡qué asco!

—En cualquier caso —dijo Yasín simulando seriedad—, me compadezco de tu suegra, y a ti te doy una sincera felicitación.

—La felicitación verdadera será próximamente para ti, si Dios quiere —contestó ella con sorna—, cuando te cases con tu segunda mujer..., ¿no es así?

Él no pudo contenerse la risa; luego dijo:

—¡Que Dios te oiga!

—¿De verdad? —preguntó Aisha con preocupación. Él pensó un poco y añadió con cierta seriedad:

—Él pez no muerde dos veces el mismo anzuelo, pero... ¿quién sabe lo que pasará mañana?; quizás haya una segunda, una tercera y una cuarta...

—Eso es lo que me temo —exclamó Jadiga—. ¡Dios se apiade de tu suerte! Rieron todos, incluso Kamal; después Aisha volvió a decir con voz apenada:

—¡Pobre Zaynab! ¡Era una muchacha encantadora y buena!

—¡Era...! y era idiota también. Su padre, como el mío, es insoportable... Si ella se hubiese conformado con mi compañía, como yo hubiera querido, nunca la habría dejado.

—¡No confieses cosas como ésas! ¡Cuida tu honor; que Jadiga no se alegre a tu costa!

—Ha conseguido el premio que se merece —dijo él con indiferencia—; que su padre se la guise y se la coma.

—¡Pero hijo, está embarazada...! —murmuró Aisha—. ¿Y tú vas a consentir que tu hijo crezca lejos de tu protección, para recuperarlo cuando sea un niño mayor?

«¡Ay! Has tocado el punto flaco. Crecerá al cuidado de su madre como creció antes su padre. Quizás sufrirá una desgracia como las tuyas o más. Quizás crecerá con él el odio hacia su madre o hacia su padre..., una desgracia, de todas formas.»

—¡Que su suerte sea como la de su padre! —dijo taciturno—. ¡No hay solución!

Reinó el silencio durante un momento, hasta que Kamal le preguntó a Jadiga:

—Y tú, hermanita..., ¿cuándo saldrá el niño?

—Está todavía en primer curso —contestó riendo mientras se palpaba el vientre.

—¡Has adelgazado mucho, hermanita, te has vuelto fea!

Todos se rieron tapándose la boca con la mano; se rieron hasta que Kamal sintió vergüenza y apuro; pero Jadiga, que no podía enfadarse con el pequeño, optó por seguirles la corriente, y dijo riendo:

—Os confieso que en los días de antojo he perdido toda la carne que Umm Hanafi se esforzó tantos años en acumular. He adelgazado; se me nota más la nariz y se me han hundido los ojos; me imagino que «el hombre» vuelve la mirada buscando en vano a la novia que se casó con él.

Después se rieron por segunda vez, cuando Yasín dijo:

—La verdad es que tu marido es una víctima inocente, porque, a pesar de su evidente ignorancia, es guapo... ¡Alabado sea quien es capaz de unir al sirio y al magrebí!

Jadiga fingió ignorarlo, y se dirigió a Fahmi diciendo mientras señalaba a Aisha:

—Los dos, su marido y el mío, son igual de ignorantes; casi no salen de casa, ni de día ni de noche; no tienen preocupaciones ni trabajo. Su marido pierde todo su tiempo en fumar y tocar el laúd, como si fuese uno de esos mendigos que recorren las casas en las fiestas. Y a mi esposo sólo lo verás tumbado, fumando o charlando hasta el punto de aturdirme.

—Las personas importantes no trabajan —dijo Aisha disculpándose.

—¡Perdón! —añadió Jadiga burlona—, tienes derecho a defender esa vida; la verdad es que Dios no ha unido nunca a dos seres más parecidos que vosotros dos; en lo referente a pereza, dejadez y apatía, sois como una sola persona. ¡Por el Profeta, Si Fahmi!, él se pasa todo el día fumando y tocando, y ella pintándose y yendo y viniendo delante del espejo.

—¿Y por qué no? —saltó Yasín—. Mientras vea un espectáculo hermoso...

Antes que Jadiga abriese la boca, él mismo se apresuró a preguntarle:

—Dime, hermana..., ¿qué vas a hacer si tu hijo se parece a ti?

Ella estaba harta de sus ataques, y le contestó secamente:

—¡Si Dios quiere, se parecerá a su padre, o a su abuelo, o a su abuela, o a su tía materna, pero —riéndose—... pero si se empeña en parecerse a su madre, entonces merecerá más el exilio que Saad Basha.

Pero Kamal le dijo en tono de experto:

—Los ingleses no le dan importancia a la belleza, hermanita; les gusta mucho mi cabeza y mi nariz.

Jadiga se golpeó el pecho con la mano exclamando:

—Dicen que son tus amigos, pero se ríen de ti... ¡que Nuestro Señor los castigue de nuevo con un Zepelín!

Aisha lanzó una mirada a Fahmi, diciendo:

—¡Cuánto se alegrarían algunos con tu súplica!

Fahmi sonrió murmurando:

—¡Cómo alegrarse si tienen en nuestra casa amigos tan crédulos!

—¡Qué lástima de la educación que le diste!

—Hay gente a quien es inútil educar.

Kamal preguntó protestando:

—¿Es que no le he pedido ya a Julián que haga volver a Saad Basha?

—¡La próxima vez, haz que lo jure sobre tu cabeza que tanto le gusta! —dijo Jadiga riendo.

Fahmi sintió más de una vez que quienes había a su alrededor se empeñaban, siempre que aparecía la oportunidad, en hacerlo hablar y entretenerse; pero eso no servía de nada para aliviar el sentimiento de extrañeza que lo envolvía desde hacía largo tiempo. Era un sentimiento que a menudo lo separaba de su familia mientras estaba entre ellos, y le hacía sentirse extraño o solo, a pesar de lo concurrido de la reunión. Se aislaba con su corazón, su tristeza y su entusiasmo en medio de gente que se divertía y se reía, e incluso se tomaba a broma el exilio de Saad, si lo exigía la ocasión. Los miró a hurtadillas uno a uno, y los encontró contentos. Aisha..., estaba alegre, aunque un poco cansada a causa del embarazo, pero feliz con todo, hasta con su cansancio; Jadiga..., enérgica, risueña; Yasín..., con salud, bienestar, prosperidad... ¿Quién de ellos se preocupaba de los acontecimientos de esos días...? ¿A quién le importaba si Saad se quedaba o se exiliaba, si los ingleses se retiraban o permanecían allí...? Él era un extraño, o al menos, un extraño entre ellos, y aunque habitualmente recibía esta sensación con un espíritu tolerante, esta vez sólo la recibió irritado y alterado. Quizás era eso lo que lo atormentaba en los últimos días. A menudo temía escuchar algo acerca de la boda de Maryam. Era ésa su preocupación y su tristeza, aunque él había aceptado de antemano resignarse a la renuncia, y casi se había acostumbrado a eso con el paso de los días. Sin embargo, el amor propio había dejado de ser el centro de sus sentimientos, ocupados ahora por preocupaciones mayores, hasta que ocurrió el suceso de Julián y un temblor lo sacudió. Ella coqueteaba con un inglés con quien no podía pretender casarse..., entonces, ¿qué significado encerraba ese coqueteo? ¿Es que sólo podía venir de una desvergonzada...? ¿Maryam, una desvergonzada? ¿Dónde estaban sus sueños pasados? Apenas se quedaba a solas con Kamal, le rogaba que le repitiese la historia de nuevo, obligándolo a que describiera todos los detalles puntualmente: cómo notó lo que pasaba, dónde estaba colocado el soldado y dónde él, si estaba seguro de que era la mismísima Maryam la que estaba en el tragaluz, si realmente miraba al soldado, si vio que ella le sonreía, si... si... si... Después le preguntaba apretando los dientes, como masticando la desgracia que lo atormentaba: «¿Y ella retrocedió con miedo cuando sus ojos cayeron sobre ti?». Luego pasaba a imaginarse las situaciones y las escenas una a una, imaginándose la sonrisa durante mucho tiempo, hasta que le parecía ver los labios entreabiertos, como los vio el día de la boda de Aisha, cuando ella seguía a la novia en el patio de la casa de los Sháwkat.

—Parece que mamá no va a sentarse con nosotros hoy —dijo Aisha con una voz que mostraba pesar.

—Los visitantes llenan la casa —contestó Jadiga.

Yasín añadió riéndose:

—Temo que los soldados sospechen de tantos como llegan, y piensen que se celebra en nuestra casa una reunión política.

—Los amigos de papá tapan la luz del sol —replicó Jadiga con orgullo.

—He visto al mismísimo señor Muhammad Effat a la cabeza de los que llegaban —dijo Aisha.

Jadiga, ratificando sus palabras, añadió:

—Es amigo íntimo de papá desde antes de que nosotros viéramos la luz del mundo.

Yasín contestó moviendo la cabeza:

—Papá me acusó injustamente de que yo había cortado el lazo que los unía.

—¿Acaso no separa el divorcio a los amigos más queridos?

—¡Excepto a los amigos de tu padre!-sonrió Yasín.

Aisha contestó con orgullo:

—¿Quién se dedicaría por gusto a pelearse con papá? ¡Por Dios que no hay en el mundo entero nadie comparable con él! —Después dijo, suspirando—: Cada vez que me imagino lo que le ocurrió ayer, se me pone el pelo de punta.

Finalmente, Jadiga se angustió por el abatimiento de Fahmi, y decidió curarlo de un modo directo, después de que habían fracasado, en su opinión, los métodos indirectos; y se volvió hacia él preguntándole:

—¡Hermano! ¿Has visto como te honró Dios el día que no permitió que se materializasen tus deseos hacia Maryam?

Fahmi la miró entre asombrado y preocupado; rápidamente todas las miradas se centraron en él; incluso Kamal lo miró con preocupación. Reinó un silencio que en el fondo revelaba un sentimiento reprimido largo tiempo en los corazones de los presentes, ignorándolo todos o disimulándolo hasta que Jadiga lo manifestó con osadía. Observaron al joven en el silencio de quien espera una respuesta, como si fuese él mismo quien hubiera lanzado la pregunta. Pero Yasín consideró necesario acabar con el silencio antes de que se agravase y provocase sufrimientos, y dijo aparentando alegría:

—Lo que ocurre es que tu hermano es amigo de Dios, y Dios ama a sus amigos.

Fahmi estaba sufriendo apuro y vergüenza, y añadió con brevedad:

—Eso es una cuestión antigua que borró el olvido...

—No ha sido Si Fahmi el único engañado por ella —dijo Aisha en un tono atormentado —; todos nosotros lo hemos sido.

Jadiga replicó defendiéndose todo lo que podía de la acusación de haber sido tan crédula:

—De cualquier modo, yo no estuve convencida ni en un solo momento del pasado, incluso creyéndola inocente, de que fuese digna de él.

Fahmi volvió a decir, aparentando indiferencia:

—Es una cuestión antigua, borrada por el olvido. Inglés..., egipcio..., son iguales, dejemos todo esto.

Yasín se encontró reflexionando de nuevo sobre el asunto «Maryam»... ¿Maryam? Sólo la había visto antes furtivamente, si había pasado por su campo de visión. Además, las relaciones de Fahmi con ella le habían bastado para abstenerse, hasta que su deshonra se divulgó entre la familia... Entonces se suscitó su interés, y él se preguntó largo tiempo: «¿Qué clase de muchacha será?». Le habría gustado deleitarse mirándola, hubiera deseado probar a esa muchacha que había atraído el deseo de un «inglés», un inglés venido al barrio para combatir, no para flirtear. Su indignación hacia la chica sólo había aparecido para armonizar con la conversación cada vez que se trataba de ella; aunque por dentro le producía una extrema emoción la presencia de una «desvergonzada» tan atrevida como aquélla cerca de él, pues sólo los separaba una tapia. Se extendió

por su pecho ancho y robusto esa emoción irracional que lo invitaba a la caza, pero se detuvo —por respeto a la tristeza de Fahmi, a quien quería— en el límite de un sentimiento y una voluptuosidad pasiva y abstracta. Ya no había en todo el barrio quien despertase su interés tanto como Maryam.

—Es hora de irse.

Así dijo Jadiga levantándose, mientras les llegaba la voz de Ibrahim y Jalil que venían del vestíbulo hablando. Se levantaron todos, unos desperezándose y otros ajustándose la ropa..., salvo Kamal, que se quedó sentado mirando a la puerta de la sala con tristeza y el corazón palpitante.

67

El señor Ahmad estaba sentado en su escritorio, inclinado sobre sus cuadernos, dedicándose al trabajo cotidiano que le hacía olvidar, aunque fuese momentáneamente, sus preocupaciones personales y también las de los demás, salpicadas de noticias sangrientas. Llegó a amar la tienda tanto como amaba las reuniones íntimas y musicales, porque en ambas situaciones conseguía ese algo que lo sacaba del infierno de sus pensamientos. Además, el ambiente de la tienda, cargado de regateos, ventas, compras, ganancias y otros asuntos de la vida corriente, la vida de cada día, no le impedía suscitar en su interior cierta confianza, inspirada en la posibilidad de que todo volviese a la normalidad, a su primitiva situación de estabilidad y paz... ¿La paz? ¿Adonde había ido y cuándo la dejarían volver? Incluso en esta tienda corrían las noticias de las masacres, como un murmullo doloroso. Los clientes ya no se contentaban con regatear y comprar; sus lenguas no se cansaban de repetir las noticias y llorar los sucesos. Por encima de los sacos de arroz y de café había escuchado hablar de la batalla de Bulaq, de las matanzas de Asiut, de los entierros en los que los féretros eran acompañados por decenas de personas, y del joven que arrebató una ametralladora al enemigo, con la que habría entrado en el-Azhar si no se le hubiese adelantado la muerte, pues decenas de proyectiles se clavaron en su cuerpo. Éstas y otras noticias teñidas de rojo sangriento golpeaban sus oídos de vez en cuando, en este mismo lugar donde se refugiaba buscando el olvido. ¡Qué desgracia vivir a la sombra de la muerte...! ¿Es que la revolución no iba a realizar sus objetivos antes de que su daño lo alcanzase a él o a uno de los suyos...? El no escatimaba dinero ni simpatías; pero sacrificar la vida era otro asunto... ¿Qué castigo era ése enviado por Dios sobre sus siervos, que despreciaba a las personas y hacía correr la sangre...? La revolución ya no era un «espectáculo» entusiasta; amenazaba su seguridad en sus idas y venidas, y amenazaba a su hijo «el rebelde». Su entusiasmo por ella, no por sus objetivos, se había debilitado. Soñaba con la independencia y el retorno de Saad, pero sin revolución, sin sangre, sin horror. Su corazón gritaba al lado de los que gritaban y se exaltaba con los exaltados, pero su cabeza se resistía a la corriente, aferrándose a la vida, quedándose solo en el cauce, como una raíz de árbol al que las tempestades han arrancado sus ramas. Nada, por importante que fuese, debilitaría su amor por la vida, y así tenía que ser hasta el fin de sus días. Fahmi, el rebelde que se había lanzado a la corriente sin chaleco salvavidas, tenía también que confiar en su fe para seguir vivo hasta el final.

—¿Está el señor Ahmad?

Oyó esa voz que preguntaba por él, sintiendo que alguien se precipitaba adentro de la tienda como un proyectil humano; levantó la cabeza del escritorio y vio al sheyj Mitwali Abd el-Samad en medio del lugar, parpadeando con los ojos encendidos y aguzando la mirada en vano en dirección al escritorio. Se le desgarró el corazón y esbozó una sonrisa; después llamó al visitante:

—Adelante, sheyj Mitwali; ha entrado una bendición...

La tranquilidad apareció en el rostro del sheyj, que avanzó balanceando el torso de atrás hacia adelante, como si montase un camello. El señor se inclinó sobre el escritorio, alargó su mano hasta encontrar la del hombre y la estrechó murmurando: «La silla está a tu derecha, por favor, siéntate». El sheyj Mitwali apoyó su bastón contra el escritorio, y se sentó; luego se puso las manos sobre las rodillas, diciendo:

—Dios te guarde y te proteja.

—¡Qué buena es tu plegaria y cuánto la necesitaba! —contestó el señor de corazón.

Después se volvió hacia Gamil el-Hamzawi que estaba pesando arroz para un cliente:

—No olvides preparar el paquete para nuestro señor el sheyj... Se oyó la voz de Gamil el-Hamzawi que decía:

—¿Quién olvidaría a nuestro señor el sheyj?

El anciano extendió sus palmas y elevó su cabeza, moviendo los labios con una plegaria, en un murmullo del que sólo se oía un susurro entrecortado. Después volvió a la posición primera, se mantuvo un momento en silencio, y luego dijo a modo de preámbulo:

—Empezaré por la oración sobre la luz del Profeta.

—¡Sobre él sean la más sincera plegaria y la paz! —exclamó el señor con entusiasmo.

—Y continuaré deseando misericordia para tu padre, bendita sea su memoria.

—¡Que Dios lo acoja en su infinita misericordia!

—Después pediré a Dios que te dé alegrías con tu familia y tus hijos, y los hijos de tus hijos, y los hijos de los hijos de tus hijos...

—Amén. Suspirando:

—Y le rogaré que nos devuelva a nuestro efendi Abbás, a Muhammad Farid y a Saad Zaglul...

—¡Dios, atiende nuestra súplica!

—...Y que destruya la casa de los ingleses por lo que han pecado y lo que pecarán.

—¡Alabado sea el vengador onnipotente!

Entonces el sheyj carraspeó, se enjugó la cara con la palma de la mano, y dijo:

—Veamos; te he visto en mi sueño haciendo señas con la mano, y en cuanto he abierto los ojos me he decidido a hacerte una visita...

El señor esbozó una sonrisa no exenta de tristeza y dijo:

—No me extraña, pues ya estaba necesitando tu bendición; que Dios te colme de ellas...

El sheyj inclinó su rostro hacia el señor con afecto, y le preguntó:

—¿Es cierto lo que me han comunicado sobre el incidente de la Puerta de las Conquistas?

—Sí, pero ¿quién ha podido contártelo? —contestó el señor sonriendo.

—Pasaba por la almazara de Gunáyyim Hamidu, éste me pidió que me detuviese, y me dijo: «¿No te han contado lo que hicieron los ingleses con tu amigo el señor Ahmad y conmigo?». Le pedí, inquieto, que me lo explicase, y me lo contó a las mil maravillas.

El señor le relató el suceso con todo detalle. No se cansaba de repetirlo; seguramente lo había contado decenas de veces en los últimos días. El sheyj lo escuchaba, mientras recitaba con un susurro la aleya del trono.

—¿Te asustaste, hijo mío? ¿Cómo fue tu miedo...? Cuéntame..., ¡no hay poder ni fuerza sino en Dios...! Pero ¿estarás contento de haberte salvado? ¿Has olvidado que el que se asusta no vuelve a su estado normal...? He rezado mucho y he pedido a Dios la salvación..., eso está bien, pero necesitas un amuleto...

—¿Cómo no; nos colmará de bendiciones, sheyj Mitwali...! Y a los niños y su madre, ¿no les habrá afectado también el miedo?

—Naturalmente..., unos corazones débiles que no conocen la crueldad ni la amenaza..., un amuleto..., un amuleto..., sólo en él está la salud.

—Tú eres el bien y la bendición, sheyj Mitwali. Dios me ha salvado de un gran mal, pero hay otro que no cesa de amenazarme y me quita el sueño.

El rostro del sheyj se volvió de nuevo al señor con afecto, preguntándole:

—¿Qué te ocurre, hijo mío? ¡Dios te perdone!

El señor lo miró con ojos tristes, y murmuró con disgusto:

—Mi hijo Fahmi.

El sheyj levantó las cejas encanecidas, entre interrogante y fastidiado; luego, dijo con un ruego:

—... ¡Quiera Dios que esté a salvo!

—Me ha desobedecido por primera vez —dijo el señor moviendo la cabeza con tristeza—. Dios lo ha querido así.

El sheyj Mitwali extendió los brazos hacia adelante como para evitar la desgracia, y exclamó:

—¡Dios nos libre! ¡Fahmi es como mi hijo, y yo sé con certeza que es obediente por naturaleza!

—Su señoría se empeña en hacer lo mismo que todos los jóvenes en estos días sangrientos —añadió el señor, irritado.

—Tú eres un padre enérgico, de eso no hay duda; no me imaginaba que ninguno de tus hijos se atreviese a oponerse a tus órdenes...

Estas palabras hicieron mella en su corazón hasta hacerlo sangrar, y le oprimieron el pecho. Halló en su interior un deseo de no dar importancia a la rebeldía de su hijo, para defenderse de la acusación de debilidad ante el sheyj y ante sí mismo a la vez.

—No se ha atrevido a hacerlo abiertamente, claro está, pero le pedí que jurase sobre el Corán que no participaría en ninguna de las acciones de la revolución, y lloró..., lloró sin atreverse a decir no. ¿Qué puedo hacer? No puedo retenerlo en casa ni puedo vigilarlo en la escuela. Tengo miedo de que la corriente de estos días sea más fuerte de lo que pueda resistir un joven como él. ¿Qué hago? ¿Amenazarlo con una paliza? ¿Pegarle...? Pero ¿de qué puede servir la amenaza, con una persona que no le da importancia a exponerse a la muerte?

El sheyj se pasó la mano por el rostro, y preguntó con inquietud:

—¿Y se lanza a las manifestaciones?

—Claro que no —dijo el señor moviendo sus anchos hombros—; pero reparte panfletos. Cuando lo puse en un aprieto, dijo que se limitaba a repartirlos entre los amigos íntimos.

—¿Qué le ocurre para hacer esas cosas...? Él es tranquilo, hijo de un hombre tranquilo, y para esos trabajos hacen falta hombres de otra clase... ¿Acaso no sabe que los ingleses son unos salvajes a cuyos rudos corazones no llega la misericordia, y que se alimentan mañana y tarde con la sangre de los pobres egipcios...? ¡Háblale con buenos modos, amonéstalo, muéstrale la diferencia entre la luz y las sombras, dile que tú eres su padre y que lo quieres y temes por él...! Yo, por mi parte, voy a preparar un amuleto de un tipo especial, y rogaré por él en la oración del amanecer... Dios es nuestro eterno socorro.

—Las noticias sobre los caídos se suceden a cada hora —dijo el señor con tristeza—, anunciando señales de advertencia para quien sepa reconocerlas; pero ¿qué será lo que ha afectado su inteligencia...? El hijo de el-Fuli, el lechero, murió en un abrir y cerrar de ojos. Él asistió a su funeral conmigo y le dio el pésame a su pobre padre. Aquel joven había estado repartiendo cuencos de yogur, y entonces coincidió casualmente con una manifestación. El destino lo incitó a participar en ella inconscientemente, y no pasaría una hora cuando cayó abatido en la plaza de el-Azhar... ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios, de Él venimos y a Él volvemos...! Como tardaba en volver, su padre se intranquilizó, y fue a ver a sus clientes preguntando por él. Algunos le dijeron que les había llevado yogur y se había ido, y otros que no había pasado por su casa como de costumbre. Después se llegó a ver a Hamrúsh, el vendedor de konafa, y allí encontró la bandeja con los cuencos que quedaban sin repartir. El hombre le informó de que él se la había dejado, y se había unido a la manifestación de la tarde. El pobre padre se volvió loco, y se dirigió de inmediato a la comisaría de el-Gamaliyya; luego lo enviaron a Qasr el-Ayni, donde se encontró con su hijo en la sala de autopsias. Fahmi se enteró de la historia con todo detalle, tal como nos lo contó el-Fuli, cuando estuvimos en su casa dándole el pésame. Supo cómo había desaparecido el joven, como si no hubiese existido; notó la tristeza atormentada de su padre y oyó los gritos de su familia. El pobre ha muerto, y ni Saad ha vuelto ni los ingleses se han marchado. Hasta una piedra lo habría comprendido, pero... él es el mejor de mis hijos... ¡Bendito y alabado sea Dios!

—Yo conocía a ese pobre muchacho —dijo el sheyj Mitwali con voz apenada—; era el mayor de los hijos de el-Fuli, ¿no es así...? Su abuelo era arriero, y yo le alquilaba un burro para ir a Sidi Abu Saud; el-Fuli tiene cuatro hijos, pero el difunto era el preferido de su corazón.

Aquí, Gamil el-Hamzawi participó por primera vez en la conversación diciendo:

—¡Estos días son de locos y la gente anda trastornada; incluso los más pequeños! Ayer mi hijo Fuad le dijo a su madre que le gustaría participar en una manifestación.

—¡Las hacen los pequeños y caen los mayores...! Tu hijo Fuad es amigo de mi hijo Kamal; están los dos en la misma escuela..., ¿no le ocurrirá lo mismo?, ¿no les ocurrirá lo mismo a los dos alguna vez que vayan siguiendo una manifestación?, ¿eh...?, ¿qué nos puede extrañar hoy en día?

—No llega a ese extremo, señor —dijo el-Hamzawi arrepintiéndose de lo que se le había escapado —, aunque yo le he castigado sin compasión por sus deseos inocentes. Además, el señorito Kamal sólo sale acompañado de Umm Hanafi..., ¡que Dios lo guarde y lo proteja!

Reinó el silencio, y ya no se oyó en la tienda más que el sonido del papel con el que el-Hamzawi envolvía el regalo del sheyj Mitwali Abd el-Samad; después éste suspiró diciendo:

—Fahmi es un joven inteligente. No es conveniente que una persona tan querida se ponga en manos de los ingleses; los ingleses..., ¡que Dios los maldiga...! ¿No has oído lo que hicieron en el-Aziziyya y en el-Bedershín?

El señor estaba en tal estado de inquietud, que no sentía verdaderos deseos de preguntar; además, no se esperaba nada nuevo diferente a lo que ya había oído en esos días. Le bastó levantar las cejas aparentando interés, y el sheyj empezó a hablar:

—Estuve anteaayer visitando al noble y querido Shaddad Abd el-Hamid en su suntuoso palacio de el-Abbasiyya. Me invitó a almorzar y a cenar, y yo le regalé amuletos para él y la gente de su casa; entonces me contó el suceso de el-Aziziyya y el-Bedershín.

El sheyj se calló un momento, y el señor preguntó:

—¿El famoso comerciante de algodón?

—Shaddad Bey Abd el-Hamid, el mayor comerciante de algodón; quizás tú conociste a su hijo Abd el-Hamid Bey Shaddad, que en un tiempo tuvo una estrecha relación con el señor Muhammad Effat.

—Recuerdo que lo vi una vez en la reunión del señor Effat antes de que estallase la guerra —dijo el señor con lentitud, dándose tiempo para recordar—. Después oí decir que lo habían exiliado del país tras la destitución de nuestro efendi... ¿Hay noticias de él?

El sheyj habló en un tono apresurado, pasajero, como si colocase sus palabras entre paréntesis para volver a su relato inicial:

—Sigue exiliado del país. Está residiendo en Francia con su mujer y sus hijos... ¡Y qué miedo tiene Shaddad Bey de morir sin volver a ver a su hijo!

Se calló otra vez; después empezó a mover la cabeza de derecha a izquierda, diciendo con una voz melodiosa, como si recitase la introducción a un poema profético:

—Dos o tres horas después de medianoche, mientras la gente dormía, varios cientos de soldados británicos armados hasta los dientes rodearon los dos poblados...

Una fuerte inquietud se despertó en el señor: «¿Rodearon los dos poblados mientras la gente dormía...? ¿No serán éstos de la misma clase que aquellos que acampan delante de casa...? Empezaron atacándome a mí, ¿cuál será el siguiente paso que se proponen?».

El sheyj se golpeó las rodillas como si su recitación cambiase de ritmo; después continuó:

—Irrumpieron en las casas de los dos alcaldes y les ordenaron deponer las armas; luego profanaron el harén, saquearon las joyas, ofendieron a las mujeres, y las arrastraron por los pelos hacia afuera; ellas gritaban y pedían socorro, pero no hubo quien las ayudara... ¡Dios, protege a tus siervos más débiles!

»¡Las casas de los alcaldes...! El alcalde es una personalidad del gobierno, ¿no es así...? Yo no soy un alcalde ni mi casa es la de un alcalde, yo no soy más que un hombre como los demás... ¿Qué le pueden hacer a gente como nosotros? ¿Te imaginas a Amina arrastrada por los pelos...? ¿Acaso estoy condenado a volverme loco? ¿Loco...? —El sheyj continuó su narración moviendo la cabeza —: Y obligaron a los dos alcaldes a conducirlos a las casas de los sheyjs y de gente importante de ambos pueblos. Después irrumpieron en ellas derribando las puertas, y robaron todos los objetos de valor. Abusaron de las mujeres de un modo criminal, tras matar a las que intentaron defenderse, y propinaron a los hombres golpes atroces. Luego los abandonaron, una vez que no dejaron en ninguno de los dos pueblos objeto de valor sin saquear, ni honor sin mancillar...

»¡Que se vayan al infierno los objetos de valor...! "Ni honor sin mancillar..." ¿Dónde está la piedad de Dios?, ¿dónde está su venganza...? El diluvio... Noé... Mustafa Kámil... ¿Cómo podrá una mujer permanecer con su marido bajo un mismo techo después de eso?, ¿qué falta cometió ella?, y él, ¿qué aspecto tendrá?...» —El sheyj dio tres golpes con la mano sobre las rodillas, después reanudó el relato. Su voz temblaba y sonaba parecida al llanto—: Prendieron fuego a los dos poblados utilizando la leña y la paja que había sobre los tejados de las casas y rodándolas con petróleo. Los aldeanos se despertaron con un miedo espantoso, y la gente huyó de sus casas como loca. Se elevaron los gritos y los gemidos. Las lenguas de fuego se extendieron por todos lados, hasta que los poblados se convirtieron en antorchas encendidas...

—¡Oh, Señor de los cielos y de la tierra! —exclamó el señor de forma inconsciente.

El sheyj continuó diciendo:

—Los soldados formaron un cinturón alrededor de los dos poblados en llamas, aguardando desde lejos a los pobres parroquianos que corrían atónitos en todas direcciones, seguidos por los rebaños, los perros y los gatos, para buscar un medio de salvarse del fuego; y en cuanto llegaron a las posiciones de los soldados, éstos saltaron sobre los varones golpeándolos y pateándolos. Después aislaron a las mujeres para arrebatárselas sus joyas y deshonrarlas, y si alguna de ellas se resistía, era muerta; y si a un esposo, padre o hermano se le escapaba algún gesto de ayuda, disparaban...

Después el sheyj Mitwali se volvió hacia el señor, que estaba aturdido, y dio una palmada exclamando:

—... Condujeron al resto de las víctimas a un campamento cercano, y allí los obligaron a firmar un escrito que contenía sus confesiones de unos crímenes que no habían cometido, y una declaración de que lo que les habían hecho los ingleses era un justo castigo a sus acciones... Esto es lo que ocurrió en el-Aziziyya y el-Bedershín, señor Ahmad; éste es uno de los ejemplos de los castigos que nos imponen sin compasión, Dios es testigo, Dios es testigo...

Se hizo un silencio triste y doloroso, en el que cada uno se dedicó a sus pensamientos y a sus fantasías, hasta que Gamil el-Hamzawi exclamó suspirando:

—Nuestro Señor está presente.

—¡Sí! —y señalando en las cuatro direcciones —. ¡En todas partes! —dijo el señor ratificando sus palabras.

El sheyj se dirigió al señor, diciendo:

—Dile a Fahmi que el sheyj Mitwali le aconseja alejarse de las sendas peligrosas. Dile que se rinda a Dios, su Señor. Él es el único capaz de vencer a los ingleses, como hizo con los que antes que ellos se rebelaron contra su obediencia.

Después el sheyj se inclinó en dirección a su bastón para cogerlo. El señor hizo una seña a Gamil el-Hamzawi, que vino con el regalo y se lo colocó en la mano, ayudándole a levantarse. El sheyj les estrechó la mano a los dos y se fue, diciendo:

—«... Los cristianos han vencido en la tierra más cercana; pero ellos, después de su victoria, serán derrotados...». Dios, el Excelso, dice la verdad.

68

Al final de la noche, cuando la luz de la mañana surgía de entre las tinieblas del amanecer, una sirvienta de el-Sukkariyya llamó a la casa del señor, e informó a Amina de que a Aisha ya le habían venido los dolores de parto. Amina estaba en la habitación del horno y confió el trabajo a Umm Hanafi, apresurándose hacia la puerta de la escalera. En el rostro de la sirvienta apareció el fastidio, quizás por primera vez en la historia de su largo servicio en aquella casa. ¿Es que ella no tenía derecho a presenciar el parto de Aisha...? Tenía todo el derecho, exactamente igual que Amina. Aisha había abierto los ojos en su regazo. Todos los hijos de aquella casa tenían dos madres, Amina y Umm Hanafi, ¿cómo podían apartarla de su «hija» en esa hora terrible...? «¿Recuerdas tu parto y la residencia de el-Tom-bakshiyya...?» El patrón estaba fuera como de costumbre, y ella estaba sola desde medianoche. Encontró en Umm Hasaniyya una amiga y una matrona a la vez... ¿Dónde estará ahora Umm Hasaniyya? ¿Seguirá aún con vida...? Después vino Hanafi, entre gritos de dolor..., y se fue, también entre gritos de dolor, estando todavía en la cuna. «¡Si hubiese vivido tendría ahora veinte años...! Mi señorita sufriendo, y yo aquí preparando la comida...»

El corazón de Amina se colmó de alegría a la vez que de cierta preocupación: el sentimiento que había hecho temblar su corazón por primera vez, el día en que ella misma se enfrentó a la prueba... y ahí estaba Aisha

preparada para recibir el primer nacimiento, con el que comenzaría su maternidad, al igual que la suya había comenzado con Jadiga; así se extendería la vida que había brotado de ella hacia el infinito. Se dirigió a ver al padre y le comunicó la noticia en un tono amable, educado, esforzándose esta vez en su modestia y corrección, por miedo a que se transparentase tras su voz el deseo apasionado de salir corriendo para ver a su hija. El señor recibió la buena nueva con tranquilidad, y luego le ordenó que fuera inmediatamente. Empezó a vestirse con prisa, sintiendo que el privilegio que adquiriría una mujer débil como ella por haber tenido hijos era digno a veces de realizar milagros. Los hermanos supieron la noticia al despertarse, un poco después de la partida de su madre. Una sonrisa iluminó sus rostros, y se intercambiaron miradas interrogantes... «¡Aisha mamá!, ¿no resulta extraño...? No hay nada extraño en eso, mamá era más joven que ella el día que nació Jadiga... ¿Habrá ido mamá para sacar al niño con sus propias manos...? Dos sonrisas. Eso va dedicado a mí..., dentro de poco parirá también la hija de perra... ¿A quién te refieres...? A Zaynab... ¡Ay, si te oyera papá...? Aisha madre y yo padre..., ¡y yo, tío paterno y materno...! Tú también vas a serlo señorito Kamal... Tendré que faltar a la escuela para ir a ver a la hermanita Aisha. ¡Muy bien, pediré permiso a papá, si puedo, cuando estemos en la mesa...! ¡Uh!, necesitamos más nacimientos para saldar las pérdidas que nos causan los ingleses... Si faltase a la escuela no sucedería nada fuera de lo común; tres cuartas partes de los alumnos están en huelga desde hace más de un mes... Dile eso a papá; se convencerá tanto con tu argumento, que te tirará la fuente de habas a la cara... ¡Uh, un nuevo niño!; dentro de una hora o dos papá se convertirá en abuelo, y mamá en abuela... y nosotros en tíos, es algo importante... ¿Cuántos niños verán la luz del mundo en este momento...?, y ¿a cuántos hombres se les apagará esa luz también en este mismo momento...? Tenemos que informar a la abuela; yo podría ir a el-Juranfish para decírselo, si faltase a la escuela... Te hemos dicho que tu escuela no es asunto nuestro; díselo a papá y él aceptará tu ocurrencia... ¡Uh! Quizás Aisha está sufriendo ahora, pobrecita; los dolores del parto no se apiadan ni de los cabellos dorados ni de los ojos azules. ¡Dios quiera que lo supere con salud...! Después de esto beberemos mugat y encenderemos las velas... ¿Varón o hembra, qué prefieres...? Varón, claro... Quizás empiece con una hembra, como su madre... ¿Y por qué no va a empezar con un varón, como su padre...? ¡Ay, ay! Cuando llegue la hora de marcharse del colegio, el niño ya habrá salido, y no podré ver como sale...! ¿Es que quieres verlo salir...? ¡Claro...! ¡Aplaza ese deseo hasta que el que nazca sea tu propio hijo...!» Kamal era el más impresionado de todos por la noticia; le absorbía el cerebro, el corazón y la fantasía. Si no hubiera sido porque se percató de que el vigilante de la escuela lo controlaba y tenía en cuenta todos sus movimientos para referírselos uno a uno a su padre, no habría podido resistir el deseo que lo empujaba a irse hacia el-Sukkariyya. Se quedó en la escuela en cuerpo, no en espíritu; su espíritu pensaba en el-Sukkariyya, interrogándose sobre el recién llegado cuya venida había esperado durante meses, esperanzado en descubrir su oculto secreto. Una vez presenció el parto de una gata cuando aún no tenía seis años. Le llamó la atención por sus maullidos agudos, y se apresuró a verla arriba en la azotea debajo del tejadillo de la hiedra. La encontró retorciéndose de dolor con los ojos desorbitados. Después vio que su cuerpo se deshacía de un trozo de carne caliente y se retiró asqueado, gritando con todas sus fuerzas. Ese recuerdo daba vueltas en su imaginación, insistiendo hasta hacer volver su antiguo asco, y extendiéndose a su alrededor inquietante e intrigante como la niebla. Pero él no se rindió al miedo y rehusó imaginarse que hubiese alguna relación entre la gata y Aisha, si no era la que existe entre los hombres y los animales; aunque para él, en su opinión, estaban más alejados entre sí que la tierra y el cielo. Pero ¿qué sucedía entonces en el-Sukkariyya? ¿Qué cosas extraordinarias le estaban ocurriendo a Aisha...? Había preguntas desconcertantes que no tenían respuestas convenientes. En cuanto abandonó el colegio, por la tarde, se lanzó a todo correr por la calle, en dirección a el-Sukkariyya.

Entró en el patio de la casa de la familia Sháwkat sin aliento. Cruzó hacia la puerta del harén, y desde allí echó una ojeada al recibidor. De repente, sus ojos se encontraron con los de su padre, que estaba allí sentado, con las manos cruzadas sobre el puño de su bastón colocado entre las piernas. Kamal se quedó clavado en el sitio, inmóvil, con los ojos muy abiertos como si estuviese hipnotizado. No parpadeó ni hizo ningún movimiento; lo dominó un sentimiento de culpa que no entendía. Se quedó esperando que le cayese el castigo encima, y el frío del miedo se propagó por sus extremidades, hasta que el señor Ahmad se enredó en una conversación con alguna persona que estaba sentada a su lado, volviéndose hacia ella. Entonces Kamal retiró los ojos, tragando saliva, y vislumbró en el interior del recibidor a Ibrahim Sháwkat, a Yasín y a Fahmi, antes de huir hacia dentro. Subió la escalera a saltos hasta llegar al piso de Aisha, empujó una puerta encajada y entró. Se encontró con Jalil Sháwkat, el marido de su hermana, de pie en la sala. Vio la puerta del dormitorio cerrada. Llegaron a sus oídos, desde detrás de la puerta, unas voces que conversaban, de las cuales distinguió la de su madre y la de la viuda de Sháwkat, y una tercera que no conocía. Saludó al marido de su hermana y le preguntó, mirándolo con ojos sonrientes:

—¿Mi hermana Aisha ha parido?

El hombre se llevó el índice a los labios en señal de advertencia diciendo:

—¡Chist!

Kamal comprendió que el hombre no había acogido bien la pregunta, incluso que no había acogido bien su llegada, como era su costumbre, y se sintió avergonzado, sufriendo una inquietud cuya causa no comprendía. Quiso acercarse a la puerta cerrada, pero la voz de Jalil lo paró gritándole con una sequedad que manifestaba disgusto:

—No...

Se volvió hacia él interrogante, pero el hombre le dijo con precipitación:

—Vete abajo, diablillo, y ponte a jugar.

Al muchacho se le partió el corazón y retrocedió lentamente, apagado. Le dolió que le pagasen el tormento de la larga espera de todo el día a ese precio tan bajo. Pero cuando llegó al umbral de la sala resonó en sus oídos una voz extraña que venía de la habitación cerrada. Empezó alta, aguda y fuerte, después se hizo opaca y se debilitó hasta enronquecer, acabando en un resuello largo y doloroso. Luego desapareció para poder recobrar el aliento entrecortado, y después se transformó en un gemido profundo y quejumbroso. Al principio le pareció una voz extraña, como si no conociera a su dueño, pero uno de sus gritos atormentados se distinguió en medio de la agudeza, la opacidad y el resuello, denunciando la identidad de su procedencia. Era la voz de Aisha, sin duda, o de una Aisha exahusta y rota. Después se le confirmó lo que pensaba, cuando se repitieron los gemidos profundos y quejumbrosos. Le empezaron a temblar las piernas, y se figuró que la veía retorcerse de dolor en una situación que le trajo a la conciencia la antigua imagen de la gata. Giró su cabeza en dirección a Jalil, y lo encontró contrayendo y estirando la mano, tartamudeando: «¡Por Dios, Señor!». Se imaginó otra vez que el cuerpo de Aisha se contraía y se estiraba como la mano del hombre. No pudo controlarse y salió disparado hacia fuera, sofocado por el llanto. Cuando llegó a la puerta del harén escuchó unos pasos que bajaban detrás de él; levantó la cabeza y vio a Suwaydán, la criada, que bajaba de prisa. Ella pasó por su lado sin verlo, hasta que se paró en el umbral de la puerta del harén y llamó a su señor Ibrahim. El hombre vino en seguida, y ella le dijo: «Alabado sea Dios, señor...». No añadió nada más ni esperó oír lo que él le decía, sino que volvió sobre sus pasos y se precipitó hacia la escalera subiéndola sin vacilar. Ibrahim regresó al recibidor con la cara radiante. Kamal se quedó solo, sin saber qué hacer; pero no había pasado un minuto cuando Ibrahim volvió seguido del señor Ahmad, Yasín y después Fahmi. El muchacho se inclinó a un lado para que pasaran, y luego subió detrás de ellos con el corazón palpitante. Jalil recibió a los que llegaron delante de la entrada del piso. Kamal oyó decir a su padre:

—¡Alabado sea Dios, todo ha salido bien!

—¡Alabado sea Dios en cualquier caso! —murmuró Jalil apenado.

—¿Qué te pasa? —preguntó el señor Ahmad con preocupación.

—Voy a avisar al médico —contestó en voz baja.

—¿El niño? —inquirió angustiado.

—¡Aisha...! No está como debería; volveré inmediatamente con el médico...

Y se marchó, dejando tras de sí una congoja y una inquietud manifiestas. Después Ibrahim Sháwkat los llamó al salón, y se encaminaron hacia allí taciturnos. Al poco vino la esposa del difunto Sháwkat y los saludó sonriendo para infundir confianza en sus corazones. Luego se sentó diciendo:

—La pobre ha sufrido mucho tiempo, hasta quedar extenuada; pero es una situación accidental y pasará en seguida; estoy segura de lo que digo. Sin embargo, mi hijo parece hoy muy asustado en contra de su costumbre; aunque la decisión de traer al médico no va a causar ningún daño... —después añadió, hablando consigo misma en voz baja—: el médico es nuestro Señor, Él es el que cura.

El señor ya no fue capaz de mantener la gravedad y frialdad que acostumbraba delante de sus hijos, y le preguntó con una angustia manifiesta:

—¿Qué es lo que tiene...?, ¿no puedo verla?

—La verás en seguida —dijo la mujer sonriendo —, cuando esté bien y repuesta. La culpa es del loco de mi hijo que os ha inquietado sin necesidad.

Tras el amplio y fuerte pecho y la enérgica y temible solemnidad del señor había un corazón que sufría un intenso tormento. Tras los ojos tristes y adustos había un llanto contenido... «¿Qué le ha ocurrido a la pequeña?, ¿por qué se interpone la vieja entre mi hija y yo? Una sonrisa amable o unas palabras de mi parte, especialmente de mi parte, seguro que aliviarían sus dolores. Casamiento, marido y sufrimiento. En mi casa no probó ella nunca la amargura del dolor. ¡Mi querida y hermosa pequeña! ¡Que Dios sea misericordioso contigo! La vida ha perdido el sabor; lo pierde cuando el más mínimo daño los amenaza. Fahmi..., lo veo taciturno, dolorido..., ¿acaso comprende el significado del dolor?, ¿cómo podría él conocer el corazón de la madre...? La vieja está confiada y segura de lo que dice... Su hijo nos ha hecho preocuparnos sin necesidad... ¡Oh, Dios, responde; tú conoces bien mi situación como para no salvarla como me salvaste a mí de los ingleses...! Mi corazón no puede soportar este tormento... Dios tiene misericordia y es capaz de preservar a mis hijos de cualquier mal; la vida no tiene sabor sin eso; la alegría, la música y la diversión no tienen sabor si tengo clavada en mi costado una espina penetrante... Mi corazón ruega por su salud porque es un corazón de padre, y porque las alegrías sólo satisfacen al que está libre de preocupaciones... ¿Voy a afrontar la velada de esta noche con el corazón feliz...? Cuando me ría quiero que la risa brote clara desde el fondo de mi corazón. Un corazón angustiado es como una cuerda sin tensar... Ya he tenido bastante con Fahmi, que me importuna como un dolor de muelas... ¡Qué odioso es el sufrimiento...! Un mundo sin dolor; nada es demasiado para Dios; un mundo sin dolor aunque fuese efímero; un mundo en el que disfrutar con todos ellos; allí reiría, cantaría, me divertiría... ¡Oh, misericordioso entre los misericordiosos...! ¡Aisha! ¡Oh, misericordioso entre los misericordiosos!

Después de una ausencia de veinte minutos, Jalil regresó acompañado por el médico; ambos entraron en la habitación inmediatamente y la puerta se cerró tras ellos. Al enterarse el señor de su llegada, se levantó en dirección a la puerta del salón, y se detuvo un momento en el umbral tendiendo la mirada hacia la puerta cerrada. Luego volvió a su sitio y se sentó. La viuda de Sháwkat dijo:

—Sabréis que yo estaba en lo cierto, tan pronto como hable el médico.

—Sólo en Él está el perdón —murmuró el señor levantando la cabeza hacia lo alto.

En un momento se sabría la verdad, y saldrían de las tinieblas de la duda, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Su corazón palpitaba con latidos apresurados y continuos. ¡Paciencia! ¡Sólo queda un poco! Su fe en Dios era fuerte y profunda, inmovible; tenía que ponerse en sus manos. El médico saldría de allí dentro, tarde o temprano, y entonces le preguntaría qué noticias había... ¿El médico...? No había pensado antes en eso... «¡Un médico junto a una parturienta..., cara a cara con el útero...! ¿No es cierto...? ¡Pero es un médico! ¿Qué hacer...? Lo importante es que Dios la ayude; pidámosle salud...»

El señor se encontraba, además de inquieto, avergonzado e irritado. El reconocimiento duró unos veinte minutos; después la puerta se abrió, y él se levantó, dirigiéndose a la sala seguido de sus hijos para reunirse todos alrededor del médico. Éste era un conocido del señor; lo saludó sonriendo y le dijo:

—Está bien y a salvo.

Luego añadió con cierta seriedad:

—Me han traído aquí por la madre, pero me he encontrado que verdaderamente quien necesitaba cuidados era la niña...

El señor respiró con tranquilidad por primera vez desde hacía aproximadamente una hora, y preguntó con una sonrisa amable brillándole en la cara:

—Entonces, ¿puedo confiar en tu palabra?

—Sí, ¿pero no te preocupa tu nieta? —dijo el médico aparentando asombro.

—No conozco todavía las obligaciones de un abuelo —contestó sonriendo.

Jalil preguntó:

—¿No hay esperanzas de que viva?

—Las vidas están en manos de Dios —respondió el hombre frunciendo el ceño —; sin embargo, he encontrado débil su corazón. Es posible que muera esta noche. Si la pasa con vida, habrá superado el peligro aparente; no obstante, no creo que viva mucho tiempo; supongo que no llegará más allá de los veinte años... Pero ¿quién sabe? Las vidas están sólo en manos de Dios.

Cuando el médico se fue a sus ocupaciones, Jalil se volvió hacia su madre con una ligera sonrisa en los labios que revelaba tristeza, y dijo:

—Tenía la intención de llamarla Nayma, como tú...

—El propio médico ha dicho que las vidas están en manos de Dios... ¿Vas a tener tú menos fe que él? ¡Ponle Nayma! ¡Tiene que llamarse Nayma en mi honor, y su vida, si Dios quiere, será tan larga como la de su abuela!

El señor se decía para sus adentros: «El idiota ha llamado al médico para que vea a su mujer sin ninguna necesidad... ¡Sin ninguna necesidad...! ¡Qué imbécil...!». No pudo reprimir su enojo y dijo, ocultándolo bajo un tono sutil:

—En realidad, el miedo hace perder el buen juicio a los hombres... ¿No hubiese sido mejor para ti reflexionar un poco antes de apresurarte a hacer venir a un hombre extraño para que se deleite viendo a tu esposa...?

Jalil no contestó, pero miró a los que estaban a su alrededor, y dijo con seriedad:

—Aisha no debe saber lo que ha dicho el médico.

69

—¿Qué pasa en la calle?

Así preguntó el señor Ahmad, mientras se levantaba apresuradamente desde detrás de su escritorio, dirigiéndose a la puerta de la tienda seguido de Gamil el-Hamzawi y algunos clientes. La calle de el-Nahhasín no era una calle tranquila; cualquier cosa menos tranquila. Su intenso ruido no disminuía desde el alba hasta un poco antes del siguiente amanecer. Las gargantas de esta calle eran poderosas, y pregonaban las llamadas de los vendedores, el regateo de los clientes, las plegarias de los locos y las bromas de los que pasaban. Todos allí hablaban como si pronunciasen un discurso; incluso los más privados secretos llegaban a sus rincones y volaban hasta sus minaretes, además del alboroto general procedente del ruido de los suarés unas veces, y del traqueteo de los carros otras. En cualquier caso, no era una calle tranquila, y aun así un clamor súbito se elevó; al principio llegaba desde lejos, como el bramido de las olas, y después se espesó y se intensificó hasta convertirse en algo parecido al zumbido del viento, envolviendo el barrio por todos lados. Parecía extraño,

insólito incluso en esta calle ruidosa. El señor Ahmad pensó que se trataba de una manifestación revolucionaria, como era natural en un hombre que vivía en ese tiempo, pero en medio del ruido sonaron albórbolas que anunciaban alegría, y el hombre se dirigió extrañado hacia la puerta. Apenas llegó, se topó con el sheyj del barrio, que se acercaba corriendo y gritando exultante de alegría.

—¿Te has enterado de la noticia?

—Pues no, ¿qué noticias traes? —dijo el señor con los ojos resplandecientes de optimismo, incluso antes de oír nada.

—¡Saad Basha! ¡Lo han soltado! —contestó el hombre con entusiasmo. El señor no pudo evitar preguntar exclamando:

—¿De verdad?

—Allenby acaba de difundir un comunicado con esta buena nueva...

Acto seguido se abrazaron. La emoción del señor Ahmad fue en aumento, y sus ojos se inundaron de lágrimas; después dijo riendo, para disimular su emoción:

—Se le conocía porque siempre transmitía ultimátums y no buenas noticias..., ¿qué ha cambiado a ese hijo de puta?

—¡Gloria a Dios, el inmutable!

El sheyj estrechó la mano al señor y abandonó la tienda, gritando:

—¡Dios es el más grande, Dios es el más grande...! ¡Victoria para los creyentes! Ahmad Abd el-Gawwad se quedó parado en el umbral de la tienda, moviendo los ojos en todas direcciones de la calle, con el corazón engalanado con la inocencia y la alegría de la infancia. El efecto de la feliz noticia aparecía por todas partes: en las tiendas, cuyas entradas estaban obstruidas por dueños y clientes intercambiándose felicitaciones,» en las ventanas, donde se agolpaban los jóvenes y desde detrás de las cuales se lanzaban albórbolas, en las manifestaciones que se habían formado espontáneamente entre el-Nahhasín, el-Saga y Bayt el-Qadi, aunando corazones que vitoreaban a Saad, Saad, Saad y más Saad, en los minarettes, a cuyos balcones habían subido los almuédanos, dando gracias, implorando y gritando, y en los carros, que apiñados por decenas, llevaban a cientos de mujeres envueltas en sus melayas, bailando y entonando canciones patrióticas. Ya sólo podía verse gente, o más bien, gente que gritaba. La tierra y las paredes desaparecieron, y los vítores a Saad se elevaron por todas partes, como si el aire se hubiese convertido en un disco enorme que daba vueltas sin parar, repitiendo su nombre. Por encima de las cabezas apiñadas corrió la noticia de que los ingleses levantaban los campamentos colocados en los cruces de las calles, preparando la partida hacia el-Abbasi-yya; continuó el entusiasmo, dando rienda suelta a la embriaguez. El señor Ahmad no había visto antes un espectáculo como éste; empezó a mover sus ojos resplandecientes de un lado a otro, mientras el corazón le saltaba en el pecho. En su interior repetía con las mujeres que bailaban: «¡Oh, Huseyn...! ¡Era una carga y ha sido levantada!», hasta que Gamil el-Hamzawi acercó la cabeza a su oído para decirle:

—Las tiendas distribuyen bebidas e izan banderas...

—¡Haz lo mismo que ellos y todavía más! ¡Demuéstrame tu eficacia! —le dijo con entusiasmo; y después, con voz trepidante—: Cuelga la foto de Saad debajo de la basmala.

Gamil el-Hamzawi lo miró dubitativo; luego dijo con precaución:

—En ese lugar se ve la foto desde el exterior, ¿no será mejor que esperemos hasta que la situación se consolide?

—La época del miedo y las lágrimas se fue para no volver, ¿no ves que las manifestaciones pasan por delante de los ojos de los ingleses sin que se metan con ellas...? ¡Cuelga la foto y confía en Dios.

«La época del miedo y las lágrimas ha desaparecido, ¿no es así? Saad está libre, suelto; quizás esté ahora en camino hacia Europa... Sólo un paso o una palabra nos separan de la independencia... Son manifestaciones con alborobolas y no con balas... Los que están vivos de entre nosotros son gente feliz; traspasaron el fuego y salieron ilesos. ¡Dios se apiade de los mártires...! ¿Fahmi? Se ha salvado de un peligro que no había calculado; se ha salvado, ¿a qué esperas? ¡Ruega a Dios, tu señor...!»

Cuando la familia se reunió por la tarde, las gargantas roncadas denunciaban toda una jornada llena de gritos. Era una tarde feliz; su felicidad se manifestaba en los ojos, las bocas, la agitación, las palabras..., e incluso en Amina, cuyo corazón bebía por primera vez el trago generoso de la felicidad en compañía de sus hijos, celebrando el regreso de la paz, y alegrándose de la liberación de Saad.

—Desde la celosía he visto algo que mis ojos no habían visto antes; ¿es que ha empezado el Juicio Final y han instalado la balanza? ¿Están locas esas mujeres? El eco de lo que repetían no deja de resonar en mis oídos: «¡Oh, Huseyn, era una carga y ha sido levantada!».

—Era un saludo para despedir a los ingleses que se van, como se despide al invitado pesado, rompiendo la cántara tras él —dijo Yasín riendo y jugueteando con el cabello de Kamal.

El muchacho lo miró sin hablar, mientras Amina volvía a preguntar:

—¿Estará Dios por fin satisfecho de nosotros?

—Sin duda —le contestó Yasín; luego, dirigiéndose a Fahmi—: ¿qué piensas tú?

—Si los ingleses no hubieran admitido nuestras reivindicaciones, no habrían liberado a Saad. Viajará a Europa, y regresará trayendo la independencia; eso es lo que aseguran todos. Sea como fuere, el día 7 de abril de 1919 perdurará como símbolo del triunfo de la revolución.

—¡Oh, qué día! —volvió a decir Yasín —; los funcionarios han participado públicamente en las manifestaciones; nunca habría imaginado que yo tuviese esa enorme capacidad para marchar sin descanso y gritar tan alto.

Fahmi se rió y dijo:

—Me hubiera gustado verte gritando entusiasmado. ¡Yasín manifestándose enardecido y gritando...! ¡Qué espectáculo tan insólito!

¡Verdaderamente un día maravilloso como ninguno! Su marea desbordante lo había arrastrado, transportándolo entre sus olas violentas, como una hoja pequeña, sin peso, haciéndolo volar por todas partes. Apenas podía creer que hubiese recobrado el juicio, y que se hubiera refugiado en la tranquila atalaya, observando los acontecimientos desde su mirador con calma e indiferencia. Se puso a evocar la situación en que se había visto envuelto durante las manifestaciones, a la luz de las observaciones de Fahmi, hasta que dijo extrañado:

—Uno se olvida de sí mismo, cuando está entre la gente, de una forma insólita, como si se reencarnase en otra persona.

—Pero ¿sentías un entusiasmo sincero? —preguntó Fahmi con interés.

—Vitoreé a Saad hasta quedarme ronco, y una o dos veces se me saltaron las lágrimas.

—¿Cómo es que participaste en la manifestación?

—Nos llegó la noticia de la liberación de Saad estando en la escuela, y verdaderamente sentí una gran alegría... ¿Acaso esperabas otra cosa? Entonces los profesores propusieron unirse a la gran manifestación que tenía lugar fuera. Yo no me encontraba muy decidido a seguirlos, y pensé en escabullirme hacia casa, pero me vi obligado a marchar con ellos hasta que se me presentase la ocasión de desviarme. ¿Qué ocurrió después...? Me encontré en un mar alborotado de gente, en una atmósfera electrificada de entusiasmo, y no pude evitar olvidarme de mí mismo y fundirme con la corriente ¡con la mayor vehemencia y esperanza de que es capaz un hombre...! Créeme en eso.

—Es algo raro —murmuró Fahmi moviendo la cabeza. Yasín se rió a carcajadas; luego dijo:

—¿Es que me considerabas un mal patriota? La cuestión es que no me gusta el alboroto ni la violencia, pero no encuentro dificultad alguna en conjugar el amor a la patria con el amor a la seguridad.

—¿Y si fueran difíciles de conciliar?

—Preferiría el amor a la seguridad... —contestó riéndose, pero sin vacilar—. ¡Yo, primero! ¿Acaso la patria no puede ser feliz sin zamparse mi vida? Dios me ayude, yo no sobrevaloro mi existencia, pero amaré a la patria sólo en tanto que esté «vivo».

—¡Eso es sentido común! —dijo Amina; después, dirigiéndose a Fahmi—: ¿Acaso mi señor tiene otra opinión?

—No, claro que no... —dijo éste con tranquilidad—. Eso es de sentido común, como tú has dicho.

Kamal no consintió en quedarse al margen de la conversación, especialmente porque estaba convencido de que ese día él había jugado un papel verdaderamente importante, y dijo:

—Nosotros también hicimos huelga, pero el director nos dijo que éramos aún pequeños, y que si salíamos de la escuela, los mayores nos arrollarían. Después nos permitió manifestarnos en el patio; nos reunimos allí y gritamos —entonces gritó fuerte—: ¡Viva Saad!, durante mucho tiempo, ¡y luego no volvimos a clase porque los profesores habían abandonado el colegio para unirse a la manifestación de fuera!

Yasín le lanzó una mirada burlona, diciendo:

—¡Pero tus amigos se han marchado!

—¡Que los parta un rayo!

Esa frase se le escapó sin pensar, aun estando muy lejos de ser lo que realmente sentía. Por una parte, porque la situación lo requería, y por otra, porque quería encubrir con ella su derrota ante la burla de Yasín. Pero su corazón se sentía confuso y lastimado. No podía olvidar cómo se había quedado parado, a la vuelta del colegio, en el lugar abandonado que antes ocupara el campamento, examinándolo en un silencio doloroso y con los ojos llenos de lágrimas. Pasaría mucho tiempo antes de que olvidara la reunión del té en la acera de la fuente de Bayn el-Qas-rayn, la admiración que obtenían sus canciones, el cariño que había encontrado en los soldados, especialmente en Julián, y la amistad que lo unió a esos distinguidos señores que, según él, eran superiores al resto de los hombres.

—Saad Basha es un hombre afortunado —dijo Amina—; todo el mundo vitorea su nombre. No llegó a tanto nuestro efendi en su tiempo. Un hombre creyente, sin duda, porque Dios sólo ayuda a los creyentes. Le ha dado la victoria sobre los ingleses, que incluso habían vencido a los zepclines..., ¿qué más victoria puede haber después de ésta? Ese hombre nació en la «noche del destino».

—¿Lo quieres? —preguntó Fahmi sonriendo.

—Lo quiero puesto que lo quieres tú.

Fahmi extendió las manos, levantó las cejas con reprobación y dijo:

—¡Eso no significa nada!

Ella suspiró con cierto apuro y contestó:

—Cada vez que me llegaba una noticia amarga se me partía el corazón de tristeza, y me decía a mí misma: «¿Hubiese ocurrido esto si Saad no hubiera empezado su sublevación...?». Aunque a un hombre al que todos coinciden en amar, Dios no puede sino amarlo también.

Luego, dando un sonoro suspiro, dijo:

—Lo siento por los muertos; ¿cuántas madres llorarán ahora con insistencia?, ¿a cuántas la alegría de hoy sólo les aumentará la angustia...?

—La madre verdaderamente patriota hace albórbolas por el heroísmo de su hijo —le dijo Fahmi, guiñando un ojo a Yasín.

Ella se tapó los oídos gritando:

—¡Dios, te pongo por testigo de lo que ha dicho mi pequeño señor! ¡Una madre haciendo albórbolas por el martirio de su hijo! ¿Dónde? ¿Sobre esta tierra...? ¡Ni siquiera debajo, en el mundo de los demonios!

Fahmi se rió con ganas, y pasó largo rato reflexionando; luego dijo con una sonrisa brillándole en los ojos:

—¡Mamá, voy a revelarte un importante secreto que ya es hora de descubrir: yo participé en las manifestaciones y me enfrenté con la muerte cara a cara!

La mujer lo miró muy seria, sin creerlo; después contestó con una tenue sonrisa en los labios:

—¿Tú...? Imposible. Tú eres de mi carne y de mi sangre, y tu corazón es mi corazón; tú no eres como los otros.

—Te lo juro por Dios todopoderoso —replicó con seguridad mientras le sonreía.

La sonrisa de la madre desapareció y sus ojos se abrieron de asombro; luego paseó la vista entre Fahmi y Yasín, mientras éste a su vez clavaba una mirada interrogante en aquél.

—¡Señor, cómo dar crédito a mis oídos! —murmuró la mujer tragando saliva. Luego, moviendo la cabeza con una dolorosa consternación—: ¡Tú!

El joven esperaba que ella se inquietase, pero no hasta el extremo en que parecía estarlo, y teniendo en cuenta que la confesión le llegaba después de que el peligro hubiese acabado, la abordó diciendo:

—Es una historia que ya pasó y se ha acabado. No hay motivo para preocuparse ahora.

—¡Calla! —contestó ella con obstinación y nerviosismo —, tú no quieres a tu madre; Dios te perdone.

Fahmi se vio algo apurado, y Kamal dijo a su madre sonriendo con malicia:

—¿Te acuerdas del día de la tienda de basbusa y los disparos...? Yo lo vi al volver por la calle desierta, y me advirtió que no contase a nadie que lo había visto. — Después miró a Fahmi y le rogó con interés y anhelo—: Fahmi, cuéntenos lo que viste en la manifestación; ¿cómo ocurrió la batalla?, ¿cómo caían los muertos?, ¿tú nunca disparaste...?

Pero Yasín intervino en la conversación dirigiéndose a la madre:

—Es una historia que ya pasó y se ha acabado. Agradecemos a Dios que se haya salvado; te conviene más eso que preocuparte.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó ella con sequedad. Y él se apresuró a decirle:

—¡No, por la tumba de mi madre! —luego, retractándose —, ¡por mi religión, por mi fe, por mi Señor!

Después se levantó de su asiento, yéndose al lado de la mujer; le colocó la mano en el hombro y le dijo con dulzura:

—¿Cómo estabas tranquila cuando había que preocuparse y te preocupas ahora que hay que tranquilizarse? ¡Por Dios, el peligro ya ha pasado y ha vuelto la paz...! Ahí está Fahmi, delante de ti —y añadió riéndose—: A partir de mañana podremos cruzar El Cairo a todo lo largo y ancho, de noche y de día, sin miedo ni angustia.

—¡Mamá, te ruego que no enturbies nuestra dicha con una tristeza innecesaria! —dijo Fahmi con seriedad.

Ella suspiró... Abrió la boca para hablar, pero sus labios se movieron sin decir nada. Esbozó una pálida sonrisa para declarar que respondería a su petición, y luego inclinó la cabeza para ocultar sus ojos inundados de lágrimas.

70

Fahmi pasó aquella noche tomando la decisión de reconciliarse con su padre, costara lo que costase; y a la mañana siguiente se empeñó en llevarla a cabo sin vacilar. Y a pesar de que él no había alimentado ningún sentimiento de enfado o desafío contra aquél durante el período de rebelión, sufría en su conciencia una sensación de culpa, que aplastaba su sensible corazón lleno de obediencia y lealtad. En realidad no lo había desafiado verbalmente, pero de hecho había contrariado su voluntad; es más, la había contrariado muchísimas veces, por no hablar de su negativa a jurar el día que él se lo pidió en su habitación, y el haberse declarado, llorando, comprometido con sus propias ideas en contra de los deseos del señor. Todo eso lo puso, a pesar de su buena intención, en una situación de rebeldía y maldad que su espíritu no permitía ni soportaba. No se había esforzado antes en reconciliarse, por miedo a arrancar la costra de la herida sin poder curarla; porque consideraba que si el señor lo inducía a jurar para expiar lo que había hecho, se vería obligado a negarse reafirmando así su rebeldía, mientras que lo que quería era disculparse. La situación de hoy no era como la de ayer, su corazón estaba ebrio de alegría y triunfo; toda la patria estaba embriagada por el vino de la felicidad y el exilio, y no soportaba que entre él y su padre se levantase un velo de desconfianza, ni siquiera por un solo momento. La reconciliación, el perdón que ansiaba, y después la verdadera felicidad, sin que nada la perturbase. Entró en la habitación de su padre aproximadamente un cuarto de hora antes del desayuno, y lo encontró enrollando la esterilla de la oración y murmurando una plegaria. El hombre, sin duda, se dio cuenta, pero lo ignoró. Se dirigió al sofá sin volverse hacia él y se sentó. Entonces se encontró a Fahmi parado junto a la puerta, envuelto en confusión y vergüenza. El padre le clavó una mirada seca y reprobatoria, como si se preguntara: «¿Quién es ese que está ahí parado y qué le ha hecho venir». Fahmi venció su turbación, y se adelantó de puntillas hacia donde estaba sentado su padre, inclinándose sobre su mano, tomándola y besándola con una veneración sin límites. Estuvo en silencio un buen rato, y luego dijo con una voz apenas audible:

—¡Buenos días, papá!

El hombre siguió mirándolo fijamente, en silencio, como si no hubiese oído su saludo, hasta que el joven bajó la mirada confundido, y murmuró en un tono desesperado:

—Lo siento...

El señor se quedó callado, insistiendo en el silencio.

—Lo siento mucho; no he disfrutado de tranquilidad desde...

Encontró que sus palabras lo estaban llevando gradualmente a recordar lo que deseaba eludir de todo corazón, y se contuvo. Antes de que se diera cuenta, el señor le estaba preguntando con sequedad y fastidio:

—¿Y qué quieres?

¡Con qué buena acogida recibió la ruptura del silencio! Suspiró con tranquilidad, como si no se hubiese percatado del tono desagradable, y le rogó:

—¡Quiero que estés satisfecho de mí!

—¡Desaparece de mi presencia! —dijo el hombre con fastidio.

—Cuando consiga tu aprobación —contestó Fahmi sintiendo que la garra de la desesperación se alejaba un poco de su cuello.

—¿Mi aprobación? ¿Por qué no...? —preguntó el señor cambiando de repente a la ironía—. ¿Acaso has hecho tú, Dios no lo permita, algo que merezca enfadarse?

Recibió la ironía aún con mejor acogida que la ruptura del silencio. La ironía en su padre era el primer paso hacia el perdón. Su cólera verdadera eran bofetadas, puñetazos, patadas, insultos, o todo eso a la vez. La ironía era el primer indicio de que iba a cambiar. «¡Aprovecha la ocasión, habla, habla como procede en un hombre que mañana o pasado trabajará como abogado! ¡Ésta es tu oportunidad, habla! "Responder al llamamiento de la patria no puede considerarse como una desobediencia a sus deseos; yo no hice nada que merezca contarse como una acción verdaderamente patriótica, repartir panfletos a los amigos..., y ¿qué es repartir panfletos? ¡Qué lejos estoy yo de los que dieron su vida a bajo precio...! Capté en sus palabras que usted temía por mi vida, no que realmente menospreciase los deberes patrióticos, y cumplí con algunas de mis obligaciones asegurándome de que, en realidad, no contradecía su voluntad... etc, etc."»

—Dios sabe que no se me ha ocurrido nunca desobedecer una orden tuya.

—Palabras vanas —dijo el señor con violencia—. Aparentas obediencia porque ya no hay razón para rebelarse; ¿por qué no pediste antes mi aprobación?

—El mundo estaba envuelto en sangre y dolor —contestó Fahmi con amargura—, y yo estaba abrumado por la tristeza.

—¡Y eso te impedía pedir mi aprobación!

—Me impedía ocuparme de mí mismo, no solicitar tu aprobación —contestó con vehemencia; luego, en voz baja—: No podré vivir sin tu aprobación.

El señor frunció el ceño. No de cólera, como aparentaba, sino para esconder la impresión agradable que despertaron las palabras del joven en su interior. «¡Así se habla, y si no, nada! Verdaderamente es excelente en el arte de utilizar las palabras... Eso es la elocuencia, ¿no? Repetiré lo que ha dicho a los oídos de mis amigos esta noche, para examinar qué impresión les produce. ¿Qué podrán decir?: el hijo ha salido al padre..., eso es lo que tienen que decir. Hace tiempo me dijeron que si yo hubiese terminado los estudios, habría sido el más elocuente de los abogados..., y soy el más elocuente de todos los que no tienen estudios ni han cursado abogacía. La conversación diaria sirve tanto como las leyes para sacar a la luz las dotes de la elocuencia. ¡Cuántos abogados o grandes funcionarios se encogen ante mí en las reuniones, como pájaros! Ni el mismo Fahmi sería capaz de ocupar mi lugar... "En verdad el hijo ha salido al padre." Su negativa a jurar no deja de pincharme por dentro; sin embargo, ¿no es un motivo de orgullo para mí que haya participado en la revolución, aunque haya sido desde lejos...? Ojalá hubiese participado en las operaciones importantes, puesto que Dios le tenía destinado vivir hasta hoy. De ahora en adelante diré que él estaba metido a fondo en la revolución; ¿os creéis que se conformó con distribuir panfletos como me aseguraba a mí...? Ese hijo de perra se arrojó a la corriente de sangre. ¡Oh, señor Ahmad; tenemos que dar testimonio del patriotismo y la valentía

de su hijo! No hemos querido decirte esto en momentos de peligro, pero ya que se ha restablecido la paz, no hay obstáculo para decirlo... ¿Acaso vas a desmentir tú tus propios sentimientos nacionalistas? ¿No te han elogiado los recaudadores de donativos delegados del Wafd...? ¡Por Dios, si hubieras sido joven, habrías hecho incluso lo que no ha hecho tu hijo...! ¡Pero me ha desobedecido...! ¡No hagas caso a tu lengua y obedece a tu corazón! ¿Y qué puedo hacer ahora? ¡Mi corazón quiere darle el perdón, pero tengo miedo a que reste valor al hecho de desobedecerme!»

—Y yo no podré olvidar que tú has contrariado mi voluntad. ¿Piensas que el discurso vacío con que me has dado los buenos días, a costa de gastar saliva, podrá impresionarme?

Fahmi intentó hablar, pero su madre entró en ese momento diciendo:

—El desayuno está listo, mi señor.

Ella se extrañó de la presencia inesperada de su hijo, y paseó la mirada entre uno y otro. Se detuvo un momento, quizás para oír algo de lo que ocurría, pero notó en el silencio —que temió hubiese sido provocado por su presencia— algo que la invitaba a abandonar la habitación en seguida. El señor se levantó para ir al comedor; Fahmi se apartó a un lado, y una intensa tristeza empezó a dominarlo; su efecto no pasó desapercibido a los ojos de su padre, que vaciló unos momentos para decir finalmente en un tono pacífico:

—Quisiera que en el futuro no te empeñes en ser tan insensato al hablar conmigo.

Y se fue. El joven lo siguió agradecido, con la cara sonriente; después oyó que decía, irónico, mientras cruzaba la sala:

—¡Me parece que tú te crees el cabecilla de los que liberaron a Saad...!

Fahmi dejó la casa contento, y se dirigió inmediatamente hacia el-Azhar, donde se reuniría con sus compañeros, y los miembros del consejo superior de estudiantes, para reflexionar sobre la organización de las grandes manifestaciones pacíficas que las autoridades habían permitido realizar, a fin de que el pueblo expresase su alegría, y en las que habían decidido que participasen representantes de todos los estamentos de la nación. La reunión se prolongó por un buen espacio de tiempo, después los asistentes se separaron, cada uno hacia su objetivo. El muchacho se desplazó hacia la plaza de la estación, después de saber el papel que le habían encargado: la supervisión de los grupos de estudiantes de las escuelas secundarias. Aunque a menudo los papeles que le confiaban eran considerados de menor rango en comparación con otros, él los cumplía con precisión, solicitud y dicha, como si fuese la cosa más feliz que hubiese conseguido en su vida. Sin embargo, su lucha no carecía de una oculta desgracia, que no conocía nadie más que él. Su origen era que estaba convencido de ser menos valiente y osado que muchos de sus compañeros. La verdad era que no faltaba a ninguna de las manifestaciones a las que convocaba el comité, pero perdía la entereza cuando aparecían los camiones que transportaban a los soldados, y especialmente cuando abrían fuego y caían las víctimas... Una vez se escondió en un café, temblando, y en otra ocasión corrió tanto que de repente se encontró en el cementerio de el-Muyawirín. ¡Qué lejos estaba él de ser como el portador de la bandera en la manifestación de Bulaq —o «la matanza de Bulaq», como pasó a llamarse —, que había caído como un mártir, agarrando la bandera con las dos manos, sin moverse de la vanguardia, mientras su garganta gritaba con firmeza! ¡Qué lejos estaba él de los compañeros de ese mártir, que se lanzaron hacia la bandera para levantarla y cayeron sobre ella con el pecho condecorado por las balas! ¡Qué lejos de aquel mártir que arrancó la ametralladora de manos de un soldado en el-Azhar! ¡Qué lejos de todos éstos y otros cuyo ejemplo de valentía y heroísmo propagaban las noticias! Las acciones heroicas aparecían ante sus ojos como prodigios deslumbrantes y cegadores. ¿Cuántas veces había respondido a una voz interior que lo invitaba a avanzar y a imitar a los héroes?; pero sus nervios lo abandonaban en el momento decisivo. Y apenas había remitido la fogosidad de la batalla, cuando él ya se encontraba en la retaguardia, si no estaba escondido o había huido. Luego volvía a proponerse intensificar su entrega, su lucha y su firmeza, con la conciencia atormentada, el corazón consternado y un ansia ilimitada de perfección; y se consolaba a veces diciendo: «Sólo soy un combatiente desarmado, y si se me escapa la magnificencia de las acciones heroicas, me basta con no haber vacilado ni una sola vez en lanzarme por entero al horno de la batalla». En el camino hacia la plaza de la estación, se puso a observar las calles y los coches: todo el mundo se encaminaba —según parecía— en la misma dirección que

él. Estudiantes, obreros, funcionarios y gente del pueblo, en vehículos o a pie. Todos a la sombra de una tranquilidad propia de gente que va a una manifestación pacífica y autorizada. Y él, como ellos, percibiendo la misma sensación, no como antes, cuando buscaba el camino hacia el lugar de la cita de la manifestación con el alma agitada y el corazón inquieto, cuyos latidos aumentaban siempre que se perfilaba ante sus ojos el fantasma de la muerte. Ese tiempo ya había pasado; hoy se encaminaba tranquilo, con la sonrisa en los labios... ¿Se había acabado la lucha? Él había salido sano y salvo, sin haber perdido ni ganado nada..., ¿sin haber ganado nada...? ¡Ojalá hubiese sufrido alguna de las cosas a las que habían sometido a esos miles de personas, como la cárcel, las palizas o alguna lesión no mortal! ¿No era triste que una salud absoluta fuese la recompensa para alguien dotado de un corazón y un entusiasmo como el suyo? Como estudiante combatiente no le habían permitido conseguir ningún diploma.

«¿Acaso vas a negar tu alegría por haberte salvado? ¿Hubieras preferido ser uno de los mártires...? Claro que no; ¿hubieras deseado ser una de las víctimas que no han muerto...? Sí. Eso estaba dentro de tus posibilidades. ¿Por qué te volviste atrás...? No te fiabas de que la herida no fuese mortal ni de que la prisión fuese pasajera. Tú no desprecias estar a salvo ahora, pero habrías deseado que te hubiesen herido de alguna forma, sin cambiar este hermoso final. ¿Sería conveniente, si lucho otra vez, que sepa de antemano lo que va a ocurrir?; ahora me dirijo a una manifestación pacífica con el corazón seguro y remordiéndome la conciencia.»

Llegó a la plaza sobre la una de la tarde, dos horas antes de la fijada para el comienzo de la manifestación, y ocupó su sitio en el lugar que le habían señalado: la puerta de la estación. Sólo estaban en la plaza los supervisores y grupos dispersos de los diferentes estamentos. El tiempo era templado, aunque el sol de abril «derretía» a quien se exponía a sus rayos de fuego. La espera no fue larga, y la muchedumbre empezó a llegar a la plaza desde las diferentes calles que conducían a ella. Cada grupo se dirigió hacia su bandera, y entonces Fahmi empezó su labor con agrado y orgullo. A pesar de lo simple de su trabajo, que no pasaba de ser el de organizar a todas las escuelas detrás de su bandera, su alma se llenó de vanidad y arrogancia, especialmente porque él supervisaba a los estudiantes, muchos de los cuales eran mayores que él; incluso los diecinueve años que arrastraba detrás de sí parecían muy pocos en medio del tropel de alumnos, entre los cuales muchos se aproximaban a los veintidós o a los veinticuatro, y ya podían retorcerse el bigote. Observó unas miradas que se clavaban en él con interés, y labios que murmuraban algo acerca, de su persona. También oyó su nombre, unido a su apelativo popular, corriendo por varias lenguas: «Fahmi Ahmad Abd el-Gawwad, delegado del Comité Superior». Las fibras de su corazón se conmovieron hasta el punto de hacerle apretar los labios, para que no se le escapase una sonrisa de vergüenza o apuro por su «prestigio». Sí, era conveniente conservar la imagen de un delegado del Comité Superior, y la seriedad y serenidad dignas del primer destacamento de jóvenes combatientes, a fin de que la fantasía de los espectadores tuviera campo libre para hacer conjeturas sobre las acciones heroicas que él escondía. Así, ellos harían realidad en su imaginación esas falsas acciones que él había sido incapaz de realizar en la práctica. Nunca escaparía al deseo de aumentarlas, aunque le pinchase en el corazón la aguda sensación de la cruda realidad: ¡ser un repartidor de panfletos y uno de los soldados de retaguardia...! Eso era él, ni más ni menos. Ese día le habían encomendado ir al frente de las escuelas secundarias, y afrontar una importante responsabilidad; ¿acaso los otros valorarían su trabajo más de lo que él mismo lo valoraba? ¡Con cuánto cariño y respeto lo saludaban...! No acababa una asamblea si su opinión no había sido oída; ¿y la elocuencia...? «No es imprescindible que seas buen orador, ¿no es así?; no es imposible que llegues a ser importante sin ser un buen orador, pero... ¡qué pena te causará el día que el Comité Superior se presente ante el caudillo! Los oradores rivalizarían entre sí y tú te refugiarás en el silencio. Ni hablar, no me refugiaré en el silencio, hablaré; soltaré las riendas de mi corazón, sea buen orador o no. ¿Cuándo estarás ante Saad?, ¿cuándo lo verás por primera vez y te deleitarás contemplándolo? Mi corazón temblará y mis ojos se enternecerán llenos de lágrimas. Será un día grandioso; todo Egipto saldrá a recibirlo. El día de hoy, comparado con ése, no será más que una gota en el mar. ¡Señor!, la plaza se ha llenado y también las calles que desembocan en ella, Abbás, Nubar, el-Fagala. No ha habido antes una manifestación como ésta; cien mil personas, turbushes, turbantes, estudiantes, obreros, funcionarios, sheyjs, sacerdotes, jueces..., ¿quién se iba a imaginar todo esto? No les preocupa el sol. Esto es Egipto. ¿Por qué no habré invitado a papá? Yasín estaba en lo cierto; uno se olvida de sí mismo entre la gente y se eleva. ¿Dónde están mis preocupaciones personales...? No existen. ¡Con qué fuerza late mi corazón! Hablaré sobre esto mucho tiempo, esta noche y las que la sigan. ¿Crees que mamá temblará otra vez? Es un espectáculo glorioso con el que los corazones se subyugan y se tranquilizan; ¡quisiera notar su efecto en las caras de esos diablos! Ahí están sus cuarteles dominando la plaza, y la maldita bandera ondeando; hay cabezas en las ventanas, ¿qué estarán murmurando? El centinela es una estatua, no ve nada. Vuestras ametralladoras no han acabado con la

revolución, enteraos bien de eso; dentro de poco veréis a Saad en esta plaza, volviendo triunfante; lo habéis desterrado por las armas, y nosotros, sin ellas, lo hemos hecho volver. Ya veréis, ya veréis antes de la evacuación.» El grandioso cortejo se puso en marcha. Sus olas avanzaron una tras otra repitiendo consignas patrióticas. Egipto parecía una única manifestación, más bien un solo hombre, o mejor una sola consigna. Los escuadrones de cada sector se sucedieron durante largo tiempo, muy largo, hasta el punto de que se imaginó que la avanzadilla divisaría Abdín antes de que él y su grupo se movieran de delante de la puerta de la estación. Era la primera manifestación que circulaba sin que las ametralladoras le cortasen el camino, sin balas de un lado ni piedras del otro. Su cara resplandecía con una sonrisa. Vio que el grupo que estaba justo delante de él empezaba a andar, y se dio media vuelta para ponerse frente a su manifestación «particular». Levantó la mano, y un movimiento de preparación y arranque se propagó por las filas; después gritó lo más alto que podía, andando de espaldas. Continuó su misión de dirigir y gritar hasta la entrada de la calle Nubar, donde cedió esta segunda misión a otro de los que lo rodeaban aguardando su turno, con las bocas inquietas y agitadas como si les hubiesen venido las contracciones y los dolores del parto, que no se tranquilizarían hasta que lanzasen sus gritos. Giró sobre sus talones otra vez, marchando de frente, estirando el cuello unas veces para observar la vanguardia del grueso de la manifestación, cuyo principio ya no podía ver, o volviéndose otras veces de derecha a izquierda para ver la muchedumbre de espectadores que abarrotaba las aceras, las ventanas, los balcones y las azoteas, y que empezaron a repetir las consignas. El espectáculo de esos miles de adeptos aumentó la fuerza y la tranquilidad de su espíritu, como una armadura colocada a su alrededor, una fuerza sólida que las balas no podían atravesar. Las fuerzas de la policía cuidaban el orden, después de haberse hartado de luchar y atacar. El espectáculo de esos hombres yendo y viniendo sobre excelentes cabalgaduras como si fuesen vigilantes subordinados a la manifestación y a su servicio era la prueba más elocuente del triunfo de la revolución. ¿El comisario de policía? ¿No era ése Rasl Bey...? Claro que sí, era él, lo conocía perfectamente; y aquél, el subcomisario, el que cabalgaba detrás lanzando al horizonte una mirada inflexible y orgullosa, como si alzase una protesta silenciosa contra la paz que alentaba la manifestación, ¿cómo se llamaba?, ¿acaso podría olvidar el nombre que había llenado los oídos en los días negros y sangrientos? «Empieza por J, ¿no...? Ja... Ju... Ji...», se niega a volver a la memoria, ¡Julián...!» ¡Ay!, ¿cómo se había colado aquel nombre detestable en su conciencia? Cayó sobre él como polvo, y apagó su entusiasmo. «¿Cómo podemos responder a la llamada del entusiasmo y el triunfo mientras el corazón está muerto?, ¿un corazón muerto...? No estaba muerto hace un minuto, no te rindas a la tristeza; no permitas que tu corazón se aleje de la manifestación; ¿no te habías prometido a ti mismo olvidar? Es más, de hecho has olvidado. ¿Maryam...?, ¿quién es?, ¡esa vieja historia! Nosotros vivimos para el futuro, no para el pasado... Guiz... Mister Guiz... Mister Guiz..., ése es el nombre del subcomisario. ¡Dios lo maldiga! ¡Vuelve a gritar para alejar de tu interior ese polvo repentino...» «Su» manifestación siguió acercándose poco a poco al jardín de el-Ezbekiyya, cuyos altos árboles brillaban sobre las banderas desplegadas a lo largo de la calle; entonces apareció la Plaza de la Ópera, a lo lejos, como un montón de cabezas apiñadas, igual que si brotasen de un solo cuerpo que llenaba la tierra a todo lo largo y ancho. Gritaba con fuerza y entusiasmo, y la muchedumbre repetía su grito con una voz que llenaba el aire, como un trueno. Cuando avistaron el muro del jardín, sonó súbitamente una explosión intensa. Se le secó la garganta y se volvió a su alrededor interrogándose con inquietud. Un ruido conocido que a menudo había retumbado en sus oídos el mes anterior, y cuyo eco se había repetido también a menudo en su memoria durante la quietud de la noche, sin haber podido acostumbrarse a él. Apenas sonó, se le heló la sangre y el corazón detuvo sus latidos.

—¿Un disparo?

—No es lógico..., ¿no habían autorizado la manifestación?

—¿No se te ha ocurrido pensar en la traición?

—Pero no veo soldados.

—El jardín de el-Ezbekiyya es un campamento enorme, repleto de ellos.

—Quizás ha sido la explosión de la rueda de un coche.

—Quizás.

Prestó oído a lo que pasaba a su alrededor sin recuperar la tranquilidad, y no habían pasado más que unos instantes cuando sonó una segunda detonación... ¡Ay!, ya no había duda: ¡un disparo como el anterior! ¿Dónde habría caído? ¿No era un día de paz? Notó que un movimiento de agitación se propagaba entre los manifestantes, llegando desde delante como una ola pesada empujada hacia la orilla por un barco que surca el centro del río. Luego miles de personas retrocedieron y se desplegaron, lanzando en todas direcciones empujones violentos, locos de inquietud, confusión y desconcierto, dominados por gritos espantosos de rabia y miedo. En seguida se dispersaron las filas simétricas y se deshizo la estructura que habían formado. Una serie de secos disparos se sucedieron, y se elevaron alaridos de cólera y gemidos de dolor. El mar de criaturas se embraveció y se agitó; sus olas empujaban hacia todas las salidas, sin dejar nada a su paso. «¡Huye, no hay más remedio que huir; si no te matan las balas te matarán los brazos y los pies!» Pensó en huir o retroceder, o incluso cambiar de postura, pero no hizo nada. «¿Qué te detiene si todos se han dispersado? Estás al descubierto, ¡huye!» De sus brazos y sus piernas salió un movimiento lento, débil, descuidado. «¡Qué alboroto! ¿Pero por qué gritan? ¿Te acuerdas?, ¡qué rápido se te escapan los recuerdos...! ¿Qué quieres?, ¿gritar? ¿Y qué vas a gritar?, ¿o es una llamada sin más...? ¿Quién? ¿Qué...? Hablan en tu interior, ¿oyes?, ¿ves?, ¿pero dónde? Nada, nada..., sombras sobre sombras.» Un movimiento dulce se sucedía con regularidad, como los latidos de un reloj con los cuales se deslizaba el corazón; lo acompañaba un murmullo... «La puerta del jardín, ¿no es cierto?, se agita con un movimiento ondulante, fluido, se diluye lentamente. Ese árbol alto baila con suavidad. El cielo... —¿el cielo...?— se extiende en lo alto; nada más que el cielo, tranquilo, sonriente, destilando paz...»

71

El señor Ahmad Abd el-Gawwad oyó un ruido de pasos a la entrada de la tienda. Levantó la cabeza del escritorio y vio a tres jóvenes que venían hacia él, dominados por una expresión de gravedad y circunspección, hasta que se detuvieron junto al escritorio diciendo:

—La paz y la misericordia de Dios sean contigo.

El señor se levantó, contestando con su conocida educación:

—Y con vosotros sea su paz, su misericordia y su bendición. —Después, señalando las sillas—: Por favor.

Pero ellos no atendieron a su indicación, dándole las gracias.

—¿Es usted el señor Ahmad Abd el-Gawwad? —dijo el que estaba en medio.

—Sí, señor —contestó sonriendo, aunque en sus ojos apareció una interrogación.

«¿Qué querrán? ¿Comprar...? No es probable... ¡Qué van a comprar con ese paso militar con que han llegado! ¡Qué van a comprar con ese tono grave en el que hablan! Además, ya pasan de las siete de la tarde; ¿no ven a el-Hamzawi subiendo los sacos a los estantes en señal de que la tienda va a cerrar...? Serán recaudadores de donativos... Pero Saad ya ha sido liberado y la revolución se ha terminado. ¡Yo ya sólo estoy listo para ir a la velada! ¡Sabed que no me he lavado la cabeza ni la cara con colonia, que no me he peinado los cabellos ni el bigote, ni me he ceñido layubba y el caftán para encontrarme con vosotros! ¿Qué queréis?»

Pero al mirar al que le había hablado, le pareció que su cara no le resultaba extraña... ¿Lo había visto antes? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¡Recuerda! Seguro que no era la primera vez que lo veía. ¡Ay!

—¿No es usted el amable joven que se ofreció a salvarnos en el momento oportuno, el día que la gente nos atacó en la mezquita de el-Huseyn, a quien Dios tenga en su gloria? —preguntó sonriendo y con la cara llena de satisfacción.

—Claro que sí, señor —contestó el muchacho en voz baja.

«Tenía razón en lo que pensaba; ¿y dicen los tontos que el vino debilita la memoria...? Pero ¿qué les pasa para mirarme de ese modo? ¡Mira, mira! Esas miradas no anuncian nada bueno. ¡Dios, conviértelo en algo

agradable! ¡Dios me libre del demonio lapidado! Mi corazón se entristece por alguna razón; ellos han venido por algo relacionado con...»

—¿Fahmi...? ¿Habéis venido buscándolo..., quizás vosotros...?

El joven bajó la vista y luego dijo con voz temblorosa:

—Nuestra misión es penosa, señor, pero es un deber ineludible. ¡Dios te conceda paciencia!

El señor se inclinó de repente hacia adelante apoyándose en el borde del escritorio y exclamó:

—¿Paciencia? ¿Para qué? ¿Fahmi...?

El joven dijo con tristeza:

—Sentimos mucho comunicarle que nuestro hermano, el combatiente Fahmi Ahmad...

—¿Fahmi? —gritó sin creérselo, aunque en sus ojos apareció una mirada que expresaba credulidad y desesperación.

—Ha caído como un mártir en la manifestación de hoy.

—Ha pasado al mundo de los justos como un noble patriota y un ilustre mártir —añadió el que estaba a su derecha.

Recibió sus palabras con unos oídos ensordecidos por la desgracia, a la vez que el silencio sellaba sus labios y sus ojos se entregaban a una mirada vagabunda, ausente. Transcurrió un instante en el que el silencio se adueñó de todos ellos; incluso Gamil el-Hamzawi se quedó clavado bajo los estantes, aturdido, tendiendo una mirada llena de tristeza hacia el señor. Finalmente, el joven volvió a murmurar:

—¡Cuánto nos entristece su pérdida! Pero sólo podemos aceptar la muerte con resignación de creyentes, y tú eres uno de ellos, señor.

«Te están dando el pésame; no sabe ese joven que tú eres el primero en saber hacer llegar condolencias en situaciones como ésta... Pero ¿que significan para un corazón afligido? ¡Nada! ¿Desde cuándo las palabras apagan el fuego...? ¡Calma! ¿No presintió tu corazón la desgracia antes de que hablase el que hace de portavoz...? Claro que sí, el fantasma de la muerte se dibujó ante tus ojos. Ahora que la muerte es una realidad que golpea tus oídos, te niegas a aceptarlo, o tu valor te traiciona y no quieres admitirlo, ¿cómo aceptar que tu hijo ha muerto? ¿Cómo creer que Fahmi, que buscaba tu aprobación hace unas horas y con el que te mostraste indolente, Fahmi, que nos dejó esta mañana desbordante de salud y vitalidad, esperanza y alegría, haya muerto...? ¡Muerto! ¿Desde hoy ya no lo veré más, ni en casa ni en ningún lugar sobre la tierra? ¿Cómo será la casa sin él? ¿Cómo voy a ser yo padre a partir de ahora? ¿Dónde irán las esperanzas fundadas en él...? Ya no hay más esperanza que la resignación..., ¿la resignación? ¡Ay! ¿Sientes el pinchazo agudo del dolor...? Éste es el verdadero dolor; a veces te engañabas y pretendías estar sufriendo; pero no, no has sufrido hasta hoy; éste es el verdadero dolor.»

—Señor, ármate de valor y entrégate a la voluntad de Dios.

El señor levantó la cabeza hacia los jóvenes, y dijo con una voz enferma:

—Pensé que la época de las muertes ya había terminado...

—La manifestación de hoy era pacífica —repuso el joven en un tono irritado—; las autoridades la habían permitido, y participaban en ella los mejores hombres de diferentes organizaciones. Al principio transcurrió con tranquilidad, hasta que el grueso de la manifestación llegó al jardín de el-Ezbekiyya; y de repente dispararon sobre nosotros desde detrás del muro. Nadie se había metido con los soldados, ni para bien ni para

mal, incluso nos abstuvimos de gritar contra los ingleses, para evitar la provocación. Pero de improviso los dominó la locura de matar, se dirigieron a sus fusiles y abrieron fuego... Hay unanimidad en dirigir una fuerte protesta a la Sede del Protectorado; es más, han dicho que Allenby hará público su pesar por lo que hicieron sus soldados.

El señor dijo en el mismo tono enfermo:

—Pero no devolverá la vida a quien ha muerto...

—¡Desgraciadamente!

—No participaba en manifestaciones peligrosas; ésta era la primera a la que se sumaba —añadió el señor atormentado.

Los jóvenes intercambiaron una mirada llena de significado, y ninguno dijo nada.

El hombre, como si le angustiase el cerco formado a su alrededor, repuso suspirando:

—Sea como Dios quiera; ¿dónde puedo encontrarlo ahora?

—En Qasr el-Ayhni —contestó el joven; luego, cuando vio que el señor se apresuraba a marcharse, le indicó que esperase un momento—: El funeral tendrá lugar mañana, a las tres en punto de la tarde, junto con trece de nuestros compañeros mártires.

—¿Y no me van a permitir que el funeral salga desde casa? —exclamó el señor angustiado.

—Su funeral se celebrará, junto con sus hermanos, en un acto popular —dijo el joven con energía. — Después, en un tono suplicante, continuó—: El-Qasr está rodeado ahora por las fuerzas de la policía; y habrá que esperar, mientras procuramos posibilitar a los familiares de los fallecidos que se despidan antes de que salga el cortejo. Fahmi no se merece un entierro ordinario como quienes mueren en su casa...

Después le alargó la mano para despedirse diciendo:

—¡Ten resignación; sólo en Dios hay resignación!

Los otros le estrecharon la mano reiterándole el pésame, y luego todos se fueron...

Él apoyó la cabeza en la mano, cerrando los ojos. Le llegó la voz de Gamil el-Hamzawi que le daba el pésame llorando, pero él parecía angustiado con el consuelo. No pudo soportar quedarse allí y dejó su sitio caminando con pasos lentos y pesados hasta abandonar la tienda. Tenía que salir de su confusión; no sabía hasta dónde llegaba su tristeza. Le hubiera gustado quedarse a solas consigo mismo, pero ¿dónde? La casa se volvería un infierno dentro de un minuto o dos. Los amigos se reunirían con él y no le dejarían ocasión para reflexionar... ¿Cuándo podría meditar la pérdida que había sufrido? ¿Cuándo podría ocultarse con ella lejos de todo el mundo? Parecía que eso estaba muy lejos, pero llegaría sin duda. Ése era el máximo consuelo que encontraba para su tristeza. Sí, el momento de poder aislarse consigo mismo y dedicarse por entero a su tristeza llegaría. Entonces sería agradable reflexionar sobre su situación a la luz del pasado, el presente y el futuro, sobre todos los estadios de la vida de Fahmi, desde su infancia y adolescencia hasta la flor de la juventud, las esperanzas que había despertado y los recuerdos que dejaba detrás, dando rienda suelta a sus lágrimas hasta agotar la última. En realidad tenía por delante una cantidad de tiempo envidiable; no había motivo para angustiarse. Pasó revista al recuerdo de la disputa que se desencadenó entre ellos dos tras la oración del viernes, y al recuerdo de la reconciliación y el reproche que tuvo lugar esa misma mañana... ¿Cuánto tiempo le llevaría reflexionar, rememorar y entristecerse por ellos? ¿Cuánto consumirían su corazón? ¿Cuánto excitarían sus lágrimas? ¿Cómo apenarse? ¿Los días le reservaban toda esa felicidad? Levantó la cabeza embotada de tanto pensar, y ante sus ojos aparecieron las celosías de la casa. Se acordó de Amina por primera vez, y sus pies estuvieron a punto de traicionarlo... ¿Qué podría decirle? ¡Ella, débil y delicada, que lloraba por la muerte de un pajarito...! «¿Recuerdas cómo corrian sus lágrimas por la muerte del hijo de el-Fuli, el lechero? ¿Qué hará

por la muerte de Fahmi...? ¡La muerte de Fahmi...! ¿De verdad es éste tu final, hijo mío? ¡Mi querido y desgraciado hijo! Amina, han matado a nuestro hijo, han matado a Fahmi... ¡Ay! ¿Vas a prohibir los gritos como prohibiste antes las alborobas? ¿Vas a gritar tú mismo, o llamarás a las pañideras...? Quizás ella esté ahora en medio de la reunión del café, entre Yasín y Kamal, preguntándose qué habrá retrasado a Fahmi... Se retrasará mucho; no lo verás nunca más, ni su cadáver ni su ataúd... ¡Qué crueldad...! Yo lo veré en el-Qasr, pero tú no lo verás, no lo permitiré... ¿Es crueldad o misericordia? ¿De qué serviría?» Se encontró delante de la puerta de su casa, alargó la mano hacia el llamador, y luego recordó que tenía la llave en el bolsillo; la sacó, abrió la puerta y entró. Entonces le llegó a los oídos la voz de Kamal cantando con dulzura:

Venid a visitarme cada año, que es pecado el adiós si es para siempre. FIN

Glosario

Arús: pequeño ornamento metálico en el velo de las mujeres musulmanas.

Azharista: estudiante de la universidad religiosa de el-Azhar.

Bamia: plato elaborado con una planta común en Egipto (*Hibiscus esculentus*), cuyo fruto mucilaginoso es comestible.

Basbusa: pasta de harina, manteca, azúcar y aceite.

Basha: título de origen turco, pacha.

Bashraf: forma musical introducida en Egipto por los turcos, exclusivamente instrumental y de ritmo binario.

Basmala: fórmula de invocación a Dios, diciendo: «En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso».

Bey: tratamiento de cortesía y título honorífico de origen turco, inferior al de basha y superior al de efendi.

Darabukka: especie de tamboril de barro o madera abierto por un lado, mientras que el otro está cubierto por una piel de cabra o de pescado, sobre la que se golpea con la mano.

Dawr: composición musical o estrofa de la misma.

Fátiha: nombre de la primera sura o capítulo del Corán.

Fatira: galleta o torta cocida en aceite.

Galabiyya: vestimenta masculina común en Egipto.

Hagg: peregrino. Título honorífico con que se designa a los musulmanes que han hecho la peregrinación a La Meca.

Hánem: título femenino de origen turco. Pospuesto a un nombre de mujer equivale a «señora» o «doña».

Ifrit (pl. ifrits): genio, demonio.

Jamsin: viento cálido, procedente del sur que sopla sobre Egipto en los meses de mayo y junio.

Kánaka: cafetera especial para hacer el «café turco».

Kohl: polvo de antimonio usado como maquillaje de ojos.

Konafa: dulce oriental elaborado con fideos cocidos en azúcar, mantequilla y miel.

Layali: género musical que precede a menudo a una pieza clásica. Consiste en una improvisación sobre las palabras —ya Layli, ya Aini («¡Oh, noche querida!»).

Máhmál: cortejo que lleva sobre un palanquín un emblema de seda negra enviado tradicionalmente desde Egipto a La Meca.

Malban: dulce hecho de harina de maíz, azúcar y alfóncigos.

Manzul: tipo de estupefaciente fuerte.

Mawled: aniversario del nacimiento de una figura importante del Islam.

Melaya: túnica negra de las mujeres egipcias.

Mihrab: hornacina que se abre en el muro de la qibla y que señala hacia La Meca, concretamente hacia la Kaaba, lugar hacia donde tiene que orientarse el musulmán para hacer la oración.

Millim: milésima de libra.

Mishsh: suero de la leche.

Mugat: jarabe hecho con granos de alholva, nueces y almendras molidas y mantequilla. Se toma y se sirve a los invitados después de un parto.

Muhallabiyya: dulce de arroz con leche.

Mulujjiyya: plato elaborado con una planta comestible muy común en Egipto (*corchorus olitorius*).

Puf: asiento bajo y redondo.

Qibla: dirección hacia La Meca, concretamente hacia la Kaaba, indicada en la mezquita por el mihrab.

Sheyj: anciano venerable. Título que se da a un hombre por su piedad y prudencia.

Si: apócope de Sayyidi: señor.

Sitt: señora.

Suar (pl. suarés): precedente del tranvía en Egipto, consistente en una serie de vagones tirados por muías. Esta palabra procede del nombre del alemán Schwartz, fundador en El Cairo de la compañía de transportes del mismo nombre.

Torrara: bola de tabaco impregnada en agua y puesta sobre la cazoleta de la pipa de agua.

Táqiya: gorro o birrete hecho de ganchillo en algodón o lana.

Tarbúsh: bonete rojo de lana; fez.

Ulema: erudito, conocedor de la ley musulmana.

Yubba: vestido largo, abierto en la parte delantera, de mangas largas y amplias.

Zawiyya: oratorio levantado sobre la tumba de un santón musulmán.

ISBN 84-270-1312-4

Depósito legal B. 36167 — 1989

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

14/06/2011